



SIROCCO

Verónica A. Fleitas Solich

zafiro

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Cita

Cita

1. Bravío

2. Siroco

3. Motores

4. Ensordecedor

5. Baréin

6. Dejarse llevar

7. La vida fuera de aquí

8. Campeones, perdedores y cerveza

9. Algo acerca de ti

10. Invierno y verano

11. Frágil

12. Quizá te sorprendas

13. Atrapado

14. Necesito respirar

15. La cocina

16. Una parte de mí

17. Justo a tu lado

18. Detuve el mapa y me largué contigo

19. Lugares que te hacen ser quien eres

20. Estás donde se supone que debes estar

21. La cresta de la ola
22. Family day
23. Biplaza
24. Receso de verano
25. La otra mitad
26. Fuera de mi camino
27. El riesgo
28. Tormenta de azúcar
29. Cúlpame a mí
30. Amor roto
31. Campeón

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Sinopsis

Natalia lleva meses recorriendo el mundo junto con su amiga Agustina, sin tener un destino fijo, sin preocuparse por otra cosa que no sea disfrutar de los lugares a los que el viento las ha arrastrado. Cuando están a punto de regresar a su país, les ofrecen trabajar como camareras para la escudería Bravío.

Natalia no puede resistirse a la tentación de conocer el mundo de la Fórmula 1 por dentro, y todos los miembros de la escudería le fascinan al instante; todos menos uno, Nico, el piloto estrella, quien a su corta edad acumula cinco campeonatos mundiales y una serie de proezas que lo han catapultado al selecto grupo de leyendas del automovilismo que no parecen de este mundo.

¿Será capaz Natalia de ponerse en la piel del campeón para descubrir sus secretos?

Adéntrate en este divertido romance en el que la competencia se escapa de las pistas desbordando de celos las curvas, con aceleraciones y desaceleraciones de pasión entre chicanes de secretos y sentimientos ocultos.

Atrévete a pisar a fondo para vivir la vida al máximo, permitiendo que el viento Siroco guíe tus pasos.

*Para todos aquellos que se atreven a intentar lo imposible
porque saben que lo posible lo hace cualquiera*

Del viento aprendí a dejarme llevar; de ti, a amar.

Todos los años hay un campeón,
pero no siempre hay un gran campeón.

AYRTON SENNA

1. Bravío

—Gracias. —El hombre me devolvió el vaso usado junto con el pago de su bebida nueva y una buena propina.

Se lo agradecí y le di las buenas noches para luego apartarme de la mesa.

Guardé el dinero y suspiré aliviada; por fin la noche terminaba y también mi aventura. Viajar siempre había sido mi gran pasión, al menos una de ellas; después de tantos meses, necesitaba un poco de estabilidad y poder mirar a los míos a los ojos cara a cara y no a través de una cámara, por más que su resolución fuese 4K, así como escuchar sus voces en directo y no por la línea telefónica. Esas cosas ya no me bastaban; necesitaba un buen abrazo de mi madre, oler su perfume... si hasta echaba de menos a mi padre corrigiéndome o a mis hermanos burlándose de mí.

Comenzaba a hartarme de las impersonales habitaciones de hotel, de los albergues bulliciosos y de quedarme de prestado en casa de extraños. No es que no hubiese disfrutado cada momento; sin embargo... sentía que llevaba demasiado tiempo corriendo sin llegar a ninguna parte y, sobre todo, extrañaba poder trabajar en lo mío. Fue genial tener docenas de trabajos distintos, y a la vez no tener ninguno, pero cada vez era más fuerte en mí la necesidad de volver a mi pasión. Echaba de menos la locura de tener que preparar tartas para «ya», amasar, oler a vainilla, rodearme de batidoras, crema, azúcar y chocolate.

Por el rabillo del ojo vi que Agustina se me acercaba mientras guardaba también el pago de la cuenta de su mesa.

El verano comenzaba a dejar Melbourne y nosotras teníamos planes para hacer eso mismo. Tras seis meses sin parar de aquí para allá, regresaría a casa para intentar hacer planes de futuro.

—Hola, amiga. —Agustina me cogió del brazo—. ¿Cómo va?

—Bien, agotada; ya he acabado con mis mesas. Parece que por fin se van. Me duelen los pies, quiero sentarme, y no me vendría mal una cerveza. No, mejor dormir, estoy exhausta. Deseo dormir doce horas seguidas y, después, despertar y comenzar a hacer las maletas.

—Recuerda que todavía nos quedan unos días... Hablamos de que esta semana íbamos a descansar, a disfrutar, a dar un último paseo por la ciudad...

—Sí... —Inspiré hondo—. Es que tengo ganas de volver a casa.

Agustina se aclaró la garganta sin soltarme; nos dirigíamos a la barra.

—Bueno, con respecto a esta última semana de descanso... —Me detuvo a mitad de camino, plantándose entre las mesas, que estaban casi todas vacías al final de esa larga noche—. ¿Has visto a los clientes que acabo de atender? —Giró la cabeza hacia atrás, y yo con ella.

—Sí, los he visto; imposible no notar la cantidad de botellas de *champagne* que han pedido.

—Sí, bueno, han dejado una propina igual de impresionante. ¿A ver si adivinas quiénes son?

—Sabes que yo, con los conocidos y la gente famosa, soy nula; no registro las caras y aún menos los nombres. ¿Son actores de cine? ¿Músicos?

—No, nada de eso: son gente del mundo del automovilismo.

—Ah, sí, claro, por la carrera del fin de semana.

En una semana iba a disputarse allí el primer gran premio de la temporada de carreras de la Fórmula Uno y Melbourne comenzaba a palpitar con el evento, con todo. Para cuando los motores rugiesen en el circuito, yo estaría ya de camino a casa montada en un avión. Admito que siempre me había apetecido ver una de esas competiciones en vivo y en directo; sin embargo, conseguir una entrada a esas alturas resultaría imposible y, además, ya tenía mi billete de avión.

—Bueno, acaban de ofrecerme trabajo para ambas —continuó diciendo Agustina, devolviéndome a la conversación en ese momento—. Me han explicado que, cuando llegan los equipos, éstos siempre contratan personal de refuerzo; necesitan camareras para atender a los integrantes de los mismos. Vienen con dos cocineros, pero buscan a alguien que los ayude durante gran parte de la semana. Si no lo he entendido mal, es para que estemos allí desde el miércoles hasta el domingo. Me han comentado que les resulta más económico contratar gente de la ciudad que llevarla con ellos de un lado para el otro. Para ellos puede que sea económico —me guiñó un ojo—, y a nosotras nos vendrá genial.

Agustina me soltó la cifra que pagaban por ese trabajo de cinco días con ojos encendidos. Ciertamente el dinero nos vendría muy bien, pero...

—¿Trabajar otra vez? —Pese al buen sueldo, la idea no acababa de convencerme. Me había mentalizado de que esa semana no haría más que descansar y pasear.

—Es para el equipo Bravío. ¿Sabes que llevan ganados cinco campeonatos mundiales seguidos? Campeonatos tanto de constructores como de pilotos.

—No tengo ni la menor idea de qué me hablas. —Me puse en marcha—. La verdad es que no sé... la idea no es mala; la paga, menos —la miré ceñuda—, pero tenemos pasajes para el próximo domingo.

—Podemos intentar cambiarlos. Hablaré con Nate, seguro que podrá arreglarlo.

Conocimos a Nate tan pronto como llegamos a Australia; trabajaba en una agencia de viajes y gracias a él recorrimos Australia y Nueva Zelanda; además, nos había conseguido los billetes de avión de regreso a casa a un precio irrisorio.

—¿No te parece que ya hemos abusado bastante de su buena voluntad como para que, encima, le pidamos que nos cambie la fecha de los billetes?

—¿No te entusiasma la idea? Estaremos allí, en el circuito con todos los pilotos y, además, nos pagarán por ello. Sería la culminación perfecta de nuestro viaje. Se supone que estará repleto de personalidades, y no solamente del automovilismo, pues habrá actores, cantantes, un poco de todo. Resultará divertido. No creo que el trabajo sea excesivo y es algo que jamás hemos hecho; tú no sueles ser de las que rechazan una primera vez a la ligera.

—La verdad es que es tentador... —Consciente de que se me escapaba una sonrisa de entusiasmo, dejé la frase a medias. Claro que quería, por supuesto que me entusiasmaba la posibilidad de ver la carrera de cerca, de meterme en aquel mundo al menos una vez en la vida, por un par de días al menos. ¿Cuántas oportunidades tendría de participar en un evento de ese tipo, sobre todo considerando que mi plan era regresar a casa e instalarme de una buena vez?

—¡Quieres, quieres, quieres! —canturreó Agustina—. Sabía que dirías que sí —exclamó a la vez que celebraba su triunfo con un baile de victoria un tanto aparatoso—. Cuando se trata de una nueva aventura, nunca necesito insistir demasiado para convencerte. Tu cabeza va directa a ello sin escalas, por eso llegamos aquí.

Me reí. Exactamente así era.

—Lo haremos sólo si Nate puede cambiarnos con facilidad la fecha de partida; si se le complican las cosas, tendremos que rechazar la oferta.

Agustina hizo una mueca graciosa. Sonrió. Conocía ese gesto suyo...

—¡Ya les has contestado que sí!

Mi amiga se tapó la cara con ambas manos.

—Por supuesto —chilló.

Riéndome, la empujé en dirección a la barra.

—Andando. —Le di un empujoncito más—. Si es que te conozco demasiado bien. A ver ahora cómo solucionamos lo de los billetes de avión, porque, si no podemos cambiar las fechas, nos gastaremos todo lo que ganemos en el trabajo del circuito en los nuevos pasajes.

—Bueno, al menos viviremos la experiencia de la Fórmula Uno de primera mano sin necesidad de pagar entrada y veremos a todos los pilotos. Debe de haber mucho bombón suelto dando vueltas por allí. Hombres... velocidad... será genial. Nos conocemos bien, por eso he dicho que sí; si no quisieras hacerlo, en este instante ya habrías puesto el grito en el cielo... y hasta ahora no has hecho otra cosa que sonreír.

Intenté contener mi sonrisa mordiéndome el labio inferior; de nada sirvió.

—Por una vez me tocaba conseguir una aventura a mí, siempre eres tú la que conoce gente que acaba llevándonos a un nuevo sitio, a nuevas historias.

Por mi culpa llevábamos seis meses viajando, a pesar de que, en realidad, salimos de casa para regresar al cabo de treinta días. Agustina tenía razón en todo.

—Ok, no voy a mentirte: la idea me gusta mucho. ¿Qué tenemos que hacer?

—Me llamarán mañana.

Llegamos a la barra.

—El rubio de barba de allí —apuntó con el mentón en dirección a la mesa que había estado atendiendo— es el contacto del equipo aquí en Melbourne. Le he pasado todos nuestros datos y demás, y tengo su número; llamará para que se lo confirmemos todo. Según me ha dicho, nos verá el miércoles directamente en el circuito.

Como si supiese que hablaban de él, el tipo giró la cabeza y nos miró con una sonrisa en los labios.

—Mi madre pondrá el grito en el cielo cuando le diga que hemos cambiado de nuevo la fecha de llegada.

—Y tus hermanos se pondrán muy celosos de que puedas ver la carrera en directo y de que tengas la oportunidad de charlar con todos. Conoceremos al cinco veces campeón del mundo. Tenemos que pedirle fotos y autógrafos. Bueno, a él y a todos los pilotos.

Me reí; eso mismo había pensado un segundo atrás. Seguro que atesoraríamos otros buenos recuerdos que añadir a nuestro viaje.

—Así que, durante cinco días, formaremos parte del equipo Bravío. Eso suena de maravilla, tienen un buen nombre.

—Estupendo, muy masculino, como todo en ese mundillo. Estaremos rodeadas de testosterona.

—Sí, será una sobredosis. Así volveré a sentirme como en casa —bromeé.

Extrañaba tener a mis cuatro hermanos varones conmigo. Ser la menor de todos, y encima la única chica, siempre me había resultado una experiencia increíble, desde que tenía uso de razón hasta el mismo día anterior, cuando hablé con tres de ellos. Mis hermanos eran mis compañeros, mis amigos, mis cómplices, mi gran y fuerte burbuja de testosterona que me hacía sentir inmensamente querida. En ese instante deseé tenerlos allí conmigo; sabía que, de estar los cinco juntos, habríamos disfrutado del fin de semana de rugidos de motores mucho más de lo que lo haría yo sola.

—Puedes agradecermelo cuando quieras —entonó por lo bajo Agustina, desviando la mirada y poniendo cara de circunstancia.

Solté un grito de emoción, mi cuerpo acababa de reaccionar ante la noticia. ¡A la mierda si tenía que gastar lo ganado por trabajar de camarera para el equipo si podía presenciar el evento! Me abalancé sobre ella y la abracé dando saltitos.

Agustina se puso a dar botes conmigo. Se me pasó el cansancio y la euforia calmó mi necesidad de mi hogar, de los míos. Sin duda, trabajar esos días haría que la espera para volver a casa se hiciese mucho más llevadera.

Cuando se lo contara a mis hermanos... en especial a Tobías.

Volví a gritar de emoción.

Noté las miradas de los presentes sobre nosotras. El lugar estaba casi vacío; era bastante tarde y apenas si sonaba música suave.

Al terminar de saltar como dos tontas, giré la cabeza en dirección al rubio de barba; éste nos sonreía divertido. Mi respuesta para él fue también una sonrisa.

Agustina me pilló observándolo.

—Supongo que acaba de captar que has dicho que sí; él sabía que todavía no te había dicho nada. Te lo repito: trabaja para el equipo y es un amor; afirma que nos lo pasaremos genial, que es un ambiente lleno de gente divertida. Por supuesto que son superprofesionales y eso, pero, además, el entorno es glamuroso y, vamos, que es la primera carrera de la temporada y todos están muy emocionados.

Alcé un pulgar en alto para el rubio de barbita y éste levantó su copa de *champagne* en mi dirección.

—Kayla, ¿nos pasas dos cervezas? —le pedí a la chica que atendía la barra. Oficialmente nuestro turno ya había finalizado y nos merecíamos celebrarlo; nuestro trabajo allí también había concluido y teníamos tres días de descanso hasta comenzar a trabajar para el equipo Bravío el miércoles.

—¿Qué celebramos? —nos preguntó Kayla poniendo las dos botellas de cerveza sobre la barra.

—Hemos conseguido trabajo el próximo fin de semana en el equipo Bravío. Veremos el Gran Premio de Australia desde el circuito —le explicó Agustina.

—¡¿Sí?! Suertudas, ¡os odio!, con tanto hombre guapo que hay por allí. A mi novio le encantan las carreras y siempre las mira por televisión. ¿Habéis visto cómo están los pilotos? Supongo que por eso bien merece la pena sacrificar los días de descanso que pensabais tomaros antes de regresar a Argentina. —Se dio la vuelta y trajo consigo otra cerveza, la abrió y la alzó frente a nosotras—. Por los hombres atractivos y por la velocidad, y por vosotras, desgraciadas. —Rio—. ¿Creéis que podríais meterme a mí con vosotras?

Agustina se carcajeó. Chocamos nuestras botellas.

—Por nosotras y por el equipo Bravío, que nos dará la oportunidad de pasar unos días de lujo. Y por los hombres, también —añadí chocando otra vez mi botella contra las de ellas.

Las tres bebimos.

* * *

—Mamá... —Mi madre volvió a alzar la voz; aparté el teléfono de mi oreja—. Mamá, por favor, son sólo tres días más. Conseguimos cambiar...

La dejé expresar su angustia, admitiendo que no era la primera vez que le aseguraba que sólo serían unos pocos días más de retraso para vernos. Más de una vez le dije «es solamente una semana más y regresamos», y así llevábamos cinco meses, posponiendo una y otra vez la vuelta, alejándonos cada vez más de nuestra patria.

—Te lo juro, el miércoles nos subiremos a ese avión. Es que no quería perderme esta oportunidad. Nos pagarán un buen dinero y no hemos tenido problemas a la hora de cambiar los billetes de avión, no nos han aplicado ningún recargo. Sobre todo nos quedamos por vivir la experiencia; este momento no se repetirá otra vez.

—Lo sé —medio me gruñó a través de la línea telefónica—. Pero tu padre y tus hermanos...

—Me esperaban, lo sé. Pero ambas sabemos que se pondrán contentos cuando sepan que veré en directo las carreras... Cuando la veáis por la televisión en casa, sabréis que yo estaré por ahí, en el circuito. Diles que me haré fotos con todos los pilotos que pueda, que les pediré autógrafos para ellos; quizá hasta consiga algún que otro *souvenir* del equipo para llevar de recuerdo.

—Natalia... —soltó mi madre, exasperada.

—Lo juro, lo juro, lo juro —repliqué con un tono que sonó a súplica fusionada con un fastidioso lloriqueo—. También quiero estar en casa de regreso... pero ésta es una oportunidad que no quiero perderme.

—No sé qué más decirte.

No necesitaba explicarme lo enfadada que estaba, se le notaba en la voz. Cuando, después de dar a luz cuatro varones, me tuvo a mí, creyó que al fin tendría a su princesa; nada más lejos de la realidad... Mi madre quería trenzarme el cabello y yo odiaba hasta pasarme el cepillo; mi madre quería ponerme vestidos y yo le pedía pantalones con los cuales poder correr y trepar por ahí, libre. Tener cuatro hermanos varones había podido más que sus ganas de tener una muñequita a la que vestir de rosa.

Di un paso y llegué al espejo que colgaba junto a la ventana; en ese momento llevaba puesta una camiseta rosa y unos *shorts* vaqueros cortados; sin embargo, no tenía un aspecto demasiado femenino, y el cabello más largo en mi cabeza no tenía más de tres centímetros.

A ella casi le dio un infarto la primera vez que me lo corté así; debía de tener unos quince años y me escapé sola a la peluquería para acabar con esa melena que apenas si me llegaba a los hombros. En ese momento lo llevaba más corto que nunca y lo adoraba. Ésa del reflejo era yo al cien por cien.

Le sonreí a mi imagen, aunque con un poco de angustia, lo admito. Regresar a casa no iba a resultar sencillo. Escaparme seis meses traería consecuencias y la verdad era que no me sentía muy segura de tener ni ganas ni fuerzas para enfrentarlas.

Oí la puerta y giré la cabeza para ver a Agustina entrar con las compras.

—Mami, por favor, en poco más de una semana estaré allí.

—¿Cómo voy a creerte?

No podía discutir con ella; mi madre muchas veces me sofocaba, aunque no por eso podía negarle en esa ocasión que en parte tenía mucha razón; de cualquier modo, no podía evitar pensar que, si la decepcionaba mi escapada, también la decepcionaría mi estancia en casa. Ella había hecho tantos planes para mí... En lo único que había podido satisfacerla había sido con mis estudios; la pastelería siempre había sido mi pasión y, cuando acepté que me pagase la carrera de pastelera profesional en Francia, fue feliz pese a todo lo demás que no pude cumplir para ella.

Agustina puso cara de captar que hablaba con mi madre, pues tenía experiencia de sobra presenciando nuestras conversaciones. En silencio, se metió detrás de la barra que conectaba nuestra sala de estar con la diminuta cocina.

Pequeño y todo, ese apartamento era uno de los lugares más lujosos de los que nos habíamos hospedado. El amigo de un amigo de alguien que conocimos una semana antes de llegar aquí alquilaba varios iguales, principalmente para hombres de negocios, a grandes compañías multinacionales que llevaban de aquí para allá a sus empleados. Todavía no entendía cómo nos lo había conseguido completamente gratis, sólo teníamos que pagar los gastos de los servicios, lo que no era nada en comparación con las ventajas de su ubicación y las vistas que teníamos desde el balcón, por no mencionar una piscina a nuestra disposición, el gimnasio y diversos *amenities*.

—Mamá, Agustina acaba de llegar con las compras y tengo que ayudarla con eso, prometo llamar luego. Dales besos a todos de mi parte, ¿de acuerdo?

—¿Quizá deberías llamar tú a tu padre para contarle que te quedarás allí más días?

Puse los ojos en blanco. Debí de suponer que no sería tan sencillo. Mi padre estaba en ese momento en un cena de trabajo, mientras que aquí todavía era de mañana.

Mi compañera abrió la nevera y metió dentro un *pack* de cervezas y dos botellas de leche, dedicándome otra de sus muecas.

—Tú sabrás lo que haces. —Ése era su latiguillo preferido, me lo soltaba siempre que podía.

—Sí.

—Bien, tú misma.

Mi madre puso así más distancia entre nosotras que los kilómetros que separaban Melbourne de Buenos Aires.

—Te quiero, mamá. Besos para todos. Intentaré llamar en otro momento para hablar con los demás.

Ella emitió un descreído «sí», me dijo que me quería, mandó saludos para Agustina, nos despedimos y colgó.

Suspiré al posar el teléfono sobre su base.

—No está nada feliz, ¿no es así?

Negué con la cabeza ante las palabras de Agustina.

—Ya no cree ni una palabra de lo que le digo y en parte tiene razón; he anunciado muchas veces que iba a regresar y, hasta ahora, no he cumplido lo prometido.

—Serán sólo unos días; además, ésta es una oportunidad que no podemos desperdiciar. Está todo organizado, nos esperan allí mañana. —Agustina hizo a un lado la caja de cereales y con los labios formó una sonrisa inmensa. Soltó un grito.

Grité con ella de pura emoción, ésa iba a ser nuestra última gran aventura del viaje.

—Me muero de ganas de pisar el circuito.

—Y yo. ¿Te han dicho algo más? —inquirí. Antes de comprar tenía que ir a encontrarse con alguien del equipo Bravío para entregarle los contratos que el día anterior había traído para firmar.

—Está todo arreglado. Me han indicado la entrada por la que deberemos acceder al recinto; allí nos darán nuestros pases para entrar al circuito y no sé qué más. Por lo visto está todo muy controlado, hay máxima seguridad. Alguien del equipo vendrá a por nosotras a la puerta para recibirnos; debes saber que no somos las únicas personas externas que han contratado, creo que hay otras tres más, y nos han citado a todas a la misma hora. Tenemos que estar a las ocho de la mañana, porque el equipo comienza a trabajar mucho antes de que de inicio toda la locura propia de la competición. Según tengo entendido, los mecánicos han llegado hoy y ya hay gente montando todo el asunto en los *boxes*.

Me moría de ganas de meter un pie en ese mundo.

—Todavía no me lo creo.

—Nos lo pasaremos genial, incluso si nos hacen currar como locas.

Tomé asiento en una de las banquetas.

Tantas aventuras pasadas, tantos meses disfrutando de una vida irreal que, en realidad, nos había enseñado tanto... Me costaba pensar en mi hogar, en instalarme permanentemente en una única ciudad, en la idea de sentar la cabeza, de montarme una existencia alejada de los saltos nómadas al vacío, en la que no me preocupaba demasiado mantener un trabajo, donde no tenía horarios para levantarme o acostarme, y en la que debía espabilarme para buscar dónde pasar la noche. Apenas si recordaba lo que significaba la palabra *rutina* y, hasta cierto punto, tampoco la palabra *responsabilidad*, porque, cuando sabes que puedes moverte, casi escaparte de algo sin

mucho problema, las cosas resultan más sencillas. De cualquier modo, el hecho de viajar durante seis meses me había obligado a madurar en otros aspectos y me había enseñado cosas del mundo y de la gente, e incluso de mí misma, que en casa quizá no hubiese aprendido, no al menos del mismo modo. Todas estas experiencias habían calado de un modo muy hondo en mí.

Quería volver, de todo corazón deseaba estar en casa otra vez, pero... al mismo tiempo, la idea me sofocaba. Y asustaba.

—¿En qué piensas? —preguntó Agustina.

Me había perdido en mis propias reflexiones.

—En nuestra experiencia fuera de casa. Me asusta volver. No creo ser la misma persona que salió de allí. —Sonreí—. Por suerte, no lo somos. Sería una pena si, después de tantas nuevas vivencias, fuésemos las mismas, pero es extraño. No sé, no estoy segura de lo que quiero.

—Ni yo —contestó seria—. Imagino que en mi casa todavía esperan que regrese para ponerme a trabajar en la agencia, pero ya no sé si la publicidad es lo mío. El mundo ha sido lo nuestro estos últimos seis meses.

—Sí, es difícil mentalizarse de que eso va a terminar pronto. —Le hice una mueca para aflojar la tensión; quería que continuásemos sintiéndonos libres un poco más.

¿Por qué tenía tanto miedo de perder la libertad que creía ganada si tenía claro que ésta iría conmigo adonde quiera que fuese?

—Todavía nos quedan unos días y pienso disfrutarlos —añadí.

—Y yo. Después de esto, tenemos toda la vida para preocuparnos por todo lo demás.

En mi cabeza reproduje las palabras de mi madre: «es hora de que planifiques tu futuro de una vez, de que madures.»

Ser la menor de cinco hermanos, tener cuatro hermanos varones que me cuidaban, que me defendían, que se responsabilizaban de mí, de todas mis travesuras y metidas de pata, ser la única chica... Mi madre se echaba la culpa por haberme soltado demasiado la cuerda, por no haberme puesto freno.

«Soy un descontrol», me dije.

Noté que Agustina se había quedado observándome.

—¡Mañana seremos parte del equipo Bravío! —chillé alzando los brazos para disimular el momento.

—¡Sí!—gritó Agustina todavía más fuerte que yo.

* * *

No le comenté a Agustina que la noche anterior me había costado horrores dormirme por culpa de mi cabeza, de mi cerebro, que se negaba a guardar silencio. Tampoco le conté nada acerca del nudo que tenía en el estómago desde que había abierto los ojos, y menos me atreví a decirle que, en ese instante, sin verdadero motivo, sentía como si fuese a vomitar el desayuno y todas mis tripas por culpa de unos nervios que no tenía ni idea de dónde habían salido. Miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo, y después sería enfrentar otra vez la realidad del regreso a casa. Quise convertirme en un felino para que me saliesen unas buenas garras con las cuales aferrarme a ese fin de semana.

El movimiento de camiones, automóviles, vehículos policiales... todo evidenciaba la gran movilización que implicaba el Gran Premio de Australia.

Una buena dosis de adrenalina comenzó a correr por mis venas, e imaginé lo que sería ver correr los automóviles, experimentar todo lo que rodeaba la carrera; esperaba poder usar eso para escapar de mis nervios y dudas.

En cuanto comenzamos a caminar entre la gente que rodeaba el exterior del recinto, todas personas que pertenecían a los equipos y a la organización, me di cuenta de que no era la única que tenía cara de dormida y que, al mismo tiempo, por debajo del sueño, palpitaba la emoción de estar allí, de formar parte de eso.

Cinco hombres vestidos de rojo, hablando en italiano prácticamente a gritos, pasaron junto a nosotras y nos miraron con descaro.

Sus palabras, miradas y gestos me hicieron sonreír.

—Ni los mires, son de la competencia; nosotras somos chicas de Bravío este fin de semana.

Me carcajeé.

—Sí, claro.

—Además, estamos con los ganadores; ellos quedaron segundos el año pasado.

Uno de los italianos nos gritó algo que sonó a declaración de amor. Todavía andando, me di la vuelta y los mire; uno de ellos, un morenazo de impresionantes ojos verdes, me tiró un beso y se inclinó como si se fuese a arrodillar ante mí, mientras sus compañeros continuaban caminando y bromeando.

—¡Cuidado! —Agustina me frenó sujetándome del brazo.

Me di la vuelta para ver que, desde la calle, entraban un buen número de vehículos; el primero era un gigantesco camión blanco, negro, violeta y plateado que no era más que la cabeza de un interminable convoy.

Las rejas que daban acceso al circuito se abrieron.

Alcé la cabeza maravillada por la altura del camión.

En el lateral del moderno vehículo aparecía un nombre que parecía la firma de un gran dios; del dios de la velocidad, quizá.

«Bravío.»

—Éste es nuestro equipo —entonó Agustina, llena de orgullo.

El hombre que iba en el asiento del acompañante se llevó una mano a la visera de la gorra, que también llevaba el nombre del equipo, y nos dedicó un gesto con la cabeza y una sonrisa.

El camión era de una longitud interminable, y detrás de éste venían tres más, dos camionetas y un par de automóviles negros.

—Uauuu... —exclamé.

—Eso mismo.

—Qué despliegue.

Los vehículos continuaron pasando por delante de nosotras y de la gente que se acumulaba a nuestro lado sobre la acera, mientras éstos continuaban entrando en el recinto.

Giré la cabeza para descubrir que algunas de esas personas no pertenecían a otros equipos, sino que, evidentemente, se trataba de periodistas y reporteros de algún canal de televisión. Uno de ellos llevaba una cámara; el otro, uno de esos micrófonos sostenidos sobre el extremo de un soporte. Un tercero iba muy bien vestido, así que deduje que ése debía de ser quien daría la cara frente a la cámara, y aún había otro, que le estaba dando indicaciones mientras le enseñaba unos papeles.

Los camiones entraron, detrás las camionetas y, cuando le tocó el turno de los automóviles negros, el de los papeles le dijo algo al que iba bien vestido y apuntó con la cabeza en dirección a las ventanillas tintadas.

Había demasiado ruido a nuestro alrededor (parte provenía del interior del predio y se mezclaba con los sonidos del tráfico de la calle, así como el de una obra de último momento en la entrada del circuito, un par de metros más allá); sin embargo, oí cómo el que blandía los papeles le decía al presentador algo así como «ése es él».

Miré a Agustina y ella se encogió de hombros.

A través del cristal polarizado no se veía nada.

Seguí con la mirada los dos automóviles hasta que las rejas, parcialmente cubiertas por unos carteles que promocionaban la carrera de ese fin de semana, se fueron cerrando poco a poco para finalmente ocultarlos.

La gente siguió su camino y nosotras también.

—Esto debe de mover millones —comenté cuando nos pusimos en marcha.

—No me cabe la menor duda. Mejor para nosotras, así de bien nos pagarán. Me dijeron que el *paddock* se llena de gente famosa.

—¿El *paddock*?

—Sí, es el área cercada junto a la pista, encima de los *boxes*.

—Ah, sí.

—Bueno, desde allí miran la carrera los ricos y famosos.

Intenté acomodar mi cuerpo dentro de mis ropas. En un gesto inocente, me pasé las manos por el cabello; no había mucho que peinar.

—Debe de ser allí delante.

Miré en la dirección que Agustina señalaba. Un inmenso cartel anunciaba la entrada para el personal, los integrantes de los equipos, la organización; unos metros más allá estaba el ingreso para los medios de comunicación.

No éramos las únicas a la espera de entrar. Por lo visto, la organización del gran premio no estaba todavía a punto.

Mientras aguardábamos en la cola, fui testigo del desfile de gente que iba y venía, varios camiones de televisión y, además, helicópteros que pasaban por encima de nosotras.

Por fin llegó nuestro turno.

—Hola, buenos días. —Agustina y yo nos aproximamos a la cabina que había en la entrada—. Mi nombre es Agustina Bay y ella es Natalia Rodríguez. —Le tendió nuestros pasaportes—. Venimos para trabajar con el equipo Bravío. Nos indicaron que debíamos presentarnos aquí.

—Sí, claro. —El hombre de dentro de la cabina cogió nuestros documentos, les echó un vistazo y tecleó algo en su ordenador.

Un segundo después nos devolvía los pasaportes.

—Adelante, por favor. Esperad al otro lado de la valla vuestras identificaciones; alguien del equipo vendrá a buscaros en un momento; el resto de vuestros compañeros ya ha llegado.

—Gracias —contestamos las dos a coro mientras guardábamos los pasaportes.

La barrera se alzó para permitirnos pasar.

Del lado interno del recinto había un espacio que se internaba un par de metros y luego otra reja con un par de molinetes de acceso; de nuestro lado había dos personas dando vueltas, y otras sentadas en unos bancos. Dos hombres de seguridad llegaron hasta nosotras para ponernos unas pulseras de papel adhesivo de color rosa. Otra vez nos pidieron que esperásemos a que viniese a buscaros algún componente del equipo.

—¡Cuánta seguridad!

—Sí, no creo que aquí nadie pueda dar un paso fuera de lugar; si soñabas con ver a la gente del *paddock*...

—Bueno, quizá aún tenemos alguna posibilidad de cruzarnos con alguien famoso por ahí, al menos veremos a los pilotos.

—Eso espero. Hace años que no le presto demasiada atención a las carreras. No sé ni los nombres de los participantes. Alguno bueno habrá, ¿no?

—Esta mañana, mientras te duchabas, busqué información en Google sobre los de nuestro equipo; no me dio tiempo a contártelo... Este año, Bravío estrena a uno de sus pilotos; es un chico japonés, un novato. Parece bueno, pero todavía es un crío; tiene sólo diecinueve años. El otro, el cinco veces campeón del mundo...

—Equipo Bravío —entonó una mujer, todavía pasando por uno de los molinetes. En sus manos sujetaba una carpeta y un montón de identificaciones colgando de cintas negras con el nombre del equipo en plateado, blanco y violeta. Llevaba pantalones negros y una camisa blanca con el nombre del equipo en plateado y violeta, rodeado de publicidades de marcas, desde productos de informática, pasando por una de una compañía aérea hasta una de unos conocidos chocolates.

—Todos los que estén aquí para el equipo Bravío —volvió a llamar, ya situada en el mismo lado que nosotras.

Nos dirigimos hacia ella y, con nosotras, dos chicos con mucha pinta de australianos (rubios, bronceados, ojos claros, enormes sonrisas) y un chico oriental, con una apariencia más tímida.

Los cinco la rodeamos.

—Hola, buenos día a todos. Reconozco vuestras caras. Gracias por venir a colaborar con nosotros estos cinco días; estamos muy contentos de teneros aquí y esperamos que disfrutéis de la experiencia. Soy Érica, trabajo para el equipo Bravío, y todos vosotros estaréis a mi cargo; os diré qué hacer y os explicaré todo lo que necesitéis saber para poder ayudar y, a la vez, sacarle el jugo a esta vivencia. Si tenéis preguntas o necesitáis algo, lo que sea, debéis recurrir a mí. —Dicho esto, comenzó a repartir nuestras identificaciones—. Los cinco os dedicaréis a atender a los miembros del equipo en el área de comedor y, si es preciso, en las autocaravanas o en los *boxes*.

A medida que fue entregándonos las identificaciones, pronunció nuestros nombres en voz alta para que los otros lo oyesen.

—Sabemos que todos estáis dispuestos a dar el máximo de vosotros mismos y por eso estáis aquí. El equipo Bravío lleva liderando los campeonatos desde hace cinco años y eso se debe a que, desde el personal de cocina, pasando por los mecánicos y los ingenieros, hasta los pilotos y los directivos, todos damos el ciento por ciento de nosotros mismos. Eso es exactamente lo que esperamos de vosotros este fin de semana. Bravío no se permite fallar en nada; somos los número uno, de modo que durante estos días vosotros también lo seréis. Esperamos que os toméis esta experiencia con la responsabilidad que merece. Es una oportunidad emocionante para vosotros, lo sé, y, así como queremos que la disfrutéis, también esperamos que asumáis la responsabilidad que conlleva vestir nuestro uniforme.

Agustina y yo nos miramos.

—Mientras os guio hasta vuestro lugar de trabajo, os explicaré todo lo que necesitáis saber.

Érica se colocó a la cabeza del grupo. El chico oriental, cuyo nombre no conseguí retener, la siguió en primer lugar; luego se situaron los otros dos chicos, quienes evidenciaron, por su actitud, que eran amigos, y, por último, nosotras dos.

La mujer comenzó a recitar una lista de cosas que podíamos y no podíamos hacer; mis oídos y ojos se perdieron por el escenario que comenzó a abrirse al otro lado del molinete. Me sentí como si acabasen de soltarme al otro lado de la pantalla del televisor una de esas últimas veces que visioné una carrera. Fue demasiado surrealista encontrarme allí, al otro lado. Antes de entrar al recinto todo aquello parecía irreal; no obstante, al acceder, cobró vida: tenía un aroma particular y muchos colores y sonidos de todo tipo, sobre todo en voces que entonaban una amplia variedad de idiomas. Se trataba de una verdadera torre de Babel. Había gente de todas las nacionalidades y culturas, todos unidos por una sola pasión: la velocidad, o quizá fuese la competición.

Érica no paró de repetir lo importante que era para ellos la disciplina, que estaban allí para ganar y que eso no se podía lograr si todo el equipo no funcionaba al ciento por ciento y como un reloj finamente ajustado.

Si a Agustina le quedaba alguna esperanza de poder alejarse un poco de las responsabilidades que nos tocaban para intentar ver algún rostro conocido, éstas empezaron a esfumarse, igual que las mías de poder ver la carrera de cerca y no otra vez en un plasma.

Junto a nosotros pasaron dos hombres vestidos de amarillo y azul, arrastrando un carro con dos pilas de neumáticos cubiertos por unas fundas negras.

Había cajas con material por todas partes; gente yendo y viniendo, y algunas personas conversando en grupo, en una actitud que no parecía la de gente que planea una estrategia de carrera, sino la conquista del mundo.

Si todos allí se tomaban tan en serio su trabajo como Érica, no era demasiado descabellado pensar que su misión era como la conquista del mundo. La competición debía de ser extrema... y también despiadada.

—Esto parece el Ejército —me susurró Agustina mientras la mujer continuaba recitado una interminable lista de cosas que no podíamos hacer.

—Paciencia, de cualquier modo lo pasaremos bien, ya verás.

—Eso espero; empiezo a pensar que esto será trabajo, trabajo, trabajo y nada más.

Como si nos hubiese oído, cosa que resultaba poco probable porque había demasiado ruido a nuestro alrededor y ella iba un par de metros por delante de nosotras, Érica se giró a mirarnos. Empujé a Agustina hacia delante.

—Mejor nos centramos o nos quedaremos sin trabajo antes de empezar siquiera.

Nos alejamos de lo que imaginé que era la zona de carga y descarga de materiales para aproximarnos al circuito propiamente dicho, a las tribunas especialmente alzadas para el evento. En unos días eso se llenaría de fanáticos deseosos de velocidad.

—Lo pasaremos bien igual —la animé.

—No estoy segura de que haya sido una buena idea venir.

—¡Ah, eso sí que no! Ahora mejor le pones buena voluntad y una sonrisa a la situación, que ya tuve bastante con soportar a mi madre por esto. Así que sonrío e intentemos disfrutarlo al máximo juntas. Aunque no podamos ver o hacer demasiadas cosas, se trata de una experiencia única. No me la arruines, Agus; quiero regresar a casa con un buen sabor en la boca.

—Tienes razón. —Mi amiga sacudió su cuerpo, en especial los brazos y las manos, como si quisiese quitarse de encima el mal humor que quería apoderarse de su mirada—. Lo pasaremos genial.

Quedamos rodeadas de edificaciones y camiones con las identificaciones de los equipos; había personal de los mismos por todas partes, de aquí para allá, pilas y pilas de cajas con material, carpas a medio montar, autoelevadores, contenedores... Todo estaba en pleno proceso de construcción.

Seguimos avanzando y vi el sector que correspondía al equipo Bravío; allí estaban sus vehículos y muchos de los componentes del equipo, todos vestidos de la misma manera... algunos en manga de camisa, otros con unas chaquetas, pero siempre en los colores del equipo: blanco, plateado, negro y violeta. A nuestro lado izquierdo había un edificio gris que imaginé que debía de ser el de los *boxes*.

—Seguidme por aquí, por favor —pidió Érica internándose entre los camiones y autocaravanas de Bravío.

Dos hombres conversaban junto a la cabina de uno de los camiones. Uno era muy alto, corpulento y rubio; el otro, igual de alto, pero algo más delgado y de cabello castaño. Ambos debían rondar los cuarenta años. El de cabello oscuro tenía una mueca seria; sin embargo, ésta no conseguía ensombrecer lo guapo que era. Se notaba que discutían asuntos importantes; no obstante, el rubio de pequeños ojos claros tenía una mirada chispeante. Me sonrió cuando se dio cuenta de que me había quedado mirándolo.

—No, a las doce será imposible; ya sabes que tiene un horario muy ajustado. —Una mujer, con el teléfono en una mano, consultó algo en unos papeles que tenía dentro de una carpeta y volvió a hablarle a su móvil—. ¿Qué te parece a las dos y cuarto? —le propuso en un inglés con un acento extraño a su interlocutor.

Ella estaba sentada en una silla plegable a las puertas de una autocaravana de aspecto increíblemente lujoso.

Pasamos de largo.

—Os daré vuestros uniformes y más tarde os enseñaré los alrededores para que sepáis dónde está todo —nos comentó Érica. Yo había dejado de prestarle atención, observando lo que nos rodeaba—. Aquí es. —Se detuvo, y todos nosotros con ella, frente a una carpa violeta de ventanas de plástico con el nombre de Bravío en negro, blanco y plateado. Por la abertura pude vislumbrar que dentro había montada una oficina con dos escritorios enfrentados, muchos ordenadores portátiles, igual cantidad de papeles, cajas de las cuales sobresalía *merchandising* del equipo (gorras,

camisetas, cintas de esas para colgarse del cuello y otras tantas cosas que no distinguí qué eran).

A un lado había un espacio de reuniones con una mesa rodeada de al menos media docena de sillas. Sobre la mesa pude contar cinco pilas con unas bolsas transparentes: unas contenían algo negro; otras, unas cosas blancas. Las pilas debían de tener unos cuarenta centímetros de alto y, en la parte superior de cada una, una gorra del equipo.

—Éstos son vuestros uniformes. —Érica palmeó una de las pilas—. Ya nos disteis vuestras tallas de ropa, así que deberían quedaros bien; de todos modos, si no es así, me avisáis y os lo cambiaré. Las bolsas contienen pantalones, camisas y unas chaquetas de abrigo. Podréis quedaros con todo cuando termine el evento; tan sólo os pido que seáis cuidadosos con vuestro aspecto y que mantengáis limpios vuestros uniformes; la imagen de cada uno de vosotros es un reflejo del equipo. Además, tenéis ropa suficiente para cambiaros si os ensuciáis. De cualquier manera, si necesitáis más, no tenéis más que pedirlo. Ahora os indicaré dónde podéis cambiaros para poder comenzar a trabajar. Os mostraré dónde queda nuestra cocina y el sector en el que trabajaréis. Os pido que, por favor, mantengáis siempre visible vuestras identificaciones; aquí la seguridad también es un aspecto de máxima importancia.

Nos repartió los uniformes mientras continuaba enumerando nuestras responsabilidades.

Nuestra misión era servir a todo el personal del equipo, en especial a los mecánicos e ingenieros. Nos explicó desde nuestros horarios hasta el modo en que debíamos referirnos al resto de los integrantes de Bravío, además de indicarnos cómo debíamos comportarnos con los invitados especiales y con las personalidades que pudiésemos ver. En ese momento fue cuando el rostro de Agustina se ensombreció. Básicamente teníamos prohibido respirar más allá del área de comedor del personal, la cocina del equipo, los baños y los vestuarios, a los que fuimos a cambiarnos.

Finalmente Érica nos guio hasta el área de comedor, otra carpa ubicada junto al contenedor en cuyo interior estaba montada la cocina; allí olía a huevos revueltos y a café. En una mesa situada en un rincón había tres personas conversando mientras examinaban gráficos en un portátil.

—Es por aquí —apuntó hacia la mesa más próxima—. Tomad asiento un momento, en un segundo os...

Un hombre de tez olivácea y tupida cabellera negra, cortada al rape por los lados y más larga por encima, apareció por la puerta de la cocina, con cara de espanto. Llevaba puesto el mismo uniforme que nosotros, aunque la parte frontal de su camisa estaba tapada por un delantal violeta.

—Tenemos que hablar —le dijo a Érica, jadeando en un inglés muy de Inglaterra.

—¿Qué pasa? —le susurró ella medio intentando esconderse de nosotros—. Éstos son los camareros que nos ayudarán este fin de semana. —Nos apuntó con sus ojos claros.

—Ah, sí... hola, es un placer —contestó él a toda prisa—. Tenemos que hablar, ahora.

—¿Qué?, ¿por qué? Si necesitas que haga alguna compra, si no ha llegado algún pedido... No enloquezcas, Surinder; es tan sólo el primer día, las primeras horas; nos organizaremos bien.

—No, no lo haremos.

—¿De qué hablas? —le preguntó, y se disculpó con nosotros para apartarse a un lado con él. Érica se lo llevó hasta la puerta que conectaba con la cocina—. ¿Qué ha sucedido?, ¿por qué estás tan alterado?

—Freddy se ha ido.

—¿Qué?! —exclamó, y todos oímos su chillido—. ¿Cómo que se ha ido? —Se atragantó con sus propias palabras—. ¿Adónde? Pero si ahora empieza el trabajo fuerte. ¿Tenía que comprar algo?, ¿se encontraba mal? ¡No puede largarse así como así! El fin de semana apenas comienza. ¿Qué ha ocurrido?

—Adivina... —El tal Surinder se cruzó de brazos, enfrentándola.

—No, otra vez no —medio lloró ella, derrotada.

—Esta vez va en serio, se ha ido. No es broma, no se trata de otra amenaza... ha renunciado. Óscar y yo te hemos estado buscando; luego éste me ha dicho que más tarde saldría a buscar a otro subchef, pero que de momento tendríamos que arreglarnos por la mañana nosotros solos. Yo no puedo apañármelas solo hasta la hora del almuerzo si pretendo daros de comer a todos, a menos que se te ocurra pedir pizzas por teléfono.

Érica se puso pálida.

—No puedo creer que se haya ido.

—¿De verdad no puedes? Vamos, que suficiente paciencia ha tenido. Sabes que no tengo nada en su contra, aunque en ocasiones puede ser bastante insoportable... pero con Freddy tenía un problema de piel, jamás le cayó bien. Era cuestión de tiempo que se largara, o hubiesen acabado matándose el uno al otro.

—Podría haber renunciado ayer y no hoy.

Un móvil comenzó a sonar, el de Érica.

—Hola, aquí estoy con Surinder, acaba de contarme lo de Freddy. Necesito que me consigas otro subchef para ya, en este mismo instante —soltó, y se quedó en silencio escuchando lo que le decían—. No puedo esperar horas —estalló ella pasados unos segundos—. No puedes decirme eso. ¿De dónde voy a sacar yo a un subchef a pocas horas de que comience toda la actividad del fin de semana? —Hizo una pausa—. Sí, sé que soy la jefa de operaciones, pero no tengo ni la menor idea de... —Érica, con el rostro desencajado, se volvió en nuestra dirección.

Estiré el cuello y alcé una mano para que me permitiese hablar; si necesitaba un chef por un par de horas, yo...

—¿Por una de esas casualidades de la vida alguno de vosotros sabe de cocina o tiene un amigo que sea chef y que esté libre este fin de semana?

Alcé la mano un poco más.

Agustina se sonrió y me dio un codazo suave en el costado.

—¿Sí? Te llamas Natalia, ¿no?

—Sí —contesté poniéndome de pie—. Soy chef pastelera; tengo experiencia de sobra en la cocina, he trabajado en un par de restaurantes.

Sin quitarme los ojos de encima, Érica le habló a quien fuera que estuviera al otro lado de la línea.

—Espera un momento, Óscar, creo que ya lo he resuelto. —Se dirigió a mí—. ¿Así que sabes de cocina?

—Sí. Estudié pastelería en París, y he trabajado de ayudante de cocina en un par de restaurantes. Ya sabe lo que dicen: un buen pastelero puede ser un buen chef, pero no todos los buenos chefs pueden ser pasteleros.

El tal Surinder me miró poniendo mala cara.

—Sin querer ofender —añadí sonriéndole.

—¿Dónde has estudiado? —disparó éste en mi dirección.

—Primero en Lenôtre y después...

Surinder no me permitió seguir, alzando ambas manos para enseñarme unas palmas mucho más claras y curtidas que el dorso de sus mismas. Tenía manos de chef y eso me hizo sentir bien, como en casa.

La sangre comenzó a correr más rápido por mis venas. Trabajar como chef durante esos cinco días no sería lo mismo que hacer simplemente de camarera. La idea me entusiasmó tanto que me dieron ganas de saltar de alegría por anticipado.

—Contrátala para este fin de semana; esa chica no tiene nada que hacer como camarera. Luego, cuando este gran premio acabe, podrás buscar a otro chef para el resto del campeonato.

Érica movió los ojos de mí a Surinder.

—¿Seguro?

—Probablemente sepa más que suficiente y será más sencillo conseguir otro camarero que un subchef. No me ha hecho ni pizca de gracia lo que ha dicho sobre los chefs y los pasteleros, pero la necesito ya en mi cocina. Porque sí, Duendecillo, ésta es *mi cocina*, y no me importa cuán buena pastelera seas, estarás a mis órdenes tan pronto como pases por esta puerta. —Con la cabeza apuntó hacia atrás.

—Óscar, tengo un subchef, consígueme otro camarero. Más tarde nos encargaremos de discutir el asunto de Freddy y de si debemos contratar a otro chef para el resto de la temporada. —Unos segundos de silencio—. Listo, perfecto, en un

rato te veo. —Érica me miró y se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón—. Perfecto, te quedarás aquí con él.

—Genial —entonamos Agustina y yo a coro.

—Quizá puedas seguir con ellos el resto de la temporada —me susurró Agus al oído.

—¿Quieres que mi madre venga a buscarme y me lleve a casa arrastrándome de los pelos? —le contesté igual de bajito.

Agustina se rio.

—Ok, ven aquí, te quedarás con Surinder. En un momento te traeré el nuevo contrato para que lo firmes, así como todos los asuntos del seguro. Por favor, durante la próxima media hora no te lastimes y procura no buscar motivos para demandarnos, de verdad que te necesitamos. Te prometo que, si nos ayudas, el equipo te recompensará en consonancia.

—Está bien, no se preocupe. —Caminé hasta ellos—. Hola —saludé al chef—. Soy Natalia.

—Natalia, él es Surinder, nuestro chef. Él te dirá qué hacer.

—Sí, claro. Es un placer. —Surinder me tendió una mano que estreché.

—Bien, os dejo solos para que os organicéis. Vosotros a lo vuestro, que yo me ocuparé de terminar de darles las indicaciones a este grupo de aquí.

—Perfecto, porque tenemos mucho que hacer. Ven, acompáñame. —Me despedí de Agustina con la mano y seguí a Surinder hacia el interior de la cocina.

—Pasa. —Cerró la puerta detrás de mí.

Lo primero que noté fue que la cocina era demasiado pequeña y, sin bien estaba muy bien equipada y allí dentro no hacía el calor que imaginé que haría considerando los tres hornos y los fogones, no me costó mucho sospechar que no sería sencillo trabajar en un espacio tan reducido. Sin duda ésa no era una cocina muy buena.

—Ok, sé que mi cocina no es gran cosa, pero es mía, y aquí somos como una familia... o al menos intentamos serlo, por eso tenemos nuestras discusiones y por eso me he quedado sin ayudante hace media hora. —Soltó esas últimas palabras por lo bajo—. En fin, lo importante es que estás aquí y que yo te necesito, el equipo te necesita. No podíamos quedarnos sin un cocinero en pleno inicio de temporada; todo el mundo está muy ansioso y...

—Claro, no pasa nada. Es un placer poder ayudarte y, no te preocupes, en peores cocinas he estado. Bueno, no he querido decir eso, es que aquí es todo tan pequeño...

—Tranquila, te acostumbrarás; además, tú eres pequeñita y yo tampoco ocupo mucho espacio. —Surinder me guiñó un ojo—. Soy Surinder Desai.

—Natalia Rodríguez. —Estrechamos manos una vez más.

Surinder se movió hasta el fondo de la estancia y se estiró para llegar a un estante; de allí sacó un delantal violeta como el que llevaba puesto y me lo tendió.

—No eres de aquí.

Comencé a colocarme la prenda.

—No, soy de Argentina. Estoy aquí de paso, llevo seis meses viajando. Ésta será mi última aventura, regreso a casa la semana que viene.

—Nosotros justo comenzamos la nuestra; bueno, es que ahora acaba de empezar la temporada. —Con una mano apuntó en dirección al fregadero.

Fui a lavarme las manos.

—Yo nací en la India; mis padres se mudaron a Inglaterra cuando tenía año y medio; crecí en Londres. Allí estudié, y también un poco en París. Llevo tres años con el equipo Bravío. En ocasiones esto es una locura; de cualquier modo, estoy seguro de que disfrutarás de la experiencia. El equipo tiene muy buena gente... Somos los mejores en todo, eso te lo aseguro; por ello es importante que también seamos los mejores en la cocina. Si mantenemos a los componentes de Bravío felices, éstos realizarán mejor su trabajo, y todos esperan que este año seamos campeones otra vez.

Su afirmación me sonó un tanto exagerada; lo dejé correr.

—Sí, claro. Tú me dirás qué debo hacer.

—Bien. Básicamente vamos un poco atrasados con el trabajo, de modo que será mejor que nos pongamos manos a la obra. Éste es el menú de hoy —apuntó la pizarra situada en la pared a su izquierda; allí había un montón de platos enumerados en un menú—. Éstos de aquí —agarró un montón de hojas plastificadas que colgaban de una cinta con el logo y el nombre del equipo del costado de la pizarra— son los ingredientes y cantidades para cada plato.

—Perfecto.

—Lamento informarte de que la tarea que debo encargarte primero no es demasiado glamurosa.

—Está bien, no hay problema.

—Hay que limpiar esas zanahorias *baby* de allí.

Giré la cabeza siguiendo la dirección de su dedo.

Inspiré hondo al ver el bolsón. Bueno, no era lo peor que me había tocado hacer en una cocina.

—De acuerdo, no te preocupes.

—Debes dejarle los cabos de dos centímetros, limpiarlas y ponerlas a hervir. Freddy estaba en eso cuando se largó. —Apuntó al trabajo a medio hacer a un lado.

—¿Qué ha pasado con tu ayudante?

—Es una larga historia y en este momento tengo que ir a buscar el pescado que debían haberme entregado hace media hora. El proveedor está en la puerta. ¿Crees que podrás ocuparte de esto mientras voy y vuelvo? En quince minutos estaré de regreso y, no te preocupes, en teoría nadie debe venir por aquí; además, fuera todavía queda parte del bufet del desayuno si alguien tiene hambre.

—Sí, tranquilo, yo me hago cargo de esto.

—De acuerdo; no quiero ponerte presión, pero...

—Me daré prisa. Vete ya y no te preocupes. Creo que puedo con esto.

—Claro, si un buen pastelero puede ser un buen chef.

—Perdona por decir eso. —Reí.

—No pasa nada, y no es la primera vez que lo oigo. Ok, Duendecillo, que no tenemos tiempo para debates. Estaré de vuelta lo antes posible. Encárgate de eso y, cuando vuelva, hablaremos de lo demás.

—¿Duendecillo?

—Por lo pequeña que eres y con ese corte de pelo...

—Lo de pequeña te lo acepto, pero ¿qué problema hay con mi pelo?

—Ninguno, Duendecillo, si te queda muy bien. Es que la mayoría de las mujeres que rondan por aquí suelen tener el cabello largo. Nada, no me hagas caso. En fin, manos a la obra.

Reí.

—Sí, claro, no sufras. El Duendecillo se ocupará de la cocina.

A Surinder tampoco le quedó más remedio que reír.

—Bien, ahí tienes los cuchillos... —Me señaló un imán en la pared que sostenía una interminable hilera de hojas muy bruñidas y de aspecto mortífero que era simplemente perfecta. Entendí que, pese a no ser la mejor cocina, pese a no ser una de pastelería, me entusiasmaba regresar al ruedo.

—Ok, te dejo. En seguida regreso. Confío en que no quemarás nada. Por cierto, me llaman Suri, odio que me llamen por mi nombre completo. Érica lo hace porque es muy estricta; si nos apretujaremos aquí durante los próximos cinco días, será mejor que entremos en confianza.

—¿Continuarás llamándome Duendecillo?

Suri se quedó mirándome sin saber si se lo decía en serio, por si estaba molesta por el mote que me había puesto o qué.

—¿Natalia? ¿Nat?

—Duendecillo está bien.

—Ok, en seguida vuelvo. Cuida el fuerte por mí.

—Eso está hecho.

Suri me dejó en compañía de una montaña de zanahorias enanas.

2. Siroco

Escogí un cuchillo con el filo adecuado y me puse manos a la obra.

Allí dentro tenía menos oportunidad de disfrutar del fin de semana de velocidad, pero, a decir verdad, dudaba de que Agustina y los demás tuviesen mucho tiempo de sobra como para asomar sus narices al circuito propiamente dicho.

Estaba limpiando las primeras zanahorias cuando descubrí a un lado, colgando de la pared, entre rejillas con utensilios de cocina, una radio. La encendí y busqué una emisora en la que sintonizasen buena música para así hacer más llevadera la tarea.

—Ey, tú... Ey, compañero, ¿estás sordo o qué?!

Di un respingo al oír el grito que sonó en inglés con un acento que no reconocí. Ni siquiera me había dado cuenta de que alguien había entrado en la cocina y por poco me rebano un dedo del susto. Con la música y pérdida entre zanahorias, casi me había olvidado del mundo.

¿Compañero, sordo? ¿De verdad creía que era un hombre?

—¿Crees que podrás tener mi almuerzo listo de una buena vez? Llevo más de media hora esperando y nadie ha aparecido. Tengo que comer ya.

Bajé la zanahoria y, sin soltar el cuchillo, me di la vuelta. La gente jamás obtendría nada de mí con prepotencia, y quien me había hablado destilaba malos modos.

Me moví despacio sin bajar la punta del cuchillo.

Lo primero que vislumbré fue su cabello rubio; lo segundo, sus ojos azul celeste. Ante semejante visión, mis dedos sobre la empuñadura se aflojaron. Su nariz no era perfecta, pero no podía ser más masculina. Sus labios, rodeados de una barba apenas crecida, parecían hechos para sonreír, aunque en ese instante no daban la impresión de tener muchas ganas de hacerlo.

Mentón partido, mandíbula fuerte.

Algo dentro de mi pecho se cayó para golpear contra los huesos de mis caderas y rebotar una y otra vez entre éstos y las costillas, como si yo fuese un *pinball*.

Parpadeó frunciendo el entrecejo.

—Ah... no eres él, eres ella. No te conozco. ¿Dónde están Freddy y Suri? Necesito mi comida. ¿Por qué no está listo mi almuerzo todavía? Debía estar en mi autocaravana hace rato. Si empezamos la temporada así... —soltó con un tono arrogante que hizo que mis dedos volviesen a tensarse alrededor de la empuñadura del cuchillo, olvidándome de lo guapo que me había parecido como hombre, más que nada por su aspecto... cada vez más por su aspecto y menos por lo que podía adivinar detrás de su espectacular mirada, el primer instante en que lo vi. Su cuerpo, enfundado en esos pantalones y esa camisa blanca, era un espectáculo digno de ver, pero me dije que, si continuaba comportándose de esa manera, poco importaba el modo en que luciese.

Por las dudas, solté el cuchillo sobre la encimera y me sequé las manos con el delantal.

—Hola. Disculpa, no te conozco. Soy Natalia. —Caminé hasta él y le tendí una mano que él miró con desprecio.

—¿No me conoces? —Alzó ambas cejas hasta lo más alto de su amplia frente. Ese sujeto, evidentemente, no podía entender por qué yo no tenía ni la más remota idea de quién era él. La confusión se le notaba en su masculino rostro. Sacudió la cabeza, exasperado—. Ok, no sé qué sucede aquí, pero necesitaba mi comida para hace cinco minutos y tú todavía no me has dado una respuesta que me satisfaga.

—Pues disculpa, pero sigo sin saber quién eres y no tengo ni idea de cuál es tu comida. Fuera está lo que sobró del desayuno y, por lo que sé, Freddy se ha ido porque ha tenido no sé qué problema, y Suri ha tenido que ir a buscar el pescado, o al menos eso me ha dicho.

—¿Acaso quieres matarme?

Pero si yo ya había soltado el cuchillo, ¿de qué demonios hablaba ese tipo?

—¿Lo que sobró el desayuno? —añadió.

—Sí, exactamente: está fuera y para el almuerzo aún falta. Es temprano y yo acabo de empezar a lavar las zanahorias.

De refilón, vi asomando de entre un montón de productos un paquete de galletas dulces. Me moví hasta el estante y lo cogí. En un par de pasos más, llegué hasta él y se lo tendí. Su perfume, muy varonil y que evidenciaba que no hacía mucho que se había dado una ducha, por poco me tumba. Me dieron ganas de hundir el rostro en su cuello, o incluso en su cabello rubio revuelto. Nunca me habían gustado demasiado los rubios, aún menos los que eran pedantes; sin embargo, ése era una verdadera obra de arte.

Para recuperar un poco la compostura, carraspeé antes de hablar.

—Aquí tienes —le tendí el paquete de galletas—, seguro que con esto aguantas el hambre hasta la hora del almuerzo. —Como no cogía el paquete de galletas, cogí su mano derecha y se lo puse sobre la palma—. Buen provecho.

—¿Tú estás loca o qué? —me soltó alzando la voz. Con furia, tiró el paquete de galletas con rabia.

Oí crujir las galletas al chocar contra la pared de metal del interior del contenedor en el que estaba montada la cocina.

—Si yo estoy loca, tú eres un jodido maleducado. ¿Ésa es la educación que te han dado en tu casa?

—¿Es que este equipo ahora se dedica a contratar inútiles?

—Y, por lo visto, también gente altanera que no entiende lo que significa ser respetuoso.

—¿De dónde mierda has salido tú?

—Y tú, ¿quién mierda te crees que eres? —le espeté llevándome las manos a la cintura para sacar el poco pecho que tenía.

—El cinco veces campeón del mundo.

Así, en esa mismísima fracción de segundo, deseé que el universo me engullera.

—¿Siroco? —Una cabeza grande y rubia, acompañada de un cuerpo sobrado de tamaño, el mismo que había visto de camino hacia allí conversando junto a la cabina de uno de los camiones del equipo con el hombre de aspecto serio, entró en la cocina.

Lo miré como pidiendo socorro sin moverme. Necesitaba que alguien me defendiese en ese instante, porque había metido la pata hasta el fondo. Por supuesto que ni él ni nadie me defendería frente al cinco veces campeón del mundo, ni aunque éste fuese el desagradable maleducado que era.

—Nico... ¿Va todo bien? —le preguntó en inglés con lo que me sonó a un fuerte acento alemán.

—No, ¡todo es una mierda! Llevo más de media hora esperando mi almuerzo. ¿Cómo se supone que voy a trabajar bien si nadie más aquí hace correctamente su trabajo? Sabéis que mi comida debe estar en mi autocaravana a una hora exacta, ¿por qué es imposible conseguir que la gente cumpla con sus responsabilidades?

—Vamos, Nico, tranquilo; seguro que la señorita aquí presente puede...

El tal Nico, cinco veces campeón del mundo, abrió los ojos como platos.

—Acaba de darme un paquete de galletas dulces —soltó estallando.

El recién llegado apretó los labios.

—Discutí cuando llegué con el inútil de Freddy y ahora ella me manda a comer los restos del desayuno que quedaron fuera y me pasa un paquete de galletas. ¿Acaso se trata de una broma? ¿Dónde está Érica? No puedo creer que empecemos la temporada de esta manera. ¿Es que quizá tengo que ir a hablar directamente con Paul?

Sus palabras sonaron a amenaza. Yo no tenía ni la menor idea de quién era Paul, pero obviamente se trataba de un peso pesado dentro del equipo, porque el recién llegado puso mala cara.

—Siroco...

—Toto, yo no puedo trabajar en estas condiciones y lo sabes.

—Sí, lo sé; quédate tranquilo, seguro que la señorita aquí...

—Hola, soy Natalia. —Alcé una mano y lo saludé. Él parecía un ser humano más normal que el rubio de ojos bonitos y mentón partido.

—Hola, Natalia, es un placer conocerte. Soy Otto Tisser, ingeniero de pista de Nico; todos me llaman Toto. Escucha, nuestro chico aquí necesita su almuerzo, ¿crees que podrías hacer algo al respecto para ayudarnos?

—Te aseguro que he intentado ayudarlo, pero *su chico*, aquí presente, ha estrellado el paquete de galletas que le tendí y, por lo visto, el desayuno que ha sobrado tampoco le apetece.

—Es que Siroco sigue una dieta especial.

—Quizá debería pensar en comer alguna otra cosa, tiene cara de... —Iba a decir «estreñido», pero me contuve; podía perder mi trabajo—. Algo dulce le vendría bien. Eso levanta el ánimo y te pone de buen humor.

El campeón del mundo realizó su mejor intento de pulverizarme con su mirada azul claro.

Con cara de perro, dio un paso hacia mí; Toto lo detuvo.

—Calma, calma —le pidió.

—La mato —gruñó el rubio.

—Tú no matarás a nadie —lo frenó Toto.

—Inténtalo —lo desafié, señalándole con la mirada el cuchillo que había dejado momentos antes sobre la encimera.

—Ey, los dos... Natalia, ¿no? Tendrás que disculpar a Nico. Por favor, ¿podrías decirnos dónde están Suri o Freddy? De verdad que Nico necesita su almuerzo.

—Pues, por lo que sé, Freddy ha renunciado, se ha largado, y Suri hace un rato que se ha ido a buscar el pedido de pescado a la puerta.

—¿Freddy ha renunciado? —me preguntó, y acto seguido giró su rostro en dirección al rubio—. ¿Siroco?

—No tengo la culpa de estar rodeado de inútiles —le contestó Nico con la frente fruncida. Su mala cara se ponía cada vez más agria.

Estaba a punto de soltarle algo cuando vi que cerraba los ojos y se apoyaba contra la encimera a sus espaldas, sujetándose del borde.

Me pareció que se estaba mareando o algo así.

—¿Estás bien? —le preguntó Toto. Sonó tan preocupado que hasta yo me alarmé.

—Ey, ¿qué le sucede? ¿Necesita algo? —Di un paso hasta ellos, pero entonces Nico abrió los ojos y me miró mal.

—Nico, ponerte así no te hace ningún bien. Ven, te acompañaré hasta tu autocaravana. —Toto me miró—. No te preocupes, todo está bien. ¿Podrías decirle a Suri que le lleve a Nico su almuerzo cuanto antes?

—Sí, claro; me dijo que en seguida regresaría.

—Bien, perfecto. Gracias, Natalia.

—De nada —contesté un tanto angustiada al ver que el macho rubio se había puesto un tanto pálido. ¿Se iba a desmayar allí, en esa diminuta cocina? Comenzaba a arrepentirme de esa última aventura. Ya me sentía culpable por ponerlo así, aunque él había puesto su buena dosis de mala predisposición.

—¿Tienes algo allí? —le preguntó Toto a Nico, y éste asintió con la cabeza—. ¿Quieres que llame a Dave?

—No, estaré bien. Solamente ayúdame a salir de este maldito lugar.

—Sí, claro, ven. —Toto lo agarró de un brazo, que pasó por encima de sus hombros, y lo levantó del borde de la encimera—. Por favor, intenta localizar a Suri, ¿de acuerdo?

—Sí, haré lo que pueda. Disculpa, es que soy nueva aquí, llevo tan sólo cinco minutos y... —Me interrumpí al ver que Nico alzaba la cabeza y, con los ojos entornados y todavía más hundidos de lo normal, me miraba de muy malas maneras.

Toto me dedicó una sonrisa como disculpando los modales del campeón del mundo, y se lo llevó de allí.

Algo dentro de mí me dijo que era hora de regresar a casa y entonces volví a sentir aquello que tiraba de mí en dirección a Buenos Aires, aunque no tuviese ni la menor idea de lo que haría al llegar allí. Sentí como si ya no formase parte de nada, como si no perteneciese a ninguna parte, tampoco a ese lugar, entre esa gente.

La angustia se me vino encima, aplastándome.

Me pasé ambas manos por el cabello corto, parte de lo que probablemente le había hecho pensar al campeón del mundo que yo era un chico.

Bajé la vista para recorrer mi cuerpo y no me gustó lo que vi, y aún menos sentirme así; en mi vida me había incomodado mi cuerpo, y mucho menos estar rodeada de hombres. Toda mi vida había estado entre ellos; primero por mis hermanos, después porque casi todos mis amigos eran del sexo masculino... Se me escapó un suspiro. No tenía razón de ser que me sintiese así de perdida.

Me costó desprenderme de la visión de su espalda y la de Toto perdiéndose en el rectángulo de luz que era la puerta.

—En cuestión de días estarás en casa —me dije en voz alta para intentar convencerme de que en Buenos Aires estaba mi lugar.

Me entraron ganas de llamar a Tobías. Mi hermano me había llamado desde Londres muchas veces para que fuese a quedarme otra vez con él, en esa ocasión durante más tiempo, no sólo los diez días que dieron el pistoletazo de salida a mi viaje por el mundo con Agustina. Mi hermano mayor llevaba cinco años viviendo en aquella capital. ¿Podría llamar a aquella ciudad «mi hogar»?

Inspiré hondo y solté el aire sobre mi rostro, moviendo los cortos cabellos que caían sobre mi frente.

Ése no era ni el momento ni el lugar adecuados para meditar sobre mi futuro; debía limpiar una tonelada de condenadas zanahorias *baby*.

* * *

Suri regresó cuando ya me quedaba poco para terminar con las zanahorias; se demoró mucho más de lo prometido, pero por suerte no había vuelto a tener visitas desagradables, solamente dos mecánicos habían venido a pedir más café porque fuera ya se había terminado. Revolví toda la cocina y al final encontré el café y preparé más; eso no supuso ningún problema, todo lo contrario: me relajó. Los mecánicos se presentaron en cuanto se dieron cuenta de que era nueva allí y fueron sumamente amables; eran divertidos y me hicieron olvidar, al menos en parte, el mal rato vivido con el campeón.

—Disculpa, disculpa... sé que he tardado más de la cuenta. —Suri, de un tirón, alzó el carro para que terminase de subir la rampa, ya que entre el exterior y el interior del contenedor había una diferencia de altura bastante pronunciada. Apiladas en el carro, seis cajas de refrigerantes de poliestireno expandido. El carro dio un salto y entró en la cocina—. Veo que ya no te queda nada para terminar. ¿Me echas una mano aquí?

—Sí, sí, claro. —Solté el cuchillo sobre la encimera y me sequé las manos para caminar hasta él.

Suri avanzó de espaldas hasta el extremo opuesto del contenedor, donde estaban las neveras.

—¿Todo bien por aquí? —quiso saber.

Sin responder, me agaché para ayudarlo con el carro y las cajas.

—Ha venido alguien —comencé a decir unos segundos después. Llegamos a las neveras.

—¿Quién?

—Bueno... dos mecánicos, porque querían café y fuera ya no quedaba.

—Ah, me olvidé de decirte dónde estaban las cosas.

—No te preocupes, las encontré y se lo preparé.

—Bien, perfecto. —Suri abrió la puerta de una de las neveras y yo terminé de apartarla para que pudiese meter dentro las cajas con el pescado.

Me aclaré la garganta después de pasarle la segunda caja.

—También vino...

—¿Quién? —me preguntó, y después se quedó inmóvil al frenarse en seco. Su rostro se tornó casi tan blanco como el de la arisca visita antes de irse—. *Shit!*

El «¡mierda!» de Suri me hizo gracia, pero disfruté de lo gracioso sólo un segundo, porque recordé que el momento vivido con el cinco veces campeón del mundo no había sido tan divertido.

—¿Siroco! —estalló Suri—. Mierda, mierda, mierda, ¡me olvidé de su almuerzo!

—¿Siroco? ¿Se llama Siroco? El tal Toto, es decir, Otto, quien se presentó como su ingeniero, también lo llamó Nico.

—Sí, sí —me contestó Suri como si le hablase a un loco, mientras se apretujaba entre la nevera y el carro para salir hacia el otro lado del contenedor—. Se llama Nico, Nicolau, pero sus allegados lo llaman Siroco; Otto le puso el apodo. ¡Mierda! Hoy, si no me echan a mí también, será de casualidad. Termina de guardar el pescado, ¿de acuerdo?

—Sí, no hay problema. —Fue mi turno de apretujarme entre el carro y la nevera.

—Lo siento, Suri, yo no tenía ni idea de quién era y, cuando me pidió el almuerzo, le dije que fuera estaban los restos del desayuno. Le tendí un paquete de galletas y me lo devolvió tirándolo de muy malos modos. El tipo es bastante descortés, por decirlo de una manera elegante. La verdad es que, entre nosotros, tiene un humor de mierda y es bastante maleducado.

Suri volvió a detenerse en seco delante de una de las alacenas.

—Lo siento. Estoy nerviosa, no me hagas caso; cuando me pongo nerviosa hablo de más. Seguro que el campeón es muy buen muchacho —rectifiqué, y escondí mi rostro en llamas dentro de la nevera mientras metía con esfuerzo en el espacio la tercera caja de pescado.

—Nico, ¿un buen muchacho? —Suri se carcajeó—. Sí, claro. Todo el mundo le tiene miedo... o quiere matarlo —acotó cuando yo sacaba la cabeza del frío de la nevera. Suri sacó unas cosas de dentro de la alacena—. Freddy ha renunciado porque discutió con él, con Nico. A éste jamás le gustó Freddy; él es muy cerrado y mi excompañero es un tanto bocazas. Nunca se han llevado bien. Hoy han terminado a gritos y por eso Freddy se ha largado. No resulta fácil tratar con Nico; es muy severo y no suele pedir las cosas de la mejor manera.

—Sí, ya me he percatado de eso. Exigió su almuerzo y mencionó algo así como que sus horarios son estrictos y no sé qué.

—Freddy se ocupaba de sus comidas. Con todo el revuelo de su partida, me he olvidado de encargarme de su menú. Las fichas de sus comidas, con cada ingrediente

medido milimétricamente, están colgadas allí, con el resto del menú; al final, también están los horarios en que debemos servirle cada cosa.

—¿Es broma? ¡Sí que es estricto!

—Nico es muy disciplinado.

—Bueno, yo diría que, más que disciplinado, es un enfermo. Ha amenazado con matarme y le sobra soberbia.

Suri me dedicó una mueca que no comprendí y continuó con su trabajo.

—Acaba de guardar el pescado, termina con las zanahorias y luego te diré qué debes hacer; mientras tanto prepararé su comida.

Y eso hicimos en silencio y un tanto con prisas.

Mientras Suri preparaba el almuerzo del campeón, yo me puse a lavar y pelar vegetales para la salsa que debía acompañar el pescado.

—Érica, soy Suri —entonó pulsando el botón del *walkie-talkie*—. Mira, necesito a un camarero aquí para llevarle la comida a Nico. —Soltó el botón y entonces, después de un chisporroteo, ella contestó.

—No tengo a nadie disponible, Suri. Ve de un salto y alcánzasele tú, por favor.

—¿Yo? ¿Tienes idea de cuánto pescado tengo que preparar?

Eché las últimas cebollas dentro de la cacerola donde se rehogaba todo. Las zanahorias ya nadaban en agua hirviendo.

—Lo lamento, Suri. Se supone que esta tarde me enviarán a dos camareros más, pero por el momento esto es lo que hay. Eres muy atlético, corre y llévaselo.

Los ojos grandes y negros de Suri se desorbitaron; comprendí que estaba a punto de mandarla al demonio, pero se contuvo.

—Ok —murmuró y soltó el *walkie-talkie* sobre la encimera otra vez. Me miró—. Sé que habéis comenzado con el pie izquierdo, pero... si te indico cuál es su autocaravana, ¿podrías llevarle su comida? Es probable que ni siquiera te atienda él. Necesito empezar con el pescado ya; de otro modo, hoy no va a almorzar nadie.

—Si no queda más remedio... —Tenía claro que si no me habían echado ya era porque pasaría el resto del fin de semana trabajando para el equipo, y tarde o temprano volvería a cruzarme con él. Así que pensé que era mejor hacerlo pronto que retrasar ese encuentro; sería como quitarse la tirita de una herida de un tirón.

—Bien, de acuerdo; yo voy.

—¡Gracias, Duendecillo! Eres mi salvación.

Suri me dio las indicaciones y me tendió la bandeja.

Todo iba bien hasta que salí del área de comedor al sector en el que estaban todos los camiones y equipamientos de Bravío. Una vez allí me perdí y ya no supe hacia

dónde debía ir; siguiendo indicaciones siempre había sido un desastre, al igual que para darlas.

Intenté seguir el camino que creí que me había marcado Suri y terminé entre un montón de material mecánico. Perdida, paré a alguien del equipo.

—Disculpa, estoy buscando la autocaravana de Nico.

—Ah, sí, mira: das la vuelta por aquí, doblas a la izquierda, vas hasta el fondo y allí están las autocaravanas de los pilotos; una es la de Nico y la otra, la de Haruki. Tendrás que preguntar, porque la verdad es que no sé cuál es cuál.

—Gracias, seguro que la encontraré.

Mi interlocutor siguió su camino y yo, el mío. Cuando llegase a destino, la comida de Nico estaría fría. Dentro de mi cabeza solté todas las maldiciones que me sabía, en los idiomas en los que hablaba. El sujeto era desagradable, pero no me apetecía en absoluto tener otra discusión con él.

Estaba tan ansiosa que, al oír un rugido agudo, sostenido y fiero, di un respigo. El motor, al ser acelerado, bramó con potencia, haciendo notar su presencia en el circuito. Yo conocía aquel sonido solamente a través de la televisión; captarlo así, en vivo, a pocos metros de distancia, resultaba una experiencia completamente distinta y ensordecedora. Mis entrañas vibraron y se retorcieron dentro de mi abdomen.

Ese momento fue a parar a la cuenta de pequeños y muy valiosos instantes que hicieron y hacían que ese viaje mereciese la pena.

Aceleraron y desaceleraron el motor hasta que el silencio volvió. Bueno, en realidad un silencio relativo, porque había obras, vehículos y gente por todas partes.

El camino me llevó a las autocaravanas.

Fui hacia la que tenía más cerca y llamé a la puerta tras trepar los escalones que al segundo bajé para no resultar demasiado invasiva y, además, para tomar un poco de distancia del rubio, por si era él quien contestaba a la puerta y continuaba con ganas de matarme, o bien por si despertaba las mías.

Quien asomó la cabeza por la puerta definitivamente no fue el campeón del mundo. Frente a mí, con el uniforme de Bravío puesto, había un chico que ni de casualidad alcanzaba los veinte años; era muy menudo, apenas un poco más alto que yo, de ojos rasgados que complementaban sus facciones orientales en los rasgos de su rostro; tenía melena negra, una sonrisa amena y toda la apariencia de ser tan agradable como tímido.

—Hola, mi nombre es Natalia. No estoy segura de estar en el lugar correcto. Busco la autocaravana de Nico. —Entorné los ojos y le sonreí—. Eres Haruki, el otro piloto, ¿no? Creo que me he equivocado.

—Sí, soy Haruki. La de Nico es la de al lado. Pero no sé si está ahí, quizá todavía no ha llegado, aún no lo he visto.

—Sí, estar, está; yo ya lo he visto. —Me mordí el labio inferior para no decir nada más—. Bien, disculpa, es que debo entregarle su almuerzo.

—Ah, sí, por supuesto.

—¿Tú necesitas algo, quieres que te traiga alguna cosa de la cocina?

—No, estoy bien, gracias. Eres nueva, ¿verdad? Yo también lo soy, es mi primera temporada como piloto oficial del equipo. —Sonrió con timidez—. Antes era piloto de pruebas. Te lo pregunto porque creo conocer a todos los componentes de Bravío, y me parece que a ti no te había visto. Haruki Sasaki.

—Natalia Rodríguez. —Sostuve la bandeja con una sola mano y le tendí la otra—. Es un placer. Sí, no nos habíamos visto todavía. Trabajaré aquí sólo durante este fin de semana; entré como camarera, pero necesitaban a alguien para la cocina, así que aquí estoy.

Haruki me devolvió el apretón de mano.

—Bien, mejor me voy; el campeón debe de querer su comida. Nos vemos.

—Sí, claro. —El joven piloto alzó una mano a modo de saludo.

Di media vuelta e, inspirando hondo, eché a andar hacia la otra autocaravana.

«Ok, allá vamos», me animé dentro de mi cabeza para subir los escalones y llamar a la puerta.

Retrocedí sobre mis pasos, bajando para esperar a que me atendiesen.

Tres hombres que vestían el uniforme de Bravío pasaron junto a mí y me dieron los buenos días acompañados de amplias sonrisas.

Pasaron de largo y yo continué esperando.

—¿Dónde te has metido, rubio?, que tu preciado menú se enfría —murmuré para mí. Un par de segundos más y todavía nada.

Remonté los escalones y llamé a la puerta de nuevo.

—Hola, soy de la cocina, he traído tu... su comida —anuncié corrigiéndome tras esperar un par de segundos más—. ¿Hola?, ¿hay alguien? —Golpeé de nuevo—. ¿Hola?

Nada.

¿Estaría abierto? Si así era, podía dejar la bandeja allí y largarme de regreso a la cocina a ayudar a Suri. Con todo el trabajo que teníamos por delante, no podía darme el lujo de perder tiempo allí plantada.

—¿Hola?

Otra vez silencio.

Equilibré la bandeja sobre un solo brazo y llevé mi mano a la manija de la puerta. Tiré hacia fuera y empujé un poco hacia dentro.

El lujo allí dentro me dejó impresionada. Sin duda no era una simple casa rodante. La sala de estar chorreaba dinero y era más grande de lo que jamás imaginé que podía ser el interior de una autocaravana. Sillones por debajo de las ventanas, una amplia

mesa, una pantalla plana de cincuenta y no sé cuántas pulgadas, o al menos eso me pareció. Todo era de colores muy claros, incluida la madera con la que estaba recubierta la mayor parte de las superficies.

El espacio dentro estaba muy bien distribuido y aprovechado; por un pasillo a un par de metros se veía una puerta al final y otra a un lado.

La puerta del fondo estaba entreabierta.

—¿Perdón?, ¿hay alguien? —Puse un pie en el interior, empujando la puerta un poco más. Nadie contestó—. Hola, he traído el almuerzo —anuncié de nuevo, alzando la voz un poco más por las dudas de que el campeón estuviese al otro lado de esa puerta y que, desde allí, no pudiese oírme.

No obtuve respuesta.

Entré. Podía dejar la comida allí, encima de la mesa, junto a la botella de agua y el vaso servido a la mitad.

Posé el recipiente y me detuve un segundo al percatarme de que allí dentro olía a él.

Sobre el sillón que rodeaba la mesa había una chaqueta con el logo del equipo y de los anunciantes.

Mis pies se movieron solos para acercarme a la prenda, que imaginé que debía de ser la que, en gran parte, contribuía a perfumar ese espacio con su aroma. El cinco veces campeón del mundo podía ser un idiota soberbio e insoportable, pero sin duda olía de maravilla. Carraspeé al notar que mis sentidos se nublaban; ése era su perfume, estupendo... no se parecía a lo que percibí que emanaba de él, pues de él emanaban otras cosas, aunque tuviese un par de hermosos ojos y un cabello rubio que podía llegar a cambiar mi patrón respecto al gusto de hombres. Bien, su boca, por sí sola, podría haber ganado unos cuantos campeonatos, y hasta su nariz, así de imperfecta, era increíblemente adecuada para terminar de darle a su rostro el perfecto toque final.

No sé por qué lo hice... quizá porque mi aventura estaba próxima a finalizar, pues mi viaje tenía fecha de caducidad y lo que vendría después de eso era la incertidumbre total, el caso es que me olvidé de pensar en que todos los actos tienen consecuencias, así que, inclinándome hacia delante, estiré el brazo izquierdo y cogí la chaqueta. Mis dos manos la sostuvieron para alzarla. Su perfume llegó a mí con más intensidad.

Mi poca coherencia se quedó fuera de la autocaravana, por eso alcé la chaqueta hasta mi nariz e inspiré hondo. Mi cerebro quiso engañarse a sí mismo diciéndose que, si registraba lo suficientemente bien este aroma, luego podría buscar la fragancia en el *freeshop* del aeropuerto para comprársela a Tobías, pero lo cierto era que no tenía ni idea de si vería a Tobías, por más que tuviese algo más de ganas de escapar en dirección a Londres en vez de a Buenos Aires y, además, la verdad es que no estaba del todo segura de querer que mi hermano oliese del mismo modo que ese

hombre, sobre todo porque esa fragancia hacia que mi corto cabello se pusiese de punta, y no por el susto.

Cerré los ojos e inspiré una vez más. Toda mi piel se erizó debajo del uniforme de Bravío.

Me hubiese quedado allí, con la nariz hundida en el cuello de aquella chaqueta, toda una vida, porque aquello olía a como deben oler los buenos momentos con alguien, a instantes simples y deliciosos al sol o al abrigo de una manta entre almohadones y con un par de brazos rodeándote y a...

Detuve las divagaciones de mi mente; lo único que me faltaba era ponerme a dar vueltas en círculo alrededor de nada; mis recuerdos de momentos así databan de hacía bastante tiempo atrás, y con eso no quería decir que no hubiese tenido momentos divertidos durante el viaje, sino que todos habían sido, quizá, un poco superficiales, fugaces; demasiado fugaces.

Bajé la chaqueta y la deposité otra vez en su sitio, acomodándola para que quedase más o menos como recordaba que estaba cuando la encontré.

Me aparté de la mesa.

—¿Hola?, ¿hay alguien? —repetí otra vez para ver si obtenía respuesta.

Nada.

La puerta a mi espalda había quedado cerrada. Le eché un vistazo, pues quería asegurarme de que nadie viniese. Tenía curiosidad de ver cómo era el resto de la casa rodante; después de todo, dudaba de que volviese a tener la oportunidad de entrar en una, y no estaba dispuesta a desperdiciarla.

Casi de puntillas sobre mis zapatillas negras, que también llevaban el logo de Bravío además del de la marca de ropa deportiva que evidentemente proveía al equipo de esos artículos, anduve hasta el pasillo.

Estiré el cuello y me pareció ver la esquina de una cama cubierta por una colcha clara; allí las cortinas, los estores o lo que fuese que cubriese las ventanas, debían de estar un tanto cerradas, porque se notaba cierta penumbra.

La puerta lateral del pasillo permanecía cerrada. Llamé con los nudillos y nadie contestó. La abrí; era un baño y estaba vacío. Éste también era de superlujo, y otra vez más espacioso de lo esperable para una casa rodante. Bueno, eso, más que una autocaravana, era un minipalacio con ruedas.

Cerré la puerta y avancé por el pasillo.

Me acerqué a la puerta entreabierta, pero sin tocarla. Presté atención a todos los sonidos; no oí nada, y entonces mis dedos curiosos empujaron un poco la puerta. La visión de una cama enorme que debía de ocupar casi todo el espacio se abrió ante mí poco a poco.

Asomé la cabeza por la puerta, todavía entornada, y lo vi allí, tendido a un lado de la cama, medio desparramado, como si se hubiese caído allí, mejor dicho, desplomado sobre el colchón.

El cinco veces campeón del mundo de la categoría, Nico, Siroco.

Mi corazón se quedó por un instante sostenido en un punto muerto difícil de definir, que sólo pude comparar con lo que debía de experimentar el suyo al estar detenido dentro de su automóvil frente al semáforo de salida.

La quietud y la energía que sabes que, en cuanto sea liberada, será furia y potencia.

No sé por qué mi cuerpo reaccionó de aquel modo; mi piel se enfrió y todo mi ser se tensó. Cerré los puños como si quisiese atrapar algo; se me escapaba el qué y los motivos; volví a inspirar y mi corazón se encogió.

Su perfume se pegó a mi piel, a mis ropas, como se te pega el olor a tierra mojada después de una tormenta, cuando caminas contra el viento haciéndole frente.

No me di cuenta de que me estaba haciendo daño con las uñas en las palmas de las manos hasta que me dolieron. Aflojé la presión en mis puños y me concentré en su imagen. Su rostro estaba muy pálido y relajado; sus mejillas fluían con calma sobre su rostro, también sus párpados y sus labios, tan suaves que incluso daban la impresión de disponerse a sonreír con sosiego.

Nico llevaba unos aparatosos auriculares de color violeta sobre las orejas. Una de sus manos descansaba sobre su pecho, y la otra la tenía, palma arriba, a la altura de su cadera. A pocos centímetros de esta última había una especie de sobre de plástico, angosto y largo; no tenía ni la menor idea de lo que era.

«¿Respira?», me pregunté, reaccionando a su palidez.

Di otro paso dentro de la estancia. No podía estar muerto, ¿o sí? Me entró pánico.

En pánico, permanecí no sé por cuánto tiempo hasta que todas las alarmas dentro de mi cerebro comenzaron a sonar. ¿Se habría tomado algo de ese sobre de plástico?, ¿por qué se había descompuesto en la cocina?, ¿por qué estaba tan pálido en ese momento?, ¿por qué no me había oído ninguna de las veces que lo llamé?

—Me cago en todo —gruñí, y me lancé hacia él por encima de los pies de la cama.

En cuanto aterricé sobre los pies del colchón, lo vi abrir los ojos, pero fue demasiado tarde para retroceder, porque yo ya estaba en el aire y él, despierto.

El campeón se incorporó y yo no pude detener mi caída sobre él.

Una de mis manos creo que dio contra su hombro; la otra, sobre su pecho tal vez; su codo, en una de mis tetas, y mi frente, sobre su sien derecha.

Yo grité, y él soltó un rosario de insultos en un idioma que no creía haber oído antes.

Lo último que le oí gruñirme, al tiempo que se quitaba los auriculares de las orejas para masajearse la frente, fue un *la mare que em va parir*.

La música escapó de sus auriculares.

—*Que collons fas? Merda!*

—¿Qué? —solté en español, olvidándome de los idiomas que hablaba; el caso es que no sabía qué agarrarme primero, debido al dolor, si la cabeza o el pecho. Caí sentada sobre el colchón, masajeándome una cosa con cada mano, de un modo muy poco sutil y femenino.

—¿Que qué cojones haces aquí? —bramó él en un perfecto castellano de España, que sonaba muy distinto a mi español porteño de Buenos Aires.

Se me escapó una carcajada.

—No sabía que eras español —solté todavía riendo, y él me contestó con su mejor cara de perro rabioso, que terminó de borrar la paz que le había visto derrochar mientras estaba acostado.

—¿Qué haces aquí dentro y por qué has saltado sobre mí?

—He venido a traerte la comida; te he llamado varias veces, pero no me has contestado. He saltado sobre la cama porque te he visto muy pálido... he pensado que te sucedía algo, que habías tomado algo y... Yo estoy bien, gracias, no te preocupes; me has abollado la cabeza y un pecho, pero...

Nico retrocedió de espaldas hasta la ventana y me observó con el entrecejo fruncido, sin darse por aludido ante mis intentos de poner en evidencia su poca caballerosidad.

—¿Tú estás bien? No tienes buen aspecto. Sigues estando muy pálido.

—No es de tu incumbencia si estoy pálido. —Se abalanzó sobre mí y me asusté. ¿Sería capaz de golpearme o de atacarme de alguna otra manera? Me tiré hacia atrás al tiempo que él caía con las rodillas sobre el colchón. Sus manos no llegaron a mí, sino que se pusieron a rebuscar entre los pliegues de la colcha que cubría el colchón, entre mis rodillas y a mi alrededor.

—Pero ¿qué haces? —chillé cuando me empujó.

En ese exacto momento se apartó, llevándose consigo un objeto en su puño derecho. Me pareció ver que era el sobre que había detectado sobre el colchón al llegar; se lo metió en el bolsillo del pantalón y acto seguido, con esa misma mano, se limpió la frente sudada. Todo su rostro estaba perlado de gotitas. Entonces volví a asustarme por él.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llame a un médico? Debe de haber un servicio de urgencias aquí, no creo que corran una carrera a trescientos kilómetros por hora sin contar con un servicio de ambulancias.

—¡No necesito un médico! —exclamó interrumpiéndome—. Necesito que te largues de aquí, eso es todo. Este día no puede ir peor... resulta que eres aún peor que Freddy. ¿Por qué no ha venido Suri?, ¿por qué no han mandado a uno de los camareros y listo?

—Porque la gente tiene otras cosas que hacer aparte de atenderte a ti y tus caprichos —gruñí por lo bajo, bajándome de la cama.

—¿Qué has dicho?

—Que la gente se preocupa por atenderte, y ya tienes tu preciado menú sobre la mesa allí fuera —contesté poniendo cara de niña buena—. Ahora que ya sabemos que no necesitas un médico y que tu estado es perfectamente normal, me retiraré a seguir con mi trabajo. —Dicho esto, di media vuelta y me dirigí al pasillo. Percibí cómo iba detrás de mí y no entendí para qué perseguía mis pasos. Debía de tener ganas de insultarme, de descargar sus malos modos conmigo. Incluso mi mente se adelantó a lo que pensaba que sucedería a continuación... «Haré que te echen de aquí», supuse que diría. No fue eso.

—¿Qué has visto?!

Lo espí por encima de un hombro sin detenerme.

—¿Que qué he visto?, ¿de qué hablas?! No entiendo a qué te refieres.

—Al entrar en mi cuarto, ¿qué has visto?

Entonces sí me frené y lo enfrenté, justo delante de la bandeja que contenía su almuerzo.

—Pues a ti, tendido en tu cama, luciendo como si no te encontrases muy bien.

Nico me examinó con el entrecejo fruncido; sus ojos no eran más que dos ranuras por las que se entreveía un poco del azul celeste de sus iris.

Tan bonitas pestañas tenía...

De un manotazo aparté ese pensamiento.

—¿Qué más?

—La cama, la cabecera de la cama... no sé, creo que había un móvil sobre la mesita de noche. Tus auriculares de color violeta. —Sacudí la cabeza, confundida—. Creo que nada más. ¿De qué va todo esto? No sé qué quieres que te diga, ¿es un juego? Puede que los dos hablemos español, pero es evidente que no nos entendemos.

—Ya lo creo que no.

—Mira, siento mucho haber entrado; quería dejarte tu almuerzo para no volver a tener problemas y quería que te lo comieras antes de que se enfriara, para que así no pudieses volver a quejarte. —Cerré la boca antes de meter más la pata; el daño ya estaba hecho. Su mirada perforó mi cabeza—. Perdona; mira, ya no diré nada más. Me ha preocupado verte allí tirado, creía que te habías desmayado, que te había dado algo... Ya te lo he dicho, es que vi el sobrecito ese junto a tu mano y...

—¡Eso!! —gritó apuntándome con un dedo, y casi me hace escupir el corazón por la boca del susto.

—Eso, ¿qué? ¿Estás desquiciado? ¿Qué sucede contigo?

—¿Has visto lo que era?

—¿Bromeas? ¿Eran drogas? Oye, sea lo que sea, no me importa. Aquí tienes tu comida y yo me voy, Suri necesita ayuda en la cocina y Érica dijo que no podría conseguirle otro subchef este fin de semana, de modo que, si él te cae al menos medianamente bien, te ruego que no pidas que me despidan, porque se quedará solo y tiene mucho más trabajo del que puede abarcar. Tú no me gustas, y es evidente que tú a mí no puedes ni verme; sin embargo, el caso es que, sólo por este fin de semana, Suri me necesita. Serán sólo unos días, y después ninguno de los dos volverá a saber nada del otro, porque yo regresaré a mi casa y tú te irás no sé adónde con todo este circo detrás de ti. Por favor, olvídate de todo lo sucedido y permíteme que me largue para continuar con mi trabajo. Juro que no pondré ningún veneno ni nada raro en tu comida; es más, ésta de aquí —le di unos golpecitos con las yemas de los dedos a la campana de metal que cubría la bandeja— la ha preparado Suri mientras yo picaba cebollas, de modo que puedes quedarte tranquilo, ni siquiera pasé cerca de ella.

El entrecejo de Nico se aflojó.

—No me interesa complicar tu existencia, simplemente olvídate de que existo y permíteme que me vaya. Será como si jamás nos hubiésemos conocido.

Nico alzó las cejas abriendo a la vez los ojos, regalándome una estupenda visión de sus iris.

—¿Puedo preguntarte algo? —No contestó, simplemente se quedó mirándome.

—¿Qué significa Siroco?

—*Amore*, ya estoy aquí. Dime que me has extrañado tanto que no podías respirar sin mí —exclamó una densa voz femenina, la primera palabra en italiano y el resto en inglés con un fuerte acento, consecuencia de ser aquella su lengua materna... o al menos eso supuse.

Me di la vuelta para ver entrar a una mujer que no parecía del todo real, o quizá la que no pareciese una mujer real a su lado fuese yo. Ella llenaba todas y cada una de las letras de esa palabra con una femineidad y sensualidad únicas. Debía de ser incluso más alta que el propio Nico. Tenía rasgos marcados, de líneas que se unían como capas de seda una sobre la otra, unos ojos oscuros que sin duda eran mucho más interesantes que los míos y una melena que hizo que mis cabellos de tres centímetros se encogiesen sobre sí mismos. Su cabello castaño, que le llegaba por la cintura, todavía se bamboleaba por detrás de su espalda y a los costados de sus delgados brazos después de frenarse justo ante la puerta al vernos.

Cabe destacar que también vestía con una elegancia exquisita. A mí nunca se me hubiese ocurrido asistir a un circuito a ver una carrera, bueno, en realidad a los preparativos de la misma, sobre unos zapatos de tacón que bien podrían utilizarse para hacer pozos en la tierra, en busca de petróleo, de tan largos y pronunciados como eran.

—¡Mónica!

—¿Nico?

Se dijeron el uno al otro, y yo más que nunca sentí que allí sobraba.

—Bien, si me disculpan, yo me retiro. —Me di la vuelta y enfrenté a Nico—. Olvídate de la pregunta, no tiene importancia. Por favor, te lo ruego por Suri.

Nico parpadeó con los ojos fijos en mí.

—Buen provecho. Ahora sí que me retiro.

Al darme la vuelta, me topé con el rostro perplejo de la recién llegada.

Solté un «adiós» que sonó fuera de lugar y me largué de allí esquivándola. Debía de llevarme al menos dos cabezas, montada sobre aquellos zapatos, y en realidad sentí, por una fracción de segundo, hasta traspasar la puerta y pisar el primer escalón, que ni siquiera alcanzaba la altura de los zócalos del interior de la autocaravana.

Sin mirar atrás, apreté el paso de vuelta a la cocina sin prestar, en realidad, demasiada atención a mi camino. De hecho, no tengo ni la menor idea de cómo fue que aparecí otra vez en el sector del comedor del equipo.

—¿Todo bien? —quiso saber Suri cuando entré, alzando la cabeza del pescado que fileteaba.

—Sí, todo perfecto. ¿En qué te ayudo?

—Hoy no es un buen día para estar en esta cocina, al menos en este momento: tenemos mucho pescado que limpiar.

—No te preocupes, ¿tienes más guantes?

—Sí, claro. —Suri apuntó con el extremo de su cuchillo hacia un cajón a su izquierda.

Fui a por los guantes y me puse a ayudarlo.

Las siguientes horas fueron tan caóticas que no pude pensar en nada más que no fuesen escamas y espinas. Después, en poner orden y limpiar; más tarde, en comenzar a preparar el resto de las comidas y en adelantar lo que serían los menús del resto del fin de semana. Apenas si pude volver a ver el sol sobre suelo australiano ese día; es más, al caer la noche, Agustina tuvo que esperarme en el área de comedor. Ella ya había acabado con su trabajo, pero Suri y yo teníamos un infierno de cocina entre manos que nos entretuvo hasta bien tarde.

Esa noche me derrumbé sobre mi cama con dolor de espalda, agotada, sin ni siquiera tener ganas de pensar, después de darme una ducha y cenar una taza de té con un par de galletas y un plátano.

Cerré los ojos consciente de que el despertador le pondría fin a mi sueño muy temprano; Suri me había preguntado si podía llegar incluso antes de que empezara el turno de Agus y había sido incapaz de decirle que no, sobre todo porque me caía muy bien y porque nos llevábamos genial en la cocina. Antes de que el sueño me noqueara, admití que había extrañado el ambiente de trabajo de las cocinas, con su adrenalina y sus aromas, el ritmo mortal y el placer de hacer una de las cosas que en verdad me gustaban.

3. Motores

El rugir de los motores a la distancia me despabiló. Dormitaba desde que me subí en el autobús; sin embargo, en ese instante, de golpe, el sueño había desaparecido. Los resabios de ese sonido agudo, que se mezclaba con una sensación que hacía temblar mis tripas dentro de mi abdomen, esfumaron todo resto de cansancio que hubiese podido quedar en mí, después de mi primera jornada de trabajo de ese largo fin de semana de carrera, la primera de la temporada.

Me acomodé sobre el asiento porque, al dormir, sin querer, me había desparramado. Al erguirme, vi que nos rodeaba el tráfico; el bus se había quedado atascado. A mi derecha, al otro lado de la ventana, descubrí un camión de exteriores de una emisora de deportes de televisión.

Sonreí. El caso es que me gustó saber que, al menos por unos días, yo también formaría parte de ese agradable circo, aunque no consiguiese dejar la cocina más de cinco minutos. Sin duda, mis ojos ya estaban preparados y deseosos de captar la mayor cantidad de imágenes que pudiesen. Sabía que ese día habría más gente, que el movimiento dentro del circuito sería más intenso, porque esa jornada comenzaba verdaderamente el trabajo; no se trataba ya de más preparativos, sino del campeonato, una nueva oportunidad para los equipos de demostrar todo el trabajo de desarrollo realizado durante el invierno, o al menos eso me explicó Suri. También me comentó que había un par de pilotos nuevos que todos estaban deseosos por ver, y que la gente ya apostaba acerca de si Nico lograría retener su corona para alzarse por sexta vez consecutiva como campeón mundial y así aproximarse un poco más al mayor ganador de todos los tiempos en la categoría reina, que se alzó con siete campeonatos.

—Si gana este año, sobrepasará a Fangio —dijo Suri, mencionándolo porque los dos proveníamos del mismo país.

Nico no solamente quería superar ese récord, sino que, además, tenía en su punto de mira subir su cantidad de *pole positions* para así situarse entre los más grandes; eso y también la cantidad de victorias, los récords de vuelta, la cantidad de podios... En fin, Suri dejó claro que todo el equipo estaba ansioso por ver a Nico pulverizar récord de otras leyendas del automovilismo.

Cuando le pregunté a Suri por Haruki, me soltó un «ah, sí, él está bien», y eso fue todo. El equipo Bravío no necesitaba emitir un comunicado de prensa para anunciar quién fue, era y sería el piloto número uno del equipo.

Alguien detrás de mí se quejó porque todo ese tráfico estaba provocando que llegase tarde a trabajar.

—Por qué no se irán a correr a otra parte —gruñó el hombre.

Me di la vuelta sobre mi asiento y lo miré.

—Todos los años lo mismo —añadió enfadado—. Es ridículo. Convierten el área en puro caos.

—¿No le gusta la Fórmula Uno?

Negó con la cabeza.

—No me interesa. Carreras eran las de antes; ahora es sólo tecnología, y la mayoría de esos tipos no tiene ni idea de lo que en realidad significa conducir. Es una pantomima, nada más.

—¿No cree que hay buenos pilotos en la categoría?

—Sí, quizá, pero sin duda son a los que les prestan menos atención; los que están en equipos más pequeños, que poco pueden hacer contra los monstruos que mueven millones y millones.

—¿Y qué me dice del campeón del mundo?

—¿Nico Puig?

—Sí, él. —De camino a nuestro apartamento la noche anterior, Agustina me había comentado algunas cosas sobre el susodicho, entre ellas su apellido, que era español, catalán concretamente, nacido en Barcelona veintiséis años atrás.

El sujeto soltó una carcajada.

—Ése es campeón porque está en el mejor equipo y porque le permiten hacer cualquier cosa. Es el niño mimado de la categoría y ya está algo mayor para serlo. Dudo de que este año pueda volver a ganar; la competición está más reñida, o al menos eso comentan. Según dicen, su racha de buena suerte ha terminado. Otros equipos vienen con muy buenos motores esta temporada. A ver si se igualan las potencias y los rendimientos, que la competición sea más ecuánime entre los pilotos, incluso contra su compañero de equipo. El japonesito, así de silencioso y recatado como se lo ve, es una bestia al volante prácticamente desde que nació. En todos sus años en nuevas categorías, se los ha llevado a todos por delante, alzándose con innumerable cantidad de victorias y con los campeonatos. Yo diría que Puig debe de estar bastante asustado, o por lo menos nervioso. Como sea, la categoría necesitaba sangre fresca, allí todo olía a Siroco.

—¿¿Usted sabe que lo llaman así?! —solté sorprendida.

—Sí —me contestó, y luego se puso en pie—. ¿No puede hacer nada para salir de aquí? Podría modificar la ruta al menos un par de calles; esto es un infierno y tengo una reunión en media hora. A este paso no llegaré ni para el viernes.

El hombre se agarró, exasperado, del pasamanos y caminó hasta el conductor.

—No, no puedo. El circuito está aquí mismo; una vez que lo pasemos, proseguiremos el viaje con normalidad —le contestó el conductor.

Me puse de pie. Iba a preguntar a qué distancia del circuito estábamos, pero entonces, al levantarme, lo vi. Vi los carteles publicitarios, las banderas, toda la parafernalia que rodeaba el recinto.

Me dirigí a la parte delantera del autobús; yo también llegaría tarde si me quedaba allí, atrapada entre tanto coche.

—¿Puedo bajarme aquí? Es que tengo que ir allí —le pregunté al chófer señalándole el circuito.

El hombre con el que había estado conversando movió los ojos hasta mí.

—¿Vas al circuito? —inquirió.

—Sí, este fin de semana trabajo para el equipo Bravío.

El tipo se quedó mirándome con cara de que tenía ganas de que la tierra lo tragara.

—Suerte la tuya —comentó el conductor—. Yo veré la carrera desde el sofá de mi casa.

—No tanta; es probable que yo la vea desde un monitor, encerrada en una diminuta cocina, si es que me da tiempo. Soy la subchef del equipo, al menos por estos días.

—De cualquier modo... entrarás en el recinto. —Noté que al conductor se le caía la baba—. Tienes mucha suerte, chica.

—¿Conoces a Nico Puig? —quiso saber el hombre con quien había estado hablando.

—Sí, pero no se preocupe, a mí tampoco me cae muy bien, aunque en realidad no sé si es buen piloto o no; llevo mucho tiempo sin ver carreras. Haruki es agradable.

—Eres una maldita afortunada —balbució el conductor, extasiado.

Me reí.

—Si ves a Thiago da Silva, dile que yo soy su fan. Es una pena que se retire después de esta temporada.

—Coincido con usted, es uno de los pocos pilotos realmente buenos que quedan en la categoría —opinó el hombre.

—Sí, lo conozco; bueno, sólo de verlo en las carreras, nunca lo he visto en persona. No sabía que todavía participaba.

—Bueno, es de los más veteranos en la categoría, tiene treinta y siete años —explicó el conductor.

—Es una pena que no tenga un buen equipo; de otro modo, creo que habría ganado más que dos campeonatos mundiales. De hecho, si su equipo consigue algo es por él; son un desastre.

A ese tipo no había nada que le viniese bien. Lo miré sin contestar nada.

Ojalá tuviese oportunidad de cruzarme con el brasileño; recordaba las veces que lo había visto saltar sobre el podio para trepar al número uno y *sambear* un poco a modo de celebración. Recuerdo una vez que lo vi ganar en Brasil; allí, al final de la carrera, en vez de poner esa pieza de ópera, *Carmen*, tocaron una batucada y él se dio el gusto de demostrar la sangre carioca que corría por sus venas.

—Entonces, ¿puedo bajar a aquí? Yo también llego un poco tarde.

—No sé, estamos en mitad del tráfico... No creo que sea buena idea, me podrían amonestar por abrir las puertas aquí.

—Si el tráfico está completamente parado. Por favor —supliqué—. Prometo que no permitiré que un automóvil me atropelle. Además, la parada de autobuses está allí mismo.

—Podría ser peligroso.

—Se lo ruego, son solamente unos metros hasta la acera. Llego tarde y, créame, ayer no tuve muy buen comienzo y no quiero que me despidan.

El conductor, de rostro afable, revoleó los ojos.

—De acuerdo, bien, bien. Me meteré en un problema por esto.

—No, correré hasta la acera y nadie se enterará.

—Pero llega en una sola pieza, por favor.

—¡Sí, gracias! —Me acomodé la mochila sobre los hombros.

—Anda, vete; vete antes de que me arrepienta de esto. —El conductor estiró el brazo hasta la palanca que abría la puerta delantera—. Acuérdate de lo de Da Silva, dile que Sam Jones le desea mucha suerte para este fin de semana. Ojalá gane; no le vendría nada mal perder una vez a ese Puig.

—Eso es cierto —coincidió el pasajero.

—Hecho. Si lo veo, se lo diré. Gracias —entoné, y me dispuse a bajar el último escalón. Tenía tres filas de automóviles de distancia para llegar a la calzada y el tráfico estaba completamente detenido porque, por una de las puertas del circuito, estaba entrando una especie de grúa, tan larga que al conductor del camión estaba costándole horrores maniobrar para encajarla por el portón. Los coches no se moverían durante un par de minutos al menos, porque allí nadie tenía por dónde escapar, ni hacia delante ni hacia atrás; era una marea de automóviles detenidos y conductores con mala cara.

Bajé al asfalto y el chófer de la camioneta que iba junto al autobús me observó con curiosidad. Pasé por delante de él y asomé la cabeza con cuidado; resultaba obvio que por allí no venía nadie, porque el espacio entre la camioneta y el automóvil inmovilizado a su lado apenas si daba para que pasase una persona.

Sonó un claxon y luego otro, y de pronto la calle se convirtió en una locura de bocinas que le hicieron la competencia a los sonidos de los motores que salían del circuito.

El conductor del automóvil junto a la camioneta hablaba por el móvil y tenía cara de mala leche. Desfilé por delante de su vehículo y pasé de largo porque, por encima del techo del coche, ya había comprobado que tenía el camino libre. Lo siguiente frente a mí era una alta camioneta negra, de cristales ligeramente tintados, que conducía una mujer; ésta, con el espejo del parasol bajado, terminaba de maquillarse. Al menos alguien aprovechaba el tiempo, pensé, y sonreí.

Las bocinas no dejaban de sonar.

Pasé por delante de la camioneta y me detuve, porque entre ésta y el coche siguiente, que era muy compacto, sí quedaba espacio; debía tener cuidado, no fuese a pasar alguna bicicleta o...

Di un paso para asomarme y vi la moto viniéndoseme encima.

Me eché hacia atrás y la moto frenó a un metro de mí.

Al menos él estaba atento.

Asomé la cabeza otra vez.

El de la moto había parado y mantenía los pies sobre el asfalto, detenido, quitándose el casco.

El conductor del coche siguiente asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Todo bien?

Asentí.

El conductor de la moto acabó de quitarse el casco y yo no pude más que sonreír, porque lo reconocí.

—¿Estás bien? —me preguntó en inglés Thiago da Silva.

El conductor que había asomado la cabeza fuera de su vehículo también lo reconoció; eso fue evidente por la sorpresa en su rostro.

—Hola. Sí, estoy bien.

—¡Dios, qué susto me has dado! No deberías cruzar así en mitad de la calzada. —Apretó el casco contra su pecho—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, no pasa nada. Estoy cruzando por aquí porque voy al circuito y mi autobús se ha quedado atascado entre los coches allí atrás y no quiero llegar tarde.

—¿Te sacarías una foto conmigo? —le pidió el del automóvil.

—¡Por Dios!, que casi la aplasto —contestó él.

—No pasa nada, estoy bien. Tranquilo.

—¿Dices que vas al circuito?

Asentí con la cabeza.

—Igual que tú. El conductor del autobús que me ha traído hasta aquí es fan tuyo; me ha pedido que, si coincidía contigo, te desease suerte de su parte.

Da Silva rio suavemente.

—Sí, claro. Gracias. —Con los pies, empujó la moto hacia delante para llegar hasta mí, y luego me tendió una mano—. Thiago da Silva.

—Natalia Rodríguez. Un placer.

—¿A qué vas al circuito?

—Este fin de semana trabajo de subchef para el equipo Bravío.

—La competencia —bromeó con una sonrisa, bajando su mano después de estrechar la mía—. Nada, es broma, no hay resentimientos. ¿Quieres que te lleve? Llegarás más rápido, así serás puntual.

—¡Ey, amigo, ¿y mi foto?! Espero que ganes este fin de semana. Todos dicen que tu equipo ha mejorado mucho para esta temporada. A ver si le puedes hacer frente a Bravío de una buena vez.

Thiago me miró con una sonrisa que no enseñó sus dientes.

—Sí, claro, venga esa foto. ¿Me lo sostienes? —Me tendió el casco.

—Por supuesto. —Lo cogí. Al menos ese día ya contaba con haber tenido la oportunidad de conocer a otro piloto que no fuera del equipo Bravío. En cuanto llegásemos al circuito, también le pediría hacerme una foto con él. Al menos tendría con qué compensar las muchas que me había enseñado el día anterior Agustina. Ella tenía más libertad de andar por los alrededores del circuito que yo.

El brasileño, sin apearse de la moto, inclinó el torso hacia la ventanilla del automóvil. Una enorme sonrisa, muy latina, emergió en sus labios. Tenía el rostro bronceado. ¿De un verano en su país natal, quizá?

El dueño del coche sacó un brazo y con su móvil sacó una *selfie* de ambos.

—Gracias, hombre, y mucha suerte. —Le tendió un puño.

—De nada, y gracias a ti; esperemos tener un buen fin de semana.

Las bocinas sonaron una vez más.

—Entonces... ¿te llevó?

—Si no es mucho problema...

—No, para nada. Ponte el casco. —Acercó la moto un poco más a mí.

En cuanto empecé a ponerme el casco, noté que olía a nuevo, pero con un deje de aroma a un perfume que debía de ser el suyo. Me lo coloqué; no era la primera vez que me ponía uno para subirme a una moto.

Da Silva me tendió su mano izquierda.

—Arriba, señorita.

—Gracias. —Con una pierna me puse de pie sobre el estribo y pasé la otra hacia el otro lado. El dos veces campeón del mundo sostuvo mi mano y la colocó alrededor de su cintura para indicarme que me aferrase a él. Mi brazo derecho imitó el izquierdo. Me apreté contra su chaqueta de cuero, que definitivamente olía pura y exclusivamente a él. Dejé la visera del casco en alto.

—Allá vamos.

Su voz me llegó amortiguada por el casco. Entre los ruidos de los motores dentro del circuito y las bocinas allí fuera en la calle, se filtró el ronroneo de la moto, que además vibró debajo de mí. En mi vida había estado montada en una moto tan grande y de aspecto tan estrambótico.

Levantó un pie del suelo y le dio gas al motor mientras levantaba el otro, y así, a no demasiada velocidad, pero sí con la destreza de un buen piloto, Thiago da Silva fue zigzagueando entre el tráfico para llegar a una de las entradas, la de empleados, que no era por cierto a la que supuse que él debía dirigirse para acceder al recinto.

Ante los empleados de seguridad, sacó su identificación. Éstos lo observaron sorprendidos y todavía más a mí, mientras yo buscaba la mía dentro de la mochila. Era probable que no entendiesen qué hacía una persona del equipo Bravío, para más datos una mujer, acompañándolo a él, un piloto del equipo Asa, en su moto, llegando por la mañana tan temprano. Bueno, quizá se hiciesen un par de ideas creativas en la cabeza.

Al final comprobaron que, más allá de lo que pudiesen imaginar, él era él y yo era yo, y nos permitieron pasar.

Ya con el casco colgando del codo y a poca velocidad, entramos en el recinto del circuito. Thiago insistió en acercarme hasta el sector del equipo y a mí me entró vergüenza, pues todo el mundo se quedaba observándonos al pasar. Bueno, en realidad mirándolo a él, saludándolo porque lo conocían de siempre y a mí, de nada.

Me pregunté si tendría problemas por llegar montada en la moto de un piloto de la competencia. No creí que fuesen tan obtusos, pero...

—Puedes dejarme aquí —le dije alzando la voz por encima del ronroneo suave de la moto.

—De ninguna manera, te llevo; además, no hay problema. Te lo debo por casi atropellarte.

—¡Si paraste a un metro de mí!

—¿Te molesta estar con alguien del equipo contrario?

—No pertenezco a Bravío, no de ese modo... es por el fin de semana nada más.

—Sí, pero los de Bravío suelen defender su equipo a muerte. Una vez fui parte de él... Hace mucho, demasiados años, más de los que prefiero recordar.

—Bien, no es que tenga nada en contra del equipo ni nada de eso. La verdad es que empecé a trabajar ayer y apenas si tuve oportunidad de salir de la cocina, no conozco a mucha gente del equipo.

Thiago dio la vuelta por delante de uno de los camiones negros, blancos, violetas y plateados de Bravío.

—Pues si no conociste a nadie, permíteme que te presente a alguien muy especial que necesitas conocer.

—¿A quién? —Instantáneamente me puse nerviosa.

—¡Siroco! —exclamó Thiago, llamándolo. Miré hacia el otro lado de la cabeza del brasileño y lo vi encaminándose a su autocaravana; se notaba que acababa de llegar.

—Mierda —balbucí. Otro día que empezaba regular.

Nico se quedó de piedra, parado frente a su autocaravana, sosteniendo estático la bolsa que traía consigo por encima de su hombro. Si por un brevísimo instante le había sonreído a su colega al verlo llegar, luego, al divisar mi presencia encima de su moto, su sonrisa mutó a una cosa horrorosa que amenazó con borrar para siempre la preciosa forma de sus labios. Su mirada se endureció al segundo y, si bien no se puso todo lo pálido que yo lo encontré el día anterior, una buena dosis de color se le había escapado del rostro.

—¿Qué pasa?

—Que a él ya lo conozco —musité angustiada.

—¿Conoces a mi chico? ¡Eso es bueno!

—¿Tu chico? —le pregunté, y me pregunté por qué continuaba avanzando con la moto en dirección a Nico.

—Sí, lo conozco desde que era un crío, hace más de diez años.

—*¡Bom dia!* —le soltó en portugués.

—Buenos días —contestó Nico en español, arrancando con esfuerzo cada palabra de dentro de su pecho. Ni siquiera parpadeaba y nos miraba a ambos como si estuviese contemplando la más terrible de las apariciones.

Thiago finalmente detuvo la moto frente a él.

—Te he traído a una de tus compañeras de equipo. Natalia acaba de decirme que ya te conoce, que ya os conocéis. —Empezó a bajarse mientras yo no lograba reunir el valor de despegar el trasero del asiento de cuero, y eso que ya lo había perdido a él de escudo.

—Sí. —La voz de Nico sonó áspera.

Descendí de la moto.

—Qué bien. Natalia pasará solamente este fin de semana en la categoría y no podía perderse conocer al cinco veces campeón del mundo. —Se le acercó y le dio unas palmadas en el hombro para después saludarlo con un beso muy latino que no tenía mucho que ver con cómo se relacionaban el resto de los europeos de la categoría, sobre todo porque allí había mucho alemán y mucho inglés. Los italianos, del famoso equipo de rojo, y los españoles ya eran otra historia.

Sin emitir comentario al respecto, le tendí su casco; así además aprovechaba para tapar mi silencio. La verdad era que no me interesaba sacarme una foto con él como recuerdo de haber conocido a Nico. Prefería no tenerla, sobre todo por el modo en que se quedó mirándome a continuación. Sus ojos se hicieron más pequeños, como si a sus párpados les costase mantenerse separados. Su mirada cobró profundidad y su rostro cambió la mueca por una que no era de enojo, pero que demostraba cierta incomodidad, o quizá no fuese eso, sino preocupación... angustia... ¿Estaría preocupado por lo que sucedería esa temporada, porque su compañero desde hacía años al final consiguiese cortar su racha de campeonatos ganados? Thiago no parecía preocupado por nada de eso; es más, sonreía relajado; como si estuviese completamente en calma con su vida, bien con su presente, con su pasado y con su futuro. No me dio la impresión de que en ese momento el brasileño estuviese compitiendo por el campeonato que apenas si empezaba; Nico sí.

—¿Cómo es que vosotros dos...? —Nico nos señaló por turnos.

—Cosas de la vida. Ha sido un placer conocer a esta muchacha aquí. Es subchef, ¿lo sabías?

—En realidad, soy chef pastelera, pero eso... —Hice un gesto con las manos para cortar aquello—. Nada... En fin, disculpad, pero tengo que irme.

—No, espera un segundo. Imagina que has tenido que venir caminando. Te he ahorrado unos minutos.

—Es que yo...

Nico volvió a quedarse observándome.

—¿Ha cocinado para ti? —le preguntó Thiago a Nico.

—No, Suri lo hizo. Es que Freddy...

—Sí, sé que Freddy renunció ayer. —Lo apuntó con un dedo acusatorio—. Sin palabras.

—Ahora no, Thiago, por favor, que ya tuve suficiente ayer con... —Se interrumpió y me miró fijamente otra vez.

No necesitaba un comunicado de prensa del equipo Bravío para comprender que Nico me quería fuera de su vista.

—Sí, la pobre Érica iba como loca. Haz el favor de no complicarle más el fin de semana al equipo.

—No es tu equipo, Thiago —replicó Nico con voz áspera.

—Si no te conociese como te conozco, si no te quisiese como te quiero, en este momento estarías tirado en el suelo con un par de dientes flojos. Comportarte, ¿quieres? No ganas nada con ponerte así.

Maravillada, fui testigo del modo en el que Nico, Siroco, el cinco veces campeón del mundo, aceptaba la reprimenda de un piloto de otro equipo.

—Ahora sí que tengo que irme. —Realmente no tenía nada que hacer allí—. Thiago, muchas gracias por traerme. Espero volver a verte durante el fin de semana.

Pronuncié aquello inocentemente y, de no ser por la cara que puso Nico, no habría sonado tan raro como sonó; mi única intención era pasar cinco minutos con Thiago para pedirle una foto y un autógrafo, porque allí, frente a Nico, no era el momento.

—No lo dudes —se apresuró a responder Thiago—. Sé muy bien cómo encontrar la cocina del equipo Bravío; además, Suri es mejor cocinero que el nuestro. Me pasaré a robar algo rico y así aprovecharé para probar lo que sea que tú cocines, así sea dulce o salado.

—Ok, perfecto. Gracias. —Nico y yo cruzamos una mirada—. Me voy, que Suri debe de estar solo y... —Di un paso atrás—. Hasta luego.

—Hasta luego, Natalia. Que tengas un buen día.

—Sí, gracias, igualmente para los dos. —Di media vuelta e inicié mi fuga.

—¿No vas a desearle un buen día? —oí que le recriminaba Thiago a Nico.

—Por favor, Thiago.

—Por favor, ¿qué? ¿Qué sucede contigo, Siroco? De verdad que yo...

Me alejé tanto que ya no alcancé a oír nada más.

Me cambié pitando en el vestuario del equipo y corrí hasta la cocina. Allí me esperaba Suri con té y un montón de productos frescos para almacenar, que más tarde cocinaríamos para el equipo y para los invitados del mismo.

Muy de pasada y casi cerca del mediodía, pude cruzar un par de palabras con Agustina. Ella había acumulado fotos con varios pilotos y hasta le habían permitido escaparse a los *boxes* un momento para llevar no sé qué cosa, circunstancia que aprovechó para pasear un poco.

Yo sólo había visto el edificio de *boxes* por detrás y no tenía demasiada idea de cómo lucía el circuito, porque mi existencia transcurría exclusivamente en el área de cocina y de comedor. Sólo fui una vez hasta una de las entradas de servicio para recoger un pedido y tampoco cuentan las dos veces que, después de mucho aguantarme las ganas de hacer pis, pude ir al baño.

Mientras tanto, el espectáculo de la Fórmula Uno dio inicio; empezaba por fin una nueva temporada, si bien las pruebas libres serían mañana. Entrevistas para canales de televisión, firmas de autógrafos, visitas de personalidades, sesiones de fotos para los patrocinadores... Ese mundo tenía su propio ritmo, imparable y lleno de energía, y

a pesar de que podía resultar agotador, también te llenaba de adrenalina. Debía de ser increíble recorrer el planeta durante toda una temporada con ellos. Al escuchar que la próxima carrera se desarrollaría en Baréin, se me pusieron los dientes largos de envidia sana; nuestro viaje con Agustina no nos había llevado tan lejos. De allí, pasarían a China, y luego, a Rusia, España... y todo en compañía de esa gente que lo hacía todo en equipo... en uno tan milimétricamente calibrado que incluso se jactaban de ser como los relojes que esponsorizaban la categoría.

Lo más destacable de todo eso, además de los viajes y de que yo admiraba a todos los componentes del equipo con los que había tenido oportunidad de cruzar alguna breve palabra, era la garra que le ponían a la competición y el orgullo con el que llevaban el uniforme, y el hecho de que, entre la mayoría de ellos, eso era algo así como un asunto de familia, desde el increíble detalle de tenerlo todo impecablemente limpio hasta ganar el campeonato de constructores; lo llevaban en la sangre, en el alma.

Fue agradable, además, saber que muchos de ellos no tuvieron problema en adoptarme; sobre todo los mecánicos, quienes en más de una ocasión irrumpieron en la cocina para pedirle alguna que otra cosa extra a Suri. Todos, sin excepción, se presentaron, me dieron la bienvenida y, cuando les dije que mi participación en el equipo sería exclusivamente para esa carrera, insistieron en que los acompañara, añadiendo que, una vez que eras de Bravío, serías de Bravío para siempre, y que no podía perderme la experiencia del resto de la temporada a su lado.

En silencio les rogué que no lo dijese más, mientras continuaba amasando la pasta para la comida del día siguiente; su entusiasmo provocaba en mí unas ganas de seguirlos que no debía sentir, que no merecía la pena sentir porque ya tenía un pasaje de avión que ya había cambiado una vez, y una familia a la que deseaba ver, además de no querer volver a fallarle a mi madre.

—¡Qué buen equipo hacemos tú y yo! —soltó Suri extendiendo su palma en mi dirección para que chocásemos los cinco.

Acabábamos de finalizar los preparativos del día siguiente y el sol apenas si comenzaba a caer, lo que significaba que ese día no nos iríamos tan tarde a casa y que, con un poco de suerte, el viernes tendríamos una jornada de trabajo algo más tranquila. Suri me había prometido que intentaría hacer lo posible para que pudiese ir hasta el *box* o las inmediaciones del circuito a echarle un vistazo a alguna de las tres sesiones de pruebas libres que se realizarían.

—Si es que nos movemos por este espacio reducido como si estuviese todo coreografiado. Con Freddy nos chocábamos siempre; además, él era un tanto gruñón. Es agradable tener a una mujer por aquí.

—Gracias, Suri, a mí también me gusta estar aquí. Eres el chef más amable con el que me ha tocado trabajar. Estoy demasiado mal acostumbrada a que me griten y me tengan de aquí para allá como si estuviese en el Ejército.

—No es mi caso; éste es otro tipo de cocina. Además, somos compañeros.

Volvimos a chocar los cinco.

—¿Un té para celebrarlo?

—Sí, claro.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —Sequé el cuchillo que tenía en las manos y lo colgué en su sitio.

—Te extrañaré horrores. ¿Qué será de mí sin ti en Baréin y durante el resto del campeonato? Ni siquiera tengo idea de a quién contratarán para ayudarme. Me asusta pensar en quién ocupará tu lugar entre mis fogones —exageró—. ¿Podrías reconsiderar la idea de unirse a nosotros? Si pierdes el pasaje, luego puedes comprar otro con lo que ganes de aquí al final de la temporada o, mucho mejor, podrías continuar con Bravío. Vamos, que el trabajo no es demasiado malo. Es cierto que viajamos mucho, sí, pero eso también tiene su lado bueno.

—Suri, ni siquiera me han ofrecido este puesto; además, le prometí a mi madre que regresaría.

—Pero me comentaste que no tenías planes concretos en Argentina...

—Eso es cierto; sin embargo...

—Éste es un buen trabajo.

—Sí, no digo que no lo sea. El caso es que ni Érica ni nadie han insinuado nada sobre quedarme en el equipo y no sé si... —Pensé en mis roces con Nico. No había vuelto a verlo durante el resto del día. De cualquier modo, dudaba de que él quisiese cruzarse conmigo durante el resto de la temporada; tolerarme el fin de semana era una cosa, pero todo el campeonato...

—Puedo hablar con ella, quiero hablar con ella. Seguro que se puede resolver. No podríamos conseguir a nadie mejor que tú.

—Exageras.

—Si vieses lo que es Baréin, la caída del sol, la carrera al anochecer... El lugar es un espectáculo.

—Suri, no seas malo. No me digas esas cosas. —Reí. Ya le había comentado mi pasión por viajar, por conocer nuevos sitios, nuevas costumbres y gente nueva.

Suri soltó una carcajada y puso el agua a calentar.

—Estoy a un paso de convencerte.

—Estás a un paso de hacer que te odie.

Sacó las dos tazas.

—Nada de eso, si nosotros formamos el equipo perfecto. —Buscó el té—. Si te quedases en este equipo, sería el de mejor cocina *gourmet*. Los chicos adoraron tu postre del mediodía y con el de mañana lamerán sus platos. Esas tartas...

Habíamos trabajado tan bien que Suri me había permitido darme el lujo de dedicarme un poco a lo mío, si bien parte de los dulces del menú los habían traído de una pastelería de fuera porque Suri no solía tener tiempo para elaborarlos.

—Sí, adelante, halágame ahora. —Me reí—. Eso no cambiará nada.

—No hables tan pronto, soy un especialista en...

Alguien llamó contra el marco de la puerta; yo estaba de cara a ella, por eso lo vi primero cuando asomó la cabeza dentro de la cocina.

Suri se dio la vuelta para ver a Nico poner un pie dentro.

—¡Ah, hola, Nico!

Éste me miró durante una fracción de segundo y luego se concentró en el chef.

—Hola, ¿interrumpo algo?

—No, nada, estábamos charlando un poco. Íbamos a tomar un té aquí con Natalia, ¿quieres apuntarte? ¿Qué puedo hacer por ti?

—No, no, gracias —le contestó mirándome a mí otra vez—. Si tienes un momento, me gustaría poder discutir una cosa contigo.

—Sí, claro, no hay problema.

Vi a Nico apretar un rollo de hojas que llevaba en la mano derecha.

¿Le pediría por fin que se deshiciese de mí? Y Suri que quería pedirle a Érica que me contratase para el resto de la temporada...

—¿Seguro que no quieres un té? Puedo llevártelo fuera...

—No, de verdad. Te espero fuera, así conversamos un momento. Tomad primero el té y...

Nico dejó la frase inconclusa. Me llamó la atención que propusiese que tomásemos nuestro té como si nada mientras él esperaba en el exterior. ¿De dónde le había brotado semejante gesto de tolerancia?

—Ve ahora si quieres, Suri. Yo me encargo de todo aquí y, cuando el agua esté lista, te llevo el té.

—Bueno, es que yo... —comenzó a decir Suri.

—No hay problema, puedo esperar fuera unos minutos —insistió Nico, y por poco me caigo de culo.

—No, está bien. Vosotros salid, yo me encargo. ¿No quieres un café o cualquier otra cosa? —le ofrecí a Nico, bajando así los decibelios de esa riña entre nosotros que, más allá de ser una cuestión de piel, no tenía demasiada razón de ser.

—No, en serio; gracias.

—¿Seguro que no te molesta? —me preguntó Suri.

—No, de verdad; adelante, ve y descansa un poco, yo termino aquí.

—Ok, gracias. Te lo repito, Duendecillo, eres maravillosa.

Se me escapó una sonrisa.

—Sí, claro. Ve, yo cuido el fuerte, prometo no quemarlo.

—Sé que cumplirás con tu palabra, te tengo una fe ciega.

Me reí. Nico me miró todavía más serio. Los dos abandonaron la cocina y cinco minutos más tarde salí cargando dos tazas de té, una jarrita con leche, azúcar y otras cosas por si se les antojaba acompañar el té con algo rico. Nico había dicho que no quería nada, pero pudo más esa manía mía de dar un poco de mí con algo dulce y les llevé unas galletas que había horneado con lo que me sobró de la masa de base de una de las tartas que había preparado de postre y un par de porciones de tarta que habían sobrado.

Vi que sobre la mesa tenían un montón de papeles con lo que parecía un menú; Suri había tomado notas en las copias que tenía frente a él. Les dejé las cosas y volví a la cocina sintiendo la mirada azul celeste del cinco veces campeón mundial en mi nuca.

Media hora después, Suri regresó a la cocina con las dos tazas de té vacías. Uno de los platos en los que había colocado tarta y galletas estaba también vacío; el otro, intacto.

—Duendecillo, si te quedas con nosotros acabaré la temporada con sobrepeso. No he podido contenerme y me lo he comido todo. Eres un peligro para mí —canturreo dejando la bandeja sobre la encimera

—Me alegra que lo hayas disfrutado. —Comencé a ocuparme de la vajilla.

Suri robó una galleta del otro plato, el que había dispuesto para Nico y del que él no había tocado. Se la metió en la boca, entera, y fue hasta la pizarra; del cordón quitó parte de las hojas y, con un gancho negro, colgó las nuevas.

—Nico ha cambiado algunas cosas de su dieta; no te preocupes, nos las arreglaremos bien.

El piloto tenía su propio menú; era el único del equipo que comía algo distinto y encima, así, a esa hora, se le ocurría hacer variaciones.

Intenté dejarlo pasar, pues si a Suri no le molestaba... Me dio pena por él, pues tendría que soportar las manías del campeón durante los próximos meses que durase la temporada.

—Claro. —Me aclaré la garganta, di media vuelta y seguí con lo mío.

—¿Todo bien?

—Sí, Suri, perfecto —mentí, y seguimos trabajando.

Esa noche me acosté igual de cansada, pero mucho más entusiasmada. Resultaba increíble lo pronto que me había acoplado al trabajo y lo mucho que me gustaba. Antes de dormir llamé a mi madre y le conté las novedades; le expliqué que estaba trabajando como subchef para el equipo y que el trabajo estaba muy bien y me

motivaba. Mi intención era tantear el terreno, para algo que en realidad era muy probable que no sucediese. Hasta ese momento nadie, excepto Suri, había mencionado ni media palabra acerca de mi continuidad en Bravío. A ella le pareció bien y la noté complacida y más tranquila; de todos modos, no perdió la oportunidad de volver a repetir un par de veces lo mucho que le entusiasmaba mi regreso a casa. Lo mismo ocurrió con mi padre y con el menor de mis hermanos... y mi cabeza ya se disparaba en la misma dirección que la de Suri.

—No te hagas ilusiones —me dije en voz alta a solas en mi habitación, con la luz de la luna que bañaba Melbourne entrando por la ventana.

4. Ensordecedor

Me metí en la boca el último trozo de plátano, tragué y, acto seguido, bajé el bocado con un sorbo de agua de la botella que tenía sobre la encimera.

—Deberías comer algo más que eso —me dijo Suri a modo de reprimenda—. Ya lo tenemos todo encaminado; podrías sentarte cinco minutos a comer como es debido.

—No tengo hambre, con esto tengo suficiente.

—Sí, claro... Tú sigue así, preparando esas tartas y postres tan exquisitos, y yo terminaré hecho una pelota por comerlos. Es contraproducente tener a un pastelero excelente en el equipo.

Reí.

—No te quejes, Suri, que estás genial. —Le di una palmada en los abdominales. Él, al igual que casi todos los integrantes del equipo, tenía por costumbre ir al gimnasio; al menos eso me había contado. Estar en forma no era sólo una cuestión de los pilotos, pues dentro del equipo se fomentaba que todos llevaran una vida saludable. Suri iba al gimnasio del hotel, igual que los mecánicos. Con respecto a Nico y a Haruki, eso ya era otro tema: ambos tenían sus propios preparadores físicos y seguían rutinas mucho más estrictas. Imaginé que por eso Nico tenía un menú especial, aunque entonces no cuadraba que Haruki comiese lo mismo que todos los demás. En fin, ni me molesté en preguntarle a Suri sobre aquello; Nico y su menú eran una cuestión aparte en la que no me interesaba inmiscuirme.

—Dudo de que consiga mantenerme así por mucho tiempo.

—Serán sólo unos días y luego volverás a la normalidad. Ya extrañarás mis dulces.

—¿Has hablado con tu hermano, el de Londres?

—No, no he tenido tiempo de llamarlo.

—Como me contaste que te invitó a quedarte allí, quizá con su ayuda podrías montar una pastelería o trabajar para él en su restaurante.

Lo bueno de Suri era que con él, mientras trabajábamos, podía charlar sobre cualquier cosa; tanto mi lengua como la suya se habían aflojado con el paso de las horas de trabajo compartido en ese reducido espacio y, por ello, casi nos habíamos

contado la vida y obra de nosotros mismos. Suri sabía que yo no tenía demasiada idea de lo que haría al regresar a Buenos Aires.

—Sí, bueno... la verdad es que no sé qué hacer, Suri.

—Quédate aquí conmigo.

Reí otra vez.

—Sí, claro. Tú lo que quieres son mis postres y no a mí.

—No digas eso, Duendecillo, me ofendes. Ten. —De una de las cajas que acababa de ir a buscar a la entrada de proveedores, sacó y me tendió una barrita de chocolate que venía envuelta en papel violeta, con el nombre de Bravío impreso en plateado.

—Gracias.

Acepté la barrita, pero... ¡si hasta me daba no sé qué desenvolverla! Sin duda esos días con el equipo serían de los más remarcables del viaje.

—Tengo algo más para ti.

—¿Ah, sí? ¿Qué es?

—De camino hacia aquí me he topado con Érica, y he logrado convencerla. En cualquier momento vendrá a buscarte para llevarte a los *boxes* para que veas al menos un par de minutitos de la prueba libre.

La primera sesión de pruebas libres había sido al mediodía; sólo había conseguido oír los motores desde allí dentro y enterarme por el boca a boca de que Nico se había destacado, tal cual se esperaba. Experimenté unas enormes ganas de asomar la nariz fuera de la cocina para ver un poco del espectáculo y, además, sentí curiosidad por ver a Nico trabajando con los mecánicos; me intrigaba descubrir qué trato mantenía con ellos y, para qué negarlo, mi pulso se aceleraba al imaginarme la oportunidad de verlo rodar sobre la pista.

—¿Bromeas? —jadeé. No podía creer que al final iba a poder ver, al menos, un poco de la competición en directo. Mi pulso cobró velocidad.

Suri negó con la cabeza.

—Nada de eso; Érica tiene que ir hasta los *boxes* a hacer no sé qué cosa y aceptó llevarte con ella; además, por el momento lo tenemos todo bajo control aquí. Puedes ir y echar un vistazo, y luego regresas conmigo.

No sé por qué me puse tan nerviosa. Apreté ambos puños y me los llevé a la boca.

—¿De verdad?

—¡Que sí! Pero debes saber que no lo hago de modo desinteresado, sino para que esto te guste todavía más y no quieras abandonarme.

—¡Suri! —chillé llena de felicidad. Me lancé hacia él y lo abracé—. ¡Gracias, gracias!

—Una buena forma de agradecerme sería quedándote conmigo.

—Suri, no sueñes. Además, si eso fuese remotamente posible, creo que hay alguien a quien no le haría muy feliz tenerme en el equipo hasta el final de la temporada.

—¿Qué dices?

—Hola. —Érica asomó la cabeza por la puerta—. Bueno, aquí estoy.

—¡Acaba de llegar tu guía! Justo a tiempo. —Suri se volvió en dirección a Érica—. Se lo he dicho hace dos segundos.

—Bien, puedes venir ahora. Voy con retraso y no tengo tiempo que perder. Tengo demasiadas cosas que hacer. Además, las pruebas comenzarán en un par de minutos.

—¿De verdad puedo ir, Suri?

—Sí, Duendecillo. Si al final te necesito por algún asunto urgente, te mandaré llamar, tú no te preocupes. Échale un vistazo a todo y asegúrate de que nuestro campeón haga su trabajo.

—Sí, claro.

—¿Vamos? —propuso Érica, tan acelerada como siempre.

—Sí. ¡Sí, por supuesto! —Dejé el chocolate sobre la encimera y me lancé rumbo a la puerta.

—¡Natalia!

—¿Qué?

—El delantal —señaló Suri cuando me di la vuelta después de pasar junto a él.

—Sí, sí. —Reí—. Estoy nerviosa.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Suri me arrebató el delantal violeta de las manos—. Anda, ve, disfrútalo.

—No tengo toda la tarde —murmuró Érica.

—¡Ya salgo! —exclamé riendo. De un saltó, aterricé junto a ella en el área de comedor, que estaba desierta. Todo el mundo debía de estar atento al comienzo de las pruebas. Vi que Érica cargaba una bolsa de papel con el nombre del equipo.

—Gracias por esto.

—No hay de qué; además, si Suri puede dejarte ir unos minutos, no es ninguna molestia. Sé cómo es cuando estáis en la cocina, no tenéis demasiado tiempo para enteraros de cómo van las cosas aquí fuera.

—Sí, es una locura.

—Suri está muy contento contigo.

—Le gustan mis dulces.

—No, no es sólo eso... Se lo ve más relajado. Freddy era un excelente cocinero, pero, cuando él estaba aquí, las cosas no eran así. ¿A ti te gusta este trabajo?

—La verdad es que sí. Con Suri nos llevamos estupendamente y hacemos buen equipo dentro de la cocina. A veces, cuando el lugar de trabajo es pequeño y los tiempos son muy cortos, uno es más propenso a estar irritable. Con Suri no pasa, es adrenalina de la buena.

—Me gusta que estés contenta con el trabajo; fue una suerte encontrarte.

Llegamos a donde estaban los camiones del equipo y entonces los primeros motores comenzaron a rugir de forma ensordecedora.

—Casi lo olvidaba. —Érica se llevó una mano a uno de los bolsillos traseros de su pantalón, sacó una cajita muy pequeña, también violeta, cerrada con un precinto adhesivo de papel metalizado plateado con el nombre del equipo en negro—. Son para ti, para que te protejas los oídos, o los motores te dejarán sorda.

Ella, como la mayoría de los empelados del equipo que tenían acceso a los *boxes*, llevaban casi constantemente al cuello grandes auriculares para amortiguar los sonidos.

Abrí la cajita; dentro había dos pequeños tapones de goma violeta unidos por una cuerda negra.

—Te presentaré a Harper, tengo que darle esto. —Alzó la bolsa.

—¿Quién es Harper?

—Nuestra piloto de pruebas.

—¿Una chica? No tenía ni idea.

—Sí, es buenísima. Personalmente deseo que ojalá un día podamos tenerla como piloto. Ella y Haruki eran nuestros probadores hasta el año pasado. Klaas, que era nuestro segundo piloto, se fue al equipo Marit para correr con ellos este año. Una pena, es muy bueno; terminó justo detrás de Nico el año pasado.

Al instante mi cabeza desarrolló el escenario de la partida de Klaas: segundo en un equipo de primera, con un compañero al que le sobraba soberbia y al que todo el mundo consentía. ¿Se habría cansado de ser el segundo, de tener que mantenerse a la fuerza detrás de Nico? Bueno, también cabía la posibilidad de que Nico fuese mejor que él, pero también sabía cómo funcionaban muchos equipos y lo que se decía acerca de lo que padecían muchos pilotos cuando se los limitaba a ser los segundos. De pequeña había visto en más de una ocasión esos momentos en los que a la pista llegaba la orden de equipo y el segundo estaba obligado a dejar pasar al primero para que sumase más puntos en el campeonato de pilotos.

—Si vemos a Klaas, te lo presentaré. Es muy agradable y para todos nosotros; sigue siendo como de la familia.

—Genial —comenté comiéndome todas las suposiciones que había hecho.

Nos aproximamos a los *boxes* y Érica me hizo señas para que me colocase los tapones que colgaban de mi cuello por la tira.

A la entrada de los *boxes*, nos detuvimos y ella cruzó un par de palabras con quien estaba en la puerta.

Los motores bramaron como animales enjaulados que pedían ser liberados al circuito. El suelo vibró debajo de mis pies, mis tripas temblaron; el sonido resultaba sobrecogedor y me encantó. De pronto entendí al ciento por ciento qué hacía toda esa gente allí. La competición era simplemente impresionante. Me sentí movilizada en todos los sentidos, a la vez que pequeña ante el poder de aquellas máquinas, y muy grande por estar allí, por ser parte de eso al menos durante unos días.

Después de hablar con quien estaba en la puerta, Érica volvió a ponerse el auricular que había apartado de su oreja derecha y me llamó con un dedo. Ella traspasó la puerta y yo detrás.

Estábamos en el *box* y del resto del equipo nos separaba una mampara de quizá un metro ochenta de alto que no alcanzaba el techo, por lo que podía verse parte de las cañerías que lo recorrían, de los cables que colgaban de allí.

Ese pasillo, que era un recodo para ingresar al *box* propiamente dicho, se acababa unos tres metros más allá, frente a una pila de cajas de metal plateado acomodadas sobre un carro.

Me puse increíblemente nerviosa, como si fuese yo la que debía montarse en uno de esos vehículos con apariencia de mortífera flecha.

Al final del recodo se hizo la luz y entonces el sonido estalló en mis oídos todavía con más fuerza, una que los tapones que llevaba apretujados en los canales de mis oídos no fue capaz de contener.

Creí que mi pecho y mi estómago estallarían debido a la onda expansiva.

Toda la escena me llevó por delante al girar la cabeza: allí estaba el vehículo blanco, violeta, negro y plateado de Bravío, estacionado con el morro hacía la calle de *boxes*, rodeado de una docena de mecánicos que cargaban herramientas, neumáticos e incluso ordenadores portátiles.

También estaba él, parado a los pies del lado derecho de su bólido, con su traje ignífugo puesto, cerrado hasta arriba del todo. Otto se encontraba junto a él, enseñándole algo en unos papeles.

La persona que estaba agachada junto al habitáculo del monoplaça, del lado opuesto a Nico, con un portátil en las manos, alzó la cabeza y miró al piloto.

Sin que nadie lo condujera, el coche dio un acelerón.

Nico alzó un pulgar y Otto le sonrió.

Una persona del equipo se acercó al campeón y le tendió su casco; nunca le había prestado atención. Era plateado y tenía justo en la parte frontal un gran rostro que parecía de piedra; de su boca, muy abierta, emergía un remolino que debía de ser de viento o algo así. Finalmente, divisé unos dibujos en los laterales, aunque no conseguí

descifrar qué eran, y, por detrás, en la parte inferior, la bandera española junto a la catalana.

Nico se pasó ambas manos por el cabello para tirárselo hacia atrás, se metió en las orejas unas cosas que pegó con cintas y después sacó de dentro del casco, que todavía sostenía el asistente, la capucha ignífuga. Con cuidado y parsimonia, la acomodó sobre su rostro y alrededor del resto de su cabeza, y por debajo del cuello del traje ignífugo para sacar el cable que conectaba esas cosas que había metido en sus orejas. Se subió la cremallera y otra persona le tendió el protector de cuello.

Érica y yo nos mezclamos con los demás, mientras todos nos saludaban al pasar, pero sin descuidar sus trabajos.

Otto nos vio.

El motor enmudeció, pero había otros que continuaban rugiendo.

Al ver que Otto saludaba a alguien, Nico se volvió en nuestra dirección. No dio señales de percibir mi presencia. Quizá una levísima mirada, nada más que eso.

Agarró el casco de las manos del asistente y se lo enfundó.

El del portátil desconectó el cable que unía su máquina con el vehículo de Nico y se puso en pie. Cuatro mecánicos se agacharon frente a los neumáticos, todavía cubiertos por los protectores que les daban calor.

Érica me sonrió, dejándome ver el espectáculo.

Otto palmeó la espalda de Nico y éste alzó su pie izquierdo; su zapatilla era violeta y tenía una estrella amarilla en la parte posterior del talón. Cuando alzó la pierna derecha para terminar de entrar en el habitáculo, vi que su otra zapatilla era negra y no tenía ninguna decoración.

Nico se sentó dentro de su monoplaza y entonces otras dos personas lo rodearon para ayudarlo a conectarse con el automóvil y añadir el protector sobre sus hombros. El volante estaba sobre la parte delantera y alguien se lo pasó para que él lo cogiese con las manos enguantadas de negro y colocarlo así en su sitio.

Giré la cabeza y vi a Haruki dentro de su vehículo. Un hombre de unos cuarenta años, ojos claros y cabello castaño estaba arrodillado junto a él, mostrándole unos datos en una tableta. Las manos de Haruki descansaban sobre el volante. En cualquier momento saldrían los dos a la pista.

Por la calle de *boxes* frente a nosotros pasó a buena velocidad un automóvil completamente rojo y, detrás de éste, uno negro y amarillo, uno verde, blanco y rojo, y por último uno azul con una franja naranja en el centro delineada por tiras blancas. Otro vehículo más.

Alcé la cabeza hasta uno de los monitores y vi que la pista acababa de ser abierta para las pruebas. Los pilotos tenían hora y media para seguir preparando sus configuraciones de carrera y para reconocer el estado de la pista.

La transmisión dio paso a un barrido de las tribunas; la gente allí estaba eufórica. Dudé de que lo estuviesen más que yo, pues encontrarme donde me encontraba me

resultaba completamente surrealista. No podía creer que sobre mi pecho cayese la misma camisa que llevaban todos los que daban vueltas por allí.

Bueno, no todos; en un rincón, con la vista fija en el coche de Nico, había un sujeto de unos cincuenta años muy bien vestido con una chaqueta deportiva azul, camisa blanca, pantalones claros, un reloj enorme y una cabellera increíblemente negra, que enarbolaba sobre su frente un mechón de canas completamente blancas. En su mano derecha, una gafas de sol y, en la otra, un móvil.

Lucía como alguien con mucho dinero y con demasiado tiempo libre, puesto que estaba bronceado. No me quedó la menor duda de que tenía la manicura hecha.

Sobre su pecho y de una tira con el nombre del equipo colgaba una identificación como la mía.

Érica también advirtió su presencia, pero ella no lo escaneó con la mirada; le sonrió y lo saludó con una mano.

Alguien pasó por detrás de nosotras y se dirigió a él. Era un hombre muy alto, también vestido de civil; un hombre mayor que en su juventud debió de ser muy rubio, pero que en ese momento tenía el cabello casi totalmente blanco.

Saludó al tipo alto y elegante con un abrazo, incluyendo palmadas, y luego se apoyó contra la encimera, al igual que el de la chaqueta azul, para alzar la vista en dirección al monitor; los primeros pilotos en salir ya daban la primer vuelta por el circuito.

No necesité que Érica me explicase quién era el hombre de cabello casi blanco, pues su hijo había heredado muchos rasgos de él.

—Allí está Harper —me dijo Érica al oído, quitándome el tapón por un instante. Me señaló hacia la esquina opuesta del *box*, por detrás del coche de Haruki.

Giré la cabeza para toparme, en una de las esquinas frontales, a una rubia de larga melena que debía de tener mi altura, pero que era un tanto más corpulenta (puro músculo), enfundada en el uniforme del equipo. Por lo bronceada que estaba, la claridad de sus ojos y lo brillante de su melena clara, más parecía surfista que piloto de carreras. Ella y alguien que supuse que era uno de los tantos ingenieros del equipo tenían la cabeza alzada hacia un monitor.

El motor del automóvil de Haruki llenó el espacio del *box*. Le quitaron las fundas a los neumáticos y el japonés salió a la calle de *boxes* acelerando. Adoré el chillido agudo del motor del Bravío.

Harper lo despidió con los dos pulgares en alto.

Por el espacio restante entre Haruki y su vehículo, cruzaron varios mecánicos.

El bólido de Nico, que hasta entonces había ronroneado bajito, enmudeció y entonces el *box* quedó en una calma relativa; vi que un par de hombres se acercaban a él.

—Hola, Érica —la saludó la chica en cuanto la vio.

—Hola, Harper. Aquí tienes. —Le tendió la bolsa.

—Gracias. ¿Cómo va todo?

—Bien, ya sabes cómo es, ahora ya un poco más organizados. Locuras de la primera carrera.

En cuanto terminó la frase, la piloto me miró.

—Harper, te presento a Natalia. Trabaja con nosotros este fin de semana.

La joven me tendió una mano.

—Hola, es un placer. ¿Eres piloto? ¿Otra mujer en el equipo? —soltó con una sonrisa—. No sabía nada.

Su acento no podía ser más australiano, igual que su naturalidad y afabilidad. Le sonreí, ¡¿piloto yo?! No era mala conduciendo; sin embargo, estaba lejos de las pistas, muy lejos, y más todavía de esa categoría, que se autoproclamaba poseedora de los mejores pilotos del mundo del motor.

—No, no, nada de eso —me carcajeé—. Soy chef, en realidad soy pastelera. Estoy ayudando en la cocina durante este gran premio.

—¡Ah, con Suri! Todavía no he tenido tiempo de pasar a saludarlo. He comido lo que ha preparado hoy para el almuerzo; tenía un par de entrevistas y no me ha dado tiempo a nada. Exquisita la tarta de chocolate.

—Sí, yo también la he probado —acotó Érica—. Suri me dijo que la habías preparado tú —añadió mirándome.

—Sí, así es. Me alegra que os gustara.

—Dime que te quedarás el resto de la temporada. ¡Dios, aunque tendré que doblar las horas de gimnasio! —gimoteó Harper, y Érica se rio.

—No, tranquila, es sólo por este fin de semana. Regreso a mi casa en unos días.

—¿Dónde es eso?

—Argentina, Buenos Aires. Tú eres de aquí, ¿no es así?

—Sí, soy de Adelaida. ¿Tanto se me nota? —Rio—. Como sea, es bueno tener más mujeres en el equipo, Natalia. ¿Ya te han presentado a todos los demás?

Con el mentón indicó hacia delante; seguí la dirección que me señalaba para dar con Nico.

Hice una mueca que en realidad se me escapó; los músculos de mi rostro se pusieron en mi contra, delatándome.

—Érica, ¿tienes un segundo? —intervino un hombre que se nos acercó.

—Sí, claro. En seguida regreso, Natalia. Espérame aquí.

—Sí, desde luego.

Érica nos dejó solas. Harper, con una palmada, me invitó a acompañarla a sentarnos sobre la encimera.

—Entonces, ¿ya has conocido al campeón?

Me aclaré la garganta.

—Sí, efectivamente.

Harper apretó los labios y alzó las cejas en otra mueca tan reveladora como seguro que debió de ser la mía.

—Es, sin duda, uno de los mejores pilotos de la categoría reina.

Miré a Nico y por el rabillo del ojo vi que los ojos de Harper seguían la misma dirección que los míos.

—Érica dice que tú también eres muy buena piloto.

—Trabajo en eso.

—Tienes excelentes compañeros de equipo de los que aprender.

—Sí, bueno... Nico no es muy de compartir experiencias, pero de vez en cuando tengo oportunidad de oírlo hablar con sus ingenieros, sobre todo con Otto, que es su ingeniero de pista, y de eso aprendo. Con Haruki es otra historia, porque él y yo fuimos pilotos de pruebas hasta el año pasado. Fue una lástima de Klaas se fuera, él también daba muy buen rollo. Haruki y yo siempre hablábamos con él durante las competiciones, pues no tenía problemas en explicarnos todo lo que hacía o dejaba de hacer. ¿Conoces a Klaas?

—No, justo hace unos minutos que Érica me ha hablado de él. No lo conozco, hasta ahora no había tenido oportunidad de salir de la cocina. Sólo he conocido a Thiago da Silva.

Harper sonrió.

—Ah, bueno, él también es como de la familia. Con Thiago nos llevamos genial, y además es muy buen amigo de Klaas. En realidad, Thiago es muy amigo de Nico, pero, cuando nosotros salimos, Nico no viene. A ver si el domingo, después de la carrera, podemos salir a tomar unas cervezas todos juntos, ya lo estamos organizando, para celebrar el arranque de la temporada, como solíamos hacer. Ahora el grupo está un poco desmembrado; de cualquier modo, Thiago, Klaas y yo seguro que iremos, sea cual sea el resultado del gran premio. Bueno, en realidad suponemos que ganará Nico, así que yo deberé ir con Haruki a la celebración del equipo, pero después de eso... ¿Qué dices, te apuntas? Haruki es un poco tímido, pero simpático.

—Sí, ya lo he conocido. Es muy educado.

—Sí. Como todos los japoneses —me guiñó un ojo—, después de un par de cervezas, comienza a reírse de cualquier cosa y es muy divertido. ¿Qué me dices, vendrás?

—Bueno, supongo que podré.

—¡Genial! —Harper alzó una mano para que chocase mis cinco contra los de ella y eso hice—. Ojalá siguieras con nosotros el resto de la temporada.

Nos quedamos en silencio. Cuando aparté la vista de ella y la dirigí hacia delante, noté que el casco de Nico estaba completamente girado en nuestra dirección. ¿Nos miraba?

Para comprobarlo, lo saludé con la mano.

Nico giró el casco de golpe.

Harper rio.

—El campeón —murmuró.

El motor de Nico bramó furioso. Quitaron las coberturas de sus neumáticos. El motor aceleró otra vez, en esta ocasión para hacer girar despacio los neumáticos hacia la calle de *boxes*. En cuanto las cuatro ruedas estuvieron sobre el asfalto, Nico dio una acelerada tal que sus neumáticos chirriaron, soltando volutas de humo blanco. El Bravío soltó un grito agudo y se perdió hacia la salida de la calle de *boxes*.

—Llegó la hora de ver al niño de oro de la categoría dar una clase de conducción.

Y eso mismo fue lo que hizo Nico, después de dar una primera vuelta de reconocimiento.

Todos los otros automóviles de la categoría ya habían dado un par de vueltas, marcando tiempos que Nico, a partir de su segunda vuelta, comenzó a destrozarse a dentelladas de su Bravío, arriesgando hasta en los pianos, cortando las chicanas y pisando a fondo por la parte interior de la recta principal del circuito.

Haruki entró después de tres vueltas. Nico se quedó allí fuera dando una clase magistral de velocidad que dejó a todos boquiabiertos, incluida Harper.

Nico entró y, sin bajarse de su monoplaza, los mecánicos volvieron a trabajar en éste mientras él bebía de una botellita que alguien le pasó.

Érica regresó y entonces fue hora de volver a la cocina.

Quedé con Harper en que nos veríamos más tarde para charlar otro poco y para concretar lo del domingo después de la carrera.

Las pruebas terminaron y la noche llegó, y yo me declaré completamente ensordecida y loca por ese circo.

Llegué al apartamento y, después de contarle toda mi experiencia a Agustina, me fui a acostar. No me iba a ser tan sencillo conciliar el sueño, pues estaba alterada, feliz, exultante, contaminada de velocidad y vértigo, y no veía la hora de volver a vestir mi camisa de Bravío. Nico y Haruki habían marcado los mejores tiempos y, si bien todos los equipos tenían una prueba libre más al día siguiente, todos apostaban a que Nico se alzaría con la *pole position* más tarde y que Haruki se reservaría para sí el segundo lugar en la parrilla de salida.

* * *

—Bueno, ahora sí que ha llegado el momento de la verdad. —Agus se plantó delante de uno de los monitores que estaba instalado en el área de comedor, la cual había quedado desierta porque todo el mundo se había largado a los *boxes* a ver la clasificación desde allí; otros, más elegantes y quizá un poco menos interesados en la competición en sí, y más en el espectáculo y los flashes, lo harían desde el *paddock*.

Llegué a ellos. Suri se secaba las manos en su delantal, junto a Agustina y dos de los camareros; todos alzaban la vista para ver el semáforo de la calle de *boxes* ponerse en verde. La sesión de clasificación quedaba así abierta.

—Por ahí he oído que dicen que Thiago da Silva tiene un as bajo la manga —comentó mi amiga, espiándome por el rabillo del ojo.

Thiago había hecho una muy buena práctica esa mañana temprano, y ella no era la única que había oído aquello de que Thiago tenía como meta colarse entre los dos automóviles de Bravío en la salida.

Después de la prueba, oí a dos de los mecánicos de nuestro equipo conversar mientras llevaba una bandeja con comida a la mesa del bufet; uno le decía al otro que temía que Thiago relegase a Haruki al tercer lugar; dudaban de que pudiese hacer mucho contra Nico, puesto que éste, ese mismo día, había pulverizado sus tiempos de las pruebas del día anterior; por el contrario, Haruki no había rodado demasiado bien, no encontraban el ajuste perfecto para no sé qué cosa de la suspensión.

—Parece que Da Silva quiere despedirse de la categoría por la puerta grande —comentó uno de los camareros—. Este año el equipo Asa ha aparecido con muchas novedades; comentan que, durante el invierno, han realizado muy buenas pruebas y eso se ve en la pista.

En ese momento exacto, Thiago salió de la calle de *boxes* a la pista para su primera vuelta al circuito.

Los pilotos comenzaron a marcar tiempos. En las pantallas se vio a Nico sentado dentro de su automóvil con un monitor delante, la mirada fija en éste. En escena apareció Otto, tendiéndole una hoja.

La atención de las cámaras volvió a lo que sucedía sobre el asfalto.

Thiago aceleró para comenzar su primera vuelta. El brasileño devoró las primeras dos curvas y la imagen en la pantalla se dividió en dos. Una mitad seguía el recorrido de Thiago, quien al pasar por el primer marcador de tiempo bajó en unas cuantas fracciones de segundos su mejor tiempo de esa mañana. La otra mitad de la pantalla mostraba los ojos azul celeste de Nico, medio perdidos en el interior del casco, muy serio, sin parpadear y con las pupilas fijas en el monitor. Así como el resto de nosotros, debía de estar siguiendo de cerca la vuelta del carioca.

Tres pilotos marcaron sus vueltas unos segundos después; ninguno logró hacer demasiado.

Haruki salió a pista.

—A ver qué hace —murmuró Suri refiriéndose al piloto de nuestro equipo.

Me puse nerviosa. Mi cabeza no conseguía decidirse en quién quería que marcara mejor tiempo, si Haruki o Thiago. Los dos me caían bien. Haruki era de mi equipo y Thiago estaba en su temporada de despedida de la categoría reina.

—Por favor, ¡qué nervios! —soltó Agustina—. No pensé que vivir esto desde dentro fuese a ponerme así. ¿Cuántas tandas clasificatorias son? —le preguntó a Suri.

—Tres; van eliminándose para llegar a la tanda final y allí se decide la *pole*.

Ella no era la única en padecer la ansiedad del momento.

Thiago continuó devorando milésimas de segundo y Haruki pasó por el primer marcador algo más demorado que el brasileño. Evidentemente todavía no encontraba la puesta a punto adecuada; de cualquier modo, estaba por delante del resto de los corredores.

Thiago pasó por la meta marcando una vuelta estupenda.

La transmisión regresó al campeón. Uno de los mecánicos quitó el monitor de encima del morro del monoplace de Nico. Otto le hizo una seña con el pulgar en alto. Las manos de Nico se acomodaron alrededor del volante, estirando los dedos una y otra vez.

La de Haruki no fue tan buena vuelta.

Quitaron los cobertores que recubrían los neumáticos de Nico.

—Allá va —anunció Suri, extasiado—. Uno jamás se acostumbra a esto, no hay vez que no me ponga nervioso. Debería dejar de verlo y regresar a la cocina.

Le sonreí.

—Creo que en tu lugar me sucedería lo mismo. Si hasta creo que tengo taquicardia. —La apreciación de mi estado se me escapó. Sentí miedo, emoción, entusiasmo, todo junto. No sabía muy bien por qué, pero estaba preocupada por Nico. ¿Le iría bien?, ¿qué pasaría si no era capaz de alcanzar los tiempos de Thiago?

—Te lo digo, Duendecillo, éste es tu lugar en el mundo, aquí con nosotros.

Lo miré y entonces todas las tribunas estallaron; fue un rugir de la multitud y de su motor. Nico salió a la calle de *boxes* provocando una estampida de mecánicos que recibían a los pilotos que regresaban a *boxes* para hacer retoques antes de seguir con la clasificación. La gente se puso de pie y todos en el *pit wall*, tanto los integrantes del grupo Bravío que controlaban los tiempos en las pantallas como los de los equipos restantes, se volvieron sobre sus banquetas para verlo pasar. El cinco veces campeón del mundo era una visión de la que muy pocos o casi ninguno podía escapar; incluso a mí, a quien él como persona no me caía nada bien, me resultaba imposible no desear seguirlo sin parpadear para captar cada segundo de su destreza al volante.

De los nervios, me estrujé los dedos.

Thiago regresó al *box*; sus mecánicos lo acarrearón marcha atrás para calzarlo en su espacio mientras Nico daba su vuelta de calentamiento.

—Ahí va —exclamó Suri.

Todas las cámaras, todos los ojos, la tensión de muchísimos espectadores, estaban puestos en Nico, quien supo liberarse del tráfico para así tener camino libre para marcar tiempo.

Al primer tiempo de Thiago, Nico le arañó apenas unas pocas milésimas de segundo, pero con eso bastó para que Suri soltase un grito de alegría, con el puño en alto.

Nico marcó un récord de velocidad y el siguiente tiempo de marcación estuvo muy por debajo del de Thiago, ganándose una fantástica diferencia a su favor. Cada vez quedaba más claro entre quiénes era la competición allí.

Ante los gritos y vítores de todos los presentes, Nico se agenció una vuelta estupenda y regresó a los *boxes*. Ya después de eso, quedó todavía más claro que la batalla por la *pole* era entre él y el brasileño, y nada pudieron hacer para evitarlo los demás en la segunda tanda clasificatoria.

A la tercera llegaron Nico, Thiago, Haruki y un piloto del equipo rojo, en ese orden, con los mejores tiempos. Por detrás de ellos, el equipo del holandés que hasta el año pasado ocupaba el lugar que ahora era de Haruki.

Pese a la ansiedad de todos nosotros, la de todo el equipo y probablemente la de todos los presentes, Nico se quedó con la *pole position*.

Éste regresó a *boxes* y detuvo su vehículo delante de la entrada de pesajes; el equipo lo esperaba allí.

Sacó el volante, Otto lo ayudó a quitarse los protectores sobre los hombros y entonces el campeón salió del monoplaza para dar un salto con ambos puños en alto.

Thiago, que ya se había bajado de su automóvil, se acercó; él ya iba sin casco. Intercambiaron un apretón de manos y un breve abrazo. Haruki, que se quedó con el tercer lugar de parrilla de salida, justo después de Thiago, se unió a ellos para felicitarlos también. El saludo con Nico fue más bien frío. Haruki no se demoró demasiado allí y siguió a la persona de la organización de la carrera hacia el interior del edificio.

Nico se quitó el casco y la capucha ignífuga y, de un tirón, se sacó los auriculares que llevaba en las orejas. Con una sonrisa de oreja a oreja, rojo y transpirado, volvió a festejar su primera *pole position* del año.

Se aproximó a la valla que lo separaba del equipo. Intercambió apretones de manos con un par de integrantes de Bravío y entonces la vi a ella, con el micrófono en una mano y un cámara detrás. El micro tenía el logo de un canal de televisión italiano.

La tal Mónica estaba allí y él fue directo hacia ella. Por la transmisión se vio que ella debía de estar preguntándole algo, quizá comentándole alguna cosa sobre lo

sucedido durante la clasificación; en vez de contestarle, Nico fue directo a su boca con la suya. Le dio un pedazo de beso que desató terrible griterío entre todos los que estaban cerca. Nico la tomó con pasión con una mano por la nuca y continuó besándola, como si hubiese ganado el sexto campeonato mundial, al cual quería echar mano ese año.

—A eso le llamo yo un beso —soltó Agus.

—Este año Nico no podrá escaparse de Mónica.

—¿Escaparse?

Suri comenzó su respuesta con una sonrisa.

—Del altar. Llevan seis años juntos.

—Eso es mucho tiempo —comentó Agustina.

—Lo es, por eso digo. Además, se conocen desde hace mucho, casi desde los inicios de Nico, cuando la categoría puso un ojo en él. Creo que la primera vez que se vieron Nico tenía quince y Mónica, veintidós. Él corría en una categoría italiana y ella daba sus primeros pasos como periodista, cubriendo las transmisiones de televisión de esa categoría. Mónica saltó a este circo primero, no recuerdo si fue un año o dos antes de que todo el mundo aquí supiese quién era Nico. Nada, el caso es que esos dos están hechos el uno para el otro. Además, son muy parecidos; los dos muy dedicados a su trabajo, profesionales hasta la médula.

El susodicho dejó de besar a su novia italiana siete años mayor que él y entonces sí se dedicó a responder sus preguntas.

—Hacen buena pareja. —Agustina le dio forma romántica a la mueca en su rostro.

—Pues a mí no me molestaría tener una novia así —canturreó uno de los chicos—. Es sexi.

—Suerte de campeones —murmuró el otro.

—Si se casan este año, podrías ofrecerte a hacerles la tarta de boda.

Suri no podía tener ni idea, pues ni siquiera yo tenía idea de que aquello me molestaría tanto; sus palabras me arrollaron como un automóvil de carreras a más de trescientos kilómetros por hora.

Horas más tarde, Harper apareció por la cocina para avisarme de que ya había acordado con Thiago, Haruki y Klaas ir a tomar unas cervezas el domingo una vez terminada toda la actividad oficial del fin de semana; ella conocía un lugar estupendo.

—No te preocupes, Thiago me dijo que, si lo necesitabas, él te pasaría a buscar con su moto, pero que vienes, vienes. No te permitiremos escapar. Te haremos una despedida como te mereces.

Después de verla a ella, ya no pude cruzarme con nadie más ni del equipo ni de fuera del equipo. Suri y yo trabajamos de manera enfermiza para prepararlo todo para el último día de competición, mi último día con Bravío.

* * *

Les di los buenos días a los chicos de seguridad que estaban en la puerta con cara de dormidos, semejante a la que debía de tener yo. El sol todavía era un simple reflejo de claridad en el horizonte, como una bruma que se deslizaba suavemente sobre el cielo, de un azul celeste similar al de los ojos de Nico.

Intercambié con ellos un par de palabras y entré al recinto pegándole un nuevo sorbo a mi café. Agustina podía entrar a trabajar un par de horas más tarde que yo y no había querido despertarla, de modo que, de camino, pasé por una cafetería y me hice con un vaso bien caliente; más tarde comería algo con Suri.

A mi alrededor se desplegaba toda la parafernalia que dudaba de que tuviese oportunidad de vivir de ese modo otra vez en mi vida; sí, quizá, si tenía suerte, pudiese asistir a otra carrera, pero no del mismo modo, no como parte integrante del equipo cuya camisa llevaba ya puesta.

Me entró un ataque tal de melancolía que me dieron ganas de llorar. Quería regresar a casa, quería quedarme allí, quería ver a Tobías y abrazar a mi madre, quería volver a ver clasificarse a Nico y me daba muchísima pena no tener por delante más que un par de horas que compartir con Suri en su cocina. Esa noche terminaría medio borracha seguro.

Pensar en esa velada me alegró un poco. Con Klaas todavía no había tenido oportunidad de cruzar ni una palabra, pero saber que el resto del grupo me había aceptado con sencillez y sin objeciones hacía que se me encogiese el corazón.

«Saldré a beber cervezas con pilotos de la máxima categoría del automovilismo», me dije mentalmente, y eso me hizo sonreír.

Esa sonrisa me duró hasta que doblé por la calle que formaban los camiones del equipo y lo vi.

Nico estaba en el exterior de su autocaravana, sentado en la escalinata, con una taza con el nombre del equipo en la mano; la brisa sacudía la etiqueta de la marca de té que bebía.

Llevaba una chaqueta de Bravío, unos pantalones grises de deporte y calcetines blancos, sin calzado. Su cara de dormido era una más para la colección.

¿Qué hacía allí a esa hora y vestido así? Despeinado como estaba, parecía recién levantado de dormir. Ninguno de los otros días había llegado tan temprano, ¿sería por ser día de carrera? Quizá lo hiciese siempre.

Estaba pensando en retroceder sobre mis pasos y dar un rodeo para no tener que enfrentarme a él, cuando Nico, después de soplar sobre la superficie de su infusión, alzó la cabeza y me vio. No me quedó escapatoria, porque su mirada llegó a la mía.

Solté un gruñido que él no pudo oír.

Intentando disimular el hecho de que había detenido mis pasos en mitad de la nada, reanudé mi camino.

Le daría los buenos días y listo. El caso es que yo tenía mucho que hacer y suponía que él también.

Alcé mi vaso de plástico en su dirección.

—Buenos días.

—Buenos días —me contestó con voz áspera, encogiéndose dentro de su chaqueta—. Llegas temprano.

—Y tú —le dije pretendiendo seguir adelante. Mis intenciones se vieron frustradas.

—No, en realidad no —soltó, y tuve que detenerme porque no podía dejarlo hablando solo.

«Ok», entoné dentro de mi cabeza inspirando hondo. No tenía ni idea de a qué venían esas ganas suyas de entablar conversación.

—He pasado la noche aquí, así que la aplicada eres tú, por llegar antes que nadie. Suri todavía no lo ha hecho. He ido a la cocina hace un momento, todavía no está allí.

—Bueno, puede que esté en los vestuarios, cambiándose; yo he venido vestida de casa para ahorrar tiempo. Si necesitas que te prepare algo... puedo hacerlo, si quieres. Suri tiene tu menú, con los ingredientes anotados por peso y todas sus especificaciones, junto al pizarrón que tenemos en la cocina. Creo estar medianamente capacitada para seguir sus pautas —articulé, intentando defender a Suri por no haber llegado aún, pese a que allí casi no había nadie, y defendiéndome a mí misma con un ataque hacia su persona, por si decidía atacarme a mí también.

—No, está bien. No hay prisa. Ya me he comido una fruta y un par de galletas que tenía aquí.

—Ah, bien, me alegro. Nos vemos luego. —Intenté marcharme, pero otra vez no me lo permitió.

—Así que has venido vestida así desde casa.

—Bueno, sí; técnicamente no es mi casa, pero... —carraspeé—, para ganar tiempo... Oye, no tengo problema en prepararte lo que sea, de verdad que soy capaz de hacerlo.

—¿Te gusta trabajar aquí? Con el equipo, digo.

—Sí, me encanta. Me llevo muy bien con Suri y la verdad es que... —Me entusiasmé—. Esto es increíble. Ayer, cuando vi la clasificación... —me interrumpí, sintiendo que mi pecho se llenaba de la emoción del día anterior.

—Sí; te vi en los *boxes* conversando con Harper.

—Ah, sí, claro. Bueno, ella es muy amable. Todos en el equipo lo son. Ojalá hubiese tenido tiempo para conocerlos un poco mejor, pero la cocina es un tanto esclava. —Le sonreí—. En fin, ha sido una experiencia fantástica.

—¿Qué te pareció la clasificación de ayer?

¿En qué sentido me lo preguntaba? No sabía qué contestar. ¿Acaso esperaba que lo felicitara?, ¿que le dijera que Haruki debió quedarse con el segundo puesto?

Nico se quedó observándome.

—Felicidades por tu *pole* —escupí sin saber qué otra cosa decir.

—Sí, gracias —amagó una sonrisa—. Pero te he preguntado qué te pareció.

—¿Te refieres al resultado, a todo el evento...?

Ahora sí sonrió por completo.

No podía tener una sonrisa más bonita.

—Fue increíble —lancé por fin—. Vivirlo desde dentro es muy distinto a verlo por televisión. Más todavía si llevas la camisa del equipo puesta. De cualquier modo, también fue alucinante ver a Thiago en la pista... y tu vuelta, la de la *pole position*... bueno, fue... No sé ni cómo describirlo.

—Thiago es un excelente piloto.

—Sí, es una pena que vaya a retirarse.

Nico se puso serio.

—Bien —más incómoda no podía hacerme sentir con su mirada—. Tengo que irme. Mucha suerte para la carrera.

—También le desearás suerte a Thiago. —Enunció el nombre del brasileño de un modo un tanto... bien, no llegó a ser despectivo, pero tampoco lo nombró con felicidad.

—Mejor me voy.

—¿Crees que ganaré hoy?

—Oye, de verdad que tengo que empezar con el trabajo en la cocina.

—Si Suri todavía no ha llegado, ¿cuál es la prisa? Contesta.

Me envaré.

—No tengo obligación.

—¿No me gustará tu respuesta, por eso no quieres dármela?

—No te debo una respuesta, y menos si me la exiges.

Nico se puso de pie sobre el escalón después de dejar la taza en el peldaño superior.

Imaginé que no llegaría a terminar mi fin de semana con el equipo Bravío. El campeón, al final, demostraría las ganas que tenía de borrar me de un plumazo.

—Te la exijo porque no quieres dárme la. —Bajó los peldaños y echó a andar en mi dirección sobre la tierra todavía húmeda por el rocío de la mañana.

—¿Qué haces? —le dije apuntando a sus pies descalzos.

—¿Te preocupa que ensucie mis calcetines?

—Mira, acabemos con esto. Empezamos con el pie izquierdo, pero hoy ya acaba todo.

—Esto no se acaba hasta que yo lo digo. ¿Apostarías por mí hoy?

—No me van las apuestas.

—A ver. —Se cruzó de brazos, enfrentándome. Ladeó la cabeza—. ¿Podrías contestar con un simple sí o no?

—Sí, la respuesta es sí: apostaría por ti hoy.

—¿Por qué sabes que ganaré? —añadió con suficiencia.

—Es probable que ganes, pero, sin duda, Thiago te lo pondrá difícil y eso me alegra. Es bueno que alguien te haga frente; me parece que estás demasiado mal acostumbrado a que todo el mundo te diga que sí a todo, a tenerlo todo dispuesto al alcance de la mano. ¿Sabes por qué apostaría por ti? Por dinero, pura y exclusivamente, porque recuperaría lo apostado y ganaría más; no porque crea que debes ganar. Perder una puta vez te haría bien para bajarte esos humos que tienes. Y perdona mi sinceridad, pero la verdad es que no me caes nada bien. Eres un piloto increíble, pero, por lo poco que conozco de ti, no encajas en los esquemas que yo tengo como modelo de seres humanos que quisiera tener a mi alrededor. Ahora, si me disculpas, debo ir a trabajar. O no, quizá le pidas a Érica que me despida. Supongo que tienes ganas de hacerlo desde la primera vez que me viste. En fin, como quizá sea ésta la última vez que nos veamos... —me interrumpí al verlo sonreír—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Nada. —Rio bajito—. Mejor no apuestes, podrías perder tu dinero, porque tienes razón: Thiago es un piloto excelente y es una pena que se retire este año. Muchos lo echarán de menos, es una parte importante de todo esto. —Nico retrocedió sobre sus pasos, de espaldas—. Que tengas un buen día.

«¿Qué tenga un buen día?»

No pude contestarle. Primero, porque mi cerebro estaba atascado... ¿acaso ese hombre era bipolar?; segundo, porque no hubo tiempo, ya que se dio media vuelta y regresó a su autocaravana para entrar en ésta tras recoger su taza de té de la escalera.

* * *

Después de una carrera estupenda en la que Nico ganó de manera aplastante, destacando por encima de los demás pilotos, y con un segundo puesto de Thiago y un tercer lugar para Haruki (allí estuvo, en realidad, lo más picante de la competición, en la batalla entre ambos), Suri y yo nos pusimos manos a la obra para preparar todo el equipo de cocina para que fuera trasladado a Baréin. Agustina nos echaba una mano. Ya era tarde y oscurecía.

—Permiso, ¿se puede? —Érica asomó la cabeza dentro de la estancia.

—¡Claro que sí! —exclamó Suri, exultante. Desde la bandera a cuadros, mostraba una enorme sonrisa en los labios—. Pasa, pasa, solamente lo estamos preparando todo para dejarlo en condiciones para el segundo gran premio.

—Ah, bien, perfecto, porque de eso venía a hablaros. —Érica entró. Cargaba una carpeta negra con el logo del equipo en la mano derecha—. Natalia, ¿tienes un segundo?

No la noté enfadada; sin embargo, ya sentía el sabor de lo que estaba por venir, pues supuse que Nico se habría encargado de hacer que mi despedida del equipo fuese de lo más amarga.

Me aclaré la garganta.

—Sí, dime.

Érica miró a Suri de reojo y le sonrió.

—Bien, el asunto es el siguiente: el equipo está muy contento contigo; tu desempeño ha sido estupendo y nosotros valoramos la dedicación que las personas como tú ponen en su trabajo. Te llevas muy bien con Suri, él dice que ambos formáis un equipo estupendo, y todo el mundo adora tus postres.

«Todos, menos Nico», pensé. No entendía a qué venía todo eso.

—Nos gustaría proponerte que siguieses con nosotros al menos lo que resta de la temporada.

—¿Qué? —balbucí atontada, sin poder creer lo que mis oídos acababan de captar.

—Que queremos que nos acompañes a Baréin y, de allí, a China, Rusia, España, Mónaco, Canadá... —Suri derrochaba alegría.

Agustina soltó un grito de felicidad que me ensordeció tanto como el motor de los automóviles.

—¿Es en serio? Yo creía que habías venido a... —Apreté los labios. Mentalmente le pedí una disculpa a Nico por pensar mal de él, por esperar que su reacción hubiese sido quitar de en medio a esa persona que le hacía frente, molestándolo, sin el menor reparo. ¿Disculparlo? ¿Agradecerle tolerar mi sinceridad? No tenía ni idea de cómo sentirme con respecto a él y me pregunté si esa noticia le haría feliz. ¿Para qué engañarme?, lo más probable era que no.

—¿A qué? —curioseó Érica.

—Por favor, di que sí, que te quedarás conmigo —rogó Suri—. Lo hacemos estupendamente bien y lo sabes.

—Éste es tu contrato. —Érica me tendió la carpeta que llevaba—. Aquí están las condiciones de nuestro ofrecimiento. Te aseguro que no es una oportunidad como para despreciar.

—Sí, bueno, es que...

—Si no tienes otros planes. ¡Tienes que decir que sí! —chilló Agustina.

Pensé en mi madre. Eso no le gustaría ni siquiera un poco; bueno, al fin y al cabo, era un trabajo, no solamente vagar por medio mundo sin destino.

—Tengo un pasaje de avión que ya he cambiado una vez, no creo que...

—Natalia, la remuneración que te ofrecemos es muy generosa; nosotros cuidamos a nuestra gente, no tendrás problemas en comprar un nuevo billete a casa cuando quieras regresar.

—Por favor, di que sí —insistió Suri.

—Eso, di que sí o me culpará a mí de aquí a la eternidad por perderte. Te quiere en su cocina con él, y a todos nos encantaría que te quedases. Todos sabemos que no necesitamos buscar a nadie más si tú estás aquí. Acepta, por favor, de verdad te lo digo; no quiero tener que volver a oír a Suri lloriqueando por ahí por miedo a perderte.

—¿Ibas lloriqueando por ahí? —le pregunté al chef en broma, consciente de que tenía claro que la respuesta era un enorme «sí». Mi madre pondría el grito en el cielo.

—No me tortures, Duendecillo; acepta la oferta, dime que vendrás con nosotros.

Mi sonrisa me delató antes de que lo hiciese el «sí» que solté con todas las ganas del mundo. Vería más clasificaciones, más carreras... Compartiría con el equipo muchos más momentos, sería una más de Bravío, al menos hasta finales de noviembre, cuando se celebrase la última carrera de la temporada.

Esa noche, incluso antes de darle la buena noticia a mi familia de que ya había firmado un contrato con Bravío para trabajar para ellos durante toda la temporada, celebré con Harper, Thiago, Haruki y Klaas mi incorporación a la categoría. Y sí, con ellos y Agustina, que se sumó a nosotros, me emborraché, pero no demasiado. Fue increíble, porque algo nuevo comenzaba y una parte de mi vida quedaba atrás; en unos días tendría que despedirme de Agus.

El lunes llamé a casa; hablé con mis padres y con mis hermanos. La noticia los cogió por sorpresa, pero lo aceptaron, sobre todo en el caso de mi madre, con más calma de la que imaginé que pudiese tener después de los incontables retrasos de mi vuelta al hogar.

Llamé a Tobías a Londres y él se alegró mucho por mí. De todos, fue quien más se entusiasmó. Luego comenzamos a hacer planes para cuando la categoría fuese a Reino Unido a correr.

Hice mis maletas y Agustina, las suyas. Hubiese preferido ser yo quien la despidiese a ella en el aeropuerto, pero se dio todo al revés: el equipo Bravío partía hacia su siguiente parada.

5. Baréin

Si el circuito de Melbourne me sorprendió, el de la ciudad de Manama directamente me dejó sin habla. El autódromo Sakhir era un espectáculo en sí mismo, uno que me quitó el aliento pese a que la capital ya me había maravillado como pocas cosas en mi vida. El contraste de lo ultramoderno con una cultura milenaria hizo que mi experiencia de dos semanas atrás quedase relegada a un pasado que apenas si podía recordar. Con Suri, llevábamos cinco días en el país y, si bien él ya había estado allí en otras ocasiones, me confesó que, cada vez que venía, era como si chocase de frente con un mundo sacado de un libro de ciencia ficción... quizá debido a la arena blanca y a los impresionantes rascacielos de formas que negaban la existencia de la gravedad.

Vivir eso con la camisa de Bravío puesta resultaba impagable.

A pesar de que mi lugar de rutina era la cocina, trabajando de manera incansable, había tenido mis momentos de esparcimiento con el equipo, esos buenos ratos que pasaba con los mecánicos, incluso con Harper y el tímido Haruki, con Thiago y con Klaas, cada vez que ellos podían escaparse cinco minutos para aparecerse en la cocina en busca de algo dulce.

De Nico había sabido poco o nada desde que llegamos; allí, sus responsabilidades en lo referente a las relaciones públicas habían sido mucho más intensas que en Australia. Baréin no era solamente una competición automovilística, sino una puesta en escena de poderío monetario que no tenía parangón, al menos que yo supiera.

De cualquier modo, más allá del dinero, la ciudad era impresionantemente hermosa y, por suerte, con Suri y Harper, habíamos tenido dos días libres para hacer un poco de turismo.

Una de las postales más extraordinarias de ese lugar era el circuito al atardecer, cuando las luces se encendían en ese momento, justo en ese instante, para dar paso a la última tanda de pruebas del viernes.

—Entonces, ¿qué dicen las apuestas? —soltó Harper entrando en la cocina de un salto—. ¿Será nuestro chico o Thiago?

Suri se dio la vuelta y la miró un poco mal, pero no verdaderamente enojado.

Harper fue hasta él y le palmeó un hombro para robarle a la vez un trozo de una fruta exótica que yo nunca había visto antes, hasta ese día, y que Suri cortaba en finas láminas. Harper se la llevó a la boca sin preguntar y, al instante, puso cara de asco.

—¿Qué es esto?

—No robes mi comida —la regañó con cariño.

—No me gusta.

—Nos hemos dado cuenta por tu mueca. —Reí.

—¿No quedará por ahí algún *macaroon*? —preguntó pícara.

Los había preparado yo para un cóctel que había tenido lugar más temprano, pasada la primera tanda clasificatoria. Fue más que nada una cuestión de relaciones públicas, pues Nico y Haruki debían enseñar su rostro durante unos minutos y posar para unas fotos con los patrocinadores del equipo y del circuito. Los *macaroons* que tanto me había costado elaborar se evaporaron en un parpadeo. Si incluso había visto a Haruki comer un par, y eso que él, al igual que Nico, cuidaba mucho su alimentación.

Nico no probó ni uno; de hecho, jamás comía nada de lo que yo preparaba; sólo ingería sus comidas especiales, de las cuales se encargaba Suri.

En esos días había oído demasiadas cosas sobre Nico y todas denotaban una personalidad muy estricta, un tanto cerrada tal vez. Éste no solía salir con los mecánicos, se pasaba el día entrenando, no hablaba casi con nadie que no fuese su ingeniero de pista Otto, su novia, la italiana que seguía la categoría y a él a donde fuese, y Paul, el director del equipo.

Por lo que me contaron, supe que él vivía principalmente en Mónaco, si bien tenía también casa en su Barcelona natal.

La mayoría lo consideraban muy pedante, por tener quizá demasiado asimilada y dada por sentada la afirmación que muchos repetían en el medio: que él era el mejor piloto desde hacía mucho tiempo. Si incluso había visto en YouTube una serie de extractos de ruedas de prensa en las que él se autoproclamaba como el mejor. Nico no fallaba, Nico no perdía, Nico no se disculpaba ni pedía nada por favor.

Durante nuestra noche de cervezas después de la primera carrera, a Klaas se le soltó la lengua y me contó que la principal razón de su marcha del equipo había sido Nico. Él, su prepotencia, sus malos modos, su tendencia al egocentrismo, su patológica necesidad de que todo girase en torno a él, y, según me explicó el holandés, era de esperarse que acabase así por el tipo de padre que tenía Nico.

Éste lo había iniciado en el automovilismo con apenas cuatro años de edad y desde entonces había dedicado todos sus esfuerzos a que su hijo se convirtiera en el campeón que era entonces. Para bien o para mal, Nico jamás había tenido una vida muy normal. Klaas comentó que corrían rumores de que su padre jamás le había permitido celebrar un cumpleaños con amigos, que lo obligaba a entrenar de manera

constante y que no le permitía hacer ninguna otra cosa que no tuviese que ver con el automovilismo.

Si eso era cierto o no, lo desconocía, pero sí era evidente que, fuera cual fuese la vida que había llevado Nico antes de llegar allí, ésta lo había convertido en una máquina diseñada únicamente para ganar y eso lo comprobé esa misma tarde, cuando tuve mis cinco minutos de felicidad al escaparme a los *boxes* otra vez de la mano de Érica; no por petición mía, sino por un ofrecimiento por su parte que me cogió por sorpresa. Cuando llegué a los *boxes* con ella, Nico estaba entrando en su bólido; no supe si me vio o no, pero eso no fue lo importante... lo que sucedió durante sus primeras vueltas fue lo que me sorprendió. Esa vez, a diferencia de la anterior, en lugar de llevar tapones para los oídos, me facilitaron uno de los auriculares con intercomunicadores que utilizaba el resto del equipo y por eso lo oí gritarle a Otto un «déjame en paz, que sé lo que hago, por algo soy cinco veces campeón del mundo», cuando el ingeniero de pista le comentó que tuviese cuidado con las aceleraciones del motor después de la tercera curva.

Nico no parecía muy dispuesto a aceptar recomendaciones de nadie, ni siquiera de Otto, quien, hasta lo que yo sabía, era uno de los pocos cercanos a él.

La recomendación de Otto no fueron las únicas que recibió Nico; el caso es que, durante las pruebas, Thiago se había acercado demasiado a sus tiempos... incluso se notaba en su conducción en la pista, pues llevaba el automóvil con más suavidad que Nico.

Todo el equipo estaba un tanto alterado, de ahí la pregunta que soltó Harper al entrar, respecto a por quién se decantaban las apuestas, por Thiago o por Nico.

—En la nevera de allí. —Suri apuntó en su dirección con el cuchillo que utilizaba para cortar la fruta.

—¡Gracias! —exclamó ella, feliz al encontrar el envase en que habíamos guardado las pocas piezas que habían quedado. En realidad las habíamos escondido para comérselas nosotros, pero había suficientes como para compartirlas entre los tres.

—No me cabe duda de que Nico se quedará con la *pole* mañana —murmuró Suri por lo bajo, regresando a sus frutas.

—Bueno —Harper se relamió los labios—, de todos modos, Thiago está robándole mucha atención y eso no parece sentarle muy bien; ya sabes cómo es el chico estrella.

Noté a Harper más deslenguada de lo normal con respecto a Nico. Las veces que habíamos hablado de él me habían dejado claro que no se llevaban excesivamente bien que digamos; sin embargo, en ese instante parecía verdaderamente enfadada con él.

—¿Pasa algo?

Suri espío en nuestra dirección por encima de su hombro tras formularle la pregunta a Harper. De un mordisco, se metió en la boca la mitad a un *macaroon*.

—¿Qué ha ocurrido? —insistí.

Suri paró de cortar la fruta por segunda vez.

Harper bajó la bandeja, se metió el otro pedazo en la boca y se chupó los dedos.

—¿Y bien?

—Lo que pasa es que al campeón le molesta que yo tenga novia y que la traiga a los circuitos.

—¿Qué?! —solté entre sorprendida e incrédula. No me molestaba que Harper tuviese novia, pero el caso es que en ningún momento la había mencionado y, además, me parecía irreal que Nico pudiese tener algo en contra de eso.

¡Un momento, hablábamos de Nico! ¡Claro que era probable que tuviese algo en contra de eso!

—No digas esas cosas, Harper. Nico no tiene problemas con tu pareja.

—Que sí, Suri. Me miró como una mierda cuando me vio avanzar con ella de la mano por entre las autocaravanas. Es un idiota. —Apretó los labios—. Olvidad lo que acabo de decir, es que estoy cabreada. Después de verme con ella, tuvimos una reunión y no hizo más que tirarme tierra encima. Jamás le ha gustado que yo sea piloto de pruebas, no soporta que una mujer pueda hacerle frente.

Mis cejas treparon por mi frente.

—¿Tiene un problema con el hecho de que conduzcas?

—Nico tiene problemas con muchas cosas, Nat.

—Sí, de eso ya me he percatado... Bueno, es que...

—Nico jamás me ha querido en el equipo.

—No es eso —intervino Suri—; ya lo conoces, le cuesta relacionarse con la gente.

—No con toda la gente, simplemente con aquella que le provoca cierta inestabilidad en su mundo.

Tuve que admitir que las palabras de Harper tenían un poco de sentido.

—Después de ponerse en mi contra, comenzó a criticar a Haruki. Te lo digo: ese tipo está mal de la cabeza; no importa cuánto te emperres en defenderlo, Suri, cada vez se marca más puntos en su contra. La gente comienza a hartarse de él.

—Está bajo mucha presión —entonó Suri en su defensa.

—Todos estamos bajo presión, Suri, esto funciona así; sin embargo, no todos tratamos al resto de la humanidad como si fuese basura. —Definitivamente Harper estaba muy enfadada—. Ahí lo tienes, alguien se lo pone difícil y él ataca a todos los demás.

—¿Te refieres a que Thiago se lo pone difícil y entonces...?

—¡Eso mismo! —lanzó Harper, interrumpiéndome—. Ése es el problema: tiene miedo de perder con Thiago y por ello se pone como loco y nos ataca a todos. Tú misma oíste el modo en que le contestó a Otto. Tiene suerte de que Toto lo adore y lo quiera como a un hijo. Mucha paciencia le tiene, la verdad.

—Vamos, Harper, sólo tiene un mal día. Él no tiene problemas contigo y tampoco con que tengas novia.

—Suri, te quiero y te respeto... pero sabes que lo que acabas de decir es mentira. En fin. —Soltó una bocanada de aire—. Disculpad por venir a desahogarme aquí; el caso es que estaba que me moría de la angustia, no podía decirle nada a Amanda al respecto. —Harper me miró—. Amanda es mi novia, Nat.

—Ah, ok.

—Bueno, como es evidente, no he podido contarle nada a ella, porque ya de por sí no tolera mucho a Nico y no quería que le fuese a plantar cara. No tenía a nadie más con quien hablar.

—No pasa nada, Harper —le dije.

—Escucha, de verdad, no te angusties... Sabes que a Nico no le gusta mucho todo esto que sucede cuando estamos aquí, eso de tener a todo el mundo encima, el rollo de las fotos y todo los demás. Tiene un mal día, eso es todo. Se le pasará.

—Bueno, en realidad, si se le pasa o no, es su problema. Tanto me da si le molesta que yo sea lesbiana, sólo quiero que no me perjudique con el equipo y siento que eso mismo es exactamente lo que hace, y lo hace también con Haruki; un poco más y lo trata de idiota.

—Eres muy buena piloto, la gente del equipo lo sabe —afirmó Suri.

—Sí, pero ya sabes cómo es. Se cree el dueño del circo, y en cierto modo lo es.

No lo sería por mucho tiempo si Thiago comenzaba a ganar carreras, pensé.

—Perdonad —se disculpó otra vez—, es que estaba que me moría de rabia. Mejor os dejo seguir trabajando; además, los del *box* deben de estar preguntándose dónde me he metido. —Cogió la bandeja de la encimera y la metió en la nevera de nuevo—. Os veo luego.

Así como llegó, Harper se fue dejándonos en silencio y, a mí, un tanto descolocada, porque todavía no comprendía lo que acababa de suceder. Allí fuera los motores comenzaron a rugir, dando inicio la segunda tanda de pruebas libres.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté a Suri cuando conseguí reaccionar.

Suri se encogió de hombros.

—No sabía que tuviese novia, eso es una sorpresa para mí. ¿Tú lo sabías? —añadí.

Asintió con la cabeza.

—No tenía ni idea de que vendría; en ese sentido, en este país es un tanto más complicado. De cualquier modo, Harper es muy celosa de su vida privada.

—¿Es cierto eso de que Nico no aprueba que ella conduzca?

Suri se aclaró la garganta.

—No creo que tenga derecho a meterse con la vida privada de Harper.

Suri suspiró.

—Duendecillo, déjalo estar, ¿sí? Nico no es mala persona.

—Me cuesta entender tus razones para defenderlo, si todo lo que dice Harper es cierto.

—No digo que no sea así.

—Entonces, si es un desgraciado machista que además tiene problemas con las personas que son gais...

—Nat...

—Espero que sea porque está bajo presión debido a que Thiago está logrando un buen comienzo de temporada, pero eso no justifica en ningún caso tratar a la gente como basura.

—Mejor volvamos al trabajo.

Eso mismo fue lo que hicimos.

Contra todos los miedos y dudas de la gente del equipo, Nico marcó un tiempo excelente en las pruebas, seguido por Haruki y Thiago en tercer lugar.

* * *

Entré en el *box* cargando dos termos con café caliente y un montón de vasos de plástico. Era muy tarde y los mecánicos continuaban trabajando, tanto en el monoplaza de Nico como en el de Haruki, para la carrera del día siguiente. No era normal que se quedasen hasta esas horas, pero, como en ese país las clasificaciones, así como la carrera propiamente dicha, se realizaban cuando el sol estaba al caer para evitar las horas de más calor, no les quedaba más remedio que seguir allí en plena madrugada.

Durante un par de segundos los observé, admirada por la dedicación con la que curraban; todos estaban concentrados, no se oían más que murmullos de conversaciones y los sonidos provocados por las herramientas. Divisé muchas caras de cansancio, ojeras... Sin embargo, por debajo del agotamiento había algo único que en gran parte era responsable de que hubiese seguido con el equipo: pasión.

En silencio, para no interrumpirlos, dejé uno de los termos sobre una de las mesas de trabajo y con el otro y los vasos en una mano fui hasta ellos.

—¿Una taza de café? —le ofrecí a uno de los mecánicos de Haruki, que fue el primero con el que me crucé.

Issac, un ingeniero norteamericano poco mayor que yo, me regaló una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tienes vasos de un galón?

Reí.

—Ten, comienza con esto.

—Gracias, no sabes lo bien que me sentará. ¿No has traído nada dulce? —bromeó.

—He venido yo, ¿no es eso suficiente? Vamos, que si me ven con comida aquí, me echan.

—Sí, cierto; nos conformaremos contigo y con el café. Gracias, Nat.

Issac, con un morro delantero en una mano y la taza de café en la otra, se alejó de mí.

Continué repartiendo café entre los chicos, mientras ellos seguían con sus quehaceres.

Otto apareció en el *box* justo cuando regresaba a la mesa para recoger el otro termo.

—¿Un café, Toto? —Le tendí un vaso.

—Gracias, preciosa. Me has leído el pensamiento; venía hacia aquí pensando en lo bien que me vendría ahora uno. Nos malcrías, Suri jamás aparece por el *box* con café.

—Suri se ocupa de muchas otras cosas y por hoy lo he mandado al hotel a descansar. Apenas si se podía mantener en pie.

Otto bebió un sorbo y posó sobre la mesa la carpeta que llevaba consigo.

—Humm... está muy bueno. Gracias. Qué me dices de ti, ¿no estás cansada?

—Sí, pero me cuesta irme al hotel; me da pena perderme los preciosos minutos que consigo estar aquí. Me iré en el microbús cuando el resto de los chicos se vayan.

—Sí, este lugar es impresionante.

—El circuito es estupendo. ¿Has visto ya la puesta de sol? Resulta una experiencia completamente distinta verlos correr de noche. Además, es un placer verlos trabajar. —Con la cabeza señalé en dirección a los mecánicos—. No dejan de maravillarme.

—¿Alguna vez has tenido la oportunidad de caminar por el trazado? —me preguntó y acto seguido bebió más de su café.

—No, claro que no. Es mi segundo fin de semana; además, no sabía que se podía hacer... Bueno, imagino que vosotros...

Uno de los mecánicos de Nico vino a pedirme una segunda taza. Se la serví y Otto y yo volvimos a quedarnos a solas.

—Bueno, estoy esperando a Nico; iremos a dar una vuelta por allí. Si quieres, puedes acompañarnos.

La perspectiva de andar por el circuito me encantó, pero no me pareció que fuese muy buena idea con Nico de por medio.

—No creo que deba.

—No pasa nada, sólo iremos a ver unas cosas del trazado. No nos ponemos de acuerdo sobre algunos detalles del asfalto y las curvas; puedes venir a echar un vistazo.

—Nico y tú tenéis que trabajar, y yo...

—¿Qué pasa conmigo? —soltó Nico al llegar—. ¿Listo, Toto?

Comprobé que los mecánicos no eran los únicos con cara de agotamiento. A Nico también le convenían mucho unas horas de sueño. Antes de la conversación con Toto, había imaginado que ya estaba en su hotel, descansando cómodamente.

—Invitaba a Natalia a acompañarnos para que vea el circuito desde dentro mientras nosotros lo recorremos. Puede venir, no nos molestará.

—No, Otto, déjalo, no pasa nada; me quedaré aquí cuidando de los chicos.

—Creo que, si alguien quiere más café, puede servírselo solo.

Nico deslizó su mirada por encima de los mecánicos y luego la plantó en los termos que descansaban encima de la mesa.

—Sí, bueno, como queráis. ¿Vamos? —le preguntó a Otto. Sus ojos azul celeste pasaron por encima de mí como si fuese un elemento más del *box*, uno de menor importancia.

—Te dije que no habría problema —me comentó Otto, sonriéndome.

¿Esa respuesta de Nico era un «no hay problema»? Si es que no podría haber empleado peor tono al hablar.

—Vamos, suelta eso y acompáñanos. Que seis ojos ven más que cuatro.

—¿Ver? —Dejé el termo y Otto recogió su carpeta después de vaciar en su garganta lo que le quedaba de café en el vaso.

Nico se puso en marcha hacia la calle de *boxes*.

—¿A qué te refieres con eso de ver? —le planteé a Otto mientras lo seguía.

—Serás la que desempate entre nuestros puntos de vista, una jueza imparcial. Siroco y yo tenemos ciertas discrepancias este fin de semana sobre el estado del asfalto.

—Yo no sé nada de eso y no creo que a Nico le haga ninguna gracia que opine.

—En eso tienes razón.

Al salir a las luces de los reflectores que todavía iluminaban el circuito, Nico se encasquetó una gorra del equipo y echó a andar hacia la parte posterior de la calle de *boxes* sin esperarnos. Otto fue tras él y yo corrí tras los pasos del alemán, cuyas piernas debían de ser el doble de largas que las mías.

—¿Los de los otros equipos no hacen esto de ir a ver el estado del trazado? —curioseé al alcanzar a Otto.

—Sí, todos lo hicimos ayer, pero con Nico no nos ponemos de acuerdo.

—Sí. —Yo misma había oído el modo en el que le contestó.

Desvié la vista al frente. Nico continuaba caminando sin esperarnos. Alcanzó el final de la pared de la recta y entró en la pista para caminar en sentido contrario a nuestra dirección; imaginé que se dirigía a la línea de salida.

Quedamos de frente, a la distancia; así y todo, nuestras miradas se encontraron. Como era de esperar, me puso mala cara. No me quería allí, ni en la cocina, ni en la categoría, ni en el circuito, ni en cualquier parte cerca de él. Pobre de Nico si vivía así de enojado con todo el mundo, todo el tiempo; si incluso con Otto y con Thiago parecía relacionarse a base de roces, como si tuviese que llevarlo todo hasta las últimas consecuencias.

—Adiós —le dijo Otto en broma cuando nos cruzamos con él a través del *pit wall*.

La respuesta de Nico fue una cara de perro digna de retratar y subir a Instagram para mostrarle al mundo su falta de sentido del humor. Por otra parte, me hubiese gustado poder guardármela para mí; incluso así, con mala cara, tenía un algo gracioso... quizá fuese su esfuerzo por verlo todo desde allí arriba, sin ser capaz de reírse de sí mismo o disfrutar con un poco más de libertad de todo lo bueno que tenía al alcance de la mano. Todavía no acababa de decidir si, al descubrir esas reacciones en él, me entraban más ganas de matarlo o de sonreír.

—¿Hace mucho que lo conoces? A Nico, quiero decir.

—Sí, mucho. Yo trabajaba en el primer equipo de la categoría en el que él entró como piloto de pruebas. Corrimos juntos nuestra primera temporada allí. El equipo le quedó pequeño y se pasó a otro después de ese año. Estuvimos un año separados y luego nos reencontramos en otro equipo, Nico me pidió como su ingeniero de pista. Desde entonces colaboramos codo con codo. Cuando firmó su contrato con Bravío, me trajo con él.

—Por lo visto hacéis un buen equipo.

—Quiero creer que sí, nos conocemos bien.

Dimos la vuelta por el paredón.

—No creo que sea buena idea que dé mi opinión —dije deteniéndome sobre la franja de asfalto—. Por favor, no me pidas que sea la que decida entre vosotros. No le caigo bien a Nico y vosotros dos...

—¡No digas tonterías! —Toto soltó una carcajada—. Andando. Ya verás como él también quiere tu opinión. Anda, corre o nos ganará.

—¿Vais a tardar mucho más? —nos gritó Nico desde la línea de salida, alzando los brazos, impaciente.

Toto, con toda su corpulencia a cuestas, corrió hasta él riendo.

Yo di un paso sobre la cinta de asfalto y sentí que se me ponía la piel de gallina. La luz de los reflectores impactó sobre mí, casi cegándome.

—Mierda —jadeé sintiéndome muy pequeña al llegar al centro de la pista. Eché un vistazo hacia un lado y al otro sin terminar de reaccionar. Hasta hacia pocas horas, los coches habían acelerado a fondo por allí, y lo harían otra vez al día siguiente.

Giré un poco para detenerme de cara a la tribuna.

Me mordí el labio inferior para contener un poco la ridícula alegría que me invadía. Eso era simplemente increíble.

—¡Eh tú, ¿piensas acompañarnos o no?! No tenemos toda la noche —me gritó Nico. Su voz se extendió sobre el circuito para perderse en el maravilloso horizonte de Baréin.

Otto le puso cara de decir «permítele disfrutarlo un momento».

—¡Voy! —chillé.

—Qué bien —lo oí gruñir entre dientes.

Corrí entre las marcas de posición que utilizarían los corredores para ubicar sus posiciones de mañana. Eso, definitivamente, era surrealista.

—Empecemos. —Antes de que yo llegase a ellos, Nico movió a Otto de su sitio para detenerse en la marca que estaba más adelante, desde allí saldría. Se acomodó de frente a la línea de salida—. Bien Toto, te lo digo: el motor de Thiago no tiene la potencia suficiente, pero Haruki entrará en pánico en cuanto vea que se le viene encima. Lo que le falta al coche, le sobra en maña a Thiago. Intentará colarse entre nosotros dos.

—No quiero que estés mirando todo el tiempo los espejos retrovisores para ver qué hace Thiago, Nico. Concéntrate en la primera curva.

Sin mover la cabeza, me espío por el rabillo del ojo.

Otto lo pescó mirándome.

—¿Todo bien? —le preguntó a Nico.

—Sí, continuemos —contestó con su ya conocido mal tono, dando un primer paso.

Desde la segunda posición, lo seguí; Otto venía conmigo, guiñándome un ojo. En silencio llegamos a la primera curva hacia la derecha. Ellos se pusieron a hablar sobre la altura de los cordones, el estado de la pista y los reflejos de las luces; mientras tanto, me quedé un poco a un lado para observarlos discutir. Nico jamás aflojaba

aquella tensión en su voz, con ese tono duro que parecía estar diseñado para no dar derecho a réplica. En contraposición, Otto se dirigía a él en un tono afectuoso y filtrando las palabras de su interlocutor para rebajar aquel tono autoritario que Siroco usaba para hablar, quedándose con lo bueno: su pasión, su dedicación por su profesión. No cabía duda de que Nico amaba lo que hacía, realmente su vida era correr. Hay quienes sólo tienen trabajos, otros que disfrutan de lo que hacen y, finalmente, personas como él, para las que, lo que hacen y lo que son, conforman un todo indivisible. Envidié eso en él y, pese a todo lo negativo que pudiese tener su personalidad, deseé poder ser un poco como él para así encontrar mi sitio en el mundo, mi sitio dentro de mí misma.

Los ojos azul celeste de Nico continuaron estudiando el trazado de camino a la segunda curva y la tercera, que formaban una especie de chicana. No sé qué discutieron sobre la aceleración del motor en la siguiente recta, y llegamos a la cuarta curva.

—Esto es lo que te decía —soltó Nico poniéndose de rodillas sobre la pista—. ¡¿Lo ves?!

Otto fue hasta él.

Hincando una rodilla, se acomodó junto a él.

—No es como dices; exageras, Nico. Si aflojamos la tensión en... —Otto se interrumpió.

—¿Qué? —inquirió Nico de malos modos.

—¿Habéis visto eso?

—¿El qué? —resopló el campeón.

Toto apuntó hacia arriba.

Nico alzó los ojos. Hice lo mismo, percatándome de que el cielo sobre Baréin parecía más inmenso que en muchos otros sitios, más magnífico.

—¡¿Qué haces?! —chilló Nico, incrédulo, al ver que su ingeniero de pista se tumbaba sobre el trazado, acomodándose tranquilamente con las manos debajo de la cabeza—. ¡Otto, no es momento para eso!

—Es increíble y el asfalto todavía está tibio. Venid aquí los dos.

—No pienso tirarme como si nada en mitad de la pista. Se supone que estamos trabajando. —Se cruzó de brazos—. Otto, tenemos demasiado que hacer.

—Podemos tomarnos cinco minutos. Te hará bien. —Se sacó una mano de debajo de la cabeza y palmeó el suelo a su derecha—. Ven aquí. Tú también, Natalia.

Nico giró la cabeza y me miró, disparando en mi dirección un subliminal «si te tiras ahí con él, te mato». Mi respuesta fue sonreírle. Su mirada no iba a intimidarme, menos ante la perspectiva de perderme esa experiencia. ¿Cuántas otras oportunidades tendría de recostarme sobre el trazado de Baréin para admirar su cielo nocturno

repleto de estrellas plantadas en la profundidad de un azul que imaginé que se vería todavía más magnífico desde el desierto? De cualquier modo, eso era increíble.

Con la mirada repliqué «ahórrate tus amenazas» y caminé hasta Otto.

—Eso es —celebró el enorme alemán al verme llegar hasta él—. Una que entra en razón.

Me senté sobre el asfalto; era cierto, estaba tibio. Estiré las piernas y me tumbé para alzar la vista al cielo.

—Uuuu...

—Eso mismo. —Otto rio ante mi comentario.

—¿De verdad? —vociferó Nico—. Toto, ponte de pie, no tenemos tiempo para esto. Hemos venido para discutir sobre el trazado, no para hacer una observación del cielo nocturno de Baréin, y mucho menos para relajarnos...

—Eso es lo que necesitas —replicó, interrumpiéndolo—: relájate cinco minutos aquí con nosotros, y luego seguiremos.

Percibí cómo Otto palmeaba de nuevo el asfalto.

—¡No pienso...!

—¡Si no vienes aquí en este instante, renuncio!

—Tú no harías eso.

—No fastidies, Siroco, dame el gusto. Ven aquí ahora mismo, es una orden de equipo.

—Tú no me das a mí...

—Cierra esa gran bocaza tuya y ven aquí antes de que vaya a buscarte. Te pones en evidencia frente a la dama aquí presente.

Ante las palabras de Otto, bajé la vista del cielo para ver a Nico mirándome de muy malas maneras.

Como un niño pequeño, resopló y echó a andar en nuestra dirección.

—Increíble —refunfuñó al sentarse al otro lado de Otto—. Esto es ridículo, deberíamos...

—Chis... —lo cortó éste—. Disfruta el silencio al menos por un par de segundos.

Nico me miró una vez más antes de recostarse.

Cuando lo hizo, ya no pude verlo, pues el ingeniero de pista era demasiado grande y voluminoso como para poder observar lo que había al otro lado de su cuerpo.

Nos quedamos en silencio mirando el cielo.

Inspiré bien hondo un par de veces; necesitaba sentir mi cuerpo a fondo para asegurarme de que eso era real.

—Y bien, ¿qué os parece?

—Que deberíamos hacer esto más a menudo —contesté—. Gracias por invitarme, Otto.

—De nada, Duendecillo.

Reí.

—Por lo visto hablas con Suri.

—Sí. —El alemán volvió a reír.

—¿Qué es eso de Duendecillo? —curioseó Nico.

—Suri me llama así.

—¿Por qué?

Me sorprendió que me dirigiese tantas palabras seguidas y no en un tono semejante al ladrido de un perro rabioso.

—Por mi corte de pelo y porque soy pequeñita.

Lo oí reír bajito.

—No te rías de mí, campeón.

Otto también rio.

—¿Por qué te llaman a ti Siroco? ¿Qué significa?

—Es culpa mía —contestó Otto.

—Sí, fue él quien comenzó a llamarme así. El siroco es un viento del sudeste que afecta la región del Mediterráneo. Proviene del Sáhara.

—Empecé a llamarlo así porque la primera vez que lo vi fue en España, un día de viento y mucho calor que amenazaba con tormenta; la humedad era insoportable. Él hacía unas pruebas y, a pesar de que el día era infernal, que todos estábamos hechos puré, él volaba sobre la pista como si nada lo afectase. Soplaban el siroco ese día.

—Entonces, ¿eres un viento? —La pregunta iba dirigida a Nico—. Un viento pegajoso y opresivo —bromeé.

—Sí, más o menos eso. —Otto rio.

—Vamos, reíros a gusto; al menos a mí no me llaman Duendecillo ni Toto, como si fuese un oso de peluche.

Los dos nos reímos.

—¿Sabes que la primera vez que me vio creyó que era un chico? —le conté a Otto.

—No me sorprende; el campeón ve lo que quiere ver; por eso discutimos, por eso estamos aquí.

Me reí.

—Eres increíble, campeón —añadió.

—Es que tenía prisa y ella lleva el cabello muy corto y yo no... —se apresuró a soltar Nico.

—Ya, ya... —Alcé un poco la cabeza para ver a Toto palmear los abdominales de su protegido—. Algunas fuentes dicen que el viento siroco lleva su nombre por la estrella Sirio, del Can Mayor, una de las estrellas más brillantes del firmamento.

—Qué poético —bromeé.

—A él le falta poesía.

—No tengo tiempo para esas tonterías.

—Deberías tener más tiempo para tonterías, campeón —le dije—. La vida es, en gran parte, eso.

Nico se alzó sobre los codos y me miró.

Le sostuve la mirada a esos ojos azul celeste.

Nico no añadió nada más, volvió a recostarse y, unos treinta segundos más tarde, o quizá menos, se puso en pie, instándonos a que nos levantásemos para acabar con lo que él y Otto habían ido a hacer allí.

Al día siguiente vi a Nico ganar el Gran Premio de Baréin después de haber aceptado un par de modificaciones de Otto. Haruki llegó en segundo lugar; Thiago, en tercero, y Klaas, después de una estupenda salida y toda una carrera dando batalla, en cuarto.

Al igual que en Australia, vi a Nico salir de su automóvil para celebrar su triunfo con el equipo, besar a su novia y saltar feliz sobre el podio por liderar el campeonato mundial de cara al Gran Premio de China.

* * *

Las ruedas del carro rodaron con suavidad por el camino de cemento. Otra vez la noche de Baréin sobre mí. La pena que me iba a dar abandonar ese lugar... si sólo con ver a todo el mundo trabajando de manera frenética para recoger el equipo me angustiaba. Esa jornada no habíamos tenido tiempo para mucho, menos que menos para ir a tomar una cerveza; es más, hacía un par de horas que me había despedido de Thiago y de Klaas, quienes, nada más cumplir con todas sus obligaciones después de la carrera, se fueron a sus respectivos hoteles y, de allí, al aeropuerto. Ni siquiera pasarían la noche allí. Haruki también había partido pronto; su vuelo a Japón para pasar por su casa unos días antes de la tercera carrera de la temporada salía temprano. Harper y Amanda, a quien la primera me presentó de manera muy fugaz tras la carrera, iban a tomarse unos días de descanso en Tailandia, de modo que también se fueron pronto.

Igual que el Bravío, el resto de los equipos desmantelaban sus instalaciones para partir.

El carro se trabó entre las juntas de cemento alisado. Me di la vuelta y tironeé para hacerlo saltar el bache. Iba demasiado cargada y el cansancio no me ayudaba.

—¿Te echo una mano con eso?

Di un respingo al oír su voz. Solté el carro. No tenía ni idea de que Nico estuviese todavía en el país, y aún menos en el circuito. Como había visto a su novia partir con su equipo de grabación después de la rueda de prensa y demás reportajes, imaginé que él se habría ido tras ella.

—Te ayudo. —Nico pasó por mi lado y asió las manijas del carro. Me di cuenta de que iba vestido de civil, por decirlo de algún modo, no con ropa del equipo. Llevaba tejanos, zapatillas deportivas, camiseta negra y, por encima, una chaqueta de cierre negra con capucha gris. Iba vestido como un ser humano más, como cualquier persona con la que pudieses toparte en la calle.

Pasé por alto el increíble modo en que su trasero se veía en esos vaqueros para volver a lo importante.

—No es preciso. —Intentando no tocarlo demasiado, vestido de calle o no, todavía continuaba siendo el campeón, Siroco, así que lo empujé un poco para apartarlo del carro. Ése era mi trabajo, no el suyo. Puse mis manos por detrás de las suyas y nuestros brazos quedaron entrelazados porque él no soltó el carro. Tenerlo así pegado me resultaba demasiado extraño, sobre todo porque entre nosotros, pese a esa lejana cercanía de anoche, tumbados sobre el trazado, continuaba existiendo una tirantez que parecía muy difícil de eliminar.

Fuera como fuese, con o sin tirantez, lo que había que reconocerle al campeón, además de su maestría al volante, era que tenía con qué hacerle frente a los flashes, a las cámaras y a cualquier mirada. Con su más de metro ochenta y atléticas formas, Nico poseía unos rasgos imperfectos que no podían hacerlo más atractivo, sobre todo en ese instante, que iba un tanto despeinado y con la barba crecida, y los ojos tanto más pequeños y rasgados que de costumbre, escondidos un poco más debajo de sus cejas, debido al cansancio acumulado durante el fin de semana. Yo lo había visto, hacía unas horas, quitarse el casco al salir del habitáculo de su vehículo para enseñar un rostro rojo y empapado en sudor. Agotado y muy feliz, así lo había notado; en este instante se lo veía cansado y, para mi sorpresa, también un tanto en paz, puesto que mostraba una mirada tranquila.

Tiré del carro hacia mi lado.

—Permíteme ayudarte.

Tiró del carro hacia el suyo.

—No hace falta. Estoy bien, yo puedo.

—No, no puedes, el carro es muy pesado. ¿Dónde está Suri? —Estiró el cuello y miró a nuestro alrededor.

—Sí puedo, y Suri está ocupado.

—No deberías hacer esto.

Intentó apartar mis manos.

—Suelta.

—No, suelta tú; no puedes con el peso.

Fue mi turno de intentar apartar sus manos.

—Ve a seguir con lo tuyo.

—No tengo nada más que hacer.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? Es demasiado tarde y ya se han ido todos. ¿No tienes que volar a alguna parte, *viento*?

—Suelta el carro, Duendecillo.

—Suéltalo tú, yo estoy haciendo mi trabajo.

—No seas necia, es muy pesado.

De un tirón bestial, me lo arrancó de las manos.

—¡Nico! —chillé refregándome los codos que me había golpeado contra las manijas del carro por su culpa.

Su reacción fue carcajearse.

—No te rías, idiota. Casi me partes los brazos.

—Tú no haces caso, es culpa tuya.

—No tengo que obedecerte a ti.

—¿Dónde debes llevarlo?

—A la entrada de servicio, pero no es asunto tuyo.

Nico tiró del carro, sacándolo de la junta para seguir camino.

—¡No puedes! ¡Quieres conseguir que me echen, ¿no es así?!

—No, solamente intento ayudarte con esta cosa —soltó sin detenerse.

—¡Para! Me echarán si te ven cargando eso.

—No digas tonterías.

—Nico, por favor.

—No pienso hacerte caso —sentenció, y dobló por el camino.

—Va en serio; tú eres el cinco veces campeón mundial y, si te ven arrastrando eso, no sucederá nada bueno.

—Somos todos del mismo equipo; si el equipo funciona bien, ganamos campeonatos.

—Ja, ja, ja, no me hagas reír. La cocina no tiene nada que ver con tus campeonatos. —Pegué una carrerilla hasta él y puse una mano sobre la manija del

carro para intentar detenerlo—. Ahora, por favor, te lo suplico, ve a ocuparte de tus asuntos.

—El equipo es «mis asuntos».

—¿Por qué tienes que ser tan terco?

—No soy terco.

—Como una mula.

Tiré del carro hacia mi lado, pero él no dejó de arrastrarlo hacia delante.

—Haruki me dijo que fuisteis a beber cervezas con ellos en Australia después de la carrera.

Lo miré.

—Sí, ¿y qué? No cambies de tema y suelta el carro, ya casi hemos llegado a la salida y, si los de seguridad te ven aparecer arrastrando esto, para dentro de una hora estaré en el aeropuerto esperando un vuelo de regreso a mi casa, porque me despedirán.

—Nadie te despedirá, deja de fastidiar con eso.

—Tú deja de fastidiarme a mí con esto.

Me frené en seco, parando el carro conmigo. Los brazos de Nico rebotaron contra las manijas.

—Suelta.

—Suelta tú.

Tiré del carro hacia mí, arrastrándolo a él un poco.

—¿Y yo soy la mula? —dijo sonriéndome.

—Ya basta. Por favor, Nico, suelta.

—¿Por qué te molesta que te ayude?

—No me molesta que me ayudes, me da miedo que me ayudes.

—¿Miedo? —Enderezó la espalda y cuadró los hombros.

—Sí, porque eres raro y estás actuando más raro de lo normal.

—Yo no soy raro.

—Ok, no es momento para discutir esto. —Quise seguir caminando, llevándome el carro conmigo; no me lo permitió—. ¿No puedes ir a espantar a alguien más con tu conducta?

—No creo espantar a nadie con las cosas que hago.

—Pues Toto tiene razón entonces, sufres de un poco de ceguera.

—No estoy ciego. Solamente quería echarle una mano.

Nos quedamos mirándonos en silencio un instante y, sin dar su brazo a torcer, continuó su camino.

—No puedo creer esto —refunfuñé.

—¿Qué cosa?

—Tú.

—¿Yo? Bueno, cree en mí, porque soy real —soltó haciéndose el inocente.

—Me doy cuenta de que eres real.

—No lo parece.

—¿Por qué dices eso?

—¿Nico?

Giré la cabeza para ver a un hombre detenerse justo delante de nuestro camino; no era cualquier hombre e iba vestido con una camisa y una chaqueta del equipo. El tipo en cuestión era alguien a quien no había sido presentada, pero que conocía de vista porque no era otro que Paul Merian, el director de equipo Bravío.

—Ah, hola, Paul.

—Hola.

El hombre se fijó en mí y Nico se percató de ello.

Desde ese mismo instante, estaba acabada mi carrera en la categoría, pensé, porque el director del equipo no me miraba con mucho cariño que digamos.

—¿Va todo bien?

—Sí, estaba ayudando a Natalia con esto. Natalia trabaja con Surinder Desai en la cocina.

—Sí, claro; me han hablado de la nueva subchef.

Volvió a posar sus ojos en mí.

—Bien, si me disculpan, seguiré con mi trabajo —anuncié. Era ahora o nunca, tenía que aprovechar que Nico había soltado el carro. No pude ir demasiado lejos.

Los ojos color canela del joven director del equipo Bravío volvieron a mí. Las veces que lo había visto había sido de lejos y muy de pasada; ahora que lo tenía en frente, notaba que no tenía la edad que había imaginado para él; parecía mayor simplemente porque siempre solía ir muy serio. Lo serio no le quitaba lo guapo.

—Es un placer, no hemos sido presentados todavía. Soy Paul Merian, director del equipo Bravío.

—Natalia Rodríguez —me presenté estrechando su mano.

El director del equipo me sonrió.

—He probado tu tarta de chocolate.

Lo dijo con una sonrisa enorme, y yo, que ya no entendía nada de ese mundo esa noche, quedé todavía más pasmada que después de recibir la ayuda de Nico.

Merian le dio un apretón a mi mano.

—Tu tarta es adictiva, y esos *macaroons*... Fue una suerte dar contigo. Eres la fuente de los últimos comentarios que he recibido este fin de semana. Tal parece que todos están muy felices de tenerte en nuestro equipo, estás alegrándonos la temporada.

Nico se puso ceñudo.

—Bueno, me alegra mucho de que le gustaran. Ahora, si me disculpan, tengo que seguir con esto. Muchas gracias —le dije a Nico.

—¿Vienes a España con nosotros?

—Sí; de hecho, sí.

El equipo tenía base en Cataluña y allí iríamos casi todos, para esperar la siguiente carrera.

—Bien, entonces cuento con que podré probar alguna de tus delicias allí.

—Supongo que sí. Suri y yo iremos para cocinar para el equipo.

—Ésas son magníficas noticias. ¿Me prometes que habrá más tarta de chocolate?

Se me escapó una risita nerviosa. ¿Acaso había caído en un mundo paralelo?

—Sí, claro.

—Estupendo. —Me sonrió—. Nico, ya que te veo, ¿me permites unas palabras?

Nico carraspeó y me miró.

—Bueno... sí, claro —contestó al final, dejando claro con su tono y con el modo en que me miraba que no estaba muy feliz de dejarme partir.

Solté un «buenas noches» y me largué de allí. Trabajaríamos el resto de la madrugada, hasta que todo quedase listo para la partida. No volví a ver al piloto esa noche y tampoco al día siguiente; imaginé que estaría de camino a su casa para descansar un par de días.

A la tarde siguiente, después de una muy corta siesta que interrumpió Érica llamando a mi puerta, partimos rumbo a España en un vuelo que se me hizo interminable.

6. Dejarse llevar

—¿Adivinad quién ha llegado?

Me di la vuelta para ver a Harper asomar la cabeza por la puerta de la cocina.

—¡Hola! —exclamamos Suri y yo a coro, descuidando por un segundo nuestro trabajo. De cualquier modo, todavía faltaba mucho para la hora del almuerzo y teníamos la paella casi bajo control. Era nuestro segundo día en España y todos esperaban ese plato. Ya había quedado claro que no nos perdonarían el hecho de partir camino al Gran Premio de China sin haber recibido una buena dosis de comida española. Nada más llegar, supe que el dueño del equipo era un catalán; además de Nico, había sólo dos españoles, pero todos en Bravío se sentían felices de regresar al país que era la base de operaciones del equipo, no sólo por su buen clima y por sus bellísimos paisajes, sino también por su comida, la cual ya tenían muy incorporada de tanto ir a trabajar allí. La fábrica del equipo también estaba ubicada en ese país, a un par de kilómetros del circuito en el que, a partir de ese mismo día, los pilotos probarían los automóviles, si bien los mecánicos llevaban desde el día anterior trabajando en ellos.

Intercambiamos besos y abrazos.

—¿Paella? —Harper abrió los ojos de par en par al ver la pila de langostinos que limpiábamos sobre la mesa.

—Sí —contestó Suri.

—Adoro este país —soltó ella.

—¿Cómo te ha ido por Tailandia?

—Las vacaciones nos han venido fenomenal; es que, desde dos meses antes de comenzar la temporada, las pruebas con el equipo fueron infernales y no tuvimos ni un momento de descanso. Amanda y yo necesitábamos pasar unos días a solas. —Dio una palmada—. Pero aquí estoy, lista para esa paella y para subirme al Bravío.

—¡Te veré conducir! —exclamé—. Bueno, si logro escaparme de aquí cinco minutos.

Hasta entonces no había tenido la oportunidad de verla correr y me emocionaba, como mujer, ver a una al volante de una de aquellas veloces máquinas.

Ella soltó un grito de emoción y yo la imité; ambas saltamos y volvimos a gritar, haciendo el payaso poniéndonos en plan «chicas muy cursis», lo que en realidad no éramos, mientras Suri ponía los ojos en blanco.

Me reí de él.

Harper le dio un cariñoso empujón.

—Es que Haruki todavía está en Japón, de modo que yo haré las pruebas en su vehículo.

—¿Y Nico? —disparé más rápido de lo que hubiese sido aconsejable para no delatar que me moría de curiosidad por saber dónde estaba o qué hacía. Después de nuestro último encuentro, andaba un tanto perdida con él, desconcertada, sin saber qué pensar y, en honor a la verdad, necesitaba verlo; tenía ganas de verlo para descubrir si el campeón era real, o al menos qué partes de él lo eran, y cuáles no.

—Creo que debe de haber llegado ya. Supongo que estaba citado a la misma hora que yo.

—Bueno, me han dicho que tengo que tenerlo en cuenta para la hora del almuerzo, así que imagino que llegará en cualquier momento para comenzar a probar también.

—En fin, mis amores, os dejo ya, que tengo que ir a cambiarme. No olvidéis guardarme una ración bien grande de paella.

—Con tu nombre, para que nadie te la robe —acotó Suri guiñándole un ojo.

—Os quiero. Os veo luego. —Harper nos tiró unos besos y salió de la cocina.

Agradecí que esa estancia no fuese un lugar montado dentro de un contenedor ni nada minúsculo, sino una cocina normal, con instalaciones verdaderas y espacios adecuados.

Regresamos al trabajo, mientras yo procuraba no pensar en Nico, lo que no me funcionaba del todo bien.

Suri espío en mi dirección por encima de su hombro.

—¿Qué?

—Nada —contestó, volviendo la vista al frente.

—¿Nico comerá paella o le prepararás otra cosa?

—Pidió pescado, pero a veces prueba un poco.

—Sigue una dieta muy estricta.

—Sí.

—Pobre de su novia, cuando se casen.

Suri sonrió sin despegar los labios.

—Comentario tonto el mío. Dudo de que ella cocine. ¿La conoces bien?

—No demasiado. Cuando está en el circuito, trabaja en la cobertura del evento. A lo sumo habremos hablado dos o tres veces nada más.

—¿Estará por aquí hoy?

—No lo creo, debe de estar en Italia.

—¿No vive con Nico?

Suri se encogió de hombros.

—¿A qué viene tanta preguntita?

—Nada, es curiosidad, nada más.

—Sí, claro... Ahora que estamos tranquilos... ¿Por qué no me lo contaste?

—Contarte, ¿qué? —Sentí que empezaba a ponerme roja como un tomate maduro, porque intuía hacia dónde se dirigía esa conversación.

—Que el campeón te ayudó a llevar el carro hasta la salida, la noche que nos fuimos de Baréin.

—Bueno, yo... No pensé que...

—¿Que se enteraría todo el equipo?

Reí nerviosa.

—¿Te presentaron al director de Bravío?

—¿Todo el mundo lo sabe?!

—Sí, así son los muchachos. Se ha enterado todo quisqui, parece que al jefe le caes muy bien.

—¿Cómo demonios sabes eso?!

—Nico ya ha llegado —comenzó a decir—, y por lo visto se lo comentó a alguien y lo oí por ahí cuando fui a buscar los mariscos a la entrada.

—¿Por qué no me has dicho que lo sabías?!

—Porque esperaba a ver si me lo contabas o no. ¿A qué ha venido eso?

—¿A qué de todo te refieres? Esa noche hubo un par de minutos muy raros y esto, aquí ahora —nos señalé por turnos—, también lo es. No creí que lo fuera comentando por ahí. Y que te lo hayas guardado así...

—Así, ¿cómo? No me he guardado nada. La que oculta información aquí eres tú. Después de tu caminata en la oscuridad con él y Otto...

—No estábamos en la oscuridad y sí, estaba Otto. Además, Nico me odia. Ni siquiera toca mi comida, ni la mira. No sé qué tienes en mente, pero...

—No tengo nada en mente, Duendecillo, es que por ahí oí decir que él también te llamó así.

—No debí contarte lo de la caminata por el circuito. —Sentí que me ponía aún más roja. Aparté la mirada y mi rostro de su radio de visión para regresar al trabajo—. Esta conversación no tiene sentido.

—¿Quieres preparar su almuerzo?

—¡¿Qué?, ¿el almuerzo de Nico?! No, claro que no, prefiero poder viajar a China con el equipo.

Suri se rio de mí.

—Hoy prepararás su almuerzo y ya verás cómo le gusta.

—No lo haré —me planté firme.

—Sí, y es una orden. Si tienes algún problema con eso, ve a hablar con Merian, que es fan de tu tarta de chocolate.

—Me cago en todo —solté viéndome rodeada por todos los flancos—. ¿Esto es un equipo de Fórmula Uno o un grupo de viejas vecinas de barrio que se juntan a cotillear?

—Hay poco tema de conversación fuera de lo que son las carreras y eso.

—Entonces, ¿esparcís chismes sobre mí?

—Cualquier queja, ve a comentársela a Siroco. —Me apuntó con su cuchillo—. Y sí, prepararás su almuerzo.

—Se enfermará, no podrá hacer las prácticas y me echarán, y será culpa tuya por obligarme.

Suri me sonrió y a mí me dieron ganas de matarlo.

* * *

El almuerzo ya estaba listo, tan sólo faltaba que la gente llegase a comer. Todavía estaban todos en el circuito. A la cocina nos llegaba el rugido de los dos motores, el de los monoplazas que conducían Harper y Nico.

Me escapé en dirección a los *boxes* un rato; llevaba un *walkie-talkie*, de modo que Suri podía dar conmigo si me necesitaba. De cualquier modo, no planeaba tardar demasiado.

De camino hacia allí me encontré con uno de los mecánicos de Haruki, que había ido a buscar no sé qué a uno de los depósitos; con él llegué a los *boxes*.

Saludé a quienes todavía no había visto ese día y estiré el cuello en dirección a la pista más allá de la calle de *boxes*; quería ver a Harper rodar.

Los dos automóviles pasaron a toda velocidad por la recta; sin embargo, no conseguí distinguir sus cascos.

Me tapé los oídos para evitar que los motores me dejaran sorda.

Alguien me tocó el hombro, sorprendiéndome.

Aparté las manos de mis oídos para ver a Toto alejar el micrófono, que colgaba de sus auriculares, lejos de su boca.

—¿Admirando el espectáculo? Desde aquí no se ve mucho. ¿Por qué no vienes un momento al *pit wall*?

—No sé si es buena idea. —Allí estaban todos los ingenieros, jefes de estrategia y demás. No estaba el director del equipo, quien en ese instante debía de rondar por allí, en alguna parte del circuito. De todas formas, no tenía ganas de que nadie pensase que estaba excesivamente fuera de lugar —y, de hecho, lo estaría— si me ponía a mirar a los pilotos desde allí.

—Sólo un momento. Esto no es una carrera. No hay problema. Anda, ven. — Sujetándome por un codo, me empujó hacia fuera.

Me dio vergüenza, pero pesaron más las ganas que tenía de verlos pasar por la recta.

—¡Ey, mirad quién ha llegado! —soltó uno de los ingenieros—. ¿Qué hay de postre hoy, Nat?

Todos celebraron mi llegada.

—¿Falta mucho para que esté lista esa paella? —quiso saber otro.

—Os estamos esperando, todo está preparado.

—Haced que regresen al *pit* ahora mismo —bromeó otro mirando a Toto y al ingeniero de pista de Haruki después.

—Dejadlos rodar unas vueltas más, que Nat ha venido a verlos —les explicó Toto y, ante la inminencia de que los automóviles llegaran a la última curva antes de la recta principal, me tapé los oídos.

Con la sangre bullendo en las venas y mis tripas temblando dentro de mi vientre por la vibración provocada por aquellas bestias de metal, me pegué a la reja que separaba el *pit wall* de la pista.

Harper pasó a toda velocidad; en esa ocasión sí pude reconocer su casco rojo, azul, amarillo y blanco.

La seguí con la vista hasta el final de la curva, que ella tomó con la misma ferocidad que cualquier otro piloto.

Su tiempo de vuelta quedó marcado en las pantallas.

El motor de Nico delató su llegada.

Esta vez, metí mis dedos entre el alambrado y pegué la nariz al mismo, como haría un niño en el escaparate de una tienda de dulces.

Nico cogió la recta pegándose a la parte interna, es decir, muy cerca del muro, y por poco me da algo. Por una fracción de segundo, mi corazón quedó suspendido entre latido y latido.

Me dieron ganas de gritar, de vitorearlo. No llegué a hacer nada, porque pasó de largo a toda velocidad, acelerando todavía más, lo que tornó más agudo el chillido de su motor.

Dieron dos vueltas más y entonces Harper regresó al *box*.

Ella entró y yo corrí de regreso al *box*, siguiéndola.

Los mecánicos entraron marcha atrás su vehículo con el motor ya apagado.

La australiana, al verme, me saludó con una mano enguantada.

Acomodaron el bólido en su sitio y la ayudaron a salir.

Harper se quitó el casco.

Nico pasó una vez más por delante del *pit wall*.

—Eso ha estado genial —le dije una vez que se hubo quitado la capucha ignífuga.

—El automóvil está increíble, y los chicos hacen un trabajo estupendo. Hemos hecho muy buenos tiempos, incluso con los cambios recién aplicados.

—Me alegro.

—Sí, más tarde seguiremos probando; quieren cambiar otra cosa, a ver si da tiempo por la tarde. Me muero de hambre, ¿qué tal va la paella?

—Eso —exclamó uno de los mecánicos, metiéndose en la conversación.

Le sonreí.

—Sois todos unos interesados. Supongo que, cuando Nico termine, vendréis todos a comer.

—Por Dios, ¡que alguien haga entrar al campeón! —bromeó otro.

Harper terminó de desensillar mientras los mecánicos se ocupaban de su automóvil; entonces todos oímos a Nico acercarse.

Su monoplaza apareció como una flecha en la calle de *boxes* para detenerse pasando su entrada. Los mecánicos salieron corriendo a recibirlo, para proceder de igual modo que con la entrada de Harper.

Uno de sus mecánicos llamó a Harper para enseñarle unas anotaciones en un papel. Me alejé un poco para dejarla continuar con lo suyo; quizá debí volver a la cocina —debí volver a la cocina—, pero el caso es que no pude evitar seguir la entrada de Nico con la mirada.

Todo movimiento se detuvo, el de su vehículo, el de los mecánicos a su alrededor. Un momento para recordar, plasmado como una postal en mi cerebro: sus ojos azul celeste a través del espacio que dejaba el visor alzado de su casco, observándome.

Nico me miró, y mis manos se hicieron eco del temblor que azotó mi corazón.

La comunicación entre su mirada y la mía se cortó cuando Toto se cruzó para ayudarlo a salir del habitáculo.

Entendí que era mejor que regresara a la cocina.

* * *

Los mecánicos y demás personal del equipo almorzaban en el comedor del circuito. Nico no estaba allí, y la bandeja de su almuerzo permanecía en mis manos. Si la amenaza de Suri de hacerme llevarle la comida a Nico antes me había parecido graciosa, ya no; todo lo contrario. Después de aquel cruce de miradas en el *box*, no me sentía del todo segura de enfrentarlo a solas; no por lo que él pudiese hacer, pues seguramente no haría nada, sino por las ganas de lo que yo tenía de hacer, de lo que yo quería de él. Cosas muy ridículas, delirios nada más. Quería que me besara como besó a su novia cuando ganó los dos primeros grandes premios de la temporada; deseaba que me abrazara con sus fuertes brazos, que me estrechase contra su pecho para así sentir su perfume, y se me antojaba pasar la punta de mi nariz y mis mejillas por sus barba crecida; incluso anhelaba revolver con las manos su cabello, empapado en sudor después de dar vueltas y vueltas por el circuito.

De lo que más ganas tenía era de repetir lo único medianamente real que había tenido con él, un momento que no podía quitarme de la cabeza y que, cada vez que lo recordaba, se me ponía la piel de gallina: esa noche, tirados en el asfalto, mirando las estrellas de Baréin. Sí, entonces no habíamos estado solos, pero ése me pareció uno de los pocos instantes en los que creo que bajó un poco la guardia, en que se relajó para no ser el quíntuple campeón, sino simplemente una persona más, admirando la inmensidad del universo.

La noche siguiente a eso, Nico me había dicho que creyese en él porque él era real. Yo le había contestado que ya había notado que él lo era y su respuesta fue decirme que no se lo parecía. ¿Quizá yo sólo era capaz de ver al campeón en él? Ese pensamiento no dejaba de afligirme, porque tenía la impresión de que Nico debía de ser mucho más que eso. Al verlo a él, la gente no pensaba en otra cosa que en el campeón. Imaginé que eso tenía que ser bastante angustiante, o quizá no, pues sus allegados debían de ver al verdadero Nico, al que yo nunca conocería; al que anhelaba conocer.

Apreté los dientes, oprimiendo mis labios por delante. Alcé un puño. Se suponía que debía llamar a la puerta para dejarle su comida y no conseguía reunir el valor para enfrentarlo.

—Mierda —susurré maldiciendo a Suri por dentro. No sólo me había hecho llevarle el almuerzo, sino que me había obligado a prepararlo. Nico me tiraría el plato por la cabeza, lo sabía—. Que sea lo que tenga que ser —me dije para darme coraje, y llamé con el puño a la puerta.

—Adelante —contestó Nico desde dentro.

La manija de la puerta quedó envuelta entre mis dedos y la palma de mi mano. Tragué saliva. Mis sentidos se agudizaron. El mundo se hizo más pequeño a mi alrededor; los confines del universo rodearon mi cuerpo, la puerta. Un gran gusano que tironeaba de mi abdomen conectaba mi universo con el de la persona que estaba allí, dentro de la autocaravana.

Abrí la puerta y percibí su perfume, el mismo que estaba impregnado en sus ropas, en su casco, el que dejaba al pasar por un espacio cualquiera. Un aroma que conocía de memoria: suave y muy varonil, tan él, que cerrando los ojos me recordaba la forma de sus hombros, su mentón partido, sus ojos azul celeste escondidos detrás de sus pestañas, refugiándose debajo de sus cejas.

No aparté la puerta de su marco más de veinte centímetros; prefería mantener las distancias, porque Nico comenzaba a alterarme en más de un sentido.

No lo vi.

—Soy Natalia, he venido a traerte tu almuerzo.

Hubo un pausa de segundos, en los que creí que no me había oído y entonces...

—Sí, pasa.

Me dio la impresión de que su voz provenía del fondo de la autocaravana.

Puse un pie dentro y, con el codo, empujé un poco la puerta. No lo vi por ninguna parte. Mi otro pie hizo aparición para abrir más el espacio para que éste pudiera alojar mi cuerpo y la bandeja que cargaba sobre los brazos.

En el suelo vi las zapatillas que usaba para correr, una de cada color, la violeta con la estrella y la negra; sobre el sillón que recorría la mesa, la camiseta de su traje ignífugo.

Al cerrar la puerta quedé completamente rodeada por su olor y no me hubiese molestado tanto quedar envuelta en su hombría de no ser porque no nos llevábamos bien, porque él no probaba mi comida, por su mal humor y... Preferí no continuar enumerando elementos de esa lista, sobre todo porque ésta incluía una novia que existía a un mundo de distancia de mí.

Empujé la puerta con un pie y fui a dejar la bandeja sobre la mesa.

Allí descansaba su móvil, una botella de agua y su reloj, uno enorme que, no sé por qué, se me antojó que tenía su cara; quizá por el color azul celeste del cuadrante, porque parecía fuerte, sobrio y un poco pagado de sí mismo, por no llamarlo divo.

Mis manos se deslizaron, tímidas, por la superficie de la mesa a los costados de la bandeja. Mi mano izquierda quedó muy cerca del reloj; estiré un poco los dedos y acaricié la esfera de cristal, que tenía un par de marcas por el uso. Así como una persona, ese cristal cargaba sus marcas, evidencia de una vida de la que yo no sabía más que lo que terceras personas me habían contado. En más de una ocasión había estado tentada de teclear su nombre en Google y todas esas tantas veces me había echado atrás, pues no quería saber de él lo que Internet pudiese descubrirme, porque,

por patético y ridículo que pudiese parecer, quería escuchar lo que él me quisiese contar, quería conocerlo en primera persona y no a través de un par de ojos como los míos, los cuales lo habían visto hasta unos minutos atrás, ante todo, como el campeón del mundo. Me parecía cruel verlo sólo a través del filtro de sus cinco campeonatos o de sus logros obtenidos antes de llegar a la categoría reina.

Inspiré hondo y solté el aire apartando, con un nudo en la garganta, las yemas de los dedos de la esfera. Ojalá ese reloj fuese un mapa de su vida.

—Hola.

Su voz estalló en mis oídos y por poco vomité mi corazón del susto que me pegué. ¿Me habría visto observar su reloj con la cara de idiota que sentía que tenía cuando se dirigió a mí? Si es que me daba la impresión de que no podía quitar, de los músculos en mi rostro, las curvas que te ponen esos sentimientos que se le van de las manos a la razón, causando más desazón que certezas.

Así mismo me sentí en el instante en que giré la cabeza para hallarlo de pie a la salida al pasillo de la autocaravana, con el cabello húmedo y vistiendo sólo una mullida bata blanca; no tenía ni idea de lo que sucedía allí, de lo que sucedía dentro de mí.

No sé por qué, quise decirle que se dejara llevar, que se liberara y se lo tomara con calma, que fuese él y que yo sería solamente yo que se entregase a la brisa, al viento del cual había sacado su sobrenombre. ¿Podría él olvidarse de sus campeonatos, de las cámaras, de las banderas a cuadros? Probablemente no.

Me aclaré la garganta.

—Hola. Disculpa, te he traído el almuerzo.

—Sí, gracias. —Dio un par de pasos hacia mí y se detuvo—. Agradéceselo a Suri de mi parte.

Mantuve la boca cerrada.

—¿Sucede algo?

Negué con la cabeza sin apartar la vista de sus ojos. Es que apenas si conseguía parpadear y me costaba respirar, porque, cada vez que inspiraba, se metía en mis pulmones su perfume mezclado con el aroma del jabón y el champú que había usado para ducharse; aquello era ciento por ciento tóxico, en el mejor sentido.

Y que fuese en bata y descalzo no ayudaba demasiado. Parecía obvio que no le molestaba demasiado dejarme ser testigo de una parte de su intimidad; ese detalle me sorprendió, atontándome un poco más. Eso, por absurdo que parezca, lo hacía más normal; Nico, sin su uniforme del equipo, sin traje ignífugo repleto de publicidades de reconocidas y costosas marcas, no parecía el mismo Nico. Así quizá fuese un poco más real, como un caballero sin su armadura: más humano, más vulnerable.

Alzó las cejas y me sonrió.

¿Una sonrisa?

—Bien —retrocedí—, te dejo para que almuerces tranquilo. Buen provecho.

Di un paso hacia atrás y él un par más hacia delante para alzar la campana de metal que cubría su comida.

Observó los platos con la campana en alto en su mano derecha. Vi su entrecejo fruncirse y a sus labios perder la fugaz sonrisa que me había dedicado.

—Esto no lo ha preparado Suri.

Lo vi olfatear la comida.

¿De verdad?

¡¿Cómo demonios podía adivinar que no la había preparado Suri?!

Giró su rostro hacia mí.

—¿Quién lo ha hecho? —Apuntó hacia los platos con la cabeza.

No pronunció aquello en un tono precisamente amable ni feliz.

Temí que la broma que pretendía gastarme Suri al mandarme prepararle la comida a Nico nos costaría muy cara a ambos.

Ante mi falta de respuesta, Nico tapó la comida.

—Sueles ser mucho más locuaz que esto.

Sin emitir palabra alguna, pasé frente a él con la intención de recoger la bandeja para quitársela de la vista lo antes posible; quizá todavía pudiésemos recomponer la situación.

Cruzando sus brazos entre los míos, tal cual había hecho con el carro en Baréin, asió la bandeja por detrás de mis manos y la incrustó otra vez sobre la mesa.

—¡No! —exclamó, y me llené de miedo; es que no tenía ganas de pasar un mal rato con él.

—Perdona, tendrás tu almuerzo antes de darte cuenta —le dije sin apenas levantar la cabeza. Me costaba mirarlo a los ojos y no tenía idea de dónde había salido aquello.

Apreté los dientes y lo enfrenté.

—Lo he preparado yo. Suri me pidió que lo hiciera; no creí que fueses a darte cuenta de que no lo había hecho él.

Abrió los ojos desmesuradamente.

—No es que quisiese engañarte, no era ésa la idea. La verdad es que lo he cocinado siguiendo al pie de la letra la receta de Suri; te juro que no he cambiado nada. Suri... él... fue una tontería. De verdad, no pretendíamos... Si no quieres comértelo, le diré a Suri que lo prepare de nuevo.

Intenté alzar otra vez la bandeja y él la aplastó de nuevo contra la mesa, tirando de mí hacia abajo.

Su costado quedó pegado al mío. Percibí su calor, su aliento a menta (debía de haberse cepillado los dientes un momento antes). Casi pude saborear su piel de tan cerca como lo tenía.

—Yo no he dicho que no quiera comer el almuerzo.

—Pero preferirías que yo no te preparase nada de comer. Está bien, lo entiendo. No lo comas. Disculpa, ha sido una tontería; no tardaré nada en traerte otro...

—Suelta —entonó como respuesta al tirón con el que pretendí alzar la bandeja de la mesa.

—Si no lo quieres.

—¿Acaso estás sorda?

—No, no estoy sorda.

—Entonces tienes algún otro problema; acabo de decirte que en ningún momento he hecho mención de no querer comer lo que tú has preparado; es que he visto que los platos están servidos de forma distinta a como los emplata Suri.

¿Hasta en eso se fijaba? No debió de sorprenderme saber que era obsesivo y detallista hasta ese extremo.

—No tengo ningún problema. El problema lo tenías tú en la cara al mirarme como si tu almuerzo, por no haber sido preparado por Suri, fuese un peligro para la humanidad; bueno, quizá la humanidad no te importe demasiado, solamente tu vida. —Quise morderme la lengua al oírme reaccionar así. Él provocaba que tuviese arranques de ese estilo y no me gustaba, no quería tenerlos, no quería tenerlos con él.

Solté la bandeja. Él hizo lo mismo. Los dos enderezamos nuestras espaldas.

Nico se quedó observándome.

—Es lo mismo que te prepara Suri, lo juro. —Nico continuó en silencio y yo simplemente deseé poder desaparecer de allí en un parpadeo. Debí moverme, caminar, salir... nada. Mis ojos continuaban pegados a los suyos.

—Todavía me miras como si no vieses a alguien real.

¿Qué tenía que ver eso con el almuerzo?

—No volveré a preparar ninguna de tus comidas —solté, y me di la vuelta para escaparme.

—Esta conversación todavía no ha terminado. —Una de sus manos pescó mi muñeca derecha, deteniéndome en seco; mis ganas de largarme de allí por poco me provocan que me dislocase un hombro—; de hecho, no terminará hasta que yo lo diga.

Giré un poco sobre mis talones, no quería enfrentarlo por completo.

—Suéltame.

—No tengo ningún problema con lo que cocinas.

—Bueno, eso en verdad no importa, porque Suri siempre prepara tus comidas. Yo me ocupo del equipo.

—¿Estás enfadada? ¿Hiere tu orgullo de chef que no coma tus comidas? —Entonó aquello con un cierto deje de sorna que, en vez de hacerme sentir lástima por el modo en que lo había tratado un momento atrás, me diesen ganas de darle una patada en la entrepierna.

Cuando me sonrió con suficiencia, todo empeoró.

—Eres un idiota —le espeté, y ya no hubo vuelta atrás.

Nico se rio.

—Ahora me vuelves un poco más real —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Alguna vez has chocado a mucha velocidad y te has dañado el cerebro o ya naciste así?

Nico volvió a reír.

—Habré nacido así. —Tiró de mi muñeca hacia él, y con mi muñeca, del resto de mi cuerpo.

Bien podría haber opuesto al menos un poco de resistencia; él era mucho más fuerte que yo, pero ni siquiera me molesté en intentar evitar que acortase la distancia entre nosotros.

—Es gracioso poder mirar por encima de ti, divertido. —Sonrió y su mirada, en vez de bajar hasta mí, pasó por encima de mi corto cabello.

—¿Estás llamándome enana?

—Eres pequeña.

—Al menos no estoy rellena de estupidez, como otros. Dentro de ti parece haber mucho de eso. Y ya conoces el dicho: lo bueno viene en frasco pequeño.

Nico se carcajeó.

—Nunca había oído eso.

—No importa; de cualquier modo, tus oídos parecen sufrir sordera selectiva.

—Te ofende que hable de tu comida, que hable de tu estatura...

—Insisto: parece que ni siquiera eres consciente de las palabras que salen de tu boca, más allá de las que debieran llegarte por los oídos. Es tan fácil hablar de los demás, criticar.

—No te estaba criticando. No te conozco, no puedo criticarte. Ni juzgarte; no lo hagas tú conmigo.

—Lo poco que me llega de ti no es precisamente... —Ante su sonrisa ladeada y una mirada amable, que hizo que sus ojos se vieran muy distintos, enmudecí.

Nico pegó mi muñeca y antebrazo a su pecho. Mi mano, de costado y cerrada en un puño, tocó su cuello. Me estremecí al sentir su pulso en esa parte de su anatomía.

Su cuerpo se pegó más a mi lado derecho.

Debía moverme de allí, pero no quería. No podía y sentía que no debía, porque no me lo perdonaría en la vida, así como tampoco me perdonaría hacer lo que sabía que estaba a punto de suceder. Sabía que me besaría y quería besarlo, o al menos eso suponía mi cerebro... y es que, el modo en que me miraba, la forma de la sonrisa en sus labios... Mi pulso se aceleró, obviando los cuestionamientos de mi mente.

Su brazo derecho me rodeó para llegar hasta mi nuca.

Por una fracción de segundo, todos mis músculos se aflojaron, soltando los huesos de mi esqueleto, y casi quedo convertida en un saco sin forma sobre el suelo.

Me reavivó el tacto de su mano contra mi cabeza, sus labios moviéndose hacia mí y sus ojos sonriendo.

—Para que termines de convencerte de que soy real —declaró, y entonces sus labios, en una mueca deliciosa, hicieron contacto con los míos con la suavidad y la delicadeza supremas y expertas de quien controla con maestría un vehículo a trescientos kilómetros por hora por una pista demasiado angosta y peligrosa.

Su boca se deslizó sobre la mía de un lado a otro y por poco me da algo.

Eso sí que era muy real: su nariz sobre mi mejilla, sus labios contra los míos, su respiración haciéndome cosquillas, su mirada infinita y afilada, la cual planeaba no permitirme escapar.

¡Qué importaba si no probaba mi comida! ¡Qué más daba si había ganado cinco campeonatos mundiales! En ese instante tan sólo éramos él y yo, un hombre y una mujer, nada más.

Sus labios se movieron en sentido contrario para acariciarme otra vez.

Las curvas de sus labios eran todavía más peligrosas que las que él tomaba a toda velocidad.

Su boca era suave, carnosa, ligera... y no pude pensar en otra cosa que no fuese tenerla presionando contra la mía, o incluso sobre mi cuello; a decir verdad, sobre cualquier otra parte de mi cuerpo también hubiese estado bien.

Sin que me diese cuenta, mi puño se desplegó sobre su cuello y así mi piel hizo pleno contacto sobre la suya. Ésta era suave, pero, lo que había debajo, firme como el acero y resistente como la fibra de carbono.

Ni el más descabellado de mis delirios hubiese creído eso posible.

¿Por qué sucedía?

¿De verdad me planteaba preguntarme el porqué, en vez de disfrutarlo?

La mano de Nico, al infiltrarse en mi cabello sobre mi nuca, me impidió seguir pensando y se lo agradecí. No era momento de reflexionar, sino solamente de sentir, de dejarse llevar.

Nico soltó mi muñeca para así permitirle a mi brazo enredarse en su cuello.

Era agradable que fuese más alto que yo. Su estatura era perfecta para mí, aunque quizá la mía no fuese suficiente para él.

Aparté aquel pensamiento a un lado cuando sus labios apretaron y tironearon de un lado de mi labio superior.

Mi boca quedó entornada sobre la suya, atrapada y deseosa de más. No quería perderme su mirada en ese momento, pero su mano en mi nuca hizo que se me nublaste la vista. Mis párpados cayeron, pesados.

Nico apretó su boca sobre la mía. Que me comiese la boca era mucho mejor que se comiera el maldito almuerzo que le había preparado. Si mi sabor era bueno para él, pues... ¡Su sabor! Su sabor irrumpió en mi boca cuando él decidió saltarse la delicadeza de antes para besarme con ganas; con esas mismas ganas que yo tenía de besarlo a él.

Nuestros cuerpos chocaron mientras su lengua y la mía casi peleaban por tomar la primera curva en primer lugar. Salimos empatados; es que su beso iba a la par del mío y parecimos reconocer que ninguno de los dos tenía un motor más fuerte o un mejor diseño aerodinámico. Su ingeniero de pista debía pasarse datos con el mío y viceversa. Me sentí reflejada en él, en su deseo, en el modo en que pegó su musculoso cuerpo contra el mío, en el que yo prendí todas mis fibras contra él, sintiéndolo incluso a través de su gruesa bata y de mi uniforme del equipo.

Con el beso fue como si eclosionase entre nosotros una realidad distinta y, cuando su boca se movió sobre la mía ladeando mi rostro hacia el otro lado, terminé de perder la cabeza. Quería un beso así, para mí, para siempre.

Nico podía tener muchos defectos, pero besar mal no era uno de ellos; todo lo contrario, besaba igual como corría carreras. En un par de segundos ganó sobre mí todos los campeonatos de la historia y no me molestó la idea de tener que subir al podio a entregarle su premio, a felicitarlo.

Su boca se detuvo entreabierta sobre la mía, jadeando, soltando la combustión de su cuerpo sobre mí.

Mi carburador, en ese momento, se recalentaba.

Pensé eso, pensé en él acariciando mi boca con su lengua y labios, y reí. Eso era tan ridículo, tan increíble, tan irreal.

De pronto recordé dónde me encontraba, del cuello de quién estaba colgada, qué pecho latía contra el mío.

Cerré los ojos y lo vi en el habitáculo de su vehículo. Lo vi quitándose el casco para correr a besar a su novia. Lo vi pasando de mi comida y hablándome en un tono desagradable.

No quise arruinar el instante; sin embargo, todo eso, dentro de mi cabeza, hacía cortocircuito con el beso que justo acabábamos de darnos.

Nico se apartó un poco y yo abrí los ojos.

Vi el fin de lo que nunca comenzó, allí mismo, en sus ojos celeste.

Quitó su mano de mi nuca y, con torpeza, y un poco de vergüenza, descolgué mi brazo de su cuello.

Retrocedió y se limpió los labios con una mano.

Él tenía la capacidad de ser muy locuaz sin pronunciar una sola palabra: su mirada rígida, sus manos crispadas, su musculatura tensa... Definitivamente su cuerpo no necesitaba un traductor. La dijese en catalán, español, inglés o en el idioma que fuese, la palabra *arrepentimiento* estaba allí en él, escrita del modo más claro posible.

A veces quieres que alguien te vea y luego te arrepientes; no pude culparlo por eso, ni por nada más.

Retrocedí e intenté recomponerme; no me sentía herida ni engañada, sólo confundida por él, desconcertada por lo que corría a toda velocidad dentro de mi cerebro.

Supe que se me pasaría y, de cualquier modo, en ese momento no podía lidiar con absolutamente nada, ni siquiera con tenerlo delante; era demasiado, tanto que deseé salir corriendo y si no lo hice fue porque no quería hacer un drama de lo sucedido, porque mi trabajo me gustaba, quería volar a China, quería verlo ganar allí y quería seguir descubriendo ese mismo mundo en el que él vivía.

Decidí que dejaría pasar lo ocurrido. Un beso no era gran cosa, ni siquiera cuando es increíblemente bueno.

—¿Le digo a Suri que lo prepare otra vez? —Con el mentón apunté en dirección a la mesa.

Nico negó con la cabeza.

—Bien. —Me aclaré la garganta otra vez; no resultaba nada sencillo continuar observando el arrepentimiento que destilaba todo su ser—. Ok, mejor me retiro. Tengo mucho trabajo y tú... Nos vemos —solté finalmente, y me largué sin que él tuviese siquiera la intención de detenerme con un parpadeo.

Prácticamente corrí de vuelta a la cocina.

Suri me preguntó qué había dicho Nico, por lo que pasé por un filtro lo sucedido en la autocaravana y le conté que se había dado cuenta de que el almuerzo no lo había preparado él y que no le había hecho ninguna gracia; añadí que, si no quería que renunciara a ese trabajo, no volviese a obligarme a prepararle la comida al campeón. Así lo llamé, «el campeón», para volver a poner las cosas en su sitio, para llevarlas de regreso a la realidad... porque sí, Nico era real, de carne y hueso, un hombre, pero no por eso dejaba de ser el quintuple campeón del mundo, un tipo con muchas habilidades, un poco de malos modos, quizá demasiada soberbia, una dosis de machismo y, sobre todo, una novia y una vida con las que yo no tenía nada que ver, y

de la que ni siquiera sabía, puesto que mi existencia coincidía con la suya sólo en momentos muy puntuales y sin verdadera importancia.

La bandeja que le había llevado regresó a la cocina casi intacta y, eso fue definitivo para mí para volver a ponerme en mi sitio

Durante el resto de nuestros días en España, evité estar en contacto con él; es más, ni siquiera volví a pasar por los *boxes*, pues lo que menos me apetecía era perder mi trabajo, que no era exclusivamente eso, sino una de las más grandes aventuras de mi vida, por algo que en realidad no existía.

Me convencí de que Nico simplemente me atrapaba porque no podía comprender cómo un hombre que era un icono, casi una leyenda viviente, tenía un trasfondo tan incompatible con lo que yo imaginaba que podría ser alguien a quien admirase tanto como lo admiraba a él como conductor de la categoría.

Sólo lo había idealizado, y él no tenía por qué ser lo que yo quería que fuese. Nico, simplemente, tenía todo el derecho del mundo a ser un asco de persona y al mismo tiempo ser uno de los mejores pilotos de nuestra época.

7. La vida fuera de aquí

Llegamos a China a comienzos de semana, agotados y un tanto perdidos.

Obviando el sopor causado por la diferencia horaria, me deleité y enamoré de unas vistas y una cultura completamente distintas a las mías.

—Ya me preguntaba yo por qué mi chica todavía no había venido a saludarme.

Solté la caja sobre la pila y me enderecé al oír la voz de Thiago, feliz de saber que mi amigo estaba allí. Llevábamos dos semanas sin vernos, si bien habíamos hablado por FaceTime, pero no era lo mismo que poder darle un abrazo, que tenerlo frente a mí.

Thiago se acercó y me abrazó con fuerza. Se le notaba en el rostro que su viaje a Brasil le había sentado bien. Estaba bronceado y tenía cara de descansado. En sus brazos, me apretujó.

—¿Cómo estás?, ¿qué tal te trata China? —inquirió sin soltarme. Olía a recién duchado y, de hecho, antes de abrazarlo me dio la impresión de que lucía como si tuviese una salida programada y no como si hubiese venido al circuito a ver qué tal iba todo; el caso es que la actividad de los pilotos todavía no comenzaba, y los primeros días sólo nos encontrábamos en el recinto quienes nos ocupábamos de montar la parte posterior de la escena. Por tanto, nada tenía aún un aspecto glamuroso, ni había flashes ni cámaras para inmortalizar el momento; se trataba de ese tipo de trabajo que no sale por la televisión ni en las fotografías.

Thiago me soltó.

—Compré las vitaminas que me recomendaste; no sé si me han servido de mucho, el cambio horario me pesa; estoy más estúpida que de costumbre. De todos modos, vamos bien; trabajamos tranquilos y hasta ahora no ha surgido ningún problema — me llevé una mano a la cabeza—, toquemos madera. ¿Qué tal tú? Por lo visto has aprovechado las playas de Río de Janeiro.

—Sí, un poco, y ha estado genial. La próxima vez que me escape y que tú tengas unos días libres, te vienes conmigo; así descansarás.

—Ya veremos. Por lo pronto sigo al circo. Además, sabes que intento ahorrar.

—Sí, con respecto a eso... He estado dándole vueltas a un asunto y he llegado a la conclusión de que podríamos ser socios, o al menos podrías considerar la idea de que

te preste un poco de dinero para cuando decidas abrir tu propia pastelería allí donde desees, y si necesitas ayuda... bueno, ya sabes, después de diciembre ya no tendré trabajo.

—Serás un pobre desempleado —bromeé y recogí la caja.

—Así es.

Hizo el intento de quitarme la caja que cargaba.

—No, que te ensuciarás todo. —Tiré de la caja hacia mí—. ¿Tienes una cita? Siempre vestes bien, pero diría que hoy vas más arreglado de la cuenta simplemente para venir a echar un vistazo por aquí.

—Sí, voy a cenar. —De un tirón me robó la caja—. Coge otra; te ayudo, así terminarás antes.

Acepté su ayuda; recibir un gesto así de él no me molestaba, todo lo contrario. No era como fue con Nico aquella vez con el carro. Thiago, por encima de todo, era mi amigo; después era piloto y campeón de la categoría.

—Qué bien, una cena. ¿Puedo ser curiosa y preguntar con quién?

—Con un montón de hombres a los que les sobra testosterona. Una cita única, ¿no crees? —bromeó.

—A ver cuándo te echas una novia, que creo que, de todos los pilotos, eres el único que no tiene —lo tanteé. En realidad, Haruki también estaba soltero y sabía que algún otro también.

—Por lo pronto estoy bien así. —Nos pusimos a andar; yo marqué el rumbo hacia la cocina, mientras por nuestro lado pasaba un grupo de gente autóctona, hablando en su idioma. Al cruzarnos con ellos, nos saludaron amablemente inclinando la cabeza tal como hacen ellos.

Seguimos andando.

—Y bien, ¿quiénes son esos hombres de tu cita? ¿Es algo que te han pedido los de relaciones públicas de tu equipo?

—No, nada de eso; es una cena que he organizado yo. Es mi año de despedida de la categoría y tenía ganas de hacer algo especial, de modo que hice una reserva en un restaurante italiano para todos los pilotos que quisiesen venir a comer conmigo.

—Eso es genial. ¿Van a ir todos?

—Casi. En realidad los que no vendrán son los que aún no han llegado; sabes que hay un par de equipos pequeños que no pueden darse el lujo de pagar hospedaje con tantos días de antelación a la carrera.

—Sí, bien. Entonces, será una reunión de peces gordos. Supongo que todos ellos te echarán de menos la próxima temporada.

—Sí, por supuesto. —Rio.

—¿Los extrañarás tú?

Asintió con la cabeza.

—Extrañaré todo esto, mucho. Esto es mi vida, lo ha sido desde que tengo uso de razón; como la mayoría de nosotros, empecé en este mundillo siendo demasiado pequeño y no tengo muchos recuerdos de mi vida antes de subirme a un *karting*. Será muy raro estar lejos de todo esto.

Su rostro se entristeció un poco.

—Podrías correr un año más. Estás llevando una excelente temporada.

Negó con la cabeza.

—Se lo prometí a mis padres y a mi familia, y me lo prometí a mí mismo. Esto es mi vida, lo ha sido desde siempre, de un modo tan literal que muchas otras cosas quedaron lejos de mí. He amado cada segundo de esta vida, pero también quiero experimentar la que hay fuera de aquí, fuera de este circo. No me estoy quejando de lo que fue y siempre será esto para mí, sino que, más allá de los viajes, de todas las increíbles cosas que he experimentado gracias a la categoría, necesito hacer un cambio. Necesito poder comer lo que quiera, no tener que matarme en el gimnasio, no perderme tantos cumpleaños, nacimientos, bautizos o incluso entierros. No quiero dormir dos tercios de las noches del año en un hotel. Y sí, muchos aquí tienen novia o esposa, pero no es tan sencillo; lo he intentado un par de veces y, si esa otra persona no está dispuesta a viajar contigo, si tu pareja también tiene una carrera, un hogar o lo que sea, todo se complica. Quiero saber cómo es tener una vida fuera del circuito, una vida normal. Echaré de menos todo esto, no te imaginas cuánto —hizo una pausa—, pero necesito parar. —Su rostro, más que triste, lucía sombrío.

Supongo que Thiago notó que me había percatado de su mueca y entonces sonrió.

—Además, me hago viejo —bromeó—. Uno de mis sobrinos me lo dijo hace unos días al descubrirme una cana. ¿Puedes creerlo?, me salió una cana.

—Eso no te hará más lento en la pista. —Le di un codazo amistoso.

—Eso espero. Los del equipo están muy entusiasmados con la carrera y yo también; el automóvil funciona muy bien, hemos hecho muchos avances.

—Ya tengo ganas de verte en la pista.

—¿Sí?, ¿aunque pueda amenazar el primer puesto de nuestro chico?, porque eso es siempre a lo que él apunta, a ganar.

—Bueno, supongo que será lo que deba ser.

—Que no te oiga nadie de tu equipo decir eso o puedes considerarte en el paro —soltó en tono burlón, aunque era probable que así fuese.

—Sí no me han despedido hasta ahora...

—No te despedirán.

—Supongo que Nico ha intentado que lo hicieran, pero no resultó, así que imagino que, con un poco de suerte, seguiré hasta el final de la temporada.

—¿Por qué dices eso?

—Sabes que no soy santo de su devoción.

—Nico es difícil, lo sé, pero...

—Muy difícil y sin peros —repliqué cortándolo.

—Todos tenemos nuestras cosas.

—Él las tiene todas. ¿Podemos cambiar de tema? —Abrí la puerta de la cocina. Suri no estaba, porque asistía a una reunión con Érica y otras personas del equipo.

Deposité la caja a un lado de la puerta y Thiago acomodó encima la que cargaba él.

—No es mala persona.

—En realidad no importa lo que sea. Sé que es tu amigo, lo entiendo. Hablemos de otra cosa, ¿de acuerdo? —Si él no cambiaba de tema, entonces lo haría yo—. Si tienes una cena de chicos, ¿por qué estás aquí?

—Porque he venido a buscar a mi chico. Está en una reunión; iremos juntos al restaurante. Me dijo que estaría aquí y he venido a buscarlo.

—Haruki también está en el circuito, es raro que no haya pasado por aquí a saludar.

Con el piloto japonés mantenía una relación completamente distinta a la que tenía con Nico. No esperaba que Nico viniese a decir hola, no después de lo sucedido entre nosotros, pero Haruki sí era de pasar a saludar tan pronto como llegaba; él era un tanto más tímido y callado, pero muy amable, respetuoso, educado y hasta divertido, sólo que de un modo muy tranquilo. Eso me gustaba de él, su calma. Otra cosa que me encantaba de Haruki era su forma de reírse por todo y con cierto grado de timidez naif cuando bebía un poco de más.

—No, todavía no ha venido; supongo irá desde su hotel.

—Ah, bien. —Bueno, al menos habíamos apartado a Nico de la conversación.

—Si lo conocieses realmente, seguro que te llevarías bien con él.

Comprendí que se refería a Nico y que por lo visto éste no le había contado palabra de nuestro beso en España. Mejor así, en todos los sentidos definitivamente era mucho mejor así, para dejar claro que aquello no había sido más que un hecho fortuito e inexplicable que, para bien o para mal, no se repetiría jamás. Así debía ser.

—Bueno, eso no sucederá, de modo que no importa. —Salí de la cocina y él me siguió.

—Si intentases hablar con él... —amagó.

Me carcajeé falsamente. Thiago captó mi tono socarrón.

—Lo digo en serio.

—No necesito conocerlo.

—Él tiene una vida fuera de aquí, no es sólo ese que va por la pista pulverizando tiempos de vuelta. Me conoces a mí y conoces a Haruki, a Klaas y a Harper porque salimos juntos... él también es un ser humano.

—Sé que lo es; sin embargo, me da la impresión de que no quiere serlo: hace todos los esfuerzos para ser una máquina de ganar campeonatos.

—Está muy dedicado a su carrera.

—¡Bien por él! De verdad, cambiemos de tema. ¿Cómo se encuentra tu madre? —Thiago me había comentado, la última vez que habíamos hablado, que su mamá había tenido últimamente la presión alta.

—Se encuentra mejor. El médico le cambió la medicación, y tiene un control en un mes —respondió—. ¿Eres consciente de que no sabes casi nada de él?

Suspiré fastidiada. Thiago, cuando quería, también se ponía en papel de cabeza dura y no paraba hasta conseguir lo que pretendía.

—Ni necesito saber nada más. —Cogí el siguiente pasillo; el resto de las cajas estaban allí, esperando por mí.

—Pero yo necesito que lo conozcas, porque os quiero mucho a ambos y...

Le puse una mano sobre el hombro para detenerlo.

—Y yo te quiero a ti, sabes que sí —entoné entre broma y realidad—, te aprecio y todo lo demás; pero debes tener claro que no siempre tus amigos pueden ser buenos amigos entre sí.

—Sabes lo que ese chico significa para mí, Nico es más que un buen amigo.

—Lo lamento, Thiago, pero eso no funcionará bien: no le gusto y no me gusta. — En verdad no era tan simple como eso, porque su beso todavía continuaba dando vueltas en mi cabeza, pero...

—Me preguntaba dónde te habrías metido.

Su llegada hizo que me preguntase a mí misma dónde podía meterme para ocultarme de él, porque, por la expresión de su rostro, quedaba más que en evidencia que había oído las palabras que acababa de soltar. Quité la mano de encima de Thiago.

—¡Nico! —exclamó el carioca, alegre, sin dar importancia a la mala cara de éste—. Estaba aquí, ayudando a mi chica para que terminase pronto con eso. Iba a ir a buscarte en un momento, imaginé que todavía estarías en la reunión.

Si Thiago no se percató de la mirada ácida que Nico me lanzó cuando él soltó el «mi chica», yo sí. Nico y yo volvíamos a tener puramente la misma relación que manteníamos antes de la noche en el circuito de Barén, cuando creí que la tirantez entre ambos había aflojado. No es que buscara una amistad con él, pero sí un poco de paz. Ilusa de mí, quedaba claro que, después de lo sucedido en su autocaravana, no tendríamos eso ni ninguna otra cosa, porque para él no había sido más que un error.

—No, te estaba buscando.

—Bueno, pues aquí estamos. —Thiago le sonrió.

—Sí, ya lo veo, no estoy ciego. ¿Nos vamos?

Nico estaba listo para salir. No me costó admitir que, a pesar de su personalidad, estaba muy atractivo con esa camisa negra y esa chaqueta de cuero. La brisa del anochecer chino me trajo su perfume, el que tan de cerca había degustado cuando me besó. Todo mi cuerpo se estremeció de placer con el recuerdo de todas las sensaciones que quedaron impresas en mí tras esos perfectos segundos en los que el mundo pareció convertirse en un lugar muy distinto al que era en ese exacto momento con él, cuando me miraba desde lo alto de su podio particular del que, por lo visto, no se bajaba jamás. Bueno, quizá bajó un peldaño cuando me beso, pero fue evidente que la vista desde allí abajo no le gustó y volvió a trepar de un salto a aquel sitio que le pertenecía, para dejarme a mí en el último puesto, muy lejos del *champagne*, del área de *Carmen* que sonaba con cada victoria, de los besos de felicidad que acompañaba cada uno de sus logros.

—En cuanto termine de ayudar a Natalia. Échanos una mano, acabaremos antes.

Nico puso cara de horror y a mí me saltaron todas las alarmas. ¿Acaso Thiago estaba loco? ¡No podía sugerir aquello!, ¡¿es que no veía la mueca en el rostro del campeón?!

—No, no, no, no —exclamé—. De ninguna manera. Vete ya, Thiago. No querrás llegar tarde a tu cena.

—Sí, sí, sí, sí —replicó, y se agachó para recoger una caja.

—¡Thiago!

Éste le tendió la caja a Nico.

—¡¿Qué haces?! —chillé.

Nico estaba tan sorprendido que no atinó a negarse a sujetar la caja que el brasileño colocó en sus manos. Su cara se descompuso por completo.

Quise morirme en este mismísimo instante. Temí que Nico me despreciara por completo y, pese a todo, no quería eso.

Con las piernas como gelatina, debido a un miedo irracional, acorté la distancia que nos separaba y agarré la caja.

—Perdón —le dije, y tiré de la misma hacia mí. Había estado intentando no mirarlo a los ojos, pero, sin querer, alcé la vista y me topé con tu terrible mirada azul celeste. Mis piernas terminaron de reblandecerse cuando el aire que soltó por la nariz llegó a mí. Su perfume era demasiado intenso a esa corta distancia y resultaba demasiado fuerte y tentador —un tanto tortuoso también— tener sus labios a escasos centímetros de los míos sabiendo que no podía tocarlos con mi boca y ni siquiera con las yemas de los dedos y ¡por Dios que quería tocarlos!

Mis anhelos sintieron vergüenza de sí mismos ante la mirada soberbia que me dedicó.

Decir que me sentí ridícula es poco.

Intenté quitarle la caja de las manos, y no me lo permitió.

—Mejor os vais ya. Puedo sola con esto —comenté mirando hacia cualquier otra parte que no fuesen sus ojos o el resto de su cuerpo.

—En un minuto —entonó Thiago. Su voz evidenció el esfuerzo de recoger una caja.

—No, no... —Tiré otra vez de la caja que sostenía Nico y lo arrastré conmigo—. Os marcháis ya mismo. Os ensuciaréis. Puedo sola con esto; de verdad que os lo agradezco, pero... —Nico cortó mi discurso desesperado dando un tirón más que brusco, arrastrando la caja consigo, y a mí, para girarse.

La caja se me escapó de las manos.

Por encima de un hombro, vi que Thiago venía hacia nosotros con otra caja en los brazos.

—Anda, Duendecillo, recoge una y guíanos hasta tus dominios —pidió el brasileño a modo de broma.

En cuanto terminásemos con las cajas, ya no serían mis dominios. Me desterrarían de la categoría.

—Andando, campeón.

Vi a Thiago pasar junto a Nico para darle un empujón hombro contra hombro.

Apreté los párpados, angustiada. El carioca pasó de largo en dirección a la cocina. Noté que Nico no se movía de su sitio. Me observaba fijamente. Volví a pedirle disculpas y, como respuesta, obtuve un resoplido de fastidio que derivó en un meneo de su cabeza para culminar en el movimiento de sus pies al girar para seguir a Thiago.

Recogí una caja del suelo y fui detrás de ellos.

A mis cortas piernas les costó seguirles el ritmo, sobre todo porque las cajas eran pesadas y ellos tenían un entrenamiento físico que, a pesar de que yo llevaba un par de semanas contagiada de ese entusiasmo que reinaba en el equipo, no lograría alcanzar por más esmero que pusiese en ello. Además, las piernas de Nico y Thiago tenían unos cuantos centímetros más que las mías.

De un salto lleno de energía, Thiago entró en la cocina.

Apreté el paso, pero luego me detuve en seco en cuanto vi a Nico detenerse para darse la vuelta y enfrentarme.

«¡La que se me viene encima!», exclamé dentro de mi cabeza; su rostro tenía la apariencia que bien podría tener como resultado de que alguien le hubiese obligado a ingerir algo preparado por mí.

—No me gusta lo que haces —murmuró.

No supe qué contestar o hacer.

—Ya te he pedido disculpas. No era mi intención que te obligase a ayudarme. Tampoco quería que él me ayudara. —Procuré contener mi tono.

—No es sólo eso.

Él no contuvo el suyo.

«No pelees, no caigas en su provocación, mantén la paz —me repetí mentalmente una y otra vez, cual mantra—. Recuerda que este empleo te gusta, que pretendes conservarlo.»

Apretando los dientes, guardé silencio.

—Estás fuera de lugar.

Al oír eso, apreté los dientes y los labios. Bajé mi caja al suelo y le quité la que él cargaba en las manos.

—No, el que no pertenece a este lugar eres tú. Ésta es la cocina, no la pista de carreras. Gracias por tu ayuda.

Thiago apareció en la puerta de la cocina.

—Es hora de que vosotros dos os larguéis a disfrutar de la noche. —Le di la espalda a Nico y, al pasar junto a mi amigo, le estampé un beso en la mejilla—. Disfrútala —añadí sonriendo—. Mañana me cuentas qué tal ha ido todo.

—No, si todavía no hemos terminado.

—No me repliques. Vete ya.

—Pero si...

—Pero nada, Thiago. Que pases buena noche. Pasadlo bien los dos.

—Natalia, no seas...

No le permití seguir: con la caja que sujetaba, lo aparté. Me puse más nerviosa de lo que ya estaba, porque Nico no apartaba su mirada reprobatoria de mí.

Por fin Thiago pareció notar que el campeón no se sentía muy predispuesto a continuar echándonos una mano. Se me acercó y me susurró al oído que no me preocupara. Besó mi mejilla y me dio las buenas noches en portugués.

Se alejaron de mí, Nico sin volver a emitir una palabra. De cualquier modo, ni siquiera necesitaba despegar los labios para hacerme saber lo que experimentaba. El campeón podía ser muy transparente para demostrar su desprecio.

Procuré no angustiarme y pensar en todo lo positivo que tenía en mi vida desde que me había unido a la categoría. Era incapaz de controlarlo todo y, si él no podía ser nada bueno en mi vida, pues... mejor que me fuese haciendo a la idea de dejarlo regresar a la suya, lejos de allí, lejos de mí.

«Tan lejos», pensé. Y así, en un parpadeo, me sentí pequeña. Mi corazón cayó al suelo, con mis latidos tras él tornándose cada vez más débiles, como pasos de un sediento arrastrándose hasta la única fuente de agua que quedara en el mundo.

Intenté respirar y mi garganta se cerró. Mi cabeza se nubló por culpa de una sensación que no quise sentir.

Por poco se me cae la caja de las manos.

Continué encogiéndome sobre mí misma mientras veía a Nico alejarse.

* * *

La cámara tomó un primer plano de Mónica, la novia de Nico, con los puños apretados frente a su muy bien proporcionado rostro, con la vista fija en el monitor. Por detrás de su perfil se veía el tenso rostro del padre de Nico, Alfons, a quien yo conocía más a través de las imágenes de televisión que por habérmelo cruzado. Junto a él, Dave, su representante, con quien también tenía escasa relación. Yo para ellos era del tipo de gente invisible que no tiene mucho que ver con sus existencias, de esas miles de personas con las que se cruzaban en cada circuito. A Suri lo conocían, sabían su nombre porque lo tenían muy presente por ser quien se encargaba de los alimentos de Nico, pero a mí ni siquiera me veían. En condiciones normales, eso no me hubiese perturbado demasiado. Sí me molestaban los malos modos que ocasionalmente se les escapaban al pedirme tal o cual cosa; lo que más me dolía era la indiferencia, porque veía la forma en que ellos y Mónica conformaban ese grupo compacto que rodeaba a Nico a donde quiera que fuese y yo, por muy estúpido que me pareciera, pese a esa horrorosa manera que tenía de relacionarme poco o nada con Nico, quería formar parte de dicho grupo.

La transmisión volvió a centrarse en lo que sucedía en la pista; faltaban sólo cinco vueltas para que cayese la bandera a cuadros y, tras clasificarse tercero, Thiago, no con poco esfuerzo, había conseguido pasar a Haruki para colarse en el segundo lugar después de calzar sus neumáticos de recambio en su último *pit stop* diez vueltas atrás. Desde entonces, el brasileño no hacía más que acortar la diferencia entre Nico y él, vuelta tras vuelta, hasta llegar donde se encontraba ahora, pegado a la cola del monoplaza de Nico, invadiendo sus espejos retrovisores, pegándose a él en la succión, manteniendo en vilo al público que abarrotaba las gradas del circuito.

Suri no paraba de morderse las uñas a mi lado. No decía nada, pero de tanto en tanto, cada vez que Thiago le mostraba que su motor todavía tenía potencia para pasarlo, asomándose en las curvas, pisando a fondo en cada recta, soltaba gemidos de sufrimiento.

Nico estaba haciéndolo bien; Thiago, también.

Cuando las cámaras mostraron lo que sucedía en el *box* del equipo Asa, comprendí que a ellos esa circunstancia les provocaba pura felicidad y entusiasmo; incluso si Thiago no lograba sobrepasar a Nico, debían sentir que, si no era en esa carrera, sería en la próxima, pues definitivamente habían conseguido lo que se necesitaba para hacerle frente a Bravío en la lucha por el campeonato. La pantalla quedó dividida en dos: nuestros mecánicos, con cara de preocupación, tensos sobre

las sillas plegables, unos cruzados de brazos, otro aferrados a sus asientos, todos con la vista alzada hacia el monitor; los mecánicos de Thiago, sonrientes, expectantes, vitoreando cada uno de los intentos del brasileño por colarse por uno u otro lado de los flancos del automóvil de Nico.

—No creo poder seguir mirando —musitó Suri—. Mi corazón no lo resistirá.

Levanté un brazo y le palmeé la espalda; estábamos los dos sentados sobre unas banquetas altas, en mitad de la cocina, mirando la carrera desde allí, encerrados; los sonidos que procedían del televisor se mezclaban con los que entraban por la puerta abierta.

Los relojes marcaban que Haruki comenzaba a recuperar terreno en relación con Thiago, pero de todas maneras no lograría superarlo: faltaban sólo tres vueltas y, por más que continuase así, no podría alcanzar al brasileño, y mucho menos sobrepasarlo.

Bajé la vista por un momento para coger mi taza de té verde de la encimera y, cuando la levanté de nuevo, vi lo que supuse que, hasta ese instante, todos creían imposible.

Suri emitió un gemido lastimero y largo, que duró mientras la maniobra de Thiago demostraba una de las razones por las cuales el carioca había sido dos veces campeón mundial.

Thiago aceleró a fondo después de la recta principal y se tiró hacia el lado interno de la pista para atacar aquella primera cerrada curva de un modo temerario y preciso. Los dos monoplazas quedaron a la par. La pantalla se dividió otra vez en dos para mostrar lo que captaban las cámaras instaladas a bordo de ambos automóviles. Quedaron morro con morro. Aquello no duró más que una milésima de segundo, pues por la cámara del bólido de Nico se vio el coche de Thiago adelantarse cada vez más... hasta que lo rebasó. La transmisión dejó la señal de una sola de las cámaras a bordo, la de Thiago, y, de hecho, también emitieron el audio de la conversación que éste mantenía con su equipo. Mi amigo gritaba de felicidad.

Nuestro monitor se llenó con una imagen aérea del nuevo líder de la carrera: Thiago, quien, con el correr de los segundos, se despegó más y más de Nico.

En nuestro *box*, los mecánicos se agarraban la cabeza y rezongaban. Mostraron a Mónica con los ojos abiertos de par en par, pasmada por lo que sucedía.

En el rostro del padre de Nico sólo cabía un gran enojo.

Dave negaba con la cabeza.

En el *box* de Thiago todos lo celebraban.

No supe si sonreír por Thiago o preocuparme por Nico. Dentro de mí sucedían las dos cosas al unísono.

Por el rabillo del ojo, vi que Suri se agarraba la cara.

Última vuelta.

Thiago iba a ganar, a menos que su motor estallase por los aires. Si el mundo no llegaba a su fin por culpa de un meteorito que nos aplastara a todos, el brasileño iba a ganar la carrera.

Vi al director del circuito de China acomodarse contra la pared de *boxes* con la bandera a cuadros ya lista para recibir al ganador.

Las cámaras siguieron a Thiago durante su última vuelta, enseñando así la diferencia que, en cuestión de pocos kilómetros, le había sacado de ventaja a Nico.

Mi felicidad por Thiago creció y mi amargura por Nico formó un pozo oscuro dentro de mi abdomen. Rogué para que la victoria de Thiago no derivase en otras consecuencias aparte de las que tenía la suma de puntos para el campeonato; es decir, que no influyese en la vida fuera del trazado. Imaginé que, si Thiago quería tanto a Nico, Nico debía de sentir lo mismo por él, y por tanto ambos debían de tener muy claro que lo que sucediese dentro de la pista...

Thiago pasó por delante de la bandera a cuadros chillando y riendo, con un puño en alto, pasando muy cerca del muro para felicitar a sus mecánicos, quienes habían salido corriendo hacia allí con los puños en alto para recibirlo con toda la ilusión que implicaba el haberle hecho frente al equipo más fuerte de la categoría y a su campeón. Es que, además, aquello no quedaba en Thiago; Fabien, el francés compañero de equipo del brasileño, llegó en cuarto lugar, justo por detrás de Haruki.

El audio del equipo Asa vibró en mis oídos. En inglés, felicitaban al brasileño por la victoria. Thiago se lo agradeció y los felicitó por el trabajo bien hecho. Estaba exultante; tanto era así que la mitad de lo que soltó le salió en portugués y la otra mitad, en inglés.

No pude evitar sonreír ante su alegría.

A mi lado, Suri tenía cara de velorio.

Thiago continuó festejando su victoria por el resto del trazado. Entró por la calle de *boxes* y fue directo hacia la zona de pesaje. Allí lo esperaba su equipo.

De la euforia, Thiago parecía no acertar a desconectar los artefactos que lo mantenían dentro del habitáculo. Noté que sus manos no sabían qué hacer; temblaban ligeramente.

Al final tironeó de todo y arrancó el volante para salir despatarrado de su vehículo.

Dio un salto de felicidad, sacudiendo los puños. Más que haber ganado una carrera, parecía haber ganado el campeonato.

Con casco y todo, y habiendo dejado suelto el volante sobre el chasis de su monoplaza, se lanzó hacia sus mecánicos, quienes lo recibieron por detrás de las vallas con abrazos y golpes cariñosos en el casco y la espalda. Su equipo lo rodeó cuando Thiago trepó para quedar más cerca de ellos. Casi lo perdí de vista entre la marea humana.

Al que no perdí de vista fue a Nico, quien, muy despacio, soltó el volante de su sitio, desprendió las protecciones de los costados y se desencajó del interior del automóvil. Haruki se detuvo junto a él para comenzar el mismo proceso.

El realizador de televisión no debería de saber a quién mostrar, si al gran ganador o al perdedor, quien, por lo visto, se sentía más bien como «el gran perdedor» en ese momento.

Otto llegó junto a Nico mientras éste, sin quitarse el casco, volvía a colocar el volante en su sitio tal cual indicaba el reglamento. El ingeniero de pista puso una mano sobre el hombro de su piloto. Con angustia, vi cómo Nico se lo quitaba de encima de un único y brusco movimiento. Toto retrocedió.

La cámara captó de lejos a Thiago despedirse de su equipo para ir al pesaje y, de allí, al podio, mientras se sacaba el casco. Nico comenzó a hacer eso último también, para descubrir una cara muy similar a la que tenía la última vez que estuvimos frente a frente.

Tenía el rostro rojo, ya fuese de calor o de furia, o por una combinación de ambas cosas.

Thiago también estaba acalorado; su largo cabello castaño caía a los lados de su cabeza, de su bronceado rostro. Sonreía con ganas. Vi que caminaba en dirección a Nico, quien enfilaba hacia el interior del edificio en el que debía llevarse a cabo el pesaje, mientras Haruki iba a saludar a sus mecánicos.

Me pregunté si Thiago sabría lo que hacía al aproximarse al campeón en un momento así; no quería ver a Nico en una actitud similar a la que acababa de tener con Otto; no quería que, de modo alguno, le amargase la victoria a Thiago. Por una vez podía aceptar perder; sólo por una vez, sin montar una escena, sin sentir que se acababa su mundo, sin hacer un berrinche porque las cosas no habían salido como él quería.

Habría jurado que Nico intentó acelerar el paso al notar que Thiago se aproximaba a él; estaba procurando escaparse de su amigo y contrincante. Justo cuando comenzaban a internarse, al abrigo de la sombra, en la entrada a pesajes, Thiago lo agarró por un hombro. La cámara del exterior los perdió de vista, pero la que iba sobre el *steadycam* los atrapó de inmediato en su objetivo.

Nico continuaba con su mala cara, caminando a tirones mientras Thiago lo sostenía por un hombro, medio reteniéndolo a la fuerza a su lado; éste le susurraba algo al oído.

Me dio la impresión de que Nico estaba a punto de llorar debido a la rabia, y Thiago ya no sonreía.

El realizador les dio algo de intimidad justo después de que uno de los pilotos llegase a Thiago para felicitarlo, y luego otro, y entonces al brasileño no le quedó más remedio que soltar a Nico.

Ninguno de los otros pilotos felicitó a Nico por su segundo puesto, así como jamás lo felicitaban cuando ganaba.

Las imágenes regresaron al exterior.

Mónica tenía una mala cara solamente equiparable a la de su novio.

Volvieron a televisar el momento en el que Thiago pasó la meta.

—En Rusia nos irá mejor. A Nico le gusta mucho ese circuito.

—Sí, seguro —entoné mientras me ponía de pie para lavar mi taza de té ya vacía. Dejé la taza escurriéndose a un lado y me topé con la imagen de los tres del podio en la salita que antecedió la salida al público otra vez. Los tres pilotos intentaban refrescarse. Thiago, sonriente, conversaba con Haruki mientras bebían agua. Nico estaba a un lado, con la cabeza baja, acomodando la visera de su gorra de segundo lugar.

Me entraron ganas de ir hasta allí para darle una sacudida; de verdad que no podía ponerse así por llegar en segundo lugar en una carrera. Sabía muy bien que allí cada punto valía oro, pero... ¡por Dios, que se lo tomase con un poco más de entereza! Sí, sentía pena por él, pero no tenía sentido. Lucharía en Rusia, lucharía y demostraría todo lo que tenía que demostrar fuera de la pista, no así, dándole la espalda a su mejor amigo, al único piloto allí que no sólo soportaba su presencia y sus aires de campeón, sino que lo quería y lo protegía como un hermano mayor. Otra vez me dieron ganas de ir a propinarle un buen bofetón para que se le acomodasen las ideas.

No sé si el *champagne* con el que festejaron sus posiciones en el podio estaba frío, lo que sí estuvo helado fue el comportamiento de Nico con respecto a Thiago. Sí, le tiró líquido de su botella quizá unos cinco segundos, y después se acercó al borde de la terraza para lanzar, sin ganas, un poco del espumoso sobre los mecánicos y el resto del público; allí acabó todo para él. Bebió un sorbo de *champagne* y bajó la botella; hizo amago de retirarse cuando, entonces, Thiago tocó su hombro y le señaló el podio.

Para el final del festejo, el brasileño se llevó consigo a lo más alto de la tarima a Nico y a Haruki, y desde allí saludaron los tres.

Los entrevistaron allí mismo. Hubo más de un momento muy tenso, pues Nico no estaba bien predispuesto para hablar y, pese a que quien formulaba las preguntas era un expiloto, más de una vez lo miró como diciéndole que él no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Por suerte la atención se centró en el vencedor y el rostro de Nico desapareció de la pantalla.

Sin embargo, aún no habían terminado: todavía les faltaba la rueda de prensa y las cortas entrevistas que daban en una zona habilitada detrás del *paddock*.

—Hora de regresar al trabajo —anunció Suri, y yo fui a apagar el televisor.

Así como me hubiese gustado haber podido ir a dar ánimo a Nico, me moría de ganas de felicitar a Thiago y por eso, cuando oí por ahí que la mayoría de los pilotos terminaba con sus obligaciones, avisé a Suri de que iba al baño y me escapé de la cocina.

Espiando como si estuviese escapándome de la cárcel, me pegué al parachoques de uno de los camiones y miré a ambos lados del corredor. Estaba a punto de salir del área de Bravío para ir a buscar a Thiago; tenía la esperanza de encontrármelo todavía por ahí, ya libre de periodistas o incluso de sus relaciones públicas. Tenía ganas de darle un buen abrazo y de quedar con él y los demás para ir a beber algo esa noche.

—¿Se te ha perdido algo o te escondes de alguien?

Por poco vomito mi corazón.

Sé que alzó la voz de ese modo para asustarme; sé que llegó a mí sin hacer ruido a propósito. Le di la razón a mi intuición cuando me di la vuelta y lo encontré detrás de mí, de brazos cruzados, observándome con una mirada altiva. Había malicia en la mueca que formaban sus labios.

—Me has asustado —le dije, pero Nico ni se inmutó.

—Si lo has hecho, por algo será. ¿Qué haces?

—Nada.

—¿Adónde vas?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Por tu actitud, cualquiera diría que estabas a punto de hacer algo malo.

—Puedes regresar a tu autocaravana. —Sus malos modos hicieron que me entraran ganas de felicitarlo, en tono socarrón, por su segundo puesto. Me contuve.

—No.

—¿Necesitas algo de la cocina?

—No.

—Perfecto. Entonces, como no puedo serte de utilidad, seguiré con lo mío. Adiós, supongo que nos veremos en Rusia.

Di media vuelta y comencé a andar.

Maldije con ganas cuando noté que seguía mis pasos.

—¿Adónde vas?

—Vete —le exigí perdiendo la diplomacia.

—Deberías estar en tu puesto de trabajo.

—Y tu trabajo no es seguir mis pasos. Voy al baño.

—Los baños no quedan por allí. —Apuntó hacia donde yo ya sabía que quedaban los baños—. Por allí está el sector del equipo Asa. ¿Necesitas que te diga cuál es la casa rodante de Thiago?

El té verde trepó por mi garganta. No le respondí. Sabía muy bien cuál era la autocaravana del brasileño.

—Debes de estar muy feliz —lo miré de reojo sin dejar de avanzar—, exultante; después de todo, eres «su chica».

—Y tú, «su chico». —Le solté una mirada como diciéndole que dejase de molestar, Thiago y yo éramos sólo amigos.

—Queda claro que no es lo mismo.

—Lo que queda claro es que estás muy confundido. —Detuve mis pasos—. Planeo ir a felicitarlo, sí, porque, efectivamente, es mi amigo, y ésta es su última temporada y acaba de ganar una carrera después de mucho batallar para conseguir algo con su equipo. Supongo que también lo has felicitado. —Me quedé en silencio un par de segundos para ver su reacción. Frunció el entrecejo y apretó los labios como impidiendo que se le escapasen las palabras—. No creo estar haciendo nada malo. Ahora, si me lo permites... —Proseguí mi camino. Ilusa de mí, creí que así me dejaría en paz.

—Estás contenta, ¿no es así? —escupió en mi dirección.

—Sí, estoy contenta, pero no por regocijarme de que hayas terminado en segundo lugar, Nico. Estoy contenta porque ha ganado mi amigo, nada más. No necesitas hacer un berrinche; no me hace feliz que pierdas, no soy así, no quieras ponerme en ese sitio.

—No te cuesta mucho ponerte en el lugar de la chica que sale corriendo a felicitar a un piloto del equipo contrario.

—Ok, estás montándome una escena, perfecto: descarga conmigo tu rabia si es lo que necesitas. Entiendo que estés frustrado; estás demasiado acostumbrado a quedar primero. A mí tampoco me gusta que se me baje el merengue, pero yo no te odio por eso, Nico.

—¡El campeonato no es un puto merengue! ¡Esto es importante! —bramó atrayendo la atención de las personas que andaban por allí.

—¡Eh, tú, cuida el modo en que me hablas! No tendré sobre mis hombros cinco campeonatos mundiales de la categoría reina, ni soy dueña de mi propio aeroplano, pero no por eso tienes derecho a faltarme al respeto.

Un par de mecánicos del equipo rojo pasaron junto a nosotros sin perdernos de vista. Más de uno se quedó observándonos con curiosidad y sin demasiados reparos en hacer gala de su picardía.

—No busques pelea conmigo, Siroco —lo amenacé con un dedo en alto, perdiendo mis filtros y el sentido de la orientación, por lo que me olvidé de que ése era su circo. O al menos lo había sido hasta unas horas atrás, antes de perder su hegemonía sobre la pista—. No quiero discutir contigo.

—No, sólo provocarme para empeorar mi día.

—¿Disculpa?!

—Sabes muy bien de qué hablo —chilló.

—Definitivamente estás muy mal. ¿Sabes qué?, esta conversación se acaba aquí.
—Di media vuelta y seguí con mi camino.

—Es porque no hemos vuelto a hablar después de lo que sucedió...

No le permití terminar.

—No sucedió nada, campeón. ¿Por qué, mejor, no te ocupas de tus cosas? Tendrás cosas mucho más divertidas que hacer que seguirme a mí, imagino.

—¿Se lo has contado a alguien, a Harper?

—No tengo nada que contarle a nadie.

—Ella se ha pasado todo el fin de semana mirándome mal.

—¿Y de veras crees que es por mi culpa? —Ni siquiera me molesté en detenerme para decirle aquello—. Nadie sabe lo que pasó. No me interesa ventilarlo; de cualquier manera, no me necesitas a mí para que la gente te mire mal. ¿Acaso no te has percatado de que ninguno de los pilotos te felicita cuando vas al podio? Sólo estrechan tu mano los que se ven obligados a compartirlo contigo, y uno de esos suele ser tu compañero de equipo y, el otro, tu mejor amigo. —En ese momento sí que me había detenido—. Debiste ver la mueca en tu rostro al bajarte del automóvil y cuando Thiago te hablaba en la zona de pesaje. No digo que debas sonreírle a la cámara si no estás feliz, pero sí que no actúes de un modo tan despreciable solamente por haber perdido una carrera, mucho menos cuando quien gana es tu mejor amigo.

Nico se quedó mirándome en silencio un momento y al final reaccionó.

—Es evidente que tú no comprendes lo que significa esto.

—Lo que no entiendo es que tú no veas más allá de esto, pero, en fin, no tengo ni idea de cómo es tu vida fuera de aquí. Thiago bien lo dijo, no te conozco.

—¿Thiago y tú habláis de mí?

—Eres su amigo... De todas formas, no te emociones demasiado, no eres nuestro principal tema de conversación; por suerte, nosotros podemos hablar de otras cosas que no impliquen carreras, campeonatos y ese tipo de asuntos. Es sólo que es evidente que tu amigo se preocupa por ti porque ve que eres un pobre desgraciado que no le cae bien a nadie. Créeme que, en cierto modo, también me da un poco de pena no poder acceder a intentar ser tu amigo como él quiere, pero la verdad es que esto me sobrepasa, tú me sobrepasas. Simplemente no puedo contigo, no tengo la paciencia de Thiago. De verdad creo que deberías cuidar un poco más la amistad que hay entre ambos, imagino que no tienes muchos amigos como él. Yo que tú comenzaría a plantearme qué será de ti el año que viene, cuando él ya no esté por aquí. —Inspiré hondo—. Ahora, si me disculpas, iré a felicitarlo, porque a mí sí me interesa cuidar la amistad que tengo con él, más allá de este circuito, más allá del bendito campeonato.

Al darme la vuelta, vi a Thiago avanzar sonriente hacia nosotros. Cargaba su trofeo en una mano y la botella de *champagne* en la otra. Llevaba puesta su gorra de primer puesto en la cabeza.

Le sonreí de inmediato. Nico no empañaría su momento, o al menos yo haría todo lo posible para procurar evitarlo.

—¡Hola!, ¡qué bien que os encuentro a los dos aquí!

—¡Felicidades! —No tuve que hacer mayores esfuerzos para sonreírle; me sentía muy feliz por su victoria. Thiago llegó a nosotros y lo abracé—. Iba a buscarte para darte la enhorabuena. ¿Has acabado ya con las entrevistas?

—Sí, y estoy muerto de hambre y agotado. Casi había olvidado lo que implicaba ganar —entonó con esa preciosa sonrisa que no se le borraba de los labios—. Gracias por venir a felicitarme —me dijo.

—De nada. De hecho, quería hablar contigo un momento.

—Y yo con vosotros dos —me contestó—. Nico, ¿te encuentras bien? —preguntó al reparar en la cara larga de éste, si es que casi se la pisaba.

Nico se aclaró la garganta.

—Sí. ¿Qué sucede?, ¿para qué nos buscabas?

—Bueno, en un rato voy a celebrarlo con mi equipo, pero ¿qué os parece si os unís a nosotros más tarde en el bar? Queda muy cerca del hotel. Quiero festejar mi triunfo con vosotros, tomar unas copas. Ya sabéis... —Nos rodeó con un brazo a cada uno, quedando él en medio—... sois mis chicos, mi gente. ¿Qué me decís?, ¿unas cervecitas?

—Sí, claro, me parece muy buena idea. Es más, Harper y yo íbamos a preguntarte si nos reuníamos esta noche.

—Sí, acabo de verla, ya la he avisado. Vendrá con su novia.

El rostro de Nico se arrugó como si acabase de chupar un limón.

Lo miré meneando la cabeza, incrédula ante su reacción por la mención de la novia de Harper.

Thiago continuó.

—También se han apuntado Haruki, Klaas, Fabien y un par más.

—Perfecto. Me pasas la dirección, me dices a qué hora y allí estaré.

—Gracias, Duendecillo. Esta victoria no sería lo mismo sin ti.

—Sí, porque yo tengo mucho que ver —bromeé.

—Y bien, campeón, ¿vendrás o bien partes para casa esta noche?

Nico negó con la cabeza. ¿No vendría o no se iba a casa esa noche?

—No lo sé... Mónica...

—Por supuesto que tu chica también está invitada. —Nos estrechó a ambos—. Por favor, te quiero allí. Os quiero allí a los dos.

—Lo intentaré.

Nico no sonó muy convencido. Si no iba, sería él quien se lo perdiese y quien se perdiese todo lo demás que la vida tenía para ofrecerle fuera de ese reducido mundo.

Como el ambiente con Nico allí presente no daba para demasiado y yo así, con él en medio, no podía disfrutar de Thiago del modo en que pretendía, me despedí de ellos. Además, le había dicho a Suri que iba al baño y discutir con Nico me había demorado.

Junto a Suri, pasamos un par de arduas horas más de trabajo, pero, como habíamos adelantado muchos los preparativos para partir incluso antes de que comenzara la carrera, terminamos lo suficientemente a tiempo como para que yo pudiese regresar al hotel, darme una ducha y cambiarme para salir a encontrarme con Thiago y los demás sin que se me hiciese demasiado tarde.

Agotada pero muy feliz por estar en China, por saber que mi próximo destino sería Rusia y porque por delante tenía un par de horas de fiesta, me vestí para divertirme con un par de prendas que había comprado en España para nutrir un poco mi guardarropas de mochilera, que ya comenzaba a crecer gracias a esas semanas en la categoría; y, sobre todo, vestí mi mejor sonrisa.

Todavía me costaba creer que la vida que llevaba desde hacía semanas era real.

8. Campeones, perdedores y cerveza

Por suerte, el lugar escogido por Thiago para el encuentro quedaba a unas pocas calles del hotel en el que me hospedaba, por lo que pude ir a pie, perdiéndome por esa ciudad tan distinta a las que conocía, Shanghái.

Al llegar al bar un poco más tarde de la hora indicada, hallé al ganador de la carrera en compañía de su compañero de equipo, un par de sus mecánicos y su ingeniero de pista, además de Klaas, Harper con su novia, Haruki y, Vittorio y Sergio, otros dos pilotos amigos del brasileño.

Respiré aliviada al comprobar que, en las mesas que el grupo ocupaba, no estaba Nico, ni quedaban sillas vacías. Al instante me sentí mal por no verlo allí, pero no por mí; la verdad es que no me hubiese hecho ningún bien tenerlo alrededor de las mesas con los demás, pues, desde nuestra charla-discusión antes de toparnos con Thiago en el circuito, no podía parar de pensar en él, en nuestro beso, en sus palabras y en mis ganas de no llevarme mal con él, porque, pese a todo lo despreciable que pudiese resultarme, una parte de mí deseaba conocerlo, quería entender cómo funcionaba su cerebro y, sobre todo, su corazón; anhelaba descubrir qué había detrás del campeón. Quizá me hacía demasiadas ilusiones, fantaseando con lo que pudiese haber detrás de ese hombre que tenía por costumbre mirarnos a todos desde arriba de su podio; necesitaba creer que había algo más, porque no tenía ganas de aceptar que estaba permitiendo, del modo más infantil, que el cosquilleo que me recorría cuando lo tenía cerca o incluso cuando simplemente pensaba en él tomase el control cada vez con más frecuencia y mayor intensidad. También se tornaban una constante mis ansias de sacudirlo para intentar hacerlo entrar en razón y, por ello, me repetía que mis razones no necesariamente debían ser las suyas y que su vida era muy distinta a la mía; por eso él era quien era y yo era yo; compararnos o unirnos era imposible, y me cabreaba conmigo misma cada vez que me asaltaban esos arranques de juzgarlo o pretender cambiarlo.

Inspiré hondo ese aire que en China olía tan distinto al de Australia, al de España o al Baréin, y continué avanzando en dirección a la mesa. Thiago ya me había visto y se había puesto de pie para llamarme a gritos, con el fin de que pudiera oírlo por encima de la música y del bullicio reinante en el local.

Fuera como fuese, por esa chispita racional que todavía quedaba en mí, comprendí que Nico tendría que haber venido para celebrar con su amigo su victoria, pese a su derrota personal. Me dio pena por Thiago; él sonreía, pero yo tenía claro

que la ausencia de Nico le pesaba. Mi alivio me supo todavía peor cuando el brasileño me abrazó, agradeciéndome mi presencia.

—De nada. —Le di un beso en la mejilla—. No pensaba perdérmelo por nada del mundo. Perdona el retraso, es que hemos tenido que trabajar hasta tarde y no podía venir sin recomponer un pelín mi aspecto.

Thiago me devolvió el beso.

—Tú estás siempre hermosa, Duendecillo.

Me reí.

—Creo que ya has bebido demasiado —bromeé. Tenía aliento a cerveza y la mesa estaba repleta de botellas vacías; sin embargo, sabía que no estaba borracho ni nada por el estilo; solamente había dicho eso porque me dio vergüenza su apreciación sobre mi persona.

—Nada de eso. —Me sonrió—. Gracias por venir.

—Ya te he dicho que no me lo hubiese perdido por nada —contesté. Noté que se ponía un tanto melancólico, pues ya conocía sus miradas y sus sonrisas. Decidí desviar el rumbo que tomaba la situación—. De modo que no me habéis esperado y habéis empezado la fiesta sin mí —bromeé.

—Has llegado tarde —me soltó Thiago en el mismo tono.

—Estoy aquí, lo que ya es mucho decir. Estoy reventada; este fin de semana me ha dejado para el arrastre. —Comencé a quitarme la chaqueta de cuero, mientras saludaba al resto de los presentes intercambiado besos y abrazos.

Klaas, conocedor de mis gustos, le pidió una cerveza a la camarera que se acercó después de que él la llamase para pedir otra ronda.

Como Thiago estaba rodeado de la gente de su equipo, fui a sentarme al otro extremo de la mesa, junto a la novia de Harper, en la cabecera que quedaba vacía, rescatando antes una silla de una mesa contigua.

Mientras todos regresaban a sus conversaciones y risas, Harper se inclinó por delante de Amanda para hablarme.

—Ya creía que no vendrías.

—Casi. Estoy agotada, pero no podía perderme esto. —Me re Coloqué mi camiseta roquera, llena de tachas, lentejuelas y demás decoraciones, sobre el pecho. Cuando la compré, me pareció estupenda; ahora me daba la sensación de que era demasiado exagerada. Estaba tan cansada que creo que puse demasiado ahínco en recuperar mi imagen y me pasé de la raya; los demás iban vestidos más casuales. Se me había ido la mano con el *rock-glam* de mi atuendo.

—Estás estupenda. Me encanta tu camiseta —me dijo Amanda.

—No se te nota el cansancio —acotó Harper, sonriéndome.

—Me parece que me he pasado con el maquillaje, ¿no? —Me entraron ganas de ir al baño a quitarme un poco de la sombra de ojos y del resto del maquillaje con el que había procurado disimular mi cara de cansada.

—No, estás genial —me animó Harper.

—Una pena que seas hetero —bromeó Amanda.

—Y que tú tengas novia —le espetó Harper en el mismo tono de cachondeo.

Las tres nos reímos. Mi cerveza llegó y me sentí un poco menos incómoda con mi apariencia.

Como yo acababa de llegar, Klaas propuso un nuevo brindis en honor a Thiago, y Fabien, que sí había bebido un poco de más, soltó un discurso en francés dedicado a su compañero de equipo que la mayoría de nosotros sólo entendimos a medias.

Bastaron un par de minutos para que volviésemos a ser los de siempre, para que la conversación recuperase el ritmo distendido de otras noches. De cualquier modo, se notaba que era una ocasión especial; todos estábamos más que felices por Thiago y él rebotaba entusiasmo.

—Entonces... del campeón, ¿ni rastro? —le pregunté a Harper cuando ésta se me acercó para tenderme uno de los cuencos de *snacks* que había en el centro de la mesa; si continuaba bebiendo con el estómago vacío y el agotamiento que cargaba encima, alguien tendría que arrastrarme de regreso al hotel. Bueno, además, pedirle la fuente me había servido de perfecta excusa para tener un poco de privacidad con ella otra vez. El caso es que, hasta hacía un instante, habíamos estado hablando todos medio a gritos y entre carcajadas.

Harper negó con la cabeza.

—La última vez que lo vi fue en el circuito, cuando íbamos saliendo. —Sus ojos se desviaron por una fracción de segundo hasta Amanda—. Estaba con Mónica.

—Imaginé que vendría.

—Si jamás viene cuando estamos todos, Nat. El campeón no se mezcla con los plebeyos, ya sabes cómo es. Me sabe muy mal por Thiago.

Pensé lo mismo.

—No digas esas cosas, Harper —la reprendió Amanda.

—La verdad es que no se merece que hablen de él de otro modo.

—Amor, sabes que no es así. Estás enfadada porque a veces se comporta como un idiota, pero no...

Harper no le permitió a Amanda terminar.

Pese a que Nico, por lo que yo sabía, tenía una actitud un tanto deplorable con Harper y Amanda por su relación, Amanda era muy paciente con él e instaba a Harper a serlo. Creo que ni ella ni yo teníamos su aguante o sabiduría, así como la de

Thiago; ni a Harper ni a mí nos entraba en la cabeza que Nico tuviese esas actitudes tan obtusas.

—No es solamente a veces. Ok, no me gusta comportarme así, pero no soy la única a la que desquicia Nico. A Nat le sucede lo mismo.

Puse cara de horror por el tono infantil utilizado por Harper, a pesar de que en mi cara se plasmó una mueca similar a la de una niña que intenta defenderse, muy parecida a la que puso ella al pronunciar sus palabras.

—A ver las dos: que cada quien tiene que lidiar con su vida. Vosotras no sabéis qué pasa por su cabeza.

—De acuerdo, eso te lo concedo, Amanda; sin embargo, creo que lo defiendes demasiado. Ése de allí —apunté con el mentón en dirección a Thiago— es su único y mejor amigo, y no ha sido capaz de venir a celebrar su triunfo con él, pese a que él dejará la categoría este año. Debería darle vergüenza no estar aquí ahora. Entiendo que están compitiendo por el campeonato, pero hay cosas más valiosas que un título y no... —Me detuve porque noté que Harper y Amanda enderezaban sus espaldas y estiraban los cuellos como si estuviesen viendo algo muy interesante detrás de mí.

—Pues no tiene de qué avergonzarse —afirmó Amanda, indicándome con una mirada cómica que no tenía razón.

Giré sobre mi silla para apoyarme sobre el respaldo y mirar hacia atrás.

Justo a unos pasos de la puerta estaba Nico, vestido de modo impecable, de ese modo que hacía que me olvidase de lo despreciable de su conducta en ocasiones.

Me entraron calores, de tal magnitud que hasta mi corto cabello me molestaba, y para qué hablar de mi camiseta, que todavía olía a nueva. Empecé a sudar e intuí que el maquillaje se derretiría y escurriría por mi rostro. Necesitaba otra cerveza, porque lo poco que me quedaba en el vaso debía de estar demasiado caliente como para mi necesidad de refrescarme.

Lo único que me faltaba en este instante era babear por él. Mi nariz, como si tuviese cerebro y memoria propios, me trajo el recuerdo del varonil perfume de su piel; si hasta sudado, después de abrirse el mono ignífugo, olía como los dioses. Así, sin más, en un flash, mi mente me devolvió una imagen suya saliendo del automóvil, con cara de preocupación y concentración durante las pruebas, cuando no veía nada más allá de sus números en los tiempos de sus vueltas, cuando no oía más voces que las de Otto y sus mecánicos, cuando todo para él era ser el número uno en el campeonato.

Sí, pese a todo, Nico no podía hacer nada para que yo dejase de admirar su talento en la pista... y, para mi desgracia, tampoco para que pudiese desprenderme de la visión de su físico, de su aspecto, de su mirada, su cabello, sus manos, sus ropas... Justo cuando comenzaba a desvariarse, acerté a reparar en que no iba solo y, si él se veía estupendo así vestido, completamente de negro y con su cabello rubio medio revuelto, ella estaba absolutamente perfecta, libre de defectos. Mónica, su novia

italiana, estaba allí con él; la tenía rodeada con un brazo por la cintura, mientras ambos buscaban algo con la mirada: a nosotros.

La italiana, que ya de por sí era incluso más alta que Nico (apenas unos centímetros), en esa ocasión sobrepasaba su altura alzada sobre unas sandalias bellísimas que me hubiese gustado tener en mi guardarropa. Vestía un simple pantalón gris oscuro, una camisa blanca y una chaqueta negra de corte impecable, y llevaba la melena suelta; melena a la que le sobraba cabellera y volumen. Yo jamás tendría una igual, con el poco cabello que salía de mi cuero cabelludo, que, además, tenía la desventaja de ser fino y quebradizo como el de un bebé. No tenía por costumbre compararme así con otras mujeres, pero, con ella, me resultaba inevitable, y angustiante.

No necesitaba que nadie me explicase por qué me comparaba con Mónica. Me hubiese encantado ser yo a la que Nico besara después de cada carrera; me hubiese gustado haber compartido con él todo el tiempo que llevaban juntos y ese recorrido que lo llevó a la Fórmula Uno y que lo hizo campeón; me hubiese entusiasmado estar allí con él cada segundo, y anhelaba conocerlo como debía de conocerlo ella, porque, sí, todavía tenía la esperanza de que Nico tuviese otra cara, además de la que nos mostraba a nosotros, los plebeyos. Quería descubrir en él lo que veía Thiago, lo que veía ella o incluso lo que percibía Amanda.

La parte baja de mi espalda se sintió muy sola, porque el brazo de Nico estaba allí con ella y no conmigo.

Éste bajó la mirada y me vio, nos vio a todos, pero, por un fugaz segundo, sus ojos se quedaron prendidos de los míos.

Nico alzó una mano y, entonces, en la voz de Thiago estalló el nombre del campeón.

Me emocioné y le sonreí. Por supuesto, Nico no me vio; se ocupaba de su novia, ayudándola a quitarse la chaqueta tipo sastre que llevaba.

Agradecí que no me descubriera, habría quedado como una idiota. ¿Qué podía hacer yo sonriéndole?

Oculté mis ganas de él en el trago de cerveza que le quedaba a mi vaso.

Thiago saltó de su silla para recibirlos. Rodeó la mesa en la que estábamos Harper, Amanda y yo. Al pasar por detrás de ellas, me guiñó un ojo. Como pude, le contesté con una sonrisa.

—Al final se ha dignado a aparecer. Todavía no me lo creo.

Amanda reprendió a Harper con una mirada.

—Bueno, es que ha venido —exclamó con una mueca de incredulidad—. Además, lo ha hecho acompañado. Mónica no suele ir más que a las cenas formales del equipo, jamás a un bar a beber con los otros pilotos o mecánicos. No salgo de mi asombro.

—Necesito otra cerveza. —Bajé el vaso. Tenía ganas de girar sobre la silla para mirarlo, pero me contuve; no quería toparme con ella. De pasada y muy de lejos, nos habíamos vuelto a ver después de aquella primera ocasión en la autocaravana de Nico; lo que menos me apetecía era verla allí, en ese momento, en una reunión muy de amigos. La odié un poquito y me odié a mí misma un poquito más por eso.

Oí la voz de Nico cada vez más próxima; conversaba con Thiago, que les daba la bienvenida a él y a su novia, y toda mi piel se tensó. Sentí los cabellos cortitos de mi nuca erizarse, y no por un motivo desagradable. La voz de Nico se metía en mi sistema nervioso, reblandiendo cada una de mis fibras.

Harper me miró en silencio y Klaas alzó una mano para volver a llamar a la camarera, a la que le señaló mi vaso vacío. Noté que su mirada se había oscurecido. Después de su partida de Bravío, la relación entre él y Nico había empeorado; bien, en realidad nunca había sido demasiado buena; por lo que supe por boca del propio Klaas y gente del equipo, más de una vez por poco llegan a las manos. El holandés no era tan diplomático como Haruki, quien, por cierto, en ese instante no parecía muy feliz. El japonés no le haría un desplante ni nada por el estilo, pero quedaba claro que la presencia de Nico lo incomodaba. De hecho, incomodaba a todos los presentes; nadie sabía qué hacer con su mirada ni con su llegada. Súbitamente, las risas y las conversaciones decayeron, transformándose en un silencio un tanto tenso, interrumpido por algún que otro murmullo y miradas furtivas.

Imposible culparlos por no quererlo allí, pues eso lo generaba Nico con su forma de ser y actuar.

—Sentaos aquí, junto a Natalia, que hay espacio —oí decir al brasileño, y me entraron ganas de matarlo. ¿A mi lado?

Giré un poco hacia mi izquierda y vi aparecer a Thiago sosteniendo una silla que colocó entre la mía, en la cabecera, y la de Josh, uno de sus mecánicos, que estaba sentado en el extremo del lateral—. Toma asiento, Mónica.

Giré la cabeza y la vi a ella, con su porte imponente, aparecer. Noté que intentaba sonreír. No le salía muy bien. Moví la cabeza un poco más y me topé con la mirada de Nico; él había quedado entre su novia y yo.

—Búscate una silla, campeón —le soltó Thiago con el desparpajo de siempre—. Duendecillo, muévete un poco para que él pueda acomodarse.

«¡Perfecto!», chillé dentro de mi cabeza; allí estábamos su novia, él y yo, los tres apretujados en la cabecera de la mesa.

Tragué en seco y me coloqué un poco más contra Amanda, moviendo mi silla hacia la suya. Vi que la santa de la novia de Harper le sonreía a Nico, dándole las buenas noches, y me sentí como una perdedora, porque ni siquiera fui capaz de volver a mirarlo, y para qué hablar de saludarlo o saludar a su pareja.

Su silla apareció a mi izquierda, mientras Mónica se acomodaba junto a Josh.

Nico se quitó la chaqueta y el aire que movió al girarse para situarla sobre el respaldo de la silla me tiró encima todo su perfume.

Mentalmente le pregunté si deseaba matarme despacio.

Nico se apretujó contra mí con su silla, y se acomodó en su asiento. Movi6 la silla hacia delante. Procuré no reparar demasiado en sus formas y no respirar muy hondo.

La conversaci6n se reanud6, b6sicamente para darles la bienvenida a los reci6n llegados. Sin demasiado 6nimo, Nico respondi6 los saludos.

Nadie los invit6 a un trago.

Thiago lleg6 a su silla y la camarera apareci6 a mi lado para recoger mi vaso vaci6 y poner frente a mí uno lleno.

—¿Podrías traernos una copa de vino blanco y una botella de agua, por favor? —le pidi6 Nico. La chica asinti6 con una sonrisa tímida y un movimiento de cabeza.

Al apartarse la camarera, su mirada se top6 con la mía.

—Buenas noches —me salud6 como si justo en ese instante acabara de reparar en mi presencia.

—Hola —contesté.

El rostro de M6nica apareci6 por detr6s del de Nico. Ella agarr6 la mano que 6ste tenía sobre la mesa. Noté que en sus dedos llevaba un par de anillos de importancia.

El pensamiento de que ella era exactamente el prototipo de novia/esposa de los pilotos de la categoría me angusti6; daba perfectamente la talla.

—M6nica, ella es Natalia; trabaja con Suri en la cocina del equipo —me present6 Nico a su novia y dueña.

Con tal introducci6n, sentí que quedaba impreso a fuego sobre mi piel el título de perdedora, y eso, a decir verdad, no tenía demasiada raz6n de ser, porque yo amaba mi trabajo y no me parecía que debiese avergonzarme de trabajar en la cocina. Sin embargo, que 6l lo dijese así, en ese tono, resumiéndome a esas palabras que no fueron dichas en un tono precisamente elogioso, hizo que desease zambullir la cabeza en mi enorme vaso de cerveza.

—Ah, sí, claro. Creo que te he visto un par de veces. —La italiana no podía tener una voz más elegante.

Ni siquiera recordaba que me había visto en la autocaravana de Nico.

—Hola, ¿cómo estás? —la salud6 Amanda.

—Bien, gracias —contest6 ella. Pese a todo, se conocían y, así le hiciese o no gracia a Nico que Harper fuese gay, mantenían las apariencias—. ¿Cómo estás, Harper?

—Bien, gracias. ¿Y tú? —La australiana no hizo demasiados esfuerzos por entablar conversaci6n, pues, tan pronto como termin6 de articular aquellas palabras, se llev6 el vaso a los labios.

—Bien, muy bien. —Mónica se acomodó sobre su silla. Las conversaciones volvían a emerger, pero, allí, entre nosotros cinco, el ambiente no era demasiado amistoso, sino más bien tenso. Josh se reía a carcajadas con George.

El silencio cayó sobre nosotros cinco.

Harper alzó su vaso de cerveza y me miró de reojo. Era evidente para ella, tanto como para mí, que la presencia de Nico inhibía nuestro comportamiento habitual. Era como si Nico fuese el director del colegio y nosotras tres, alumnas revoltosas a las que no les quedaba más remedio que guardar las formas en su presencia.

Tenía que resistir la tentación de volverme a mirarlo, porque no podía contener mi necesidad de respirar y así evitar que su aroma se metiese por mi nariz, nublando mis pensamientos de un modo todavía más peligroso que la cerveza.

Al día siguiente tendría resaca por la cerveza y por él, lo sabía. La de la cerveza, se me iría por la tarde; la de él no se me curaría tan rápido, porque Nico tenía por delante un par de días de descanso en los que regresaría a Montecarlo, donde residía la mayor parte del año, mientras el resto del equipo, lo que me incluía a mí, volvería a España para hacer más pruebas, en las cuales participarían Haruki y Harper.

Vi sus muslos enfundados en esos pantalones negros. No fue intencionado, pero me fijé en su entrepierna y eso me provocó todavía un poco más de celos de la kilométrica italiana. Mis ojos subieron por su abdomen, hasta que Nico se movió. La camarera llegaba con sus bebidas.

Nico le tendió la copa de vino blanco a Mónica y se quedó con la botella de agua. Él le dio las gracias a la camarera, y el silencio volvió a caer, pesado, sobre nosotros.

Si continuábamos así, la noche resultaría un completo fracaso; la verdad es que no se me ocurría qué decir o hacer para intentar hacer, de nuestro extremo de la mesa, un lugar menos incómodo.

Josh se rio con ganas una vez más y hundió la mano en el cuenco de *snacks* que compartíamos de ese lado.

Por detrás de Nico, vi el rostro de Mónica descomponerse considerablemente. Cuando Josh se metió la comida en la boca, ella le lanzó una mirada de asco al cuenco.

George hizo que se riera todavía más y Josh por poco vomita sobre la mesa. Lloraba de la risa y, cualquier otra noche, nosotras nos hubiésemos reído también; sin embargo, en este instante ni Amanda ni Harper ni yo nos atrevíamos a reaccionar.

—¿Aprovecháis los días de parón que tenéis para estar juntos en Montecarlo?

La pregunta la formuló Amanda; iba dirigida a Nico. La hizo en un tono amistoso, como si ella también estuviese deseando poder tomarse unos días libres en compañía de Harper para descansar y alejarse, al menos un poco, de la locura del campeonato.

—Yo regreso a Italia a primera hora de mañana —contestó Mónica, dejando a Nico con la boca abierta en su intención de responder—. Es decir, en pocas horas —

se corrigió tras lanzarle una mirada al impactante reloj colocado en su muñeca derecha.

—¡Qué pena!

—Intentaré alcanzarlo en un día o dos. Tengo trabajo. Sin embargo, haré todo lo posible para unirme a Nico pronto; nos merecemos un descanso. —Mónica se colgó del brazo del susodicho. Ella ni se molestó en pasar su mirada sobre mí, pese a que yo estaba justo al lado de Nico. En realidad no había demasiada razón para que me mirase, pero, bueno, es que como estábamos todos allí, tan juntos...

Yo sí había estado observándola, estudiándola; en resumen, angustiándome.

—Eso está muy bien.

Mónica le sonrió del modo más sintético imaginable a Amanda.

—¿La acompañarás a España? —le preguntó Mónica mientras sus respectivas parejas y yo guardábamos silencio.

—No, esta vez no. Debo regresar a casa, tengo trabajo. Pero iré al Gran Premio de Rusia, no me lo perdería por nada.

—A Nico le gusta mucho ese circuito —comentó la italiana con orgullo.

—Sí, eso mismo dice Suri —solté yo sin mala intención. En cuanto mi voz murió, todos se quedaron en silencio. Alcé la vista de mi vaso de cerveza y me encontré con sus iris, y con una mueca indescifrable en el rostro. Mis ojos se quedaron enredados en su mirada, la cual, para mi sorpresa, no parecía tener la intención de repelerme—. ¿Te gusta Sochi? —añadí para salvarnos del silencio.

—¿Conoces Rusia? —disparó Mónica en mi dirección.

Negué con la cabeza sin apartar la mirada de Nico, sin parpadear.

—Sí, me gusta Sochi. Rusia es increíble, ya lo verás.

Nico parpadeó y yo también.

—El circuito es increíble —acotó.

—Y se le da estupendamente. Será una victoria segura —sentenció Mónica por detrás del hombro de Nico.

Éste, con la vista baja, espío hacia atrás. Fue un parpadeo, una milésima de segundo en que no diría que lo vi dudar, sino más bien... Seguro que interpreté mal su gesto cuando me pareció atisbar un deje de tristeza en su cara.

—Ganaste allí el año pasado, ¿no? —le preguntó Amanda, cortando lo extraño del momento.

—Sí, ganó —contestó Harper—. Es un circuito que le va muy bien al diseño y a la configuración de nuestros monoplazas.

—Definitivamente —certificó Mónica, para acto seguido llevarse la copa de vino blanco a los labios.

—Hay que correr cada carrera. Jamás doy una carrera por ganada antes de acabarla.

Nico entonó estas palabras mirándome.

Volvimos al silencio. Nico bebió de su agua; yo, de mi cerveza, un trago demasiado largo. Amanda y Harper me imitaron. Si seguíamos así, acabaríamos borrachas las tres. Mónica no corría ese peligro, pues apenas si humedecía los labios en el vino blanco, y como Nico bebía agua...

Como la conversación entre nosotros no fluía, nos pusimos a escuchar lo que contaban los demás. Klaas se puso a relatar una broma que le habían hecho a uno de sus ingenieros el sábado anterior. Fue una anécdota graciosa y todos se desternillaron de risa; a mí me dio un no sé qué reír junto a Nico. Estaba tensa; tenerlo al lado me ponía nerviosa, me incomodaba.

—¿Recuerdas la vez que te pegamos las manos al pasamanos de tu autocaravana?
—soltó Klaas girándose en nuestra dirección. Me di cuenta de que le hablaba a Nico.

—Claro que lo recuerdo —medio gruñó el campeón en respuesta.

Mónica puso mala cara y Thiago se rio.

—Eso estuvo genial. No podíamos parar de reír. Nico estaba furioso. Deberías haberlo visto, Duendecillo.

Di un respingo cuando Thiago se dirigió a mí.

—Le pedimos a Otto que lo llamara. Nico dormía una siesta e hicimos que lo sacara de la autocaravana. Siroco, así dormido como iba, salió de la casa rodante y, entonces, lo agarramos entre nosotros dos y los mecánicos —apuntó en dirección a Klaas—. Le encintamos las manos al pasamanos, mientras él gritaba como un loco y nos insultaba en todos los idiomas imaginables. —Thiago se rio—. Fue para uno de sus cumpleaños. Por Dios, ¡cómo nos reímos esa tarde!

—Sí, muy gracioso... Por vuestra culpa llegué tarde al *box* en día de prácticas.

—¿Te dejaron allí pegado? —le pregunté a Nico directamente, atreviéndome a mirarlo a los ojos.

—Sí, los muy desgraciados pegaron mis manos al pasamanos con dos rollos enteros de cinta adhesiva, y allí me dejaron para después salir corriendo, mientras se tronchaban de risa a mi costa.

—Gritaba como un desquiciado, pidiendo que alguien lo ayudase.

Me lo imaginé y me tensé; es que... con el poco sentido del humor que tenía Nico... Visualicé a Klaas, a Thiago y a los demás desoyendo sus insultos, riéndose de su seriedad. Sonreí, no pude evitarlo.

—¿Cómo te soltaste de allí?

—Bueno, grité, pero, como todos se fueron a *boxes*... juro que creí que me había quedado solo en el circuito. Estos desgraciados le dijeron a todo el mundo que no me soltasen. Menudo regalo de cumpleaños. —Con falsa cara de perro, Nico se volvió

hacia Thiago, quien sonreía de oreja a oreja, y después sus ojos azul celeste regresaron a mí—. Empecé a intentar cortar y arrancar la cinta con los dientes. — Empezó a decir esto último muy serio, pero, al final, ni siquiera él pudo contenerse y me sonrió.

Reí porque lo vi, en mis retinas, luchar a mordiscos con las cintas. Creí que me odiaría por reírme; en vez de eso, Nico rio también.

—Sí, sí, muy divertido —canturreó mientras todos se carcajaban—. Para que lo sepas, estos dos criminales de aquí —apuntó con un dedo a Thiago y a Klaas— me han hecho pasar más de un mal rato.

Al decir aquello no se le borró la sonrisa del rostro y no pudo hacerme más feliz oírlo hablar así de su mejor amigo y de su excompañero de equipo. ¿Por qué no podía ser así de dulce y agradable, aunque fuese un cincuenta por ciento del tiempo? Por Dios, si ser así de humano lo hacía parecer todavía más atractivo, más perfecto, más campeón del mundo, más como el resto de la gente que vivía, respiraba y existía dentro de la categoría. Si así, sonriendo, parecía incluso más apasionado por ese mundo, más real a los ojos de cualquiera, más real a mis ojos.

—Si supieras la cantidad de bromas que me han gastado... —me dijo.

—Pobre —entoné tímidamente, sonriéndole con los labios y con los ojos. Es que sonreía y era tan guapo que me entraron ganas de saltarle al cuello, prenderme de su nuca y besarlo hasta que su boca lavase el sabor a cerveza que tenía en la mía, para quedarme con su sabor en mí.

—¡Nada de pobre! —exclamó Thiago—. Él, en su época, también hacía de las tuyas. Bueno, hasta que se convirtió en un estirado obsesivo que lo único que sabe hacer es destrozarnos a todos dentro de la pista. Ahora es un aburrido —bromeó el brasileño. Klaas chocó su vaso contra el de Thiago, como si brindase por aquello.

Haruki bajó la vista a su cerveza y Mónica resopló al otro lado de Nico.

—Hubieses visto cómo me quedaron las muñecas y las manos por culpa de la maldita cinta. Me pasé todo el fin de semana con una alergia impresionante, que los guantes y el calor no hicieron más que empeorar —me comentó a mí en voz baja, con la vista fija en la botella de agua que rodeaba con ambas manos.

Vi sus manos y las imaginé enrojecidas e irritadas, y sentí pena por él; en ese momento se veían perfectas, dignas de ser besadas dedo por dedo.

—Esa broma, definitivamente, no fue graciosa. ¿Recuerdas que esa semana acabaste en el hospital? —refunfuñó Mónica—. Todos nos preocupamos por ti; fue una idiotez.

—No fue nada —la tranquilizó Nico.

—¿Tan serio fue? —le pregunté, y Nico giró la cabeza hacia mí.

—No, en realidad no tanto. —Meneó la cabeza y me regaló un amago de sonrisa—. Culpa mía, que no tomé un antihistamínico a tiempo.

Mónica resopló.

—¿Así que esos dos son un peligro? —me atreví a preguntarle, para que la conversación entre nosotros no sucumbiese. Me dio seguridad que Amanda y Harper se pusiesen a hablar con quien tenían al lado y que en ese instante Josh convidaba a Mónica del cuenco de los *snacks* que había estado devorando.

—Deberías cuidarte de ellos —me contestó con una voz suave que no le conocía y que tampoco le creía capaz de entonar.

—De ti, ¿no? —Eso se me escapó, o quizá no; deseaba decírselo, pero no allí, no entre toda esta gente y con su novia presente.

—Eres inteligente, sabes tomar distancia.

¿Eso había sido un elogio, una advertencia, un desplante? ¿Estaba poniéndome en mi lugar?, ¿ponía distancia entre nosotros? Sin duda yo me había ido de la lengua con eso último.

—Quizá no lo sea tanto, no lo sé. En fin, eres el campeón y tienes cosas más importantes de las que ocuparte. —Listo, con eso me ponía otra vez en mi sitio y a él, en el suyo.

Deshaciéndose de las carcajadas un tanto borrachas de Josh, Mónica se volvió otra vez hacia su novio, marcando un poco más su territorio.

Nico se apartó de mí y dejó de sonreír. Uno de los mecánicos de Thiago le habló y, con las chicas, nos pusimos a conversar con Haruki.

Mi segundo vaso de cerveza se evaporó y pedí un tercero. Me entró calor y, entre conversaciones y risas, terminé con un cuarto en las manos.

El grupo fue reduciéndose y mi contenido de alcohol en sangre, aumentando.

No estaba borracha, pero sí bastante entonada.

A mi lado, Nico y Mónica se susurraban cosas al oído. Por suerte, para salvar la situación, llegó Thiago a ocupar la silla que Josh acababa de dejar vacía al irse a su hotel.

Thiago tendió una mano hacia el campeón.

—Mi chico —le dijo cogiendo su puño; la lengua medio que le patinó—. Al fin podemos charlar un poco. Te has sentado muy lejos de mí.

—Es que no había espacio allí, Thiago —le contestó Nico, en un tono que no era ese dulce con el que me habló durante un momento rato atrás, pero casi.

—No estás molesto conmigo, ¿no es así? Por ganar, digo.

—No, Thiago.

—Porque yo te quiero; eres como un hermano menor para mí.

Vi a Mónica poner los ojos en blanco.

—Lo sé, Thiago; yo también te quiero como a un hermano, por eso estoy aquí.

—Es que apenas si me hablaste. —Thiago apretó su puño—. Gracias por venir. ¿Sabes que tus maniobras son siempre excelentes? Todavía no sé cómo he hecho para ganarte la posición. No puedo creerlo.

—Bueno, lo has hecho muy bien —afirmó Nico sin la menor pizca de enojo.

—Nico, creo que es hora de que nos vayamos ya. Mi avión sale apenas en unas horas y...

—No, no podéis iros; ahora que puedo estar un poco con mi chico... —lloriqueó Thiago.

—Mónica tiene razón; debe estar en el aeropuerto a las...

—Pero si viaja con el resto de su equipo —lo cortó el brasileño, poniendo cara de cachorro abandonado—. No te vayas, Nico. Podemos pedirle un taxi que la lleve hasta su hotel. Por favor, no te vayas. —Thiago miró a Mónica—. Deja que se quede; esta noche es especial, y no sé cuántas otras tendremos así. Ya no estaré aquí el año que viene.

El amago de sonrisa que había esbozado Nico hasta entonces en sus labios, al conversar con Thiago, se borró. Noté de refilón que Harper también se había puesto seria. Era obvio que todos echarían de menos a Thiago, y mucho. Bueno, lo más probable era que Mónica no fuese a extrañarlo ni siquiera un poco, porque en ese instante lo miraba con el entrecejo fruncido y los labios tirantes, formando con ellos una línea recta que arruinaba su belleza natural.

—¿Te importa? —le preguntó Nico a su novia—. Te buscaré un taxi para que te lleve al hotel; después de todo, irás con tu equipo al aeropuerto. Podemos despedirnos aquí. Es una noche especial para Thiago.

—Por favor —lloriqueó Thiago sin soltar a Nico.

Noté que Mónica no quería montar un escándalo delante de todos, pero no estaba ni un poco feliz de que Nico la mandara a su hotel en un taxi sola.

La respuesta de la italiana fue ponerse de pie.

—Sí, mejor me acompañas fuera. Es mejor que me vaya ahora, estoy muy cansada.

Thiago soltó a Nico. Ya no tenía cara de perro apaleado, sino de felicidad. Su amigo se quedaría a celebrar su triunfo con él.

—Claro, te acompaño fuera.

Nico apartó su silla; su mirada se cruzó con la mía. Ayudó a Mónica a ponerse su chaqueta sastre otra vez.

Por encima de la música y sin mucho entusiasmo, ella se despidió de los presentes. Los chicos, que estaban todos un tanto entonados o quizá simplemente felices por la victoria de Thiago, la despidieron entre gritos y frases exageradas.

No me hizo feliz pensarlo, pero la verdad era que mi alivio al ver que se iba resultaba absoluto; no simplemente porque ya no estaría allí colgada del brazo de

Nico, sino porque todos nosotros volveríamos a ser los mismos de siempre, hablando de estupideces, soltando alguna que otra bestialidad, bebiendo sin tener a alguien observándonos con una mirada reprobatoria.

Harper, que tampoco estaba muy sobria, me guiñó un ojo y yo sentí que enrojecía cuando sus ojos subieron hasta el campeón y, acto seguido, bajaron a mí de nuevo.

Nico salió a despedir a su perfecta novia, mientras el resto de nosotros hacíamos sitio sacando de en medio las mesas y las sillas que sobraban, para darle a la conversación un toque más familiar. Klaas pidió otra ronda de bebidas para todos.

—¿Todo bien, Duendecillo?

Giré la cabeza hacia Thiago.

—Sí, todo perfecto. ¿Y tú?

—Yo, de maravilla ahora que os tendré solamente para mí.

Le lancé una mirada inquisitiva.

—A mis chicos, Nico y tú, sólo para mí. —Me apuntó con un dedo, que al instante comenzó a girar en el aire, enmarcando mi rostro—. Tú...

—Yo, ¿qué? Creo que estás un poquito borracho.

—Y tú vas por buen camino también. Escucha...

—Te escucho —le dije sonriente. Inspire y en ese mismo segundo tuve una especie de revelación que reafirmó lo que ya sabía que sentía: no podía estar más agradecida de haber caído en el mundo de la Fórmula Uno; gracias a eso, lo tenía a él de amigo, eso entre otras cosas. Thiago interrumpió mi momento místico.

—No creas que no te he visto, que no me he dado cuenta del modo en que lo miras. —Se inclinó hacia mí. Se había acomodado en la silla que Mónica había dejado libre para quedar más cerca de mí, cuidándose de no ocupar la que Nico acababa de dejar vacía; comprendí por dónde iban los tiros y, como llevaba alcohol encima, no conseguí reprimir el rubor que tiñó mis mejillas—. Se te cae la baba, Duendecillo.

—No sé de qué me hablas.

—Del campeón.

—¿Qué sucede conmigo?

Yo, que intentaba ocultarme detrás de mi vaso de cerveza de las palabras de Thiago, por poco me rompo todos los dientes contra el recipiente al sobresaltarme con su llegada.

Giré la cabeza para ver sus manos acomodarse, plácidas, sobre el respaldo de la silla. Mis ojos subieron por sus brazos hasta su rostro. Nico estaba de regreso.

—¡Aquí estás! —Thiago le indicó que tomara asiento otra vez—. ¿Mónica se ha ido muy enfadada?

Nico le contestó con una simple mirada.

—Ven, siéntate con nosotros y quédate tranquilo, que se le pasará. Ven aquí a disfrutar con tu gente, que llevábamos demasiado tiempo sin hacer esto y lo echaba de menos. Es como al principio, cuando éramos jóvenes y hacíamos locuras.

Definitivamente Thiago estaba ebrio.

Nico apartó la silla para sentarse entre nosotros dos.

—Yo continuo siendo joven —se burló Nico, riendo—. Eres tú el que está viejo, por eso debes retirarte, abuelo —soltó a modo de broma.

Thiago lo abrazó.

—Tienes que prometerme que vendrás a visitarme al asilo de vez en cuando.

—Eso sería en tu casa de Río de Janeiro o en tu apartamento en Montecarlo, o quizá en algún hotel del Caribe o en una estación de esquí. Anda, deja de lloriquear, que hoy has ganado una carrera.

—Entonces... ¿no estás molesto conmigo por ganarte?

—Creo que sobreviviré, Thiago. —Espió en dirección al carioca sin dejar de sonreír. Bebió un sorbo de agua y bajó la botella.

—Temía que con esto... si hasta iba a pedirle a nuestro Duendecillo que intercediese por mí ante ti.

Al oír aquello, se me escapó una carcajada.

Nico giró la cabeza en mi dirección.

—Vamos, ¿no puedes hablar en serio? ¿Pretendes hacer que me odie un poco más? —le dije a Thiago medio en broma, medio en serio.

—¿Por qué dices eso? —soltaron los dos a coro, mirándome; Nico, muy serio, y Thiago, con los ojos chiquitos, nublados por el alcohol.

Carraspeé.

—Bueno, es que tú y yo... —Nico me observaba sin parpadear, expectante. Sus ojos no me perdonarían la vida, esperaba una respuesta. Desvié los míos en dirección a Thiago, quien, con las cejas en alto y una sonrisa, me demostraba su satisfacción. Estaba disfrutando de dejarme en evidencia delante de Nico. Dirigí mi vista al campeón—. Bueno, es que nosotros dos no nos llevamos precisamente bien. Y la verdad es que no tenemos por qué; con que podamos convivir en paz, es suficiente, ¿no es así?

—No creo que sea posible tener paz contigo —soltó Nico.

Mi sonrisa se esfumó.

—¿En serio? —refunfuñé—. Si la paz entre nosotros se acaba, es por tu culpa. Siempre lo es, estás arruinándola ahora. Y yo que creía que podíamos conversar un rato en armonía, como hace un momento, tan sólo al menos para darle el gusto a

Thiago, porque él está aquí preocupado por haberte ganado y tú, con esa actitud altiva que tienes, no se lo perdonas. Si supieses lo que este hombre se preocupa por ti... y no es el único. —De eso último me arrepentí al instante—. Mucha gente se desvive por mantenerte feliz —lancé rápidamente, esperando que mi anterior frase pasara desapercibida—. Eres increíble, ¿lo sabes? Y no en el mejor sentido. Sí, eres un piloto grandioso y lo que haces en la pista me deja boquiabierto; sin embargo, la verdad es que...

Nico me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, lo que hizo que me detuviese de pronto.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté enfadada. Maldito alcohol, estaba descontrolada por culpa de la cerveza.

—Joder, que pensé que no te detendrías ni para respirar. ¿Y yo soy el que acaba con la paz? Si es que digo dos palabras y tú te aceleras como una loca, abalanzándote sobre mí como si quisieses ganarme la primera posición antes de la primera curva.

Thiago soltó una carcajada.

—Contigo, basta con que abra la boca para que te descontroles. ¿Es con todo el mundo así o solamente conmigo? —le preguntó al brasileño.

—Contigo —contestó Thiago.

—Es culpa suya; es que es un idiota y un pedante. —Aparté mi rostro y me llevé a los labios el vaso de cerveza.

—Deberías dejar de beber, te afloja la lengua —entonó Nico, muy tranquilo, alzando la boca de la botella de agua hasta sus labios.

—Tú necesitarías un par de gotas de alcohol; quizá te servirían para relajarte y se te bajarían los humos. No bebas, no osas probar lo que preparo...

—¿Eso hiere tu ego?

—¡Claro que sí! —exclamó Thiago.

—Escucha: tú —lo apunté con un dedo— mejor cierras la boca.

—Eres muy susceptible —me espetó Nico.

—Lo mismo digo, campeón.

—Pero no parece serlo tanto cuando Suri o Thiago te llaman Duendecillo. Si ellos te llaman así, entonces yo puedo llamarte *petitona meva*.

—¡¿Qué?!

Thiago se carcajeó otra vez.

—No me hables en catalán, que no te entiendo, campeón —le gruñí.

Thiago continuó tronchándose de risa y me entraron ganas de matarlo.

—Si no entiendes catalán, no es problema mío —articuló sin perder la espléndida sonrisa que dibujaban sus labios. Le arrebató el vaso de cerveza a Thiago y bebió un buen sorbo. Thiago se lo quitó de las manos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Averígualo —me retó presuntuoso.

—No me llamarás así.

—Claro que sí, Thiago puede llamarte Duendecillo.

—Thiago es mi amigo.

—¿No soy tu amigo?

Lo miré de reojo de muy malos modos.

—Podemos serlo; después de todo, acabas de verme en mi peor momento.

—¿Y eso es...?

—Perdiendo —soltó Thiago.

—Llegó en segundo lugar —repuse.

—Eso mismo —entonaron los dos a coro otra vez.

—El que no llega primero es el primero en perder; no es mucho consuelo llegar segundo —me aclaró Nico.

—Eso —convino Thiago—, él se lo toma muy a pecho —apuntó a Nico con la cabeza—, pero al fin y al cabo así es.

—Sois dos idiotas.

—A ti no te gustaría que te dijese que tus *macaroons* son los segundos más ricos del mundo.

—Tú ni siquiera los pruebas —le contesté a Nico intentando deshacerme de aquello que sentía; la verdad era que no, no me gustaría que me dijese eso, y menos aún que él me lo hiciera sentir cada vez que rechazaba probar algo preparado por mí.

—Jamás dije que fuesen los segundos más ricos.

—Bueno, bueno, nos desviamos del tema... —Thiago cortó nuestra discusión alzando las manos como pidiendo paz—. Yo creo que vosotros dos podéis y debéis ser amigos.

—Thiago, con que verbalices tus ganas de que él y yo nos llevemos bien, no es suficiente para que pueda o deba ser así.

—¿No quieres ser mi amiga?

—No me jodas, campeón. ¿De verdad hablas en serio? No me caes bien y tú a mí no me soportas, eso está más que claro.

—¡Ayyy! —exclamó fingiendo dolor en una mueca y llevándose ambas manos al pecho. Me quedé con los ojos abiertos de par en par al presenciar ese comportamiento

suyo, del cual nunca antes había tenido muestras de que existiese—. No hables por mí, *petitona meva*.

—Si me estás insultando con eso, te juro que...

Nico se rio ante mi principio de amenaza.

—Por eso casi no tienes amigos. —Intenté soltar aquello a la ligera y más que nada lo dije porque la cerveza me tenía medio sin filtro.

Al ver que la cara de Nico se volvía de piedra y no precisamente como de mármol, como una bonita escultura de mármol, me dieron ganas de coserme los labios.

—Perdón. Discúlpame. No he querido...

—Nada, si todos sabemos que este chico no es el mejor relacionándose con los demás. Nacido y criado para competir. —Thiago le propinó una palmada en el hombro. Aun así, la mala cara no se le borró.

—Sabes que no me gusta que digas eso, Thiago.

—Sí, lo siento, perdona; creo que he bebido demasiado. Es que me angustia dejarte aquí solo.

—No me dejas solo, Thiago; no digas esas estupideces. Si quieres quedarte en la categoría por ti, te quedas, pero, por mí, no te preocupes. Me sentiré feliz de que te vayas a disfrutar de la vida. Claro que te extrañaré, pero eso de que me abandonas no es serio.

—Sí lo es; por eso quiero que Natalia y tú seáis amigos. Ella te cuidará por mí.

—Thiago, yo ni siquiera sé si estaré aquí el año próximo. Mi contrato termina al final de la temporada.

—¿Por qué? —me increpó Nico.

—Bueno, porque así es. En realidad, quedarme en la categoría no estaba en mis planes. No digo que no me guste, me encanta. Es que, no sé... quería hacer otras cosas, ya veré. —Como sentí que los ojos azul celeste de Nico me perforaban el cráneo, aparté la mirada y bebí. Tendrían que llevarme con una grúa a mi hotel, porque, cuando quisiese ponerme de pie, si seguía bebiendo de esa manera...

—¿Qué otras cosas?

¿No podía dejar el tema ya?

Con su voz, todo el lado de mi cuerpo que daba a él se estremeció; se me puso la piel de gallina.

—Bueno, no sé; no estoy segura.

—Natalia quiere montar su propia pastelería. Uno de sus hermanos es chef, vive en Londres y le propuso ir a trabajar con él.

Le lancé una mirada asesina a Thiago; no hacía falta que le contase todo eso sobre mí al campeón.

Nico giró su cuerpo sobre la silla, enfrentándome.

—¿No sabía que tuvieses hermanos?

—Sí, tengo cuatro.

—Tampoco sabía que quisieses abrir una pastelería.

—Bueno, en realidad no sabes nada sobre mí.

—La verdad es que tienes razón; no sé nada sobre ti fuera de la categoría.

—Eso se puede solucionar. Uno de estos días salís a beber unas cervezas y os contáis vuestras vidas.

—Thiago...

—¿Qué?, ¿no quieres que sepa cosas sobre tu vida? Thiago me comentó que llegaste a la categoría por casualidad, viajabas de mochilera.

Volví a mirar mal al brasileño. De pronto me había entrado mucho calor. Que Nico me hablase así directamente y que quisiese saber de mi vida fuera del mundo del motor me resultaba extraño; me gustaba y al mismo tiempo me incomodaba muchísimo. Tenía la impresión de estar a punto de pasar un examen, uno realmente difícil.

—Sí, así es. —Mi voz salió desafinada por los nervios.

—Te gusta viajar —me dijo sonriéndome.

Asentí con la cabeza.

—A mí también, aunque llega un punto a lo largo del año en el que sólo quisiera encerrarme en la casa en la que crecí en las afueras de Barcelona. ¿Alguna vez has oído hablar de Castellet y Gornal?

—No.

—Es un lugar muy pintoresco, que parece perdido en el tiempo —acotó Thiago—. Estuve allí; es un pueblecito pequeñito con...

—¿Me dejas contarle a mí? —le pidió Nico sin perder el humor; de hecho, sonreía.

—Sí, claro, campeón; todo tuyo, lúcite. —Le dio una palmada en la espalda y se retiró un poco a beber de su cerveza.

—Bueno, es eso; allí crecí. Es un pueblo pequeño no muy lejos de la Ciudad Condal. Un sitio muy tranquilo. Allí viven mis abuelos.

—¿Tus padres también?

Nico apartó ligeramente la mirada por una fracción de segundo.

—Sólo mis abuelos maternos y mi abuela paterna. Mi padre vive más que nada en Barcelona; eso cuando no está conmigo en las carreras.

—¿Y tu madre? Ella no aparece por los circuitos, ¿no es así? No creo haberla visto nunca.

Thiago puso una más que evidente mala cara y a Nico se le borró la sonrisa. No necesitaba estar muy sobria para saber que había metido la pata.

—Mi madre murió antes de que yo cumpliera cuatro años; casi no tengo recuerdos de ella. Desde entonces hemos sido siempre mi padre y yo.

Quise desmayarme allí mismo por culpa del alcohol; por desgracia, no estaba tan borracha.

—Lo lamento, no tenía ni idea.

—No tenías por qué saberlo. No pasa nada, fue hace mucho. —Intentó sonreír de nuevo—. A veces me escapo a Castellet; mis abuelas me consienten, preparándome todas las comidas que me gustan, y es bueno alejarse del ruido y el bullicio de vez en cuando.

—Deberías llevarla alguna vez —propuso Thiago—. Es cierto, sus abuelas cocinan como los dioses. Podrías pedirles sus recetas. Además, no está muy lejos de la costa, está bastante cerca de Sitges y tienes la playa a cinco minutos. Era la playa de Vilanova, ¿no es así? —le preguntó con inocencia a Nico, cuando éste volvió a mirarlo mal por haberlo interrumpirlo.

Nico primero rio serio, pero después se le escapó una carcajada ante la cara de niño pequeño que puso Thiago, que se me contagió a mí. Nos reímos los dos.

—Sí, la playa es en Vilanova. Una de ellas, en realidad. Toda la costa es preciosa y muy cerca tenemos el pantano de Foix. Definitivamente debería venir alguna vez.

—Quizá cuando viajemos a España para el gran premio de allí.

—¡Es una idea estupenda! ¡Tienes que aprovechar la ocasión, Natalia! Además, será el cumpleaños de Nico pasado ese gran premio.

Nico lo miró de reojo.

—¿Qué día es tu cumpleaños?

—El 19 de mayo.

—El mío, el 1 de agosto —soltó Thiago, y los dos volvimos a carcajearnos.

—Lo celebraremos en Alemania, con unas buenas cervezas después de la carrera. Ahora dame la tuya y deja ya de beber. —Nico le arrebató el vaso a Thiago y bebió un sorbo.

—Tú no deberías beber.

En respuesta a las palabras de Thiago, Nico le tendió su botella de agua.

—Tú tampoco; hace rato que no dices más que tonterías.

—Soy como tu hermano mayor.

—Y por eso estoy teniendo tanta paciencia contigo —le contestó Nico, en claro tono de broma.

—Sí, porque ya quisieras tú quedarte a solas con mi chica.

La mirada de Nico se cruzó con la mía por una fracción de segundo.

—Definitivamente estás muy borracho.

Y yo allí, muriéndome de calor, deseando que las palabras de Thiago se hiciesen realidad. Bebí dos tragos bien largos.

—Por lo visto tendré que arrastraros a los dos hasta vuestros hoteles.

—No, yo estoy bien.

—Sí, claro. Seguro. Quiero verte cuando intentes levantarte de la silla.

—Exageras —le solté y, para desafiarlo, vacié lo que quedaba de mi vaso en mi garganta.

Nico me contempló ceñudo mientras lo hacía.

—¿Otra? —me preguntó Klaas desde el otro lado de la mesa y, al contestarle que sí, pidió otra ronda.

Thiago recuperó su vaso.

—¿Cuántos hermanos tienes? —disparó Nico a secas.

—Cuatro, todos mayores y todos varones. El que tiene el restaurante en Londres es el mayor de todos, Tobías.

—Seguro que podríamos hacerle una visita cuando viajemos al Gran Premio de Gran Bretaña. Me gustaría conocerlo.

Mentalmente le contesté que yo no creía que fuese así en realidad. Él no tenía ni idea.

—Sí, quizá —respondí vagamente. Esa noche no parecía del todo real, con él actuando así; quizá esa burbuja ya se hubiese roto al día siguiente.

—Debe de ser una experiencia muy particular tener tantos hermanos.

—Ciertamente no ha de ser lo mismo que ser hijo único como tú, campeón —entonó Thiago, y la camarera puso frente a sus manos un nuevo vaso de cerveza muy fría.

—No, seguro que no.

—¿Tienes primos o más familia?

—Mi madre tenía dos hermanas. Sí, tengo un par de primos; no los veo muy a menudo, no viven en el pueblo, sino en Barcelona, y la verdad es que yo vivo la mayor parte del año, la que no paso viajando, en Montecarlo. ¿No extrañas a tu

familia? Thiago me dijo que llevas seis meses fuera de tu casa; bueno, ahora son más, porque te has unido a nosotros.

—Sí, bueno, era una experiencia que no podía desperdiciar. Veré qué será de mi vida el próximo año.

—¿Eso quiere decir que no considerarás quedarte en la Fórmula Uno el año próximo?

—¿Por qué lo preguntas?, ¿echarás en falta mis comidas?

Thiago soltó una estruendosa carcajada, con la que escupió parte de la cerveza que estaba tragando.

Yo bebí un sorbo de la mía, también recién llegada y fresca.

—Yo... —Un móvil comenzó a sonar y entonces Nico se interrumpió. Era su teléfono—. Debe de ser Mónica, le pedí que me llamase cuando... —El campeón nos miró por turnos a Thiago y a mí y se levantó de la silla.

Klaas no tardó ni treinta segundos en ocupar su sitio y, pese a que el holandés me caía muy bien, lo odié. Le convenía moverse de allí en cuanto Nico regresara de hablar con su novia.

Klaas no se levantó cuando Nico volvió un par de minutos después y, pensándolo en frío, quizá fuese mejor así. Vi a Nico mirarme desde el otro lado de la mesa y mi cerebro se convirtió en un revoltijo de masa gris, tan confundido e imposibilitado de racionalizar absolutamente ninguna situación que me sentí estúpida por sentirme tan cómoda con nuestra conversación anterior, por caer en la tentación de imaginar que, a partir de entonces, todo con él sería así.

Thiago se bebió su nueva cerveza en un suspiro y a mí no me duró mucho más; de hecho, la ingesta de alcohol se me fue de las manos.

No sé cuánto tiempo más tarde, Harper y Amanda se despidieron de nosotros. Las chicas me ofrecieron acompañarme a mi hotel; no pude decirles que sí, pese a que debí hacerlo. Aferrarme a esa noche extraña no tenía sentido, ¿o sí? No podía decidirlo. En ese momento, mi estómago, al igual que mi cabeza, era un revoltijo.

Un par más nos abandonaron y el bar se fue vaciando.

Haruki se había ido con Harper y los que quedaban eran un par de mecánicos de Asa, Klaas, Nico, Thiago y yo; bueno, lo que quedaba del brasileño, porque estaba demasiado perdido como para ser contado como una entidad consciente.

Thiago fue a apoyarse en sus codos para soportar sobre sus manos el peso de su cabeza, se resbaló y por poco se parte todos los dientes contra el borde de la mesa.

Todos saltamos del susto. Por suerte Klaas lo sujetó, evitando que se cayera al suelo.

—Me parece que es hora de que te lleve a tu hotel.

—Nãõ, nãõ precisa, *eu estou bem. Ótimo.*

—Has empezado a hablar en portugués; ésa es la señal para sacarte del bar. Ya lo has celebrado suficiente, tu noche termina aquí. —Klaas apartó su silla para ponerse en pie y Thiago gruñó en respuesta.

—Es cierto, todos sabemos que, cuando comienzas a hablar en portugués... —empezó a decir Nico.

—Que no pasa nada, estoy bien. Puedo quedarme un rato más con vosotros. Además, no puedo dejar a mi chica aquí sola —entonó Thiago con la lengua resbaladiza.

—Yo me ocuparé de ella, la llevaré a su hotel.

Giré la cabeza tan rápido para mirar a Nico que todo el bar dio vueltas a mi alrededor. Por culpa de eso, más el alcohol, me costó poder enfocar la vista otra vez. Cuando dejé de ver doble, vi que Nico se ponía de pie.

Klaas, a mi lado, ya se colocaba su abrigo.

—¿Me ayudas a subirlo a un taxi? Éste de aquí debe de pesar como hormigón; a ella no te costará levantarla de la silla.

—Oye, que yo no necesito que nadie me levante de ningún sitio; además, mi hotel queda a unas pocas calles de aquí, llegué andando y me iré andando.

Klaas, con toda esa apariencia de holandés que no podía ocultar, se rio de mí. Envidiaba su capacidad de beber casi sin inmutarse. La única señal de que había estado bebiendo tanto o más que yo eran apenas unas mejillas coloradas, y era probable que eso, más que nada, se debiese a que tenía la piel muy blanca y dentro del local el aire estaba un tanto viciado.

Yo en cambio...

No debí beber tanto. No estaba borracha... pero casi.

Vi a Nico ponerse su chaqueta mientras avanzaba hasta mi extremo de la mesa.

Thiago medio que dormitaba, reclinado hacia atrás en su silla.

Klaas comenzó a intentar espabilarlo.

Una mano se posó sobre mi hombro derecho; su perfume invadió todo mi espacio vital. Nico se inclinó sobre mí.

—Espérame aquí. No pienso permitir que vayas sola a ninguna parte, ni a pie ni en taxi. Ayudaré a Klaas a meterlo en un taxi y vendré a por ti. Ellos se hospedan en el mismo hotel, de modo que no habrá problema en que se vayan juntos —anunció muy cerca de mi oído derecho; por eso mi pelo se puso de punta como si yo fuese un erizo que buscara defenderse. Resultaba tan bueno y tan aterrador tenerlo así de cerca.

Se apartó de mí y sentí que el alcohol me arrastraba muy lejos de este mundo y de él.

Me agarré la cabeza.

—*Boa noite, meu bem* —entonó Thiago, mirándome al tiempo que Klaas y Nico lo alzaban de su silla—. Mi chico cuidará de ti.

Me hablaba a mí.

—Mi chico es buen chico —canturreó girando la cabeza en dirección a Nico—. A veces se comporta como un verdadero *filho de puta*, pero en el fondo es buena persona.

—Sí, ya sé que me quieres, Thiago.

—*Eu te amo. Você sabe.* Es que a veces tú... como con ella... *Você...*

—Ok, ya terminamos por hoy la clase de portugués. Despidete de todos y andando. Necesitas descansar y quizá vomitar.

—*Boa noite, galera; amo todos vocês.* Gracias por venir.

Los presentes, en sus idiomas natales, le dieron las buenas noches mientras reían y le decían que también lo querían.

—No te muevas de aquí —me ordenó Nico al pasar por mi lado, y me miró de un modo tal que sentí que yo también necesitaba vomitar, porque me atacaron los nervios. No quería que él se encargase de llevarme, porque sentía que estaba hecha un asco. Todo me daba vueltas y sabía que mi aliento debía de estar impregnado en alcohol, creo que hasta mi piel olía a cerveza. Además, tenía muchas ganas de besarlo y no quería atreverme a hacerlo por miedo a dar de lleno a trescientos kilómetros por hora contra una pared en concreto, es decir: él.

Me relamí los labios, incapaz de hacer otra cosa. Deseaba poder moverme, levantarme de la silla y largarme a mi hotel por mis propios medios; ni siquiera conseguí empujar la silla hacia atrás y para qué hablar de ponerme el abrigo.

Ojalá alguno de los chicos se hubiese ofrecido a llevarme, pero la verdad es que ninguno de ellos parecía tener intención de abandonar el bar.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó uno de los mecánicos—. Tienes cara de estar a punto de devolver.

Asentí con la cabeza; era un sí a todo, al mismo tiempo.

9. Algo acerca de ti

—Muy bien, *petitona* meva, llegó la hora de que te lleve a tu hotel.

La exclamación de Nico por poco me mata. Su tono fue dulce y, a la vez, quizá demasiado efusivo, y yo estaba entre dormida, mareada y con un dolor de cabeza tal que me parecía que me estallaría el cráneo.

—Chis, no grites, por favor. —Me retorcí de dolor por dentro y sé que le puse mala cara.

—¿Te sientes mal? —me preguntó al llegar a mi lado izquierdo.

—¿A ti qué te parece?

Alcé la vista y lo descubrí sonriéndome con suficiencia. Allí estaba otra vez su pose altiva.

Mi cerebro llegó a la conclusión de que solamente se había comportado bien conmigo porque Thiago estaba presente. Con el brasileño camino a su hotel, podía volver a ser un asco conmigo.

Asco... eso mismo sentía yo en ese instante. ¡Qué ganas de vomitar!

—A mí lo que me parece es que te has pasado de la raya y mañana tendrás una resaca memorable. Ya eres mayorcita, de modo que hazte cargo.

—Qué gusto que debe darte regañarme.

—Y tener la razón —acotó con una gran sonrisa—. Andando. En pie. ¿Puedes levantarte?

—Eres un pedante. —La cabeza me dio vueltas y cerré los ojos.

—No, no puedes. —Rio.

—Continúa molestándome y juro que haré todo lo posible por vomitar encima de tu precioso cabello rubio.

Nico se carcajeó con ganas.

—¿Te parece precioso mi cabello? No lo sabía.

Quise morirme en ese instante.

Nico cogió mi chaqueta del respaldo de la silla.

—Ven. Intentemos hacer que vomites allí fuera y no aquí dentro, para que no pases vergüenza y para que la pobre gente que trabaja aquí no tenga que limpiarlo.

—Gracias por hacerme sentir peor.

—De nada, es un placer. Siempre a la orden.

—Desgraciado.

—Estás borracha.

—Y tú eres un idiota, y eso no se te quitará por la mañana. Yo tendré resaca; sin embargo, la borrachera se me pasará... y no estoy tan ebria. Farsante —lo acusé—, solamente eres amable conmigo cuando Thiago está presente.

Nico agarró mi muñeca derecha para encajar mi brazo en la manga del abrigo y el contacto de su piel contra la mía me hizo amarlo y odiarlo; quise pedirle que se sentara a mi lado frente al inodoro mientras devolvía para acariciar mi espalda y también quise vomitarle encima para que tuviese que irse a su hotel apestando.

—Bueno, si te saco mucho de quicio, recuerda que al final de la temporada te irás a seguir con tu vida y ya no tendrás que soportarme.

—Ni tú a mí, y me imagino que entonces estarás feliz de la vida.

Nico me rodeó y tomó mi otra muñeca para acabar de colocarme el abrigo.

—Mejor no digas nada más.

—Seguro que mis palabras hieren tus perfectos oídos.

—Por lo general, las palabras que soltamos sin pensar suelen herirnos más a nosotros mismos que a quienes se las dedicamos.

Tenía razón, pero, de todos modos, no pensaba dársela.

—Ahórrame tu filosofía de «cinco veces campeón del mundo».

—Es la cerveza la que habla.

—Dicen que los niños, los viejos y los borrachos dicen siempre la verdad.

Nico se quedó en silencio, observándome desde mi lado izquierdo.

—Estoy muy cansado y la verdad es que no he tenido muy buen día. Le prometí a Thiago que te dejaría a salvo en tu hotel, me hizo jurárselo; de otro modo, te dejaría aquí tirada. Lo mínimo que puedes hacer es colaborar un poco cerrando la boca al menos.

—Eres desagradable —le dije, porque de pronto él, tan sobrio y perfecto, tan campeón del mundo y tan distante, me hizo sentir pequeña.

—A ti a veces también te sale muy bien.

—Jamás debí besarte.

Noté que a nuestro alrededor se formaba un profundo silencio. Por el rabillo de mi ojo derecho vi que los mecánicos nos observaban confusos.

«La he cagado», pensé.

—Está muy borracha —soltó Nico y después me miró—. Nos vamos ahora.

Entre sus palabras y su acción, no medió ni un segundo. Nico se agachó a mi lado, tiró de mi brazo izquierdo y, con éste, rodeó sus hombros. Su brazo derecho pasó por mi cintura. Mi nariz quedó por un instante justo sobre su cuello. Mi cuerpo, ya de por sí flojo por el alcohol, se convirtió en una masa informe.

Nico me puso de pie, apartándome de su cuello; de cualquier modo, tenerlo así de pegado a mí —tan tortuosamente pegado a mí— resultaba desesperante.

Los chicos nos dieron las buenas noches y, con mis piernas, que iban como las de una marioneta, y sus brazos sosteniéndome, llegamos a la puerta que una de las camareras llegó presurosa a abrir con el gesto más servicial y amable del mundo.

En cuanto pusimos un pie fuera, sentí un frío abismal. Era ese frío destemplado de la madrugada combinado con el agotamiento y la borrachera. Una sensación única y espantosa, que me hizo desear encontrarme en mi cama del hotel, arropada, en un parpadeo.

Nico echó a andar en la dirección en la que creía recordar que quedaba mi hotel.

—¿Sabes dónde me hospedo?

—¿Tú no?

Le gruñí en respuesta.

—Claro que sé en qué hotel se queda la gente del equipo.

Su mal humor era evidente.

No repliqué nada, porque me sentía tan torpe, tan mareada... No tenía mucha idea de dónde ponía los pies y me molestaba pasar vergüenza delante de él. Sabía que, si en ese instante me soltaba, caería despatarrada al suelo. Con suerte, así, de su agarre, avanzaba medio haciendo esos. Si me soltaba, ni gateando conseguiría llegar a mi hotel. La calle estaba desierta. Nadie me ayudaría.

—Tienes las manos heladas. —En condiciones normales, tener su mano sobre mi cintura desnuda, ya que la camiseta roquera se me había subido por el torso, a causa de caminar toda torcida y medio colgada del hombro de Nico, hubiese sido una experiencia agradable; en este momento sólo conseguía ponerme la piel de gallina.

—Es un pena que no me haya traído guantes, y que tú lleves puesta una camiseta a la que le falta la mitad inferior.

—A mi camiseta no le falta nada; si fuese más larga, sería un camisón. Además, es así porque tiene el cuello barco para que cuelgue de un hombro o del otro.—La cerveza hacía que se me escaparan las palabras más estúpidas.

En los labios de Nico apareció, una vez más, un amago de sonrisa.

—Le sobran adornos para ser camisón.

—Bueno, no sé... no uso camisón para dormir.

—¿Duermes desnuda? —entonó pícaro.

Me puse roja como un tomate maduro.

—En camiseta —le aclaré—. Imagino que estás acostumbrado a las sedas y los encajes.

—Sí, deberías ver lo bonito que me queda el encaje —soltó muriéndose de la risa. Su cuerpo tembló de las carcajadas, sacudiéndome a mí.

Nos habíamos detenido en una esquina.

—No lo decía por ti. ¡Serás idiota! Era por tu novia.

—Por favor, Natalia, déjalo ya. Te estoy tomando el pelo.

—Sí, todo el tiempo.

—No, no todo el tiempo.

—Te molesta mi cabello, mi comida, mi ropa...

—Eso lo dices tú. No lo hagas más.

—No tienes que acompañarme al hotel. —Nico quiso retomar la marcha y no se lo permití.

—No seas necia.

—Mira quién habla. —Intenté resistirme a sus tirones, pero, borracha y con todos los centímetros de diferencia en altura que había entre él y yo, eso me resultó físicamente imposible.

Nico acomodó sus dedos entre los míos, tirando un poco más de mí. Su mano izquierda estaba igual de fría que la derecha. Me eché a temblar. Una ola ácida trepó por mi garganta.

Me sobrevino una arcada que no pude contener. Mi cuerpo se dobló en dos. Me solté de él, pero él no me soltó, no al menos del todo. Su mano se quedó en mi espalda; la otra, aferrada a la mía para sostenerme mientras yo se la estrujaba al vomitar, soportando una arcada tras otra.

No devolví encima de él, ni encima de mí. Vomité en una esquina china, de la mano del cinco veces campeón del mundo, por el cual estaba completamente loca en el más amplio espectro de la palabra.

Las arcadas provocaron que mi estómago se retorciere hasta tocar fondo, hasta vaciarse por completo.

Acabé empapada en sudor, temblando como una hoja, deseando estar en algún sitio que me fuese familiar, junto a alguien que me resultase familiar, que me tranquilizara. Me sentí miserable y tan tonta que no pude hacer otra cosa que arrancarme a llorar cual magdalena, todavía aferrada de su mano, con mis dedos entrelazados a los suyos, con su otra mano sosteniéndome la cintura para apretarme contra su cuerpo.

Sus manos eran tan suaves y fuertes, su perfume tan varonil...

Lloré todavía con más fuerza.

—¿Mejor?

Negué con la cabeza.

—Me siento fatal. Horrible. He vomitado delante de ti. Soy un asco, esto es un asco y no puedo parar de llorar. —Lo que trepó a continuación por mi garganta no fue una nueva arcada, sino ardiente angustia—. Soy un desastre.

—Mañana por la tarde, después de dormir un poco, quizá vomitar un poco más y darte una ducha, te sentirás mejor.

—No es solamente eso.

—Vamos, Natalia, todavía tienes alcohol circulando por tus venas. Mañana te encontrarás mejor y lo verás todo de otra manera.

Me tapé el rostro con mi mano libre para esconderme de él y volver a llorar. No quería sentir que él era mi lugar seguro, mucho menos que me sentía segura con su presencia, así... tan a gusto con él. ¡No debí beber, mi cabeza era mi perdición en ese instante!

—No pienses más. —Nico me llevó hasta la pared del edificio más próximo y, con ésta, apuntaló el peso de mi cuerpo. Sus manos me abandonaron para ocuparse del cierre de mi chaqueta, que se había abierto—. Mañana necesitarás aspirinas y beber agua en grandes cantidades, y comer bien sano.

—Como tú —solté llorando.

Nico sonrió.

—Sí, como yo.

—Tú no has bebido.

Negó con la cabeza, sonriendo todavía.

—Sólo agua. —Lloré y él se rio con más fuerza.

—Natalia...

—Hasta para eso eres bueno.

—Quizá, y según tú, para eso y nada más. Ahora que ya estás abrigada, permite que te lleve a tu hotel; necesitas meterte en la cama cuanto antes. Estamos a menos de una calle.

Sentí que moqueaba y me dio vergüenza. Debía de tener mocos, lágrimas y vómito por toda la cara, y ni me atrevía a pensar en lo que debía ser la sombra negra de mis ojos. Me entró todavía más bochorno.

Nico me recogió de la pared para sostenerme en un abrazo.

—Con un poco de suerte, no recordarás nada de esto por la mañana.

—No estoy tan borracha y tú sí lo recordarás, porque has bebido agua y no cerveza —solté hipando.

—Juro solemnemente que procuraré olvidarlo.

—No te costará ni dos parpadeos olvidarte de mí.

Nico no contestó, continuó guiando nuestros pasos hacia no sabía dónde. Yo ya estaba completamente perdida y no tenía ni idea de dónde ponía los pies.

Los siguientes minutos se perdieron dentro de mi cabeza. Creo que pasamos por la recepción de mi hotel, que él pidió la llave de mi cuarto mencionando mi apellido. El recepcionista lo reconoció y le dijo que era una suerte conocer al campeón. ¿Fue real el que le dijera que lamentaba que no hubiese ganado ese día?

Tengo el vago recuerdo de haber atravesado, colgada del cuerpo de Nico, el vestíbulo del hotel en dirección a los ascensores.

Imagino que fue él quien me sacó del interior de la cabina del ascensor.

Me sentía tan mal cuando llegamos a mi puerta que sólo atiné a soltarle un «la puta puerta» en un español muy porteño.

Nico abrió la puerta de un golpe y yo me lancé directa al baño para caer de rodillas frente al inodoro justo a tiempo para vomitar un poco más. Y otro poco más también cuando él llegó a mí para posar su mano sobre mi espalda y con la otra sostener mi frente empapada en sudor frío, mientras las arcadas me dejaban sin aliento.

Con un gesto amable, me pasó una toalla para que me limpiase los labios.

Lo vi mirarme y volví a caer por un pozo. Lamentable espectáculo estaba dando en su presencia.

—¿Has acabado?

—Dudo de que quede nada más dentro de mi estómago o en mis tripas, creo que he sacado hasta la primera papilla.

—Sí, lo he notado. Ven aquí, te llevaré a la cama.

—No, vete; ya has hecho suficiente.

—No pienso dejarte tirada aquí en el suelo del baño, está helado. Tienes que llegar a la cama, quitarte esa ropa empapada en sudor y abrigarte. Estaría bien que intentases beber un poco de agua.

—No quiero agua ni quiero que me desvistas.

—Natalia, te enfermarás si te quedas así; además, no pasa nada.

—Sí pasa.

Nico no dio opción a mis replicas. Se levantó del suelo y, acto seguido, me puso en pie de un tirón.

Salimos a la habitación.

Mi cuarto era pequeño, acondicionado con una cama que se suponía que era de matrimonio, pero que no resultaba mucho más grande que una cama individual; junto a la ventana había una mesa con dos sillas. Mi equipaje estaba medio repartido por ahí y, todo lo que me había probado antes de salir en busca de un atuendo perfecto, regaba el suelo por todas partes. No solía ser así de desordenada, pero no me había dado tiempo a poder colocar las cosas en su sitio antes de salir, porque no quería llegar a la celebración de Thiago todavía más tarde de lo que llegué.

Lo vi echarle un vistazo a todo y me entró vergüenza.

En penumbra, Nico me acompañó hasta la cama y sobre ésta me sentó. Encendió la luz de la mesita de noche.

Tenía ganas de derrumbarme sobre el colchón; hice un esfuerzo para mantenerme sentada.

Nico se agachó ante mí y me quito un zapato.

—No hagas eso, yo puedo.

—No, no puedes.

Aparté la pierna, pero él atrapó mi tobillo a mitad de camino. Me quitó el otro zapato.

—Por favor, no me hagas esto.

—Estoy ayudándote a meterte en la cama. No es una tortura, Natalia.

—Es una tortura que lo hagas tú.

Sacudió la cabeza, ignorándome. Se puso en pie y me agarró la mano derecha para sacar mi brazo fuera de la chaqueta.

—Esto es patético.

—No te emborrachas a menudo, ¿o sí?

—No. Llevaba años sin ponerme así. Bebo un poco, pero... hoy... No suelo coger estos pedos, tienes que creerme.

—Perfecto —dijo haciendo fuerza para liberar mi brazo izquierdo del abrigo—. Te creo, no pasa nada. —Dejó la prenda a un lado—. ¿Dónde tienes la camiseta con la que duermes, o al final será que tienes un camisón de seda y encajes?

—Duermo con una camiseta de Bravío que me regaló Érica.

—Tú sí que luces la camiseta de Bravío. Da gusto contar con gente así entre nosotros. Ni cuando duermes dejas de pensar en el equipo.

Corrección: en él.

Nico echó un vistazo a su alrededor.

—¡Ah, allí hay una!

Sobre la mesa, entre un montón de ropa, descansaba la prenda.

Nico se alejó de mí y me tambaleé. Recogió mi camiseta de encima del mueble y, de regreso a mí, la olió. Casi me desmayo, todo mi cuerpo se encendió.

—Huele a limpio, a perfume. A ti, pero a limpio.

—¿Es un insulto?

Nico se rio.

Llegó frente a mí otra vez.

—Mejor te meto en esa cama cuanto antes. Alza los brazos.

—Puedo cambiarme sola. No me verás en sujetador.

—No hagas tanto alboroto, Natalia, ni que fuese la primera vez que veo a una mujer en sujetador.

—No, seguro que tu vida adulta ha sido un desfile de mujeres bonitas del estilo de tu novia. Imagino que así debe de ser cuando eres campeón del mundo.

—Por Dios, no vuelvas a beber así. Te hace mucho daño. No dices más que ridiculeces.

—Seguro que a lo largo de tu vida te has acostado con cientos de mujeres —solté, y rompí a llorar otra vez. Él, a reír.

—Yo no me he acostado con cientos de mujeres. Natalia, estás borracha.

—No, ya no lo estoy.

—Bien... si no lo estás, entonces te diré que no han sido cientos ni de lejos.

—¿Cuántas? —lo increpé sin sentido. No podía controlar ni mi boca ni ninguno de mis actos.

—Si te lo digo, ¿me permitirás quitarte esa camiseta, que es un peligro andante, sobre todo para dormir con ella puesta? —Nico se cruzó de brazos apretujando mi camiseta de Bravío entre su pecho y sus brazos.

—¿Me dirás la verdad?

—¿Qué necesidad tendría de mentir?

—Bien.

Me contempló serio durante un par de segundos.

—Dos.

—Dos, ¿qué? ¿Dos decenas, dos docenas, dos tercios de la población femenina de Montecarlo?

Nico se rio con ganas.

—Dos mujeres, Natalia.

—No necesitas mentirme.

—No, por eso mismo no miento. Mi primera novia y Mónica.

—Te burlas de mí.

Negó con la cabeza.

—Alza los brazos ahora. Dos, tres... la anatomía es la misma.

—Mi anatomía no es como la de tu novia. Su genética y la mía no son iguales.

Nico se carcajeó.

—A mí me faltan algunos de sus genes. —Me cubrí los pechos con las manos sobre la camiseta y él rio con más fuerza.

—Estás loca. Levanta los brazos de una puñetera vez para que pueda cambiarte.

—¿Es verdad que son dos?

—Sí, Natalia, dos. Conocí a Mónica cuando tenía quince años y por aquel entonces estaba con mi primera novia, con la cual debuté. Terminé con mi novia, pasé un tiempo solo y después comencé a salir con Mónica... y llevo con ella desde entonces. Ahí tienes a las docenas de mujeres, al centenar, a los dos tercios de la población femenina de Montecarlo.

—Tienes que estar bromeando.

Negó con la cabeza. Me sujetó por las muñecas y alzó mis brazos.

—No todos los hombres sienten la necesidad de acostarse con los dos tercios de la población femenina de Montecarlo. —Nico se inclinó hacia delante y agarró mi camiseta por la cintura para tirar hacia arriba—. No digo que no haya otras mujeres que me parezcan sexis, pero yo amo a mi novia, estamos bien tanto dentro como fuera de la cama; además, trabajo demasiado y estoy muy dedicado a lo que hago. No necesito nada más.

De un tirón acabó de sacarme la prenda.

Podía no tener camisón de seda y encaje; sin embargo, mi sujetador era negro y muy sexi.

Nico clavó sus ojos en mí y encajó, sin mucha ceremonia ni cuidado, la camiseta por mi cabeza. ¿Se había puesto nervioso o era impresión mía?

Forcejamos para meter mis brazos por las mangas.

—No puedo dormir con sujetador. —Verbalicé aquello mientras metía las manos por detrás, entre la camiseta y mi espalda.

—Información innecesaria —comentó Nico mientras yo forcejeaba con los ganchos del sujetador.

—Mierda, no puedo —gruñí.

—Y luego no quieres que te desnude. Espera. —Posó una rodilla sobre el colchón y, de un manotazo, me apartó las manos. Las suyas subieron mi camiseta y soltaron los ganchos.

Musité un «gracias» mientras se alejaba y yo soltaba los tirantes metiendo los brazos por dentro de las mangas de la camiseta.

Me quité el sujetador tirando por dentro de la manga izquierda. ¡Libre al fin!

—Recuéstate, que te quito los vaqueros.

—No, vete; suficiente vergüenza para mí por un día.

—Por una noche, querrás decir, y ya es un poco tarde para eso. Para ser una chica que tienes cuatro hermanos, tienes demasiados remilgos con los hombres.

—No tengo remilgos con los hombres y tú no eres mi hermano.

—Me intriga saber cómo son.

—Son normales. Como cualquier hermano.

—Bueno, no tengo ni la menor idea de lo que significa tener un hermano. Acuéstate sobre las almohadas; si intento quitarte los pantalones así, te caerás de la cama.

—Puedo sola.

—No has podido ni desabrocharte el sujetador.

—¿Tenías amigos de pequeño? —dije accediendo a su petición. Gateé hacia atrás sobre la cama hasta que mi cabeza chocó contra el cabezal. Mis reflejos eran un asco.

—No muchos. Imagino que mi vida ha sido muy distinta a la tuya. Yo compito profesionalmente desde los cinco años. Si no estaba en la escuela, estaba en el circuito practicando o corriendo. Amo lo que hago desde que tengo uso de razón y siempre me he dedicado a esto por entero. No me ha quedado mucho tiempo para otras cosas.

—Oí por ahí que dicen que tu padre... —Me detuve al ver que me miraba mal. Nico había trepado con las dos rodillas sobre el colchón y se había frenado en su avance hacia mí.

—¿Mi padre? ¡Mi padre no ha hecho otra cosa que apoyarme y darlo todo por mí! Él me incentivó, me dio valor, y jamás me dejó flaquear en mi camino hacia mi objetivo. Me enseñó a ser disciplinado, a no rendirme, a cuidarme, a esforzarme por dar lo mejor de mí mismo para llegar a ser el número uno. Estoy harto de que todos crean que mi padre me gobierna, que me manda, y de que rumoreen que no hago más que lo que él quiere.

—Yo no he dicho eso, no tenía...

—Todo el mundo lo dice, es un rumor generalizado. Yo hice y hago de mi vida lo que quiero; mi padre no me controla. Díselo a quien te haya venido con el chisme ese de que mi padre me ha criado como una máquina de ganar campeonatos. Eso es lo que comentan de él, lo que dicen de mí.

—Yo no he dicho...

Nico otra vez me impidió terminar.

—Por eso me cierro con la gente, porque estoy harto de que hablen sin saber; nadie tiene ni la menor idea de lo que nosotros dos vivimos después de que mi madre muriese; no tienen la menor idea de todo lo que mi padre ha sacrificado por mí, de todo lo que yo he sacrificado por llegar donde he llegado. Todos piensan que mi vida comenzó cuando gané mi primer campeonato, que fue fácil, tan sencillo como un parpadeo, llegar a lo más alto. Pues te tengo noticias: no fue así y no es así; lucho cada día, entreno como un desgraciado hasta el agotamiento. No paro, dedico mi vida a lo que hago porque es mi pasión, es como el aire que respiro. Las victorias no son ni fáciles ni gratuitas; casi todas tienen un precio muy alto, pero la gente prefiere no verlo. Para todos resulta más fácil pensar que vivo una vida de lujos sin esfuerzos o sacrificios, que voy por ahí follándome a cuanta mujer bonita se me cruza en el camino.

—Nico, perdona, te juro que no quise decir eso.

—No debería estar aquí. Debería estar en mi puto hotel cinco estrellas follándome a alguna mujer bonita de esas que, según todos, se tiran a mis pies.

—De verdad que lo siento.

—Sí, claro —refunfuñó, y avanzó de rodillas por el exterior de mis piernas para llegar a mí. Cuando quise darme cuenta, lo tenía encima, con sus manos en el botón de mis pantalones—. No dicen más que tonterías. Lo que ninguno sabe es que necesito ser lo que la gente espera que sea, que quiero ser lo que necesito ser y que no puedo ser menos que eso. Mi vida no resulta sencilla.

Sus manos bajaron el cierre de mis pantalones y me quedé helada, frenando al instante sus manos con las mías.

Nico me miró a los ojos, deteniéndose también.

—Perdón —le dije, sintiéndolo desde lo más profundo de mi alma—. Yo... yo no quiero ser así contigo, es que hay algo acerca de ti que...

—¿Qué te hace aborrecerme? —amagó.

Negué con la cabeza.

Nico soltó un suspiro y apartó sus manos de mí para moverse hacia atrás.

Cogió la cintura de mis pantalones y alzó mi trasero para bajarlos un poco. De milagro no me arrancó la ropa interior también.

En silencio y sin mirarme, arrastró los pantalones hacia abajo, hasta mis rodillas. Moví las piernas para ayudarlo a bajarlos por mis pantorrillas.

—Me arrepiento de haberte besado, pero no por las razones que imaginas.

De una sacudida, Nico estiró mis tejanos para depositarlos luego sobre la cama.

—No sé qué razones pueden ser esas —murmuró por lo bajo.

—Porque me encantaría besarte otra vez, pero tú no haces más que empujarme lejos para luego volver a atraerme hacia ti, para después despreciarme otra vez y

volver a alejarme... y yo me siento como un yoyó y, si sigo así, perderé la cabeza antes del final de la temporada.

Nico me tiró la sábana sobre las piernas.

—Estás borracha, *petitona*. —Se bajó de la cama y fue hasta el minibar.

No pude decir nada más. Mi cabeza latía otra vez.

Sacó una botella de agua de la pequeña nevera, la cual abrió de regreso a mí.

Colocó la botella abierta sobre la mesita de noche y apagó la luz.

—Duérmete, que es tarde.

Su rostro, en la oscuridad, era tan bonito como a plena luz del día.

—Te veré en Rusia.

Sin añadir nada más, Nico dio media vuelta y abandonó mi habitación.

De su partida me costó recuperarme. Quizá tardé media hora, quizá fuese menos o más, no lo sé. Tan sólo sé que, cuando me entró frío, me metí completamente en la cama.

Me levanté una vez más a vomitar; fuera todavía estaba oscuro. La siguiente vez, ya brillaba el sol en el cielo.

Dormí, dormí, dormí y soñé con esa noche, con sus palabras y con él diciéndome que quería que fuese su tercera mujer.

10. Invierno y verano

Sochi es un sitio de lo más extraño y hermoso, increíble. Igual que otros de los lugares que tuve oportunidad de conocer desde que empecé a formar parte del equipo Bravío, Rusia parece un mundo completamente aparte.

Nuestra llegada fue vía una escala en Moscú; por desgracia no pude visitar la ciudad; sin embargo, Sochi merecía la pena. Por el momento me quedaría con las ganas de ver el Kremlin. Tendría que contentarme con tener frente a mí las azules aguas del Mar Negro y, a mis espaldas, detrás del hotel y del Parque Olímpico, las montañas nevadas del Cáucaso.

Así era Sochi, un punto en el mundo con un pie en el invierno y otro en el verano. Con sus doscientos días de sol al año, tanto podías ir allí con tus esquís como con tu traje de baño.

¡Playa...! Mis ojos brillaron de cara a las piscinas que tenía delante, y al mar por detrás.

Imaginé que el agua debía de estar helada y, si bien la noción de verano que tienen los rusos no contempla las mismas temperaturas que la de los argentinos o la de otros ciudadanos de lugares más cálidos, el hotel en el que nos instalaron tanto a los miembros del equipo como a los pilotos era una verdadera delicia paradisíaca, digna de cualquier sitio turístico del Caribe. Quedé boquiabierto al entrar en el vestíbulo y se me cayeron los calcetines cuando descubrí los restaurantes y bares durante una visita guiada que me organicé yo misma a la hora de llegar. Quería recorrer cada centímetro de ese lugar y sabía que no tendría ocasión en cuanto comenzara la locura del fin de semana.

Además, resultaba extraño tener un rato para mí misma, para separarme del resto del equipo, ya que habíamos estado todos pegados y revueltos durante demasiados días de prácticas en España. El estado de ánimo allí había sido un tanto tenso después del segundo puesto de Nico en la carrera de China. Según decían todos, el circuito de Sochi era muy exigente con los vehículos y, más allá de que a Nico le gustase mucho el trazado, Harper probó y probó hasta el cansancio su automóvil para intentar consolidar la configuración del monoplaza, sus últimos avances y ajustes.

La tensión era tanta que más de una vez terminé a gritos con Suri e incluso de malos modos con Harper. Sumada a la tensión del equipo, estaba la mía después de lo sucedido con Nico en China. Ninguno de los mecánicos había mencionado ni una

palabra de mi borrachera; que yo supiese, no había corrido ningún rumor. La verdad era que no me importaba demasiado si ellos lo sabían o no, lo problemático era que Nico lo sabía, porque había sido testigo directo de todo el asunto... Mejor dicho: participe, y yo todavía no tenía idea de cómo haría para mirarlo a la cara otra vez. Perdí la cuenta de la cantidad de veces que soñé con él todas esas últimas noches; lo soñé besándome y desvistiéndome con propósitos menos nobles que meterme en la cama después de una melopea; también lo soñé gritándome, despreciando todos mis actos, desde mis comidas hasta mis ganas de alentarlo para que volviese a ganar. Sochi y mi relación con Nico eran lo mismo: un contraste de frío y calor.

Por lo que me habían contado, sabía que Nico estaba en Moscú desde hacía un par de días, entrenando, aprendiéndose hasta el último milímetro del trazado de Sochi. Tenía programado llegar al hotel esa misma noche y se alojaría en una de las villas que en ese momento tenía en frente; una edificación de tres plantas que poseía cuatro habitaciones con espectaculares balcones, cuatro cuartos de baño, piscina privada, una cocina completamente equipada, área de comedor, una sala de estar con una enorme televisión de pantalla plana y una terraza con vistas al Mar Negro que debía de ser un privilegio único al anochecer.

Imaginé que allí, por la noche, al no haber tanta contaminación lumínica, el cielo debería de ser un espectáculo que, además, se reflejaría en el mar.

Bueno, mi habitación era en un piso más bajo y por supuesto no tan lujosa, sin aquellas vistas. De todas maneras, Sochi continuaba siendo Sochi para mí y, sin duda, a mis ojos debía de ser mucho más importante que a los suyos.

Retrocedí un poco sobre el camino de piedras claras. No tenía ni idea de en cuál de las villas iba a alojarse Nico, y llevaba demasiado tiempo contemplando la que tenía delante; no quería que sus huéspedes pensasen que era una acosadora, si es que estaba ocupada.

Me aparté y giré sobre mis talones para ver aparecer al director del equipo. Paul Merian avanzaba hacia mí con una gran sonrisa en el rostro. Desde la vez que me había topado con él, el día en que Nico me ayudó con el carro, no lo había tenido delante más de cinco segundos y, si bien siempre era cordial y jamás fallaba en sonreírme y elogiar mis dulces, no me apetecía quedar frente al jefe supremo, no en ese estado en el que, más que nada, era una chica que pensaba en un chico al que no tenía acceso. Cuando era una más de Bravío, era una cosa; sin embargo, en ese momento ni siquiera vestía el uniforme del equipo y él tampoco, y eso tornaba la situación un tanto extraña, como con los límites desdibujados, lo que desestabilizaba el orden de las cosas.

Decidí mantener la formalidad con la que siempre lo trataba.

Me llamó la atención lo joven y despreocupado que parecía.

Alzó una mano y entonó mi nombre.

Lo esperé; no podía largarme para seguir mi paseo sin saludarlo antes. A pesar de no estar trabajando en ese momento, no hubiese sido correcto que me alejase de él corriendo... como me apetecía.

—¡Natalia, qué alegría verte por aquí!

—Encantada de verlo, señor. —No lo tuteaba y así continuaría.

El director de Bravío me tomó por sorpresa al inclinarse sobre mí para estamparme un beso en la mejilla derecha y luego otro en la izquierda. Me quedé medio petrificada por sus besos y por su efusividad. Hacía poco más de setenta y dos horas nos habíamos visto en España y, entonces, nada de eso habría sido posible.

—¿Qué tal tu vuelo?

—Muy bien, señor; gracias. ¿El suyo?

—Largo, pero bien. De cualquier modo, paré un día en Moscú para ver a Nico. Entiendo que vosotros hicisteis escala en otro aeropuerto.

—Sí, pero valió la pena; es increíble poder estar aquí.

—Sochi es fantástico, ¿no?

—Sí, y este hotel es espectacular.

—Me alegro de que te guste. ¿Has tenido tiempo de recorrerlo?, ¿no habéis llegado todos esta mañana muy temprano?

—Sí, me he echado un rato —se me escapó una sonrisa—, pero no podía dormir más, con todo esto rodeándome. Tenía que echar un vistazo, ahora que podía.

Paul Merian me sonrió con ganas.

—Es increíble tener el mar ahí atrás —apunto en esa dirección con la cabeza— y las montañas nevadas allí delante. Y cuando veas el circuito...

—Estoy ansiosa. Tengo entendido que iremos esta tarde.

—Bueno, por mí, si te prestan alguna de las cocinas de aquí para que puedas preparar las cosas ricas que tú haces, no necesito nada más.

Reí medio nerviosa; mantener esa conversación a solas con el jefe me resultaba extraño.

—Sería un placer poder cocinar en una de estas cocinas; estoy segura de que deben ser estupendas y que deben estar equipadas con todo lo último. El hotel parece muy nuevo.

—Lo es.

—Pero no me parece justo privar a los chicos de mis postres —bromeé—. Además, a Suri le daría algo si no aparezco por el circuito a ayudarlo con las comidas, señor.

—Si vuelves a llamarme señor, me dará algo a mí. Soy Paul.

Carraspeé. ¿De dónde salía esa familiaridad?

—¿Estás ocupada?

—No, la verdad es que no. Sólo recorría el hotel.

—Bueno, ¿quieres acompañarme a ver la villa que ocupará Nico? Quiero asegurarme en persona de que todo está como debe.

¿De verdad estaba pidiéndome eso?

—Anda, ven conmigo; es ésa de allí.

Apuntó a la siguiente casa, no la que yo había estado observando.

Sin esperar mi respuesta, reanudó la marcha. Lo seguí; no iba a decirle que no al jefe ni aunque me pidiese que lo llamase por su nombre de pila; señor o Paul, tanto daba, él continuaba siendo el director del equipo Bravío.

Di un saltito y lo seguí.

—¿Qué tal tu habitación? —inquirió cuando lo alcancé.

—Muy bien, gracias.

—¿Y qué tal te sientes formando parte del equipo? Por lo que sé, has encajado muy bien con el grupo. Parece que todos te adoran.

Quizá no todos.

—Bueno, no sé si me adoran. —Reí—. La verdad es que resulta una experiencia increíble y con los chicos me llevo fenomenal. Con los mecánicos, quiero decir. En realidad todos me han recibido bien, me han dado la bienvenida, desde los ingenieros... Me siento feliz de formar parte de Bravío.

—¿Y qué me dices de Nico? Sé que te llevas muy bien con Harper y Haruki; el campeón es un hueso duro de roer.

—Nico hace su trabajo y yo, el mío.

Paul me miró de reojo y se encaminó por el acceso a la villa que ocuparía Nico, sacando de uno de los bolsillos traseros de su pantalón una tarjeta magnética.

—Eres buena amiga de Thiago.

No supe deducir si aquello era una pregunta, una afirmación o si me culpaba de espionaje o algo semejante.

—Se le echará de menos el año próximo —respondí.

—Sí —soltó; era mi amigo y estaba segura de que se lo echaría de menos por los circuitos—. Thiago es uno de los pilares de la categoría; no solamente por ser buen piloto, con una técnica y destreza increíbles, sino, además, por su carisma. Todo el mundo lo quiere, tanto la gente de los equipos en los que ha trabajado como en aquellos en los que no. El público lo adora. Donde vayas, hay gente preguntando por él, queriendo sacarse una foto con él... Es amigo de todo el mundo, afable con todos.

—Sí, definitivamente. Es muy divertido.

—Me he enterado de que también fuiste a beber con él en China para celebrar su victoria.

Me detuve apretando los labios. ¿Iba a regañarme por eso?

Paul se rio.

—Borra esa cara de susto, por favor —dijo riendo a carcajadas para retomar el paso—. De haber podido, también hubiese ido. Admito que no hubiese estado muy bien visto, pero me alegro por Thiago... aunque no tanto por el campeonato. De todas formas, hemos trabajado muy duro para llegar aquí; Nico lleva dos semanas preparándose, concentrado en la carrera exclusivamente. Por eso estamos aquí, para cerciorarnos de que todo esté como debe y que él no tenga que preocuparse por otra cosa que no sea la carrera.

¿Había un mensaje velado detrás de sus palabras?

Me puse nerviosa. Imaginé que debió de llegarle lo de nuestra escena en el bar en China. Si es que había dicho en voz alta que nos habíamos besado. ¡Mierda!

Sentí que me ponía lívida.

A dos metros de la casa, Paul se detuvo.

—Entonces, con Thiago sois buenos amigos.

Que volviese a la carga con aquello me descolocó. Toda esa conversación estaba convenciéndome de que acabaría despedida.

—Sí, somos buenos amigos.

—¿Algo más? Se os ve juntos muy a menudo por ahí. Te he visto en su compañía y se nota que congeniáis muy bien.

Reí a causa de los nervios y negué con la cabeza.

Paul se movió hasta la puerta.

Me sonrió y negó también con la cabeza.

—¿Eso es un «no somos nada más» o que no congeniáis tan bien como parece?

—Adoro a Thiago, pero sólo somos buenos amigos, nada más.

La sonrisa de Paul se amplió. Sus ojos se alegraron.

—Ven; entremos a echar un vistazo para saber cómo vivirá el campeón los próximos días.

Paul abrió la puerta y lo seguí.

La decoración de la villa era muy moderna, igual que la de mi cuarto, pero allí los espacios eran bastante más amplios y luminosos. Destacaban un par detalles de color y, sin duda, las vistas eran simplemente increíbles. Bueno, los baños de mármol blanco no se quedaban atrás y amé la cama de la estancia principal, con sus postes negros.

Después de inspeccionar toda la villa, incluidos los armarios de la cocina para ver si estaban todas las provisiones que Nico requería para su estancia (por no llamarlos *caprichos*), el director del equipo me guio hasta la última planta de la casa, en la cual

se encontraba la terraza. Salimos juntos al exterior. En silencio, caminamos hasta la baranda que daba al extremo de la propiedad, que quedaba más cerca del mar.

Los dos apoyamos las manos sobre la baranda.

Lo oí inspirar hondo mientras yo hacía lo mismo.

—Este silencio es un cambio agradable en relación con los ruidos de los motores, ¿no te parece?

Solamente llegaba a nosotros el murmullo del mar.

Asentí con la cabeza para no interrumpir lo que las olas nos decían.

—¿Te parecería mal que un día te invitase a beber algo? —soltó de repente—. También puede ser un café. O té. O lo que sea —se apuró a añadir ante mi silencio.

¿En verdad estaba sucediéndome eso a mí? ¿El director de Bravío me pedía una cita?

—Para ser un hombre que ya ha estado casado una vez, me ha costado mucho reunir el valor para hacer esto —añadió sonriente—. Me divorcié hace un año.

Continué muda. La verdad era que no resultaba ni incómodo ni difícil estar en su presencia; sin embargo, la invitación me había cogido por sorpresa.

Mirándolo con otros ojos, no con los que miraría al director del equipo Bravío, no suponía un problema, pero...

—No sales con nadie, ¿no es así?

—No. —De ahí venía tanta pregunta sobre Thiago y nuestra relación.

—Bien, entiendo que quizá te parezca extraño. Quizá no he debido lanzarme... — En un gesto muy juvenil, Paul se rascó la nuca.

No debía de llegar a los cuarenta, y resultaba amable, simpático. También era innegable que se veía muy bien, y además no tenía ninguna objeción a lo que yo cocinaba, todo lo contrario.

—No, está bien, es sólo que... —«Que tengo que quitarme a Nico de la cabeza», me dije a mí misma—. Claro, me encantaría que quedásemos para ir a beber algo, así sea un café.

Paul me sonrió.

—Nunca... no suelo... No hay muchas mujeres en el equipo. No quiero que creas que hago esto a menudo, ni nada parecido.

—Está bien, confío en tu palabra.

Paul miró el mar y, a continuación, me observó de reojo.

—Explícame por qué todavía estás soltera, trabajando en un mundo donde somos casi todos hombres. —Rio—. Eso sin mencionar que eres muy guapa y que cocinas como los dioses.

Nada acostumbrada a los halagos, me sonrojé.

Disfrutamos de las vistas durante un rato más y después Paul me habló sobre él, de cómo llegó a convertirse en director de equipo a una muy temprana edad, treinta años, lo cual era un hito para la categoría reina. Eso había sido ocho años atrás y todavía contaba con el beneplácito y toda la confianza del dueño de Bravío.

También me habló un poco sobre su matrimonio con una modelo alemana, y sobre el resto de su familia. Le conté cosas de la mía, sobre mi viaje de mochilera. Él me explicó cosas sobre sus estudios de niño, interno en un colegio, de las travesuras que hacía allí, sus estudios universitarios posteriores.

Nos contamos detalles de vidas muy normales, que poco tenían que ver con Sochi o con la categoría. Hablamos un buen rato de las mismas cosas de las que hablaría cualquier pareja que intentara conocerse.

Paul era de trato amable, ameno, sin complicaciones. Estar a su lado no era un estallido de emociones, ni se me disparaba el pulso cuando me sonreía, pero era un cambio agradable respecto a lo que me provocaban otras personas. Bueno, para ser completamente sincera, a lo que me hacía sentir Nico, pero aquello tampoco era saludable ni me llevaría a ningún sitio.

Cuando salíamos de la villa, conversando como si nos conociésemos de toda la vida, decidí que le daría una oportunidad, más allá de lo raro que pudiese resultar por ser quiénes éramos, cada uno, dentro del equipo.

* * *

—Suri, ¿quieres calmarte?

—No puedo.

—Relájate, si está yendo todo muy bien. Sus tiempos son los mejores.

—Sí, lo veo en la pantalla; es que, ya te lo he dicho, lo he notado nervioso. Ansioso y un tanto pálido.

—No necesitas entrar en pánico. Además, son sólo las pruebas libres, nada más.

—Dices eso porque no has visto la cara que tenía.

Sí, por suerte y gracias a todos los santos, desde que llegamos a Sochi no me había cruzado ni una sola vez con Nico; solamente lo había visto de muy lejos y, en ese momento, en el monitor. Agradecía que, pese a estar alojados en el mismo hotel, estuviésemos alejados el uno del otro.

Para mí pensé que, además, Suri no tenía demasiado de qué preocuparse. Thiago estaba sufriendo mil y un problemas con su vehículo y, en los tiempos, estaba por detrás de Haruki y de su compañero de equipo; había quedado en cuarto lugar.

Cuando hablé con el carioca después de la primera tanda de entrenamientos, me comentó que le preocupaba la clasificación del día siguiente; el automóvil no lograba adaptarse del todo a la pista. Aun así, era un logro que Asa, su equipo, hubiese logrado mantenerse por delante de todos los equipos excepto el nuestro, siguiendo de cerca a Bravío, la monumental bestia del circo a vencer.

—Debe de estar incómodo por haber llegado el segundo en China. Se le pasará el domingo, cuando gane.

—¡Qué sorpresa oírte decir eso!

Cerré el grifo y lo miré.

—¿Por qué lo dices? —Me sequé las manos con el paño que colgaba de mi delantal.

—Porque me alegra que quieras que gane.

—No es... tampoco es que quiera que pierda.

—Sé que no te gusta y él...

—Suri, no tiene que gustarme. No quiero que pierda el equipo y tampoco le deseo ningún mal. Deja de darle tantas vueltas a todo. Ya verás cómo gana. Está pulverizándolos a todos con sus tiempos. Está nervioso, no tiene por costumbre perder y, según él, el que llega segundo es el primero que pierde. De cualquier modo, va bien en el campeonato.

—Sí... el campeonato.

La segunda prueba del viernes terminó en ese instante. Los dos alzamos la vista hacia monitor. Como era de esperar, Nico había marcado el mejor tiempo.

—Lo ves; te lo dije: todo saldrá a pedir de boca.

—Insisto, no lo he visto bien —murmuró Suri, girándose para seguir con su tarea.

Yo volví a alzar la vista al monitor. Nico había entrado a *boxes* ya y en este momento salía del habitáculo de su automóvil. Lo seguí con la mirada mientras se quitaba el casco. Suri tenía razón, no tenía buena cara. Un gesto entre preocupación, enojo y quizá algún malestar cubría su rostro.

Toto se acercó a hablarle y le dio una palmada en el hombro. Noté que quería decirle que todo iba bien, pero Nico, al igual que Suri, no parecía del todo convencido.

Con su mala cara, Nico alzó la vista y el cámara hizo zoom sobre sus ojos. La mirada del campeón era fiera, como si desease que corriese sangre. Definitivamente estaba concentrado en lo suyo. Nico no se permitiría perder ese fin de semana; la presión que ejercía sobre sí mismo estaba aplastándolo y lo mataría si no conseguía los resultados que pretendía.

* * *

Mi trasero saltó de mi asiento y por eso me desperté.

Abrí los ojos. El interior del microbús estaba a oscuras y apenas se oían un par de conversaciones. Era demasiado tarde; con Suri, los mecánicos y muchos otros miembros del equipo, nos habíamos quedado trabajando hasta altas horas y justo en ese momento regresábamos al hotel. De hecho, el bote que hizo que me despertase fue el que pegaron las ruedas del vehículo al pasar por encima de la banda de frenado de la entrada al recinto del hotel. Un par de voces más sonaron, por lo que me percaté de que no era la única que acababa de despertarse.

Suri dormía plácidamente a mi lado.

Le toqué un hombro para espabilarlo. Se sobresaltó.

—Hemos llegado; es mejor que te despereces, soy demasiado pequeña para llevarte a cuestas hasta tu cuarto.

—No puedo ni despegar los párpados. Estoy agotado.

—Sólo tienes que bajarte del bus, atravesar el vestíbulo y meterte en el ascensor.

—Se suponía que Rusia siempre era una experiencia emocionante y yo sólo quiero regresar a España para dormir un poco más.

—En unos días, Suri, en unos días... —canturreé dándole unas palmaditas en el muslo. Giré la cabeza y miré por la ventana. El microbús remontaba el camino hacia la entrada del *resort*. Por entre el paisaje y las luces nocturnas, divisé las villas. Yo sabía que Nico había dejado el circuito horas atrás. Lo imaginé durmiendo allí, en la casa en la que se había alojado, en compañía de Mónica. Con ella sí me había cruzado ese día en el circuito; me ignoró, y la verdad es que, pese a su mal gesto, resultó un alivio que lo hiciese, puesto que no tenía ganas de hablar con ella. Una parte de mí prefería obviar que existía, al igual que hacía con Nico.

Una de las villas tenía un par de luces encendidas a pesar de la hora. La terraza estaba iluminada y hubiese jurado que una sombra oscura estaba parada frente a la baranda, de cara al Mar Negro.

El microbús llegó a su destino. Todos nosotros, cargando a cuestas nuestras caras de sueño y agotamiento, nos despedimos frente a los ascensores para repartirnos entre ellos y, así, subir a nuestras habitaciones para dormir un par de horas antes de que la actividad en Sochi comenzara de nuevo.

Mi cuarto estaba en una de las primeras plantas; allí me bajé, tras darle un beso en la mejilla a Suri, el cual ni se enteró, pues estaba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el fondo de la cabina; respiraba profundamente; sólo le faltaba roncar.

Me arrastré hasta mi habitación. Deseaba darme una ducha caliente, pero deseché esa idea, pues apenas podía moverme.

Con la estancia a oscuras y después de cerrar la puerta de una no muy femenina patada, me dejé caer sobre la cama. Al hacerme un ovillo sobre la colcha, me percaté de que todo mi cuerpo olía a comida. No podía acostarme así.

Casi con los ojos cerrados, cogí mi camiseta de Bravío, ropa interior limpia, un pantalón de pijama y me dirigí a la ducha.

El agua caliente cayó sobre mi cabeza y fue una sensación deliciosa. Me lavé el pelo y mi piel renació con cada pasada de la pequeña pastilla de jabón. Agradecí el haberme levantado de la cama para eso; seguro que descansaría mejor.

Fue agradable sentir la camiseta y el pantalón de pijama con olor a limpio; si incluso así me sentía más relajada... y también un poco desvelada.

Encendí la luz de la mesita de noche y me recosté. Mi mirada recorrió la habitación, hasta llegar a la ventana, la cual, a diferencia de las habitaciones más caras, en vez de dar al mar, daba a la montaña. La vista era sobrecogedora; ni más ni menos valiosa que la vista al mar... la vista que disfrutaba aquella sombra sobre la terraza.

—¡Mierda! —gruñí en voz alta. Dentro de mí se retorció cierta culpa, de la cual sabía que no era sólo responsabilidad mía. Él tampoco era tan inocente, y no debía ser tan endeble como para no soportar no ganar una carrera... y, si no ganaba el campeonato, sería el próximo año o el siguiente; incluso si no volviese a ganar nunca uno...

Mi pensamiento derrapó en aquella curva veloz de mi cerebro. Me sentía tan mal por él y al mismo tiempo me daban tantas ganas de abofetearlo para que reaccionara. Con todo, estaba preocupada por Nico.

«Su novia debe de estar con él», me dije.

«Pero... si es él quien está en la terraza, está solo», pensé.

De un respingo, me senté sobre la cama, deseando ir a asegurarme de que se encontraba bien.

Volví a acostarme entonando en voz alta que no podía hacerle una visita; la mera idea de ir hasta allí a esta hora no tenía sentido. Además, tenía medianamente decidido que me mantendría alejada de él porque, en adelante, me había propuesto darle una oportunidad a cosas menos autodestructivas, es decir, a Paul, con quien, pese a las juiciosas distancias que manteníamos estando dentro del circuito, en esos días habíamos encontrado demasiados momentos en los que coincidir el uno con el otro para cruzar unas palabras, para estar en silencio disfrutando de un trocito del paisaje de Sochi o incluso del vestíbulo del hotel o de sus alrededores.

¡Mierda, mierda, mierda! ¿Y si Mónica no estaba con él?, ¿y si se encontraba solo y realmente preocupado?

Nico no necesitaba comerse la cabeza con pensamientos oscuros, con dudas; él tenía que tener claro que era capaz de ganar, al menos de intentarlo, y, si al final no lo lograba, tampoco sería el fin del mundo. No tendría que tener aquella cara que captó

el cámara al final de las pruebas; debería verse feliz, no tan angustiado y casi como si estuviese enfermo.

—¡Mierda, Siroco! —chillé, y de un salto me levanté de la cama para así, en pantalones de pijama y camiseta, calzarme las zapatillas deportivas del uniforme del equipo y ponerme la gruesa chaqueta de abrigo. ¡Los rusos estaban locos si creían que eso, en verdad, era una temperatura primaveral! ¡Fuera estaba helando!

Cerré la cremallera de la chaqueta hasta el cuello, recogí mi llave magnética de la mesa de entrada y salí de mi habitación.

No me preocupó la posibilidad de toparme con nadie; en ese instante debían de estar todos inconscientes en sus respectivas camas. ¡Si es que cada vez quedaba menos para que volviese a amanecer!

El vestíbulo del hotel estaba desierto, iluminado a medias. Prácticamente me escabullí para dirigirme hacia las villas, encogiéndome dentro de mi chaqueta, con la capucha echada sobre mi cabello mojado para evitar que cogiese una pulmonía y, de paso, también para intentar no ser reconocida; es que casi me cubría toda la cabeza. Cuando brillaba el sol, la brisa marina resultaba agradable; en ese momento, helaba.

Apuré el paso hacia la villa de Nico. No pensaba dárme las de kamikaze; antes de llamar a su puerta comprobaría que estuviese todavía despierto. Si no estaba en la terraza y no había ninguna luz encendida, ni loca llamaría a su puerta... y si las luces continuaban encendidas y él estaba allí, intentaría cerciorarme de que Mónica no estuviese con él; cómo haría eso, pues no tenía ni la menor idea.

Al acercarme a la villa, lo vi y no pude creerlo. Sí, era su alojamiento y él continuaba allí, de cara al mar. Seguían encendidas las mismas luces, o al menos eso me pareció recordar.

Si hubiese sido mi novio, dudo de que hubiese podido resistirme a la tentación de acompañarlo allí fuera, aunque fuese en silencio, solamente brindándole mi compañía.

Quise echarle a Mónica la culpa de la soledad de Nico y al instante me arrepentí de pensar mal de ella. Conociendo a Nico al menos un poco, imaginé que él debía de ser adepto a la soledad, a apartar a la gente de su lado. Ok, bien, quizá no lo hiciese con ella; que me apartase a mí era algo muy distinto, a mí no me conocía y nosotros apenas si nos tolerábamos y cuando...

«¡Basta, deja de pensar!», me grité mentalmente.

La piscina estaba iluminada, al igual que el camino de ascenso hasta la casa.

Allí, a esa distancia, no me quedó duda de que era él.

Al verme sola y al descubierto, en el acceso a su villa, comprendí que debería de haber pensado en una excusa para justificar mi presencia.

Sin tenerla, continúe avanzando. El justificativo que tenía no podía cargarlo en las manos y era probable que, aunque intentase explicárselo a Nico, él no llegase a comprenderlo. Pensé en Sochi y en nosotros. Alcé la cabeza y lo miré. Nico ya se

había percatado de que alguien se aproximaba a su villa y se inclinaba hacia abajo, intentando adivinar la identidad de su visitante.

—¿Quién anda ahí? —gritó asomándose un poco más.

Mis pasos se clavaron en el camino.

—Soy yo, Natalia —me anuncié, alzando la voz para que me oyese desde la terraza. ¡Por Dios que estaba helando ahí fuera! No entendía cómo él había conseguido no convertirse en escarcha allí arriba.

Hubo un par de segundos de silencio.

—¿Qué haces aquí a esta hora?

—Hemos llegado hace poco rato del circuito y me ha parecido verte. Sólo paso para saber si te encuentras bien.

—Deben de ser más de las dos de la madrugada.

—Sí, no sé... me quité el reloj antes de meterme en la ducha. Supongo que serán las dos y media o así. Las tres quizá. ¿Todo va bien? —planteé, dubitativa, temiéndome que fuese a mandarme a freír churros, por decirlo de un modo poético. Al instante se me antojaron churros con chocolate caliente; es que con ese frío...

—¿Por qué me preguntas eso?

—Bueno, es que te vi cuando entrábamos con el microbús y me preguntaba si... —tragué en seco—, si estabas bien. No quiero molestarte, pensé que quizá... Es muy extraño e incómodo hablar así a gritos contigo allá arriba. Solamente quería asegurarme de que estabas bien. Es tarde y tú te levantas temprano, y como mañana es la clasificación...

—¿Has venido a ponerme más nervioso?

Bueno, al menos comenzaba admitiendo que estaba nervioso.

—Puedo prepararte un té, si quieres.

—¿Has venido aquí, a las dos y media de la madrugada, para ofrecerte a prepararme un té?

—He venido porque he pensado que quizá quisieras... hablar —completé por fin, con todo el miedo del mundo—. O estar en silencio en compañía.

Nico no emitió sonido alguno.

—O quizá prefieres estar solo —dije más para mí que para él—. De acuerdo, mejor me voy; supongo que, si quisieras un té o compañía...

—¿Quieres un café?

Por poco me caigo de culo.

—Bueno, sí, supongo que algo caliente me vendría muy bien; aquí hace un frío espantoso. No sé cómo los rusos resisten meterse en el mar sin...

Nico no me permitió terminar.

—En seguida bajo.

Eso era exactamente lo que quería, que él bajase a abrirme, que estuviese solo; imaginaba que debía de estarlo; de otro modo no me invitaría a pasar. En fin, en ese instante tenía lo que quería y no sabía qué hacer con ello.

Era muy tarde para salir corriendo, la luz del recibidor de entrada se encendió.

Nico debió de bajar a toda velocidad.

Abrió la puerta para recibirme; iba en pijama y con una chaqueta de Bravío igual a la mía.

El pantalón de su pijama era celeste, con finísimas rayas blancas verticales. Llevaba calcetines, pero iba descalzo.

—Lindo pijama —le dije.

—¿No dormías solamente con camiseta?

—Aquí hace un puto frío espantoso. Justifica llevar pantalones de pijama.

—De estrellitas —me sonrió—, muy bonito. —Se apartó un poco de la puerta—. Pasa o nos congelaremos los dos.

—Me sorprende que no te hayas congelado tú allí arriba.

—La vista merecía el riesgo.

—Es demasiado tarde para disfrutar de las vistas de Sochi.

Nico se encogió de hombros.

—¿Por qué has venido? —me preguntó una vez más, antes de que yo pudiese poner un pie dentro.

—Estaba preocupada. En China dejaste entrever el modo en el cual encaras esto y entiendo que, quizá, lo que pasó te tenga más ansioso de lo normal y, además de lo de la carrera, está lo que sucedió... Por el bien del equipo y del campeonato, no quiero ser una preocupación más. Bueno, imagino que es probable que exagere al pensar que puedo ser una preocupación para ti... Estoy intranquila por lo que dije frente a los mecánicos de Asa y sé que aquí todos hablan mucho y no quiero causarte problemas. —Después de soltar aquello a bocajarro y casi sin respirar, sólo había conseguido que Nico se quedase mirándome sin parpadear—. No quiero ser un problema para ti. Es eso. Nada más, perdona por venir a molestarte.

Nico continuó sin decir nada.

Los segundos de silencio me dieron oportunidad de revisar su aspecto. Estaba un tanto ojeroso.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy muy cansado.

—Deberías acostarte a dormir. Mejor me voy. Al menos me quedo tranquila, has bajado de allí arriba y no te congelarás.

—Pasa. Tengo una máquina de Nespresso. Tómate un café antes de regresar a tu cuarto; quizá eso evite que tú te congeles.

Nico cerró la puerta y yo me quité la capucha de la cabeza.

—¿Has salido con el cabello mojado? —soltó reprendiéndome.

—Por eso llevaba la capucha puesta. Acabas de sonar como mi papá. —Avancé por la sala de estar—. ¿Estás solo? —le pregunté al notar que todo parecía demasiado vacío.

—No, con mi padre. No te preocupes; estaba muy nervioso y se tomó una pastilla para dormir.

—¿Y...?

—¿Mónica?

—Se hospeda en otro hotel. Este fin de semana los dos tenemos unas agendas infernales y, además, necesito concentrarme en la carrera.

—Ah, bueno.

—Vamos a por el café —propuso pasando junto a mí de camino a la cocina.

—Quizá no sea buena idea. Es muy tarde. —Detuve mis pasos. Ese lugar no era demasiado grande y, a pesar de que su padre dormía sedado o lo que fuese, en ese instante no me parecía muy buena idea haber venido—. Deberías acostarte e intentar dormir.

—Necesito tomar algo caliente —contestó sin detenerse para entrar en la cocina.

—Deberías meterte en la cama. —Lo seguí.

—Lo hice y no logré pegar ojo.

—Tienes que tranquilizarte; en las pruebas de hoy te ha ido muy bien. Seguro que obtendrás la *pole position* mañana.

Nico llegó a la cafetera en ese mismo momento, se dio la vuelta y me miró.

—¿Te parece?

—¿Te quedan dudas?

—¿Si me quedan dudas de que te parece o de que conseguiré la *pole*?

Suspiré.

—Para tu información, creo que estás preparado para conseguir el primer puesto y no creo que deban quedarte dudas —contesté.

—¿Qué te gusta? —me preguntó apuntando a las cápsulas apiladas en un moderno dispensador, pasando de acotar nada a mi respuesta.

—No sé, cualquier cosa. Da igual.

—No puede darte igual —rezongó.

—Es que no suelo tomar este tipo de café.

Nico cogió del dispensador dos cápsulas de un dorado sedoso muy elegante.

—Si no te gusta, te preparo otro.

—No, está bien, no te preocupes. ¿Seguro que no quieres ir a acostarte? Tienes que descansar.

—Ahora eres tú quien sueñas como mi padre. Toma asiento, no pasa nada.

No muy convencida, me acomodé en una de las sillas que rodeaba la mesa de la cocina. No sabía qué hacer con mis manos o hacia dónde mirar. Al final acabé observándolo a él, su perfil. No tenía buen aspecto. ¿Estaría enfermo o sería solamente cansancio, tal cual afirmaba él?

—No es por meter cizaña, pero estás ojeroso. ¿Has cenado? Puedo prepararte algo de comer, si quieres.

La cafetera terminó de llenar la primera taza.

—Gracias, pero ya cené. —Me tendió la taza y se dispuso a preparar su café.

—Es tarde, pero si tienes hambre puedo cocinar algo rápido. Sé que no eres fan de mis comidas; sin embargo, para salir del paso, estaría bien.

—No es preciso, de verdad.

—¿Seguro? ¿No tendrás fiebre? —Prácticamente se pisaba las ojeras—. ¿Y si voy a buscar a tu preparador físico? César, ¿no es así? No sé en qué habitación se aloja; puedo ir a preguntar por él en recepción y traerlo.

—Si lo necesitara, ya lo habría llamado.

La cafetera acabo de preparar su café.

—Bien, de acuerdo; como quieras.

Nico tomó asiento a mi lado alrededor de aquella pequeña mesa redonda.

Bebí un sorbo de café, igual que él. Los dos nos miramos y medio que nos medimos sobre los bordes de nuestras tazas.

—Sí que estabas preocupada para venir hasta aquí a esta hora —entonó nada más despegar la taza de sus labios.

Me aclaré la garganta y dejé mi taza sobre la mesa.

—Te vi allí fuera... pensé que te congelarías.

—Bueno, has conseguido hacerme entrar. —Sonrió.

En respuesta, le sonreí también.

—Otra vez... mil perdones por lo de China.

—No pasa nada.

—No quiero causarte problemas con tu novia.

—No me has causado ningún problema. Mónica y yo estamos muy bien.

Un monstruo de dientes largos se retorció dentro de mi estómago; quería salir a dar una dentellada por ahí.

—Me alegro.

Volvimos a beber en silencio.

—Sochi no tiene las mejores noches primaverales, pero... ¿quieres subir un momento a echar un vistazo? Merece la pena.

Lo propuso tan entusiasmado que no pude decirle que no. Acarreando nuestras tazas de café, que por cierto era más rico de lo esperado, remontamos en silencio las escaleras para no perturbar el sueño de su padre.

Llegamos arriba de todo y, a través del ventanal, divisé el cielo estrellado.

Nico abrió la puerta y salimos a la terraza. Me encogí dentro de mi chaqueta; él, dentro de la suya. Avanzamos hasta la baranda. Se me puso la piel de gallina y no por el frío. De día era un paisaje estupendo; por la noche era apenas imposible de tolerar sin sentirse ínfimo, sobrecogido y feliz. No sé si fue el cansancio, el perfume de Nico, el paisaje o una conjunción de todo, pero los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Valía la pena, ¿no es así?

Asentí con la cabeza.

Nos quedamos allí en silencio, respirando el aire frío, soltando nuestros alientos con olor a café. Un par de silenciosos minutos más tarde, Nico se me acercó.

—Si gano el domingo, ¿lo celebrarás como hiciste con la victoria de Thiago?

—¿Emborracharme? —le pregunté poniéndome nerviosa. Intuía que no se refería a eso; es que... de ser otra cosa...

Nico se rio.

—Puedes emborracharte, pero creo que sobria estás mejor. Me refiero a salir después de la carrera, con los mecánicos y el resto del equipo.

—Siempre salimos después de la carrera.

—Lo que quería decir es si lo festejarás.

—No quiero que pierdas, Nico.

—Tampoco que gane.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Quieres que gane Thiago.

—Quiero que los dos seáis felices con lo que os toca vivir.

—Yo no suelo ser muy conformista, que digamos.

—No digo que lo seas, tampoco lo soy yo. Lo que digo es que no deberías amargarte tanto por llegar en segundo lugar. Parece que no disfrutes de tus logros. Deberías estar orgulloso por todo lo que has conseguido hasta ahora.

—Lo estoy.

Lo miré de reojo e inspiré hondo, desviando la mirada hacia el Mar Negro.

—Si ganas, me alegraré.

—¿Más o menos de lo que te alegrarías si ganase Thiago?

Noté mi frente arrugarse.

—¿Por qué tienes que hacer preguntas tan horribles?, ¿por qué tienes que estar todo el tiempo comparándote con otros? La relación que tengo contigo no tiene nada que ver a la que tengo con Thiago; tú eres distinto a Thiago. No mezcles las cosas.

—Eres su amiga.

—Eso mismo —contesté sin mirarlo.

—Y nosotros...

—Podríamos llegar a ser amigos si no nos matásemos el uno al otro antes —solté a modo de broma, para esquivar el momento, que no tenía ni idea de adónde nos llevaría, de adónde pretendía Nico que nos llevase.

A él no le quedó más remedio que reír.

—Vamos, campeón, sabes que ganarás. —Le di un toque en el brazo con mi hombro.

—Eso acaba de tocarme en lo más profundo —bromeó—. Si gano, quiero verte en el *box*.

Alcé las cejas en un gesto inquisitivo.

—He dicho que, si gano, cuando entre al *box* después de la carrera, quiero verte allí.

—¿Por qué? ¿Por qué debería hacer algo así? —Sacudí la cabeza—. Sabes que eso no es posible, Nico. Una cosa es que alguna que otra vez me permitan ir a echar un vistazo durante las pruebas, pero yo no tengo permiso para...

—Yo te conseguiré ese permiso.

—Mejor que no. —Me aparté de la baranda—. Si ganas, iré a felicitarte, lo prometo. No menciones nada del *box*, no intentes inventar cosas raras. Me gusta mi trabajo y no quiero perderlo. No mezclemos las cosas —le pedí, y acto seguido recordé que estaba mezclándolas con Paul. Bueno, al menos Paul no tenía novia—. Ok, es hora de que vuelva a mi cuarto y de que tú te metas en la cama. No necesitas acompañarme a la puerta, pero prométeme que te acostarás pronto. Aquí está helando y tienes que cuidarte; te queremos sano y salvo, fuerte... y destrozando récords de vuelta en la pista.

Nico sonrió a medias, como si detrás de esa sonrisa hubiese tristeza.

—Descansa. Mañana lo verás todo mejor. No pienses más, ¿de acuerdo? Solamente relájate; mañana en la pista harás lo que tan bien sabes hacer.

Su sonrisa tomó un poco más de fuerza.

—Buenas noches, campeón.

—Buenas noches, *petitona meva*.

Me reí y lo apunté con un dedo.

—Tengo que buscar en el traductor de Google qué significa eso.

Nico se mordió los labios para no sonreír.

—Descansa tú también, y gracias por venir. Por cierto, discúlpame tú a mí también, por lo de China y todo lo demás.

—Hecho. Estamos en paz, campeón. Nos vemos mañana, después de tu *pole*.

Nico soltó una carcajada.

—Dulces sueños —le deseé.

—Igualmente.

Ojalá soñase con él en ese estado, no por las ojeras o por su cara de cansancio, sino por, a pesar de sus nervios, la placidez de su espíritu. Creo que, por primera vez al estar a mi lado, lo noté relajado, sin la piel tensa, sin la mirada inquieta.

Lo miré una vez más, le sonreí y, después de retroceder de espaldas un par de pasos para quedar con su cuerpo enmarcado en el Mar Negro y en el cielo de Sochi, me di media vuelta y partí.

Dejé mi taza en la cocina y abandoné la villa en silencio. Al llegar al camino, alcé la vista hacia la terraza; Nico ya no estaba allí, lo que me alivió.

Apresuré el paso de regreso a mi habitación.

No tardé ni cinco minutos en caer rendida y, cuando sonó mi despertador, fue como si hubiese dormido esa misma cantidad de tiempo.

Nico tuvo unas pruebas libres excelentes, en las que dio una clase magistral de conducción, dejándolos a todos boquiabiertos, incluidos sus mecánicos e ingenieros.

En el monitor, cuando Nico marcó su último tiempo de vuelta, vi a Thiago sonreír de oreja a oreja al ver a su amigo destrozar el récord de vuelta del circuito. Nico, literalmente, volaba sobre el asfalto, haciendo honor a su apodo... Siroco, deslizándose como un viento por el circuito.

Todo el equipo chilló de felicidad cuando Nico se quedó con la *pole position* un par de horas más tarde. Suri y yo aplaudimos y nos alegramos al verlo tan bien.

El ánimo del equipo cambió, y el de Nico, de manera considerable; ante las cámaras, ante los micrófonos de los periodistas, no hacía otra cosa que sonreír hasta

por los poros y todo en mí fue alivio. Solamente intenté no hacerle demasiado caso a mi miedo de que aquello se viniese abajo si las cosas al día siguiente no resultaban igual de perfectas; es que Thiago, después de mucho batallar, se había quedado con el tercer lugar en la parrilla de partida.

Aparqué aquellos malos pensamientos a un lado.

El sábado no pude volver a ver a Nico; él se lo pasó de entrevista en entrevista y, tal como había dicho la noche anterior, tenía una agenda apretadísima, de la cual el publicista del equipo no le permitió escaparse ni por un segundo.

Al menos, por la noche, cuando regresamos en el microbús con el resto del equipo, no lo vi en su terraza.

Me dormí tranquila, imaginando que él debía de estar más tranquilo también.

11. Frágil

—Por si no te has percatado, me estás poniendo de los nervios. ¿Podrías parar?

Detuve el repiqueteo de mis pies en el suelo al instante, ante la petición de Suri; había estado haciendo aquello casi sin darme cuenta. Estaba tan ansiosa que tenía todo el cuerpo agarrotado, poco menos que solidificado en la postura que me mantenía, con la cabeza erguida de cara al monitor en el que veíamos la carrera. Sentía los hombros increíblemente tensos y, antes de empezar a golpear los pies en el suelo, había tenido las piernas enroscadas alrededor de las patas delanteras de la banqueta. Las había soltado unos minutos atrás, porque, de tanto hacer presión por culpa de ese estado en el que me hallaba, me dolían las rodillas.

Al día siguiente me dolería todo, si es que llegaba a él y no me daba algo antes de que terminase la carrera.

Nico iba primero por una considerable diferencia. Haruki y Thiago batallaban por el segundo puesto.

Sí, en realidad no tenía demasiados motivos para tener las tripas así de revueltas, y que me sudasen las palmas de las manos en ese modo era completamente injustificable. Menos razón de ser tenía el miedo que me impedía respirar profundamente. Lo mío, más que respiración, en ese instante eran jadeos cortos. Mi cerebro debía de estar funcionando peor de lo normal por la falta de oxígeno y por la poca circulación de sangre.

Nico... no podía parar de pensar en él y en lo mucho que quería que ganase la carrera. Bueno, también esperaba que a Thiago le fuese bien y a Haruki igual. De ser por mí, los quería a los tres en lo más alto del podio; sin embargo, en algún punto, una parte de mí estaba loca de ansiedad por que Nico ganase. Jamás lo admitiría en voz alta, pero así era; deseaba al campeón coronado una vez más, a Siroco derramando *champagne* sobre sus mecánicos.

—¿Qué tienes? ¿Por qué estás tan histérica?

—Por la puta carrera —murmuré entre dientes mientras me arrancaba pellejitos del lado de la uña de mi pulgar de la mano derecha; el del izquierdo ya lo tenía en sangre, empeorando así el aspecto poco femenino de mis manos, ya de por sí arruinadas por el trabajo en la cocina.

La mirada de Suri, dura, daba sobre mi lado mientras sonreía.

—Todo saldrá bien, quedan solamente cinco vueltas.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio mientras Nico volaba a toda velocidad por el circuito igual que si estuviese solo. No corría contra nadie más que contra sí mismo; no me pareció que eso fuese ninguna novedad, Nico competía contra sí mismo siempre, tanto dentro como fuera del circuito, entrenándose y dedicándose por entero a su pasión.

—A Thiago también está yéndole muy bien, considerando todos los problemas que ha tenido este fin de semana con el coche.

—Sí, lo sé. Le está plantando cara a Haruki.

—Lo resiste bien.

—Sí —contesté con un hilo de voz, concentrándome en la pantalla. La transmisión mostraba la cámara a bordo del monoplaza de Nico. Tener la oportunidad de ver más o menos lo mismo que él veía resultaba una experiencia única. Mis ojos mirando más o menos lo mismo que los suyos. Sonreí de los nervios que me provocaron la velocidad y todo lo que me pasaba con él. Nuestra última conversación... Cómo me hubiese gustado poder estar en el *box* para verlo llegar tal como me había pedido. La sonrisa se diluyó un poco en mis labios; allí tenía gente de sobra esperándolo para celebrar su victoria, incluida Mónica.

El beso a su novia...

—Y ahora, ¿qué?

La pregunta de Suri me desconcertó.

—Te ha cambiado la cara. ¿Estás preocupada por algo más? ¿Es porque hoy ha venido el jefe? Entiendo que ha aparecido por aquí más de una vez; sin embargo, no creo que debamos angustiarnos; está encantado, todos están encantados con lo que preparas. Fue muy acertado buscar las recetas de esos dulces típicos rusos. No creo que Paul haya venido a poner orden ni a ver cómo trabajamos, solamente lo ha hecho para comer alguna de tus pastas. Antes jamás pasaba tan a menudo por el área de comedor y la cocina; ese hombre está siempre demasiado ocupado manteniendo a todo el equipo trabajando y dando el ciento por ciento de sus capacidades. Te lo digo, se dedica tanto a su trabajo como Nico. Los dos son obsesivos con lo suyo, por eso...

—Por eso, ¿qué?

—El jefe se divorció no hace mucho tiempo.

—Ah —entoné como si en mi vida hubiese hablado con Paul de su vida privada.

—¿No lo sabías?

No pude contener el rubor que me subía por las mejillas.

—Eh... sí; en realidad, sí.

—Ya me lo imaginaba, aquí son todos muy chismosos. En todo caso, te lo repito: no tienes de qué preocuparte, él está muy contento con tu trabajo. Todo el mundo le tiene miedo, pero no creo que tú debas tenérselo; te ha mirado con cariño cuando has sacado la bandeja con los *macaroons*. Supongo que, como ya habías preparado todas las otras cosas, no se imaginaba que fuésemos a servirlos también. Ha puesto cara de felicidad absoluta al ver tus creaciones.

Los *macaroons* los había hecho especialmente para Paul, porque habíamos estado conversando y me había comentado que le apetecían mucho; por eso hice pocos y los saqué cuando lo vi llegar. Preferí, por el momento, no contarle eso a Suri.

—No te angusties. Además, hoy tendremos celebración. —Apuntó la pantalla con la cabeza. Vi que quedaban nada más que dos vueltas para terminar.

—Sí, claro.

—No sufras, cuando llegemos al Gran Premio de Cataluña, todo será más relajado. Nico estirará la diferencia de nuevo con esta victoria y eso es bueno, porque España es la casa de Bravío. Llegar allí en buena forma le levantará el ánimo al equipo.

Sonreí permitiendo que Suri pensara lo que quisiera de la situación.

A punto de que Nico iniciara su última vuelta, a mí me dieron ganas de correr al *box* para saltarle al cuello, más precisamente a los labios, en cuanto saliese del habitáculo de su coche.

Tan dulce sería poder abrazarlo, felicitarlo sin miedo a que se me escapase todo lo que llevaba dentro al hablarle. Abrazarlo... Cerré los ojos e imaginé la situación: su aroma, el calor de su cuerpo después del desgaste físico que implicaba la carrera. ¡Qué ganas de que aceptase apoyarse en mí para contener su cansancio!

La cámara enfocó al padre de Nico, a Dave, su representante, a su preparador y a Mónica. Ellos estarían allí para él.

Los mecánicos corrieron del *box* hacia la pared que daba a la pista, donde también estaban Toto, Paul y el resto en el *pit wall*. Sonreían. Las caras no eran las mismas que las de la jornada anterior.

Nico dio un espectáculo de velocidad en su última vuelta y finalmente cruzó la línea de meta. La bandera a cuadros le dio la bienvenida. Lo vi alzar ambos puños, soltando el volante durante unos segundos. Celebró con el puño en alto su triunfo y se aproximó a las tribunas para saludar. Así, satisfecho y saludando, dio otra vuelta al circuito. Haruki se le acercó y lo felicitó con un gesto de mano. El saludo de Thiago fue más efusivo, pues le dedicó a su chico dos pulgares en alto. Esos últimos fueron un par de segundos en total armonía.

Mi corazón palpitó con fuerza al verlo recorrer el resto del trazado. Por desgracia, no tuve la oportunidad de oír cómo lo festejaba a través de la radio, tal como sí había hecho con Thiago después de su victoria en China. Lo imaginé bromeando con Otto.

Nico entró por la calle de *boxes* seguido de los otros automóviles.

—Ahí lo tienes, de regreso al ruedo. Otra vez de camino al campeonato —me dijo Suri cuando Nico entró en el área reservada para los tres primeros, justo debajo del podio.

—Ya seguíamos de camino al campeonato, Suri; el tropiezo fue sólo un segundo puesto en una carrera.

—Ganar es otra cosa. Un par de días sin presión y luego tendremos que ponernos a pensar en Cataluña y en su pastel de cumpleaños. Bueno, eso último te lo dejo a ti, que eres la especialista.

—¿Qué dices?! —salté de la banqueta tras él. Suri se dirigía hacia una de las neveras.

—La tarta de cumpleaños de Nico, Duendecillo... Por más que el cumple de Nico sea después de la carrera, le organizaremos una fiesta. Al menos una pequeña; será un detalle y el equipo se sentirá feliz de poder comer pastel.

—Sí, el equipo sí, porque lo que es Nico... —repliqué mientras lo veía abrir una lata de agua tónica.

Suri se quedó quieto, con la lata a medio abrir y la vista clavada en la pantalla.

Seguí su mirada hasta el monitor y vi el revuelo alrededor del monoplaza de Nico. El campeón no había salido de su habitáculo y junto a él estaban Toto, César, Alfons, Mónica, Paul y el médico del circuito.

Me puse lívida al instante y pensé lo peor al ver que a ellos también se acercaba uno de los asistentes del doctor de la carrera, corriendo desde el vehículo de asistencia, con un maletín en la mano.

No alcancé a oír lo que decía quien relataba la carrera, porque de pronto ya no fui capaz de oír ni de reaccionar de modo alguno.

El director de la carrera de Sochi llegó hasta ellos.

Un cámara enfocó a Haruki durante un segundo y vi su cara de preocupación al quitarse el casco. El japonés se mantuvo lejos. El que no pudo guardar las distancias fue Thiago, quien, arrancándoselo todo de encima y apartando el volante sin el menor cuidado, salió despedido en dirección al automóvil de su amigo.

Tuve que sostenerme del borde de la encimera.

—Suri... —jadeé sintiendo que me bajaba la presión. Giré la cabeza y vi mi preocupación reflejada en su rostro—. ¿Qué sucede?

—Tranquila. —La voz apenas si le salió.

—Mierda... ¿qué es lo que pasa?

Los médicos apartaron al padre de Nico. Dave sacó de en medio a Mónica.

Por entre los especialistas que lo atendían, la cámara consiguió captar el rostro pálido y sudoroso de Nico. Estaba blanco, completamente lívido, y sus facciones parecían derretidas.

—Dios... ¿está bien? —gemí.

¿Por qué mierda mis oídos no alcanzaban a captar lo que decía el periodista que relataba lo que estaba sucediendo?

Suri llegó a mi lado y puso una mano sobre mi hombro.

—No lo sé. No te preocupes, lo están atendiendo.

Thiago se metió en medio de todos mientras se arrancaba los cables que salían de su casco y el casco propiamente dicho.

Con movimientos rápidos que denotaban urgencia, apartaron el volante y los protectores laterales de encima de los hombros de Nico.

A pesar de que mis piernas apenas conseguían sostenerme en pie, quise salir corriendo hacia allí.

Todavía no podía creer que eso estuviese ocurriendo.

Los vi atenderlo, sacar cosas de dentro del maletín. En medio de las atenciones, extrajeron a Nico del interior del vehículo y lo pasaron a una camilla que había aparecido no sé de dónde. Entonces ya no pude ver nada más, porque aparecieron con unas pantallas de la FIA, la Federación Internacional del Automóvil, para evitar que las cámaras pudiesen continuar transmitiendo la escena.

—Esto no puede estar pasando. ¿Qué tiene?, ¿qué le pasa?

—Tranquila, tranquila.

—No me pidas que me quede tranquila —le contesté de malos modos. Es que me moría de la angustia allí. A la mierda con nuestras discusiones, con su novia y con todo, Nico estaba mal y yo quería estar con él para intentar ayudarlo, aunque bien sabía que no podía hacer absolutamente nada por él.

En medio de un torbellino humano, lleno de cámaras, periodistas, mecánicos y gente de la organización del gran premio, se llevaron a Nico, haciéndolo desaparecer demasiado a prisa, lo que no hizo otra cosa que preocuparme todavía más.

Recuperé la audición para escuchar al comentarista decir que el campeón había sido retirado para ser atendido en las instalaciones médicas del circuito. Añadió que no era nada serio, una descompensación, pero no me quedé tranquila. Tampoco se veía muy tranquilo al resto de los pilotos que deambulan por la zona de pesaje.

Me percaté de que Thiago no estaba por allí, debió de irse con Nico.

Apreté los dientes, deseando salir corriendo de esa maldita cocina hacia el hospital del circuito para averiguar lo que pudiese sobre su estado; que informasen de que había sufrido una descompensación no me servía, no me decía nada.

Sabía que no podía ir al hospital, pero al menos...

—Necesito ir al baño un momento. En seguida regreso.

Suri me miró confundido ante mi escapada. Ni siquiera le di tiempo a contestarme. Salí disparada y, a la misma velocidad, abandoné la zona de comedor.

Dejé atrás la marea de camiones de los equipos y fui hasta el sector de *boxes*. Vi a un par de personas de la FIA correr de aquí para allá con sus *walkie-talkies* en las manos. Se notaba que algo no iba bien.

¿¿Dónde estaba la gente de Bravío?! ¿Alguien de relaciones públicas? ¿Un mecánico? ¿¿Nadie?!

Y de pronto fue como si el cielo se abriese. ¡Uno de los mecánicos del equipo de Thiago, Nacho!

Grité su nombre y él se detuvo.

—Natalia.

Intercambié dos besos con él.

—¿Sabes qué ha sucedido?

—Nico se ha descompuesto, pero dicen que está bien. Se lo han llevado al hospital del circuito más que nada para quitarlo del ojo de las cámaras, para no dar un espectáculo; al jefe supremo de la categoría no le gusta dar este tipo de imágenes y a la gente tampoco le gusta verlos, ya sabes cómo es.

—Pero ¿de verdad está bien? Estaba tan pálido...

—Oí decir que la bomba de líquido se le rompió a mitad de carrera y que él decidió continuar, corriendo igual. Sufren mucho calor dentro del habitáculo. Ha sido una salvajada seguir sin ese sistema de bebida; en realidad, una locura.

—Sí, lo sé —musité, aunque pensando que quizá exageraba un poco. Sí, los pilotos debían mantenerse hidratados; sin embargo, media carrera sin líquido no parecía un acto suicida ni nada parecido.

—Tranquila. Seguro que sólo ha sido eso. Se pondrá bien. Parece que incluso subirá al podio. Por ahora han retrasado el acto. Están esperando a ver qué pasa con Nico. Nadie quiere que el campeón se pierda subir a lo más alto del podio. Los espectadores se mueren por verlo.

—Sí... pero se lo veía tan frágil.

En respuesta, recibí una sonrisa.

—Tranquila, es un tipo duro. Pronto lo verás por ahí, fastidiando a todos otra vez con ese buen carácter y esa agradable forma de ser que tiene—bromeó sarcástico—. No pasa nada, ha sido un susto nada más. Te lo aseguro, estará bien en un momento.

Intenté calmar mi respiración. Tenía palpitaciones.

—¿Has visto a Thiago?

—Sí, se fue con Nico. Tranquila que no pasa nada. —Me dio una palmada en el hombro—. Felicidades por la carrera.

—Y a vosotros —le contesté reaccionando—. Habéis tenido un fin de semana complicado.

—Sí, al final ha salido menos mal de lo que creímos que saldría. —Me sonrió otra vez—. No te preocupes, que el campeón estará bien; mala hierba nunca muere —me dijo el mexicano, sonriéndome.

Quise sonreírle, pero la sonrisa no me salió.

Nacho se fue. Me quedé sola allí parada, mirando en la dirección en la que sabía que estaba el hospital del circuito, sopesando si era buena idea o no llegarme hasta allí a informarme sobre su estado.

No tenía forma de justificar mi presencia en aquel sitio. Suri no había salido corriendo en dirección al hospital y el resto del equipo seguía con su trabajo.

Angustiada y con un agujero en el pecho, di media vuelta sobre mis talones y emprendí mi regreso a la cocina.

Unos veinte minutos más tarde, Nico subía al podio para ser ovacionado por su público. Thiago iba tras él, rodeándolo con sus brazos, pero sin tocarlo, intentando disimular el gesto; parecía querer estar allí para poder sujetarlo si se desmayaba o algo por el estilo.

El brasileño no era el único que tenía cara de preocupación: Haruki estaba muy serio y, si bien jamás era demasiado efusivo en sus celebraciones en el podio, en esa ocasión parecía que ni siquiera deseaba estar allí. Cada dos por tres lanzaba miradas de preocupación en dirección a Nico.

Toto los siguió en el podio, en nombre de todo el equipo, para recibir su trofeo.

Nico no tenía tan mala cara como cuando lo sacaron del automóvil, pero tampoco se lo veía demasiado bien. No saltó al primer lugar con los puños en alto como siempre; sólo subió el peldaño para alzar un puño en alto y enseñar una pseudosonrisa muy poco afortunada.

Normalmente, con el equipo Bravío, a los pies del *box* solían estar su padre y el resto del séquito que acompañaba al campeón, pero en esa ocasión no estaba ni su novia.

A pesar de que se notaba que no se sentía del todo bien, Nico soportó estoico la rueda de prensa en el podio, la que dieron en la sala de prensa y más tarde, hacer un paseo —un tanto raudo quizá— por el recinto situado detrás del *paddock* para atender al resto de la prensa acreditada.

Debieron pasar más sesiones de fotos, más entrevistas, hasta que Érica envió a alguien para avisarnos de que Nico había requerido algo de comer en su autocaravana.

Al instante Suri se puso manos a la obra para preparar un plato de los que conformaban el menú habitual del campeón y me ofrecí a ayudarlo con la firme intención de apresurar la salida de la comida para poder ver a Nico lo antes posible.

Mastiqué lo poco que me quedaba de uñas mientras trabajaba en la cocina y veía a Suri terminar con el pedido de Nico. Incluso, cuando sentí que se demoraba demasiado para mi gusto en servir la comida en los platos, me puse a ayudarlo. Tenía

pensado, además, ofrecerme a llevarlo hasta su autocaravana, aun a riesgo de no encontrarlo allí a solas. Al menos quería verlo, aunque sólo fuese por unos segundos, para asegurarme de que se encontraba bien.

No conseguí contenerme ni medio segundo; en cuanto Suri acabó de preparar la bandeja...

—¡Yo se lo llevo! —exclamé alzando el tono más de la cuenta.

—Pensaba llamar...

—No, no hace falta. Voy yo de un salto. —Le quité la bandeja de las manos—. En cinco minutos regreso.

—Ok —Suri remoloneó la vocal, sonriéndome—, ve tú. Confío en que, cuando lo veas, te tranquilizarás un poco.

—Estoy tranquila —solté de camino a la puerta, atropellándome con mis propios pies.

—Sí, se nota —se carcajeó Suri—. Por lo visto no tendré que pedirte que te des prisa y no lo hagas esperar, porque...

El resto de la frase de Suri me la perdí, pues ya había salido de la cocina.

Varias veces estuve a punto de perder todo lo que cargaba en la bandeja; mi manejo de las curvas no era el mismo que tenía Nico y, por lo visto, él, a diferencia de mí, también tenía mucho mejor control de sus nervios. A mí toda esa situación me tenía con el corazón en la garganta y el estómago completamente revuelto.

Al llegar a la altura en la que comenzaba su autocaravana, mi cuerpo se congeló, porque entendí que lo quería allí solamente para mí y que me desesperaría, sobre todo, encontrarlo con Mónica. Incluso la presencia de Dave, o de su padre, quien rara vez me miraba a los ojos, resultarían más soportables que ella allí, procurándole los cuidados y el cariño que yo quería darle.

Intenté convencerme de que al menos tendría oportunidad de volver a verlo de otro modo que no fuese a través de la pantalla de un monitor, al menos durante unos segundos, y así estudiar su aspecto de primera mano.

Me detuve a la altura de la puerta, esperando percibir voces que delatasen la presencia de visitas al campeón, pero no oí nada. No alcancé a decidir si se encontraba solo o si era imposible que las voces saliesen del interior de la impresionante casa rodante.

Me acomodé de frente a la escalera cuadrando los hombros. Hubiese preferido poder arreglarme el cabello o el resto de mi aspecto un poco, después de haber estado todo el día trabajando, después del infierno del fin de semana, pero tenía las manos ocupadas y no pensaba dejar la bandeja sobre la escalera; además, no era mi aspecto, sino el suyo, lo único importante allí, y no por una cuestión estética, sino por una cuestión de salud.

Alcé un puño y llamé a su puerta.

Su voz no tardó ni diez segundos en responder a mi llamada.

—¿Quién es?

—Natalia, de la cocina; he venido a traerte tu comida —anuncié alzando la voz, poniéndome nerviosa.

—Adelante, está abierto.

Remonté los escalones con el corazón latiéndome en los oídos; las palpitaciones se me subían a la cabeza, entorpeciendo por completo el funcionamiento de mi cerebro.

Casi empezaba a festejar encontrarlo solo, pese a que, aun habiendo contestado él a mi llamada, bien podía estar con alguien.

Empujé la puerta y la luz del atardecer se filtró por ella, naranja, iluminando el interior de la autocaravana, encandilándolo. Estaba solo, vestía ropa de civil y, al verme, se levantó del sillón que rodeaba la mesa, protegiéndose los ojos del sol con una mano.

Se me aflojaron las rodillas de la emoción y mi cuerpo se reblandeció al liberar de mi interior toda la preocupación que venía acumulando desde que vi, a través de la pantalla del monitor, su rostro pálido rodeado de personas que lo atendían.

No pude deducir si en ese instante tenía más color o no, porque el sol le daba justo sobre el rostro, tiñéndolo de naranja. La única vez que me sentí así de preocupada e inquieta fue cuando Tobías acabó internado después de que un camión chocase con su vehículo; yo era apenas una niña y él, un adolescente, pero de cualquier modo sentí como si todo el peso del mundo cayese sobre mí. Solamente podía pensar en Tobías, en que no quería perderlo, no podía perderlo; mi hermano mayor lo era todo para mí y no me imaginaba el mundo sin él, así como en ese momento tampoco conseguía concebir mi mundo sin Nico. Era probable que fuese mucho pedir: no quería mi mundo sin él.

Recuerdo que, a pesar de que fueron muchas y tortuosas horas de espera las que pasé en la clínica mientras operaban a mi hermano, le rogué a Dios que salvase a Tobías; prometí que, si lo hacía, no volvería a pedirle nunca nada más. Para Tobías no fue fácil; salió adelante y, de hecho, jamás volví a pedirle a Dios nada más, ni siquiera volví a pensar demasiado en él después de lo de mi hermano, porque su recuperación no fue todo lo mágica de lo que creí que podía esperar del Todopoderoso; ése fue un proceso que nos cambió a todos, que hizo que una parte de mí comenzara a dejar de creer que la vida se solucionaba de modos mágicos y que a veces, incluso, no se solucionaba.

Lo único real en este instante fue que rogué a Dios, al mismo Dios al que le recé de pequeña por la salud de mi hermano mayor, que no permitiese que la vida me separase a mí, jamás, del hombre que tenía en ese momento frente a mí.

A riesgo de ser protagonista de una escena ridícula que incluso podía ser muy incómoda para él, atravesé a toda velocidad la distancia que me separaba de la mesa,

dejé la bandeja sobre ésta y lo miré a los ojos. Nico no había vuelto a despegar los labios para decir nada desde mi entrada.

Al devolverme la mirada, no encontré en sus ojos azul celeste nada que me indicase que debía detenerme.

Casi al borde de las lágrimas, lo mandé todo al demonio y salté sobre él, abrazándolo.

Las lágrimas se pasaron del borde y quizá yo también, al apretarme todavía más contra su cuerpo. Cerré los brazos alrededor de su cuello y, entre hipidos absurdos y descontrolados, inspiré su aroma. Olía a recién duchado y su cuerpo parecía igual de fuerte a como solía verlo; eso no impidió que recordase, una vez más, su estado al terminar la carrera.

Quise decirle lo terriblemente preocupada que estaba por él; las palabras no me salieron.

Nico no estaba precisamente rígido debajo de mi abrazo, pero tampoco parecía muy cómodo con la situación; no podía reprochárselo, mi acción estaba completamente fuera de lugar. Eso lo entendía muy bien y, sin embargo, no lograba soltarlo.

Al ver la luz del sol reflejada sobre la pared, caí en la cuenta de que había dejado la puerta abierta y, aun así, no conseguí convencer a mis brazos de que soltasen su cuello o a mis ojos de que dejarasen de llorar. En este instante la única acción que concebía posible a continuación era confesarle que lo quería más que como un admirador puede querer al campeón, más que como un compañero de equipo... lo quería como todo eso, sumando cada segundo de malos o buenos momentos compartidos, lo quería incluso cuando no comía lo que yo preparaba.

Lo oí murmurar mi nombre en voz muy baja, en el tono que se utiliza para despertar a un niño muy pequeño sin arrancarlo de sopetón del dulce sueño.

Mi respuesta no fue soltarlo como supuse que esperaba él; susurré su nombre entre un nuevo torrente de lagrimones que salió a chorro de mis ojos. La angustia de haberlo visto mal, sumada al cansancio, a los recuerdos de aquellos días con Tobías... a la imposibilidad de decirle que lo quería porque no era agradable decirle a un tipo que tenía novia y que estaba a años luz que lo amabas...

Me adelanté al momento en que me pidiese que lo soltara y comencé a sentir vergüenza, la vergüenza que no se piensa cuando llevas algo dentro y por fin lo sueltas sin que importe demasiado el «qué sucederá después».

—Natalia —repetió.

Debajo de mí lo noté moverse. Después de eso, tendría que renunciar al equipo, porque no podría volver a mirarlo a los ojos sin que se me cayese la cara de vergüenza.

—Natalia, por favor...

¿Eran delirios auditivos míos o reía?

—¿Podrías dejar de llorar? —pidió en el mismo tono dulce—. Si sigues llorando, nos ahogaremos aquí —bromeó—. Ey... —Sus brazos se movieron como a cámara lenta, o al menos así me lo pareció. Sus manos aterrizaron, despacio y con suavidad, sobre la parte baja de mi espalda—. No me gusta verte llorar y la verdad es que no entiendo por qué llor...

—Estaba muy preocupada —hipé apretándome todavía más contra él.

—Creo que empiezo a darme cuenta de que sí. ¡Qué honor! —Rio.

—Es verdad —contesté sin conseguir contener las lágrimas—. Cuando vi que no bajabas del automóvil y te vi la cara... te llevaron en una ambulancia...

—Sí, lo sé; creo que exageraron un poco con eso. No ha sido nada, estoy bien.

—¿Seguro?

—Bueno, si no me ahorcas con tu abrazo, lo estaré.

El gesto cariñoso de sus manos sobre mi espalda hizo que me apartase de él; tenía que mirarlo a la cara en ese instante para saber qué razón de ser tenía ese instante, si era la que yo esperaba u otra cosa.

Nico sonreía y había dulzura en sus ojos. Bueno, eso si mi cerebro no me estaba engañando en la apreciación de su mirada y al interpretar su sonrisa. Lo observé una fracción de segundo más; no me dio la sensación de que estuviese burlándose de mí con su sonrisa, sino, más bien, sonriéndome con todas las de la ley.

—Menos mal que no pudiste estar allí en el *box*, hubieses dado un espectáculo mejor que el mío con un llanto semejante.

Por poco me derrito ante su tono, y sus manos, que seguían sobre mi cintura.

Verlo así, observándome, provocó que apartase mis manos de encima de él para intentar limpiarme las lágrimas que debían de darme el peor aspecto posible. En cualquier momento me soltaría para ir a quitarse del cuello los mocos que yo seguro le había dejado.

—Perdón. —Me limpié la cara una y otra vez—. Lo lamento. —La vergüenza comenzó a llenarme. ¿Qué mierda estaba haciendo yo allí, además de montando una patética escena?

—¿Me disculpas un segundo? —me pidió Nico, soltándome para luego alzar un dedo frente a mí.

No llegué a contestar nada. Nico pasó por mi lado y, en un par de largos pasos, llegó a la puerta y la cerró. Quedamos en penumbra.

Al final, logré secarme las mejillas y alcé la vista hasta sus ojos.

—Perdona por esta escena, es que estaba muy preocupada, tenía una bola de angustia atravesada. ¿Seguro que estás bien? —Examiné su rostro. Al sol se veía mejor que con esa luz; lo noté un tanto pálido y tenía cara de cansado. Ante su silencio, continué—. Me han comentado que se te rompió algo en el abastecimiento

de agua. No debiste seguir corriendo, vosotros prácticamente os deshidratáis allí dentro de los monoplazas.

—¿De verdad piensas que abandonarías una carrera a causa de la rotura de la bomba de agua? —Hizo una pausa—. Necesitaba ganar.

—Sí, eso lo sé, pero ¡a qué precio! Si así de mal te veías por televisión...

—Las cámaras y el alboroto que montaron a mi alrededor lo magnificó; en realidad no ha sido nada demasiado serio.

—¿«Demasiado»? ¿Qué tan «demasiado» debe serlo para que sea serio? Incluso ahora no te ves del todo bien.

—Gracias por eso. —Nico comenzó a avanzar de regreso a mí—. Por eso ordené comida, para reponer energía. —Pasó por mi lado—. ¿Quién la ha preparado? —inquirió sentándose otra vez donde se encontraba cuando yo entré, atrayendo la bandeja hacia allí.

—Come y no hagas preguntas —solté mandona.

Nico rio.

—Y, si no, ¿qué?, ¿no me permitirás correr la siguiente carrera? —Destapó la bandeja—. Jamás es fácil y siempre tiene un precio. No soy un inconsciente; sabía que podía continuar corriendo, por eso seguí; no pensaba regalar mi posición por nada.

—No, solamente estabas entregando tu salud.

—Exageras —sentenció, y olfateó el vapor que subía desde el plato—. Esto no lo ha preparado Suri; continúas colocando las cosas en el plato de un modo distinto.

—Eres un enfermo maniático, ¿lo sabes?

—Sí, por eso he llegado a ser el campeón.

—Si vuelves a ponerte así después de una carrera, que no me enteré yo de que ha sido porque se te ha roto la bomba de agua y has continuado corriendo, porque te juro que, si eso sucede, te perseguiré por todo el circuito dándote patadas en el culo, y no es broma.

Nico se carcajeó.

—Ni se te ocurra volver a reírte de mí, campeón; no tienes ni idea de por todo lo que he pasado desde que te he visto llegar así. Por poco me da algo.

La autocaravana quedó en silencio, y Nico alzó sus ojos hasta mí.

—¿Sí?

—¿Acaso no ha quedado claro, con todo lo que acabo de llorar sobre tu hombro pasando semejante vergüenza?

—¿No llorabas porque Thiago no ha ganado?

—No seas idiota.

Las mejillas treparon por su rostro, casi ocultando sus ojos cuando me sonrió.

—No es gracioso.

—No, ni un poco. Se suponía que estarías en el *box*.

—Y una mierda, Nico. Yo no puedo quedarme en el *box* esperando a que llegues, porque mi lugar es en la cocina; trabajo allí, por si no lo recuerdas, y tu lugar es en la pista —la angustia regresó a mí— y si te sucede algo, yo...

Nico me interrumpió poniéndose de pie.

—¿Así de mal te has puesto por mí?

—¿Acaso hablo en chino, que no lo has entendido todavía? Tu obsesión por ganar es...

Nico se detuvo frente a mí.

—Mi obsesión por ganar es la misma de siempre, *petitona*; es que todavía no te la he presentado, no la conoces. Sigue siendo la misma que era desde la primera vez que me subí a un *karting* —hizo una mueca—; bien, ahora está un tanto más madura y quizá se haya puesto considerablemente más terca de lo que era cuando tenía cinco años; sin embargo, continúa ahí, vivita y coleando. —Se cruzó de brazos.

—No puedes poner en riesgo tu vida por una maldita carrera.

—Corrección: no es una maldita carrera, es un maldito campeonato, y pienso ganarlo, de modo que mentalízate de que tendrás que celebrarlo. Ah, por cierto, algunos consideran esto un deporte de riesgo.

—Y tú mentalízate de llegar con vida al final del campeonato, nada más. Y no digas esas cosas, que se me ponen los pelos de punta.

Nico volvió a sonreírme, alzando la vista hasta mi corto cabello.

—¿Qué? —inquirí cuando él se quedó en silencio, observándome.

—¿Cómo que qué? A ver: he ganado y todavía no me has felicitado. Si me abrazaste para empaparame de lágrimas porque me sentí mal al acabar la carrera, lo mínimo que podrías hacer ahora es felicitarme por ganar.

—Estás comprando todos los números para ganar la lotería que tiene como premio una patada en el culo, campeón.

—Dejemos la violencia a un lado por un momento y, por favor, olvídate de que me he sentido mal.

—Cuando quieres te pones más idiota que de costumbre...

Nico carraspeó.

—Si te tomas tanta libertad para insultarme, podrías tomarte la misma para darme un abrazo y un beso.

Los colores treparon a mi rostro como un fogonazo.

Nico giró la cara y me mostró su mejilla derecha, sobre la que, a continuación, se dio golpecitos con un dedo.

—Quiero una felicitación igual que la que le diste a Thiago.

Cuando dijo aquello, una parte de mí se sintió aliviada; la otra se retorció de tristeza, porque lo que yo quería era darle un beso de verdad, no un inocente beso en la mejilla.

Nico se cruzó de brazos otra vez.

Para llegar a su altura, me agarré de sus brazos cruzados y me puse de puntillas. Mi rostro quedó de frente a su perfil.

—Felicidades por ganar la carrera, Siroco —le susurré, y me estiré un poco más para llegar a la mejilla que me ofrecía. Fruncí los labios para darle un beso ruidoso en un intento de aflojar la tensión en mí, convirtiendo eso en un momento gracioso. Mi objetivo era su mejilla; sin previo aviso, Nico giró su cara y me estampó un beso sobre los labios.

Todo mi ser estalló de confusión, gozo y muchas ganas de más. Quería más, pero no estaba muy segura de que Nico tuviese las mismas intenciones o por las mismas razones.

—¿Qué haces?

Nico se puso serio. Sus brazos ya no estaban cruzados y me dio la impresión de que no sabía qué hacer con sus manos.

—Para serte sincero, *petitona* —se le escapó un suspiro—, no tengo ni la menor idea. Solamente sé que todavía te quiero allí en el *box* al terminar la carrera.

Se me puso la piel de gallina y me quedé observándolo sin poder parpadear.

—Nico...

—Y también me hubiese gustado verte en el hospital del circuito.

—Para que lo entiendas: no sigas con esa carrera si no piensas llegar a la meta, campeón. No sé qué tienes en mente; yo... —No conseguí terminar la frase. La autocaravana quedó en silencio otra vez—. Bien... —Me removí sobre mi sitio sin saber qué hacer—. Ok. No tienes que decir nada. Será mejor que tomes tu comida antes de que se enfríe; todavía no tienes buena cara e imagino que necesitas reponer energías y yo necesito regresar a mi trabajo —solté, atropellándome con mis propias palabras.

—Natalia...

—Está bien, no pasa nada.

—Sí pasa, pero es que yo... —Nico se movió y sacudió las manos, indeciso.

—Tranquilo, campeón. Estamos bien, no hay problema, de verdad; es un alivio ver que no te ha ocurrido nada serio.

—Esta noche lo celebraremos con el equipo...

—Creo que estoy demasiado cansada para salir esta noche —entoné, interrumpiéndolo—. Además, ya tuve suficiente con la borrachera de China. Mejor no tentar al destino. —Enarbolé entre nosotros una muy falsa sonrisa de despreocupación—. Cuídate, por favor, y come; te juro que la comida no tiene veneno y está buena. —Retrocedí de espaldas—. Solamente ayudé a Suri mientras la preparaba y la coloqué en los platos, son sus recetas de siempre.

Nico apartó la mirada, moviéndola hacia la bandeja.

—Supongo que nos veremos en España.

—Natalia, por favor, no te vayas.

—Es lo mejor, a menos que tengas algo más que decirme.

—No soy muy bueno con las palabras.

—Bueno, no tienes que decir demasiado, sólo lo que necesites decirme.

Nico apretó sus labios para mí.

—Bien, mejor me voy. —Sí, mejor salía de allí o me pondría a llorar otra vez, pero por motivos muy distintos.

Nico no añadió nada más, de modo que di media vuelta y salí de la autocaravana sintiéndome una idiota de primera. Para hacer honor a la verdad, él también era un idiota, se había ganado el título con muchos méritos.

Regresé a la cocina e intenté proseguir con mi trabajo como si nada, mientras Suri me preguntaba por el estado de salud de Nico.

Esa noche todo el equipo fue a celebrar la victoria del campeón y, si bien en un primer instante intenté negarme a acompañarlos, llegó un punto en el que mis excusas no fueron tomadas como válidas y ya no se me ocurrieron nuevas; no podía continuar diciendo que no sin revelar los verdaderos motivos por los que no quería asistir al festejo al que concurriría la plantilla completa de Bravío.

Agotada y con muy pocas ganas de verme obligada a enfrentar a Nico (lo de la tarde todavía era una herida abierta, puesto que mi cerebro aún no quería terminar de aceptar lo que mi corazón ya sabía: estaba loca por él, perdida por él y con ganas de que él sintiese lo mismo por mí), me duché, me cambié y, oculta entre Suri y el resto de los mecánicos, llegué al bar decidida a fundirme con la concurrencia.

Mónica no se despegó de Nico en ningún momento y, por suerte, mis compañeros jamás me dejaron sola; bueno, lo hicieron, apartándose un poco a un lado, cuando Paul llegó, con una cerveza en la mano, para darme conversación. Si bien cuando se unió al grupo conversó con todos, al cabo de unos pocos minutos los demás se alejaron y nos quedamos solos; todavía no sé muy bien cómo salió el tema, pero es que lo tenía tan a flor de piel que le conté el accidente que había tenido años atrás mi hermano mayor y, después de eso, acabamos hablando de mi familia, de mi infancia. Hablar con Paul, a pesar de que era mi jefe, resultaba muy fácil, todo lo fácil que puede ser hablar con un amigo al que no necesitas impresionar, no como al hombre al que quieres conquistar. Cuando eso se hizo evidente para mí, dejó de ser cómodo

hablar con él, porque Paul tenía intenciones diferentes a las mías. Me agobié porque, en ese instante, quise deshacerme de la presión de saber que él tenía una idea de nosotros dos muy distinta a la mía; por poco entro en pánico. La necesidad de regresar al hotel a cerrar los ojos y dormir se hizo tan grande que me entraron ganas de llorar. Éstas aumentaron cuando giré la cabeza y vi a Nico con Mónica entre sus brazos, meciéndola en un romántico abrazo mientras la besaba.

Paul tuvo que irse para saludar a unas personas y yo aproveché su partida para largarme de allí. Fui una de las primeras en marcharme.

No volví a ver a Nico antes de que el equipo dejase Sochi y lo agradecí; necesitaba imperiosamente ventilar mis pensamientos y, por encima de todo, mi corazón.

Regresamos a España para tener un par de días de descanso, en los que aproveché para hacer un poco de turismo, descansar y probar restaurantes, panaderías y pastelerías... y, sobre todo, para disfrutar de la comida preparada por alguien que no fuese yo.

El descanso y la distancia le sentaron bien a mi cuerpo, pero no a mi mente y menos aún a mi corazón. Tener la certeza de que lo primero que hacía al abrir los ojos era extrañar al campeón hizo que me enfureciese conmigo misma por no haber previsto hacia dónde me llevaría eso cuando todo comenzó con nuestro primer beso, o quizá antes. Nico podía hacer lo que quisiese con su vida, pero, si eso arruinaba mi año, mi experiencia en Bravío, sería solamente culpa mía. Tenía que cortar con lo que sentía, y pronto.

12. Quizá te sorprendas

Era como si el aire cambiase su composición. No se trataba sólo del aroma que flotaba sobre el circuito o de los sonidos que se colaban por cada rincón, ni siquiera la cantidad de estímulos visuales o la adrenalina que corría por mis venas porque mi cerebro anticipaba lo que sucedería. Lo era todo, era esa vida, porque realmente me gustaba; era permitirle a ese circo que me sorprendiera en cada carrera, con cada nueva fecha, con los rostros que llenaban las tribunas, con las energías renovadas de los mecánicos, los pilotos y el resto del equipo.

Casi como sufriendo —bueno, en verdad sin sufrir, sino más bien saborear— una experiencia religiosa, me detuve en mitad del camino entre los camiones, con el carro cargado de mariscos detrás de mí.

Érica pasó por mi lado y me saludó con la mano que tenía libre, pues la otra la utilizaba para pegar a la oreja su móvil, al que le hablaba a toda velocidad. Ella siempre estaba muy atareada; jamás se quedaba quieta y, por lo general, la encontraba haciendo más de dos cosas a la vez.

En sentido contrario pasaron dos de los mecánicos de Haruki.

El *walkie-talkie* que colgaba de mi cintura comenzó a sonar. No podía ser otro que Suri.

—¿Dónde estás? Necesito mis langostinos aquí y ahora. ¿Ha llegado también el panko?

—Sí, Suri; ha llegado; ya lo tengo todo. —Reanudé el movimiento de mis piernas.

—Bueno, ¿y por qué no estás aquí todavía?

—Voy de camino, Suri. No sé si lo has notado, pero resulta que la entrada de proveedores está en la otra punta del circuito y eso no queda precisamente cerca de la cocina.

—Debí pedirle a Nico que te llevase en su bólido —bromeó.

—No te preocupes, en seguida llego. —Mi estómago se retorció de acidez; al ser Barcelona la base del equipo, la actividad para Bravío había empezado mucho antes que para los otros equipos. Sabía que Nico había llegado al país antes, cuando yo disfrutaba de mis supuestos días de descanso, en los que más que nada no hice otra

cosa que pensar en él. Los dos pilotos y Toto llevaban una semana infernal en compañía del dueño del equipo, dando ruedas de prensa, siendo el entretenimiento principal de los más variados eventos promocionales y publicitarios, asistiendo a entrevistas en televisión y acudiendo a fiestas.

Si bien había podido evitar a Nico dentro del circuito desde que la actividad comenzó allí, no pude evitar toparme con él en la pantalla de televisión de mi hotel.

A la par iban mis ganas de verlo y las de esquivarlo; por eso, al andar por el circuito apenas si alzaba la vista del suelo. Quería levantar la cabeza y buscarlo y, al mismo tiempo, encerrarme en la cocina y apagar el monitor para evitar la tentación de aferrarme a su rostro... tal vez sobre todo para evitarme el dolor que me causaría verlo con ella otra vez. Ya tenía suficiente con el desgraciado de mi cerebro, que me recordaba a cada rato los besos que él le daba al final de las carreras al ganar o aquel tierno beso que le vi darle la noche en que ganó en Sochi.

Ése no iba a resultar un fin de semana sencillo, pues, nada más empezar con el trabajo, Érica me avisó de que se planeaba que el equipo hiciese una pequeña celebración por el próximo cumpleaños de Nico, que era el 19 de mayo pero que festejaríamos por adelantado, para lo cual yo debía preparar una tarta.

Por miedo a sonar despechada, probablemente porque así me sentía, no me molesté en explicarle a Érica que Nico jamás probaba lo que yo elaboraba.

—Date prisa, que tenemos muchísimo trabajo por delante. Todavía tienes que empezar con el bizcocho para el pastel de Nico y...

—Si intentas ponerme nerviosa, está dando resultado.

—Lo que quiero es tenerte aquí ahora.

—Ya llego... —El nombre de Suri llegó hasta mis labios, pero me lo tragué al chocar con alguien que venía de frente, evidentemente con mis mismas prisas y distracción.

—¡Pero ¿acaso estás ciega?!

No estoy segura de qué me molestó más, si reconocer su voz, su tono o el empujón que me dio para apartarme de ella, provocando que se me escapase el *walkie-talkie* de la mano.

—Deberías tener más cuidado.

Giré la cabeza para ver a Mónica plantada sobre sus altísimos tacones, vestida casi íntegramente de blanco, sin una mancha ni una arruga y con su impactante melena castaña reluciente y sin un cabello fuera de lugar, erguida frente a mí con su móvil rosa metalizado en una mano. La seguía su cámara, el mismo que cubría con ella cada carrera de la categoría reina.

Si yo iba distraída, ella también.

Recogí el *walkie-talkie* del suelo.

—Creo que no soy la única que venía con la cabeza en otra parte —le solté, porque no se me ocurrió otra cosa que no fuese insultante pero que al mismo tiempo la pusiese en su sitio del modo más políticamente correcto.

Ésta me lanzó una mirada asesina.

—Eres tú la que carga con eso. Podrías lastimar a alguien. —Apuntó con la cabeza hacia el carro, con el cual ni en mis más retorcidos sueños hubiese podido atropellarla para dejarla aplastada contra la tierra, tal cual se me antojaba.

—No te he tocado con el carro.

—Por poco. No deberías hablar por *walkie-talkie* y al mismo tiempo acarrear esa cosa.

Le sonreí con sorna.

—No deberías caminar y hablar por teléfono. —En cuanto terminé de pronunciar la frase, me arrepentí. No podía haberme topado con ella en peor momento.

—Y tú deberías estar en la cocina. Mejor sigue tu camino.

Apreté los dientes. Tenía demasiadas ganas de arrojarle encima una caja de langostinos.

—Si te apartas del mismo. —Por lo visto, los intentos de contener mi lengua no daban resultado.

—Eres tú la que está plantada en medio de mi camino —replicó plantándose frente a mí. La vi estirarse y cuadrar los hombros.

Eso se nos estaba escapando de las manos a ambas y yo no tenía ni idea de por qué ella actuaba así. Por supuesto que sabía muy bien de dónde provenían mis ganas de matarla, de acabar con ella, de borrarla del mapa; las suyas no tenían demasiada razón de ser. Ese simple choque, que en realidad no había sido gran cosa, no podía ser más que una excusa. O quizá Mónica, simplemente, tenía muy mal carácter y se creía la reina de la Fórmula Uno por ser la novia del rey.

Visualicé mentalmente a Meteoro y al monito que lo seguía a todas partes en la serie de anime japonesa *Mach Go, Go, Go*, y pensé en ella como en ese animal, y no como Trixie, la chica del protagonista.

Mi ánimo ese día estaba para ese tipo de cosas, para que me pusiese quizá un tanto malvada y desafiante.

Por qué no admitirlo: tenía muchas ganas de dejarla calva.

Le sonreí del modo más empalagoso y falso que pude, para que se diese cuenta de que no podía ni verla.

—Yo estoy haciendo mi trabajo. —Me planté sobre mis pies, enfundados en zapatillas deportivas del equipo, y alcé los hombros, los cuales se veían un poco más anchos desde que estaba con Bravío, debido al ejercicio que hacía tanto fuera como dentro del gimnasio—. En cambio, por aquí no veo a ningún piloto que entrevistar.

«Ok, esto no tiene vuelta atrás», pensé.

—¿Disculpa?

Ella estaba perpleja. Yo también.

Probablemente, descargar mi frustración con ella no era lo más coherente. Debí de hacerlo con Nico, debí de decirle lo que sentía y quizá insultarlo al menos un poco por volverme tan loca, por empujarme hacia ninguna parte, por tirar y aflojar de la cuerda con la que me tenía atada a él, fuese aquello intencionado o no; dudaba de que no se diese cuenta de lo que hacía, o quizá sí, no lo sabía... el asunto es que debía aclararlo con él, no enfrentarme a su novia por cualquier cosa.

Tras esa reflexión, por fin pude controlar mi boca y mi genio.

Aparté la mirada de ella, colgué el *walkie-talkie* de la cintura de mis pantalones y, con toda la intención de echarme a andar otra vez, agarré la manija del carro.

Creo que no llegué a dar ni un solo paso.

—¿Adónde crees que vas?!

—A seguir con mi trabajo —le dije, sacudiéndome para quitar su mano de encima de mi brazo.

—No puedes hablarme así y menos aún irte sin pedirme disculpas.

La temperatura empezó a subirme otra vez. Ella no colaboraba con mis intentos de permitir que ese enfrentamiento acabara y mantener así la tapa cerrada a todos mis sentimientos.

—Las dos hemos chocado y yo tengo que ir a la cocina y tú, a continuar con tus entrevistas.

—Estás muy fuera de lugar, Duendecillo.

Que me llamase así, y en el tono en el que lo hizo, terminó de pelar todos los cables en mis circuitos, provocando chispas que iban a iniciar un incendio en cuestión de segundos.

—Conozco muy bien mi lugar, y no te pega llamarme así.

—No, imagino que ese modo de llamarte es exclusivo de Thiago. —Hizo una pausa—. Las cosas no funcionan así aquí.

—Aunque hace muy poco que estoy aquí, creo que ya he descubierto de qué forma funcionan las cosas, y no es de tu incumbencia de qué modo me llaman mis amigos.

Todavía no había buscado el significado de aquello que me llamaba Nico de vez en cuando; por eso me guardé esa situación para nosotros, para lo que éramos y no éramos con él, y por eso no se lo solté a la cara, para cantarle lo justo.

—Tienes muchos amigos.

—Sí, por suerte no tengo problemas para relacionarme con la gente y valoro más de lo que puedas imaginar la amistad.

Los ojos de la italiana se abrieron de par en par.

—Creo que tu noción de *amistad* no es la misma que la mía. Te vi hablando con Paul en Sochi, la noche de la carrera.

—¿Sabes qué creo?, que deberías ocuparte más de mirar en tu dirección y por dónde vas. Ahora, si me disculpas, tengo demasiado trabajo que hacer.

—Mónica, vamos, se nos hará tarde —le dijo su cámara, acercándose. En el rostro se le notaba que su única intención era separarnos.

—Si se me hace tarde es porque ella no me ha pedido disculpas.

—También me atropellaste.

—Sé lo que haces, no creas que no me doy cuenta. Todo el mundo lo ve. No es ninguna novedad encontrarse a alguien como tú por aquí, las he visto pasar a cientos. Se creen que esto es fácil, que pueden ganárselo todo. A los que estamos aquí nos ha costado mucho llegar. Lo más ridículo es que tú ni siquiera das la talla —su mirada me recorrió de pies a cabeza—, en ningún sentido —acotó en tono despectivo.

Listo, ahora sí tenía ganas de despellejarla viva usando mis dientes.

—No es una cuestión de tamaño, es una cuestión de calidad. No es culpa mía si en Italia las fabrican por metros. —Ahora sí, ya le había declarado la guerra, y me hizo gracia porque ni de adolescente había tenido una discusión-pelea en un tono similar.

—¡Haré que te echen del equipo!

—¿De verdad? Me había parecido entender que creías que yo estaba con Paul o algo así.

Mónica se inclinó sobre mí.

—Aléjate de Nico —me gruñó—. Por mí puedes acostarte con todo el equipo, pero no quiero volver a verte cerca de mi novio. Te arrepentirás si lo haces.

—Bueno, no es culpa mía que tengas que decirme algo así y creo que ésta es una conversación que debes mantener con tu novio y no conmigo.

—No eres más que una molestia temporal —soltó, y me propinó un empujón.

—Y tú no eres más que una arpía sobre zapatos caros. —Mis palmas dieron contra sus hombros; sin embargo, no logré moverla ni un milímetro—. Soy libre de hacer lo que me dé la real gana y no es ni responsabilidad ni culpa mía que tu novio sea exactamente igual que tú. ¿Quiénes os creéis que sois? —Sacudí la cabeza—. No quiero tener nada que ver ni contigo ni con él. Es evidente que vosotros dos estáis muy mal y no entendéis absolutamente nada de la vida. Es una pena, porque en verdad estáis aquí, pero os perdéis lo verdaderamente importante de todo esto.

No esperaba lo que sucedió a continuación.

La mano de Mónica impactó contra mi mejilla, y mi piel y mi carne quedaron rojas, con una mezcla de ardor y picor.

Eligió muy mal día para cruzarse en mi camino. En mi vida le había levantado la mano a nadie; aun así, me pareció correcto devolverle lo que acababa de darme sin que yo se lo hubiese pedido. Bueno, quizá sí lo había hecho, las dos lo provocamos.

Mis manos no eran tan grandes como las suyas, pero tenían un buen entrenamiento de trabajo duro en la cocina y mis brazos y hombros habían ganado fuerza esas últimas semanas.

Imagino que mi bofetada le dolió al menos un poco, puesto que a mí la mano me quedó dolorida, mejor dicho, latiendo como si un camión me hubiese pasado por encima.

La mejilla en la que mi mano acababa de impactar no fue la única que se le puso roja.

Sin soltar la cámara, su compañero de la televisión italiana intentó contener a Mónica. El escándalo se desató. Ésta se sacudió para liberarse de él, y al pobre se le cayó la cámara. La italiana se me vino encima. No estoy muy segura de lo que hice, solamente sé que creo que tendí mis manos hacia delante para defenderme y quizá me abalanzara un poco hacia ella, con ganas de saltarle a la yugular, ni más ni menos que lo que ella hizo.

Mis gritos de loca se fundieron con los suyos. Me cegué.

Apareció gente, no tengo ni idea de dónde, y hubo gritos, pero no llegamos a agarrarnos de los pelos, aunque ganas no nos faltaron. Alguien tiró de ella hacia atrás y alguien me sujetó a mí por la cintura, alzándome del suelo. Pataleé con toda la intención de zafarme de quien me tenía aferrada y de darle a ella en los condenados pantalones blancos que enfundaban sus esbeltas piernas.

—¡Basta, Natalia! ¡Ya basta! ¡¿Acaso te has vuelto loca?!

No sé si me impactó primero su perfume o su voz. Saber que era él quien me sostenía en el aire, con sus brazos rodeando mi cintura, mandó al traste toda mi valentía, toda esa falsa bravura que había desplegado frente a su novia.

Deseé cerrar los ojos y no abrirlos nunca más.

Claramente no pensaba cuando le di rienda suelta a eso.

Quise morirme en ese instante. No podía terminar de asimilar que por poco acabo agarrada de los pelos con la novia del campeón del mundo en pleno circuito de Cataluña.

La vergüenza tomó el lugar de cada rastro genético en mi sistema.

Dejé de patalear viendo cómo la figura de Mónica se hacía cada vez más pequeña.

Nico me arrastró hasta el lateral de uno de los camiones del equipo, mientras a ella se la llevaban en sentido contrario. Quedamos ocultos de todos, incluso del sol.

Nico me soltó en el suelo y, con un par de empujones muy poco caballerosos, me apartó hasta la cola del camión, en lo más profundo del angosto corredor entre los vehículos, debajo del techo de lona que los unía. Por lo visto él también podía dar muestras de lo poco educado que era, al igual que su novia.

¿Dónde se ha visto que un hombre empuje así a una mujer?!

—¡Suéltame ya! ¡¿Qué crees que haces?! —Di un traspié cuando él volvió a empujarme por la espalda—. ¡Te denunciaré por esto! ¡No puedes tratarme así! — Furiosa, casi lanzando espuma por la boca y con lágrimas de odio en los ojos, clavé los pies en el suelo y me di la vuelta para enfrentarlo.

Su cara de cabreo me supo fatal, aunque tuviese ese aspecto demasiado atractivo, con la barba crecida y el entrecejo fruncido, y la camiseta del equipo, las mejillas bronceadas por el sol, y los ojos brillándole... y condenadamente todo él tan para mí. Odié ese instante de principio a fin.

Mi mano tomó vida propia y voló hasta él. Ahí fue a parar, directa hacia su hermoso rostro, que poseía esa nariz tan particular que nada tenía de perfecta pero que yo adoraba. Mi segunda bofetada de la jornada.

Mi palma impactó contra la mejilla de Nico a toda velocidad.

Admito que, por haber crecido rodeada de cuatro hermanos varones y mayores, no le tenía mucho miedo, que digamos, al enfrentamiento cuerpo a cuerpo con un hombre, pero mis hermanos eran mis hermanos y sabía que ellos nunca me lastimarían; en cambio, Nico...

Nico grito, más de furia que de dolor, imaginé, porque mi cuerpo era mi cuerpo y el suyo... mejor no pensar en el suyo en ese instante.

Lo siguiente que emergió de su garganta cuando movió la cabeza para enfrentarme fue un gruñido que hizo que, así como mi mano había reaccionado sola segundos antes para dar contra su mejilla, mis pies se pusiesen en marcha para retroceder en pos de alejarme de él. Sabía que el pasillo entre los dos camiones debía tener un final, probablemente no muy lejos de donde me hallaba, pero salir corriendo hacia la calle exterior resultaba misión imposible, el corredor era muy angosto y, con Nico delante, jamás lograría pasar.

Nico se lanzó sobre mí y yo corrí hacia atrás, ahora sí, dándole la espalda; de ser necesario, treparía por uno de los camiones para huir de él.

Porque ya no quedaba espacio para temer al ridículo y la verdad era que poco me importaba si embarraba todavía más mi posición, comencé a gritar como una loca, pidiendo ayuda.

—¡Natalia! ¡Chis!

No paré de chillar porque di de frente con la parte trasera del vehículo que estaba estacionado en la calle al otro lado y, al mirar los camiones, vi que no tenía ni un mísero resquicio en el que meter los dedos o las puntas de las zapatillas para trepar.

—¡Chis! —Nico me agarró por un hombro con una mano y, con la otra, intentó taparme la boca. Lo mordí, gritó y yo volví a gritar. Sus dedos volvieron a mis labios. ¿Por qué su piel tenía que oler tan fantásticamente bien? ¡Urgente! Tenía que apartarlo de mí.

Le lancé una patada a los tobillos, tal cual hacía con mis hermanos cuando jugábamos al fútbol y ellos se ponían demasiado bestias conmigo.

Por el alarido que soltó, comprendí que en esa ocasión sí le había dolido.

Lo vi medio inclinarse para tocarse el tobillo dolorido y detecté mi oportunidad de salir corriendo. Ya no estaba en condiciones de discutir con él todo lo que me pasaba; no podía decirle que me había enamorado de él pese a su carácter podrido, pese a que tenía novia, pese a que nada en mi persona le gustaba. No podía decirle que, si no quería saber nada de mí, hiciese el favor de dejarme en paz. Mirarlo a la cara en ese momento provocaría que me desarmara por completo y se suponía que debía seguir trabajando... si es que no había perdido ya mi empleo.

De un salto, me impulsé para salir corriendo y poner la mayor distancia posible entre nosotros, y por poco se me descoyunta la articulación del hombro cuando mi cuerpo siguió adelante y Nico me agarró de la muñeca para impedir mi retirada. El tirón seco hizo que mis músculos y tendones diesen un latigazo que me llegó al cuello. En los músculos traseros de la nuca y el cuello, sentí como si me los atravesaran con un hierro caliente.

El dolor, el tirón... Resbalé con la mano de Nico todavía sujetando mi muñeca.

Por el raballo del ojo vi que todavía estaba con un pie en el aire por culpa de mi patada. Todo sucedió muy rápido y ninguno de los dos atinó a evitar la caída. Yo caí y lo arrastré a él conmigo.

Ni siquiera tuve ganas de amortiguar la caída. Que el suelo me recibiese como quisiese, que el mundo se terminase allí, sobre nosotros. Ya no podía seguir mintiendo; mucho menos mintiéndome a mí misma.

Nico soltó un rosario de insultos en su catalán natal.

Sobre el suelo, dolorida y exhausta, inspiré un par de veces. Lo oí hacer lo mismo.

Giré la cabeza y lo vi en el suelo, todavía agarrándose el pie.

Se me escapó una lágrima.

—¿Estás bien? —le pregunté angustiada, temiendo haberlo lastimado.

—No vuelvas a patearme así. —Guardó silencio un instante, giró la cabeza y me miró—. ¿Te encuentras bien?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Lo siento... esto y lo de allí fuera. —Con los ojos, apunté hacia atrás—. He perdido el control. —Me alcé sobre mis codos—. Ahora sí que creo que perderé mi trabajo, y me lo merezco, por idiota.

Nico soltó su tobillo apoyando el pie contra el suelo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me he peleado con tu novia. He montado un espectáculo demasiado deprimente. Estaba como ida, he enloquecido. No he debido decirle todo lo que le he dicho.

—¿Qué le has dicho?

—Prefiero no repetirlo —jadeé agotada.

—¿Dime qué ha sucedido?

Me senté.

—Seguro que ella te lo contará. —Inspiré hondo y solté un suspiro.

—Quiero que me lo cuentes tú.

—Espero que me despidan después de la carrera; si lo dejo solo ahora, Suri me matará.

—Nadie te despedirá.

—No puedo creer lo que he hecho.

—¿Qué has hecho? —insistió, con sus ojos azul celeste fijos en los míos.

Inspiré hondo una vez más.

—No quieres saberlo.

Nico se sentó.

—¿Qué es lo que está ocurriendo aquí?

—¿No está claro?

Negó con la cabeza.

—Me he descargado con ella y no tendría que haberlo hecho. Debería haber mantenido una conversación clara contigo, decirte algo más que eso que solté en Sochi. Me importas, Nico... mucho, demasiado. Más de lo que jamás me ha importado nadie antes. Por eso te dije aquello de que no te lanzaras a correr esa carrera si no pensabas llegar a la meta, que no lo hicieras... Cuando me besaste... no era mi intención enamorarme de ti. Sucedió, es todo y a pesar de todo. Es ridículo y vengo cargando con esto desde hace semanas, creo. Debí decírtelo en Sochi, cuando... —Se me escapó el aire de los pulmones—. Ni siquiera sé por qué te amo. Lo que ocurre es que esto que hacemos, quizá tú sin darte cuenta, está volviéndome loca. No puedo seguir así. Lo he pagado con ella y no he debido hacerlo. Tendría que haber mantenido esta conversación contigo antes, para no llegar a esto. Bueno, ahora ya lo sabes.

Nico llevaba sin parpadear desde que yo había empezado a hablar.

—No debería ser así; por más de una razón, Mónica no me cae muy bien y dudo de que me equivoque al aseverar que tampoco le gusto ni un poco. No diré más, porque imagino que cualquier cosa que pueda añadir sobre ella será tomada como las palabras de una mujer celosa y es probable que haya bastante de eso. Ok, parece que hoy estoy gastando toda mi cuota de vergüenza anual, primero con ella y ahora aquí contigo. Pensé que, más allá de lo superficial de nuestra última conversación, te había dado al menos una pista de lo que me pasa contigo. —Su silencio, que continuaba constante y profundo, provocó que se me revolviesen las tripas y encogiese el corazón. No esperaba que me confesara que sentía lo mismo por mí, ¿o sí?—. Si dejo esos langostinos al sol por más tiempo, se echarán a perder.

Nico se pasó una mano por la frente.

Ésa era mi respuesta: su agobio.

Me puse en pie.

—Mejor me voy.

—Lo siento, no sé qué decirte —articuló poniéndose de pie.

—Bueno, no necesitas saberlo; es decir, si lo supieses, no necesitarías pensarlo y no estaríamos discutiéndolo ahora, sino besándonos. —Se me escapó una sonrisa triste. Eso era patético—. Esto último que acabo de soltar estaba de más.

Nico abrió la boca para decir algo, pero no salió de sus labios ni un solo sonido.

—De acuerdo, ahora sí me voy. —Me di media vuelta y lo dejé atrás, sintiendo que, a cada paso que daba, iba perdiendo trocitos de mí, trocitos que había ganado para mi persona desde que lo conocí. Llegué a la calle para encontrar mi carro con langostinos y las bolsas de pankó allí solos. De Mónica, ni rastro.

A simple vista allí parecía que no había sucedido nada. Cada cual continuaba con sus quehaceres.

Agarré el carro y, sin querer, mi vista pasó por el corredor hasta el que me había arrastrado Nico. Allí, ahora al sol, estaba él, observándome.

Me dio tanta vergüenza que tuve la impresión de que mi cuerpo se movía demasiado lento al girar para continuar mi camino.

Apreté el paso y acabé de alejarme de él.

Durante el trayecto hasta la cocina, procuré tragarme todas las lágrimas que querían ahogarme.

Esperar que lo sucedido le afectase de algún modo hubiese sido lo mismo que esperar ver hadas o duendecillos rondando por allí. Nico siguió adelante como si nada, destrozando los tiempos de todos, incluso los suyos propios, durante las dos sesiones de pruebas. Ése era su gran premio, estaba en casa, y se le notaba. En ese circuito se sentía más cómodo que en ninguna parte y, de principio a fin, durante ese fin de semana era el chico estrella, no únicamente por ser el campeón en defensa de su corona a la cabeza del campeonato, sino porque ése era su país; ése, su circuito... eso sin contar con que en unos días sería su cumpleaños y que las tribunas no dejaban

de aclamar su nombre. Siroco era el rostro detrás de cada micrófono, detrás del casco, protagonista de cada entrevista, de cada foto, de cada vídeo.

Así como él debió de disfrutar la jornada del viernes, porque todo le salió a pedir de boca, yo la sufrí desde que puse un pie en la cocina. Carbonicé un bizcocho, me queme friendo los condenados langostinos con corteza de pankó, me hice un corte al picar cebolla...

La vergüenza que sentía por lo sucedido era tanta que durante todo el día apenas si asomé la nariz fuera de la cocina para ir al baño; tenía miedo de cruzarme con cualquiera que hubiese podido presenciar mi pelea con Mónica, y además era muy probable que, a pesar de que los testigos no habían sido muchos, todo el mundo debía de estar al corriente de lo ocurrido. Lo que más pánico me daba era que, a pesar de mis intentos por ocultarme, de hacer ver que nada había pasado, la realidad llegase a mí. Si es que, el par de veces que la puerta de la cocina se abrió, esperaba ver llegar a Érica con la noticia de que estaba despedida. Eso, hasta ese momento, no había sucedido; sin embargo, no podía desprenderme de la sensación de que era un hecho inminente.

Cuando le conté a Suri lo ocurrido por poco me mata; por supuesto, le di una versión abreviada de los acontecimientos y no le conté los verdaderos motivos por los que me había enfrentado a Mónica así.

Repasé la encimera con un paño con alcohol por última vez, mientras Suri se quitaba el delantal sucio.

—¿Estás bien? Llevas demasiado rato sin pronunciar palabra.

Dejé el trapo a un lado.

—Sí, no te preocupes. —Moví el cuello y todas mis vértebras crujieron. Comencé a desatar el nudo delantero de mi delantal—. Es que quisiera poder volver el tiempo atrás para cambiar lo que hice. Intentaré encontrar un modo de disculparme con Mónica. Que ella continúe actuando con las personas que la rodean del modo que quiera, yo no suelo ser así y lo que pasó me pesa.

—Se nota. Hoy no pareces tú.

—No soy yo. Al menos no solía ser así.

—Hazlo cuanto antes, que llevas todo el día con cara de sufrimiento.

La verdadera razón de mi sufrimiento no era lo que había pasado con Mónica.

—Sí, la buscaré y me... —interrumpí mi frase porque llamaron a la puerta.

Quien llamó no esperó a que le diesen permiso para entrar, simplemente empujó la puerta y, al verlo asomar la cabeza, comprendí por qué no esperó a que lo invitasen a entrar.

Al ver el rostro de Paul, el mundo se me vino encima. No tenía la cara de feliz que se esperaba pudiese tener después de la espectacular actuación de Nico esa jornada, y de que él y Haruki se perfilaban para quedarse, al día siguiente, con los primeros dos puestos de la clasificación para el gran premio del domingo.

—Buenas noches.

Quise inspirar hondo, pero no lo conseguí; el aire no entró en mis pulmones.

—Buenas noches, señor —lo saludó Suri y yo, a pesar de que con él me había tuteado y de que habíamos bebido más de un trago juntos, ni siquiera logré responder a su saludo.

Paul plantó toda su humanidad, que no era poca, dentro de la pequeña cocina.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —En realidad no me lo preguntaba: era una orden que entonó clavando sus ojazos en mí.

—Sí.

—Sígueme, por favor.

Por lo visto no iba a llegar a ver ganar a Nico el domingo, ni podría terminar de preparar su tarta de cumpleaños. Quizá fuese lo mejor para todos.

Sin volver a mirarme, Paul salió de la cocina y yo lo seguí.

—Acompáñame a mi oficina.

Eso no podía ser peor. No me quedaron dudas de que iba a despedirme.

En silencio, caminamos hasta los camiones donde se encontraban las oficinas de la dirección del equipo. Ya era muy tarde y quedaba poca gente trabajando.

Paul abrió la puerta para que pasara.

Nunca había estado allí; el espacio era sobrio y bonito, y dentro olía a su perfume. Hubiese preferido visitar el lugar en otras circunstancias, unas un poco más afortunadas.

Entré y él lo hizo detrás de mí, cerrando la puerta a su espalda.

—Toma asiento, por favor. —Con una mano me indicó las sillas que estaban de mi lado del escritorio, repleto de papeles y otras cosas.

Con las palmas sudadas, me acomodé en la silla.

Paul rodeó la mesa y se sentó.

—Imagino que sabes por qué estás aquí.

—Sí. Estoy muy avergonzada, de verdad. No suelo ser partícipe de este tipo de escenas. Le pediré disculpas a Mónica y te las pido a ti ahora. No pretendía convertirme en una vergüenza para el equipo. Perdóname, fui irresponsable e inmadura. Lo siento muchísimo.

—No puedo tolerar situaciones semejantes entre los integrantes del equipo.

—Lo sé, lo entiendo. Haz lo que tengas que hacer. Lo lamento muchísimo, Paul... señor. Lo siento.

Paul se quedó en silencio, mirándome.

—Mónica llegó aquí pidiendo tu cabeza.

—Sí, no me sorprende. Lo que ella hizo no justifica mi proceder... pero la verdad es que esa mujer es una arpía. Mi actitud dejó bastante que desear y lo sé, lo sé muy bien; ojalá ella lo entienda también.

—Eso lo dudo —replicó Paul, recostándose sobre el respaldo de su sillón. Su rostro se relajó un poco.

—¿Qué?

—A mí tampoco me cae muy bien; sin embargo, eso no justifica iniciar una riña de niñas malcriadas en mitad del sector del equipo.

—Sí, bueno...

—Mónica vino a pedirme que te despidiera.

—Sí, ya lo he entendido. Solamente me resta pedirte, por Suri, si es que aún no has conseguido un reemplazo para mí, que me permitas quedarme hasta el final del fin de semana, para no dejarlo solo. Tenemos demasiado trabajo y...

—En cuanto Mónica se fue, vino a verme Nico.

Dejé de hablar en cuanto me interrumpió, y apreté los dientes. Mi pulso se aceleró. ¿Qué habría venido a decirle?

—Mónica le explicó a Nico que había venido a pedirme que te despidiera, y Nico vino a decirme que, si te despedía, él se iba también.

No puedo explicar el sentimiento que hizo que una enorme sonrisa se instalase en mis labios. No quise sonreír, pero no pude evitarlo.

Paul se reclinó sobre el escritorio hasta apoyar los codos sobre el borde, con el rostro muy serio.

—Perdón por eso, hablaré con él para decirle...

—No creo que necesites decir nada más.

—Paul, lo lamento tanto... Lo último que quería era causarte tantos problemas. Nico no se irá del equipo si me voy. Sólo debió de decirlo por decirlo.

Paul negó con la cabeza.

—No lo creo; me dijo que ya había hablado con Dave y que estaba al tanto de la multa que debía pagar por irse del equipo antes de que terminase su contrato... y añadió que estaba dispuesto a pagarla, que le importaba todo una mierda. Esas fueron sus palabras textuales.

Mi corazón se detuvo.

—¿Qué?

—Eso; que si te despido, él se va de Bravío así, sin más.

Nos quedamos en silencio. No sabía quién de los dos estaba más sorprendido.

—¿Sabes que fue él quien pidió que te contratásemos?

Me quedé de piedra.

—¿Qué dices?! Si Nico jamás... él... yo no...

—Obviamente no te despediré; no quiero perder al mejor piloto de la categoría y, menos aún, a la mejor chef pastelera que un equipo pueda pedir.

—Paul... —Todavía no podía creer que eso estuviese sucediendo.

—Lo que lamento es no haber tenido la oportunidad.

—La oportunidad, ¿de qué?

Paul inspiró hondo; soltó el aire por la nariz.

—A ver, que me parece que podríamos comenzar a hablar con la verdad por delante. Mónica tiene miedo de que le quites a su novio, y Nico no renunciaría al campeonato por cualquier cosa. ¿Qué sucede entre Nico y tú?

—Entre nosotros, la verdad, es que nada, o casi nada. Lo que me pasa a mí... —Lo miré a los ojos—. Persona, yo solamente... yo... bueno, estoy...

—¿Enamorada del campeón?

Asentí con la cabeza.

—Pero no es recíproco. Insisto en que su amenaza de irse no ha debido de ser en serio. Y no me queda muy claro por qué pidió que me contratasen.

—Nico no está acostumbrado a dar explicaciones de por qué hace o deja de hacer algo. No es muy fácil hablar con él. A él no le gusta hablar. Le dije que era ridículo que se fuese del equipo por ti y me contestó que yo podía pensar lo que quisiera sobre su decisión, pero que no pensaba quedarse aquí si tú te ibas. Así de simple. Al menos eso fue lo que afirmó.

—Entonces, ¿qué...? ¿Le preguntase a él si sentía algo por mí?

Paul me miró ceñudo.

—Perdón.

—Estoy aquí para dirigir un equipo de Fórmula Uno, no para hacer de casamentera, ni siquiera si eso tiene que ver con la felicidad del campeón. No te he traído aquí para despedirte, no puedo hacerlo y no pude hacer que él entrase en razón sobre lo absurdo de todo esto. Tan sólo te pediré, igual que se lo pedí a él, que, por favor, solucionéis esto entre vosotros como personas adultas, porque no quiero que vuelva a darse un espectáculo semejante. El único espectáculo que me interesa ver es el de Nico llegando en primer lugar, con Haruki siguiéndolo. ¿Queda eso claro?

—Sí.

—Vosotros dos tenéis mucho que resolver y espero que lo hagáis pronto, porque, si no, no me quedará más remedio que prescindir de ambos. Y, para serte completamente sincero, lo que más me pesará será prescindir de ti. Me he malacostumbrado a tenerte por aquí cerca.

Bajé la vista. Me sentí mal por lo que apenas habíamos intentado comenzar.

—De cualquier modo, supongo que, si tienes ganas, cualquier día podríamos ir a tomar un café. Me importa una mierda si a Mónica le parece que no es propio del director del equipo compartir una copa o lo que sea con una de las cocineras del mismo. Ella no me dirá a mí cómo vivir mi vida.

Paul me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—En serio, vosotros dos tenéis que resolver este asunto pronto.

—Te aseguro que no hay nada que resolver, Paul. Se lo dije a la cara, le confesé que estoy enamorada de él, y no sucedió nada. Ya se me pasará, él se olvidará de esto y todo volverá a la normalidad, lo prometo. No causaré más problemas. —Hice una pausa—. Quizá sea mejor que dejemos eso de salir a tomar un café para más adelante.

—Claro. No hay problema.

—Disculpa por todo este embrollo.

—A modo de disculpa me vendría bien una buena porción de tarta de cumpleaños.

—No dudes de que la tendrás.

—Ok, perfecto. Entonces ya no tenemos nada más que discutir. Anda, vete a descansar, que todos hemos tenido un día muy largo y necesitamos reponernos para mañana. —Paul se puso de pie y yo hice lo mismo.

Rodeé el escritorio, me estiré y le di un beso en la mejilla.

—Gracias.

—Lárgate ya de aquí. —Paul sacudió la cabeza sonriéndome—. Si el campeón no se da cuenta de lo que se pierde...

Me encogí de hombros.

—Me disculparé con Mónica.

—No, será mejor que no vuelvas a acercarte a ella. Le pedí a Érica que le enviase a su hotel unas flores a modo de disculpa en nombre del equipo. Tú no intervengas y procura no cruzarte en su camino, al menos hasta que todo esto se aclare. No quiero más problemas.

—Como prefieras.

Paul soltó un suspiro.

—Vete ya, antes de que a Suri le dé algo. Debe de estar imaginándose que estoy echándote de Bravío.

Le sonreí.

—Hasta mañana, Paul.

—Hasta mañana, Duendecillo —entonó guiñándome un ojo.

Salí corriendo de su oficina de regreso a la cocina y allí me encontré con Suri al borde de un ataque de nervios.

Entonces sí, no me quedó más remedio que contarle toda la verdad, y hacerlo fue un verdadero alivio.

Cuando salimos de la cocina tras apagar las luces, era muy tarde ya y, si bien tenía ganas de correr en busca de Nico para hablar con él sobre lo sucedido, me pareció que lo mejor era dejarlo estar al menos por ese día. Yo ya había dicho todo lo que tenía que decirle y, por una vez, sería bueno que él viniese a mí y no que yo fuese a él.

En mi habitación de hotel, me dormí pensando en Nico.

13. Atrapado

—¡Siroco, Siroco, Siroco! ¡El campeón se queda con *la pole position*! Allí lo tienen, señoras y señores, el campeón, Nicolau Puig, el piloto catalán de veintiséis años se queda con el primer puesto de la parrilla de salida del Gran Premio de España aquí en el circuito de Cataluña, por tercer año consecutivo. Emoción al rojo vivo para la carrera de mañana, con el excampeón Thiago da Silva saliendo en el tercer puesto, tras Haruki Sasaki, el otro piloto de Bravío.

Mientras Nico daba la vuelta para regresar a *boxes*, mostraron el interior de ese sector; allí estaban el padre de Nico, Dave y los mecánicos celebrándolo. En el *pit wall*, Toto y Paul intercambiaban un apretón de manos.

La transmisión volvió a concentrarse en el *box*; enfocaron a Harper, a un par de artistas de cine españoles, que eran invitados del equipo, y fue entonces cuando reparé en una ausencia que hasta ese momento, en todo lo que iba de la transmisión de las pruebas de clasificación, no había notado: Mónica no estaba en el *box*.

En silencio, le dije a mi cerebro que no se hiciese demasiadas ilusiones; ella no debía de rondar muy lejos de allí; no era tan extraño que Mónica no estuviese en el *box*. La imaginé por los alrededores, esperando la llegada de Nico para felicitarlo con un buen beso, uno del mismo tipo que me apetecía a mí darle desde que me había enterado de que había amenazado con irse del equipo si me echaban. Bueno, primero tenía ganas de darle una buena bofetada, y después lo besaría.

Inspiré hondo y solté el aire prácticamente desinflándome; es que la realidad me dirigía a un futuro en el que las bofetadas y los besos entre nosotros no parecían ni remotamente probables.

Suri pasó por mi lado, cortando mi ensoñación, mejor dicho, mi derroche de estupidez, haciéndome caer en la cuenta de que tenía demasiadas cosas que hacer como para continuar perdiendo el tiempo.

—¿Te echo una mano con la tarta? —se ofreció Suri, despegando las cintas que sostenían una de sus mortales cuchillas japonesas dentro del estuche.

—No, voy bien, no te preocupes. —Al decir eso, giré sobre mis pies para ir en busca de los huevos que necesitaba para la salsa inglesa que sería parte de la *mousse* de chocolate blanco con la que planeaba rellenar el bizcocho. *Mousse* de chocolate blanco y frutas frescas. Pensaba preparar lo que me pareció más apropiado para esa

época del año, porque de los gustos de Nico no tenía ni idea y, de preguntarle, mejor ni hablar. Desde la noche anterior hasta ese instante, me daba la sensación de que había pasado una eternidad, una demasiado palpable; el mundo no era el mismo, nada era igual y, al mismo tiempo, al menos a simple vista, nada había cambiado.

De refilón, vi a Nico bajando de su automóvil. Entre los periodistas que rondaban por allí, estaba ella.

Aparté la vista y me puse manos a la obra.

El comentarista no paraba de parlotear. Suri me preguntó si me molestaba si apagaba el monitor y le dije que no; prefería no tener que continuar viéndolo, necesitaba concentrarme en el trabajo o estaríamos allí hasta la madrugada.

Ignorar, al menos por el momento, que el mundo allí afuera existía, resultaba un bálsamo muy bienvenido.

Nunca fui de ese tipo de personas que busca escapar de la realidad; sin embargo, en ese instante, ocuparme de lo que amaba hacer, poniendo toda mi mente y mi corazón en ello, disfrutando de mi trabajo como de muy pocas otras cosas disfrutaba en la vida, me resultó un alivio.

Ocupados hasta el punto de no tener tiempo de pensar en ninguna otra cosa, se nos pasaron las horas y, cuando me quise dar cuenta, la tarde comenzaba a caer. Al poner un pie fuera de la cocina para ir hasta la entrada de proveedores en busca de unos quesos y unas verduras frescas que necesitábamos para los aperitivos del día siguiente, vi que las primeras estrellas despuntaban en el cielo sobre el circuito.

Uno de los chicos que ayudaba como camarero ese fin de semana me acompañaba para cargar las cosas de regreso a la cocina. Esperábamos poder hacernos con un carrito eléctrico, pero todo el mundo parecía demasiado atareado a pesar de la hora y, cuando le pedimos a Érica que nos concediese el uso de uno de los carros del equipo, nos ladró un despiadado «están todos en uso» y ya no pudimos desengancharla más de su *walkie-talkie*.

A lo lejos, oí los sonidos provenientes de los *boxes*. Los mecánicos estaban todavía allí trabajando, preparándose para la gran carrera final del día siguiente. Todos contaban con que los automóviles funcionasen a la perfección; el rumor que corría decía que Nico no podía ni debía perder, ésa era su carrera de casa y tanto Nico como Bravío necesitaban la foto en lo más alto del podio; si incluso se había planificado una fiesta para el domingo por la noche, antes de saberse el resultado; por supuesto nadie quería caras largas de derrota en dicha fiesta y la derrota era no llegar el primero, como opinaba Nico.

Mis ojos se desviaron solos por la calle en la que estaba ubicada la autocaravana de Nico; ni rastro de él; hasta lo que yo sabía, él, Haruki, Harper y los mecánicos cenarían todos en el circuito. O al menos eso decía la información que nos había pasado Érica esa tarde a través de una de sus ayudantes.

Con Artur, seguimos de largo en dirección a la entrada de proveedores.

Había estado tan ensimismada en el trabajo que hasta ese momento ni se me había pasado por la cabeza pedirle a ese chico catalán que me sirviera de traductor.

—Artur...

—¿Sí? —preguntó alzando la vista de la pantalla de su móvil; estaba comprobando su Instagram, más precisamente la cantidad de «like» en un *selfie* que se había sacado frente a uno de los camiones de Bravío.

—¿Sabes que significa *petitona meva*? Es catalán, ¿no es así?

Artur rio.

—¿Quién te llama así? —Guardó el móvil en el bolsillo trasero de sus pantalones—. Y sí, sí es catalán. —Volvió a reír.

—¿Cómo sabes que...?

—Es que te pega mucho. ¿Es a ti a quien se lo dicen, no? *No fotis!* —exclamó con una amplia sonrisa en los labios—, ¿te ha salido un novio catalán?

Di un respingo.

—¿Qué?, ¿qué dices?! No, nada de eso. ¿Sabes que quiere decir, sí o no?

—Es «pequeñina mía», «chiquitita mía». Es algo cariñoso, imagino, porque, si no, el «mía» estaría de más. El único catalán que conozco que deambula por aquí es...

—¿Estás seguro de que significa eso? —solté interrumpiéndolo para evitar que entonase el nombre de Nico.

—¿Soy catalán o qué?

—Ok. Solamente preguntaba.

—Sí, significa eso —me guiñó un ojo—, *petitona meva*.

—Sí repites esto en público, haré que te arrepientas.

Artur se carcajeó una vez más.

Seguimos nuestro trayecto, si bien a mí, en realidad, me entraron ganas de soltar el carro, dar media vuelta y buscar a Nico así debiese ir hasta el quinto infierno, para que me aclarase qué era lo que le sucedía conmigo.

Media hora más tarde, después de discutir con el proveedor porque pretendía dejarme unas verduras que parecían recolectadas quince días atrás, emprendimos el regreso a la cocina bajo las luces de los reflectores que iluminaban el circuito y los alrededores. Así como había caído la noche, también el silencio. El constante bramido de los motores al ser probados había sido reemplazado por el leve susurro de trabajos más finos, de esos retoques delicados y milimétricos que hacían de la Fórmula Uno la máxima categoría.

—¿Irás a la fiesta de mañana? Nos han invitado a nosotros también —dijo refiriéndose al resto de los camareros y el personal que nos ayudaba durante ese fin de semana.

—No lo sé.

—No entiendo cómo puedes siquiera pensar en perderte esa celebración. Dicen que será grande; es que, además, es una fiesta de cumpleaños para el campeón.

—Sí, lo sé —le contesté, sintiendo un deje de amargura en el estómago. Vi que estábamos a punto de llegar a la calle de su autocaravana. No sería ni remotamente una buena idea presentarme en esa fiesta después de lo sucedido el día anterior; es más, mis tripas se hacían un nudo ante la idea de pensar en la hora de presentarle su pastel de cumpleaños; sabía que él no probaría bocado y un desprecio suyo más se me antojaba insoportable.

—Te envidio. Debe de ser increíble poder viajar por el mundo con la categoría. Todavía apenas si puedo creer que esté aquí ahora. Gracias por presentarme a Thiago, ese tipo es un ídolo.

El día anterior por la tarde nos habíamos cruzado con el brasileño y sabía que Artur quería sacarse una foto con él. Ése fue el único momento en todo lo que llevaba del fin de semana en el que tuve la oportunidad de cruzar unas pocas palabras con Thiago; ese gran premio estaba siendo mucho más ajetreado de lo normal y no iba a terminar al día siguiente, sino que se alargaría un par de días más, porque, al igual que otros equipos de la categoría, Bravío tenía planeado quedarse allí haciendo pruebas antes de la carrera en Mónaco.

Giré la cabeza y volví a echar un vistazo en dirección a su autocaravana. La puerta estaba entreabierta y la calle, desierta.

Me detuve y, como tirábamos del carro entre los dos, obligué a Artur a hacer lo mismo.

—¿Qué? —preguntó asomándose por delante de mí para echar un vistazo hacia nuestra izquierda.

—¿Te importa seguir sin mí? Dile a Suri que en un momento estoy con él. —Ya casi habíamos llegado y Artur, con su tamaño y músculos, no tendría problemas para llevar el carro solo hasta la cocina.

—¿Sucede algo?

—Tan sólo quiero ver una cosa.

—¿Una cosa? —inquirió con una ceja en alto y una sonrisa ladeada en sus labios—. Cómo si no supiese que allí están las casas rodantes de los pilotos.

—Artur, cierra la boca y llévale esto a Suri.

—¡Qué carácter, jefa! —soltó riendo—. Como ordenes. Le diré a Suri que tuviste que hacer un *pit stop*.

De no haber visto la puerta abierta, habría seguido mi camino. Sí, necesitaba hablar con Nico, pero en realidad esa puerta así me daba mala espina y eso gritaba más fuerte que mi necesidad de mantener una conversación seria con él.

Artur se alejó riendo. Oí que murmuraba en catalán, pero no entendí ni una palabra de lo que dijo.

Miré otra vez en dirección a la autocaravana y comencé a andar hacia ésta. La de Nico estaba por la mitad de la fila, entre los camiones de carga de equipos y otras oficinas del mismo.

Me extrañó mucho no ver a nadie por allí. La calle estaba sospechosamente vacía.

Se me puso la piel de gallina y comencé a preocuparme. Apresuré el paso.

Casi llegando a la autocaravana me pareció oír una voz que sonaba un tanto opaca. Mis propios pasos me parecieron demasiado lentos y torpes, o quizá fuesen los camiones que, por una maldita magia, se multiplicaban, ampliando la distancia entre la autocaravana de Nico y yo.

La voz sonó más fuerte. ¿Era Nico?

Mi corazón se disparó de urgencia. ¿Pedía ayuda?

Me eché a correr mientras tironeaba del gancho que mantenía mi *walkie-talkie* prendido al cinturón de mis pantalones. Las manos me temblaban tanto que no podía soltarlo. ¡Tenía que llamar a una ambulancia, pedir ayuda!

—¡Nico! —grité con todas mis fuerzas llegando al comienzo de la pared negra reluciente de su autocaravana con el nombre de Bravío en grandes letras color violeta y el suyo en plateadas—. ¡¿Nico?!

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Estoy atrapado aquí! ¡Ayuda!

Su voz sonó distorsionada, extraña, como si tuviese algo dentro de la boca.

—¡Mierda, Nico! —jadeé desesperada. Conseguí soltar el *walkie-talkie* de mi cinturón y, de los nervios, mis palmas se me habían puesto tan pegajosas que no conseguía apretar el botón para llamar a Suri.

Salté los escalones y tiré de la puerta.

—¡Voy a matarlos a todos por esto! —le oí gritar. O al menos me pareció que fue eso lo que dijo.

—¡¿Nico?! —chillé. ¿Matarlos a todos? ¿De qué hablaba?

Salté dentro de casa rodante, que estaba a oscuras.

—¡¿Nico?!

—¡Natalia!

—¿Nico? —Busqué la tecla de la luz. El *walkie-talkie* se me cayó. Nico no estaba en la sala de estar.

—¡Los mataré, juro que los mataré! —bramó una vez más.

Sin duda estaba en la habitación.

¿Atrapado? Si la puerta estaba abierta.

La habitación también estaba a oscuras.

En un par de pasos dejé atrás el salón y entré en el pasillo.

—¿Nico?

Al lado de la puerta de la habitación, busqué el interruptor de la luz. Di con éste y lo pulsé.

La luz bañó el lugar. Giré la cabeza y lo vi, y por poco me meo encima de la risa que me entró. Nico estaba sobre la cama en ropa interior, con calcetines y guantes, y una mordaza hecha con un pañuelo de Bravío en la boca. Los detalles remarcables, además de que estaba a la vista su cuerpo magníficamente esculpido, eran que le habían pintado el cabello de violeta y lo habían atado de pies y manos; mejor dicho: encintado de pies y manos, los tobillos sobre los calcetines para evitar que la cinta le diese alergia como la vez anterior, y las muñecas sobre los guantes que usaba para correr. Le habían pasado las manos por debajo de las rodillas, supuse que para que le fuese más difícil levantarse de la cama. Por eso todavía estaba sentado allí, esperando a que alguien fuese a socorrerlo, a liberarlo de la situación en la que estaba atrapado, y de la cual jamás podría salir solo; Nico necesitaba ayuda de alguien, sí o sí, para salir de ese embrollo.

No se podía tratar de otra cosa que no fuese una broma obra de los mecánicos, quizá con ayuda de algún piloto.

—¡No te rías y suéltame! —gruñó furioso a través de la mordaza—. Se arrepentirán de esto —amenazó al aire.

Me crucé de brazos y lo miré.

—Imagino que esto debe de ser algo así como tu regalo de cumpleaños.

—Una puta idea de Thiago, supongo —articuló medio babeándose por debajo de la mordaza—. ¡Suéltame! —me pidió de muy malos modos.

Caminé hasta los pies de la cama y dejé el *walkie-talkie* allí.

—Tengo que admitir que los chicos sí saben cómo hacer esto. Al menos han dejado la puerta de la autocaravana entreabierta para que pudiesen oírse tus gritos desesperados.

—Llevo veinte minutos vociferando —bufó poniéndose todavía más rojo de lo que ya estaba.

No conseguí contener la carcajada.

—Te creo; es que no hay nadie fuera, la calle está desierta. Yo he pasado de casualidad, porque he ido a buscar un pedido que ha llegado tarde.

—No me importa. ¡Suéltame!

—Si vuelves a hablarme en ese tono, te dejaré así como estás. Y yo que he venido corriendo, preocupada porque pensaba que te sucedía algo malo...

—Me sucede algo malo —escupió.

—Sí, definitivamente tienes un serio problema con tu mal genio. —Trepé sobre la cama. No pensaba liberarlo por el momento, sí soltarle la mordaza. Avancé sobre las rodillas hasta él y le quité la mordaza.

—Los cretinos aparecieron todos con las capuchas ignífugas del equipo. ¡Ja! ¡Como si esperaran que no reconociera sus voces! ¡Thiago me las pagará por esto! No me queda la menor duda de que ha sido idea suya.

—Me gusta cómo te queda el pelo —le dije pasándole una mano por la cabeza. Tenía el cabello duro y tieso, de color lavanda. Debían de habérselo pintado con uno de esos aerosoles para el pelo. Resultaba evidente que Nico no había colaborado con el cambio de *look*, porque tenía violeta en el cuello, la frente, las orejas, un hombro, el pecho, las manos y también había pintura de ese color sobre la cama, por no mencionar el manchurrón violeta situado delante de su bóxer, en una zona estratégica.

Nico apartó la cabeza de malas maneras, desestabilizando su posición. Vi sus abdominales tensarse y, por mi bien, aparté la mirada.

—Vamos, que no es tan malo.

—Lo dices tú porque no eres a quien han dejado atada y amordazada.

Así de rodillas, me senté sobre la cama.

—¿Sabes que uno de los camareros que ayuda este fin de semana es de aquí, es catalán?

—¿Te parece que estoy de humor para conversar?

—Dudo de que jamás tengas humor para nada. Como iba diciendo, es catalán y, como hasta ahora no he podido encontrar un momento para buscar en Google qué quiere decir eso que me llamas, se lo he preguntado a él.

Nico se puso un tono todavía más rojo.

Me crucé de brazos de nuevo, enfrentándolo.

—¿Y bien? ¿No dirás nada? ¿No crees que es momento de que aclaremos lo que sucede aquí? —Hice una pausa—. ¿Por qué le dijiste a Paul que, si me echaba, te irías del equipo?

—Te gusta tu trabajo.

—A ver, Nico... ¿Se lo dijiste realmente en serio? ¿Chiquitina mía?

—No puedo hablar en estas condiciones. Prácticamente estoy desnudo.

—A mí no me molesta que lo estés.

—Natalia.

—¿Y si Paul me hubiese echado?

—¿Podrías soltarme? —Tironeó de sus brazos—. ¿No ves que estoy atrapado aquí?

—Más atrapado de lo que crees, porque no te liberaré hasta que respondas mis preguntas.

—Tengo frío.

—No lo parece, estás rojo como un tomate maduro, Siroco. ¡Contéstame!

—¡No me grites!

—¡No me evites! Y si Paul me hubiese despedido, ¿qué?

—Él jamás te despediría. ¿Crees que no lo vi contigo, que no lo vi hablándote?

—Aun así, le dijiste que rescindirías tu contrato a pesar de la multa que debías pagar. Amenazaste a Paul, pese a que tu novia me quiere fuera del equipo.

La frente de Nico se tensó.

—Paul está loco por ti.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Suéltame.

—¿Por qué no quieres que me vaya?

—Te gusta tu trabajo.

—Y tú amas el tuyo. Vamos, mi trabajo no es motivo suficiente como para...

—No me pareció justa la situación. Conozco a Mónica y sé que ella... Se extralimitó en su demanda. Vosotras dos tenéis que aprender a contener vuestro genio.

—Sí, y precisamente lo dices tú. —Lo miré—. ¿No tienes nada más que añadir?

—Suéltame, por favor.

—Yo no soy tu pequeñina. No soy tu nada.

—Natalia, por favor.

—Eso mismo te digo yo. No puedes meterte así en mi vida. No me defiendas más y no me llames de ningún modo especial.

—No tienes por qué estar enfadada; no hice nada malo, sólo te defendí. Sé que te gusta estar con el equipo, eso es todo.

—¿Defiendes así a todos los integrantes del equipo cuando Paul amenaza con echarlos? Si es así, y si no hay otros motivos que el «a ti te gusta tu trabajo», no vuelvas a meterte en mi vida, ¿quieres?

—¡¿Y es así cómo me lo agradeces?! —gritó de muy malos modos.

—No te pedí que lo hicieras —le contesté en el mismo tono.

—Eres imposible.

—¡Y tú!

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué quieres que haga? No te das cuenta de la posición en la que estoy. No puedo lidiar con esto ahora. ¡Tengo el pelo violeta, Natalia! Eso por mencionar sólo una cosa.

—Si sigues gritándome así, iré a por unas tijeras y te raparé al cero. Deja ya de hablarme en ese tono, que no estoy sorda —vociferé en respuesta—. No necesitas tener las manos y los tobillos encintados para estar atrapado, campeón.

—¡Me volverás loco!

—¡Y tú a mí! —nos gritamos mutuamente. Mi pulso se fue al demonio—. Quizá lo mejor sea que renuncie.

—Tú no te irás a ningún puto lugar.

—Quiero ver cómo intentas detenerme.

Nico se lanzó sobre mí, así atado como estaba; su boca dio contra la mía. Como no controlaba la estabilidad de su cuerpo por no poder utilizar las manos, se me vino demasiado encima. Lo atrapé por el cuello. Sí, estaba furiosa con él por gritarme, por ser incapaz de hablar con claridad. Sus labios se desplegaron sobre los míos; mi boca lo recibió, no tenía ni ganas ni fuerzas de rechazar su beso. Enrosqué mis brazos alrededor de su cuello mientras su boca se concentraba en la mía, mientras su lengua hacía que se me olvidasen todas las recetas de pastelería que sabía de memoria. Su beso era mejor que cualquier pastel, postre, *macaroon*... que cualquier chocolate, que cualquier *mousse*. Su beso era dulce, perfumado, increíble. Todo un menú dulce de cinco estrellas Michelin entre sus labios, en el perfume de la piel de su rostro, en su nariz tocando la mía, acariciando mi mejilla, incluso en su cabello pintado de violeta entre mis dedos. Sin poder dejar de besarlo, sonreí de felicidad.

Los primeros segundos de ese beso habían sido con un poco de miedo por mi parte. Temía que se apartase de mí, que se arrepintiese una vez más, que me besara nada más que para cerrarme la boca, para ganarme el pulso de nuevo, para demostrarme y demostrarse a sí mismo que podía controlarme, que podía ser más fuerte que yo, más dominante. El miedo se escapó por mis poros cuando sus labios se deslizaron sobre los míos al mover su cabeza.

Nico inspiró sobre mi piel, profundo, una inhalación continua, relajada, de esas que uno toma para saborear el momento, para guardarse cada detalle. Lo que captó debió de gustarle, porque no dejó de besarme.

De modo que así eran sus besos, de modo que así podían ser los besos entre él y yo.

Si la broma que lo había dejado allí atrapado era idea de Thiago, tendría que agradecerse más tarde. Encontrar allí a Nico había sido una suerte.

No quedó en mí lugar para más dudas. Me negué a pensar que pudiese arrepentirse, que eso no significase algo más que una calentura de un múltiple campeón de la Fórmula Uno. Eso tenía el sabor del principio, de un comienzo que llevaba demasiados días esperando.

Nico apartó su boca de mí, pero no demasiado. Sus labios tocaron los míos en diminutos besos; moviéndose hacia mi mejilla derecha, apretó su rostro contra el mío. Sus labios llegaron a mi cuello.

—Por Dios que hueles muy bien —jadeó después de besar mi cuello. Lo estreché más contra mí mientras él tomaba para sí el espacio entre mi cuello y mi hombro con su boca—. Esto es mejor que cualquier dulce.

Reí.

Despegándose un poco de mí, alzó su rostro hasta el mío para mirarme a los ojos.

—¿Cómo podía dejar que te fueras? —susurró entre mis labios.

—Nico... —Se me puso la piel de gallina.

—No quiero que vayas a ninguna parte, no sin mí. No puedes irte, no puedes dejarme. Te necesito y te quiero aquí conmigo.

—Pero no así como hasta ahora, Nico. Yo no puedo ni quiero seguir así. Tienes que ser claro conmigo, sincero con todos, y sabes a qué me refiero. Yo no quiero en mi vida a nadie más que a ti y no quiero tener algo contigo si eso no es recíproco.

—Bueno, yo tampoco quiero que tengas nada más con nadie, en especial con Paul, él...

No le permití seguir. Lo interrumpí dándole un golpe, más que nada juguetón, en los abdominales.

Él exageró en su reacción.

—¡Nico!

—No sabes en lo que te metes conmigo. —Acercó su nariz a la mía y acarició con ésta, una vez más, mi mejilla.

—Bueno, creo que ya he visto bastante de ti —bromeé.

—No has visto nada, *petitona meva*. Mi vida no es sencilla. Estar conmigo no es fácil.

—Tu vida no es el problema, Nico; el mayor problema aquí eres tú, que eres insoportable, quisquilloso, malhumorado, maniático y con un genio insoportable.

—Y tu boca sabe increíblemente bien y me vuelve loco el perfume de tu piel. —Hundió su cara en el lado izquierdo de mi cuello—. No te haces una idea de lo que ha sido esto. Yo solamente... —Besó mi cuello—. No tenía ni idea de cómo contener esto.

—¿Y por qué querías contenerlo?

Nico levantó sus ojos azul celeste hasta los míos de nuevo.

—Porque pensaba que este aspecto de mi vida ya estaba resuelto y controlado. Por que así necesitaba sentirlo y tenerlo, para poder seguir adelante con todo lo demás. No quería que mis pensamientos se dirigiesen constantemente hacia ti, hacia

tus ojos, tus manos, tu cuello, tu boca o tu piel, o el modo en que hueles. A tu risa, a lo fácil que es verte y pensar que la vida puede ser sencilla y despreocupada.

—Mi vida no es sencilla ni despreocupada, Nico. Simplemente intento no amargarme e ir a por lo bueno; valorar lo bueno. Tú eres algo bueno.

Ante mis palabras, sonrió con timidez.

—Y tú eres algo extraordinario. Estoy sorprendido de que no decidieses acabar conmigo.

—Ganas no me faltaron. —Lo estreché.

—Cuando Mónica me contó lo sucedido... cuando me dijo que le había pedido a Paul que te despidiese... fue como si... —Se interrumpió y meneó la cabeza mientras me miraba fijamente— ¡Qué hubiese sido de mí! En mi vida se me hubiese ocurrido que existiría un motivo para dejar esto, para mandarlo todo a la mierda. Simplemente lo hubiera entregado todo por ti. No sabía cómo decírtelo, pero tampoco podía permitir que te marcharas. Habría corrido tras de ti, costara lo que costase. Te quiero aquí conmigo, te quiero a mi lado en cada carrera, en cada circuito, fuera de los circuitos y dentro de mi vida, a cada minuto, y no me importaba, si por tenerte, debía dejarlo todo o entregarlo todo. Tú eres parte de mi vida, eres ese desorden y esa locura que vuelve a hacerme sentir vivo; eres como un nuevo circuito en el que jamás he participado, uno que cambia a cada curva. Contigo es como si el clima cambiase a cada rato y, en cambio, yo siempre corriese con el mismo tipo de neumático. No sé qué esperar, y eso me encanta. Eres el mejor reto al que podría enfrentarme. Si es que estás constantemente empujando mis límites con lo que me haces sentir... y quiero que sigas haciéndolo. Quiero que lo hagas siempre, así me agote, así no pueda más. No quiero dejarte partir, Natalia. Quiero que tus besos sean el único trofeo cuando finalice una carrera, así terminé en primer lugar o en el último. Si es que, desde la primera vez que te vi, no hago otra cosa que imaginar cómo sería eso, cómo sería mi vida contigo a mi lado.

—Bueno, puedes dejar de imaginarlo cuando quieras para pasar a vivirlo. Será un placer para mí besarte después de cada carrera —toqué sus labios con los míos—, después de cada clasificación —lo besé otra vez—, después de cada prueba libre y cada vez que te vea. —En esa ocasión mis labios se quedaron un poco más sobre los suyos—. Es que te amo, Siroco. Me enamoré de ese viento caliente que cree que lo tiene todo bajo control cuando, en realidad, no controla nada.

Nico sonrió en mis labios.

—No me digas eso, que me pones nervioso.

—Acostúmbrate, campeón, porque en realidad la vida es así.

—Quién me hubiese dicho a mí que, por tener una relación de mierda con el anterior chef ayudante de Suri, daría con una mujer a la que amar. —Alzó sus ojos hasta mi cabello—. Por cierto, adoro tu cabello. Me encanta el pelo corto en tu nuca, me vuelve loco tener vista plena de tu cuello por detrás, aunque me molesta un poco que todos puedan verlo.

Me reí.

—Sí, es cierto; la primera vez que te vi de espaldas, por un segundo pensé que eras un chico y me pareció raro, porque ya me sentí extrañamente atraído por tu nuca, tu cuello y tu trasero.

Reí con más fuerza.

—No te rías, que es en serio. Pensé que algo malo me sucedía. Fue un alivio saber que eras una chica. —Acercó sus labios a los míos una vez más—. Una muy hermosa, que besa estupendamente bien. Que huele incluso mejor que mi coche.

—¿Eso es un elogio? —solté riendo.

—Uno muy bueno. —Su nariz tocó la mía de nuevo—. No hay nada que me guste más que el olor de mi coche. Bueno, no había nada. Eso no debería sorprenderte.

—Supongo que no. A mí también me gusta el olor de tu coche, porque huele a ti; tú hueles así y es sexi. —Sonreí contra sus labios después de darle un corto beso.

—¿Sexi?

—Vamos, campeón, como si no lo supieses. Más de una se pierde por ti cuando vas con el traje ignífugo; bueno, también cuando llevas el uniforme del equipo —lo miré a los ojos—... o incluso ahora... así, con el cabello violeta y sin casi nada encima.

—Para serte sincero, cuando te veo con el uniforme del equipo, lo único que me apetece es quitártelo. Te lo quitaría ahora mismo si liberases mis manos.

Me reí.

—Cierto.

—No es justo que tú tengas las manos libres y yo no.

Lo besé una vez más; no podía estar más guapo, con esa inmensa sonrisa, esa mirada en sus ojos, el rostro relajado. A veces perder el control, quedar sometido y entregado a las circunstancias, es estupendamente genial; es que hay momentos en los que dejar de luchar es lo mejor que puedes hacer, porque, cuando te liberas, cosas estupendas pueden suceder.

—Natalia.

—¿Sí?

—Te amo, Duendecillo. Listo, ahora ya puedes soltarme.

Y con semejante frase, no pude hacer otra cosa que comérmelo a besos, sentir que el corazón me estallaría de felicidad, que el universo entero se metía dentro de mí para hacerme sentir inmensa, llena, sin límites y completamente libre, así de libre como se sentía él entonces, a pesar de tener manos y pies sujetos con vueltas y vueltas de cinta adhesiva gris.

—Bueno. —Me aparté de él. Noté que su piel se había puesto demasiado fría, incluso la de su rostro—. Mejor sí te suelto.

Nico se apartó un poco de mí.

—Sí, mejor. —Contorsionándose un poco, puso a mi disposición sus muñecas.

Intenté dar con el extremo de la cinta, pero ésta estaba toda cortada. Habían pegado un tramo sobre otro.

—¿No tendrás unas tijeras por ahí? La cinta está demasiado enganchada y tardaré demasiado en soltarte así.

—En el cajón de en medio, debajo de la encimera, allí. —Apuntó con la cabeza hacia el otro ambiente de la autocaravana.

—¿Estás bien? —le pregunté, porque me dio la impresión de que se había puesto pálido.

—Sí, sólo necesito vestirme. Llevo demasiado tiempo así.

—Sí, claro. —De un salto, me levanté de la cama y corrí a por las tijeras. Allí estaban, en el cajón de en medio, tal como me había dicho.

Al regresar a la habitación, me pareció ver que tenía la frente empapada en sudor.

Me abalancé sobre la cama.

—¿Seguro que estás bien?

—Sólo suéltame, por favor. —Me tendió las manos por debajo de sus rodillas otra vez.

Corté las cintas con las tijeras y lo ayudé a aflojarlas de alrededor de los guantes para que pudiese quitárselos.

Nico acabó arrancándoselos de malos modos. No tenía buen aspecto, y no solamente por sus ademanes, sino por la mueca en su rostro; tenía el entrecejo fruncido y la frente tensa. Su mirada se había endurecido.

Me dispuse a encargarme de las cintas de sus tobillos.

Mientras yo peleaba por cortar la infinidad de capas de gruesa cinta adhesiva, Nico recogió, de un lado de la cama, una camiseta de Bravío que los chicos debieron de haberle arrancado para dejarlo así. Se la puso en un parpadeo.

Tras un par de tirones, despegué las cintas de sus calcetines; es que su prisa se hizo mía. Ese estado suyo me puso nerviosa, porque no tenía idea de si le sucedía algo más o bien simplemente estaba molesto por la broma. ¿O quizá arrepentido por lo que acababa de suceder entre nosotros dos?

Abandoné las tijeras a un lado.

—¿Me ayudas a encontrar el resto de mi ropa?

Su solicitud me extrañó. Su ropa estaba en el suelo; un fino suéter del equipo sobre las almohadas.

—Nico...

—Sólo ayúdame a vestirme. No me encuentro bien.

—Pero qué... —Me interrumpí al ver que empezaba a temblar.

—No es nada. Sólo necesito vestirme. Son los nervios, eso es todo.

Recogí del suelo sus pantalones y se los tendí. Las manos le temblaban, de modo que lo ayudé a meter los pies por las perneras.

—Será mejor que llame a alguien —le dije asustada, rebuscando mi *walkie-talkie* entre mis piernas y las sábanas que cubrían la cama.

—No, por favor, no. —La voz le tembló—. No pasa nada. Estaré bien dentro de un momento.

—Pero...

—Dame el suéter.

Me arrojé sobre el suéter y regresé a Nico para pasárselo por la cabeza. Entre los dos metimos sus brazos en las mangas.

—¿Podrías traerme una botella de una bebida roja que hay en la nevera, allí? —Otra vez apuntó con la cabeza hacia el otro sector.

—Sí, claro —contesté dejando ya la cama.

Al salir del cuarto, vi de refilón que Nico retrocedía un poco por la cama para tirar de la colcha. Se envolvió en ésta.

Había detectado lo que imaginé que era una pequeña nevera, tipo minibar de hotel, a un lado del cajón de donde extraje las tijeras.

La pequeña nevera estaba bien surtida, con un montón de botellas de bebida y fruta, unos sobres de gel de esos que consumen los deportistas para reponer energías y... sobre la puerta del minibar, debajo de una tapa de acrílico transparente, un montón de cajas de medicamentos y frascos con pastillas y jeringas y... Mi cerebro no fue capaz de reconocer ni las letras que componían los nombres de los medicamentos, porque, entre la sorpresa y que Nico me llamó entonando mi nombre con un hilo de voz, no conseguí más que coger una de las botellas, cerrar de un portazo la nevera y correr de regreso a él.

Salté sobre la cama y, por ésta, corrí hasta él. Temblaba.

No necesité que me pidiese que la abriese por él.

—Llamaré a alguien ahora mismo. Necesitas un médico ya.

—No —rezongó.

Hizo un gesto y comprendí que me pedía la botella. Acerqué la boca de la misma a sus labios. Bebió y un poco de líquido corrió por su mentón.

Lo limpié con ambas manos.

—No es necesario, me conozco —musitó después de beber un poco más.

—Esto me asusta.

—Perdóname.

—No me pidas perdón. Dime qué sucede. Para qué son todos esos medicamentos que hay...

—Ahora no —soltó, interrumpiéndome para beber un poco más.

—Nico, por favor.

—No pasa nada, tranquila. Te juro que me pondré bien. —Una de sus manos salió de debajo de la colcha para coger la botella.

—No puedo quedarme tranquila contigo así. Te amo, quiero cuidar de ti, quiero saber qué sucede, quiero que confíes en mí.

—Sólo abrázame.

—Nico, no...

—Abrázame. Estaré mejor en unos minutos.

—No soy un doctor y tú necesitas un maldito doctor, y mis abrazos no curan. ¿Necesitas algo de todo lo que hay en la nevera? ¿Qué te traigo?, ¿qué tienes que tomar?

—No quiero que vuelvas a abrir esa puta nevera y te digo que voy a estar bien — Tragó un poco más de líquido—. Estoy mejor.

Era cierto, las manos ya no le temblaban, pero yo todavía estaba demasiado asustada; sentía que el corazón había trepado por mi garganta y que no conseguía bajar porque mi estómago estaba tan revuelto que todo dentro de mi torso había cambiado de lugar.

—¿Nico?

Los dos reconocimos la voz de Dave y dimos un respingo sobre el colchón.

—Nico, ¿qué...? —Su representante apareció bajo el umbral y su cara de preocupación fue patente al instante—. ¡Mierda!

Sintiendo como si estuviese haciendo algo indebido, solté a Nico.

Dave se abalanzó sobre nosotros mientras sacaba el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones.

—No, no —jadeó Nico al tiempo que Dave llamaba a alguien.

—Estoy con Nico, necesitamos a alguien aquí y ahora. —Le contestaron algo desde el otro lado de la línea y Dave colgó. Acto seguido, marcó un número más—. Alfons, soy Dave, es Nico. Estamos en su autocaravana, ¿podrías venir? Ya he llamado al servicio médico.

—Mierda, Dave, ¡no llames a mi padre! —La voz de Nico tembló, porque todo su cuerpo lo hacía de nuevo. Sin querer, derramó la bebida por encima del suéter y la colcha.

—¿Qué ha pasado? —demandó Dave mientras se guardaba otra vez el móvil en la cintura de los pantalones.

—Los muchachos... —comenzó a explicar Nico. Una vez más, no llegó a nada porque no podía controlar su cuerpo o, al menos, a mí me dio esa impresión.

—Los chicos le gastaron una broma, cuando llegué... lo habían desvestido y maniatado —aclaré. Dave me miró con odio, igual que si hubiese sido yo la responsable de lo sucedido, sobre todo la responsable del mal estado actual de Nico.

—¿¿Que qué?! —estalló Dave, poniéndose como una furia—. ¡Malditos idiotas! Son unos irresponsables. ¡¿En qué demonios pensaban?!

—Dave, no...

—Por favor, déjanos solos —bramó Dave en mi dirección.

—No, ella... no...

—Vete —insistió éste.

—¡Usted no...! —empecé a replicar, poniéndome yo también como una furia; no llegué a nada porque Nico giró la cabeza en mi dirección.

—Será mejor que te vayas —me pidió con la voz muy débil.

En realidad no necesitaba más que la mirada que me lanzó para hacerme entender que no me quería allí.

A punto de vomitar mi corazón, me aparté de él.

No hice más que poner los pies en el suelo para ver el reflejo de una ambulancia aproximándose.

Antes de salir de la habitación, lo vi allí recostado y, tanto por su estado como por su petición de que me fuera, se me quebró el corazón.

Prácticamente corriendo, salí de la autocaravana. Llegaban una ambulancia y dos vehículos. De uno saltó el padre de Nico; del otro, Paul. Un tercero venía en camino. Imaginé que Mónica no tardaría en aparecer. Una segunda ambulancia llegó.

Bajé los escalones y me aparté un poco, sin perder de vista el movimiento.

Dos personas bajaron corriendo de la primera ambulancia; una de ellas cargaba un maletín y la otra, una especie de maleta pequeña.

Alfons entró en la casa rodante sin ni siquiera reparar en mi presencia.

El que sí reparó en mí fue Paul, pero no dijo nada, no al menos a mí; iba con su móvil pegado a la oreja y su cara de preocupación era épica.

Mónica llegó en el tercer vehículo.

Contra mi voluntad, me alejé de allí. No sabía por qué, pero me sentía increíblemente culpable. Lloré todo el camino de regreso a la cocina y, de hecho, a unos metros de entrar, me arrepentí y retrocedí hasta los baños. Allí lloré hasta calmarme.

Unos minutos más tarde, limpié las lágrimas de mi rostro con mucha agua y regresé a la cocina.

—¿Qué ha pasado? —me interrogó Suri en cuanto puse un pie dentro.

—Los chicos le gastaron una broma a Nico. Lo habían atado de pies y manos. Dejaron la puerta entreabierta de su autocaravana para que pudiesen oírse sus gritos pidiendo ayuda. Lo solté...

—¿Está bien? ¿Estás bien?—me preguntó, acercándose. La cocina ya estaba en orden; la mayor parte de las luces, apagadas. Suri estaba listo para irse a descansar.

—Eso creo... Nico se descompuso. Entonces llegó Dave y llamó a los servicios médicos.

—Pero ¿estaba bien?

—Creo que sí, me pidió que me fuera. —Sin más remedio, me eché a llorar otra vez.

—Tranquila, seguro que se pondrá bien. —Me abrazó—. No te preocupes, está en buenas manos. Estará bien.

—Pero es que... ¿qué tiene? ¿Cómo puedes decirme que no me preocupe? Temblaba. Hay un montón de medicamentos en la puerta de la nevera en su autocaravana.

—No pasa nada. Mejor nos vamos ya al hotel.

—No me digas que no pasa nada. ¿Sabes qué tiene?

Suri se apartó un poco de mí.

—No me concierne a mí hablar de eso, Duendecillo.

—Pero es que necesito saberlo, él no...

—Si él quiere, te lo contará y, si no, pues... —Se encogió de hombros. Me sonrió un segundo después—. Tranquila. Está en muy buenas manos y mañana lo verás como nuevo. Ganaremos la carrera y lo celebraremos...

—¡A la mierda con la carrera, Suri! ¡¿Qué pasa contigo?! Te digo que se encuentra mal y me sueltas que no pasa nada y me hablas de la carrera. ¡Estoy hablando de la salud de Nico!

—Pues si él no te ha contado nada...

Me arranqué el delantal de cocina y lo arrojé sobre la encimera.

—¡A la mierda con este puto equipo, con las carreras y con este incomprensible secretismo entre vosotros! ¡Estáis todos chiflados! —Fui al armario y rebusqué mi abrigo y mi mochila—. ¡Me largo!

Hubiese querido que ese «¡me largo!» fuese un «me largo» definitivo, algo más distante que al hotel que ocupábamos con el resto de los integrantes de Bravío. Nico

me ataba a él, ese trabajo me ataba a él, todo mi ser estaba con el equipo y con el campeón, me gustase o no.

Pasé horas sentada sobre la cama, esperando alguna noticia, una llamada. Nada. Nadie me tenía en cuenta para avisarme del estado de salud del campeón, ni siquiera el propio campeón.

14. Necesito respirar

Desperté con miedo de encender la televisión y ver malas noticias, trágicas, las peores. Todavía en la cama y con los ojos hinchados, más por el llanto que por el sueño, encendí la tele. Busqué un canal de noticias, pero en éste empezaba la información meteorológica. Salté al siguiente canal de noticias: nuevas medidas económicas; el siguiente, noticias sobre espectáculos. Ya en mi quinto intento, di con un periodista que recordaba a la audiencia que en unas horas se realizaría el Gran Premio de España. Con un gráfico de la FIA de fondo, recordaron la parrilla de salida. Nico Puig, Haruki Sasaki, Thiago da Silva, George Bay... la lista seguía hasta la vigésimo segunda y última posición.

Por lo visto, de lo sucedido la noche anterior en el circuito nadie tenía ni idea. No comentaron absolutamente nada del estado de salud de Nico, por lo que respiré aliviada. Si no decían nada era porque Nico estaba bien.

Me levanté de la cama, aparté las cortinas y vi que hacía un día radiante. Un estupendo amanecer sobre Cataluña.

Pegué la frente al cristal de la ventana y cerré los ojos.

* * *

El café bajó quemándome la garganta, la tráquea y, por último, el pecho. El líquido estaba tan fuerte y tan caliente que todo mi sistema terminó por despertarse.

Ante el ritmo habitual que seguía las mismas pautas de todos los domingos de carrera, me relajé un poco.

En el microbús de camino hacia el recinto, me había enterado de que los chicos sabían que yo había encontrado a Nico maniatado; sin embargo, nada sabían sobre el mal momento, que incluyó ambulancias. Desconocía si los habían reprendido o no, pero esa mañana estaban todos menos bromistas y más silenciosos. Quizá fuese sólo porque estaban concentrados en lo que debían hacer para la carrera de esa mañana.

Sólo se oían susurros lejanos y el ambiente era un tanto tirante.

Suri viajó a mi lado, con cara de dormido como siempre.

En ese momento, a horas de la competición y con el circuito funcionando a tope, teníamos demasiado trabajo como para distraernos con cualquier conversación que no tuviese que ver con los platos que debíamos terminar para el almuerzo y demás.

—Permiso. ¿Se puede?

Reconocí al instante la voz de Thiago; solté el pescado que fileteaba después de llegar a la parte más ancha. Giré la cabeza y lo vi asomar la cabeza dentro de la cocina.

—Thiago... Hola —lo saludó Suri.

—Hola.

—Hola, buenos días —lo saludé yo.

—Buenos días, Duendecillo. Suri, ¿puedo robártela un segundo?

—¿Tú no deberías estar en los *boxes* trabajando?

—Por eso mismo, me he escapado. No tardará mucho. Lo juro.

Suri me miró no precisamente feliz.

—Claro, sí —le contestó a Thiago. Giró la cabeza—. No te retrases —me dijo a mí.

A toda velocidad, y no muy bien, me lavé las manos y salí de la cocina tras Thiago todavía secándomelas en el paño que colgaba de mi delantal.

Al cerrar la puerta de la cocina, vi que Thiago se alejaba de la zona de comedor del equipo hacia el espacio existente entre los camiones de carga.

—¿Lo de anoche fue idea tuya?

—Hablé con Nico. Lo siento. Le pedí disculpas a él y ahora te las pido a ti. Fue una estupidez, no pensé que fuera a ponerse así.

—Cuando lo encontré estaba bien. No sé qué le pasó... no sé qué le ocurre, parece que nadie está dispuesto a contarme qué le sucede. Ni siquiera él. —Crucé los brazos sobre mi pecho. Thiago seguía en silencio—. Ni tú. Ok, perfecto —gruñí de muy mal humor—. A mí no tienes que pedirme perdón. ¿Sabes qué?, estoy muy cansada de todo esto, de verdad que sí. De él, de todo este juego, de tanta ridiculez innecesaria. —Sacudí la cabeza—. No necesitabas disculparte conmigo.

—A mí me parece que sí.

—De acuerdo, lo que sea. Me voy, tengo demasiado trabajo que hacer y tú deberías regresar al tuyo. —Descrucé los brazos y di un primer paso para alejarme de él. Thiago no me lo permitió—. Suéltame.

—Nico me contó lo que pasó.

—Bueno, me alegra que al menos sea capaz de hablar contigo.

—Esto no es fácil para él.

—Sí, y para mí es un agradable paseo. Anoche le permitió a Dave echarme de allí, me echó de allí después de...

—Después de que os besarais de nuevo. Lo sé, me lo contó, y también lo de la vez anterior.

No pude despegar los labios.

—Sí, nosotros hablamos —siguió diciendo—. No como hablan las mujeres, pero, en fin, que también conversamos. No te haces una idea de lo que extrañaré al campeón. No exagero cuando digo que es como si fuese mi hermano pequeño. Lo conozco, Duendecillo; sé todo lo que le ha tocado vivir, todo lo que vive, y por eso te pido que le des tiempo.

—¿Te pidió él que me dijese que debo darle tiempo? ¿Sabes qué?, si no quiere terminar con Mónica, por mí está bien; si no quiere contarme para qué son todos esos medicamentos que están en la nevera de su autocaravana, está bien. Nada de eso es asunto mío. Ya no. Estoy cansada de preocuparme por él y que a él parezca no importarle lo más mínimo. Él no necesita decidir nada, Thiago. Si le parece bien, que siga con su vida como hasta ahora. Yo seguiré con la mía. Ni siquiera tiene que mirarme a la cara, puedo seguir siendo una más del centenar de personas que pululan alrededor del campeón, seres sin importancia.

—¿De verdad crees que no le importas?

—Vete, Thiago. —Eso mismo hice yo, di media vuelta y emprendí el regreso a la cocina.

—Anoche no estaba nada bien...

—Bueno, si no está bien, que no corra y que vaya al hospital. Yo no puedo hacer nada al respecto.

—Lleva semanas muy tenso. Imagino que, en gran parte, fue por eso por lo que se descompensó.

—Y ahora dirás que sus nervios son culpa mía. No lo estoy presionando, Thiago. Te lo acabo de decir: que haga lo que quiera. Se acabó.

—Intenta hacer lo que quiere, pero no es libre para hacer todo lo que desea; tiene montones de compromisos y de responsabilidades, y muchas cosas que...

—Ahórrate la saliva, Thiago. Dile que está bien. Que, por mí, no tiene de qué preocuparse. Ahora sí se terminó. Con este fin de semana ya he tenido suficiente. Ha sido demasiado. Cada cual con su vida y a otra cosa.

—Natalia, intento explicarte que él está procurando poner un poco de orden en...

—Basta, Thiago —exigí alzando la voz y deteniéndome para que quedase claro que no quería discutir ni una sola palabra más sobre ese asunto—. Ya basta. —La fuerza con la que quería detenerlo y acabar con esa conversación se me esfumó. Se me puso la piel de gallina y todo mi cuerpo se aflojó en la más drástica de las derrotas, esa que queda patente cuando amas a alguien y sabes que estás dispuesto a todo por esa persona y que esa persona, en cambio... Bien, Nico tenía su vida, una

exuberante, repleta de cosas; sin duda tan llena de detalles como la mía, quizá tanto más organizada y con un rumbo más preciso del que en ese instante tenía mi existencia. Su vida y la mía se habían tocado fugazmente; rozamos nuestros neumáticos en una curva, pero por suerte no llegamos a quedar enganchados el uno del otro, al chocar. Quizá nuestras suspensiones y direcciones hubiesen quedado algo torcidas... En fin, eso pasa cada vez que conoces a alguien que merece la pena. A ver, que tener un automóvil impecable toda la vida es solamente síntoma de que no lo has disfrutado demasiado. En fin, que su vida y su camino se curvaban hacia un lado; los míos, en sentido opuesto. Al campeonato todavía le quedaban unas cuantas carreras; a mí, las que me restaban con el equipo, pero, después de eso, quedaba muy claro que mi vida tomaría otro rumbo. Tan sólo me faltaba terminar de determinar cuál.

Thiago se detuvo, con la boca abierta.

—Suerte en la carrera.

—Gracias.

—Te veo luego.

—Sí, claro. Una cosa más —añadió obligándome a detenerme—. No le cierres la puerta.

—Muy poético. Ya la cerró él, Thiago. —Di media vuelta y fulminé con mis pisadas los metros que me distanciaban de la cocina.

Cerré la puerta de dicha estancia con más energía de la necesaria.

—¿Todo bien? —quiso saber Suri.

Le contesté con un seco «sí» y continué trabajando.

En algún momento Suri encendió el monitor. La actividad en el circuito ya había comenzado para las cámaras de televisión. Intenté no mirar en dirección a la pantalla; allí estaba él, sobre un camión con remolque; el resto de los pilotos lo acompañaban. Saludaban a la gente que empezaba a colmar las tribunas.

Los fotógrafos y las cámaras de televisión no los perdían de vista, en especial a él. Nico parecía estar bien. No se lo notaba demasiado feliz, aunque, de cualquier modo, tampoco es que fuese de sonreírles a las cámaras. Casi todo el tiempo, la mayor parte de su rostro quedaba oculto debajo de la gorra negra de Bravío.

Un par de veces lo vi saludar sin demasiadas ganas en dirección a las tribunas y, cuando enjuagaba una de mis cuchillas bajo el chorro de agua, vi que Thiago se acomodaba a su lado. Se me escapó un suspiro mientras volví a concentrarme en mis quehaceres.

Para el momento de la salida del Gran Premio de Cataluña, el mundo se detuvo, al menos allí, dentro del circuito.

Suri estaba atento a la pantalla y, a decir verdad, yo tampoco conseguía quitar mis ojos de su automóvil. Si es que, a escondidas, quizá queriendo ocultarme a mí misma las ganas que tenía de verlo, estaba espionando en dirección a la pantalla desde que comenzó a prepararse en los *boxes* para salir a pista a ocupar su lugar en la parrilla.

Tampoco logré mantener mi vista muy lejos de él cuando allí, en el primer lugar, se bajó un momento de su fantástico monoplaza para quitarse el casco, la capucha ignífuga, y hablarle a Toto al oído.

Vi a su padre y a Dave en el *box*, allí también estaba Harper; de Mónica, ni rastro.

Siempre, desde la primera vez que tuve frente a mí una transmisión de Fórmula Uno, las salidas constituían el momento que me proporcionaba más cantidad de emoción y tensión. Desde que estaba con Bravío, sabía que era todavía mucho más que eso. Era como si me sintiese dentro de ese automóvil junto a Nico, esperando a que el semáforo diese la salida.

Me agarré del canto de la encimera y rogué que tuviese una buena salida; que se despegase del grupo lo antes posible; que no le sucediese nada, que no le permitiese a su ego apoderarse de sus decisiones, y que su carácter no nublase su capacidad de pensar y de demostrar que era uno de los mejores pilotos de la categoría.

Las luces del semáforo se apagaron y Nico salió disparado en una increíble reacción. Primera curva muy cerrada a la derecha, la segunda un poco más abierta a la izquierda. Aceleración... Nico despegándose un poco más de Haruki, que iba en segundo lugar, y Thiago en tercero, pisándole los talones al compañero de equipo de Nico.

Una larga tercera curva hacia la derecha y Nico distanciándose del pelotón una vez más, como si corriese una carrera contra sí mismo. Sin duda corría en otro mundo, avanzando veloz hacia delante, pero sin excederse; exigiéndole a las curvas lo máximo posible, pero sin comprometer la estabilidad de su monoplaza.

Las carreras son todavía más emocionantes cuando ves que los pilotos las disfrutan, que las viven en cuerpo y alma. Lo que ves deja de ser una visión como la de un juego de PlayStation o algo así, para convertirse en la pasión y la dedicación de un ser humano, en su vocación, en lo que hace que la sangre continúe corriendo por sus venas, en lo que lo motiva cada mañana a levantarse de la cama, a abrir los ojos sin importar qué día de la semana sea o cuán casado esté.

Nico podía tener un montón de defectos y entre nosotros podía desatarse una batalla campal, pero no por eso podía dejar de admirar su dedicación.

Nico no perdió la primera posición ni siquiera después de su entrada a *boxes*; Haruki tuvo que luchar a pulso con Thiago. La primera entrada a *boxes* dejó al brasileño en segundo lugar; sin embargo, Haruki no le permitió escaparse. El motor del Bravío, evidentemente más potente, evidenció sus capacidades diez vueltas después. Haruki pasó al Asa en plena recta, recuperando el segundo lugar que luego ya no perdió en la segunda entrada, porque evidentemente los juegos de neumáticos le sentaron mucho mejor y su velocidad, al volver, aumentó.

El final de la carrera se acercaba y Nico continuaba delante pisando firme, aplastando a los demás con contundencia, y el público lo vitoreaba cada vez que pasaba por la recta principal marcando una nueva vuelta para su gente, para su público, en su casa, en su patria.

El fin de semana le estaba saliendo a pedir de boca. Subiría al podio, se sacaría una foto con sus mecánicos, celebraría con ellos su cumpleaños con la tarta que en ese momento ya estaba en la nevera. Se suponía que la cortarían en *boxes* después de que Nico terminase con todo el ritual de ruedas de prensa y entrevistas tras el podio; pensaban hacer una especie de sesión de fotos oficial, por marketing, y, bueno, la realidad es que los chicos esperaban una porción de pastel. Nico, probablemente, no.

Alguien llamó a la puerta.

Érica pasó sin esperar respuesta. Con un parpadeo, confirmó que los dos seguíamos la carrera.

—Natalia.

—¿Sí?

—Necesito que vengas conmigo.

—¿Qué?, ¿vais a hacer lo de la tarta ahora?

—No, sólo necesito que me acompañes al *box* —le contestó a Suri para después fijar sus ojos en mí.

—¿Yo?, ¿a *boxes*?, ¿para qué?

—Toto te llama.

—¿Toto?

Me tendió un pase.

—Andando, que la carrera casi ha terminado.

—No, yo no... —Me puse nerviosa—. No tengo nada que hacer allí.

—Sí, sí tienes.

Eso era cosa de Nico, no me cabía la menor duda, y no pensaba permitir que continuase manipulándome de ese modo.

Negué con la cabeza y le devolví el pase.

—Natalia, por favor.

—¿Para qué podría quererme Toto allí?

—No es Toto —dijo Érica ladeando la cabeza con una media sonrisa con la que intentaba contener un secreto que todos conocíamos: eso era cosa de Nico—. El campeón le ha pedido a Toto que te llamara. Dice que necesita hablar contigo en cuanto se baje del automóvil.

—Ah, bueno... —canturreó Suri.

—Eso mismo —confirmó Érica, sonriendo—. Por lo visto le urge hablar contigo.

—Esto es ridículo. Puede esperar a después, si tiene que decirme algo.

—Evidentemente no puede.

—Pues tendrá que aguantarse.

—A ver si lo entiendes: lo dijo y, cuando eso pasó, lo oyeron todos en el *pit wall*, lo oyeron los ingenieros y creo que incluso saldrá en las grabaciones de la FIA. No salió al aire, pero, que lo repetirán, no me cabe duda: se guardan todos los audios y repiten aquellos que les parecen graciosos o relevantes.

—Esto no es gracioso.

Sabía de qué hablaba; la web de la categoría, después de cada gran premio, era actualizada con datos anecdóticos de la jornada y por norma general escogían un par de audios; la semana anterior había oído uno de un piloto fastidiado con su ingeniero, en el que le pedía que dejase de repetirle a cada vuelta la distancia con el piloto que lo precedía. También había un par de audios de los pilotos maldiciendo, y unos de Nico celebrando sus victorias. Imaginar el audio del campeón pidiendo que yo estuviese en el *box* para recibirlo a su llegada porque debía hablar conmigo hizo que me sonrojara. Lo oiría todo el mundo. Empecé a oírlo en ese preciso instante, después de que el locutor anunciase una comunicación inesperada del campeón a su equipo.

—Faltan diez vueltas, diez vueltas, Nico —le explicaba Toto—. Mantén el ritmo, vas bien. No presiones demasiado, solamente mantén el ritmo. Haruki, a diez segundos, quinientas milésimas. No arriesgues de más, vamos bien.

—Ok. Sí, lo sé. Búscala, la quiero en el *box* a mi llegada.

—Repíte. No te he entendido.

—A Natalia, que la llamen; la quiero en el *box* para cuando llegue.

—¿Nico? —la voz que se oyó fue la de Paul.

—Tengo que hablar con ella. Que venga.

La imagen repitió el suceso ocurrido unos minutos atrás. Por el audio se oía que Nico pedía por mí otra vez, mientras las cámaras enfocaban a Toto y a Paul mirándose sin comprender nada.

Paul apartó el micrófono de sus labios y se inclinó hacia delante para hablar con uno de los asistentes. El asistente salió corriendo, atravesando la calle de *boxes*. Paul movió la cabeza de arriba abajo, mirando a Toto.

Toto acercó el micrófono que bajaba desde sus auriculares para empujarlo contra sus labios y medio tapanlo con una mano, imaginé que para evitar que se filtrase el sonido de los motores de los automóviles pasando por la recta principal.

—Estás en serios problemas, Duendecillo —se carcajeó Suri.

—El que está en problemas es él. ¿Quién se cree que es?

—Bien: si tienes algo que decirle, te sugiero que me acompañes. Preferiría llegar al *box* antes de que se corra la voz y algún cámara empiece a buscarte.

—¿¿Qué dices?! —solté horrorizada.

—Que en este instante deben de estar intentando averiguar quién es esa Natalia cuya presencia en el *box* ha requerido el campeón.

—Dios, me va a dar algo —jadeé—. No necesitaba hacer esto.

—Tal vez sí, vosotros dos sabréis.

—Yo no sé... —balbucí anonadada.

Érica me colgó el pase del cuello y me agarró de la mano. La transmisión de la carrera había vuelto al presente; tan sólo faltaban dos vueltas para que Siroco atravesara la meta, con la correspondiente caída de la bandera a cuadros.

—Andando. —Me apretó la mano y tiró de mí.

—Pero...

—Si no vienes, vendrá a buscarte y a mí me despedirán por no llevarte al *box*. Paul me ha pedido que te lleve hasta allí, así que eso haré.

—¿Qué?!

—¡Lárgate de aquí! —Suri me empujó por los hombros en dirección hacia la puerta, hacia donde tiraba Érica—. Avisadme cuando sea la hora de la tarta, para llevarla.

Miré a Suri por encima de mi hombro; se despedía de mí con una mano, sonriendo de oreja a oreja.

—Esto es... es ridículo. —Salimos de la cocina—. Todo el mundo se enterará de esto, no necesitaba dar un espectáculo. Si quería hablar conmigo, podría haberlo hecho en privado.

Érica continuaba tirando de mí.

—Creo que no le importa que todo el mundo se entere.

—Sí, bueno, pues a mí sí. Yo no... el otro día... Si Mónica está por ahí, se armará una grande. No quiero perder mi trabajo.

—Dudo de que exista ni la más remota posibilidad de que puedas perder tu trabajo. Y no creo que debas preocuparte por Mónica.

Salimos del sector del comedor a la maraña de calles formadas por los camiones y autocaravanas de los equipos.

De pasada, vi a una mujer cuyo nombre desconocía; era alguien de relaciones públicas de uno de los equipos de mitad de la clasificación, e iba con su asistente; ambos se volvieron a mirarme. Sí, definitivamente la gente había oído el audio de Nico.

—Date prisa —me pidió divertida, y yo trastabillé.

Preferí no volver a mirar a mi alrededor y concentrarme en el edificio de los *boxes*, que encima tenía desplegada la exclusiva área del *paddock*.

Junto a la entrada, pululando alrededor de la pequeña sala donde se ubicarían los pilotos después del podio para dar las distintas ruedas de prensa y contestar preguntas, había un par de periodistas, cámaras y fotógrafos.

Érica tiró de mi muñeca.

A un par de ellos los tenía vistos de otras carreras.

Era idea mía o al menos dos alaron sus largos teleobjetivos en mi dirección.

—Dios, me va a dar algo. Voy a matarlo. No puede continuar haciéndome estas cosas. Si se cree que por ser quintuple campeón de la categoría puede hacer lo que quiera con la gente, está muy equivocado.

—Pues pónselo difícil frente a todos, frente a las cámaras. Será una dulce venganza para muchos. —Érica rio—. Todos sabemos muy bien cómo es el campeón.

—¡¿Qué dices?!

—Que lo hagas sufrir un poco frente a las cámaras. Todos nos regocijaremos al verlo rogar.

La miré perpleja. Llegamos a la entrada; allí había dos personas de seguridad para controlar los pases.

A Érica la conocían de sobra y, como yo estaba tan tiesa de los nervios, fue ella quien alzó mi identificación y pase para que los guardias lo verificaran con el lector que tenían en la mano.

Érica tiró de mí una vez más.

—Date prisa o no llegaremos a tiempo.

Los motores rugieron más fuerte que antes.

Nos escondimos del sol para entrar en el edificio que compartían todos los equipos para acomodar sus *boxes*. De frente hacia nosotras avanzaron dos mecánicos del equipo rojo. Es esa carrera no lo tenían muy fácil; uno de sus pilotos había abandonado la competición porque su motor había dicho basta y el otro estaba en octavo lugar, colándose entre los últimos puntos.

Seguimos de largo y un cosquilleo en la nuca hizo que me girase; ambos se habían dado la vuelta para ver cómo nos alejábamos por el pasillo. Me miraban a mí. Enrojecí.

Continuamos andando. Uno de los pilotos de Mathus, uno de los equipos de final del pelotón, que se había quedado fuera de competición a las pocas vueltas de comenzar la carrera, venía avanzando en sentido contrario al nuestro; nos conocíamos de vista nada más; sin embargo, por lo visto...

—Natalia —me saludó tocándose la gorra que llevaba impreso el nombre de su equipo en la parte frontal y que por los lados mostraba dos marcas que eran patrocinadoras del mismo.

Me sonrió con ese deje de suficiencia de quien sabe que va un paso por delante de ti.

¿Acaso todo el mundo había oído el condenado audio de Nico?

Mataría al campeón en cuanto lo tuviese delante. ¿No habría sido más sencillo esperar a terminar la carrera y todos sus compromisos para venir a hablar conmigo como dos personas normales?

Mis pantorrillas y muslos temblaron. ¿Y se suponía que debía enfrentar al resto del equipo?

Llegamos a la entrada del *box* de Bravío.

Sobre unos soportes, al lado de la entrada, había varios pares de auriculares de los que usaban los mecánicos del equipo tanto para protegerse del ruido como para comunicarse entre ellos. Érica llevaba los suyos colgando del cuello; me tendió unos a mí.

Me los coloqué sobre las orejas y, en cuanto giré la cabeza hacia el interior del *box*, me percaté de lo obvio: todos se habían girado a observarme, pese a que estaban levantándose para correr a la calle de *boxes* para recibir al ganador, quien se encontraba recorriendo los últimos metros de la última vuelta del Gran Premio de España. Un par de ellos me dedicaron saludos con la mano, pulgares arriba, y creo que más de uno gritó algo que, por suerte, gracias a los auriculares, no oí.

De refilón, vi al padre de Nico, quien me dedicó una levísima mirada y pasó de largo, hacia el exterior, tras los pasos de Dave. Me dio la impresión de que los dos preferían no percatarse de mi presencia, como si se esforzaran en ignorar que Nico había solicitado mi presencia a través de un medio tan público como por el que lo había hecho.

Por suerte, ni rastro de Mónica. Ante eso, suspiré aliviada; un segundo encontronazo con ella no me haría ningún favor. El mero hecho de pensar que Paul había tenido que aceptar que me mandasen llamar después de todo, después de que Nico amenazara con renunciar por mí, ciertamente no haría que me ganase más estima por parte de Paul, sino todo lo contrario. Con lo que casi habíamos empezado y con el control que demostraba tener Nico sobre todas las decisiones que se tomaban en el equipo... me imaginé que, para Paul, tener que darle todos los caprichos al campeón debía de resultar un fastidio; sin duda eso, de algún modo, debía socavar su autoridad allí.

Decidí apartar esos pensamientos a un lado, al menos por el momento. Apreté los labios, ansiosa... ¡el campeón quería verme frente a todo el mundo!

Érica apuntó con la cabeza hacia el exterior, indicándome que saliese.

La seguí.

Aparecimos en la calle de *boxes*. Los automóviles se acercaban rugiendo con furia, con brío. Giré la cabeza y divisé su monoplaça; allí venía mi viento, ese tornado que tenía el poder de arrasar con todo a su paso.

La bandera a cuadros cayó y las tribunas se pusieron en pie para vitorearlo, mientras los mecánicos lo celebraban.

El resto de los motores rugieron frente a nosotros, uno tras otro, al traspasar la meta.

El *pit wall* de Bravío estaba rodeado de cámaras y fotógrafos.

Alguien me dio una palmada en la espalda, como felicitándome.

Giré la cabeza y vi que era uno de los mecánicos.

Con Érica y los mecánicos del equipo Asa, que iban a recibir a Thiago, apretamos el paso en dirección al vallado que contendría al público, para separarlo de los tres pilotos que ocuparían el podio. Contra las vallas ya se agolpaban los periodistas y esa aparte del público que tenía acceso a los *boxes*: los *vips*.

Comencé a sentirme observada.

Otro saludo, esta vez de parte de uno de los mecánicos de Thiago.

Junto a nosotras apareció la encargada de relaciones públicas del equipo y, por encima de mi hombro, vi a Toto, a Paul y a otro de los ingenieros de Nico avanzar en nuestra dirección. Se los notaba complacidos; venían caminando, conversando entre ellos. Un grupo se les acercó; eran tres hombres, uno de ellos el máximo jefe de la categoría, el dueño de todo; el segundo, el dueño del equipo Bravío, haciendo gala de una sonrisa de oreja a oreja, y el tercero era un expiloto de la categoría que corría cuando yo era pequeña.

Era el *sumum* de lo surrealista para mí: todos ellos... y yo allí, siendo arrastrada por Érica y el resto de la marea humana en dirección al vallado, porque el campeón me quería en ese lugar al llegar.

«El campeón me quiere aquí», repetí dentro de mi cabeza, sin tener ni la menor idea de con qué me saldría Nico al bajar de su bólido. ¿Sería sólo para sacarse las ganas que tenía de verme allí, tal como me había pedido? ¿Me ignoraría? ¿Cruzaría una mirada de sus ojos azul celeste conmigo?

Iba a estallar por culpa de los nervios.

Empujando a un par de presentes, camuflando sus no muy corteses codazos con saludos y sonrisas, Érica me llevó con ella hasta estar frente a la valla. Al vernos llegar, al verme a mí, creo (bueno, es que las sonrisas y mi nombre entonado en un modo bastante particular no me dejaron muchas dudas), los mecánicos nos hicieron espacio para dejarnos pasar hacia delante.

Dos de los chicos me hicieron trepar a la valla para quedar más alta. Se quedaron escoltándome, mientras Érica se detenía detrás de mí. Por delante de nosotros estaban unos soportes con carteles, delante de los cuales estacionarían Nico, Haruki y Thiago, primer, segundo y tercer clasificados en la carrera. Más allá, la entrada al pesaje y, por encima, el podio, engalanado con flores y una cuadrícula formada por cuadros negros y otros con el logotipo de una marca de neumáticos, todo rodeado por un arco

blanco con las firmas de los pilotos ganadores de ese gran premio a lo largo de la historia de la categoría.

Por poco se me escapa el corazón de la boca cuando todo mi ser se llenó de ese sonido ensordecedor capaz de encender en una milésima de segundo toda la adrenalina en mí.

Un parpadeo y el coche negro, blanco, plateado y violeta de Nico apareció delante de mis narices.

Su casco, sus guantes negros alrededor del volante.

A su derecha se detuvo Haruki; por detrás, el automóvil de Thiago.

El director del gran premio y Toto llegaron al automóvil de Nico, quien ya comenzaba a soltarse de su vehículo, liberando primero las protecciones sobre sus hombros, las cuales pasó por encima de la cabeza. Toto le sacó la pieza de las manos. Nico quitó el volante y desenganchó el cable que llevaba sujeto al casco. Colocándose de lado para poder salir por la angosta abertura, se levantó.

Yo no podía más de los nervios. Las palmas me sudaban. ¿Y si volvía a hacerme un desplante? Apreté los dientes.

Nico se sacó los guantes y tironeó de los ganchos de la protección de su cuello para desprenderse de ésta; de otro movimiento brusco, se la arrancó. El casco...

Mi pulso se aceleró y, al mismo tiempo, mi corazón amenazó con detenerse.

Nico quedó de espaldas a mí al quitarse el casco. Al hacerlo, arrastró un poco la capucha ignífuga.

Sin demasiado cuidado, metió los guantes en el casco, se lo tendió todo a Toto y, con sus bonitas manos de piel clara y dedos largos, desde su nuca hacia delante, arrastró la capucha para dejar al descubierto su cabello rubio, completamente empapado en sudor.

Toto se apartó metiendo él, dentro del casco, la capucha ignífuga.

Ante la ovación del público, Nico saltó sobre una de las cubiertas del automóvil y, con el puño en alto, festejó su primer lugar en el gran premio de su hogar.

Los mecánicos que me rodeaban gritaron, aplaudieron, silbaron y entonaron el nombre del campeón.

Había cámaras por todas partes, algunas incluso enfocaban en nuestra dirección. Eso era normal, pues yo solía ver a los mecánicos celebrar el triunfo en las transmisiones; lo que ya no lo fue tanto fue el fotógrafo que, apostado sobre uno de los laterales del vallado, gritó mi nombre y movió su increíble teleobjetivo en mi dirección.

Nico lo celebró una vez más, soltando un grito de júbilo mientras saltaba al suelo. Todavía con los pies en el aire, sus ojos me buscaron. Recordé el cielo sobre nosotros, el asfalto del circuito debajo de nuestras espaldas. El cielo de Sochi... Su

rostro altivo la primera vez que nos vimos, nuestro beso de la noche anterior y, por desgracia, a él después, pidiéndome que me fuese de su autocaravana.

Para algunas cosas, la máxima velocidad es excitante; para otras, ralentizar el tiempo es un privilegio impagable.

Su sonrisa se desplegó ante mí, lenta, dulce, sublime, porque la sentí muy mía, así como también hice mía su mirada. Bueno, de que fui dueña de su mirada estoy segura, porque sus ojos estaban sobre los míos como si no hubiese nada más que ver allí.

Oí el chasquido de las cámaras fotográficas, el griterío a mi alrededor, los aplausos...

Nico se me vino encima. Normalmente saltaba sobre los mecánicos para estrechar sus puños, para recibir y dar palmadas de felicitaciones; esta vez se detuvo frente a la valla con una cámara de la transmisión oficial de la FIA justo detrás de él.

¡Todo el condenado mundo vería eso!

—¡Nico!

—¡Felicidades, campeón!

—¡Así se hace!

Los mecánicos estaban exultantes.

—Has venido —me dijo con total calma, sin dejar de sonreír.

—Me han traído a la fuerza. —Obviamente eso no era del todo cierto.

La gente continuaba gritando a nuestro alrededor.

—Bueno, a ver si puedo hacer que la próxima vez tu presencia aquí sea por tu voluntad.

—Te costará.

—Lo intentaré —dijo, y dio un paso al frente para enmarcar mi rostro entre sus manos—. El día que apareciste aquí, cambiaste mi vida. Trajiste a mi existencia el aire que me faltaba, el aire que creo que jamás tuve. ¿Alguna vez has tenido la impresión de que llevas conteniendo el aliento durante demasiado tiempo?

Estaba conteniéndolo en ese instante.

—Necesito respirar —entonó muy suave, acercando su rostro al mío—. Necesito respirar y ahora, contigo, si es que puedo estar contigo y no tienes ganas de matarme o de insultarme, de mandarme al demonio o lo que sea... —Se detuvo y se relamió los dientes—. Lo siento. Supongo que te he dado demasiados motivos para no querer saber más de mí, pero la verdad es que no puedo más, tenía que decírtelo porque estoy asfixiándome.

—¿Qué tienes que decirme, aparte de que eres el campeón de todos los idiotas? —bromeé, percibiendo cómo se me llenaban los ojos de lágrimas de pura felicidad.

—Te amo, Duendecillo. ¿Correrías esta carrera conmigo?

Los mecánicos, al oír aquello, comenzaron a gritar a nuestro alrededor; ya no eran felicitaciones dirigidas a Nico, sino peticiones de que nos besásemos. Se burlaron y rieron, y a ninguno de los dos nos importó.

No pude contestarle, porque no encontré mi voz; sin embargo, no me fue nada difícil encontrar en mí muchas ganas de besarlo.

En cuanto asentí con la cabeza, Nico me atrajo hacia su boca para estamparme uno de esos besos matadores que dan vida. Uno de esos besos asesinos que liquidan todo lo que sabes sobre la vida, sobre amores pasados, todo lo que creíste que era imposible porque en ese exacto momento comienza a hacerse realidad.

«¡Te amo, te amo, te amo!», le dije con un beso, y unos segundos más tarde, cuando nos separamos, se lo repetí en voz alta y mirándolo a los ojos mientras los chicos se ponían como locos a nuestro alrededor.

—Perdón —me dijo al oído al abrazarme—. Perdón por demostrar todo lo idiota que puedo ser y más. Lo siento muchísimo, es que nunca creí que algo se convertiría en tan importante para mí; siempre pensé que lo más importante en mi vida sería mi carrera, los campeonatos... pero, desde que te conozco, no puedo parar de sentir que no puedo ni podré disfrutar de esto si tú no estás conmigo, si no puedo compartir contigo cada victoria, cada derrota. Quiero ganar este campeonato contigo y sé que será como si ganase un campeonato por primera vez.

De la emoción más tonta y empalagosa, me puse a llorar y me tiré sobre él para besarlo una vez más.

—Eres un idiota —le dije entre besos—. El más idiota de todos los campeones de la Fórmula Uno, pero, aun así, me enamoré de ti, Siroco. —Lo besé una vez más.

—Nico —lo llamó alguien mientras él me miraba con ojos embobados. Entre los dos íbamos a provocarles a los presentes una subida de azúcar, un *shock* diabético. Si es que estábamos de lo más tontos...

Pensar eso hizo que mi sonrisa se ampliase.

Saber que a él lo esperaban en el podio para entregarle el trofeo por el primer lugar ensanchó mi pecho de orgullo y felicidad.

Pedazo de espectáculo estábamos dándole a todo el público.

—Anda, vete, creo que te necesitan en el podio —le dije apartándolo de mí. Él no parecía muy feliz por tener que irse. Mi alma se disparó directa a la estratosfera de tanta felicidad.

Quien lo llamó a continuación fue Toto.

—Anda, Siroco, que Natalia no se irá a ninguna parte. Sube allí a lo más alto y tírale un par de besitos, a la gente le encantará ver eso.

Nico se carcajeó.

—No te alejes demasiado —me susurró en la boca y después tocó mis labios con los suyos.

—Aquí estaré, esperándote.

—Tenemos que hablar.

—Está bien, aquí estaré.

—Y quiero besarte muchas veces más.

—Qué bien —solté riendo.

Nico me besó de nuevo.

—Vamos, campeón, me estás retrasando toda la organización —le dijo el director de la prueba en español, poniéndole una mano en el hombro, sonriéndonos.

—*T'estimo molt, petitona meva*. Esta victoria es para ti.

Sus labios tocaron los míos una última vez.

Sin quitar sus ojos de mí, Nico permitió que se lo llevaran de mi lado.

En cuanto se alejó poco más de un metro, vi a Thiago en la entrada a la zona de acceso a pesaje y al podio, hablando con otro de los pilotos. Imaginé que Haruki ya había entrado a pesaje.

El brasileño, con un brazo, sostenía su casco, pero, al ver que lo miraba, me sonrió y alzó un pulgar en alto en mi dirección.

—Así que eso era lo que tenía que decirte. —Érica rio detrás de mí—. Eso explica la discusión que le oí mantener esta mañana temprano con Mónica. Un poco más y convierte en giratoria la puerta de la autocaravana del campeón —comentó intentando poner cara de nada. Eso de permanecer neutral no le salía muy bien que digamos en ese instante.

—¿Los has visto discutir?

—Sí, y no ha sido la primera vez. Imaginé que algo sucedía; bueno, algo sucede desde hace tiempo, eso es evidente. Esta vez me pareció que no era igual que las otras, porque hoy Mónica no ha pisado el *box* y tampoco la he visto hablar con Nico antes de la carrera. También he sabido que anoche fuiste tú quien lo encontró después de que los chicos le gastasen aquella broma.

—Así es.

—Jamás lo había oído dirigirse a ella así. No creí que el campeón fuese capaz de nada semejante. Nunca le oí decirle a Mónica nada parecido, y menos en público. Nico no es el mismo que antes del comienzo de la temporada.

—Ni yo —admití agradecida.

—Me alegro por vosotros. Además, que quede entre nosotras —se me acercó—: Mónica no me gusta. Bueno, a los chicos tampoco les cae demasiado bien. En fin,

que me hace muy feliz veros juntos. Has provocado un cambio drástico en el campeón.

—Si ha cambiado es porque ha querido.

Érica se encogió ligeramente de hombros.

—Supongo.

Al volver la vista al frente, me encontré con una cámara de televisión justo delante y de pronto me di cuenta... no sé cómo no había pensado en eso antes; allí, al otro lado de la pantalla, podían estar mis padres, mis hermanos, Agustina, el resto de mis amigos, mi familia. Ya podría ir preparándome para lo que se me vendría encima.

De los nervios, sonreí todavía más.

Los mecánicos saludaron a la cámara y gritaron el nombre de Nico y del equipo. Alguien me abrazó y sentí vergüenza, y entonces percibí movimiento en el podio. Nico salió dando saltos, celebrándolo, alzando su puño derecho en alto. Feliz y sonriente, se inclinó sobre la baranda; lo vi buscarme, lo saludé, me encontró y, dando otro espectáculo, comenzó a tirarme besos.

Los chicos a mi alrededor se carcajearon y el cámara, frente a mí, se rio; Érica se hizo eco de las risas también.

Haruki apareció en el podio festejando su segundo puesto a su modo tan japonés. Thiago, bastante más efusivo, salió al sol de España para agradecerle a su equipo haber conseguido el tercer lugar en la carrera, lo que lo mantenía todavía dentro de la disputa por el campeonato. Sin duda, los tres pilotos sobre podio eran los que tenían más oportunidades de aproximarse a la corona ese año, y creo que todos en la categoría lo sabían. Si no habían sorpresas, como un gran salto de calidad de algún equipo distinto, la batalla se centraría en ellos. Con un poco de orgullo, quizá un tanto de egoísmo y, sin duda, con muy poca neutralidad, deseé con todas mis fuerzas que el campeonato quedase en manos de quien minutos atrás me había dicho que, gracias a mí, por fin respiraba.

Nico había batallado toda su vida por conseguir alcanzar sus metas profesionales, que eran su sueño. Mi sueño siempre había sido ser feliz, amar y sentirme amada, y allí estaba mi sueño, convirtiéndose en realidad en las inhalaciones del cinco veces campeón del mundo, Siroco.

«Siroco, Nico Puig, el campeón, mi novio», entoné dentro de mi cabeza. Qué loco e irreal sonaba eso. ¡Qué bien sonaba eso! ¡Excelente!

Nico me tiró otro beso y luego, saltando con las dos piernas, trepó a lo más alto del podio para, allí, elevar su puño hasta lo más alto, una vez más.

El público lo ovacionó, enloquecido.

Le entregaron su trofeo, su botella de *champagne* y entonces, con la ópera *Carmen* sonando de fondo como siempre, Nico nos bañó a todos en *champagne* con la colaboración de Thiago y Haruki. Entre estos dos últimos se encargaron de

empapar a Nico, mientras éste derramaba líquido sobre la cabeza de Toto, quien había subido al podio para recibir su premio en nombre del equipo.

Nico invitó a sus dos compañeros a la cima del podio y desde allí saludaron, mientras, desde abajo, docenas de fotógrafos capturaban el momento.

El expiloto hizo acto de presencia para comenzar la pequeña rueda de prensa que siempre hacían en el podio. Nico contestó la primera pregunta y en seguida coló un agradecimiento en español y después, en catalán, para su público y para mi vergüenza y regocijo de todos, y sin que nadie le preguntase nada, le dedicó esa victoria a su *petitona*, es decir, a mí. La carcajada fue unánime, y yo me puse tan roja como los uniformes del equipo que era emblema de la categoría.

Creo que al expiloto le costó bastante hacer que Nico se concentrara en lo que le preguntaba, pues no hacía otra cosa que mirar en mi dirección y sonreír. Nico, que hasta ese día había sido uno de los pilotos más calculadores, quizá también un tanto fríos, y que siempre estaba completamente concentrado en su trabajo, actuaba como un niño que simplemente estaba pasando un buen momento, uno que no tenía problemas en demostrar su felicidad, en respirar profundo, bien hondo, aceptando todos los riesgos y las oportunidades que la vida tiene para dar.

15. La cocina

—Bueno, eso sí ha sido digno de ver —lanzó Érica en cuanto me di la vuelta después de que Nico entrase en el edificio por detrás *de boxes* para cumplir con el resto de sus obligaciones poscarrera—. Mejor te haces a la idea de que has perdido tu anonimato esta tarde.

Los cámaras y fotógrafos continuaban a nuestro alrededor; se habían acercado a mí un par de veces; preferí ignorarlos. Ellos eran parte de la vida de Nico y yo lo sabía, pero no permitiría que formasen parte, no al menos importante, de mi relación con él. Ésta apenas empezaba y, como en cualquier otro inicio de relación, tenía en mi cabeza otras cosas más urgentes que preocuparme de si mi rostro saldría en alguna revista o en televisión; bien, en realidad todavía pensaba en que existía una posibilidad muy grande de que, tanto mis padres como mis hermanos, hubiesen visto al campeón besarme en televisión.

Imaginé a Tobías llenando mi cuenta de correos electrónicos o incluso llamándome al hotel más tarde para averiguar qué sucedía entre su hermana pequeña y el campeón. Eso me hizo recordar que mi hermano todavía esperaba mantener una charla seria conmigo; llevaba al menos dos semanas pidiéndome que, en cuanto tuviese un poco de tiempo libre, viajase a Inglaterra para reunirme con él. En muchos sentidos, Tobías era muy parecido a Nico; él tenía muy claro lo que quería de la vida y hasta el momento luchaba por conseguir sus metas, así que no podía comprender que yo diese vueltas por ahí, sin ponerme firme para alcanzar las mías. Trabajar para Bravío era una aventura, una estupenda, pero que no veía que me guiase hacia ningún futuro; es decir, yo tenía claro que no quería quedarme con el equipo el resto de mis días, viajando de aquí para allá todo el tiempo.

Hasta hacía un rato todo era muy distinto; pero Nico había entrado en la ecuación y dejarlo a partir de ese momento, alejarme de él... Ni siquiera me atrevía a pensar en lo que sucedería después del final de temporada; si seguiría con Nico, si podríamos continuar con lo nuestro si abandonaba el equipo para poner una bonita, tranquila y cálida pastelería, de preferencia con café, así como con unas pocas mesitas, en algún rincón de una de las muchas ciudades que me gustaban. ¿Sería eso compatible con nosotros, con él, con su carrera o incluso conmigo después de estar con él un par de meses?

Frené en seco todos mis pensamientos allí mismo.

No llegué a contestar nada, por supuesto. Érica debió de suponer que tanto romance había dejado mi cerebro inutilizable. Una porción de éste lo estaba, la más racional, la que usualmente se ponía en guerra con la otra que le deja al corazón hacer de las suyas.

No le presté demasiada atención a la situación, no ensombrecería ese momento con preocupaciones. No es que no las tuviese, tenía mucho de qué hablar con Nico, pero, por encima de todo, me moría de ganas de poder pasar una hora a solas con él para besarlo a gusto, para pegar mi cuerpo al suyo, para hablar con él de todo o de nada sin miedo a que alguien irrumpiese, pillándonos en una situación que pudiese ser tildada de incorrecta.

Ahora que lo nuestro ya estaba aireado, que él había admitido sus sentimientos delante de mí y de millones de espectadores en todo el mundo, no necesitaba preocuparme por eso.

—Ven, tardará un buen rato en salir, con la rueda de prensa y las entrevistas. Mejor vamos preparándolo todo para la hora del pastel de cumpleaños. Tenemos citado a todo el equipo y a los fotógrafos para dentro de una hora.

Los mecánicos y el público empezaron a fluir por la calle de *boxes*, desalojando el vallado. Los mecánicos y los ingenieros tenían mucho trabajo que hacer después de la carrera y mucho del público que pululaba por allí debía de estar invitado a cenas o demás celebraciones que organizaban los equipos, poscarrera también.

—Sí, claro. Además, debería regresar a la cocina para ayudar a Suri.

—¡Eso! —soltó Érica alzando un dedo—. Eso es lo único malo de todo, que no sé cuánto durarás allí.

—¿Qué?

—Tendré que buscar a otro subchef.

—No planeo dejar la cocina.

—Ojalá no lo hagas.

—No dejaré de trabajar, Érica. Además, esto es muy reciente. —Me pudo la risa que me causó la aceptación de que una parte de mí deseaba un largo, muy largo, futuro con Nico, porque si una cosa era innegable era que yo lo quería todo con él, para siempre. Quería saber qué era toda esa medicación; quería acompañarlo en silencio durante sus momentos de concentración antes de las carreras; quería ser a quien recurriese, cansado y preferentemente feliz, después de éstas, fuera cual fuese el resultado. Y una parte de mí, esa parte como mujer que había arrastrado desde la niñez lo poco que los cuentos de hadas podían tener de razonables, deseaba ver correteando por allí a unos niños pequeñitos rubios y con sus mismos ojos azul celeste. ¿Estaría dispuesto Nico a cambiar pañales? ¿Les enseñaría a correr en *karting* a sus hijos? Y así, mis delirios se dispararon en todas direcciones, sobre todo en aquella que lo imaginaba a él con su traje ignífugo de Bravío, con un niño en brazos, quizá caminando por una calle de *boxes* como ésa, enseñandoselo todo.

Mejor que Nico ni supiese todo lo que acaba de imaginar, porque de ser así correría lo más lejos posible de mí, lo más rápido que diesen sus piernas, si es que no podía huir en su Fórmula Uno.

—Bien, ya veremos. Al menos prométeme que te quedarás con Suri hasta el Gran Premio de Mónaco, así no tendré que salir corriendo a buscar a alguien para reemplazarte en menos de dos semanas.

—Érica, ya te he dicho que no pienso abandonar mi trabajo en el equipo. Me gusta lo que hago.

—Ok, te tomo la palabra hasta Montecarlo.

—Pero...

Entramos en el *box* y no pude decir nada más, porque, en cuanto nos encontramos otra vez con el resto del equipo, fue una lluvia de exclamaciones y comentarios con respecto a Nico y a mí, a nuestro beso y a todo lo sucedido frente al podio. Me costó un buen rato poder salir de aquel embrollo, aunque no fue ni de lejos una tortura; todo lo contrario, los noté felices y entusiasmados, y eso me alegró, porque me llevaba genial con todos ellos. Más de uno había dejado entrever que esperaban verme en el *box* de forma continuada y que imaginaban que no perderíamos los buenos momentos de charlas y cervezas compartidas. Disimuladamente descargaron esa realidad omnipresente que todos habíamos vivido: que Mónica tenía poco o nula relación con los componentes de los rangos más bajos del equipo Bravío (de todos los equipos, en realidad) y que eso a los mecánicos no les había sentado del todo bien. Ninguno de los chicos se hubiese atrevido a eructar frente a Mónica después de beberse una cerveza de un trago como podían hacer ante mí. Procuré no hacerme cargo de las diferencias; yo era yo y ella era ella, y, si me ponía a hacer comparaciones entre ambas, en la relación que había tenido ella durante tanto tiempo con Nico y lo que yo empezaba con él...

Otra vez me obligué a dejar de pensar. Reí un poco con ellos y me escapé a la cocina para ultimar los detalles en la tarta de Nico, así como para enfrentar a Suri después de lo sucedido.

—¡Mirad quién está aquí! —estalló Suri en cuanto puse un pie dentro de la cocina—. ¡Domadora de campeones del mundo!

—Ok, Suri, no exageres. —Cerré la puerta. Nico y yo todavía éramos un «gran desconocido». Más allá de lo que quisiese pensar de él, de lo que sintiese por él y de lo que esperase de él al tenerlo cerca, influenciada por mi corazón, lo cierto era que apenas nos conocíamos. ¿Domarlo? Estaba muy lejos de eso y, además, ni siquiera era mi intención.

—Me alegro por vosotros.

—Gracias.

—Imagino que sabrás que esto traerá todo un... —Se interrumpió—. ¿Y Mónica? ¿Ella y él...?

—Supongo que han terminado esta misma mañana. Érica los oyó discutir. Es todo muy reciente y también un tanto incómodo. —No es que Mónica me cayese muy bien; sin embargo, imaginar que había tenido que ver a Nico dar semejante espectáculo a pocas horas de acabar su relación con ella... sentí pena por la periodista. Nico no había manejado la situación demasiado bien, sin duda debería haber sido más discreto y... Por tercera vez frené la dirección en la que se disparaba mi cerebro, porque no quería terminar angustiándome. Lo único real era que necesitaba, con urgencia, tiempo a solas con Nico.

—Tranquila, pasará. Supongo que después de todo no puedes controlar demasiado al campeón, ha hecho lo que quería hacer. Es lo que siempre hace, salirse con la suya.

Suri rio y a mí no me hizo tanta gracia. Para algunas cosas, ser tan decidido y tenaz podía ser admirable, pero para otras cuestiones de la vida... Preferí achacarle ese error a su urgencia de hacerlo público, a su necesidad de gritarle virtualmente al mundo entero lo que sentía por mí. El caso es que a mí me sucedía lo mismo y había sentido que lo ocurrido había resultado una especie de liberación. A veces no te percatas de que lo que tan feliz te hace tenga la capacidad de herir profundamente a otros.

Y bien, sí, Nico se había salido con la suya arrastrándome hasta el *box*; sin embargo, sus gestos, sus palabras y él bien lo valieron.

Suri también expresó su preocupación por mi posible abandono de la cocina y le contesté que no fuese ridículo; es más, le demostré que aquella idea de mí, dejándolo todo sólo porque acababa de empezar algo con Nico, era en extremo desmedida y sin fundamentos. ¿Acaso todos pensaban que yo lo soltaría todo así porque sí?

Para dejar clara mi posición, regresé al trabajo; resultaba agradable continuar teniendo un calendario que cumplir, obligaciones de las que hacerme cargo.

Ansiosa por volver a verlo, regresé a mis quehaceres y a su tarta de cumpleaños.

* * *

Acostumbrada a cargar peso (pues el trabajo en las cocinas no suele ser precisamente liviano), llevé sola el pastel hasta el *box*, con Suri siguiéndome con la bandeja de dulces que había preparado para acompañar la tarta, porque sabía que, en cuanto los mecánicos y el resto del equipo vieran los dulces, enloquecerían, y no quería quedarme corta con la comida a la hora del festejo.

En el *box* nos esperaban un par de botellas de *champagne*, las necesarias para que brindásemos y nada más; al fin y al cabo, todos tendríamos que continuar trabajando después de ese módico ágape. La fiesta de verdad llegaría por la noche, cuando ya todo el trabajo estuviese concluido. El equipo se tomaría un descanso el lunes y el martes volveríamos todos a nuestros menesteres para realizar pruebas ese día y el siguiente. El jueves quedaríamos todos libres otra vez, y el jueves era el cumpleaños

de Nico. Imaginé que tendría planes con su familia; después de todo, ellos vivían allí. Bueno, los familiares que imaginé que tendría fuera del circuito, pues su padre pasaba la mayor parte del tiempo con él, siguiéndolo de carrera en carrera y, cuando no era fin de semana de gran premio, por lo general se quedaba con él en Mónaco, que era donde Nico tenía residencia fija.

Me puse nerviosa imaginando si sus planes me incluirían o no, o si lo harían en algún momento del día. Quería estar con él al menos un rato, para desearle feliz cumpleaños, para pasar un tiempo en el que sólo estuviésemos nosotros dos para hacer, de lo que apenas empezábamos a ser, un poco más, en dirección hacia todo lo que deseaba ser con él.

Érica nos esperaba en la entrada posterior de los *boxes*; en ese instante sólo quedaba uno de los empleados de seguridad que había revisado horas atrás nuestra entrada al final de la carrera. Para entonces, el público ya se había ido y permanecía por allí exclusivamente la gente de los equipos, algunos medios de comunicación invitados especialmente para ser testigos de esa celebración en honor al campeón; supuse que algunos pilotos también debían de rondar por allí, probablemente algunos más cerca que otros. Haruki, Harper y Thiago seguro que se habían quedado para desearle feliz cumpleaños al campeón; los dos primeros, tal vez más por orden del equipo que por voluntad propia, y Thiago, porque jamás se perdería ese momento. Es más, todavía me costaba creer que no hubiese venido a buscarme antes para coserme a preguntas sobre lo sucedido.

—Ya están todos —anunció Érica empujando el molinete para permitirnos pasar; tanto Suri como yo teníamos las manos demasiado ocupadas.

Entramos.

—Prepárate para las cámaras —me advirtió, y noté tensión en su voz. Tensión y prisas—. La gente de relaciones públicas ha tenido que montar un vallado en la calle de *boxes*; por lo general las fotos de equipo se toman allí, a las puertas del *box*. Lo que sucede es que, entre que ha ganado Nico, que el jueves es su cumpleaños y lo que ha pasado antes del podio, están todos frenéticos. Hemos tenido que esconder a Nico. Los periodistas no paraban de gritarle preguntas y todavía es todo excesivamente reciente. Supongo que el campeón no meditó demasiado esto antes de hacerlo.

Me quedé pensando si con «esto» se refería a terminar con Mónica y empezar algo conmigo el mismo día o a la escena que montó frente a la entrada del podio. ¿Sería un poco de ambos?

—Es probable que el personal de relaciones públicas no te permita hablar, al menos por el momento. Sé que han cruzado un par de palabras con Nico; sin embargo, Stella todavía no ha debido de tener tiempo para pasar un comunicado oficial. Sólo te lo comento para que te evites angustias. En cuanto te vean allí con la tarta, enloquecerán.

Tragué en seco.

—No es que haya ninguna orden oficial y ni Dave, ni Nico ni Paul han dado indicaciones al respecto... Te lo digo como amiga; tú no contestes nada, ignóralos.

Nico no es de hablar de su vida privada con los reporteros y la verdad es que no le gustan demasiado. No suele hacer demostraciones públicas; por eso me ha extrañado tanto que hiciese lo que ha hecho contigo al bajar de su automóvil.

Se me formó un nudo en el estómago.

Pensé que no me sorprendería ver a Nico enojado, fastidiado y sintiéndose incómodo y fuera de lugar con todos esos periodistas queriendo saber de nosotros.

De refilón, por encima de mi hombro, vi que Suri me miraba muy serio.

—Hay un par de periodistas de confianza que están acreditados para moverse dentro de nuestro *box*; ya sabes, para tomar fotos más de cerca. Son gente cercana a nosotros, los de siempre, que saben muy bien qué le gusta y qué no le gusta al campeón.

Periodistas... los de siempre... ¿Mónica?

Dimos la vuelta por el corredor y allí estaban todos, alrededor del monoplaza de Nico. Los mecánicos, los ingenieros, Haruki, Harper, Dave, Alfons, César, Paul, el jefe supremo y dueño de la categoría, Thiago, un montón de fotógrafos y Nico.

Por un segundo entré en pánico. Mi idea de celebrar su cumpleaños era estar acurrucada junto a él besándolo, tocándolo, susurrándole cosas al oído, teniendo su perfume en mi nariz y su sabor en mi lengua.

Alcé el pastel. Me dieron ganas de esconderme por completo detrás de éste porque los flashes comenzaron a estallar sobre mi rostro y porque allí, detrás de un par de personas, se encontraba ella.

La mirada de Mónica y la mía se cruzaron. No tenía cara de felicidad; tampoco parecía desear comerme viva y, si lo hacía, lo disimulaba muy bien. Se la veía impecable como siempre, ese día con unos vaqueros que no hacían otra cosa que marcar la delgadez de sus pantorrillas y muslos, unos zapatos de charol color natural, una blusa blanca y una chaqueta sastre color celeste, con su magnífica cabellera al natural y unas enormes gafas de sol sobre la cabeza. Lucía espléndida y yo, como alguien que se había pasado todo el día trabajando dentro de una cocina calurosa: mis ropas seguro que olían a condimentos; mi pelo había pasado por mejores momentos que éste, y, por el cansancio y los nervios por lo sucedido, me dolía todo. A mi favor diré que al menos era yo la que contenía dentro de sí la felicidad única de quien encuentra el amor, y no es que fuese como una chica sin cabeza, dando saltitos románticos entre florecillas sin pensar en nada más; lo que me pasaba con Nico y lo que yo sentía que a él le pasaba conmigo lo valía todo y me daba fuerzas para todo, incluso para enfrentar a Mónica con esas pintas, llegando de la cocina con la tarta de cumpleaños que con todo mi amor le había preparado.

Si a Nico no le molestaba o incomodaba tenerla allí, pues a mí menos.

Di unos pasos más en dirección a Nico y él se percató del detalle en su pastel de cumpleaños.

Cuando me pidieron que le hiciese el pastel, ni se me cruzó por la cabeza hacer algo formal e insípido. Nico ya de por sí era demasiado formal; bueno, quizá ésa no fuese la palabra, más bien estricto, demasiado cuadrulado por todas sus obligaciones, por su incapacidad de escapar de sus responsabilidades, por todas esas metas tan exigentes que se había puesto sin permitirse ser simplemente un hombre joven que pudiese divertirse sin pensar demasiado en el mañana. Desde el primer momento que lo vi, Nico me dio la impresión de ser alguien que jamás se había tomado cinco minutos para ser solamente un ser humano. Él siempre fue y sería el campeón, incluso antes de serlo, incluso después de dejar de serlo; era, ante todo, un profesional, y eso estaba bien, pero no hasta tal extremo. Por eso decidí, desde el primer instante, que no sería la tarta de cumpleaños de un campeón, de un personaje que tenía en sus manos la capacidad de mover millones con su volante, de decidir vidas y de marcar el rumbo de la vida profesional, e incluso personal, de muchos.

Él necesitaba no ser el campeón, no ser Siroco, sino simplemente Nico durante al menos cinco minutos. Por eso le había pedido a una de las chicas de administración, unos días atrás, que me sacara una impresión de un dibujo de Meteoro con su vehículo, el Mach 5. Con *frosting* de colores, le había dado cuerpo a un dibujo de Meteoro con su coche sobre el segundo nivel de bizcocho de la tarta. Básicamente, por fuera era puro *frosting*, y por dentro, chocolate en dos versiones: oscuro en el bizcocho y blanco en la *mousse* que envolvía las frutas.

Agradecía que no hiciese tanto calor, así ni Meteoro ni la tarta se derretirían.

Continué caminando hacia él. Nico se percató de la decoración en su pastel y me sonrió abiertamente. Si los mecánicos babeaban por la tarta y los dulces que cargaba Suri, yo babeaba por el campeón; la felicidad se le notaba en los ojos.

Sonaron las botellas del *champagne* al ser descorchadas. Alguien comenzaba a llenar los vasos de plástico para repartirlo entre los presentes.

Suri dejó la bandeja con *macaroons* y demás pastas sobre la mesa y se me acercó.

Las voces se pusieron de acuerdo para entonar el *Cumpleaños feliz* en inglés. Me fui directo hasta Nico, con Suri detrás de mí; él llevaba el encendedor para prender la vela que Nico debería soplar (tampoco planeaba ahorrarle ese momento tan normal); tendría que soplar la vela y, a ser posible, aguantar un buen tirón de orejas de mi parte. Con tantos fotógrafos y cámaras, con Mónica allí a unos pasos, quizá lo mejor sería que el beso quedase pospuesto para un momento de más intimidad.

—¡Feliz cumpleaños, campeón! —entoné cuando Suri encendió la única vela.

—No puedo creer esto. —Rio—. ¿Meteoro?

Asentí con la cabeza, sin poder dejar de sonreír como una boba; es que él sonreía con el mismo gesto tonto. Estábamos los dos hechos unos estúpidos el uno por el otro.

—No veía muchos dibujos animados de pequeño, pero Meteoro... de más está decir que era mi preferido. No puedo creer que hayas hecho esto. —Nico movió sus manos por debajo de la bandeja que sostenía la tarta, por debajo de mis manos,

mientras todos continuaban cantando. Con sus manos sostuvo las mías, para ayudarme a cargar el peso de la enorme tarta que repartiríamos entre todos, para así compartir un poco de nuestra felicidad, o al menos de la mía. No podría haberme dado más placer hacer eso por Nico.

—Bueno, es tu cumpleaños.

—Sí, pero... —se interrumpió—... ni siquiera de pequeño tuve una tarta así; es más, a veces mi cumpleaños pasaba casi desapercibido a causa de las carreras, los compromisos y la escuela. Nunca nadie hizo nada así por mí —susurró—. Supongo que organizar un cumpleaños así es cosa de madres.

Vi los ojos de Nico llenarse de lágrimas.

—Gracias —susurró con los ojos fijos en mí—. Es estupenda. —Me dedicó una sonrisa todavía más enorme—. Sostenla un momento, debo sacarle una foto; quiero conservar un recuerdo de mi primera tarta de Meteoro antes de que los chicos le caigan encima. —Nico sacó su móvil del bolsillo trasero del pantalón de su uniforme del equipo. Sin dejar de sonreírme, hizo un par de fotos al pastel y, agradeciéndomelo una vez más, lo guardó de nuevo en su sitio.

La vela continuaba consumiéndose; el *Cumpleaños feliz* sonaba por segunda vez, ahora a gritos y con carcajadas entremezcladas.

Espié por encima del hombro de Nico y ya no vi a Mónica, sólo restaban su padre y Dave; ninguno de los dos rebosaba felicidad. Procuré ignorarlos.

—Bien, Nico —alcé el pastel todavía un poco más hasta él—: es momento de que pidas tus tres deseos. Piensa bien y sopla.

Nico se rascó el mentón, su barba comenzaba a asomar.

—Bueno, ¿tres? Seré un privilegiado si se cumplen. Ya soy un privilegiado. Muchas gracias por hacer esto por mí, *petitona meva...* todo esto, ya sabes que no me refiero sólo a la tarta —me dijo muy bajito. Ésa era una conversación entre nosotros y nadie más.

Quise contestarle que lo amaba pero, al menos por el momento, no lo haría delante de los cámaras.

—A por tus tres deseos, campeón —entoné subiendo la tarta hasta él un poco más. Los brazos me temblaban por el esfuerzo.

Nico me miró, sonrió con una de esas sonrisas medio ladeadas y encantadoras, apretó los párpados y sopló. La vela se apagó al instante. Si nos guiábamos por las tradiciones, por las creencias populares que giraban alrededor de apagar las velas de cumpleaños de un solo soplado, todos sus deseos se convertirían en realidad.

Nico abrió los ojos bajo los vítores que le llovían, bajo los gritos de buenos deseos y aplausos, bajo los flashes.

—Bueno, en casa tenemos la costumbre de que, cuando cumples años, después de soplar las velitas, debes darle un mordisco a la tarta —le dije en broma.

—¿Acaso quieres matarlo?! —estalló una voz femenina a mi derecha.

Nico abrió los ojos de par en par.

¡Mónica!

Quedé helada al verla aparecer a mi lado.

Con el rostro rojo de furia, tan desencajado que daba miedo, se movió hacia mí. Vi sus manos colarse por debajo de mis brazos en alto. Comprendí sus planes demasiado tarde. Mónica cogió la bandeja que yo solté debido a la sorpresa. Gruñendo completamente fuera de sí, resbalándose sobre sus altísimos tacones y ante las exclamaciones de asombro de todos los presentes, empujó la tarta de Nico en mi dirección, mejor dicho, sobre mí.

Mi intento de forcejear para evitar el desastre fue demasiado tardío. Solamente atiné a apartar un poco el rostro; ella estaba decidida a hacerme pasar la peor vergüenza de mi vida. Cerré los ojos para sentir el *frosting*, a todo Meteoro y su Mach 5 embarrarse mitad en mi rostro, mitad en mi cuello, por mi cabello y parte de mi pecho. Mónica estaba tan fuera de sí que por poco me ahoga en el bizcocho, la *mousse* y las frutas.

Todo a mi alrededor se hizo silencio, uno aplastante.

—Ahí tienes lo que te mereces —bramó soltando la bandeja que yo, no sé por qué, hice el esfuerzo por sostener antes de que cayese al suelo. La verdad es que no tenía sentido, toda la tarta había quedado arruinada, destrozada.

De cualquier modo, la sostuve con mis antebrazos con el borde contra mi estómago. Sentí un par de trozos desprenderse de mi rostro para caer sobre mis brazos, mi pecho y el suelo.

—Mónica... —jadeó Nico.

—¿Es por esto por lo que has terminado conmigo?

—Natalia... —La voz de Suri sonó apresurada a mi izquierda. Debió de ser él quien me quitó la bandeja de las manos, pues sentí su perfume y su voz; sin embargo, no podía verlo porque no podía abrir los ojos en el estado en el que tenía la cara.

—¿Que muerdas la tarta? —masculló Mónica.

—Ella no tiene ni idea —le contestó Nico.

—Sí, ella no tiene ni idea de nada. ¡No sabe nada de nada! No lo comprende ni lo comprenderá jamás como lo comprendo yo, que te he visto luchar por llegar hasta aquí, por mantenerte en lo más alto.

Pasé ambas manos por mi rostro para quitarme un poco de la crema de encima.

Abrí los ojos y la enfrenté con una mirada.

—Serás su ruina —me escupió a la cara, y entonces no conseguí contenerme, le arrebaté de las manos a Suri la bandeja con lo que quedaba de tarta de cumpleaños y, con todas mis ganas y furia, le devolví el favor embadurnando sus ropas y su cuello.

Nico gritó mi nombre, pero no llegó a evitarlo. Tampoco es que pensara detenerme por él, eso era entre Mónica y yo. Luego él y yo resolveríamos lo nuestro.

Mónica soltó un alarido de incredulidad.

—¡Te mato! —gritó en ese inglés suyo que delataba a la legua su italiano natal, idioma que yo amaba y que por su culpa comenzaba a despreciar con todas mis fuerzas.

Nico se metió entre nosotras, frenándola a ella mientras yo soltaba la bandeja al suelo con un claro objetivo: tener las manos libres para dejarla calva a tirones. Quería comérmela viva, y lo desagradable del asunto era que no era tanto porque hubiese arruinado el pastel o porque hubiese arruinado la celebración o mis ropas, o por dejarme en ese estado, sino por conocer de Nico todo lo que conocía, por todo lo que sabía de él y yo no, por haber vivido con él toda su carrera, por conocerlo probablemente mejor que nadie en el mundo, incluso mejor que su padre.

Sí, tenía claro que no debía sentirme así, que Nico tampoco había vivido conmigo mi vida... Lo que me molestaba más que todo, lo que gritaba dentro de mí terriblemente fuerte y no me gustaba ni un pelo, era sentirme tan poco capacitada para estar al lado de Nico, incluso crearme poco merecedora de acompañarlo y para qué hablar de tener su afecto... si es que yo apenas sabía poco o nada de él; no tenía ni la menor idea de lo que implicaba ser Nico lejos de los circuitos, lejos del mundo de la Fórmula Uno. No sabía para qué eran tantos medicamentos, no tenía idea de qué le había pasado con esos dos ataques que le había visto sufrir. Desconocía si se sentía muy cansando después de las carreras o qué hacía cuando no corría o entrenaba. Yo no tenía ni idea de nada y ella sí.

Así como a ella la frenó Nico, a mí me frenó Suri.

Entonces el silencio se perdió por completo. Hubo gritos. Los flashes de las cámaras sonaron todavía más alto. Entre Nico y Dave se llevaron a Mónica.

Creo que a Suri y a Érica les costó más arrastrarme a mí fuera del *box* que lo que les costó a ellos dos alejar a Mónica lejos de las cámaras y los flashes.

De refilón, fui testigo del festín amarillista que se daban los fotógrafos y los periodistas.

—Calma —le oí decirme a Thiago. No tenía ni idea de dónde había salido, simplemente lo vi aparecer a mi lado cuando llegamos al pasillo que conducía a la salida posterior de los *boxes*. Me tendió una toalla del equipo. Parecía preocupado. Entre Suri y él no paraban de empujarme por la espalda para sacarme de allí.

Estallé. Que se la llevaran a ella lejos de Nico, no a mí de él, ¿o es que ni siquiera ellos, que eran mis amigos, me creían digna de estar a su lado?

Volví a estallar.

—¡Soltadme ya! ¡No me empujéis más! —chillé cuando estábamos a un paso de salir a la intemperie, azotando la toalla como si fuese un látigo—. ¡Ya basta!

Los dos se frenaron. Suri fue quien más lejos se apartó de mí, incluso evitó mirarme. Thiago no; él sólo se distanció un poco, con las manos en alto como pidiendo paz.

—Está bien, está bien, tranquila. Ya te soltamos.

Mirando mal al hombre de seguridad, para que supiese que debía apartarse de mí, pisé firme para salir al exterior.

Eché un vistazo hacia atrás, pensando que Nico debería estar conmigo en ese instante y no con ella.

Di la vuelta y, entre incrédula, cabreada y sorprendida, eché a andar en dirección a la cocina, limpiándome la cara con la toalla.

—¡Natalia!

Thiago ya no me llamaba Duendecillo.

Me sujetó por el codo.

—¿Estás bien?

—¿A ti qué te parece? —le gruñí en respuesta.

—¿Adónde vas?

—No sé. A la cocina. Tengo que limpiarme. ¡Tan sólo mírame! —vociferé sintiendo que todo se escapaba de mí y, entonces sí, las lágrimas salieron de mis ojos.

—No, ven aquí. —Thiago me abrazó—. Mejor te llevo a mi autocaravana.

—No es necesario. —Me limpié las lágrimas y parte de los restos de la tarta con la toalla.

—Sí es necesario.

—Ella tiene razón —lloriqueé. Mónica tenía razón; yo no sabía nada de él, y lo que más pavor me causaba era que Nico no me permitiese saber nada de él, que se mantuviese alejado de mí. ¿Por qué todavía no estaba allí conmigo? Después de todo, Mónica había sido la que había empezado, atacándome en primer lugar.

—No, no le hagas caso. Ven aquí. —Tiró de mí hacia él para guiar nuestros cuerpos hacia la calle a la izquierda—. Si la buscan, estará conmigo en mi autocaravana —le oí avisar a Suri.

—Pero...

Thiago no le permitió objetar nada.

—Tú sólo díselo —insistió con una voz pesada que no le conocía.

No me quedaron ganas de oponer resistencia.

Thiago me llevó consigo en dirección al sector dispuesto para los camiones y autocaravanas del equipo Asa.

Yo anduve, dejando tras de mí un reguero de trozos de tarta y *frosting* de colores.

—No puedo creer que te hiciese esto —murmuró Thiago.

—¿Quién? —pregunté girando la cabeza para mirarlo.

Thiago no me contestó, dirigió la vista al frente.

—Mónica es una desquiciada.

—Eso no es ninguna novedad. —Hizo una pausa—. Nico no debería haber hecho eso frente a todas las cámaras —añadió apresurando el paso—. Fue una estupidez.

—Fue romántico y la verdad es que... —Lo miré; estaba demasiado serio. A decir verdad, yo creía que estaría contento de que Nico y yo estuviésemos juntos—. ¿Qué pasa?, ¿te molesta que nosotros...? —Plantándome sobre mis pies, lo obligué a detenerse.

—No, no me molesta. —Suspiró—. Es el modo en que lo ha hecho. No debió comportarse así. Él jamás hace este tipo de cosas.

—Sí, todos no hacéis más que repetir eso.

Thiago me sujetó por los hombros una vez más, alentándome a seguir caminando.

—Entiende que no debió hacerlo. No era el modo. Aún menos si había roto con Mónica esa misma mañana. Imagínatela a ella viéndolo todo...

La imaginé.

—Sí, lo sé, es que...

—Últimamente me cuesta mucho entender las cosas que hace Nico.

—¿A qué te refieres?

—A que está descontrolado con todo el asunto del campeonato. Descontrolado con todo. Se ha puesto demasiada presión sobre los hombros y a su alrededor no han hecho otra cosa que echarle encima todavía más presión. El campeón no piensa con claridad.

—¿Estás insinuando que no lo pensó al terminar con Mónica y empezar conmigo?

Thiago guardó silencio.

—¿Thiago?! —chillé.

—No es por ti, Duendecillo. El campeón es difícil, es eso. Todo lo que lo rodea es complicado, y no me gusta que te zambulla en su mundo sin avisarte antes para que, al menos, tomes una buena bocanada de aire.

—¿Qué dices?

—Que así como deseaba que fueses su amiga porque lo quiero, porque es mi hermano y quiero lo mejor para él, también te protegeré a ti si es preciso... y lo de hoy, ante el podio, esto de la tarta y él lejos de aquí en este instante, no me gusta.

—Si has sido tú quien me ha apartado de allí —jadeé desconcertada.

—Le daremos el beneficio de la duda. Si no está aquí en un par de minutos, va a saber lo que es bueno. De todas formas, nada de esto ha estado bien. Si quería algo contigo, debería haberlo hecho bien, no así, no cuando hasta anoche todavía seguía con Mónica, no cuando ella estaba acreditada al *box* para cubrir de primera mano toda esa pantomima del cumpleaños.

Nunca había visto a Thiago así de genuinamente enojado. Las diferencias entre su expresión de aquel momento y la mueca habitual en su rostro, y en la alegría que desprendía a todas horas, eran muy sutiles para quien no lo conociera; a mí no me pasaron desapercibidas. La verdad es que su reacción me pareció exagerada. No dije nada; no quería pensar y ni siquiera saber si había otros motivos además de los que acababa de exponerme en voz alta.

Thiago tiró de la puerta de su autocaravana y me hizo pasar.

Creo que por poco hace la puerta giratoria al cerrarla.

Era la primera vez que entraba en su casa rodante. Habíamos conversado alguna que otra vez en las escalinatas o junto a la puerta; sin embargo, nunca habíamos estado allí solos y yo jamás me había tomado más de unos pocos segundos en procesar el interior de ese lugar que tan diferente era al de Nico.

El mobiliario y los revestimientos eran oscuros, negros o casi negros: la madera de la mesa, la del espacio de almacenaje... Lo único claro eran las modernas cortinas de enrollar.

—Ven, pasa al baño, necesitas asearte. —Me arrebató la toalla de Bravío de las manos—. Te buscaré una camiseta limpia.

Thiago guió mis pasos hasta la puerta del baño. Lo miré antes de entrar y él esquivó mis ojos.

—¿Thiago?

—¿Qué? —me preguntó todavía evitando mirarme a la cara.

—¿Qué es lo que te molesta?

—No eres tú, eso tenlo claro. Anda, entra; puedes darte una ducha, si quieres. Iré a buscarte ropa limpia, tengo allí unas camisetas nuevas del equipo y creo que también alguna chaqueta.

—Con quitarme los restos de la cara, el cuello y el cabello estaré bien. Me daré una ducha después en el hotel; en este momento lo que necesito es hablar con él.

—Si no está aquí en un par de minutos, iré yo mismo a buscarlo y lo traeré aquí por los pelos.

—Preferiría que viniese por sus propios medios.

—Como sea, tendrá que venir para aclarar esto.

—Thiago... —Apostaba mi trabajo a que se contenía de decirme algo y eso me ponía sumamente nerviosa.

—Entra ya. Voy a por ropa.

No me permitió insistir. Entré en el baño y cerré la puerta para mirarme a continuación en el espejo. Tenía la cara manchada de azul, blanco, amarillo y rojo, igual que el cabello y las ropas con el logo de Bravío.

Se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez, al ver mi reflejo.

Procurando no ensuciar todo el baño de Thiago, me quité el abrigo y la camiseta de Bravío, haciéndolos un ovillo para no soltar por allí trozos de la tarta de cumpleaños, de la crema que había sido Meteoro.

Meteoro...

Bajé la vista y abrí el grifo para lavarme un poco.

Unos minutos después, Thiago tocó a la puerta para pasarme prendas limpias.

16. Una parte de mí

Inspiré hondo una última vez, procurando darme valor para salir del baño. ¿Por qué Nico todavía no estaba allí? ¿Por qué me había dejado así?

Abrí la puerta. Desde el corredor vi a Thiago alzar la cabeza en mi dirección desde la pantalla de su móvil. Llamaron a la puerta de su autocaravana en ese exacto momento.

Cerré la puerta del baño detrás de mí y Thiago fue a atender la de la entrada.

—Soy Nico, abre —contestó el campeón cuando el brasileño preguntó quién era.

Éste me echó una mirada como consultándome si debía permitirle entrar; asentí con la cabeza, tironeando de la holgada camiseta del equipo Asa por debajo de la chaqueta que también llevaba el nombre y los colores de ese equipo. Intenté acomodarme debajo de esas prendas que no eran mías. En realidad la incomodidad no partía de lo físico; lo físico era un síntoma de lo que cargaba dentro, de lo que estimaba que se curaría al verlo a él llegar. Pese a mis previsiones, su llegada no tuvo el efecto de un bálsamo reparador; todo lo contrario, los nervios clavaron sus afilados dientes en mi yugular.

Thiago abrió la puerta.

Nico me miró directamente a los ojos.

—Aquí estás... —entonó en un jadeo. Giró la cabeza para detectar la presencia de Thiago—. ¿Qué haces con esas ropas?

El carioca cerró la puerta detrás de él. Ahora sí que no ocultaba su mala cara.

—¿Es eso lo primero que se te ocurre preguntarme?

Nico se llevó una mano a la frente y caminó hasta mí.

—No, lo siento. ¿Estás bien? —Cogiéndome por la cintura, plantó un beso en mi mejilla.

No contesté con palabras, simplemente lo miré. Creo que entendió que no. Soltó mi cintura y se apartó de mí un paso.

—Creí que irías a la cocina.

—Tenía que cambiarse. Imagino que viste el estado en el que la dejó Mónica. — Thiago se plantó más cerca de nosotros, cruzándose de brazos.

—Sí, ella también estaba toda sucia de tarta.

—¿Y por eso te fuiste con ella?

—No, no me fui con ella. Es que tenía que apartarla de ti. Además... es todo muy reciente.

—¿Has visto lo que me ha hecho?

—Sí, lo he visto.

—Me ha atacado. Ha destrozado tu tarta de cumpleaños y me ha dejado en ridículo, y tú te has ido con ella.

—Bueno, no ha sido exactamente así —articuló en un tono que sonó muy a la defensiva. Después de todo, estaba atacándolo; comenzaba a enfurecerme con él.

—Esa mujer está loca.

—Esa mujer era mi novia hasta esta mañana. Teníamos planes para contraer matrimonio, crecimos juntos tanto personal como profesionalmente.

—Ya, y por eso te has ido con ella y no conmigo.

—Aquí estoy ahora, Natalia. Tenía que aclarar las cosas con Mónica. No puedes culparla.

—Ella tiene la culpa por el desastre de la tarta, pero tú la tienes por irte con ella.

—Simplemente intentaba arreglar el desaguisado que he montado. No es culpa suya, lo es mía —soltó alzando la voz.

—Y por fin lo admites —le grité en respuesta.

—Eso hago. Es que te pones como una loca y no comprendes cómo son las cosas; cualquiera diría que no lo quieres entender.

—¿Entender? —chillé; ya estábamos los dos hablando a gritos—. Si es que contigo, más que nada, debo adivinar. ¡Yo qué sé qué te pasa por la cabeza o qué tienes! ¡O por qué esa mujer dice que te quiero matar!

—Cualquiera diría que quieres hacerlo de un disgusto. No necesitabas estamparle la tarta encima.

—¡Ella me lo hizo a mí primero! —bramé frenética.

—¿¿Y qué? ¿Eres una niña de cinco años que tiene que copiar las tonterías que hacen otras?!

—Eres un imbécil —troné.

—Y tú eres incapaz de ubicarte —aulló él.

—¡Ubicarme, ¿dónde, si no tengo ni la más puta idea de dónde estoy situada contigo?!

Nico abrió la boca para gritarme algo en respuesta, pero no llegó a hacerlo porque Thiago se interpuso entre nosotros.

—Alto, alto, alto. Calma los dos. Por favor, parad de gritar, que éste no es el modo de solucionar las cosas. Estáis ambos demasiado alterados.

—Culpa de tu amigo, que es un idiota.

Nico se apartó un poco. Me miró mal.

—No deberías llevar esas ropas —murmuró por lo bajo para apartarse en dirección al sector de la cocina.

—¿Hubieses preferido que me quedase toda embadurnada de esa maldita tarta que hice para ti y que tu exnovia me estampó en la cara? ¿En esa puta tarta que es probable que tú ni te hubieses molestado en probar? No sé ni para qué mierda la hice —le grité mientras él se servía agua en un vaso que acababa de sacar de uno de los muebles. Evidentemente sabía dónde estaba todo allí.

—¡Deja de gritarme!

—Si no quieres que te grite, habla: dime lo que tengo que saber, si es que quieres que sepa algo. —Tragué saliva—. ¿O es que ya te has arrepentido?

—Arrepentirme, ¿de qué?

—¿Te has arreglado con ella?

—¿Arreglarme? Natalia, no puedo extirpar a Mónica de mi vida, ella es una parte de mí. No es tan sencillo como te puede parecer desde donde tú estás. No quiero perderla.

—Perfecto, entonces vuelves con ella.

—¡Pero ¿qué pasa contigo?! —me chilló, y todo mi mal carácter subió por mi garganta.

—¡Tú eres lo que me pasa!

—Eh, Duendecillo, calma. —Thiago llegó a mí para sujetarme por los hombros y apartarme un poco de Nico—. Deberíais calmaros los dos, por favor. Campeón, no ayudas, de verdad.

—Ni tú —le contestó Nico—. No deberías haberle dado esas ropas, ni debería estar aquí contigo. Todos se enterarán de esto.

—A ver, campeón: si querías evitar dar un espectáculo, podrías haber evitado lo de la llegada y podrías haber hecho algo para intentar evitar lo que sucedió en el *box* hace un rato. No me culpes por traerla aquí para intentar ayudarla.

Nico se agarró del borde de la encimera y, contra ésta, se apoyó de espaldas.

—Creo que vosotros dos tenéis mucho de qué hablar, y confío en que sabréis hacerlo en paz y sin mataros.

Nico lo miró con cara de odio.

—Ahórrate eso, campeón. —Thiago le tiró un falso golpe—. En fin, lo hecho, hecho está. Ahora que, si pretendéis sacar algo bueno de esto, os sugiero a ambos que os digáis todo lo que debéis deciros.

—No tengo mucho que decir —gruñí.

—Natalia, por favor —me pidió Thiago—. Es cierto, es probable que quien más explicaciones tenga para dar sea Nico, pero no se lo compliques, que el hombre es un idiota y esto le cuesta.

—¡Ehhh! —se quejó Nico.

—Os dejaré solos. Por favor, no os matéis. Nico, es hora de que le cuentes la verdad.

A Nico se le cayeron los hombros.

Thiago recogió su abrigo, nos echó una última mirada a ambos y salió de la autocaravana.

Nico y yo nos observamos. Él bajó la vista al suelo; de pronto lo noté débil, quizá no necesariamente en lo físico, tal vez sólo cansado a nivel mental.

Bebió un sorbo más de agua y acudió a sentarse frente a mí, al otro lado de la mesa. Me dedicó un par de parpadeos que parecieron aflojar sus facciones. Yo también intenté controlar mis impulsos, mis ganas de sacudirlo.

—Los siento, es que me sentí culpable. Mónica estaba completamente fuera de sí y soy responsable de eso. La conozco, jamás habría hecho una cosa semejante en su sano juicio. Todo esto es culpa mía.

Lo miré en silencio, permitiéndole seguir.

—La puse en ridículo.

—Y ella me puso en ridículo a mí.

—Tendría que haberse vengado conmigo. Me ha confesado que lo ha hecho porque todavía quiere que volvamos a estar juntos; quiere que sigamos adelante con nuestra relación y con nuestros planes. Todavía me ama.

—Y tú, ¿la amas?

Mirándome directamente a los ojos, negó con la cabeza.

—Pero, de todos modos, como ya te he dicho, es una parte de mí. No quiero reñir con ella, no quiero que quedemos enemistados. Ha soportado de mí lo indecible, ha estado conmigo en todo momento, en los peores momentos —acotó—. Mónica fue y es uno de los pilares de mi vida, junto con mi padre, y no puedo borrarla de mi existencia de un plumazo. Le debo todo mi respeto y hoy se lo falté a lo grande. Ella no se merecía nada de lo que ha sucedido hoy.

—Imagino que, para ella, toda la culpa de lo ocurrido es mía, por eso me ha hecho esto.

—Está equivocada, la culpa es mía. Yo lo he enredado todo a más no poder. Ella te ha acusado de querer matarme con la tarta... y tú no sabes nada.

—¿Qué es lo que tengo que saber, Nico?

Lo vi coger una profunda bocanada de aire.

—Tengo que admitir que no iba a comer ni un pedazo de la tarta que preparaste para mí. —Nico se pasó ambas manos por el pelo, hasta enredar sus dedos detrás de su nuca—. No porque no quisiera. El pastel tenía una pinta estupenda, estaba genial y, como te he dicho, nunca antes nadie había hecho algo así por mí. Es caso es que sufro de diabetes desde que tengo ocho años. Soy insulino dependiente. La diabetes es mi problema base, lo que desencadenó y desencadena muchos de mis problemas de salud; por eso sólo como lo que está en mi dieta y por eso no pruebo tus dulces.

La autocaravana quedó en silencio. Mi silencio duró un par de segundos, mientras me quedaba observándolo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Nico? Es una tontería que me lo ocultases. Tampoco es que... —No pude evitar empezar a preocuparme todavía más por él—. Bueno, hay mucha gente que sufre de esta enfermedad. Debiste contármelo.

—No me interesa ir por la vida compartiendo mis males a diestra y siniestra.

—Bueno, esperaba que, con todo, creyeses que era importante decírmelo a mí.

—No lo cuento porque la mayoría de la gente que lo sabe siempre ha creído que, por mi diabetes, no debería competir. Es más, cuando era pequeño, en cuanto descubrieron mi enfermedad, lo primero que hicieron fue recomendarme que parase de correr de inmediato. He tenido que sortear infinidad de burocracia y una enorme cantidad de estupideces de parte de gente que me cree poco menos que un lisiado por estar enfermo. Es más, todavía hoy muchas personas en la categoría que creen que debería abandonar, o que no deberían permitirme correr. Piensan que soy una bomba de relojería y que mi salud podría perjudicar al resto de los pilotos si algo me sucede en la pista.

—¿Y no es más peligroso para ti que para ellos? Por si te lastimas o algo así, digo.

Nico alzó una mano, apuntándome.

—Por eso mismo es por lo que no voy por ahí contándolo —exclamó.

—Por eso, ¿qué?

—Por tu cara de lástima.

—No es cara de lástima, Nico. Es de preocupación. Acabo de enterarme de esto. Vi todos esos medicamentos en la nevera de tu autocaravana y no tenía ni idea de para qué eran... Esos dos ataques que te dieron...

—Es que estoy bajo mucho estrés y eso hace que surjan otros problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Todavía no estamos seguros, me han practicado distintos exámenes. Es probable que sólo sea estrés, he estado bajo mucha presión últimamente. Demasiado nervioso... —Se detuvo y me miró.

—Estaba muerta de preocupación por ti. Debiste decirme lo de los dulces, yo creía que simplemente me despreciabas.

—No digas tonterías. Es que no quiero que te preocupes por mí.

—¿Acaso Mónica no se preocupaba por ti?

—Ella aprendió a convivir con mi enfermedad y mis males. Siempre, o al menos siempre que podía, me acompañaba a ver a mis doctores. Está al corriente de mis medicamentos y sus dosis mejor que yo. Jamás necesitó una agenda para recordar con cuál o tal médico tenía cita. Muchas, quizá demasiadas veces, hizo de enfermera. Por mi culpa ha pasado excesivos malos momentos, demasiadas carreras hacia el servicio de Urgencias del hospital, y muchas horas en éstos.

Y yo apenas empezaba a enterarme de todo eso... Nico estaba tan sólo al otro lado de esa pequeña mesa en una moderna autocaravana, pero en realidad nos separaba mucho más que la distancia.

—Tampoco te conté nada de esto porque primero tenía que estar seguro. Tengo que cuidarme. Muchos están al acecho, deseosos de verme caer; esperan a que tenga un ataque, un mal momento, para ver si pueden captarlo en una fotografía para luego venderla por un par de miles.

—No tenía intención de hacer nada semejante. Yo sólo te amo y me hubiese gustado saberlo para no sentirme ahora tan idiota, tan fuera de tu vida.

—No estás fuera de mi vida.

—Me siento inútil —dije retrayendo mis brazos hasta mi abdomen—. La otra noche, cuando te descompusiste, ni siquiera sabía qué hacer.

—¿Cómo podías saberlo si no tenías ni idea?

—Podría haberte sucedido algo malo y yo... —mis ojos se llenaron de lágrimas. Y tanto que me había disgustado porque despreciaba mis dulces... yo solamente... — Y para colmo de males, había pensado en eso del estúpido *shock* diabético cuando tuvimos ese momento tan romántico debajo del podio.

Nico se levantó de su sitio y rodeó la mesa para sentarse a mi lado.

—Escucha... —entonó rodeándome con uno de sus brazos. ¿Habría notado que mis ojos hacían agua porque sentía que, al igual que un bote agujerado, me hundía a su lado? Ni siquiera tenía idea de cómo cuidar de él y, queriendo tanto a una persona, sentirse completamente incapacitada para cuidar de ésta no es el mejor sentimiento que se pueda experimentar—: nada de esto es culpa tuya. No tenías forma de saberlo y me alegra que no lo supieras; mucha de la gente que lo sabe es porque ha buscado en los lugares indebidos, a mis espaldas. El resto de los que lo saben son personas a las que aprecio y confío.

—¿No has confiado en mí hasta ahora? —le pregunté, y una primera lágrima se me escapó.

Nico soltó un suspiro.

—No es por eso. Necesitaba estar seguro, y no suelo dejar entrar gente nueva en mi círculo. Nada de esto es fácil para mí. No resulta fácil convivir con esta parte de mí, te lo aseguro. Mi vida es infinitamente más complicada de lo que tú imaginas y la verdad es que no me gusta complicar la vida de las personas innecesariamente. Complico bastante la de mi padre, y compliqué lo indecible la de Mónica.

—Yo te quiero, eso implica complicarse la vida... tengas diabetes o no.

Nico me sonrió. Su mano derecha tocó mis mejillas, allí por donde corrían lágrimas.

—Tenía la esperanza de que te olvidases de mí; ya de por sí la vida de los pilotos no es sencilla... bueno, no lo es para los que rodean al piloto. Yo amo esto y es perfecto para mí, y estoy acostumbrado a no parar y a acarrear conmigo todos mis males.

—No son males, son parte de ti.

—La otra noche te asustaste.

—Porque no tenía ni la menor idea de qué te sucedía. Todavía no me has explicado qué te pasó. Para ser sincera, lo peor de todo fue que me pidieses que me fuera, no el no saber qué hacer. ¿No confías en mí para cuidar de ti?

—No, no es eso, es que no quiero a otra persona en mi vida para cuidar de mí, Natalia. Estoy harto de eso. Quiero tener a alguien conmigo que no se preocupe por mí, quiero a alguien que esté conmigo y ya.

—Pero yo no puedo estar contigo sin preocuparme por ti «y ya», como dices tú. El caso es que me preocupo por ti todo el tiempo. ¿Tú no te preocupas por mí?

—Continuamente, desde la primera vez que te vi; por eso llevo cuidando de ti, en la medida de lo posible, desde entonces; por eso quería evitar que llegásemos a esto, porque no quiero verte preocupada. Además, no es el mismo tipo de preocupación. No me gusta que me mires como haces ahora, como si yo fuese de cristal, a punto de romperme.

—Es que todos esos medicamentos... —Tenía miedo, pero no pensaba admitirlo en voz alta; no pensaba confesárselo, menos cuando me había expuesto lo que necesitaba de la persona que estuviese a su lado.

—No necesito otra enfermera, Natalia.

—Tampoco puedes esperar que acepte quedarme en la ignorancia como si nada sucediese. No soy tan cabeza hueca; quiero saber qué tienes y cómo puedo ayudarte en caso de que lo necesites.

—Para eso están Dave, mi padre, mis médicos y mi preparador físico, César.

—No quiero que me dejes al margen de esa parte de ti. Es ridículo.

—Quiero que me quieras a mí, no a la parte débil de mí.

—Eso que acabas de decir es absolutamente estúpido, tú eres un todo. No puedes extirpar parte de lo que te sucede y separarlo de ti. Seguro que no lo haces el resto de tu día cuando no estás conmigo, y no quiero conformarme con media hora en la que finjas ser sólo una parte de lo que eres. No es una buena base para ningún tipo de relación, Nico. Y si lo que esperas es que esto sea algo ligero, que yo no me preocupe por nada y que pretenda que nada sucede, has ido a dar con la persona equivocada.

—No quiero que la pena se mezcle con tu amor; he tenido demasiado de eso.

—¿Pena? Campeón, todavía estoy enfadada contigo por irte con Mónica en vez de seguirme a mí. No es pena, todavía tengo ganas de matarte. Solamente estoy pidiéndote que me dejes ver también lo malo. No me enamoré del campeón, Nico, me enamoré de todo lo que eres, incluso sin saber nada sobre tu enfermedad o del resto de los males que te aquejan. —Meneé la cabeza, negando—. No quiero una ilusión.

Nico acercó su rostro al mío.

—Además, no eres exactamente un príncipe azul, ni mucho menos un héroe. Ni siquiera te pareces a Meteoro. Meteoro era bastante más valiente, más justo. Tú a veces eres un poco egoísta, malcriado e idiota... —le sonreí mientras me limpiaba las lágrimas que no paraban de caer—... muy idiota. El más estúpido de todos los campeones.

—¿Ah, sí? —Sonrió sobre mis labios, pero sin tocarme.

Asentí con la cabeza.

—Necesito saber qué sucede contigo. No me dejes fuera, Nico.

—¿Por qué quieres complicarte la vida así?

—Me gustan los retos. —Toqué sus labios con los míos—. Y me gustan tus besos.

—¿Sí?

—Ajá.

—A mí también me gustan mucho tus besos —dijo besándome con suavidad. Se apartó un poco para respirar sobre mi piel—. Hueles a la tarta y por Dios que hueles muy bien. —Sus labios saborearon los míos una vez más—. Esto es mejor que cualquier dulce, y tú eres mucho más tentadora que cualquiera de tus pasteles o tus *macaroons*.

—¿Tanto?

—Bueno, quizá no tanto. ¿Sabes...?, cuando me descubrieron la diabetes, mi padre se asustó mucho; él me cuidaba como si fuese de cristal, no paraba de repetir que era lo único que le quedaba de mi madre y que me protegería con su vida. Al principio era muy paranoico con todo, hasta el punto de no permitirme ir a cumpleaños por miedo a que tuviera tentaciones y comiese cosas que no debía. Como niño no fue sencillo contenerme de probar tantas comidas y bebidas prohibidas.

Tampoco resultó fácil aprender a reconocer las señales que mi cuerpo me mandaba con las subidas y bajadas de azúcar. Tuve que aprender a medirme su nivel, a inyectarme insulina cuando la necesitaba, a saber que debía estar pendiente de mi salud.

—Por eso no ibas a cumpleaños —susurré, medio atontada por su boca. Tarde me di cuenta de que no debí mencionarlo.

—Sí, imagino que has oído las cosas que dicen de mi padre por ahí. También nos culpan de ser muy cerrados, de ser prácticamente un clan. Eso se debe a que todos los que están a mi alrededor me cuidan, me protegen; quizá más de lo que debieran, y a mí no me gusta que la gente se meta en mi intimidad. Mi enfermedad y mis batallas son mías. No me interesa que todo el mundo se entere de cuánto debo cuidarme o esforzarme por continuar aquí. No quiero ser el «pobrecito enfermo» de la categoría; quiero ser el campeón de la categoría y punto. Quiero ser ese campeón y estar contigo.

Colgué una de mis manos de su cuello.

—Y lo eres. Tan sólo prométeme que también podremos ser todo lo demás.

Nico me miró a los ojos.

—Si tú me prometes que continuarás enojándote conmigo, gritándome, y que me harás otra tarta de Meteoro —entonó con una sonrisa seductora en los labios.

—¿Otra tarta de Meteoro? ¿Para qué?

Nico pasó sus labios por mi mejilla. Su lengua me tocó, haciéndome cosquillas.

—No debiste lavarte.

Me carcajeé.

—No puedes comer dulces.

—Puedo comerte a ti —replicó forzando una mueca seria, que no le duró ni medio segundo en la cara. Nico pegó una risotada y volvió a besarme; esta vez, con todas las ganas, con todo su cuerpo, porque hay besos... y los besos con la persona a la que amas. Si es que, incluso apartando sus labios de los míos, continuaba besándome.

Acariciándome con sus labios, llegó hasta mi cuello.

—Deberías ir a cambiarte, y deberíamos largarnos de aquí.

—No veo por qué —balbucí apartando la cabeza para permitirle libre acceso a mi cuello.

—Estas ropas, además de tener olor a nuevo, huelen como Thiago, y eso es muy extraño.

Sus labios le sacaban llamaradas a mi piel.

—Y estamos en su autocaravana. Podría regresar en cualquier momento.

—Llamará antes de entrar —susurré poniendo una de mis manos sobre la suya en mi muslo; deseaba que continuase tocándome, no quería volver a permitir que se alejase de mí. Apartar el aroma de su piel, así, con el sudor seco y todo, y esa mezcla de olores entre su perfume y lo que se le pegaba a las ropas y al cabello después de correr, era como si me quitasen el oxígeno.

El campeón que quería ser perfecto. Si él comprendiese lo perfecto que ya era porque era simplemente él... Cuánto que gustaría hacerle entender que no necesitaba ser nada más de lo que ya era para ser único, para dejar una marca en el mundo o incluso en el universo.

Hizo el amago de apartarse de mí; para evitarlo, atraje su boca hasta la mía. Me besó y luego tocó con su rostro el mío, soltando un largo suspiro; si estaba agotado, ésa era la única señal que daba. Abrí los ojos para encontrarme con los suyos cerrados, con los párpados relajados. Nico inspiró sobre mí.

—Podría quedarme aquí toda la vida —me dijo en voz muy baja.

—No te creo —le contesté en el mismo tono—. ¿Dejarías de competir?

Sin despegar los párpados, contestó con una tímida sonrisa.

—Ya me parecía a mí que no, y ni falta que hace. Correr es lo que te hace feliz; mientras así continúe siendo, a mí me hará feliz que lo hagas.

—Para muchas cosas me gustaría tener tu tranquilidad, tu paz. ¿Cómo es que te resulta tan sencillo aceptar todo lo que se cruza por tu camino?

Su comentario me hizo reír.

—¿Y quién te ha dicho que sea así?

Nico abrió los ojos.

—Salvo cuando estás conmigo o cuando alguien te hace enojar, pareces una laguna en calma. ¿Es solamente la superficie?

Le di un rápido beso.

—¿Será que hay locura por debajo?

—Por suerte siempre hay un poco. Yo sólo intento ser feliz, Nico. Incluso cuando no todo sale como quiero, cuando las cosas no son perfectas, cuando no soy del todo dichosa.

—Desearía ser un poco como tú. ¿Se me pegará por osmosis? —preguntó juguetón, besando mi mejilla.

—No sé. —Reí—. Podríamos llevar a cabo un experimento. A ver si, estando tu piel pegada a la mía durante largos períodos, absorbe un poco de mí.

—Suená bien. —Su nariz rozó la mía, sus labios atraparon mi labio superior—. Creo que necesitaremos más contacto de piel que éste.

Reí entre sus labios.

—Estamos de acuerdo en eso. Mucho más contacto, para asegurarnos de la efectividad del experimento.

—Mucho más contacto y por mucho más tiempo —susurró—. ¿Qué te parece si lo intentamos esta semana? Podríamos hacer un primer intento si te quedas aquí en España conmigo después de las pruebas. Con mi padre, teníamos planeado permanecer aquí unos días, en nuestro pueblo, para hacer una pequeña celebración familiar por mi cumpleaños. El plan inicial era quedarnos en Barcelona, pero no quiero todo ese ruido, no quiero salir a cenar el día de mi cumpleaños y tener en la puerta del restaurante una horda de periodistas esperando para rematarme con sus flashes. Anhelo y necesito un poco de tranquilidad. —Me miró a los ojos—. Por eso te quiero aquí.

—¿Para tener paz?

—Para tenerlo todo. Quiero tenerlo todo.

—Es tan difícil tenerlo todo —murmuré sobre sus labios.

—Lo intentaremos. ¿Qué me dices, te quedas conmigo? Sé que quizá creas que es un poco pronto para conocer a mi familia, pero me encantaría que mi padre te conociera, que mis abuelos te conocieran, y que vieses dónde crecí, donde di mis primeros pasos. Te lo advierto, no es mucho... no es más que campo, verde, pajaritos, animales de granja y esas cosas. Allí no hay lujos ni demasiado que hacer. Hay mucha tierra, interminables horas de siesta, lo cual siempre he aborrecido... Allí parecen insistir en sentarse a ver las horas pasar, algo que siempre me puso de muy mal humor y quizá...

—Chis... —Tapé sus labios con los míos; comenzaba a subir el tono y a cambiarlo por otro de nuevo mucho más tenso, rayando la alteración, como si comenzase a molestarse, a pelear contra aquello que no estaba allí—. Tranquilo. Estará bien lo que sea si estoy contigo; tú eres mi lujo y... no tenemos que dormir la siesta, pero admito que me encantaría pasar una tarde entera acostada contigo. —Le dediqué una mirada pícaro.

Me besó.

—Será un placer ir y ver todo lo que quieras enseñarme, conocer a todos los que quieras presentarme. No podría sentirme más feliz de que me lo pidas —añadí alzando la vista otra vez desde sus labios hasta sus ojos; sus manos no dejaban de requisar mi cuerpo, como si pretendiesen aprenderse cada curva, igual que si yo fuese un circuito. En este instante amé la profesionalidad de Nico. Mis manos hacían lo mismo con su cuerpo; lo mío era como si estuviese ciega y recorriese aquel terreno sin ver, solamente sintiendo, en vez de con un bastón blanco, con todo mi cuerpo. Si pisaba el acelerador en ese momento, me subiría a todos los cordones, desbordaría la pista por todas partes y lo más probable sería que acabase chocando contra una contención antes de completar la primera vuelta.

—Prometo que hablaré con Érica para ver si puedo tomarme unos días esta semana.

—Te los darán —soltó altivo.

—Bien, hablaré con ella. No creo que me necesiten; todo el equipo se tomará unos días de descanso.

—Y aunque no los tuviesen...

—A ver, señor campeón, que no es preciso que usted se meta. Yo lo arreglaré.

Nico tapó mi boca con un beso.

—Sigue siendo mi trabajo —le dije apartándolo de mí.

—¿Acaso no quieres pasar unos días conmigo? —preguntó pasando su boca a lo largo de la mía, inspirando como si quisiese robarme mi espíritu, mi voluntad.

Pegué los labios para tragar en seco. No le costaría mucho robarme mi voluntad; unos segundos más de eso y sería una victoria para él.

—Claro que quiero, pero también quiero hacer las cosas bien. Tú tienes tus responsabilidades y yo, las mías.

—Si podemos disfrutar de los beneficios de los que me proveen las mías, tanto mejor, ¿no crees?

—Por lo pronto me dejarás a mí resolver esto.

—Es un asunto resuelto, nos quedaremos aquí, te quedarás conmigo; me haré cargo de todo y después viajaremos juntos a Mónaco para la carrera. Además, tengo mi hogar allí, no necesitas quedarte en un hotel. Mi apartamento es mucho más confortable que cualquier hotel, y ahora que te tengo conmigo —sus manos se prendieron de mis caderas—, no sueñes con que te dejaré ir.

—Vamos con calma.

Su boca azotó la mía y una de sus manos se metió por debajo de mi camiseta para acariciar mi espalda.

—No creo que pueda —articuló dentro de mi boca.

—No quiero que piensen que por estar contigo descuidaré mi trabajo —lo miré a los ojos—, porque no lo haré. Es más, debería marcharme ya. Todavía nos queda mucho que hacer e imagino que también tendrás asuntos pendientes. —Lo aparté un poco de mí.

—¿De verdad? —inquirió incrédulo, mientras veía mis manos alejarlo de mí.

—Sí.

—¿Es un castigo por lo de Mónica, porque me fui con ella?

—No, es un intento de mantener un poco de normalidad.

—No necesitamos normalidad. —Se inclinó otra vez sobre mí.

—Imagino que esta noche habrá una celebración por tu victoria. Nos veremos allí.

—No pienses que te permitiré escaparte de mí entonces.

—No tengo intención de permitir que lo hagas. —Inspiré hondo y solté el aire; acuné su rostro entre mis manos—. Entonces... ¿entre ella y tú ha quedado todo claro? No quiero que exista la más mínima posibilidad de que esta noche suceda algo similar a lo de hace un rato.

Nico meneó la cabeza, negando.

—No, Mónica se marcha a casa esta misma noche. Quería que nos diésemos un tiempo para pensar; ella cree que esto es una fase, como llevamos tanto tiempo juntos... No es eso, yo no necesito un tiempo, no necesito estar con otras mujeres para descubrir a quién quiero a mi lado. —Me sonrió—. Sé muy bien a quién quiero a mi lado. Se lo dije, espero que lo entienda. —Apartó la mirada por un segundo—. Nada de esto es fácil y no me gusta... no es... creímos que sería para toda la vida. Lamento decepcionarla; lo que menos quería era lastimarla del modo en que lo he hecho, pero... no sé... supongo que hace tiempo que lo nuestro no funcionaba tal como debería y entonces... —volvió a sonreír, a sonreírme, a dedicarme una mirada que hizo que mi corazón gritase de alegría— ... apareciste tú, *petitona meva*, y todo lo que era confusión se aclaró de un modo tan rotundo que ni me dio oportunidad de dudar. No me queda ninguna duda —insistió—. Y se lo hice saber. De esto no hay vuelta atrás, Natalia. Y no me molesta que así sea —tocó mis labios con los suyos—, para nada.

—Me alegra que no te queden dudas —bromeé—. Es un alivio, porque yo no las tengo.

—Por tanto, ¿descartamos a Paul y a Thiago? —preguntó con falsa seriedad.

—¿Tan pendiente estabas de mí?

Contestó que sí con la cabeza.

—¿Thiago?

—Él insiste desde el primer día en que no sois más que amigos, pero yo creí que tú querías algo más. Es buen tipo, mi mejor amigo. ¿Segura que no quieres cambiar? Todavía estás a tiempo y no me enojaría tanto si fuese con él. Es como mi hermano.

—¿Ya estás intentando librarte de mí?

—Me volvería loco verte con cualquier otro hombre —afirmó estrechando mi cintura para pegarme todavía más a su cuerpo.

Lo sentí tenso y firme debajo de mí. Si seguía con eso, no podría regresar a mi trabajo, no al menos a corto plazo.

—Ok, entonces yo me quedo contigo y tú te quedas conmigo.

—Debería hacerte firmar un contrato —dijo mirando mi boca—. Uno con infinidad de cláusulas de las que no puedas librarte ni con el mejor abogado.

—Ya tienes ese contrato firmado por mí, campeón. No necesitas un puto papel. ¿Necesitas que te certifique mi firma?

—¿Cómo sería eso?

La sonrisa sexi que me dedicó hizo que una de mis piernas se enroscase en la suya. Tomé su cuello entre mis manos.

—Con un beso —expliqué y, sin necesidad de que mediasen más palabras entre nosotros, comencé a besarlo.

Nico se acomodó entre mis piernas y yo me dejé caer hacia atrás. Sabía que no llegaríamos mucho más allá de las caricias y los besos, al menos por el momento, pero necesitaba eso y, si Suri había esperado hasta entonces, también podía esperar quince minutos más. No pensaba apartar las manos de Nico de mi piel, ni su boca de la mía, ni su mirada de lo más profundo de mi ser.

Si Nico tuviese idea de lo poco que necesitaba para hacerme feliz...

Me di el gusto y lo besé con ganas, dejé que devorase mi boca; eso era mucho mejor que que se comiese lo que yo cocinaba. En tantas tonterías había pensado, tantos miedos e inseguridades metí de por medio entre él y yo... y en ese instante, con mis manos en su cabello y las de él requisando mi cuerpo con una necesidad imposible de ocultar, quedó claro que llegamos allí en el momento exacto, oportuno, ni antes ni después.

Resultaba increíble tenerlo así para mí, tener sus besos en mi boca y su vida, no solamente una parte de su existencia, así frente a mí.

Mi corazón sonó igual que el motor de su bólido en plena aceleración. Le permití rugir con gusto.

El único problema fue alejarme de Nico, quien no apartó sus manos de mí hasta que descubrimos a Thiago yendo y viniendo por delante de su autocaravana. Al vernos juntos, el brasileño me preguntó si todo estaba bien y, cuando yo le di el «ok», se abalanzó sobre nosotros para abrazarnos y, en ese abrazo, hacernos saltar con él de felicidad. Sin duda debíamos parecer tres idiotas; sí, la felicidad provoca eso...

Por suerte Thiago me echó una mano para sacarme a Nico de encima y así poder regresar a la cocina.

Procuré seguir trabajando con normalidad. Ilusa de mí, llegué a pensar que sería sencillo. Suri me hizo pasar por un estricto interrogatorio, un tercer grado, y, después de eso, de vuelta al hotel en el microbús con los mecánicos y el resto del equipo, fue una locura de burlas cariñosas, gritos y carcajadas, a las que me uní.

No pude decidir si la felicidad de los chicos del equipo era tanta o más que la mía.

No, más que la mía seguro que no.

Ni el recuerdo de lo sucedido con Mónica ensombrecería lo magnífico de ese día.

«Te amo, Siroco», entoné mentalmente, esperando que el mensaje llegase directo a su mente, a su corazón.

17. Justo a tu lado

Anticipándome a la llamada y viendo que ya tenía un correo electrónico de Tobías, telefoneé a mis padres antes de que el reclamo se tornase más pesado.

Mi madre contestó.

—Soy yo.

—Natalia —exclamó entre sorprendida y... Preferí no esconder nada más. Esperé un segundo, ¿me habría visto por televisión?

—¿Es Natalia? —La voz de mi hermano Gael se coló por la línea.

Él era año y medio mayor que yo y, pese a haberse mudado de casa tiempo atrás, solía pasar mucho rato allí, sobre todo a la hora de comer. Mi hermano no sabía ni freír un huevo y su excusa era que en ninguna parte se comía mejor que en casa de mamá. Bien, después de todo era domingo; debió de ir a almorzar y en Argentina, con cinco horas menos, debían de estar a punto de merendar.

Me pregunté si mis otros dos hermanos también estarían allí; hasta lo que yo sabía, Bautista y Santino continuaban con la costumbre de comer en casa los domingos.

—Sí, es ella —le contestó mi madre a mi hermano.

—¡Pásamela! Esa pequeña ratita sí que sabe.

—Gael, no hables así de tu hermana.

Por lo visto sí me habían visto por televisión.

—Habéis visto la carrera.

—No la vi, pero tu padre sí lo hizo, y me llamó cuando te vio allí, entre el público, debajo del podio.

—Ah, bueno... por eso llamaba.

—¿No tiene novia? En la carrera anterior lo vi con una mujer de cabello largo y castaño.

Sí, yo también lo había visto besarse con ella.

—Han terminado esta mañana.

—¿Han terminado esta misma mañana y se baja del automóvil y da esa escena? ¿Qué sucede entre vosotros? No nos has comentado nada sobre él en ningún momento, bueno, no en referencia a que sucediese algo semejante así entre vosotros. ¿Empezó cuando él todavía estaba con su novia?

—Mamá, por favor. —Si le decía que lo había besado estando él todavía con ella, sería capaz de volar hasta España para reprenderme.

—¿Estáis saliendo juntos?, ¿qué sucede entre vosotros?

—Bueno, es muy reciente... —Jamás había hablado de estas cosas con ella.

—¿Lo conoces bien? Entiendo que estáis en el mismo equipo, pero, no sé, esa gente...

—Nico es un buen hombre, mamá. Y estoy bien.

—Bueno, eso espero.

La conversación entre ambas siguió; procuré asegurarle que todo saldría bien, que yo estaba perfectamente, que lo nuestro acababa de empezar, que me gustaba estar con Nico.

Con mi padre y mi hermano resultó una conversación más distendida; ambos estaban más que nada entusiasmados de verme con el campeón del mundo. O bien no sabían nada sobre Mónica o bien no les importaba saberlo. Procuré relajarme, hablarles de Nico con normalidad, intentando convencerlos de que era un ser humano normal (dentro de lo que podía serlo él, con su especial carácter y comportamiento) y que, por encima de todo, era real y no la ficción de una categoría, de la transmisión de una competición.

Antes de meterme en la ducha, reuní valor y llamé a Tobías a Inglaterra. Con él sería incluso más complicado que con mi madre, porque él realmente me conocía.

—¡Soy yo, tu hermana preferida! ¿Estás muy ocupado? —Por la línea se colaban los sonidos de la cocina del restaurante de Tobías; imaginé que, por la hora que era, debía de haber por allí todavía mucha actividad, pero, como no tenía muy claro qué sería de mí en los próximos días, pensé que sería mejor intentar hablar con él en ese momento que posponer en el tiempo esa conversación; dejarla para más adelante no haría más que poner al mayor de mis hermanos de mal humor.

Bien, por el tono con que me contestó, ya se había dado cuenta de que era yo; deduje que no estaba demasiado contento.

—Si estás muy ocupado, puedo llamarte más tarde a tu casa.

—No, mejor hablamos ahora. Dame un segundo.

Lo oí tapar el auricular y, en un par de frases en inglés, con aquel tono de orden que lo caracterizaba y que costaba mucho desobedecer, impartió un par de instrucciones.

Pese a que Tobías todavía tapaba el auricular, pesqué un par de «sí, chef; sí, chef» con los que sus cocineros dieron por entendidas sus indicaciones.

—Ahora sí —dijo regresando a mí.

—No aterrorices a esa pobre gente.

—A muchos les va como anillo al dedo; un grito aquí o allí para que caigan otra vez con los pies sobre la tierra. No somos globos, somos seres humanos.

—Tobías, ¿usas conmigo las mismas frases que con tu hija de cuatro años? No deberías hablarle así a mi sobrina; es una niña, los críos deberían disfrutar de su inocencia.

—A Lila le digo las cosas sin dar muchas vueltas y las entiende; eres tú la que no comprende de qué va esto.

—Ufff, sí... por tu correo ya he imaginado que nuestra conversación sería así. —Comenzaba a ponerme de mal humor.

—Bueno, alguien tiene que ponerte los puntos sobre las íes, y sé que a mamá no la escuchas.

En eso tenía razón; él siempre había conseguido imponerme más respeto que mis padres y supongo que se debía, básicamente, a que yo lo admiraba; lo hacía desde pequeña y fue él quien hizo que le tomase el gusto a la cocina. Tanto por su tenacidad como por su pasión y por el poco miedo que mi hermano parecía tenerle a la vida, siempre deseé que, de mayor, consiguiese ser como él. Lejos estaba de eso, pero sin duda yo tenía mis cosas buenas también; además, lo de los gritos no casaba conmigo y jamás necesité que la gente me hiciese demasiado caso, y no era tan seria como él. Mi hermano era un señor, uno con la cabeza bien amueblada y el cuerpo bien plantado sobre sus pies talla cuarenta y cinco, y su metro ochenta y tanto, casi noventa, de alto. Si es que ni siquiera parecía que fuésemos hermanos en cuanto a lo físico. Él era enorme y yo, diminuta a su lado, o incluso al lado de otras personas de tallas más normales; creo que mis padres se fueron quedando con poco material genético a medida que fueron engendrando a sus hijos.

—Acabo de hablar con ella hace unos instantes. Ya se ha ocupado de regañarme. Estaba casi en *shock*.

—No es raro que a todos nos haya sorprendido verte en televisión. Me dijiste que era difícil congeniar con ese hombre, que el tipo era complicado y que gastaba bastante mal carácter y malos modos, que jamás probaba nada de lo que tú preparas y que...

—Sé lo que dije —solté interrumpiéndolo.

—¿Era mentira?

—Bueno, no, —Mi voz menguó—. Es que también es otras cosas. Y jamás toca nada de lo que yo preparo porque es diabético. Depende de la insulina y toma una cantidad espantosa de medicamentos. Todavía ni siquiera sé muy bien qué es toda esa medicación o las afecciones que tiene, es que no hemos tenido tiempo de hablar y él, antes de esto, no quería decirme nada porque no quiere ir por ahí ventilando todos sus

males; es muy reservado y como lleva una vida tan pública... No sé si tiene miedo de que la gente use su enfermedad para derrocarlo de su sitio o algo así.

—¿Derrocarlo? ¿Tiene complejo de rey?

—Quizá un poco, es que es muy competitivo. Muy cabeza dura también.

—No es malo ser competitivo. Creerse el centro del universo, sí.

—Tampoco es tan así, Tobías. Nico es duro y ha luchado mucho para llegar donde ha llegado. Imagino que a él, mantenerse al mismo ritmo que los demás corredores, debe de exigirle mucho más sacrificio.

—Ok, bien, no discutiré eso. Por lo visto tú también lo conoces poco, así que no hablemos de eso. Hablemos de por qué te besó frente a todo el mundo si hasta ayer lo vi en la transmisión hablando como si nada con su novia, la italiana con la que me dijiste que habías tenido un encontronazo.

Me odié a mí misma por haberle confiado eso.

—¿Está contigo y con ella?

—¡Claro que no!

—¿Ayer no estaba con ella?

—Sí, pero...

—¿¡Sí?! —estalló, con ese vozarrón temible que emergía de su ancho pecho. Si hasta por la línea telefónica se filtró la vibración de sus pectorales. Mi hermano podía meter miedo incluso si no lo tenías delante.

—Terminaron esta mañana, antes de que comenzara la competición. —Inspiré hondo—. A mí también me cogió por sorpresa, no creí... Tobías, no entres en cólera; la verdad es que nos habíamos besado una vez y antes de eso yo ya... Pese a todo, me pasaban cosas con él desde hacía tiempo. Se lo dije porque, como me había besado, creí que a él también le pasaban cosas conmigo y luego todo quedó en nada, no volvimos a hablar del tema y luego... —Me interrumpí después de soltar todo aquello de carrerilla—. Entonces sucedió lo del podio. Él me mandó llamar, dijo que tenía algo que decirme; no imaginé que se trataba de eso.

—¿Qué dijo mamá de su novia echándote encima el pastel de cumpleaños del campeón?

—¿¡Qué?! —salté cual resorte.

—He visto las fotografías hace cinco minutos en la Red. Fotos tuyas cubierta de tarta, y de esa mujer en condiciones similares... Iban acompañadas de unos comentarios que parecían verdaderas telenovelas. Contaban que a ti te llevaron del *box* mientras el campeón alejaba a su *novia* de la lamentable escena. A ver si así queda claro el porqué de mi cabreo. No conozco al sujeto, pero sí te conozco a ti; eres mi hermana y todo lo que rodea la situación entre él y tú no me gusta. —Hizo una pausa—. La última vez que hablamos mencionaste que tendrías unos días libres. ¿Por

qué no vienes a quedarte unos días con nosotros? Tu sobrina te extraña y Tom insiste en que mis *macaroons* son lamentables al lado de los tuyos.

Eso último me arrancó una carcajada.

Tom era la pareja de mi hermano desde hacía siete años. Se enamoraron perdidamente el uno del otro la primera vez que se vieron en una calle de Londres, cuando Tobías salía de su panadería preferida y Thomas, de la cafetería en la que desayunaba cada mañana. En la actualidad seguían juntos, formando una pareja sólida; de hecho, la más sólida que yo había tenido oportunidad de conocer, tanto como la de mis padres; a mi modo de ver; era probable que más... y tenían a Lila, la sobrina más bonita e inteligente que nadie pudiese tener. Tobías y Tom eran de ese tipo de personas que parecen haber nacido para estar juntas para toda la eternidad. Se conocían, coincidían en muchísimas opiniones y, en las que no, igualmente encajaban a la perfección. Tom jamás, jamás, jamás había criticado ningún plato, creación culinaria o algo comestible preparado por mi hermano, pero por lo visto mis *macaroons*... Eso último debía de dolerle en el alma al chef.

Volví a reír.

Quedaba claro, al mencionarlo él, lo mucho que le molestaba a mi hermano que Tom prefiriese mis *macaroons*.

—No te rías. Si no tienes dinero para el pasaje, en cinco minutos lo compro yo. Sabes que no me supone ningún trastorno tenerte aquí; es más, te estamos esperando desde hace tiempo. Creía que regresarías pronto para comenzar a planear la apertura de tu pastelería. He visto ya un par de locales, y Tom y yo ya hemos ido al banco para informarnos sobre los préstamos; invertiremos en ti. Sólo tienes que tomar la decisión. La habitación del ático es tuya; puedes ocuparla el tiempo que sea necesario hasta que consigas tu propio hogar. De cualquier modo, como imaginarás, una vez que te instales aquí, Lila no te dejará ir.

—Sí, y eso, para vosotros, como pareja y familia, no es buena idea; es lo último que necesitáis, tenerme allí indefinidamente y endeudaros por mi culpa. Te dije que lo pensaría, Tobías; todavía no he tenido tiempo de hacerlo.

—La Fórmula Uno no puede ser más que una aventura. A mi modo de ver, deberías despegarte de eso cuanto antes, no te llevará a ninguna parte. No necesitas quedarte allí hasta el final del campeonato. Y, si es por los viajes, ya podrás viajar más adelante, en el futuro, por tu cuenta y de forma más placentera.

—Esto es placentero.

—Pierdes el tiempo allí.

—Claro que no. Son vivencias increíbles. —Suspiré—. No pienso ir a ninguna parte ahora.

—¿Por él?, ¿por el campeón?

—Sí, también por él, pero principalmente porque quiero llegar al final de la temporada y porque necesito más tiempo para decidir si quiero o no instalarme en Londres. Lo hemos hablado infinidad de veces: aún no estoy segura.

—Ven a pasar unos días con nosotros y volveremos a estudiarlo.

—¿Intentarás convencerme?

—Tom y Lila se encargarán de eso, yo me ocuparé de los papeles y los números para la apertura de la pastelería. Ven —pidió una vez más.

—No puedo. Nico y yo pasaremos unos días juntos; el jueves es su cumpleaños y me ha invitado a ir al pueblo donde vive su familia, la que le queda. Le apetece que conozca de dónde viene y a los suyos. Es probable que hayamos empezado con el pie izquierdo; intentaremos recomponerlo y tomarnos un tiempo para nosotros. No te enfades, Tobías, pero quiero hacer esto, necesito hacerlo. Él lo vale, lo vale para mí. Nico no es una persona sencilla, pero es tan fuerte... Es decir, es evidente que tiene infinidad de temores, pero por dentro... Ojalá tomase conciencia de toda esa energía que lleva dentro. Creo que es así, tan cerrado y arisco, sólo para protegerse; no es mala persona. Cuando todavía no lo conoces realmente, puedes llegar a pensar que es un idiota; sin embargo, cuando se abre... no lo es, ya lo verás. Te juro que en algún momento lo conocerás, quiero que lo hagas. Esto, para mí, va muy en serio, Tobías; estoy enamorada de Nico, más de lo que nunca he amado a nadie. Creo que es mi Tom, hermano. No quiero desaprovechar la oportunidad de descubrirlo.

—Mientras por él no desaproveches la oportunidad de...

No le permití terminar.

—Tobías, es poco tiempo, la temporada dura sólo unos meses.

—Y cuando acabe, ¿qué? Porque si estás con él...

—No tengo ni idea; vamos un paso tras otro, ¿de acuerdo? Yo estoy bien, lo de la tarta no ha sido tan serio, ha quedado todo aclarado. Estoy bien, lo juro. Es más, en un momento llegará a buscarme. Nico vendrá a recogerme para que vayamos juntos a la fiesta que da el equipo por su victoria. Te prometo que no he abandonado la idea de la pastelería; no me he olvidado de eso, lo tengo muy presente, pero tengo que reflexionar acerca de ello. Escucha, tengo que darme una ducha antes de salir y ya te he alejado demasiado de tus tareas; la cocina, sin ti, debe de ser un descontrol ahora mismo.

Mi hermano rio.

—Hablaremos en otro momento, ¿sí?, con más calma.

—De acuerdo —convino medio a regañadientes—. Si ese hombre te trata mal o permite que alguien lo haga, tendrá que vérselas conmigo. Me importa una mierda si es el campeón del mundo o si tiene diabetes o lo que sea. Lo colgaré de las pelotas, adelántale eso.

Me carcajeé. Allí estaba mi hermano de siempre. ¡Fue tan agradable escucharlo!

—Te quiero. Besos a tus dos amores. Diles que los echo de menos y que los quiero, y que intentaré ir a visitaros pronto.

—Cuídate.

—Lo haré. Y tú.

Terminé de despedirme de él y me metí en la ducha.

* * *

La puerta del ascensor se abrió para descubrir la pequeña antesala al *hall* del hotel, con sus fantásticas luces nocturnas, y para dejarme ver a un hombre uniformado, de pie, con cara de aburrido o quizá de fastidio.

Para mí era una noche de celebración, de renovadas energías, a pesar de ser domingo, pero por lo visto, para él esa velada no auguraba las mismas emocionantes expectativas. Supuse que él no tenía al objeto de su amor fuera, esperándolo en un coche, dispuesto a ir a festejar su victoria. Bueno, en realidad celebraría varias victorias; no sólo la que se había ganado por pasar la meta en primer lugar, sino también la de poder gozar, al fin, del permiso y el tiempo necesarios para estar junto a la persona amada; ésa era una gran victoria.

—¿Señorita Natalia Rodríguez?

—Sí, soy yo.

—La esperan en la puerta.

—Perfecto, gracias. —Le sonreí apretando mi pequeño bolso contra la cadera.

—La acompañaré hasta allí.

—No es preciso.

—Bueno, en realidad sí, por eso estoy aquí. El señor Puig me pidió que la escoltase hasta él; forma parte de mi trabajo.

—No creo que vaya a perderme.

—Sólo la acompañaré.

Echamos a andar.

—Y si necesita algo —comenzó a añadir mientras metía una mano dentro de la chaqueta negra de su uniforme— no dude en llamarme. —Me tendió una tarjeta.

Era el conserje del hotel, o al menos eso decía en la cartulina que me tendió, en español, catalán e inglés—. Será un placer volver a recibirla cuando guste.

Lo observé dubitativa. Si todavía no me iba... ¿a qué venía todo eso y por qué tantas atenciones de repente, si hasta ese momento sólo había recibido el trato

destinado a una cliente más? ¿Tan rápido corrían los rumores o es que había visto la carrera, concretamente el final de la misma?

No iba a ponerme a discutir con ese hombre, no tenía sentido, de modo que le permití acompañarme hasta la puerta, la cual abrió para mí, adelantándose al chico que estaba allí para hacerlo.

De acuerdo, todo eso era extraño... sobre todo para una chica acostumbrada a la convivencia con cuatro hermanos varones que, para pasar por la puerta, te empujaban, y con exnovios que quizá no fuesen demasiado detallistas. Bueno, yo jamás había sido muy detallista tampoco y...

Lo vi y me detuve en seco; con que a eso se debían tantas atenciones...

Por costumbre siempre procuré ser mi propio héroe y jamás fui de las que sienten apego por las historias de princesas, por no decir que jamás me gustaron, que me aburrían; sin embargo, ver a Nico allí de pie, medio recostado contra el lateral de un automóvil descapotable de esos de colección que tenía toda la apariencia de ser de los años sesenta —un clásico—, me derritió.

Allí estaba, junto al vehículo, debajo de las luces de la entrada del hotel, de la luz de la luna y las estrellas y de la brisa suave y templada de la noche.

Nico alzó la cabeza hacia mí mientras despegaba su cuerpo de lo que me di cuenta que era un Jaguar, a la vez que sostenía un ramo de rosas amarillas que tenían el borde de los pétalos de color rosa.

Me sonrió y me dio un ataque de romanticismo asqueroso, capaz de provocarle arcadas a mi yo normal. ¡¿Cómo no morir de amor?! Poco sutil y femenino, pero lo cierto es que por poco me caigo de culo.

No podía estar más guapo y atractivo, ni lucir más perfecto, junto al vehículo y así vestido, de un modo tan clásico y masculino que parecía sacado de una película de la misma época que el coche.

—Que tenga una buena noche —me dijo el conserje, rompiendo el encanto.

Balbué un «gracias» y eché a andar en dirección a Nico; él me ayudó a acortar el camino avanzando hacia mí. Cuando la distancia entre nosotros se acortó lo suficiente, me tendió las flores, cuyo perfume suave y sedoso llegó a mí entremezclado con el aroma del cuerpo del campeón que no conseguía —por suerte— ocultar del todo el perfume que él usaba.

—Buenas noches —me dijo con esa voz suave que raramente se le escuchaba. Lo mejor de todo fue comprobar que su mirada tenía el mismo tono.

—Buenas noches —contesté recogiendo las rosas de su mano. Nico terminó de anular la distancia entre nosotros, aproximando su rostro sonriente al mío. Sus labios tocaron los míos todavía en una sonrisa y la tentación de la piel mató de una puñalada cualquier deje de recato que quedase en nosotros e hirió, quizá no de muerte, pero sí para dejarla al menos fuera de combate por un rato, la dulzura.

Su boca buscó la mía y la mía correspondió. Si es que sentía que nada en mí daba abasto para besarlo del modo que necesitaba hacerlo, porque tenía ganas de quedármelo para siempre, de que juntos fuésemos la mejor pareja de superhéroes, imposibles de derrotar.

El mundo empezó a tornarse borroso y mi piel amenazó con diluirse en sus propios límites, quizá como si yo fuese una duna del desierto, una duna que se deja llevar por el viento que sopla, para cambiar, para ser transportada a otro lugar, para rehacerse con otro horizonte, con un nuevo futuro.

Por el bien de las rosas, las había apartado de en medio cuando el beso pasó de la dulzura de la vainilla a la pasión del chocolate, y en ese instante me molestaban mucho porque ocupaban mi mano y, tocarlo con una sola mano, no me bastaba, así que me dieron ganas de dejarlas caer al suelo. Tan irreal todavía me parecía tener mi cuerpo pegado al suyo sin necesidad de esconderme... Tener el derecho a esto me resultaba ilusorio.

Respiré más que aire; no sé qué fue lo que entró en mis pulmones, pero sí sentí que hizo que mis rodillas se aflojasen y que la cabeza me diese vueltas, por lo que tuve que apartar mi boca de él para coger aire.

Inspiré sobre su rostro, más precisamente sobre su mejilla y sobre la barba que crecía allí.

—Gracias por las rosas y por este beso.

—Por un beso así, debí de encargar todas las existencias de la floristería —me contestó él con los ojos cerrados, y hablando lento y resbaladizo. Los dos parecíamos ebrios, drogados.

Sonreí y toqué sus labios con los míos una vez más.

—Deberíamos saltarnos la fiesta —propuso.

No podía estar más de acuerdo.

—Pero no podemos. —Abrí los ojos y, como si hubiese presentido mi movimiento, también abrió los suyos.

—Odio esas fiestas, hoy más que nunca. No me gustan, me siento incómodo.

—¿Por qué?

—Es raro cuando te rodean personas que tú no conoces y ellos saben de ti más de lo que te gustaría contarles. Es un honor que la gente te admire y te apoye, pero a veces resulta muy extraño, es como si viviese un sueño inexplicable; uno que, cuando despiertas, te deja con un sabor extraño en la boca y con ardor de estómago. ¿Puedo contarte un secreto?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Me gusta estar dentro de mi automóvil con el casco puesto, allí solo, donde nadie puede verme. Bien, sé que millones de personas miran las carreras, pero ven el monoplaza, no a mí; saben que soy yo, que allí dentro va el campeón... pero no

pueden verme. —Hizo una pausa—. No soy tan valiente y no es por nada, pero no me gusta mucho la gente.

—¿Qué gente?

—Lo digo en general.

—¿Te gusto yo?

Nico me dedicó una sonrisa ladeada, tan sexi que por poco le propuse que nos olvidásemos de la fiesta.

—Bien, pues, si yo te gusto, si confías en mí... —mi mano libre resbaló por su cuello desde su nuca, bajando por su pecho, por encima de la bonita camisa gris oscuro que llevaba, para buscar una de sus manos. Encontré su mano derecha y, con la mía, la cogí, enredando nuestros dedos—... aquí estoy, justo a tu lado para lo que necesites. No estás solo, Nico y, de ser por mí, no lo estarás jamás, ni siquiera cuando no estemos así tan juntos, tan pegados. —Aspiré su perfume entre mis labios—. No te dejaré ni cuando estés lejos de mí, si no quieres que me aparte de ti.

—No quiero que te apartes de mí.

Le sonreí sin sentir vergüenza de demostrarle cuánto lo amaba.

—Me alegra oír eso.

—Las flores y el automóvil han sido buena idea. Definitivamente han dado un resultado excelente.

—No necesitabas nada de esto, pero me encanta. No tenía ni idea de que fueses de ese tipo de hombres.

—Ni yo. —Rio sobre mi boca—. Cuando voy a estas fiestas, no suelo conducir, pero quería estar solo contigo y, tener a un chófer en el asiento de delante me hubiese molestado sobremanera. Te quiero exclusivamente para mí y, además, quiero que seas mi chica, quiero conquistarte.

Me carcajeé por lo último que dijo.

—¿Ah, sí? Bien, ya soy tu chica; de todas formas, podemos hacer ver que soy muy difícil y que debes seguir intentando llegar a mí.

—Bien, ése es el plan para los días que vienen. Ya sé que te han dado los días libres.

—No has podido contenerme, ¿no es así? —Yo había hablado con Érica antes de salir del circuito y el permiso definitivo para quedarme en España hasta la siguiente competición había llegado al hotel antes que yo, en forma de un mensaje que me dieron en recepción, cuando pedí la llave de mi habitación.

Nico meneó la cabeza.

—Te lo dije, intento convencerte de que soy bueno para ti.

Él ya era bueno para mí.

—¿Vamos a dar una vuelta? —Apuntó con la cabeza en dirección al automóvil—. Es un Jaguar E-Type del 67.

Giré la cabeza en dirección al vehículo; sobre la pintura gris plateada se reflejaba toda la noche, con sus sombras y destellos.

El coche era simplemente estupendo, con líneas largas y suaves. Sin Nico no hubiese significado nada; con él, era mucho más que un automóvil de colección en el que nos pasearíamos de camino a la fiesta por su victoria.

—¿Es tuyo?

—Sí, hice que me lo trajesen de casa. En él iremos hasta allí a pasar estos días. Así podrás disfrutar más del paisaje. No es mucho más que campo; es que quiero que lo veas todo.

—Así que lo tienes todo resuelto.

—He hecho planes.

—No puedes planearlo todo, campeón.

—Imagino que contigo a mi lado será difícil hacerlo, porque tú estabas fuera de mis planes y mira lo magnífico que ha resultado no seguirlos. —Me dio un beso rápido—. Sólo he organizado algunas cosas. Entre ellas, que te quedes conmigo, para pasar unos días, celebrar mi cumpleaños y, después, regresar a Mónaco juntos. Allí nos quedaremos hasta la carrera. Ah, eso también ya está resuelto. Se lo comenté a Paul, de modo que tú no tienes que avisar a nadie.

—Nico, es mi trabajo.

—Y tú eres mi novia. No pasa nada. Viajarás conmigo y te alojarás conmigo.

—¿Y qué?, ¿se supone que dormiré contigo? —pregunté haciéndome la tonta. Eso de que pretendiese controlarlo todo me ponía un poco ansiosa y necesitaba hacerle entender que no todo quedaba bajo sus designios.

—Si quieres, será un placer para mí que compartamos mi cama... aunque, eso de dormir... espero que no mucho. —Sonrió sexi—. No pasa nada, de verdad que no hay problema. No tienes que preocuparte por tu trabajo; allí estará para cuando regresemos a Montecarlo.

—Tendré que pensarlo.

—Empieza a meditarlo ahora, porque el plan es que vengas conmigo a mi hotel esta noche; no quiero tener que volver a alejarme de ti.

—Ok, campeón, pero despacio, que para eso tendrás que hacer muchos méritos —mentí, pues me moría de ganas de estar con él.

—¿Qué debo hacer?

—Antes que nada, procura no perder la sonrisa e intenta disfrutar de la fiesta, pero inténtalo de verdad; no quiero una sonrisa falsa, quiero que te diviertas. Además de eso, no sé, ya veremos. Algo se me ocurrirá.

—Ese «algo se me ocurrirá» me asusta.

—Me parece muy bien que así sea. Ahora, ¿qué tal si nos vamos?

—Supongo que no tengo más opción. —Nico se apartó de mí y abrió la puerta del descapotable para que entrara.

—Con esto acabas de ganarte unos puntitos más.

Nico se rio y yo con él.

—Ves como no es tan difícil. —Entré en el vehículo, que era absolutamente precioso, con sus asientos de cuero y con todos esos detalles y el espíritu de una época en la que quizá la gente rescatase y disfrutase más de las pequeñas cosas, una época en la que se corría menos.

Nico se inclinó sobre mí para besar mis labios.

—Si supieses lo complicado que me resulta —entonó clavando sus ojos en los míos.

—Yo sigo aquí, campeón, justo a tu lado, como te dije.

—Sí, por eso mismo.

Ante sus palabras, me quedé mirándolo en silencio.

En ese instante terminé de comprender lo muy distintos que éramos y lo mucho que le costaba a él estar conmigo; yo estaba totalmente fuera de su patrón, lejos de su círculo de estabilidad y control. Lo amé y respeté un poco más por atreverse a eso, a nosotros, por aunar fuerzas y apostar todo a lo que sentía por mí, o a lo que fuese que comenzaba a sentir.

Nico cerró la puerta y me sonrió.

Rodeó el automóvil en una rápida carrera y llegó al volante.

Me coloqué el cinturón de seguridad y él el suyo.

—¿Lista?

—Si tú lo estás.

Arrancó el motor y el mundo se puso a vibrar debajo de mis pies. Nico condujo en silencio durante un buen rato, solamente interrumpiendo el sonido del viento para señalarme tal o cual cosa de la ciudad. Barcelona simplemente me encantó; como todo, no habría sido igual de no estar él conmigo, de no involucrarlo a él tan de cerca. Ésos eran sus recuerdos, su pasado, su vida, en la que comenzaba a entrar: el barrio en el que había vivido, la escuela a la que asistió, allí por donde paseaba de pequeño, el cine al que había ido a ver películas, el primer bar, la primera salida nocturna, la esquina en la que la policía lo paró por primera vez por exceso de velocidad a la semana de sacarse su permiso de conducir.

Lo escuché encantada, disfrutando de cada cosa que me contaba y, sin darme cuenta, llegamos a nuestro destino, la fiesta, y allí me di de bruces con su realidad: una marea de fotógrafos nos esperaba frente al bar-restaurante.

Intenté no poner cara de pánico. A mí tanto me daba si aquella gente estaba allí para hacer resplandecer nuestros rostros haciendo estallar flashes; me molestaba por Nico, porque a él eso lo incomodaba. Esboqué una sonrisa y lo miré.

Los fotógrafos se percataron de su llegada y comenzaron a tomarnos instantáneas. Las ráfagas blancas invadieron mi lado derecho.

—Lo lamento.

—No pasa nada, Nico. A mí tanto me da si están o no.

—A veces se ponen un tanto agresivos. Pueden comportarse como desquiciados, como si no tuviesen suficientes fotografías mías. —Se detuvo, apretando los labios—. Hoy... bueno, imagino que de antemano sabrían que estarías aquí; deben de haber esperado ansiosos nuestra aparición, después de todo lo sucedido, y fotografías tuyas no tienen. Lo nuestro también es nuevo para ellos.

—Tranquilo. Admito que es raro para mí que estén todos ahí fuera esperando vernos pero su presencia no me da ni me quita nada; te tengo a ti a mi lado y eso es lo único que cuenta para mí.

—Probablemente hagan alguna pregunta. —Meneó la cabeza—. Mantengámonos en silencio, ¿de acuerdo? —Acomodó el automóvil detrás de la hilera de coches que esperaban frente a la entrada del local.

Agradecí que hubiesen hecho una especie de acordonado en la calle y que hubiese suficiente seguridad como para mantener a los fotógrafos y a los periodistas a unos cuantos metros de nosotros.

—Sí, no necesitas ni pedirlo. —Cogí su mano—. Sólo debemos entrar para celebrar tu noche, que para eso estamos aquí.

—Nuestra noche. —Aproximó su rostro al mío sonriéndome, tentándome con un beso.

—Pero si hemos venido para festejar tu cumpleaños y que has ganado esta tarde.

—Sí, he ganado —sus labios tocaron los míos—, el premio mayor. —Me besó una vez más—. Mi cumpleaños lo celebraremos después tú y yo.

Reí.

—No tengo ninguna objeción a eso —entoné para devolverle el beso.

—Andando, permíteme que les muestre a la grandiosa mujer que me acompaña.

—Adulador. —Por poco me muero allí mismo de amor por él.

Un empleado del local llegó a su lado del automóvil y otro al mío.

—Y no soy adulador, sé quién soy, sé lo que puedo ser; por eso todavía me cuesta creer que quieras intentar esto conmigo.

—Yo lo que creo es que no tienes ni la más remota idea del «premio mayor» que te llevas a casa. —Reí—. No tienes ni idea de lo que te espera, campeón. Andando, bajemos de una vez.

Nico me dio otro beso rápido sonriéndome con los ojos y entonces aceptó permitirles a los empleados que habían acudido a abrirnos la puerta que hicieran su trabajo. Fue instantáneo: reporteros y periodistas entraron en ebullición; se desató un griterío infernal y quedé completamente ciega por los flashes. Oí que mencionaban mi nombre, soltaban preguntas en mi dirección: desde cuándo nos conocíamos, desde cuándo salíamos, qué era lo que más me gustaba de Nico, qué planes teníamos para el futuro; uno incluso se atrevió a preguntarme si Nico había engañado a Mónica conmigo y qué opinaba yo de ella. Al oír aquello, me obligué a hacer mi mayor esfuerzo por bloquear mi respuesta, para nada comedida; no tenía sentido amargarme por eso, por ellos. Lo mío con Nico no había empezado de la mejor manera, pero no era a ellos a quienes yo debía darles explicaciones por mis actos, ni él tampoco, y, de cualquier modo, no todo se puede controlar. Ojalá lo nuestro hubiese empezado de otro modo, pero allí estábamos, con él rodeando el automóvil por delante para venir a colocarse a mi lado.

Nico llegó a mí. Ignorando a los fotógrafos y periodistas, me agarró de la mano. Sus pasos, su mano, fueron mi guía en medio de las murallas de cámaras que nos rodeaban. Yo no hubiese podido despegar los labios aunque hubiese querido, pues aquello me intimidó mucho, y Nico tampoco dio muestras de tener intención de responder a ninguna pregunta; simplemente se limitó a ofrecerles un amago de sonrisa y a alzar una mano. Muy juntos, porque él me pegó a su cuerpo, entramos en el bar-restaurante.

Apenas cruzamos la entrada, llegó el hombre que se presentó como dueño del local para darle la bienvenida. Felicitó a Nico por la carrera y por su cumpleaños, hablaron del campeonato y Nico me presentó como su novia. Al instante llegaron algunas personas acompañadas del personal de relaciones públicas y publicidad del equipo; entre ellas había personalidades del deporte a motor, artistas de cine, un cantante, un par de empresarios... Se nos unieron Paul y el dueño del equipo, y un par de fotógrafos que se limitaron a capturar el momento. La sesión de saludos, fotos y charlas políticamente correctas sobre el campeonato y la carrera acabaron derivando a las playas cercanas, la bebida, automóviles y Mónaco, donde Nico tenía su residencia. Fue un momento un tanto artificial; por suerte no del todo desagradable, sobre todo porque en ningún momento el campeón ignoró mi presencia; es más, con el correr de los minutos fue pegándome más a él, sintiéndose más en confianza para mover sus manos sobre mí frente a extraños, para mirarme a los ojos sin timidez y sonreírme desinhibido sin miedo a lo que los demás pudiesen pensar sobre nuestro abrupto comienzo y sus consecuencias.

Durante quizá un poco más de una hora y media, Nico se ocupó de cumplir con sus compromisos de saludar y sacarse fotos con todos los patrocinadores y personalidades que Bravío había invitado a la celebración. Solamente entonces, volvimos a tener un momento para nosotros.

18. Detuve el mapa y me largué contigo

Una camarera intentó escurrirse entre nosotros y la multitud que se agolpaba a nuestro alrededor. Por lo visto esa noche no importaba demasiado lo cansados que estuviésemos todos por el trabajo del fin de semana, nadie del equipo parecía tener planeado abandonar temprano la velada. Nos rodeaba un ambiente alegre, festivo y despreocupado. Era probable que todos supiesen lo sucedido entre Mónica y yo con la tarta de Nico, pero nadie hizo ningún comentario; sólo se hablaba de lo fuerte que estaba el campeón y todo el equipo esa temporada, de lo entusiasmados y confiados que estaban todos con respecto a la carrera de Mónaco y a las que le seguían.

Por supuesto, los mecánicos del equipo no se habían sorprendido al verme allí y, si bien frente a Nico ellos no se relacionaban conmigo del mismo modo que cuando yo estaba sola, pues éste les inspiraba cierto respeto y sin duda mucho más recato del que solían demostrar en otras ocasiones, igual mantuvieron bastante la confianza que tenían conmigo fuera del ambiente laboral y, por eso, en parte creo que consiguieron aproximarse a Nico un poco más de lo que acostumbraban. En un momento que acabamos rodeados de sus mecánicos, el campeón hasta se soltó un poco, y eso les dio algo de espacio para bromear con él.

En ese instante, por suerte, estábamos solos otra vez.

La camarera parecía tener la intención de pasar de largo con todas las copas de *champagne* en su bandeja, pese a que las mismas estaban destinadas a saciar la sed de los presentes.

Veloz como solamente él podía serlo, y dando muestras de sus impresionantes reflejos (no por nada iba en carrera para hacerse con su sexto campeonato del mundo en un tiempo récord desde que entrara en la categoría), le arrebató dos copas de la bandeja.

La camarera lo miró sorprendida; sin embargo, no llegó a soltar palabra. Nico le dio la espalda para fijar sus ojos en mí otra vez, mientras me tendía la copa.

—Gracias. Creía que no bebías.

—No, no bebo, no debo. Será sólo un trago, para que brindemos porque, al fin —comenzó a decir en un largo suspiro—, te tengo para mí.

Le sonreí.

—Soy yo la que al fin te tengo para mí. Por lo visto todo el mundo quiere estar contigo, fotografiarse contigo, tocarte —acorté la distancia entre nosotros—; eres muy famoso y todos quieren un poquito de ti —añadí dentro de sus labios.

—Es porque voy primero en el campeonato, nada más —afirmó sonriéndome—. En cambio, los mecánicos... ellos querían arrebatarte de mi lado. Es probable que en este instante —giró la cabeza en dirección a donde estaban los chicos bebiendo y riendo— piensen que les gustaría tenerte allí como siempre. Si yo no fuese el campeón, si no fuese el primero, a nadie le importaría tenerme cerca o no.

—Dudo de que sea así, eso de que a la gente le daría igual tenerte aquí o no —hice una pausa—. ¿Celos de los chicos? —Lancé una mirada en dirección a los mecánicos—. Para que te quede claro, a mí no me daría igual este sitio sin ti. Yo deseo estar aquí contigo; también quiero un poco de ti, al menos un pedacito —añadí pícaro, moviendo mi boca sobre la suya.

—¿Nada más que un pedacito?, ¿en serio te conformarás con eso?

Reí.

—La verdad es que no. —Despacio, caí sobre su boca para comenzar a besarlo. Atrapé sus labios con los míos; sentir su carne entre la mía resultaba una delicia y un privilegio. Nunca, antes de Nico, había sentido semejante fascinación por una persona; además de amarlo, lo admiraba... Lo admiraba como piloto de Fórmula Uno, como deportista, como el hombre que no se había dejado dominar ni por su enfermedad ni por su destino, y que, pasando por encima de infinidad de impedimentos, había llegado no sólo una vez, sino cinco, a lo más alto de la categoría, y lo más memorable era que, en la actualidad, luchaba otra vez por ganarse el título. Tenía muy claro que a lo que Nico apuntaba era a superarse a sí mismo y eso se ganaba por completo todo mi respeto. En mi vida había soñado con tener cerca a alguien así, con poder amar a alguien así. Nico, además, era famoso, y su vida tenía mucho de eso que la mayoría de los mortales no experimentaríamos jamás. Su vida no era ni mejor ni peor que la mía, pero lo que a él le tocaba vivir era muy distinto, y tener la oportunidad de ver cómo se movía en ese mundo no paraba de sorprenderme.

Mi sensación en ese instante, quizá desde que llegamos al local para encontrarnos con todos esos fotógrafos esperándolo, era que había saltado de la realidad a la fantasía. Obviamente que la fantasía no era perfecta, pero poder besarlo... En resumen, poder besar a mi Nico, a Siroco, al quintuple campeón del mundo, a un hombre que movía millones en *merchandising* y publicidad, resultaba de lo más extraño.

El beso empezó como algo delicioso y dulce, como algo dulce muy suave, de textura sedosa, y luego cobró intensidad hasta convertirse en uno de esos suntuosos postres de chocolate que producen una sensación similar a la lujuria total. Jamás me conformaría con una pequeña cata; Nico, con sus labios, su lengua, su perfume, su mano sobre mí, era la tentación que me incitaba a tomar una cucharada tras otra, y a no desear ver jamás el fondo de la tarrina. Deseaba continuar disfrutando eso siempre. Me negaba a perder ese sabor en mi boca, a dejar de sentir ese placer, esa sensación de bienestar extremo.

Su mano trepó por detrás de mi espalda debajo de mi blusa. Sus dedos recorrieron mi piel con tanta suavidad que me ericé por completo. Mi espalda se curvó hacia su mano, incitándola a imprimir en mí todo el tacto de su palma, mientras su boca no cedía a su intención de intoxicarme, de convertirme tan adicta a él como era adicta al chocolate en cuanto ponía en mi boca un pequeño primer trozo.

Enredé un brazo alrededor de su cuerpo, asiéndome de él, y me pegué a su pecho. Literalmente quedé colgando de él a unos quince centímetros del suelo cuando Nico me apretó contra su cuerpo, sosteniéndome por la cintura.

—No pienso conformarme sólo con esto; así tenga que raptarte, te vienes conmigo a mi hotel.

Mordí su boca y él se rio.

—Algo me dice que no necesitaré secuestrarte.

Negué con la cabeza, moviendo mi boca sobre la suya.

—¿Podemos irnos ya o tienes que saludar a mucha gente más?

—Joder, si creo que comienzo a sentirme mal. Mejor me largo al hotel, estoy muy cansado —lanzó y me soltó.

Me asusté al ver que se ponía serio; en un parpadeo, la sonrisa se le había borrado.

—¿Qué tienes?, ¿qué sientes? ¿Quieres que vaya a buscar a Dave o a tu padre? Nico, tienes que explicarme que...

Nico se carcajeó.

—¿Qué te parece tan gracioso? Sé que no quieres, pero tienes que contármelo todo sobre tu salud, porque, si planeamos pasar tiempo juntos, debo saber a qué atenerme para, al menos, tener una idea de cómo reaccionar. Me desespera no... —Iba soltando las frases a toda velocidad, cuando lo vi llevarse la copa a los labios para beber un breve sorbo—. ¿No te encuentras bien y bebes?

—Era broma, *petitona*. En teoría tendría que quedarme un rato más, pero no podrán objetar nada si les digo que estoy muy cansado, que necesito marcharme. —Se detuvo y me miró con picardía.

Le lancé un golpe.

—Te mataría... por poco me matas tú a mí del susto. No me hagas esto nunca más, campeón.

Nico me abrazó, riendo.

—No tiene gracia. Recuerda que no tengo ese tipo de experiencia contigo y no sé si te sucede algo en verdad o no.

—Cuando me suceda algo de verdad, te darás cuenta.

Sentí que se me escurría la cara del rostro. No tener ni idea de qué hacer si le daba una crisis o algo parecido era desesperante. Sentirme así de impotente, de inútil, a su

lado, me asustaba; sobre todo porque se suponía que íbamos a pasar los próximos días juntos y que una de las principales cosas en una relación es poder cuidar el uno del otro.

—¿Y piensas que por decirme eso me quedará más tranquila? —Esperé. Su sonrisa mudó en una mueca más tímida, un tanto angustiada, que me arrepentí de provocar—. Te lo dejaré pasar por esta noche, pero ya hablaremos seriamente tú y yo.

—En ese caso, saldrás corriendo para poner la mayor distancia posible entre ambos.

—Haré ver que no has dicho eso. —Vacié el contenido de la copa en mi boca y después lo apunté con ésta—. Escúchame bien, campeón: jamás he necesitado el permiso de nadie para meterme en problemas; no necesito que me des permiso para meterme contigo... bueno, en realidad, sí para meterme contigo... En fin, ya sabes lo que quiero decir: te quiero por entero para mí. No me interesa tener a mi lado únicamente al campeón. Quiero también a este imbécil que cree que no puedo manejar esta situación, al idiota que tan a menudo demuestra ser tan antisocial e insoportable. No soy débil, campeón. —Lo amenacé con la copa—. He logrado sobrevivir a cuatro hermanos mayores del sexo masculino y tú, ni en lo bravo, ni en lo idiota, les llegas a la suela de los zapatos.

Nico cedió, dedicándome un amago de sonrisa.

—Tendremos esa conversación y deberás aceptar, te guste o no, que, si me quieres a tu lado, yo seré una parte de eso que te sucede. No puedes pretender que me quede de brazos cruzados y de lo más fresca si te ocurre algo. Tú no te quedarías tranquilo y como si nada si a mí me sucediese algo.

Nico me agarró por los codos.

—Sería distinto; por ti debería preocuparme, porque tú estás bien. No tienes problemas de salud...

—No digas una palabra más, ¿quieres? Si dices una sola palabra más, te golpearé y no será en tono juguetón. ¿De qué tienes miedo?, ¿de demostrarme que tienes debilidades, que eres vulnerable igual que cualquier otro ser humano? Me encanta que te creas fuerte, que te sientas capaz de cualquier cosa; sin embargo, es de idiota no pedir ayuda si la necesitas. Admiro tu fuerza y tu tenacidad, pero, si pretendes hacerme creer que eres perfecto, mejor terminamos esto antes de comenzar de verdad. Yo lo único que necesito de ti es que me demuestres que eres de carne y hueso.

Nico me sonrió con timidez sin enseñar los dientes, apartando su mirada para poder huir de la mía, dándome a entender que era probable que con mis palabras hubiese raspado la superficie del problema.

Lo empujé sobre sus abdominales con un puño cerrado.

—Hablo en serio, campeón. Te necesito a ti, no sólo al personaje. Te repito que, si quieres que esto funcione, mejor me dejas entrar.

Lo vi morderse el interior de los labios, todavía con la mirada perdida en algún punto por encima de mi cabeza. Imaginé que, si me miraba a los ojos, no le quedaría más remedio que admitir sus propias debilidades y por lo visto todavía no estaba listo para hacerlo ante mí.

Lo dejé pasar.

—Te lo advierto, no soy perfecta —bromeé.

La sonrisa de Siroco se amplió, enseñándome su estupenda dentadura. Bajó sus ojos azul celeste hasta los míos.

—Tú sí que lo eres. No podrías ser más perfecta para mí.

—*Naaa* —canturreé—; para ser perfecta debería tener unos quince centímetros más de altura —bromeé de nuevo, y él se carcajeó.

—No necesito quince centímetros más de ti; así como eres, eres mucho más de lo que yo puedo manejar.

—No te hagas ilusiones, campeón: soy mucho más de lo que tú puedas manipular...

—¿Manipular...?, que agradable elección de palabra. Por cierto, volviendo a lo que has mencionado antes, ¿así que debo demostrarte que soy de carne y hueso?

Con una ceja en alto, me quedé mirándolo.

—Sería muy buen comienzo.

—¿Será recíproco?

—¿Tú qué crees? —le contesté, acercando mis labios a los suyos.

—Lo que creo es que en este instante iremos a despedirnos de todos. —Con un movimiento rápido, me arrebató la copa de la mano y dejó la mía y la suya sobre una de las mesas de apoyo de las que había repartidas por todo el local. Una vez libre, tomó mis manos y se me vino encima para envolverle, con mis brazos y los suyos, por detrás de mi espalda; su boca quedó flotando sobre la mía—. Ya verás cómo, de camino al hotel, rompo con todos los récords de vuelta. Verás lo que significa ir con el más veloz de la categoría —susurró tentador.

—Espero no seas tan rápido para todo —lo reté.

—Bueno, no soy una máquina para todo, para algunas cosas soy de carne y hueso.

Iba a reírme, pero no llegué a mucho, pues Nico se comió mi risa con un beso que por poco me arranca hasta el alma. De pronto sus manos parecían estar en todas partes y las mías se me antojaron demasiado pequeñas para alcanzar a saciarme de su cuerpo; la necesidad era tanta que explotó en mí el miedo a perderlo por no ser suficiente, por no conseguir abarcar no sólo lo que lo hacía a él de carne y hueso, sino todo lo demás, lo que llevaba dentro.

Lo besé con todas mis ansias, con toda mi necesidad; degusté su boca con sabor a *champagne* y metí en mis pulmones el perfume de su piel y en mi cerebro, el tacto de

su cabello, el de la piel de su cuello, incluso el de su camisa. Mi abdomen, mis piernas, mi pecho, todo mi cuerpo comenzó a reconocer sus formas, adelantándome a lo que deseaba que llegase cuando al fin estuviésemos solos.

Nico apartó su boca de la mía, inspiró hondo y, todavía con los ojos cerrados, se relamió los labios.

—Mejor nos largamos de aquí ya. Ahora mismo buscamos a mi padre, a Dave y a Paul para despedirnos.

La cabeza me daba vueltas cuando se apartó de mi lado. Era como si acabase de bajarme de una centrifugadora.

Nico pescó mi mano y tiró de mí para meterse entre la gente que celebraba la victoria de Bravío en su tierra.

A nuestro paso, lo saludaban, lo felicitaban. Nico no se entretuvo demasiado con nadie; su urgencia por salir de allí resultaba más que evidente, si hasta creo que dejó a más de uno con ganas de hacerse una fotografía con él, de un autógrafo y probablemente también de una charla que fuese un poco más allá del «felicidades», «muchas gracias», «este año el campeonato será tuyo», «para eso trabajamos».

Por lo visto, Nico ya no estaba con ánimos de hacer vida social, y mucho menos de ejercer de «campeón del mundo». No podía decir que no me agradase la idea de que el resto de la noche simplemente fuese Nico.

No resultó fácil dar con quienes buscábamos.

El primero que Nico encontró fue a Paul.

El director del equipo, nada más vernos llegar, pareció muy dispuesto a ser él quien se largase de allí en primer lugar; podía entender que no le gustase ni un poco tenernos en frente juntos, aún menos agarrados de la mano, y todavía menos para saber que nos marchábamos; es que nadie más que él tenía el poder de decidir si aceptaba o no las exigencias del campeón del mundo con respecto a mí; él debía de estar al tanto de que me quedaría allí con Nico, y que viajaría con él a Mónaco para la siguiente competición.

Mientras se despedían, aparté la mirada. Para muchos, incluida yo misma, ésa sería una situación a la que poco a poco deberíamos acostumbrarnos.

La despedida, por suerte, fue rápida y, al instante de alejarnos de él, Nico divisó a Alfons y a Dave en un rincón, conversando con una de las personas de relaciones públicas.

La mirada de Paul hacia mí, al verme llegar con Nico, había sido incómoda, pero de un modo tímido; la forma en que me miraron el padre de Nico y su representante lo fue de un modo grosero. No es que hasta ese momento hubiesen sido descorteses conmigo —la verdad es que tampoco habían sido demasiado amables, pero no podía culparlos; lo mío con el campeón había surgido de una forma un tanto abrupta—, pero sí me dio la impresión de que, cuando Nico los avisó de que pensábamos

retirarnos, que estaba demasiado cansado y que no se sentía del todo bien, me miraron como si la culpa de todo la tuviese yo.

Inspiré hondo y procuré hacer ver que no lo notaba; si me daba por vencida tan pronto... Por Nico, deseé que ojalá a su padre se le pasase el enfado o lo que fuese que lo hacía mirarme de ese modo; lo que menos me interesaba era ser un punto de conflicto entre ambos y, si bien yo salía con Nico y no con su padre, esperaba poder tener una buena relación con él también; después de todo, Nico sólo lo tenía a él.

Alfons no se mostró muy feliz cuando su hijo le dijo que partíamos, aunque tampoco pudo obligarlo a quedarse; lo intentó con más de una corta frase seca que sonó a orden, con más de una recomendación en la que veló reprimendas sobre sus responsabilidades y sobre lo que era mejor para su carrera. Quizá sorprendiéndome un poco, Nico se plantó en su decisión y anunció nuestra marcha. Supuse que en muchas otras ocasiones habían ganado su padre y Dave; esa vez, prendido de mi mano, el campeón se dispuso a volar solo y me sacó de allí.

Ante la puerta, sin salir a la calle mientras esperábamos a que trajesen su automóvil, volvió a besarme y a sonreírme, ya mucho más relajado. Me hizo feliz verlo así.

—¿Sabes lo que acabo de hacer?

—¿Qué?

No le contesté que tenía la impresión de que acababa de hacer varias cosas: enojar a su padre; provocarle un problema a Dave, pues sería él quien debería hacerse cargo de excusarlo si alguien preguntaba por el campeón; decepcionar a muchos de los que habían acudido a la fiesta esa noche solamente para verlo... y también que, con lo que acababa de hacer, me había hecho sentir un poquito más importante y más dentro de su vida.

—He detenido el mapa y me he largado contigo —entonó sonriente.

Reí.

—¿Y eso?

—Es que eso es a lo que sabe mi existencia a veces. Es un mapa con una hoja de ruta de los sitios en los que debo estar, las cosas que debo hacer. Lo que acabo de hacer ha sido saltar fuera del mapa. —Me apretó contra sus costillas—. Tú y yo nos perderemos un par de días. —Me dio un rápido beso sobre los labios—. ¿Te parece bien?

—Siempre que eso no te cause demasiados problemas.

—Ningún problema, *petitona*. El problema lo hubiese tenido de seguir como hasta antes de conocerte.

Iba a comérmelo a besos, pero nos interrumpió una persona para avisarnos de que nuestro vehículo ya estaba en la puerta.

Los dos estábamos tan el uno en el otro que no nos importaron lo más mínimo los flashes que volvieron a estallar sobre nuestros rostros. ¡Y yo que imaginaba que ya se

habrían ido!, pero para nada. Al vernos salir así abrazados, enloquecieron, desesperados por una foto, por un beso, por una declaración oficial que Nico no tenía la menor intención de darles.

El campeón abrió la puerta de su Jaguar para mí y, a continuación, lo rodeó por delante para ponerse al volante. Nos largamos de allí a toda velocidad, para perdernos en las calles de Barcelona vestidas de noche, de camino a su hotel.

Entre caricias y besos, llegamos al mismo.

El ascensor se detuvo y una campanilla muy suave sonó, anunciando la inminente apertura de las puertas.

Era tarde, por lo que allí reinaban la calma y el silencio; si hasta en la recepción podría haberse oído el canto de un grillo, por la tranquilidad que había cuando nos atendió un somnoliento recepcionista que, de no estar tan dormido, creo que habría saltado por encima del mostrador de la recepción para abrazar al campeón y hacerse una fotografía con él.

—Aquí es —anunció Nico indicando con un gesto galante las puertas que se abrían—. Después de ti.

—Gracias. —Al pasar por su lado, toque sus labios con los míos.

Salí a un muy moderno pasillo, en el que apenas había un par de puertas.

Lo sentí llegar por detrás y posar sus manos sobre la parte baja de mi espalda.

—A la derecha —susurró en mi oído derecho, pegándose a mí.

Giré la cabeza y vi que, en ese pasillo blanco, gris y negro, muy moderno, hacia la derecha sólo había una puerta.

—Por lo visto tienes mucha privacidad aquí.

—Sí, podrás gritar todo lo que quieras —entonó con voz sedosa, para comenzar a besar mi cuello y la piel de detrás de mi oreja.

Reí.

—¿Lo dices por pedir auxilio o...?

—Sí, quizá necesites que te rescaten. Cada vez se me antoja menos separarme de ti.

—Pues tendrás que esforzarte al máximo para convencerme de que me quede.

Nico imprimió sus besos por encima de mi cuello hasta llegar a mi nuca, y allí, en mis cortos cabellos, hundió su nariz para inspirar profundamente y con una necesidad tal que todo mi cuerpo se alteró. Con sus manos en mi cintura, me pegó a él.

Una de mis manos cogió la suya y la otra, su cuello.

—Si sigues así, no lograremos llegar a tu habitación y, si bien esto es muy privado, no creo que debamos...

El campeón no me permitió terminar la frase. Con un movimiento decidido y fuerte, me hizo girar sobre mis talones para ponerme de frente a él. No le costó nada alzarme para que nuestras bocas quedasen a la misma altura.

Mis brazos rodearon su cuello; mis piernas, sus caderas.

Lo sentí tenso y fuerte debajo de mí, y eso me hizo besarlo todavía con más ansias, con más necesidad.

Ni sus manos ni las mías podían con nuestra urgencia.

A paso decidido, Nico me llevó hasta su puerta, devorando mi boca con besos que me consumían con esas mismas ganas que durante tanto tiempo deseé que tuviese de lo que yo preparaba en la cocina del equipo. Sin duda eso era mucho mejor que verlo comer alguno de mis postres o tartas, o que cualquier comida que pudiese ayudar a Suri a preparar. Que su boca la reservase para mí, mejor así.

Dimos contra la puerta y Nico pegó sus manos a mi trasero, apretándome todavía más contra él. Se me escapó un jadeo, porque mi piel pedía a gritos la suya... imagino que desde la primera vez que lo vi y, como llevaba dos meses acumulando la ansiedad de la distancia, se deshacía en trozos ante su tacto.

«Dos meses atrás», pensé, y mi cerebro dejó de funcionar después de que sus labios se apartasen de mí para sonreírme.

—¿Qué? —jadeé dentro de su boca.

La respuesta llegó primero en sus ojos azul celeste fijos en los míos.

Se me puso la piel de gallina. Quise abrazarlo y pegarlo a mí para siempre. No quería volver a separarme de él en mi vida.

—No puedo creer que esto esté sucediendo.

—Quiero creer que no te arrepientes.

Me miró, parpadeó, sonrió y me besó rápido una vez más.

—No, es sólo que creí que jamás sucedería. Estaba seguro de que no ocurriría, creí que te hartarías de mí, de lo que soy, de lo que implica estar conmigo, incluso sin saber todo lo que implica estar conmigo. Es que no puedo creer que quieras seguir adelante.

—Y yo todavía no puedo creer que aún no hayas abierto esa puerta y me permitas entrar de una buena vez. Te amo, Nico. Yo sólo quiero estar contigo. —Estirando el cuello, uní mis labios a los suyos, provocándole una amplia sonrisa.

—También te amo, *petitona*. Te amo no sólo por lo que eres, sino también por estar aquí. —Guardó silencio mirándome directamente a los ojos otra vez—. Te amo —estampó un beso sobre mis labios—, te amo —y otro beso más—, te amo.

Por poco lo estrangulo debido al abrazo que le di, en que apreté su cuello para pegarlo a mí mientras reía.

—Abre ya la condenada puerta de una maldita vez, campeón, que llevo dos meses esperando esto.

—Corrección: todavía no hace dos meses que nos conocemos, eso será en tres días.

—¿Llevas la cuenta?

—¿Tú qué crees? —me contestó sonriendo, rebosante de felicidad y de algo que me pareció que era orgullo—. Nunca olvidaré nuestro primer encuentro en la cocina.

—Ni yo.

—No esperemos más —soltó, y sacó del bolsillo trasero de sus pantalones la tarjeta, que pasó por el lector para abrir la puerta, la cual, al instante, desapareció de detrás de mi espalda.

Nico, todavía cargándome, dio un par de pasos dentro de la habitación para cerrar luego la puerta de una patada. Por lo que pude pescar por el rabillo del ojo entre los besos que nos prodigábamos, percibí que todo allí dentro era igual de moderno que en el exterior, quizá un tanto frío y desde luego muy muy amplio. Ésa debía de ser una *suite* con todas las de la ley; apenas parecía utilizada, por el orden que reinaba en ella. El caso es que no detecté nada fuera de lugar de camino a su habitación. Tampoco allí había ropa por en medio, ni toallas abandonadas con prisas, ni zapatos olvidados medio debajo de la cama... cama que, por cierto, era enorme.

Nico me bajó al suelo. La luz de la luna que entraba por la ventana nos iluminó a ambos.

Detecté una única maleta a los pies de la cama, muy pequeña, que estaba cerrada pero sin los cierres pasados; de cualquier modo, nada asomaba de ésta. Allí también había una bolsa grande, negra; era con la que solía verlo ir y venir del circuito, y una maleta de mano, una de esas que algunas mujeres usan de neceser de viaje. No me sorprendió ser testigo de su pulcritud, de lo organizado que era; probablemente ya estuviese listo para partir la mañana siguiente.

—Éste no es el mejor sitio —susurró acariciando con una mano mi mejilla y con la otra mi cuello—, te preferiría en mi casa, en Mónaco.

—No veo la hora de estar allí contigo. Quiero comprobar si tienes tu habitación así de ordenada, ver si tienes ropa sucia tirada por los rincones o restos de comida debajo de la cama. —Reí—. Me muero de ganas por conocer dónde vives, de ver tus cosas, de estar allí, rodeada de tu perfume. —Me apreté contra él—. Por lo pronto, deberé contentarme con esto.

—Menos mal que puedes conformarte con esto por el momento. —Movié su cuerpo, jugueteón, sobre el mío al tiempo que reía.

Por poco me estalla el cerebro al sentirlo; Nico me deseaba tanto como yo a él.

—Y no, no escondo restos de comida debajo de la cama, ni dejo la ropa sucia tirada por ahí. Con tanto viaje aprendes a ser ordenado y disciplinado. Es eso o, con tanto ir y venir, pierdes hasta la cabeza. No me resultó fácil acostumbrarme a ser así

de metódico, y aún menos lo fue amoldarme a serlo de adolescente, sobre todo porque eso implicaba llevar un orden y un cuidado de mi medicación y mis necesidades, de las que prefería no tener que depender.

—Eres mi héroe, ¿lo sabes?

—¿Por qué?, ¿por no dejar ropa sucia tirada por el suelo? Te lo advierto: cuando me ducho, mojo todo el baño. ¿Eso a las mujeres os fastidia, no?

—Por tu fuerza de voluntad, idiota.

—Solamente tuve que esforzarme por amoldar esa realidad a mi vida; era eso o la derrota y, como te imaginarás, no me gusta nada perder —canturreó meneando la cabeza.

—Lo llevas con entereza.

Nico rio.

—No te creas... Tengo días de mierda, días en que odio mi cuerpo por estar enfermo, días en que me fastidia saber que por ahí hay gente que no tiene que lidiar con esto. Sé que hay personas que están mucho más enfermas que yo —meneó la cabeza—, pero a veces, simplemente, estoy cansado y me pongo de mal humor y quiero gritar y...

Acuné su rostro con mis manos.

—Allí estaré yo para ti. Cuando tengas ganas de gritar, cuando tengas días de mierda, allí quiero estar para ti.

—No soy un héroe —me dijo mirándome muy serio—. A veces soy simplemente muy yo, y tú siempre pareces tan decidida a sonreír, a ser feliz...

—Ok, mejor dejemos de idealizarnos el uno al otro y vuelves a besarme.

Y eso hizo. La boca de Nico aterrizó sobre mis labios, dulce, cuidadosa, tomando todo de mí muy despacio, demostrándome que valoraba eso gota a gota, sin intención de perderse ni un solo segundo por llegar al final. Así como disfrutaba de toda la carrera desde la parrilla de salida hasta la meta, incluyendo cada curva, cada sobrepaso, las entradas a *boxes* y los cambios de clima, Nico me besó para saciarse de mí, para permitirme reconocerlo en cada movimiento, en cada inspiración, incluso en aquellos momentos en que, involuntariamente o no, se apartaba un poco de mí o tocaba tal o cual parte de mi cuerpo.

Tener sus manos en mi cabello cuando yo creía que lo odiaba... su fuerte torso pegado al mío, casi plano; sus manos alrededor de mi cintura, en un abrazo tierno y al mismo tiempo candente. Poder conocer a alguien cuando lo único que habla es su cuerpo no tiene precio, y eso me permitió hacer Nico mientras nos dedicábamos besos y caricias.

Casi había olvidado la última vez que me sentí así de bien con alguien, aunque no había sido, seguro, nada tan bueno como eso. No quedaban rastros de dudas en mi cabeza, tampoco vergüenza; el caso es que, pese a todo, no podía ni ponerme a pensar en qué opinaría él de mi cuerpo, de mis caricias, de mis besos, de mi modo de estar

con él. Porque Nico no me permitía perderme en divagaciones, no podía ir más allá de nosotros dos... y nosotros dos éramos, juntos, solamente una necesidad y un deseo, un abrazo lleno de placer, también tocado por una gran porción de ternura que se nos iba en las miradas, en el tacto de nuestros dedos y labios.

Inspiré hondo sobre su mejilla mientras mis manos soltaban los últimos botones de su camisa.

Nico susurró mi nombre.

Me aparté un poco de él para mirarlo a los ojos. Bastó con esa mirada para entender que nos necesitábamos y queríamos de igual modo y que podíamos extraernos de toda la realidad, que tan complicada era, para ser simplemente nosotros allí dentro, o entre cuatro paredes, fuera donde fuese, así se tratara de la habitación más insípida de hotel, su casa en Mónaco o su autocaravana. Nico era mi lugar seguro fuera del mapa, mi escondite y perdición.

Acabé de comprender que estaba completamente perdida por él cuando le quité la camisa, empujándola por sus hombros hasta sus brazos, y asimilé que él sería para mí así como yo para él.

Sin parar de tocarnos ni besarnos, Nico me quitó la blusa y el sostén, y agradecí tener la oportunidad de poder volver a pegarme a él, de sentir toda su piel sobre mí. Él, respirando contra mi pecho, su pecho subiendo y bajando, su piel rozando la mía, casi uniéndose a ésta en cada respiración... si es que incluso me dio la impresión de que, a través de su piel, sus pulmones daban aire a los míos.

Era la simbiosis perfecta. La unión más delicada y sublime, pese a su infinita fragilidad. Lo grandioso muchas veces no suele ser muy fuerte, pero mejor así; nada que sea fácil, nada que no cueste ser conservado, nada que no implique el suficiente cuidado, suele merecer demasiado la pena. Lo bueno y maravilloso cuesta, por eso se lucha, para eso se vive, y yo entendí que, pese a ser eso tan reciente, viviría por él. No es extraño que, al principio de una relación, cuando todo es ilusión, nos engañemos con amor eterno. Sí, otras veces quise creer que duraría para toda la vida y sólo fueron meses, pero allí había algo distinto; no era como cuando creía que todo sería perfecto, que nada nos separaría, que sería un «vivieron felices y comieron perdices», sino que tenía plena conciencia de que podía haber momentos muy malos, que también tendríamos otros muy felices, otros tranquilos y silenciosos, que podría haber distancia entre nosotros... sin embargo, ninguna real, quizá solamente alguna física, o quizá alguna provocada por una discusión, incluso por un final... pero aquello que nos unía siempre estaría allí. Difícil poner en palabras las razones que me hacían sentir eso; no obstante, allí estaban, delante de mí, en su mirada, en sus manos en mis caderas justo por encima de la cintura de mis vaqueros. Siempre creí que mi vida dependería de descubrir lo que quería ser, de la profesión que desease elegir, del lugar en el que viviese, de la familia que pudiese formar o no, incluso de los amigos que tuviese. En ese momento, frente a Nico, comprendí que mi vida dependía de algo muy distinto: de lo que experimentase, de los sentimientos a los que me atreviese a liberarme, de las alegrías, los dolores y las situaciones a las que me expusiese.

No pude ni quise contener los latidos enloquecidos que mi corazón se puso a dar dentro de mi pecho cuando di rienda suelta a la felicidad, la pasión y el deseo que me embargaba en este instante. Yo era eso y Nico, mi réplica, pero encerrada en una forma física distinta que no era más que un detalle ínfimo en un mundo de coincidencia que nos unía en este momento y mucho más allá de él.

No desprendimos del resto de nuestras prendas y, mucho más que eso, nos desprendimos del mundo para ser solamente él y yo, allí, en esa habitación de hotel.

Con sus besos y sus manos, recorrió mi piel desnuda; con su cuerpo, le dio nueva forma al mío. Nico se aprendió mis curvas como las de un circuito y le dejé hacer, porque quería que me conociese tan bien como yo necesitaba conocerlo a él. Durante mis viajes, había visto paisajes increíbles que me emperré en retratar con mi cámara fotográfica para no olvidarlos; en cambio, el que tenía allí y ahora a mi disposición, el de su espalda, su trasero, sus brazos, su pecho y su abdomen... él siendo él, sería un paisaje que no olvidaría jamás, porque acababa de quedar grabado en mis retinas y en mi cerebro para siempre.

En la fuerza siempre hay un poco de debilidad, y por eso sus manos temblaron, una junto a mi rostro y la otra por detrás de mi muslo izquierdo, con la cual sostenía mi pierna sobre su cadera, en el momento de penetrarme.

Sus besos no dudaron ni fueron débiles, pero no por eso resultaron menos cariñosos, menos cargados de amor y cuidado.

Definitivamente, Nico era muy de carne y hueso. Allí conmigo no estaba el campeón del mundo; ni rastro del hombre metódico, organizado, planificador y quizá algo frío que se movía por los circuitos. Con su piel completamente pegada a la mía, se permitía ser tan consciente del mundo como lo era yo. Y él fue consciente de mí, de lo que le hice sentir, de lo que experimentamos juntos en ese momento íntimo que nada tenía que ver con la desnudez, sino más bien con la primera vez en que éramos nosotros dos juntos uno frente al otro.

Cuando el deseo se transforma en placer, el placer en amor y el amor en eso que teníamos allí, entre nosotros, sobre nosotros y a nuestro alrededor, nada parece imposible, ni siquiera que un cinco veces campeón del mundo de la Fórmula Uno, diabético, metódico y un tanto mandón, se enamore de una pastelera también un tanto mandona y demasiado acostumbrada a ir por la vida de aquí para allá sin saber dónde o con quién estará al día siguiente.

Acostada de lado, con él también de lado frente a mí, durmiendo tranquilo abandonado a sus sueños, libre de sí mismo, acariciando su cara tanto con mis dedos como con mis labios, respirando el mismo aire los dos, le permití a Morfeo llevarme para que me condujese al mismo lugar donde estaba él.

Todavía no podía creer que estuviese tumbada a su lado, que sus brazos envolviesen mi cuerpo, que lo primero que vería por la mañana sería su rostro.

Sé que me quedé dormida con una gran sonrisa en los labios.

* * *

Algo me hizo cosquillas en los labios; a continuación, en la mejilla derecha, y luego subió hasta mi frente para meterse entre los cortísimos cabellos que tenía por delante. El cosquilleo bajó una vez más por mi frente, para seguir toda la línea de mi nariz, provocándome ganas de estornudar.

Moví la nariz y los labios, sin conseguir apartar las cosquillas de mí.

Percibí su perfume y recordé dónde estaba y, lo más importante, con quién.

—*Petitona... Petitona meva*, ¿estás muy dormida?

Entonces fue su voz la que me hizo cosquillas, esa vez en los oídos.

El fino chorro de aire que olía a su aliento, a su perfume, se movió por mi boca de un lado al otro y se interrumpió súbitamente. Lo siguiente que percibí fueron sus labios contra los míos, su nariz rozando mi mejilla y todo él contra mi cuerpo.

Inspiré tan hondo como pude y abrí los ojos para captar por completo esa magnífica experiencia.

—Buenos días —me saludó.

—Buenos días —le contesté acurrucándome contra su cuerpo y entre sus brazos, con los que me envolvió. Vi que llevaba puesta una simple camiseta blanca y unos bóxers, que tenía cara de dormido y estaba despeinado, y aun así no pudo ser una visión más maravillosa.

Dudaba de que yo diese la misma impresión; tenía la sensación de llevar durmiendo demasiado tiempo y quizá así fuese, pues el sol entraba a raudales por la ventana, dorado e intenso.

—¿Has pasado buena noche?

—Estupenda. —Estiré mis piernas y espalda sin despegarme de él—. ¿Qué tal tú? ¿Te he dejado dormir bien? No ocupo demasiado colchón —bromeé.

—Toda cama debe parecer enorme si la comparto contigo, jamás consigo sentir que te tengo demasiado cerca. —Me apretó contra él—. Me gusta mucho dormir a tu lado. Es una experiencia que me gustaría repetir.

Reí.

—Genial, porque a mí también.

—Tenía miedo de que te largaras durante la noche.

—¿Qué?, ¿por qué iba a hacer algo así? —Abrí los ojos y moví la cara para que quedase justo frente a la suya.

—Porque esto, a partir de ahora, es la vida normal. Mi vida normal, que no será muy normal para ti.

—No planeo ir a ninguna parte, Nico.

Una de sus manos acarició mi rostro mientras inspiraba hondo.

—Por la noche me he despertado un par de veces y ha sido agradable comprobar que aún continuabas aquí conmigo. Amanecer y tenerte a mi lado ha sido un alivio.

—Estoy donde quiero estar. Tengo suerte de poder hacerlo.

—Es tu última oportunidad. He pedido el desayuno y ahora nos lo traerán. Empieza el día, pero todavía estás a tiempo de largarte.

Di un pellizco a la parte baja de su espalda. Nico estaba tan en forma que apenas le sobraba piel de la cual prenderme para pellizcarlo.

Se rio.

—Es en serio, Natalia; con el desayuno empieza mi rutina.

—No me iré a menos que me eches, y me gustaría ver cómo lo intentas, campeón.

—Ok. —Me dio un rápido beso y sonrió sobre mis labios—. No sé qué te gusta tomar para desayunar, de modo que he encargado uno completo. Espero que tengas hambre.

—La verdad es que sí.

Nico le dio una palmadita suave a mi trasero y tocó mis labios con los suyos una vez más.

—Iré a buscarlo, en seguida regreso. —De un salto, se escapó de la cama y de mis brazos para dirigirse a la puerta de la habitación.

Me desperecé una vez más y fui al baño a intentar ponerme un poco presentable.

Al regresar, envuelta en una bata, lo encontré sobre la cama; allí había desplegadas dos bandejas con una infinidad de platos y cuencos con fruta, tostadas, bollos dulces... no faltaba tampoco yogur, zumos, huevos, cereales. Sobre el carrito, junto a la cama, dos jarras, un plato con variedad de té y tazas limpias.

Mi vista regresó a la cama, donde estaba él sentado, más precisamente a esa bolsa tipo neceser que había visto por la noche en el banco a los pies de la cama. Nico lo tenía ahora entre las piernas, abierto. Allí estaban todos sus medicamentos. Sobre uno de sus muslos descansaba un pequeño estuche azul, no más grande que uno para gafas, abierto. Éste contenía una especie de lápiz plateado.

Lo miré y me sonrió con timidez, con un deje de angustia.

No necesité que me explicase que ese objeto era su aplicador de insulina.

Por su lado, trepé a la cama. Me senté justo detrás de él y lo abracé por la espalda para besar el espacio entre su cuello y su hombro.

Nico giró la cabeza hacia mí y besó mi mano sobre su hombro.

—¿Te impresionan las agujas?

—No. —Hice una pausa mientras él sacaba el lápiz del estuche—. ¿Duele?

Negó con la cabeza.

Nico bajó el lápiz hasta la parte inferior de sus abdominales y se inyectó.

—¿Cuántas veces al día te inyectas y para qué son cada una de esas cosas? —le pregunté, apoyando mi mentón sobre su hombro para espiar en dirección al neceser—. Imagino que me costará un poco aprenderme toda tu rutina; mejor si empezamos ya mismo, ¿no te parece? Quiero saberlo todo.

Nico me observó de refilón por el rabillo del ojo como dudando.

—Campeón, o eso o me pides una cita con tu médico para que me lo explique todo. Además, cuenta con que te acompañaré la próxima vez que debas ir a hacerte un control o lo que sea. Que tú y yo vamos sin medias tintas, Siroco. Esto es a todo o nada. Anda, habla, explícame para qué tomas cada una de esas pastillas.

Nico resopló.

—Ya te dije que no quiero otra enfermera.

—No soy tu enfermera, soy tu novia, y si yo estuviese en tu lugar, me gustaría que te interesaras por mi salud.

—Claro que me interesaría por tu salud, evidentemente cuidaría de ti.

—Pues es lo mismo, Nico. Habla. Soy todo oídos y ya estoy bien despierta y, por suerte, creo que tengo bastante buena memoria. En un par de días podré repetirte la lista de todo lo que tomas y a qué hora, ya lo verás —solté, medio en broma, medio en serio. De cualquier modo, lo más probable era que sí lo recordase todo; quería a Nico muchos años a mi lado, por lo que mantener su buen estado de salud resultaba primordial para mí.

El campeón del mundo me hizo acomodarme a su lado, mientras comenzaba a explicarme para qué servía cada pastilla y cada cuánto las tomaba. Luego desayunamos. También me puso al día sobre la dieta que seguía, sobre su rutina de ejercicios y de entrenamiento, los médicos a los que veía, incluidos muchos de medicina alternativa.

Debido a su enfermedad, y a las dolencias que tenía a consecuencia de la diabetes y a su profesión, se podía decir que Nico casi trabajaba las veinticuatro horas del día, desde lo que comía hasta la casi mayor parte de sus actividades, que llevaba a cabo hubiese o no carrera, estaban dedicadas a mantener su estado físico y mental. Entrenaba sus músculos, sus reflejos, su memoria. Seguía una dieta estricta, que no solamente incluía mucha comida sana, sino también un batallón de suplementos dietéticos destinados a mantener e incrementar su rendimiento físico y su salud. Su dedicación para con su cuerpo y su salud era equiparable a la de un atleta olímpico o, por lo menos, a mí me dio esa impresión. Y, por lo que me contó sobre su rutina, también me dio la sensación de que Nico, más allá de procurar mantenerse en buen estado físico, estaba también emperrado en mejorar cada día, buscando nuevas técnicas de entrenamiento. Para él se trataba de la búsqueda de innovación constante, de superación constante. Su meta no parecía estar ni remotamente cercana, y me figuré que eso se debía a que él exigía más y más a cada paso que avanzaba.

Cuando le comenté que lo admiraba por eso, me propuso entrenar con él y, como estaba tan embobada y obnubilada por Nico, por su fuerza, accedí a pesar de saber que era probable que me arrepintiese.

Tuve la confirmación de que me arrepentiría cuando me dijo que no tenía ni idea de dónde acababa de meterme.

Conversando y desayunando, se nos fue parte de la mañana, que terminó con él apartando las bandejas para hacer el amor otra vez, para después ir a la ducha y dedicarnos todos los cariños y los besos que veníamos acumulando desde la primera vez que nos vimos, ese 18 de marzo que cambiaría nuestras vidas casi sin que nos diésemos cuenta.

Sin prisa y sin despegarnos demasiado el uno del otro, nos preparamos para salir.

En su coche, cargamos sus cosas para dejar su hotel y partir en dirección al mío, para que yo pudiese quitarme la ropa que llevé la noche anterior y recogiese mi maleta; así podríamos salir rumbo a su pueblo, para que me presentase a su familia, para que me mostrara el lugar en el que había crecido, para que celebráramos allí su cumpleaños.

Dejamos Barcelona en dirección a Castellet y Gornal, con un día espléndido de sol sobre nuestras cabezas y a nuestro alrededor.

Por lo que Nico me contó, Alfons nos esperaba allí, pero, como me dijo, no teníamos prisa en llegar; quería enseñarme los alrededores y, antes de ir al pueblo, pasaríamos a comer por un restaurante, el Gaudí Garraf, que resultó ser un lugar soñado con una arquitectura y unas vistas increíbles.

Comimos tranquilos, conversando y compartiendo también el silencio sin perdernos de vista, sin desaprovechar la visión de la playa, del mar.

Sentados muy juntos, después de comer, Nico me contó lo mucho que añoraba a su madre, pese a los pocos recuerdos tenía de ella; más que nada, lo que sentía era que le había faltado una madre y, sin embargo, de cualquier modo, no se sentía con derecho a reclamar nada, porque la vida le había dado mucho, demasiado. Según me explicó, era consciente de lo afortunado que era, de que podía llevar una vida privilegiada que le permitía trabajar en aquello que era su pasión, que había podido conocer el mundo y a mucha gente distinta con culturas muy diversas. Sobre todo también me dejó claro que, a pesar de haber dado todo de sí, de haber luchado y seguir batallando por alcanzar sus objetivos, se consideraba una persona con suerte, porque él sabía de otros que se habían esforzado tanto como él y no habían llegado tan lejos.

Nico me explicó que quería llegar a los siete campeonatos mundiales, al igual que Michael Schumacher; que de él admiraba su ambición, su inteligencia, su motivación y esa ferviente determinación que lo había empujado a ser el número uno sobrepasando todos sus límites y todas las adversidades.

De Senna me habló con un cariño y un fervor que no tenía que ver con la cantidad de carreras, *pole positions* o campeonatos que hubiese ganado el brasileño, sino más

bien con lo que él era como persona, como símbolo y motivación para muchos. Eso lo había visto gracias a los documentales; ese piloto transmitía, con esa mirada fija cuando se concentraba antes de la salida, mucho... Muchos decían que estar en su presencia era impresionante, y tantos otros aseguraban que era un hombre extraordinario como persona, mucho mejor fuera de su automóvil que dentro de éste.

—¿Sabías que Senna, a su muerte, dejó casi cuatrocientos millones de dólares para ayudar a niños con necesidades en Brasil? Él decía que quería una vida plena, intensa, y que nunca podría vivir parcialmente. El mismo año que murió, declaró que sabía que no resistiría vivir con una lesión o con una enfermedad, y que, si alguna vez tenía un accidente que le costara la vida, prefería que fuese de manera instantánea. Él estaba hecho para esto; respiraba esta vida, vivía por esta vida. Ni siquiera necesitaba el dinero que ganaba compitiendo para vivir, porque provenía de una familia adinerada.

—No creo que tú corras por el dinero y, sin duda, has pasado por encima de tu enfermedad para seguir compitiendo. —Al remarcarle eso último, Nico me sonrió.

Tomándome de la mano, me contó el peor susto que se había llevado corriendo, cuando una vez, practicando en Silverstone —en el mismo trazado en el que Schumacher sufrió un accidente en el que se rompió una pierna—, cuando apenas era un piloto de las categorías inferiores probando un Fórmula Uno, en plena recta, uno de sus neumáticos traseros explotó, perdió el control del vehículo y esto provocó que saliese despedido hacia delante, sin poder controlar el automóvil. Nico me explicó que sólo vio las protecciones viniéndosele encima, sin que él pudiese hacer nada por modificar la dirección en la que avanzaba.

El choque había sido fuerte y, durante aproximadamente un mes, soñó con el momento en el que su coche se enterraba en los neumáticos a toda velocidad. Sí, por unos segundos temió por su vida, pero, por suerte, del accidente había salido ileso, simplemente con muchos dolores corporales y algunas contusiones nada más.

Escuchar cómo me contaba eso me dio miedo. Mi reacción fue tocar su rostro, pegarme más a él para asegurarme de que, en el presente, estaba bien, a salvo, a mi lado.

Me narró sus aventuras en el *karting* cuando era pequeño, y yo le hablé de las travesuras con mis hermanos. Él quiso saber cosas sobre mis padres, y especialmente cómo había sido crecer en una familia tan numerosa. Me dijo que tenía mucha suerte de tenerlos, que sin duda mi infancia había sido toda una aventura.

Hablamos de sus viajes, de mis recetas e incluso del porqué de lo corto de mi cabello, a lo que solamente pude responderle que porque así era yo; el cabello muy corto iba mejor conmigo.

—Eres tú —me dijo sonriendo para pasar una mano por mi nuca desde el cuello hacia arriba, acariciándome con sus dedos.

El almuerzo se extendió de la manera más deliciosa hasta muy entrada la tarde y entonces no nos quedó más remedio que partir, porque su padre le mandó dos mensajes de texto para saber dónde estábamos y para decirle que prefería que no nos

pescase la noche a mitad de camino. Además, según dijo, toda su familia lo estaba esperando.

Fue en ese momento, antes de partir, en ese sitio que definitivamente parecía fuera del mapa, cuando, con su móvil, nos hicimos nuestras primeras fotografías juntos, además de algunas que él me sacó a mí, para guardárselas, y otras que yo le hice a él, para que luego me las pasara a mi correo y así conservarlas.

Muy pegados otra vez, nos montamos en su coche para seguir camino al pueblo de su familia.

19. Lugares que te hacen ser quien eres

—Casi hemos llegado —me avisó Nico, apartando la mano de la palanca de cambios para posarla sobre la mía, que descansaba encima de mis piernas—. ¿Estás bien?

Llevaba un par de minutos en silencio, intentando concentrarme en el horizonte para evitar prestarle atención a los pensamientos en mi cerebro. Es que no podía evitar estar nerviosa; allí, en su pueblo, nos esperaba su padre y el resto de su familia. Quería que todo resultase bien entre nosotros y parar de preguntarme si me aceptarían, si les caería bien o qué pensarían de que Nico hubiese terminado su relación con Mónica para empezar, así tan pronto, una conmigo.

Inspiré hondo una vez más; allí frente a nosotros, el sol comenzaba su descenso hacia la espectacular línea del horizonte.

—Sí —contesté. No conseguí engañarme ni a mí misma.

—¿Sí? —Giró la cabeza en mi dirección, sonriéndome.

—Estoy nerviosa, Nico; voy a conocer a toda tu familia.

—No pasa nada, no son tantas personas; seguro que tu familia es más grande. No quiero ni pensar en la hora en la que deba enfrentarme a tus hermanos.

—Es que... —Se me escapó el aire de los pulmones. Su mano apretó la mía para darme fuerzas—. Bueno, como lo nuestro es tan reciente y hasta hace nada todavía estabas con Mónica... quizá no vean esto con buenos ojos.

—Estoy seguro de que lo que desea mi familia es verme feliz, y yo estoy feliz aquí contigo.

—Sí, pero...

—Relájate, ¿quieres?

—Lo intentaré; de todas formas, sabes que tengo razón. A todo el mundo le sorprende verte conmigo. Ha sido un cambio muy...

—Yo no he cambiado a nadie por nadie, y lo mío con Mónica llevaba quizá demasiado tiempo finalizado, Natalia.

—Ok, yo lo entiendo; sin embargo, es probable que la gente no lo vea así.

—¿Empiezas a arrepentirte?

—No, ¡no! No digas tonterías, no es eso, es que...

—Tendrán que aceptarte, porque yo te quiero conmigo. No me importa lo que los demás opinen sobre nosotros; es nuestra vida y la de nadie más, y yo hago con mi vida lo que quiero; bien, al menos hago lo que quiero con mi vida privada.

Intercambiamos una larga mirada.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no me dices?, ¿qué es lo que tienes atragantado? Vamos, escúpelo, que te veo con tal cara de torturada que empiezo a sufrir por ti.

—No es nada —mentí para dejarlo pasar; no me atrevía a decirle que percibía cierta hostilidad por parte de su padre, sobre todo porque todavía no había pasado el suficiente tiempo con él como para saber si esa parquedad era real o sólo mi miedo a no ser aceptada, a no ser suficiente para Nico, a no ser capaz de amoldarme a su vida y sus necesidades; en resumen, de no estar a su altura. Todos esos temores me estaban pasando factura en ese instante.

—No te creo. ¿Estás segura de que no quieres contarme de qué se trata?

—Nada... es eso, que estoy nerviosa.

—Bueno, no tienes por qué estarlo.

—¿Les has hablado de nosotros?

—No, yo no; de cualquier modo, imagino que lo han visto por televisión.

—Sí, cierto. —Cómo no, medio mundo debía de habernos visto besándonos.

—Tranquila, todo saldrá bien. Mira. —Despegó su mano de la mía y señaló hacia mi derecha.

Giré la cabeza para ver, en una esquina, en lo que comenzaba a ser un sitio algo más urbanizado de lo que había sido el camino hasta entonces, un cartel en el que ponía «Benvingut, Nico. Quíntuple campió de la F1».

—Bienvenido, Nico. Quíntuple campeón de la F1 —tradujo para mí—. Imagino que están esperándonos.

—Esperándote. Deben de estar orgullosos de ti.

—El hijo pródigo —bromeó.

—No lo dudo.

Nico giró el volante para dirigir el automóvil hacia la entrada del pueblo.

—Algunos de mis familiares viven por aquí cerca; nuestra casa está un poco más arriba, queda un poco más perdida, más apartada; espero que te guste, es un lugar tranquilo, rodeado de naturaleza. Aquí no hay mucho que hacer, pero para cambiar la rutina sirve. Para tumultos de gente y civilización moderna ya tengo el resto del año.

—Suenas muy bien para mí, yo sólo necesito estar contigo, que pasemos un poco de tiempo solos tú y yo y... —El resto de las palabras de la frase me las tragué, para

que volvieresen a bajar por mi garganta cuando vi a los lados de la calle, a la entrada del pueblo, una pequeña multitud reunida en lo que parecía una muy agradable celebración. Había mesas y sillas sobre la acera, luces colgadas de un lado al otro sobre el asfalto y de balcón a balcón entre las casitas, que tenían toda la apariencia de ser muy antiguas. La gente rodeaba las mesas, sobre las que divisé muchas botellas, vasos y platos con comida. Sonaba música y había un par de señoras y señores mayores acomodados en sillas junto al cordón. Había también niños corriendo por todas partes, un par de ellos con gorras y camisetas de Bravío; algunos adultos también las vestían.

—No puedo creérmelo —soltó Nico, riendo.

A un lado del camino habían organizado unos fuegos y, sobre éstos, detecté un par de paelleras grandes.

Era una fiesta de bienvenida con todas las de la ley.

Nico tocó la bocina e hizo parpadear las luces de su automóvil, atrayendo la atención de todos.

Casi de inmediato, cuando todos se volvieron a mirarnos, detecté a Alfons no sólo porque llevaba puesto un jersey del equipo, sino porque, además, era rubio y alto como su hijo, con sus mismos ojos, sólo que en ese momento no me miraba con la misma alegría con la que lo hacía Nico. ¿Acaso esperaba que hubiese desistido?, ¿que Nico se hubiese arrepentido en el último momento de traerme o incluso de tenerme a su lado?

Alejé en lo posible aquella idea. Mi plan era disfrutar de esos días. Seguro que al progenitor de Nico se le pasaría; debía de ser la sorpresa por todo ese cambio, por lo abrupto del inicio de nuestra relación.

Se armó un revuelo considerable y se oyó un griterío feliz, que me provocó ese tipo de nervios bonitos que hacen que sientas cosquillas en el estómago.

La gente allí reunida se apartó de las mesas, dejó de bailar e incluso se olvidó de la comida, una paella que olía como los dioses, y vino hacia nosotros gritando vítores y riendo.

Nico rio un poco más y todavía con muchas más ganas, lo que expulsó de mí toda ansiedad.

—¡Nico, Nico! ¡Campeón, campeón! —chillaban los niños de todas las edades que se nos echaron encima.

Nico se vio obligado a detener el vehículo, porque quedamos rodeados de gente deseosa y muy alegre de tener la oportunidad no sólo de verlo, sino además de poder saludarlo.

El motor del coche quedó en silencio y entonces sólo se oyó la algarabía de la gente y la música.

Vi a Alfons avanzar hacia nosotros acompañado de dos hombres vestidos de manera muy formal y una señora muy mayor que, a pesar de tener los ojos velados por la edad, conservaba en gran parte el mismo color de ojos que Nico y su padre.

—¡Nico! *Rosset meu! El carinyet de la iaia!* —exclamó la mujer.

—¡*Iaia* Bruna! —soltó Nico pareciendo un niño.

—¿Y eso?

—Mi abuela —me contestó con una sonrisa de oreja a oreja—. Mi abuela Bruna, la madre de mi padre.

—Sí, pero... ¿cómo te ha llamado?, ¿qué te ha dicho?

Nico me sonrió con la mirada.

—Rubito mío. Cariño de la abuela.

—¿Puedo llamarte así también? Mi... ¿cómo era?

—*Rosset meu?*

—Mi rubito —canturreé pícaro.

Nico asintió con un parpadeo y una sonrisa ladeada que me hizo recordar los buenos momentos vividos durante la noche.

—¿*Carin...*?

—*Carinyet* —completó él—. ¿Aprenderás a hablar catalán?

—Puedo intentarlo al menos.

Nico se inclinó sobre mí para besarme.

—*Carinyet* —articulé sobre sus labios.

—*Petitona meva.*

—Al fin llegas —oí gruñir al padre de Nico.

—*Rosset meu* —repitió su abuela, extendiendo sus manos arrugadas hacia él con un gesto lleno de cariño y todavía más repleto de devoción y amor.

Nico abrió la puerta del automóvil y la rodeó en un gran abrazo, que por poco hace desaparecer a la mujer.

Descendí por mi lado mientras la gente se agolpaba alrededor de ellos.

Su abuela le revolvió el cabello y finalmente enmarcó su rostro entre sus manos.

—*Cada dia estàs més maco* —le dijo para, al final, estamparle un beso en cada mejilla.

—No exageres, *iaia*, que estoy siempre igual, más viejo nada más.

—Tú no envejeces —lo reprendió la mujer—. Felicidades por la carrera, mi niño. Todos te vimos ganar. ¡Lo felices que estábamos por ti!

—*Gràcies.*

—*Ens sentim tots tan orgullosos de tu, carinyet.*

—*Gràcies, iaia.*

—*No t'imagines com t'he trobat a faltar.*

—Ya estoy aquí, no tienes que extrañarme más. Estoy aquí y no he venido solo. —Nico giró sobre sus pies para extender un brazo en mi dirección—. *Iaia*, quiero presentarte a alguien muy especial para mí.

Caminé hacia ellos y cogí la mano que me tendía Nico.

—*Iaia*, ella es Natalia. Natalia, ella es mi abuela Bruna, la madre de mi padre.

—Hola, es un placer conocerla.

—*Qui és ella?*

—*És la meva xicota.* Mi novia, *iaia*.

La mujer me miró muy seria. Por detrás de su cabeza, vi el rostro del padre de Nico, mirándome también con cara de pocos amigos.

—*I l'altre? La lunga?*

Nico soltó una carcajada y a mí no me hizo tanta gracia comprender a quién se refería con eso de la larga, en italiano.

—*Iaia...* —Nico apretó los labios—. Mónica... ella y yo hemos terminado.

—*Tu i ella...* —La mujer pronunció aquello apuntándome con la cabeza, después de tomarse unos segundos para asimilar las palabras de su nieto.

—Sí, *iaia*. Ella y yo; por eso la he traído, para que la conozcas.

—*I a què et dediques, tu? Et vaig veure amb la samarreta de l'equip. Ets pilot?*

—Abuela, Natalia no habla catalán. Y no, no es piloto; sí, la viste con la camiseta del equipo porque trabaja para el equipo.

—¿Pero habla castellano al menos?

—Sí, hablo español, soy de Argentina.

—Ah, bueno, al menos eres un poco más normal. La otra hablaba y no le entendíamos nada, porque con Nico hablaba en inglés como en las películas o, si no, en italiano, e igual no se le entendía palabra. ¿Tú comes? —soltó eso último sorprendiéndome.

—¿Si como? —articulé entre risas nerviosas.

—Sí, sí comes, porque la otra no comía nada; simplemente se sentaba allí a mirarnos raro a través de esas gafas a lo Sofía Loren. Bueno, que Sofía Loren parece mucho más simpática. Entonces... ¿La italiana ya no vendrá más? —le preguntó su abuela volviéndose otra vez en dirección al campeón.

—No, *iaia*.

—¿Te gusta la paella? —disparó en mi dirección sin piedad. La abuela de Nico parecía dispuesta a desvelar la mayor cantidad de dudas posibles sobre mí en un tiempo récord.

—Sí, me encanta la paella.

—¿Y comes pan? Los que no comen pan nunca son buenas personas.

Me carcajeé. La abuela de Nico, definitivamente, era todo un personaje. Al menos ella ya no me miraba con mala cara, eso ahora era exclusivo del padre de Nico.

—Sí, me gusta mucho el pan.

—*Iaia*, no digas esas cosas. Yo no como pan.

—Pero tú porque no puedes por tu enfermedad. Hay gente que no come pan porque es maniática.

—*Iaia*, eso son tonterías.

—Te vi besarla —lanzó yendo directa al grano, mirando fijamente a su nieto.

—Sí, imagino que sí.

—Tú y millones de personas más, mamá. Tu nieto no fue muy discreto.

—No le digas esas cosas, son jóvenes. Déjalos que disfruten.

—Mamá, no tiene que ver con que sea joven, Nico tiene...

—Papá, éste no es ni el momento ni el lugar.

El ambiente se puso tenso.

—Sí, es cierto. —Soltó un suspiro de fastidio—. Al menos estáis aquí. Tarde, pero estáis aquí.

—Mejor dejamos eso para otro momento —le contestó Nico, quien a continuación volvió a sonreírle a su abuela—. ¿Así que habéis preparado paella?

—¿Comerás un poco?

—Mamá, Nico no puede...

—La probaré —lo cortó éste—. Seguro que está estupenda. Huele increíble.

—Queríamos agasajarte como te mereces, Nico —entonó solemne uno de los dos hombres trajeados que acompañaban a Alfons.

—Gracias por la recepción. Es fantástico estar aquí.

—Esperamos que disfrutes tu estancia con nosotros y que pases un feliz cumpleaños.

—Seguro que sí.

Nico me lo presentó; era el alcalde del pueblo y el otro, un concejal. Los niños lo rodearon y, cuando se hizo un poco de espacio, se nos acercó el resto de su familia.

El campeón le dedicó un pausado y muy sentido abrazo a una mujer también mayor que llegó acompañada del que supuse que era su marido, además de un hombre y una mujer algo más jóvenes. Nico me los presentó también. Los de menor edad eran su tía Raquel, una de las hermanas de su madre, y su tío Pablo.

Detecté en los ojos de su abuela Caritat la tristeza de haber perdido a su hija. Si bien le sonrió a Nico, lo que encerraba su mirada era una pérdida irreparable. Nico me había contado que la mamá de Mireia, su madre, jamás había estado de acuerdo con que él corriese; las guerras entre ella y su padre eran infinitas, y se habían vuelto más agrias desde que se detectó la diabetes de Nico. Su abuela decía que el chico era lo único que le quedaba de su hija Mireia, y que su padre era un irresponsable por permitirle correr, por incentivarlo a hacerlo.

Nico había dejado claro que la idea de correr había sido suya desde el principio y que nadie lo había obligado a empujarse en continuar, incluso después de diagnosticarle la enfermedad.

Tras sus tíos y sus abuelos, llegaron dos de sus primos, Aitor y Laia, los dos más jóvenes que Nico y que estaban en el pueblo de visita porque, en realidad, vivían y estudiaban en Barcelona.

Su padre era hijo único y otros primos lejanos y demás familia habían dejado el pueblo; no por eso hubo menos gente que presentarme: vecinos, amigos de la familia y algún que otro pariente lejano que no quería perderse la oportunidad de ver al campeón.

Cuando quise darme cuenta, tenía un vaso de vino en la mano y me invitaban a probar una docena de cosas distintas para comer, a la espera de la paella, que todavía no estaba lista.

Perdí a Nico de mi lado; no de vista, y eso no me molestó, porque lo vi acompañado de un grupo de hombres, algunos muy mayores y encorvados y otros incluso demasiado jóvenes como para tener carné de conducir, quienes lo escuchaban hablar con gestos de adoración y complicidad en la mirada. Todos estaban sumamente atentos a lo que él explicaba; supuse que sería algo sobre alguna carrera, porque sus manos imitaban dos automóviles compitiendo para llegar a una curva o algo así.

Los ojos de Nico brillaban de entusiasmo, también los de un niño de no más de diez años que salió de detrás de quien debía de ser su padre. El pequeño tenía la cabeza alzada en dirección a Nico, estaba boquiabierto y apenas si parpadeaba de lo fijo que observaba al campeón. Nico bajó las manos, rio y todos rieron con él. El crío continuaba observándolo fijamente y Nico lo notó. Sin dejar de reír con los demás, extendió uno de sus brazos y, con sus bonitos dedos, revolvió el cabello del muchacho. Le dijo algo que por supuesto no oí y como no sabía leer los labios... De cualquier manera, ni falta que hacía para comprender que aquellas palabras habían significado un mundo para el crío, que en ese instante sonreía de oreja a oreja con las mejillas sonrojadas.

Su padre y Nico cruzaron un par de palabras. Mientras todos los observaban, Nico se agachó frente al chico y el padre les sacó un par de fotografías con su teléfono móvil. Nico lo abrazó y después se hizo fotos también con el padre.

Retomaron la conversación y a los pocos segundos oí alegres carcajadas. El campeón recibió sobre su espalda un par de palmadas de reconocimiento, que hicieron que sus ojos azul celeste se iluminasen todavía más, incluso más de lo que brillaban por estar frente a una de las fogatas.

Lo vi dedicarle a cada una de las personas que se aproximaron al menos un par de minutos de su tiempo; la mayoría de los presentes aprovecharon la oportunidad para sacarse alguna fotografía con él. Yo sabía que a Nico aquello no le gustaba, pero, por lo visto, esa noche no lo estaba padeciendo como la tortura que a veces en su rostro parecían ser las interminables sesiones de fotografías y autógrafos durante los fines de semana de gran premio.

En mis manos apareció un plato de paella y me invitaron a sentarme entre un montón de señoras del pueblo que procedieron a interrogarme sin piedad, pero sin perder la sonrisa, sobre mi procedencia, profesión, edad, pasado sentimental (sobre lo cual no había demasiado que contar, lo que las decepcionó); me preguntaron sobre mi familia, mis amigos, sobre mi trabajo en Bravío y, por supuesto, sobre cómo había conocido a Nico.

—Bueno, creo que él me confundió con un chico. De hecho, me confundió con uno.

—Por tu cabello, seguro —soltó una señora de unos sesenta años, que tenía el cabello cortísimo igual que yo—. Hay algunos hombres que... —gruñó furiosa, dejando la frase inconclusa—. Creo que todas las mujeres deberían cortarse el pelo así al menos una vez en la vida. ¡Es tan liberador!

—Ella porque es jovencita y con esas facciones puede llevar cualquier cosa —acotó otra—. No todas podemos prescindir de nuestras melenas.

—Pues ahí lo tienes, ése es el error —exclamó la del pelo corto—. Pensamos que dependemos de nuestro cabello para ser sexis y eso no es así.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —dije riendo, después de bajar un bocado del arroz de la paella, que estaba cremoso y exquisito.

—Todavía no nos has contado cómo os conocisteis —insistió otra.

—Estaba de viaje en Australia; tenía pasaje para regresar a casa a los pocos días, pero apareció el equipo en el que corre Nico y me ofrecieron, junto con una amiga, trabajar con ellos durante el fin de semana. Aceptamos y fuimos. Cuando llegamos... Nico y el cocinero que ayudaba al chef de Bravío habían tenido una discusión y éste había renunciado. Necesitaban un reemplazo urgente y nos preguntaron a los que habíamos ido a trabajar de camareros si alguno tenía experiencia en la cocina.

—¡Y tú eres chef pastelera!

—Eso mismo —convine—. Así que acepté reemplazarlo ese fin de semana. En un momento dado, estaba sola en la cocina, intentando amoldarme al trabajo, cuando él apareció como una tromba, reclamando su almuerzo de muy malos modos.

—Sí, el campeón a veces tiene muy mal genio —intervino una de las mujeres presentes.

—De eso no hay la menor duda; no lo heredó de nuestra parte de la familia, sino de la de mi cuñado Alfons. Mireia siempre estaba de muy buen humor, no era para nada así de terca y cascarrabias como se pone a veces Nico —soltó su tía, acomodándose en la silla a mi lado. Me tendió una mano—. Soy Raquel, la hermana de Mireia, la madre de Nico. Todavía no nos han presentado. Al campeón a veces se le olvida aquello de que es un ser humano y de su padre, para qué hablar. Todavía me pregunto si será algo genético o de la Fórmula Uno, eso de saltarse todas las normas de cortesía. Como ninguno de los dos nos ha presentado, me presento yo. Es un placer conocerte, Natalia.

—Hola. —Estreché la mano que me tendía—. El placer es mío.

—Es una sorpresa tenerte aquí. Ayer, cuando os vimos, no entendíamos qué estaba pasando. No teníamos ni idea de que Nico y Mónica hubiesen roto.

—Bueno, fue un poco... —Me atraganté con mi propia saliva; todas las mujeres que me rodeaban me miraban fijamente—. Fue un poco abrupto, lo sé. Sí, Nico tiene muy mal genio a veces, y ese primer cara a cara nuestro no fue muy feliz; sin embargo, creo que...

—Caíste rendida de amor por él desde ese instante —completó por mí una de las mujeres.

—Sí, más o menos. —Reí inquieta, más de nervios que por cualquier otra cosa. La tía de Nico no me quitaba los ojos de encima; el caso es que me miraba de un modo muy parecido al que utilizaba Alfons al posar sus ojos en mí.

—¿Cómo habéis acabado juntos?

—Si es que ayer, cuando os vimos daros un beso al final de la carrera, nos morimos de amor. ¡Fue tan romántico!

—No tenía ni idea de que eso sucedería. Nico y Mónica... ellos no estaban... la relación no iba muy bien últimamente.

—Nosotros creíamos que ella lo acompañaría a pasar su cumpleaños aquí.

Imposible esquivar la mirada que me lanzó la tía de Nico después de pronunciar aquellas palabras.

—Hasta ayer por la tarde no tenía ni idea de que estaría aquí hoy. —Intentaba aclarar mi posición frente a esas mujeres, en especial frente a su tía, quien me miraba como si yo fuese poco menos que una buscona que quisiese aprovecharme del campeón, pero sin delatar demasiado de la vida privada de Nico, y eso no estaba resultando tarea sencilla—. Nico y Mónica lo dejaron y entonces él y yo... entonces sucedió lo del podio.

—Eso no debió de sentarle muy bien a Mónica. Vimos lo que te hizo con esa preciosa tarta que le habías preparado al campeón. Una pena. Era muy bonita y seguro que sabía estupendamente; no es lo mismo un pastel preparado en casa que uno hecho por manos expertas.

—Ya me gustaría a mí plantarle cara a esa italiana para soltarle unas cuantas cosillas —murmuró una.

—Creo que, si digo que estuvo en el pueblo tres veces durante todos los años que ha pasado con Nico, exagero. Además, venía aquí con sus tacones y su ropa impecable y jamás se quitaba las gafas de sol. Nunca saludaba a nadie. Ni siquiera sabía decir «hola» en castellano, y del catalán, ni hablar.

—Fue un momento complicado para todos; lo de la tarta, digo.

La tía de Nico parpadeó lentamente un par de veces.

Cómo deseé no tener la garganta tan cerrada para así poder continuar disfrutando de mi paella y no tener que hablar.

—Hasta lo que yo sé, Nico y ella tenían planeado casarse.

—Tía.

Oír la voz de Nico supuso un alivio de gigantescas proporciones.

Giré la cabeza para ver que había puesto una mano sobre el hombro izquierdo de su tía. Ella palmeó el dorso de su mano.

—No torturéis a Natalia o no querrá volver. No la espantéis.

—No era mi intención espantarla, Nico.

La respuesta de mi chico fue una efímera mirada que apartó de los ojos de ella para unir a los míos. Sus ojos se alegraron, y sus labios se aflojaron hasta distenderse por completo para formar una sonrisa sosegada y dulce.

—¿Qué tal está eso? —curioseó apuntando con la cabeza en dirección al plato de paella en mis manos.

—Riquísima.

—¿Me dejas probar un poco?

Ante el público femenino, que no nos quitaba la vista de encima, le contesté que sí. No sabía si pasarle el plato o bien dársela en la boca con el tenedor. Desde que llegamos al pueblo, Nico había mantenido las distancias y no quería forzarlo a hacer demostraciones de afecto frente a tanta gente si no se sentía cómodo con ello. La verdad era que no tenía ni idea de si se sentía cómodo o no con abrazar o besar frente a otros, o incluso si, por el momento, por lo reciente que era su ruptura con Mónica, prefería no hacer demasiada demostración de nuestra relación.

Nico tomó la iniciativa. Su mano se movió en dirección al plato.

Lo alcé para alcanzárselo, pero él quería algo más que la paella. Una de sus manos asió el plato y la otra mi muñeca derecha, con la que tiró de mí para ponerme en pie.

—¿Nos disculpáis un momento? —entonó, si bien ya me alejaba de las mujeres sin más.

Quise despedirme de ellas, pero no me salieron más que balbuceos indescifrables.

Nos alejamos de la luz debajo de la que se habían acomodado ellas para perdernos un poco en la oscuridad de la noche, lejos de todos, incluidos los fuegos, por lo que allí hacía algo más de frío.

Pese a la proximidad del verano, la noche era un tanto fresca.

Me abrace a mí misma.

Nico se percató de mi gesto y, con su brazo libre, me abrazó contra su cuerpo.

—¿Te han torturado mucho? Sé cómo puede ponerse mi tía.

—No, está bien. —Viendo que él estaba cariñoso y que por lo visto no había problema en que nos tocásemos en público, me abracé a su cintura. Él sonrió más. Su brazo me estrechó con más fuerza.

—¿Seguro? Lamento haberte dejado sola. Tenía que saludar a todo el mundo. Ya sabes cómo es esto. Ahora estoy libre, soy todo tuyo.

Levanté la cabeza y me estiré para llegar a su boca, mis labios tocaron los suyos.

—Eso suena estupendo.

Nico se puso serio de nuevo.

—Lamento todos los comentarios que imagino que hicieron. Es culpa mía.

—Pasaré. Mientras me abrases, todo estará bien.

Nico bajó su boca hasta la mía y me besó con ganas para después detenerse sobre mis labios, acariciándolos con los suyos, depositando delicados besos sobre mi piel.

—No te preocupes por lo que digan, la gente siempre tiene algo que opinar sobre la vida de los demás. Así es, sobre todo cuando eres un personaje público. Ellos consideran que, por tener una parte de mi vida expuesta a los medios, debe serlo toda, y se creen con el derecho de criticarme y analizar cada cosa que hago o digo. No permitamos que ensombrezcan este momento.

—No pienso permitirselo. —Lo besé—. Estoy feliz de estar aquí. Gracias por traerme. Me alegra haber conocido a tu familia.

—No te he traído para que pases tiempo con mi familia, lo he hecho para que estés conmigo, te quiero toda para mí. ¿Qué me dices si nos largamos ya? Ya he saludado a todo el mundo, he posado con ellos para un centenar de fotos y es tarde, estoy cansado y sólo quiero largarme de aquí para meterme en la cama contigo.

Reí bajito.

—Me parece que no es conveniente que les digas que quieres largarte de aquí para meterte en la cama conmigo —entoné juguetona, pegándome todavía más a él.

Nico rio conmigo.

—Tienes razón, no creo que eso sea buena idea. Les diré que estamos cansados. Al fin y al cabo, estaremos unos días por aquí y volverán a vernos. No pueden quejarse.

—Si no es un problema para ti...

Nico negó con la cabeza.

—¿Quieres terminarte esto? —me preguntó haciendo referencia a la paella.

—No, estoy llena.

Nico me soltó, se llevó un poco de paella a la boca poniendo cara de que estaba deliciosa y me guió de regreso a la gente.

—Papá, nosotros nos retiramos ya —soltó alzando la voz para que su padre, que se encontraba en la otra punta de la calle, lo oyese. Luego dejó el plato de paella sobre la mesa.

Alfons giró la cabeza. Lo miró ceñudo; sin embargo, se aguantó y no dijo nada.

—Familia, amigos —comenzó a decir Nico, alzando la voz otra vez—, nosotros nos retiramos ya. Estamos cansados. Os agradecemos muchísimo el recibimiento. Todo estaba estupendo, pero hemos tenido un fin de semana muy movido y estamos agotados. Gracias a todos una vez más y nos veremos en estos días.

Alzó una mano y los saludó a todos, mientras los presentes nos daban las buenas noches.

De la mano, fuimos hasta su coche.

Nos alejamos de allí recibiendo todavía las buenas noches de unos cuantos.

Nico guió el automóvil hacia la oscuridad de la angosta calle que se internaba en el pueblo. Unos minutos de trayecto y el grueso de las edificaciones quedó atrás, para dar paso a la naturaleza en todo su esplendor, vistiendo un aroma a noche fresca, aunque ya tenía algunos tintes dulces de verano. Sentí como si literalmente nos alejásemos de todo y de todos, para poder estar solos y ser simplemente nosotros dos.

A los lados del vehículo, terrenos de campo abierto me recordaron a mi Argentina natal.

La ruta se pobló de árboles al instante al ascender una leve pendiente.

En una curva hacia la izquierda, Nico dejó atrás la ruta principal para tomar una senda más angosta y oscura.

—Este camino de aquí lleva a la casa de mi padre. Fue la primera casa que construimos, para cuando veníamos de visita. Cuando se casaron mi madre y mi padre, se mudaron a Barcelona, pero bajábamos los fines de semana. Allí delante... —

Nico apunto hacia el siguiente camino que se abría desde el frente de una casa grande pero nada ostentosa.

Alcé la vista y vi una construcción sencilla, blanca y enorme, con amplios ventanales y terrazas por todas partes.

—Es un lugar tranquilo —me explicó—. Aquí vengo cuando necesito paz, cuando quiero escapar de todo, cuando necesito ser yo.

—Todos estos lugares, el pueblo, esta casa... te hacen quien eres. —Le sonreí—. Gracias por traerme.

—No sé si me lo agradecerás mucho por la mañana. Aquí no hay mucho que hacer, aparte de dar un paseo por ahí, ir al pantano o simplemente no dar un palo al agua. Descansar.

Mientras Nico remontaba una pendiente curva, que por el rabillo del ojo vi que daba a parar a la entrada de la casa, me colgué de su cuello y besé su mejilla.

—Pues yo no necesito hacer otra cosa que estar contigo, Nico.

Y eso fue lo que hicimos después de que me diese un corto *tour* por la casa, de aspecto muy moderno y tranquilo, que invitaba a sentarse en sus sillones para admirar el paisaje, para llenarse la vista de un cielo increíblemente estrellado, para escuchar a las chicharras, al viento entre los árboles y la calma de los campos que nos rodeaban.

Quizá se le soltó la lengua, porque me di cuenta de que Nico no tenía intención de comentar aquello, pero me dijo que a Mónica no le gustaba mucho ir allí, pues decía que se aburría en aquella casa porque no había nada que hacer.

¿Nada que hacer? ¡Ja! Qué equivocada estaba esa mujer.

Si había cientos de cosas por hacer... para empezar, besar al hombre que amaba, una y mil veces; acabar con él a los pies de su cama, en la segunda planta de la casa, con el mundo al otro lado de los cristales de los ventanales, desvistiéndolo, tocándolo, sintiendo su piel sobre la mía, haciéndole el amor y permitiéndole que me lo hiciese a mí, demostrándome lo mucho que me deseaba, escuchándole decir cuánto me amaba. Abrazarme a él por una eternidad, dormir a su lado hasta bien entrada la mañana porque ambos estábamos muertos de sueño y ninguno de los dos tenía intención de levantarse temprano para entrenar o lo que fuese. Desayunar en la cama, volver a hacer el amor. Ducharme con él, cocinar juntos, almorzar en la terraza. Tenerlo a mi lado durmiendo la siesta mientras yo leía sosteniendo el libro con una mano y acariciando su cabello rubio con la otra. Los dos congelándonos en la piscina, porque ninguno quería esperar a que el agua se calentara. Los dos tiritando bajo las toallas viendo la puesta del sol.

Ver películas, dormir abrazados una vez más.

Visitar el castillo, el pantano, bajar hasta su playa para verlo todo desde allí. Comer por ahí, regresar a su casa para arrancarnos mutuamente la ropa de nuevo.

Bajar al pueblo una vez más para almorzar con sus abuelas a mediodía, en un día entre semana que se había puesto caluroso y agradablemente lento, para celebrar su

cumpleaños en la intimidad de la familia a la sombra de la vegetación entre conversaciones mansas y risas sinceras.

Escuchar de la boca de quienes lo conocían sus travesuras infantiles, como que una vez se había tirado con un carrito por una de las calles del pueblo en una carrera con uno de los niños de allí y que los dos por poco se matan; cuentos de hurtos furtivos a huertos, y fiestas patronales para las que se había disfrazado. El primer diente perdido, Navidades familiares, veranos en el camping de caravanas.

Todas aquellas historias y la charla amena relajaron a Nico; se le notaba no solamente en los músculos del rostro, sino también en su pecho y en sus brazos cuando me abrazaba, incluso en el modo en que disfrutaba la comida especialmente preparada para él, porque, sí o sí, más allá de que estuviese de vacaciones, debía seguir con su dieta; si hasta comía con gusto y sin preocuparse por dónde estaban ubicados los ingredientes en el plato.

Me di el gusto de prepararle una nueva tarta de cumpleaños, sin Meteoro en la cubierta pero con las velas, para no faltar a la tradición de cantarle el *Feliz cumpleaños* y que él soplara para ser retratado por las cámaras y móviles de toda la familia y de algunos conocidos cercanos del pueblo.

Pese a mis quejas y miedos, Nico probó un par de bocados del pastel y, entre besos empalagosos, me dijo que estaba buenísima, que era el mejor regalo de cumpleaños que pudiese recibir jamás; eso me lo soltó porque yo llevaba todo el día insistiéndole en que, cuando regresásemos a la civilización, le compraría un regalo, cosa a la que él estaba emperrado en negarse, porque, según decía, no necesitaba darle absolutamente nada, pues él ya tenía todo lo que deseaba, mucho más de lo que podía pedir... y no sólo en bienes materiales; esa frase la había rematado con un increíble beso antes de que bajásemos de su automóvil en el camino de entrada frente a la casa de su *iaia*. La verdad es que poco importaba si estaba buena o no, con sus besos me bastaba; y yo, tonta de mí, que había estado buscando con desesperación su aprobación cuando en realidad ya la tenía.

A la familia le encantó la tarta, incluso a su padre, quien, para mi sorpresa, repitió y devoró dos trozos, acompañados de un par de copas de cava. Con él aún no teníamos un trato fluido, ni mucho menos, pero al menos ya no me miraba como si fuese a ser la pérdida de Nico; por lo visto se acostumbraba a verme por allí, pegada a su hijo.

Aquella tarde estupenda derivó en una noche en la que pusieron a asar carnes y algunos mariscos también. Hubo más vino, música, fiesta. Sin mucho éxito, intentaron enseñarme a bailar sardanas y a decir algunas palabras, impronunciables para mí, en catalán.

La noche se estiró todavía más y regresamos a su casa para caer rendidos muy abrazados y felices, para que Nico me dijese, somnoliento pero sincero, que había sido uno de los mejores cumpleaños que había tenido en mucho tiempo.

El viernes fue un día remolón, de charlas tranquilas en el sofá, Nico me habló de lo sucedido con su madre, tema que hasta ese momento había quedado un tanto

relegado, y entendí por qué, pese a que él me dijo que había sido algo que sucedió mucho tiempo atrás, todavía le dolía, y probablemente le dolería siempre, no tener a su madre con él. Mireia había tendido eclampsia; la enfermedad se le declaró en la semana veintidós de embarazo del que iba a ser su hermano pequeño. Su estado empeoró y empeoró, o por lo menos eso le habían contado a Nico. Una noche oyó que algo no iba bien; por ese entonces vivían en Barcelona. Él estaba durmiendo, y una ambulancia vino a buscar a su madre; a él lo dejaron con una vecina. Nico creía recordar que, al día siguiente, alguien le había dicho que algo malo le había sucedido a su hermanito. Mireia había perdido el bebé y, un día después del aborto, falleció ella también.

Nico recordaba, como si se tratara de pantallazos, el cementerio, no mucho más. Y, sobre todo, la sensación de pérdida, sus ganas frustradas, que ya eran un dolor enquistado en él y con el que había tenido que aprender a vivir... ganas de verla acompañarlo en cada circuito, de poder disfrutar con ella de sus victorias.

Añadió lo mucho que le hubiese gustado que me conociese.

Sus ojos llenos de lágrimas, su sinceridad al hablar con esa voz que por momentos no podía disimular el temblor que le causaba lo que sentía, lo que llevaba dentro, me ayudó a terminar de convencerme de que el campeón tenía mucho de ser humano, pese a lo que todos creían; incluso más de lo que yo imaginaba y había tenido la oportunidad de experimentar.

Por desgracia, nuestros días para ser solamente nosotros dos, durante esas vacaciones apretujadas en un calendario muy agitado que apenas si permitía pararse a pestañar, se terminaron el sábado muy temprano, cuando debimos recogerlo todo y cerrar la casa para partir rumbo a Montecarlo, donde Nico tenía que acudir para cumplir con diversos compromisos con los patrocinadores del equipo e incluso para retomar su entrenamiento previo al fin de semana de carrera.

No fue tan trágico viajar en su avión privado; de hecho, resultó una experiencia particular que, más allá de lo extraño que me parecía volar de ese modo y con todos esos lujos, disfruté.

Además, me emocionaba sobremanera estar a horas de conocer el lugar que él realmente consideraba su hogar, donde estaban todas sus pertenencias, donde pasaba la mayor parte del año, estuviese la temporada de campeonato o no en pleno desarrollo.

Nico también estaba emocionado y ansioso por mostrarme su casa, por que terminase de entrar en su vida de una vez por todas. Él quería que todos se acostumbrasen a verme a su lado, que se hicieran a la idea, porque así sería en adelante. ¿Y qué más podía pedir yo que saberlo tan decidido a apostar con todo a lo nuestro?

Ver Montecarlo desde el cielo fue impresionante.

Saltar del avión para recorrer sus sinuosas y lujosas calles, simplemente irreal.

20. Estás donde se supone que debes estar

El automóvil remontó el camino entre árboles y arbustos, cuidados al detalle, que se abría a una explanada estupenda con vistas al mar y que se enredaba en las formas de la topografía de la ciudad para hacerle espacio al solárium y a una piscina curva al amparo de sombrillas, tumbonas, pérgolas y plantas en flor cuyos pétalos acompañaban las tonalidades cálidas y terrosas de las edificaciones circundantes e incluso de la ladera.

El chófer nos dejó a las puertas de un edificio del mismo tipo de esos que tantas veces había visto, por televisión, dar cuerpo al circuito de Montecarlo.

—Hemos llegado. *Home sweet home* —entonó Nico con una gran sonrisa que era sólo para mí.

El chófer descendió. Alguien se acercó a mi puerta para abrirla.

—Espero que te guste, quiero que te sientas cómoda aquí.

—Este sitio es increíble, Nico. La ciudad es completamente irreal. Todavía no puedo creer que esté aquí. Esto es muy raro.

Nico rio.

—Lo digo en serio. No tienes ni idea de lo surrealista que es para mí encontrarme aquí habiendo visto todo esto por la tele.

—Bueno, acostúmbrate, porque aquí te quedarás. Estás donde se supone que debes estar, conmigo.

Reí un poco más. Mis nervios aumentaban con toda la situación, porque, a pesar de sus palabras y de lo maravilloso que me parecía el paisaje y la ciudad, me sentía un poco fuera de lugar.

—Anda, baja, que quiero enseñártelo todo ahora mismo. Quiero ver tu cara cuando te topes con las vistas que tenemos allí arriba.

Abrieron mi puerta y bajé, para luego agradecerle su bienvenida, en francés, al hombre que me acogió en aquel idioma.

Nico descendió por el otro lado, mientras el chófer se movía hasta la parte trasera de nuestro coche para ocuparse del equipaje.

Alcé la vista. Nico me había contado que su apartamento era el de la última planta, un ático dúplex con terraza privada, con su propia piscina y gimnasio.

Sentí un poco de vértigo y no porque me molestasen las alturas.

Una mujer salió por la puerta del edificio y se dirigió hacia mi derecha; fue entonces cuando me percaté de que, en la rotonda, detrás del automóvil que nos había traído, se había detenido otro vehículo. No pude identificar la marca, pero, de que era caro, no me quedó ninguna duda.

Vi que Nico ayudaba a nuestro chófer a bajar el equipaje y me uní a ellos para echarles una mano.

—Pásame mi bolsa.

—No, está bien. Puedo con todo.

—Vamos, Nico, que puedo con mis cosas, trae acá. —Se la descolgué del hombro pero sólo porque, básicamente, me lo permitió.

Nico le dio las gracias al chófer, quien, cerrando el maletero, se despidió.

El hombre que me había dado la bienvenida a mí hizo lo propio con Nico; él se lo agradeció llamándolo por su nombre.

—Andando, es por aquí —me indicó el campeón, apuntando con la cabeza en dirección a la puerta.

El coche que nos había traído se puso en marcha y, detrás de éste, aquel en el que se montó la mujer que había salido del edificio.

Lo seguí.

El *hall* era muy monegasco. Todo allí era demasiado irreal, incluso el tipo elegante de uniforme que ocupaba la portería y que nos dio la bienvenida.

En un inglés que sonó muy inglés, avisó al campeón de que en un momento le haría llegar su correo y las prendas de la lavandería.

Nico se lo agradeció y fuimos hasta el ascensor que quedaba a un lado de unas bonitas escaleras de mármol.

Una cabina muy francesa nos llevó hasta el último piso del edificio de apenas ocho plantas; bueno, en realidad eran nueve, porque el apartamento de Nico era de dos plantas.

De la bolsa, Nico extrajo un juego de llaves.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron a un pequeño recibidor, que también tenía salida a las escaleras que ascendían desde la planta baja.

Las puertas blancas de doble hoja resultaban imponentes.

—Ahora sí, bienvenida a casa. —Nico empujó las puertas para dejar al descubierto un gigantesco recibidor de suelo de mármol blanco, cuyas placas, por su tamaño, alardeaban a gritos lo caras que eran.

Una gran alfombra persa de colores cálidos y suaves, una mesa decorada con marquetería y, encima de ésta, un jarrón con flores blancas, frescas y perfumadas. Desde allí se abría espacio una escalera que debía de conducir a la siguiente planta, igual que el ascensor allí detenido, uno de uso independiente para el apartamento. Un pasillo discurría hacia la derecha; sus paredes eran puertas con *boiserie*.

—Por allí están dos de las habitaciones —explicó Nico—, y también hay un lugar de almacenaje, algunos armarios —añadió—. Aquí en Montecarlo falta espacio, de modo que se aprovecha hasta el último centímetro. Por allí está la cocina —indicó el pasillo a la izquierda. Me quitó la bolsa del hombro después de dejar las suyas en el suelo y cerrar la puerta. Tomó mi mano entre las suyas—. Ven a ver esto. —Nico tiró de mí hacia el reflejo de sol que iluminaba el suelo de mármol a un lado del pasillo de la izquierda y el ascensor.

En cuanto dimos dos pasos, tuve plena visión de la espléndida y amplia sala de estar, luminosa hasta el punto de parecer ilusoria, y, más allá de una arcada, un comedor simplemente estupendo que quitaba el aliento; esos dos ambientes daban a toda la esquina del edificio, por lo que, en dos de sus lados, había un balcón tan amplio que más que eso podía ser llamado terraza. El espacio era enorme. Había sillones allí fuera, formando rincones agradables; también una mesa con sillas y las vistas... las vistas eran de un mundo aparte.

Nico me sacó al balcón; desde allí se veía toda la ladera, los yates, el agua increíblemente azul.

—Y bien, ¿qué te parece? ¿Te gusta?

—Este lugar es alucinante, Nico. Es imposible que no me gustara. —Extendí los brazos hacia el paisaje—. Sólo hace falta mirar esto. La vista es impagable.

Nico rio.

—No te creas, todo tiene un precio. Montecarlo, además de sus paisajes, tiene muchas cosas buenas. La ciudad, de por sí, es increíble; ya lo comprobarás por ti misma. Lo bueno de este sitio es que puedes salir a correr o de compras, o ir a comer donde quieras, o instalarte en una terraza al sol... sin miedo de que te sigan los *paparazzi*. Aquí no pueden fotografiarte por la calle así sin más. Por ello, el acoso es mínimo y la gente es sumamente respetuosa con la vida privada de los demás. Es un buen lugar para vivir, porque, a pesar de las fiestas, de todos los centros nocturnos, del casino y de la farándula, la ciudad es tranquila. Por contradictorio que parezca, aquí puedes llevar una vida relativamente sosegada.

—Bueno, la verdad es que se nota que muy mal no lo pasan. —Le señalé con la cabeza los yates allí abajo, en uno de los dos puertos de la ciudad.

—¿Te gusta navegar?

—De hecho, sí; hice un curso de timonel hace mucho tiempo. Aunque mi experiencia no es similar a lo que veo allí abajo. Junto a esas naves, aquellas en las que estuve a bordo parecerían una bañera.

Nico se carcajeó de mí.

—No bromeo, esos yates son gigantescos.

Me agarró por la cintura.

—Al menos terminaste el curso; yo lo comencé y jamás lo completé.

—Nunca es tarde. Deberías encontrar tiempo para hacer lo que te gusta.

—Hago lo que me gusta.

—Para probar otras cosas.

—Ya estoy probando otras cosas —susurró sensual, atrayéndome a su cuerpo. Su boca quedó frente a la mía.

—¿Estás seguro de que podrás navegar en estas aguas? Como mínimo deberías tener título de patrón de yate.

El campeón me sonrió. No pensaba esperar a que él se decidiese a besarme: comencé a besarlo yo, abrazando su cuello entre mis manos.

Sus labios le dieron un nuevo sentido a los míos. Estar allí con él me daba un nuevo sentido a mí; no sabía por qué, pero, lo nuestro, al llegar allí, al que él consideraba su hogar, me parecía más real, más sólido; sin duda era un excelente paso para dejar atrás el mal trago de la carrera del fin de semana de España; no porque todo hubiese sido malo, sino porque, quizá, lo nuestro no había comenzado de la mejor manera. Al menos así, estando allí con él, en su casa, le daba un toque más oficial, a pesar de lo reciente que era nuestra relación.

No es que Nico fuese por la vida cambiando de novia; sus relaciones siempre habían sido largas y estables, alejadas del drama y de las portadas de revistas del corazón; eso... hasta que aparecí yo. Supongo que los *paparazzi*, a partir de ese momento, no tendrían mucho más que contar, porque yo ya estaba allí, con él.

Estar allí con él...

Sus brazos me estrecharon todavía más y, aun así, sentí vértigo, un vértigo que nada tenía que ver con la altura a la que nos encontrábamos. Mi historia con Nico me había caído encima como una de esas grandes olas que surfeaban algunos locos en Australia, en Superbank.

—Andando, te enseñaré el resto. Subamos.

Me dio un último beso rápido para, a continuación, guiarme de regreso al interior del apartamento. Llegamos hasta el recibidor y nos montamos en el ascensor que conectaba las dos plantas.

La cabina era pequeña y completamente espejada, por lo que Nico y yo nos reflejábamos eternamente desde todos los ángulos.

A nuestro reflejo en el lado derecho de la cabina, el lado que yo ocupaba, él le sonrió.

—Me veo bien a tu lado —bromeó.

—Sí, te favorece estar de pie junto a mí; hago que parezcas más alto de lo que eres.

—No me refería al aspecto físico —me miró a los ojos a través del espejo—, me veo diferente.

Las puertas se abrieron, interrumpiendo el momento.

—Es por aquí. —Apuntó con la cabeza hacia fuera; tomándome de la mano una vez más, me sacó del cubículo—. Abajo hay dos habitaciones, pero aquí está la principal; hay otro cuarto más y el gimnasio. —Nico apuntó con una mano, la que sostenía la mía, hacia la derecha—. Allí está el gimnasio y por aquí hay una sala de estar que da acceso a la terraza.

Giré sobre mis talones bajo su dirección y di con un ambiente creado por una caja de cristal, esto es, techos y paredes, que daba a la terraza y a una vista panorámica todavía más amplia que la de la planta inferior; simplemente quitaba el aliento.

—Ven, te mostraré la habitación principal; luego, desde allí, saldremos a la terraza.

Tomamos el pasillo hacia la izquierda.

Nico empujó la primera puerta; era un cuarto amplio, también con vista a la terraza, a las laderas que desembocaban en el puerto y al increíble cielo azul.

Retomamos nuestro andar para dar de frente con la entrada de puerta de doble hoja que daba a la habitación principal.

El campeón me guiñó un ojo antes de abrir ambas partes de la puerta.

Ante mí quedó una habitación de proporciones estupendas, luminosa, clara por todas partes: las paredes, los suelos, la madera de la cama con reminiscencias asiáticas, igual que las mesitas de noche, el cubrecama y los almohadones. Incluso el enorme cuadro que colgaba en la pared sobre la cabecera, de todo su ancho y casi alto hasta el techo, era blanco con unas pinceladas rústicas de lo densas que eran, en tonos no más oscuros que los del marfil.

Había un rincón con un par de sofás también color marfil, un par de lámparas muy modernas de metal plateado y nada más. El resto de la decoración de la estancia la aportaba la vista que se veía por el ventanal que daba a la terraza.

Al fondo de la habitación había una puerta.

—¿Te gusta?

—Con esas vistas, dudo de que pueda pegar un ojo aquí —comenté señalando hacia los ventanales con la cabeza.

—Ojalá lo que te desvele por las noches no sea la vista —tocó mis labios con los suyos—, sino otra cosa. —Rio—. De todas formas, de noche es increíble.

—Me lo imagino.

—No tendrás que imaginarlo por mucho tiempo, porque esta noche dormirás aquí conmigo.

—Creo que podría acostumbrarme a eso de dormir aquí contigo. —Me colgué de su cuello y comencé a besarlo—. Me gusta tu cama. Parece confortable. —Apreté su labio inferior entre los míos.

—Lo es. —Una de sus manos se coló por la espalda de mi camiseta, la otra bajó hasta mi trasero—. También aquellos sillones. —Apuntó hacia el fondo de la habitación, donde estaban las otras tres piezas de mobiliario además de la cama y las mesitas de noche; dos sillones y una pequeña mesita auxiliar—. Y la piscina está allí fuera, está climatizada. ¿Eso te dice algo?

—¿Que no pasaré frío? —le contesté, regalándole una sonrisa pícara.

—De que no pases frío ya me ocuparé yo. ¿Quieres verla?

—¿El qué? —pregunté confundida; la cabeza me daba vueltas por culpa de la cercanía de su cuerpo. Cuando su perfume se metía así de reconcentrado en mis pulmones, no podía pensar en nada más que en él.

—La piscina —contestó entre risas.

—Si no queda más remedio —dije abriendo los ojos.

Nico me dio una palmada en el culo.

—No te arrepentirás. Lo prometo.

Revoleé los ojos.

—Ok, muéstrame la piscina.

Mis pies dieron tumbos detrás de los suyos. De pronto no necesitaba más que besarlo, que estar con él muy pegada a su piel. No sentía que dependiese de nada más en este mundo que de su proximidad, ni siquiera del oxígeno. Fácilmente su energía podía convertirse en la mía y sus besos, en mi oxígeno.

Salimos a la terraza, que era una mezcla entre un toque provenzal y modernidad extrema.

Había un par de tumbonas en tonos marfil; del mismo color era la sombrilla, la mesa con sillas, las velas repartidas por todas partes, situadas dentro de jarrones de cristal, y las dos hamacas.

La piscina estaba a un lado, elevada a quizá media docena de escalones de madera. Era mucho más grande de lo que creí que sería y quedaba en parte al abrigo de una pérgola, rodeada de los techos de tejas de las habitaciones y el gimnasio. El espacio fluctuaba con suavidad entre la edificación y el paisaje, con un gran pico a nuestra izquierda y la bahía a la derecha. Toda la escena, simplemente, quitaba el sentido.

Nico me abrazó por la espalda.

—Aquí tendremos espacio suficiente para ser solamente nosotros dos. Eso suena bien, ¿no?

—Suena perfecto.

Nico besó mi cuello.

—No te haces una idea de lo feliz que me hace tenerte aquí.

—Y tú no alcanzas a imaginar lo feliz que me siento de estar aquí.

—Creo que puedo hacerme una idea. En este momento me siento igual que cuando estoy dentro de mi automóvil en la parrilla de partida, esperando a que el semáforo se apague para salir quemando ruedas. La adrenalina que corre por mis venas es incontrolable y creo que, si me tomasen el pulso ahora, me enviarían directo al hospital... y lo peor del caso es que esto no dura como en la salida, unos pocos segundos, sino que es una constante. Una constante desde que te besé debajo del podio en España. —Nico se curvó sobre mí, encerrando mi cuerpo dentro del suyo—. Jamás había sentido nada semejante. —Rio manso sobre mi oreja derecha—. Tengo la impresión de que, de ahora en adelante, las carreras me aburrirán.

—Eso no me lo creo.

Besó mi mejilla.

—Me hará muchísimo más feliz saber que estarás esperándome en la meta, debajo del podio, para besarte cada vez que gane.

—Allí estaré, pero debes prometerme que me besarás muchas veces más.

—Lo prometo. Es más —me hizo girar entre sus brazos para que quedásemos frente a frente—, empezaré ahora mismo.

Su boca dio contra la mía llena de voracidad, de esa misma necesidad de darlo todo, de empeñar hasta su último aliento, igual que sucedía con cada una de las carreras. Nuestras bocas hicieron contacto y ya no hubo forma de aminorar la marcha; los dos íbamos a por todas y no bajamos la velocidad siquiera en las curvas. Cada vez que nos tocábamos, nos necesitábamos más. Cuando llegamos otra vez al interior de su habitación, yo sin camiseta y él sin su camisa, con nuestros besos, caricias y pasión, sacábamos chispas en cada roce igual que los bajos de los monoplazas de los Fórmula Uno al raspar el asfalto de la pista.

Perdía la cabeza por cada una de sus miradas cómplices en la intimidad; con ellas me decía que le sucedía lo mismo que a mí; que, por encima de la atracción física, haciendo a un lado nuestras diferencias y su carácter y mi carácter, juntos éramos más de lo que hubiésemos podido imaginar ser. La confianza, la entrega, la seguridad que marcaba en mi piel y en la suya, nuestras caricias y besos, tornaban imprescindible cada segundo.

Lo mejor era que un momento compartido tras otro me brindaban la pasmosa certeza de que con Nico podía animarme a todo, atreverme a un futuro en el que hasta entonces no había pensado jamás.

Con Nico dentro de la cama era algo similar a descubrir un universo nuevo cada vez, sentirme así de deseada y saber que era capaz de despertar tanta pasión resultaba absolutamente nuevo para mí, así como experimentar con la misma persona, con quien el sexo eran fuegos artificiales, los momentos más tranquilos como podía serlo el simple hecho de contemplar el horizonte en silencio. Igual de emocionante y divertido podía resultar ir de compras al mercado, escaparnos al cine a ver una película de acción o salir a dar una vuelta en bicicleta por Montecarlo, mientras él corría junto a mí, esforzándose a un nivel que me hizo admirarlo todavía más.

Si hasta podía disfrutar al verlo concentrado frente al dispositivo que utilizaba para entrenar sus reflejos, disparando golpes precisos a cada una de las pantallas en la que la luz azul se encendía.

Me encantaba que tuviese su rutina de ejercicios en el gimnasio y que me permitiese compartir esos ratos con él, incentivándome a atreverme con nuevos aparatos o movimientos que ejercitarían músculos que yo ni siquiera sabía que tenía. Así mismo, me resultaba fácil reconocer esos instantes en los que él necesitaba su soledad o su silencio, así como él reconocía y respetaba los míos.

Memoricé los nombres de sus medicinas, sus dosis y para qué servía cada una, y él reconoció mis gustos en los menús de los restaurantes, en la música que ponía para entrenar y la que me gustaba tener de fondo para cocinar. Empezamos a recomendarnos libros y a aceptar nuestras manías.

Hasta en lo que no estábamos de acuerdo nos complementábamos.

Lo único que desentonaba entre nosotros, bueno, en realidad no entre nosotros, sino más bien allí en el apartamento, era la ropa y demás objetos personales que Mónica se había dejado en su parte del vestidor. Nico me había dicho que quedaría con ella en esos días para que pasara a retirar todas sus pertenencias, o al menos para que lo empaquetase todo y él pudiese enviárselo donde ella quisiese; él no quería retirar sus cosas de allí, decía que le parecía un tanto rudo y descortés, y la verdad era que a mí también me parecía bastante hostil, sobre todo porque Nico y ella habían convivido más de dos años en ese apartamento y otros tantos en una propiedad que Nico había poseído con anterioridad.

Sólo me restaba desear que sus cosas desapareciesen de los armarios y cajones lo antes posible, e imaginaba que así sería pronto, porque ella acudiría a cubrir el Gran Premio de Montecarlo.

Para el martes siguiente, al abrir los ojos y darle los buenos días después de que el despertador sonara y él me diese un beso en el cuello para avisarme de que era un día radiante, ya tenía la impresión de conocerlo de toda la vida, de haberme enamorado de alguien que bien podría haber conocido en mi más tierna infancia y que, sin duda, querría durante el resto de mis días. Nunca le tuve demasiada fe a la gente que decía que su pareja era el amor de su vida, su único amor. Siempre creí que el «para siempre» debía de tener una fecha de caducidad, puesto que la gente cambia y la vida no es sencilla, menos aún la vida en pareja; sin embargo, sentía que lo que me unía a Nico continuaría allí así nos jurásemos un odio a muerte, así discutiésemos por cualquier estupidez. Si es que sentía que mi vida había sido marcada por su amor en

espera, por mi amor esperándolo. Sí, sonaba increíblemente cursi, pero, de todas formas, era imposible negar que eso que llevaba en el pecho, que me unía a él, provocaba que mis ojos se aguasen con tan sólo pensar en perderlo.

Tomé sus brazos y los estreché todavía más a mi alrededor. Nico, para reforzar mi demanda, enredó sus piernas en las mías.

—¿Me has echado de menos durante la noche? —bromeó.

—Sí, un poco.

—Yo te he extrañado mucho. Jamás debí comprar una cama tan grande —susurró en mi oído, apretándose todavía más contra mí.

Reí. Giré la cabeza y le di un rápido beso sobre los labios.

—Mejor me levanto a preparar el desayuno, que tienes un día ajetreado por delante y no quiero que se te haga tarde y menos que salgas sin alimentarte bien.

—La verdad es que la idea de quedarme aquí contigo en la cama me gusta más que la de tener que reunirme con Alberto de Mónaco.

—¡Eso no me lo puedo creer! ¡El campeón sin querer cumplir con sus responsabilidades!

Nico se carcajeó.

—Vamos, que es realza, campeón. Además, no puedes dejarlo plantado, vives en su país.

—Y además me conoce de sobra, sabe dónde vivo.

Soltándome de sus brazos, giré sobre el colchón.

—¿Es eso cierto?!

—Sí, vivo aquí y he ganado unas cuantas carreras de Mónaco, por lo que lo veo a menudo en el podio.

—Alardeas.

—Además, soy un miembro activo de la comunidad: asisto a los muchos eventos de caridad que organiza la familia y también a diversas celebraciones, y hemos coincidido en más de una fiesta. El evento de hoy lo organiza él, de modo que no puedo faltar; me encantaría quedarme.

—Anda, si te divertirás. Me dijiste que Thiago también estará allí y que otros pilotos asistirán. Es tu mundo, Nico. En cuanto los veas, te entrarán ganas de aprovecharlo; además, te envidio: suena muy bien eso de dar un paseo por Montecarlo en automóviles antiguos, y para qué hablar del orgullo de ser el piloto de Alberto de Mónaco. Eso no es para cualquiera, campeón. —Le palmeé el hombro y me senté.

—Ven conmigo.

—No estoy invitada y, además, me explicaste que el automóvil que conducirás es cupé; solamente dos asientos, ¿recuerdas? ¿No pretenderás que me siente sobre las rodillas del rey o príncipe o lo que sea que sea Alberto de Mónaco?

—¡Ja! ¡Ya quisiera él, pero eso no sucederá! Vamos, ven conmigo; ánimo.

—Nico, no estoy invitada y es un evento oficial. Además, dudo de que tenga nada que ponerme para ir a una celebración así, eso por no mencionar que Thiago vendrá a cenar y que quiero tenerlo todo listo para la ocasión, lo que implica salir de compras... entre paréntesis, espero no perderme. Serán nada más que un par de horas y, para cuando regreses, yo estaré aquí invadiendo tu cocina.

—Por mí puedes invadir todo el apartamento.

—Te tomo la palabra. A ver cuánto tardas en desear echarme.

—Eso no sucederá. —Nico puso una de sus manos en mi cuello y tiró de mí hacia abajo—. Ven aquí.

Me resistí, riendo.

—Llegarás tarde. —Le di un par de palmadas en el muslo—. Arriba, campeón. Vamos, tú puedes. Despega tu humanidad de ahí y ve a darte una ducha, que tienes que estar guapo y perfumado para la realeza.

—Prefiero estar guapo y perfumado para ti.

—A mí me gustas incluso sudado, así que no me convencerás con eso. —Bajé de la cama de un salto—. Te doy veinte minutos, Siroco. Si no te veo en la cocina para entonces, vendré a buscarte y te llevaré allí por una oreja.

—Me encanta esa manía tuya de dormir con la camiseta de Bravío; sobre todo porque llevas la del número uno.

Me carcajeé.

—Das asco, campeón. Mueve tu trasero, que este fin de semana te toca trabajar y el trabajo comienza ahora. Desde este instante tienes que demostrar que continúas siendo el número uno.

—Puedo demostrarte... —empezó a decir, rodando sobre la cama para insinuar su cuerpo desnudo debajo de la sábana.

—¡Arriba, Nico! —chillé interrumpiéndolo.

—Eres peor que mi padre, Dave, Toto y Paul juntos. ¡Bien! ¡Ya mismo me levanto! —exclamó y saltó desnudo de la cama, para enseñarme su perfecto trasero, que movió bromeando de camino a la ducha.

—No tienes vergüenza, campeón. —Reí.

Él se rio conmigo y prosiguió su camino al baño mientras yo daba la vuelta para dirigirme a la cocina.

Avancé por el pasillo todavía sonriendo. Lo que me pasaba con Nico hacía que hasta las cosas más tontas y simples me produjesen una felicidad tal que me daba la sensación de que me estallaría el corazón.

Al poner un pie en el recibidor de distribución, comprobé con alegría que el sol brillaba. Si seguía así, en cualquier momento me pondría a cantar y bailar por el apartamento al mejor estilo de *La novicia rebelde*.

Lo hubiese hecho de no ser porque, al dar dos pasos más, oí que alguien manipulaba la cerradura de la puerta principal.

Fugazmente pensé en ladrones, y al instante aparté la idea de mi cabeza. ¿Ladrones forzando la entrada de una casa en pleno corazón de Montecarlo? Es más, ni siquiera estaban forzando la entrada; fuera quien fuese quien estaba al otro lado de la puerta, tenía llave, de eso no me quedaban dudas.

¿Sería alguien del servicio de limpieza o de mantenimiento del edificio? ¿Su padre? ¿Acaso Dave?

Di medio paso dubitativo hacia atrás, semicubriéndome las piernas desnudas con las manos.

La puerta se abrió.

Otro paso hacia atrás. Iba a pasar vergüenza; también cabía la posibilidad de que fuese su entrenador personal, César; Nico había mencionado que llegaría ese día.

No era ninguna de las personas en las que había pensado, sino aquella a la que menos esperaba.

Mónica.

Durante un largo segundo nos quedamos mirándonos la una a la otra, imagino que las dos en la misma situación de no comprender qué hacía la otra allí.

Mónica sacó la llave de la cerradura y plantó sus dos largos y delgados pies, enfundados en zapatos de tacón de aspecto muy elegante y caro, sobre el mármol del recibidor de distribución.

—¿Qué haces aquí? —me espetó en inglés con ese acento italiano tan suyo.

—¿Qué haces tú aquí? —le contesté en el mío, con tonada porteña.

—¿Qué haces así vestida, mejor dicho, desvestida? ¡Ésta es mi casa! —chilló dando un portazo.

«¿Su casa? ¡Un cuerno!», quise gritarle, pero me contuve; no pensaba formar parte de otro patético espectáculo como el que dimos con la tarta de cumpleaños de Nico.

—Ésta no es tu casa, Mónica, y no me parece que haya sido buena idea venir sin avisar antes a Nico.

Sus ojos por poco me perforan el cráneo con la mirada de odio que me lanzó.

—¿Cómo puedes creer que eres suficiente mujer para él? No tienes ni idea de lo que significa acompañarlo o ser capaz de cumplir con sus necesidades.

—Creo que soy muy capaz de cumplir sus necesidades —la enfrenté, llevándome las manos a la cadera. Ella podía tener altura de los pies a la cabeza, pero le faltaba otro tipo de altura, esa que le da entereza a la gente, la que nos convierte en seres humanos con todas las letras.

Mónica soltó una risa socarrona, cruzándose de brazos.

—¿De verdad? ¡Qué ingenua eres! No durarás ni una semana a su lado. Dale unos días y se aburrirá de ti; eso si tú no sales huyendo antes, con el rabo entre las piernas. No estás capacitada para ayudarlo en caso de que lo necesite; no tienes ni idea de lo que implica ser la mujer que él precisa a su lado y, aunque lo supieses, tanto da. Tarde o temprano volverá conmigo. Fui yo la que lo acompañó y ayudó a convertirse en lo que hoy es. Tú ni siquiera tienes derecho a ponerte a su lado o a prepararle su comida. Éste es solamente un acto de rebeldía hacia su vida, una fuga de presión por todo lo que vive, porque desea más que nada ganar el campeonato y porque comenzamos a ponernos serios con lo del matrimonio. No llegarás ni a la mitad de la temporada con él. El campeonato lo celebrará conmigo, como siempre. Yo que tú no me acostumbraría mucho a esto, porque te durará un suspiro.

—Mejor te largas.

—¿Por qué no te evitas la vergüenza, coges tus bártulos y te vas tú, antes de que le hagas un daño todavía mayor del que ya le estás haciendo?

—Vete.

—Es mi ropa la que está colgada en el vestidor. —Alzó el mentón—. ¿Quién crees que se encargó de la decoración de cada uno de los ambientes de esta casa? ¿Quién crees que escogió la cama o que compró las sábanas en las que dormiste anoche? Nada de lo que te rodea te pertenece o te pertenecerá jamás.

—Lárgate —le dije tragándome la rabia y la angustia que esa mujer me provocaba. No podía permitirle que me hiciese perder el control una vez más—. Él ya no te ama.

—¿Eso te ha dicho? ¿Quién crees que le enseñó a amar? Nico no tenía ni idea de lo que era eso antes de conocerme. —Furiosa y con un aspecto amenazador, soltó sus brazos y dio un paso hacia mí—. Nico ni siquiera es él mismo sin mí. Ésta no es nuestra primera crisis y ciertamente no será la última. No me preocupa, tú no me preocupas; no eres más que una molestia momentánea. Sólo me inquieta lo que dirán todos de esto y sus repercusiones; de todos modos, no me asusta saber que allí tendré que estar para él, para ayudarlo a reparar este error, para hacer que la gente se olvide de que un día exististe en su vida.

—¿Eres así de vil con todo el mundo? Entiende de una vez que lo tuyo con Nico se terminó. No volverás a su lado por insultarme o intentar lastimarme con tus palabras, Mónica. Lo que había entre tú y él se acabó; cuanto antes lo asumas, mejor. Por eso te pidió que te llevases tus cosas, lo nuestro ya no tiene futuro.

—Todo lo que hay aquí es mío, incluyéndolo a él.

—Ok, creo que ya te he permitido decir más de lo que debía. Mejor te largas.

—Me gustaría ver cómo intentas sacarme de mi casa.

—Mónica, por favor.

—Vístete y lárgate.

—Vete.

Mónica negó con la cabeza.

—Lárgate.

Mónica dio otro paso al frente y yo le obstruí el camino.

—¿Adónde crees que vas?

—A darle los buenos días a mi futuro esposo y a sacar tus insignificantes pertenencias de aquí.

—Inténtalo.

La italiana se carcajeó en mi cara, para después propinarme un empujón que no tengo ni idea de cómo resistí. No sólo contuve su fuerza, sino que además la hice retroceder.

—Vete. ¿No ves que éste no es el modo? No puedes imponerte en su vida así, a la fuerza. Nico ya no te ama. Eres tú la que pasará vergüenza y todavía no te has dado cuenta.

Mónica me sobresaltó al soltar un gruñido furioso.

Su siguiente empujón hizo que mis pies descalzos resbalasen sobre el mármol hacia atrás. La agarré por los brazos en un intento de impedir que continuase avanzando. En su progreso, me arrastró con ella. Vista en otro momento, quizá la situación hubiese resultado de lo más cómica: yo colgando de ella y ella arremetiendo en dirección al pasillo. Me sentí como un monito intentando impedir el avance de un orangután. Forcejamos un poco más. Ella clavó sus largas uñas rojas en mis brazos desnudos y creo que las costuras de su fina camisa de seda crujieron por culpa de mis tirones.

—No tienes ningún derecho a meterte aquí así —gruñí.

—¡Es mi casa! —vociferó ella en respuesta.

—¡Ya no! —Tironeamos y la empujé contra una de las paredes del corredor. Ella me devolvió la cortesía. Mi cabeza golpeó contra la pared. Se me escapó un chillido de dolor.

—¡Lo es!

—¡Vete! —Sujetándola como pude, intenté hacerla recular. No conseguí más que sacudir sus brazos.

—¡Eres tú la que se irá de aquí, y directa al hospital! —chilló y ni siquiera tuvo oportunidad de volver a coger aliento antes de que su zapato diese de lleno contra los dedos de mi pie izquierdo desnudo.

Ni siquiera pude pensar en contener el grito de dolor que trepó desde mi pie por mi pierna y pasó de largo mi cadera para atravesar mi pecho y mi garganta a toda velocidad.

La solté para agarrarme el pie, porque temí que todos mis dedos rotos se desprenderían de él. No conforme con partirme todos los huesos (al menos me dio la impresión de que acababa de romperme todos esos dedos y algún que otro hueso del empeine), me propinó un empujón tal que me hizo perder la estabilidad, ya que me encontraba sobre un solo pie, y me lanzó contra la pared opuesta. Esa vez me golpeé un hombro. Mis manos hicieron un torpe esfuerzo por intentar aferrarse de algo para evitar la caída, pero sólo conseguí doblarme la muñeca derecha. Mi rodilla derecha dio contra el suelo, emitiendo un horrible crujido. Grité de dolor y terminé de caer llorando de rabia y dolor.

Por el raballo del ojo la vi meterse en el cuarto y dar un portazo, para dejarme fuera de todo.

Como pude, alcé mi cuerpo del suelo.

En cuanto permití que mi pie izquierdo soportase parte de mi peso, un ramalazo de dolor trepó por mi pierna directamente a mi cerebro, cegándome por un segundo.

Oí a Nico gritar el nombre de Mónica, y no de un modo feliz.

Saltando sobre un solo pie, bufando de furia por lo que le había permitido hacerme, alcancé la puerta de la habitación.

—¡Lárgate de aquí! —bramó Nico con la voz todavía más cargada de cabreo que unos segundos atrás.

Oí que ella le contestaba, pero no conseguí captar sus palabras, aunque sonaron a súplica.

—¡No me importa! ¡Vete! —Una pausa de unos segundos en los que la voz de Mónica volvió a sonar y...— ¡La amo!, ¡entiéndelo! Se terminó, se acabó.

Desde los pies de la cama, vi que forcejeaban con la puerta del baño.

—Lo lamentarás si le has hecho daño —fue lo que conseguí entender de un griterío que involucró las voces de ambos. Esa última frase era de Nico.

La puerta del baño se abrió un par de centímetros y volvió a cerrarse de un golpe.

Oí lloriqueos, el tono lastimero de Mónica.

—Si vuelves a insultarla, te juro que no me responsabilizo de mis actos. ¡Lárgate, vete, no quiero volver a verte! ¡¿Natalia?! —

La puerta se abrió de repente.

—¡No, Nico, por favor! —chilló Mónica.

Vi a Nico aparecer todo mojado, con una toalla atada a la cintura.

En cuanto su mirada se cruzó con la mía, volvió a gritar mi nombre.

Me dejé caer sobre el borde de la cama.

—¿Estás bien? —Una de sus manos cayó en mi hombro y la otra en mis manos, con las que envolvía mi pie.

—Sí, supongo.

—¿Qué te ha ocurrido en el pie?

—Nico, ella será tu perdición. Lo sabes... sabes que no es la mujer para ti —lloriqueó Mónica llegando a nosotros.

—¡Lárgate! —le gruñó éste sin mirarla—. ¿Te ha hecho daño? —me preguntó a mí.

—Me propinó un pisotón y por poco me rompe el pie.

—No es nada comparado con lo que se merece —bramó Mónica, empujándome otra vez para soltarme de las manos de Nico, y lo consiguió. Caí de la cama.

—¡Ya te lo he advertido! —Hecho una furia, Nico la sujetó de un brazo—. Te he dicho que no volvieses a tocarla. —Con el rostro encendido y la mirada desencajada, comenzó a arrastrarla fuera de la habitación, mientras ella continuaba gritando que yo lo mataría, que haría que perdiese el campeonato, que arruinaría su carrera y su vida, que terminaría de afectar a su ya endeble salud.

Nico le gritó una vez más que cerrara la boca.

Renqueando y dando saltitos, fui tras ellos.

—¡Cometes una equivocación!

—Has sido tú la que se ha equivocado al venir aquí sin avisar, y al lastimarla.

—Nico, por favor.

Dos o tres segundos después que ellos, llegué al recibidor de distribución. Nico abría la puerta, mientras que con la otra mano forcejeaba con Mónica, quien intentaba soltarse de su agarre.

—Suéltala, Nico. No te pongas así, te harás daño —le pedí.

—¡Eres tú la que le hace daño!

—¡No vuelvas a dirigirle la palabra, ni siquiera tienes derecho a estar en su presencia! Sí, yo cometí demasiados errores, pero con esto te has pasado, Mónica. ¡¿No ves en lo que hemos convertido lo que teníamos?! ¡Se acabó, entre nosotros no queda nada!

Nico la soltó y Mónica rompió en llanto.

—Dame las llaves.

Ante la petición de Nico, Mónica retrocedió un paso.

—Las llaves, por favor —le exigió Nico tendiendo una mano hacia ella.

Me pareció notar que la mano de Nico temblaba un poco; no supe decir si era por el estado de alteración debido a la discusión o por otro motivo. Alcé la vista hasta su rostro, ya no estaba enrojecido, sino pálido.

—No, Nico, por favor.

—¡Las llaves!

—Nico, ya, deja que se vaya.

—¡Tú no te metas! —escupió ella en mi dirección.

Nico no tardó ni medio segundo en reaccionar. De un manotazo, le quitó el bolso del hombro, lo abrió y comenzó a rebuscar dentro. Mónica intentó detenerlo y Nico la alejó con un grito que ella no se atrevió a desobedecer. Él dio con las llaves y, de muy malos modos, le devolvió el bolso.

—Lárgate y no vuelvas. Enviaré tus cosas a tu casa.

—Nico... —hipó ella, llorando desconsoladamente.

—Vete. Se terminó, Mónica. Lo nuestro no podría estar más acabado.

—Nico...

—¡Lárgate ya! ¡Sal de mi vista, sal de aquí! ¡Eres tú la que acabará de destrozarme mi salud! No puedo seguir con la vida que tenía, no quiero. No puedo permitirme seguir de ese modo, no más. No me quedan fuerzas para ser perfecto para ti ni para mi padre. Estoy cansado de fingir que todo está bien, de pretender que soy invencible. No lo soy y jamás podría ser feliz de esa manera. Te dije que lo lamentaba, que sé que tengo la culpa de lo que sucedió; ya no puedo hacer nada para cambiar lo que hice. Lo lamento, Mónica, de verdad que sí —entonó en un suspiro—. Lo lamento mucho. Se acabó y es lo mejor para ambos. Ahora vete, por favor —le dijo con un tono de voz que a mí me sonó muy cargado de tristeza y también de agotamiento. Algo en la mirada de Nico se había quebrado. También en su cuerpo.

Mónica me miró a mí una vez más y entonces posó sus ojos en Nico.

—De verdad que lo lamento mucho, Mónica. Siento mucho el daño que te hice y el modo en que acabé nuestra relación. Por favor, perdóname y sigue adelante con tu vida. Y, si de momento no puedes o no quieres perdonarme, al menos hazte a ti misma el favor de seguir adelante con tu vida, porque te mereces algo mucho mejor de lo que tenías conmigo, porque, eso que teníamos, a largo plazo nos hubiese hecho muy infelices a ambos.

Mónica barrió con sus manos las lágrimas que no paraban de rodar por sus mejillas; me miró una vez más y, recuperando su bolso de las manos de él, salió del apartamento.

Nico cerró la puerta y apoyó su espalda contra ésta. Por un par de segundos su cabeza permaneció caída hacia delante, sus manos contra la placa de la puerta, todo el

peso de su cuerpo entregado a ella. Respiraba agitado y tenía los labios apretados de un modo tal que su boca casi pasaba desapercibida.

Lo dejé estar unos segundos más, hasta que la preocupación me pudo; su cuerpo temblaba ligeramente.

El campeón alzó la cabeza, adelantándoseme.

—¿Te encuentras bien? —Bajó sus ojos hasta mi pie, que apenas podía apoyar en el suelo.

Renqueé hasta él.

Sin apartar sus ojos azul celeste de mí, Nico despegó la espalda de la puerta y me abrazó por la cintura.

—Lo siento —susurró en mi oído izquierdo cuando mis brazos rodearon su cuello—. Todo esto es culpa mía.

—Olvídate de lo sucedido, Nico. Ya ha pasado. Déjalo correr.

—No puedo; te ha lastimado y yo la lastimé a ella. —Una de sus manos llegó a mi cuello; me apartó un poco de su cuerpo para poder mirarme a la cara—. Lo siento, yo no podía seguir así con ella ni conmigo mismo. Tú me demostraste que mi vida podía ser otra cosa, me hiciste ver que hay otra vida. Gracias a ti me atreví a esto. Lo que hice fue lo mejor para todos; soy consciente de que no fue del mejor modo, pero fue lo mejor.

—Está bien. Tranquilo. —Acaricié sus mejillas. Tenía la piel sudada y fría—. ¿Te encuentras bien?

Apartó sus ojos de mí un momento y se relamió los labios.

—Tu pie... —entonó en un suspiro.

—¿Necesitas que te traiga algo, que llame a alguien? No te encuentras bien, Nico.

—Sólo ayúdame a llegar a la cama. En ocasiones, cuando me pongo muy ansioso... —Bajó la cabeza hacia mí para apoyar su frente sobre la mía. Inspiró hondo un par de veces—. Me pondré bien. Los dos estaremos bien si seguimos juntos.

Sus labios me regalaron un amago de sonrisa.

Acaricié sus mejillas una vez más.

—Tan sólo respira; estoy aquí y no me iré a ninguna parte. Estoy donde debo estar, a tu lado.

—Y yo, al tuyo —me dijo sonriendo. Sus labios tocaron los míos.

Nos quedamos allí juntos un par de segundos, dándonos una buena dosis de cariño como la mejor terapia; luego, su debilidad y mi pie maltrecho llegaron a la habitación.

Lo recosté en la cama y un par de minutos más tarde estaba en la cocina preparándole algo de desayunar.

En cuanto comió y tomó todas sus medicinas, incluida su inyección de insulina, Nico recuperó el color y la fuerza, incluso un poco de humor; no es que estuviese exultante de felicidad como cuando nos levantamos, pero al menos estaba más tranquilo. Me dio la impresión de que, pese al tinte de tristeza de su mirada, sus ojos estaban más livianos, como si su alma se hubiese quitado un gran peso de encima, como si por fin hubiese conseguido acabar de ponerle un punto y aparte a su vida para poder seguir adelante.

La vida deja sus marcas, pero al menos, cuando la cicatriz comienza a curar, recuperas algo de fuerzas y sigues adelante. Eso le sucedió a Nico. Con los días se recuperaría, quedándose con lo que quisiese mantener de la persona que era cuando todavía no me conocía, y forjando dentro de sí lo que quisiese ser en adelante.

Si bien pude escapar del evento de la tarde con Alberto de Mónaco, no así de la recepción, para la cual Nico y yo tuvimos que salir pitando a comprarme algo que ponerme para la ocasión.

Al menos al cóctel asistieron Thiago y otros pilotos, así como también Paul e integrantes de otros equipos, además de muchos famosos que desconocía y otros que sólo había visto antes en la gran pantalla o cuya música tenía guardada en mi iPod.

Por suerte, lo que teníamos por delante era un fin de semana de carreras como cualquier otro, con las mismas prisas de siempre, con el mismo entusiasmo de siempre. Bueno, puede que el entusiasmo fuese un poco mayor... después de todo, a quien veía correr ahora con el equipo Bravío era a mi novio. ¡Sí, a mi novio!

Nico tuvo un excelente jueves de pruebas libres. Esa noche regresamos a su apartamento los dos muy cansados y muy tarde; si incluso tuve que esperarlo después de terminar mi trabajo en la cocina porque él había tenido una larga reunión con Toto y el resto de sus ingenieros. Si bien el viernes no había actividad de la categoría en ese circuito, Suri, yo y el resto del personal trabajamos igual, así como Nico y sus ingenieros, que volvieron a reunirse para, más tarde, liberar al campeón, quien debía ocuparse de entrevistas y otros eventos de promoción.

21. La cresta de la ola

—¿Será que la dama que la otra noche compartió una copa con Alberto de Mónaco puede detenerse cinco minutos a saludar a este carioca que solía ser su amigo?

Tan pronto como oí la voz de Thiago, me detuve y, mientras él terminaba de decir tonterías, aproveché para dejar dos cajas en el suelo. Me di la vuelta y lo enfrenté.

—Ahora que tienes un novio famoso y te codeas con la realeza...

—No digas más tonterías, carioca. —De un paso, acorté a cero la distancia que nos separaba y le di un beso en cada mejilla al mejor estilo brasileño—. Además, tú también te codeas con la realeza y eres tú el que es famoso. Y, por cierto, a mí eso no me interesa.

—Pero si has salido muy bonita en las fotografías que nos hicieron junto a Alberto, ¿no las has visto?

—Ni las he visto, ni quiero verlas. —Me aparté de él y fui a recoger las cajas—. Fue una noche muy extraña. —Lo había sido, de lo más rara; conocer a Alberto de Mónaco y a su esposa, quedar rodeada de gente que podía ver en revistas... Cuando el hombre me saludó, apenas si recordé de qué modo debía dirigirme a él, formalidad que Nico no utilizaba para dirigirse al regente de Mónaco; tampoco Thiago se había dirigido a él en el modo en que la gente de relaciones públicas del equipo me instruyó en el coche, de camino a la fiesta.

—Pues te veías muy bien a su lado, sonriente y con una copa en la mano. Como si eso, para ti, fuese cosa de todos los días.

Me puse en movimiento.

—Pues no lo es. Por cierto... ¿qué tal tu final de noche? Creo haberte visto partir acompañado. No tuvimos oportunidad de hablar de eso.

—Ni la tendremos —contestó siguiendo mis pasos de camino a la cocina—. Fue una buena noche y punto.

Le sonreí y meneé la cabeza, negando.

—No todo el mundo tiene la suerte del campeón, Duendecillo. —Me guiñó un ojo.

—¿Estás flirteando conmigo? —bromeé.

—Todavía estás a tiempo de dejar a ese desquiciado y ser feliz conmigo.

—Ya verás cuando se cruce por tu camino una que no puedas esquivar pese a tus estupendos reflejos.

—Entonces chocaré y pereceré en el accidente.

—No digas estupideces. A partir de diciembre ya no tendrás la excusa de estar muy ocupado.

—No era del todo una excusa. En fin, que no he venido a hablar de mí.

—¿De qué quieres hablar?

—Nico me contó ayer ese pequeño incidente que tuviste la otra mañana con Mónica. ¿Estás bien?

—¿Yo? Fue Nico el que lo pasó mal; debiste haber visto lo pálido que se puso y, sudaba frío. Me entraron ganas de matarla.

—Sí, Nico me explicó que se encontró mal, pero... ¿qué tal estás tú? Sé cómo es Mónica, conozco su carácter. ¿Cómo está tu pie?

Me encogí de hombros.

—Mi pie está bien, sobrevivió. Un poco inflamado por el pisotón, nada más.

—El campeón está muy cabreado. No quiere ni verla.

—Sí, sé que lo está; le dije que lo dejara correr. Supongo que los dos tienen que darse tiempo. ¿Lo has visto hace poco? Le pedí que se relajara, que disfrutara de la carrera.

—Llevo un rato sin cruzármelo; lo buscaré para hablar con él. Está ansioso por el campeonato.

—Sí, lo sé. Va en cabeza y, aunque todavía falta mucho para acabar la temporada, creo que debe intentar relajarse un poco y disfrutarlo. Si sigue así, llegará al final de la misma hecho un manojo de nervios y de nada le servirá ganar. Tiene que gozar del proceso.

—Sí, es que está obsesionado con conseguirlo.

Algo en el tono de voz de Thiago no me gustó. Si a Thiago ya le parecía una obsesión, a pesar de que ambos compartían la misma pasión, entonces, para alguien de fuera como yo... Lo miré fijamente, intentando adivinar sus pensamientos. ¿Estaba preocupado por Nico?

—Suéltalo. ¿Qué es?, ¿qué sucede?, ¿qué te preocupa?

—Me preocupa que Siroco pierda el norte. Él mismo me contó que había discutido con Toto por cuestiones de la puesta a punto de su automóvil: es que, evidentemente, Harper estuvo haciendo unas pruebas y querían cambiar unos detalles del *setup* de su monoplaça, y él se negó. Haruki aceptó los cambios en el suyo. Nada,

que en última instancia son cosas que suceden en todos los equipos; a veces nos mandamos a la mierda entre nosotros mismos...

—Sí, más de una vez he oído audios entre mecánicos y pilotos.

—Sí, bueno, es que estar en la cresta de la ola no resulta sencillo. Nico tiene el campeonato en sus manos, porque nos saca una buena diferencia a Haruki y a mí; es que, ya sabes: cuanto más alto subes, peor puede ser la caída y, en ocasiones, verte a ti mismo en esa posición, por más seguro que estés de todo lo que te rodea, por más que sepas que estás dándolo todo, no resulta sencillo. Mucha gente espera que Nico gane el campeonato; eso ciertamente cambiara su carrera, su historia. Es uno de los pilotos más jóvenes con tantos campeonatos acumulados. Está a dos campeonatos de alcanzar a Schumacher, y Nico ha conseguido todo eso en un tiempo récord. Toda su carrera no ha sido más que pulverizar un récord tras otro, que ser el primero.

—Entiendo. —Me mordí los labios—. Capto por dónde vas. Si tú estás preocupado...

—La verdad es que lo que más me preocupa es que no disfrute de lo que hace. Yo no tengo dudas respecto a que logrará hacerse con su sexto campeonato, pero no quiero verlo frustrado y mucho menos con un problema de salud porque las cosas no le salgan como él quiere. Lo admiro por ser tan decidido, por ponerse metas y alcanzarlas, por tener tan claro lo que quiere en su vida... pero no me gusta verlo hablar del modo en que lo hizo de quienes lo rodean, cuando es gente que está intentando ayudarlo a ganar, cuando son personas que básicamente trabajan para él, para llevarlo a lo más alto; muchas de esas personas son sus amigos, la gente que ha estado con él desde el día cero o casi, como es el caso de Toto. Me queda muy claro que mi coche no es el de Nico y que, por más que nos esforcemos, no lograremos alcanzarlo para intentar quitarle la corona. —Me guiñó un ojo—. Con un poco de suerte quizá pueda luchar por el segundo puesto del campeonato con Haruki, no más que eso. Nico sabe que puede contar conmigo para lo que sea, incluso cuando se comporta como un idiota. Sé que quizá esté pidiéndote demasiado, porque lo vuestro justo acaba de comenzar y no es sencillo estar junto a Nico, eso lo sé. También tengo claro que jamás hubiese podido tener una conversación semejante con Mónica; ella era, mejor dicho, es, igual que Nico. Los dos estaban y estuvieron siempre demasiado centrados en ganar. Nico está programado para ganar y eso no sería tan malo si comprendiese que también está programado para ser feliz y disfrutar de la vida. No digo que no la disfrute ahora —Thiago suspiro—; ahora todo va bien y, cuando las cosas van bien, es más sencillo ver el sol aunque esté nublado.

—Sí, lo sé.

—Nico no es de exteriorizar lo que sucede; sus únicas muestras evidentes de lo que le ocurre, de lo que le preocupa o lo que siente, se dan cuando su cuerpo ya no puede más con la presión y entonces explota en una crisis o acaba en el hospital. Es más difícil a cada campeonato que pasa, porque la meta es cada vez más exigente. Sólo te pido que me ayudes a cuidar de él. Lo conozco y jamás te dirá que algo va mal o que está ansioso o nervioso. Nico cree que debe demostrar que es infalible.

—Ya me he dado cuenta de eso.

—No permitas que te engañe. Sé que es una gran responsabilidad estar a su lado y no quiero asustarte. Eres lo mejor que podría haberle pasado. —Thiago me sonrió—. A pesar de todo, el desgraciado está feliz. Tan enamorado... —Rio—. Si va por ahí como un idiota.

Eso último me arrancó una sonrisa, a pesar de los nervios que me produjeron todas sus palabras anteriores.

—¿A que no sabes de quién es la foto que tiene como fondo de pantalla de su móvil?

—¿Una foto?! ¡¿Qué foto?! —Sí, habíamos sacado fotos de nosotros dos juntos paseando en España y aquí, pero también otras más...

Thiago se carcajeó con ganas.

—Lo dicho, el campeón tiene mucha suerte.

—¡Thiago! —chillé alterada—. Lo mataré —gruñí enrojando de vergüenza.

—Era broma, Duendecillo. No te pongas así, que Nico es un señor, todo un lord; jamás haría nada deshonroso para con su dama. Lo que sí dijo es que vosotros dos os lleváis de maravilla, y que está muy bien contigo. —Thiago me dedicó una de esas miradas de buenazo, de amigo de esos que valen oro, de esos que son muy difíciles de encontrar y, sobre todo, la mirada de un ser humano realmente estupendo.

Retomé la marcha.

—A veces me dan ganas de matarte.

—No te creo, si me adoras. ¿Dónde podrías encontrar a alguien como yo? —planteó siguiéndome—. ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? Quien hubiese dicho que, hoy por hoy, estaríamos aquí y así.

—Ni en mis sueños más extraños, Thiago.

—Prométeme que me nombrarás padrino de tu primogénito.

—Calma, Thiago. —Reí nerviosa.

—Bueno. Tengo que irme, deben de estar preguntándose dónde me he metido.

—Me imagino.

—¿Verás la carrera desde el *box*?

—No; tengo trabajo que hacer.

—Me cuesta creer que Nico no se haya puesto firme en tenerte allí.

—Amenazó con intentarlo y se lo prohibí; él tiene su trabajo y yo, el mío. Me gusta lo que hago y quiero conservarlo; lo que menos necesita Paul ahora son más dramas con nosotros. Prometí ir a saludarlo después, cuando termine la carrera.

—¿Ya has visto a todos los famosos que ha invitado Bravío?

—Sí, además eso... está lleno de actores, cantantes y demás; ya tuve suficiente con Alberto de Mónaco la otra noche.

—Tendrás que acostumbrarte a eso, Duendecillo; tu chico es uno de ellos. Todos quieren verlo, tocarlo y hacerse fotos junto a él.

—Sí, bueno; a mí no me interesa aparecer en esas fotografías. En las únicas en las que me importa estar es en aquellas que tú no debes ver —dije medio en broma, medio en serio.

Thiago soltó una carcajada.

—No pierdes el tiempo, Duendecillo.

Fue mi turno de guiñarle un ojo.

—Anda, lárgate de aquí, que de verdad deben de estar preguntándose dónde te has metido.

—Sí, comenzarán a suponer que la chica de la otra noche me arrojó al mar. —Rio.

—Ve con cuidado, carioca.

—Lo intentaré.

Thiago me regaló dos besos, uno en cada mejilla, y comenzó a alejarse de mí. Lo vi avanzar en dirección a los *boxes* sin poder quitar la vista de encima de él.

Por un lado entendía que Thiago compartiera esa confianza conmigo, porque con Mónica jamás hubiese podido conversar en esos términos. De estar todavía ella con Nico, probablemente hubiese intentado ocuparse solo de ese asunto, de su amigo, como era probable que lo hubiera hecho siempre. Sin embargo, allí estaba yo entonces, para apoyar a Nico y evitar que la cresta de ola en la que estaba subido lo arrastrase hacia la playa después de retorcerlo en su interior hasta asfixiarlo, de revolcarlo por el fondo del océano.

Me estremecí con un escalofrío. No sería sencillo arrancarle a Nico lo que llevaba dentro, porque eso sería, arrancárselo, puesto que dudaba de que él viniese a mí con sus preocupaciones; ojalá lo hiciese. Intenté convencerme de que, si Nico no me hablaba de su discusión con Toto, no era por falta de confianza, sino por estar demasiado acostumbrado a poder con todo, a arreglárselas solo.

Suspiré. Mónica tenía razón; quizá yo no tuviese demasiada idea de todo lo que implicaba estar junto al campeón, pero ella tampoco, porque veía a Nico sólo como al cinco veces campeón del mundo y no como a una persona con un montón de sueños, aspiraciones y probablemente también muchos temores y dudas; nadie es lo que solamente se ve a simple vista y, a mi parecer, Mónica jamás escarbó demasiado en la coraza del campeón.

Corriendo, lo llevé todo a la cocina, ayudé a Suri con un par de cosas urgentes y me escapé en búsqueda de Nico; quería hablar con él antes de que la locura de la carrera comenzara. Lo encontré aprovechándome de mi nueva condición de novia del campeón, a la que no hubiese recurrido en otro momento; no me iba demasiado

abusar de mi posición y prefería que, dentro del equipo y para todos los que nos rodeaban, yo continuase siendo simplemente Natalia, la ayudante de Suri.

Érica no cuestionó ni por un segundo mi necesidad de ver a Nico cuando le pedí si podía hacerme entrar a *boxes* si Nico ya estaba allí preparándose para el domingo en el circuito de Mónaco.

Nico sí estaba en el *box* y, en el acceso dedicado al personal autorizado, Érica me esperaba con un pase listo para mí.

Ansiosa, quizá innecesariamente, recorrí el pasillo.

Al entrar en el *box* de Bravío, me topé con el equipo a tope, trabajando a toda máquina, dedicado a los automóviles y su puesta a punto.

En cuanto los mecánicos me vieron llegar, uno a uno alzaron la cabeza para saludarme y darme la bienvenida con amplias sonrisas.

Procuré saludarlos a todos, aunque sin ser muy efusiva; el caso es que mi atención estaba focalizada en el hombre rubio que tenía la parte superior del traje ignífugo colgando por la cintura.

Nico se hallaba arrinconado con Toto contra la pared del fondo del *box*, alejado de todo el movimiento y los trabajos alrededor de su bólido.

Toto y él estaban muy juntos, revisando unos papeles sobre los que Toto le marcaba algo con un lápiz que tenía el extremo superior todo masticado.

Súbitamente le dieron encendido al motor del automóvil de Nico y me quedé sorda.

Nico y Toto se dieron la vuelta; ninguno de los dos llevaba puesto los auriculares de protección. Vi a Nico ponerles muy mala cara a sus mecánicos cuando se giró. Cambió sus rasgos al instante al verme.

El motor enmudeció.

—Hola —me saludó con una sonrisa de oreja a oreja—. No esperaba verte aquí.

—Natalia, qué bueno verte.

—Hola, Toto. —Llegué a Nico y él me dio una estupenda bienvenida tocando con sus labios los míos.

—Qué agradable sorpresa. —Tironeó del pase que colgaba de mi cuello—. Entonces, ¿sí verás la carrera desde aquí?

Me aclaré la garganta.

—En seguida regreso —dijo Toto, y se alejó en dirección a los mecánicos, que con tres distintos portátiles monitoreaban el funcionamiento del coche de Nico, que otra vez estaba encendido, pero ronroneaba con suavidad.

—Sí, claro. —Nico lo despidió y se giró hacia mí—. ¿Y bien?

—No, no puedo quedarme a ver la carrera aquí; todavía tengo trabajo que hacer en la cocina. Sólo quería verte un momento antes de que estuvieses demasiado ocupado, no quería interrumpirte.

—No interrumpes.

—Sí, estabas en una reunión con Toto.

—Solamente aclarábamos los últimos detalles. ¿Qué sucede? ¿Va todo bien?

—Sí, es que quería pedirte que disfrutes la carrera, que te diviertas.

Nico me sonrió, dedicándome una mirada suspicaz de ojos entornados que lo hizo verse terriblemente sexi. El quíntuple campeón en todo su esplendor. ¿Cómo no iba a querer todo el mundo sacarse unas fotografías con él?

—¿Y eso?

—Nada, eso, que quiero que te diviertas, que lo pases bien. Que no pienses en nada más que en esta carrera.

—¿No puedo pensar en ti? —Su brazo derecho rodeó mi cintura.

—Me encanta que pienses en mí, pero no creo que sea buena idea que lo hagas mientras conduces; no quiero que te distraigas.

—Me distraes ahora. —Nico volvió a besarme.

—Entonces mejor me voy.

—¿Qué te traes entre manos?

—Que quiero verte bien.

—Estoy bien. Estoy estupendamente bien y estaría todavía mucho mejor si te quedases aquí.

—Te veré desde la cocina y prometo estar aquí cuando la carrera termine.

—No podrás esquivar tu responsabilidad de besar al ganador de la carrera.

—Aunque no ganes, tendrás todos mis besos, ya los tienes.

—Será mi beso de ganador.

—Serán tus besos, Nico. No seas duro; no dejaré de besarte si alguna vez no ganas.

—Eso de no ganar ni siquiera debe ser pronunciado aquí.

—No seas idiota, ¿quieres? Sólo pasa un buen rato, que esta noche, sea cual sea el resultado, seguiremos siendo tú y yo.

—Bueno, yo soy yo porque soy esto que hago, y lo que hago involucra ganar.

—Eres insufrible, ¿lo sabías?

—Y me amas igual.

La sonrisa sexi que me dedicó hizo que volviesen a mi cabeza demasiados pensamientos que no me convenía recordar en ese instante.

—¿Nico?

Ésa era la voz de Toto. Giré la cabeza y lo vi llamarlo; estaba con otro de los ingenieros, de pie junto al neumático trasero izquierdo del automóvil de Nico.

—Ok, ve a seguir con lo tuyo. Te veo luego. Diviértete. —Estampé un beso en sus labios—. Te amo.

—Y yo a ti, *petitona*. Tendrás que besar al ganador —entonó, insistiendo con lo mismo una vez más.

Esa tarea no sería para nada sencilla.

Puse los ojos en blanco.

Sin dejar de sonreír, Nico me besó de nuevo.

—Te veo luego.

—Sí, claro.

Nico se fue a hablar con sus ingenieros y yo volví a la cocina para continuar con mi trabajo. Desde allí vi la carrera, desde allí fui testigo del liderazgo aplastante de su forma de conducir, que le sacó una vuelta de diferencia a los ocho últimos automóviles de la plantilla y muchos más segundos de los que Haruki o Thiago pudiesen remontar para ni siquiera intentar arrebatarle la primera posición. Nico se dio el gusto de conducir con una maestría inigualable, provocando que la asistencia al circuito de Montecarlo se alzara en el delirio cada vez que su monoplace pasaba frente a ellos. Nico parecía correr una carrera aparte, compitiendo contra sí mismo y nada más.

Érica llamó a mi *walkie-talkie* para avisarme de que tan sólo faltaban diez vueltas para el final de la carrera, lo que indicaba que era mi hora de regresar a *boxes*. Suri no rechazó, supongo que en parte porque ya teníamos todo el trabajo bajo control.

Asistí a las últimas tres vueltas desde *boxes* con todos los mecánicos, sentada en una silla en medio de todos ellos, con bromas y risas flotando a mi alrededor y los objetivos de todas las condenadas cámaras de televisión y de los fotógrafos oficiales del equipo, los de la FIA y los de muchos servicios de información fijos en mí.

Nico ganó y allí estuve yo, para recibir un increíble beso de su parte nada más bajarse de su coche, después de quitarse el casco y las protecciones a toda velocidad.

Esta vez procuré no prestar demasiada atención a todas las cámaras y arrinconé a un lado la idea de que mis hermanos y mis padres estuviesen viendo la transmisión en directo al otro lado del océano, igual que unos cuantos millones de personas.

Nico se alejó para cumplir con su muy merecido podio en plena calle monegasca; sin embargo, muchos de los objetivos se quedaron a mi lado.

El campeón lo celebró con ganas, regándonos a todos de *champagne* después de saludar a Alberto de Mónaco y a su esposa. De Thiago también me ganó unas cuantas gotas de líquido, después de que él festejase con su equipo el tercer puesto.

Esa noche, Nico y yo celebramos la victoria con todo el equipo en un bar de Mónaco. Me alegró ver que el campeón se permitió pasar un buen rato con la gente con la que solía trabajar a brazo partido exigiéndoles el máximo; verlo así, relajado con ellos, conversando de la carrera, hablando de tenis, de las mejores playas del mundo, de automóviles e incluso de música, no pudo alegrarme más. Saber que podía bajarse del podio para compartir un buen momento informal con los demás me llenó de alegría; al menos eso era un comienzo.

La locura de la categoría dejó Mónaco. Nico y yo disfrutamos de unos días libres para nosotros en Montecarlo, antes de partir rumbo a Canadá para la siguiente carrera, que sirvieron no únicamente para que pasásemos muy buenos momentos juntos (lo que incluyó que fuésemos de compras para renovar algunas cosas de su apartamento; Nico quería darme la oportunidad de que yo me sintiese como en casa, permitiéndome añadir cosas que me gustasen. Es más, me dijo que, si quería, podría remodelarlo todo, que llamaría a un decorador para que me ayudase, a lo cual me negué y por eso terminamos optando por salir a hacer algunas adquisiciones), sino también para que las cosas de Mónica desapareciesen de allí. Nico también insistió en hacer otras compras destinadas a renovar mi vestuario; dijo que no podía ir por la vida con mi pequeña maleta; de modo que así fue y, la parte del vestidor que había quedado vacía después de que Nico despachase las pertenencias de Mónica rumbo a Italia, se llenó con todo lo que el campeón insistió en que comprara, lo que incluyó un par de vestidos del tipo que utilicé para ir a la recepción de la familia real de Mónaco.

Admito que no me desagradó volar rumbo a Canadá en el avión de Nico en vez de en uno de línea, pero no porque tuviésemos el avión para nosotros solos, sino porque así no debía alejarme de él. Nada más hermoso que dormir a su lado inspirando su perfume, escuchando su respiración.

* * *

Pocos lugares debían vivir la categoría como se vivía allí en Montreal. Sí, Mónaco tenía lo suyo, allí la categoría invadía Montecarlo y a los monegascos no les quedaba más remedio que convivir con la Fórmula Uno durante esa semana, porque, cuando el circo llegaba allí, no quedaba sitio al que escapar. De cualquier modo, la fiesta en el principado era un asunto completamente distinto. Lo que pulsa y da ritmo al fin de semana allí no son los verdaderos fans del automovilismo, sino los del dinero, los de las cámaras y flashes, los que adoran las fiestas y salir en las revistas, los que aprovechan la situación para enseñar su nuevo yate una docena de pies más grande o lo que sea. Allí es un despilfarro de dinero casi empalagoso, una demostración de ostentación que, por casualidad, coincide con los presupuestos millonarios de los equipos y con el estilo de vida de muchos pilotos.

En Montreal era completamente distinto. Había fiestas en la calle, el circuito al completo era una fiesta, igual que el resto de la ciudad y, aunque también se dan fiestas en las que corre mucho dinero como en Mónaco, en forma de *champagne*, lujosos platos y elegantes personas que llegan, van y vienen en automóviles de aspecto imposible e irreal, las que valoras y que se hacen notar por encima de todo son las fiestas en las que la gente asiste vestida con la camiseta de su equipo favorito, con las gorras con el número de piloto al que apoyan, con la bandera del país del que provienen o del que vio nacer al piloto del cual son fans. En esas fiestas se bebe cerveza barata, se come al paso y se disfruta del ambiente de una ciudad estupenda que tuve la oportunidad de que Nico me enseñara. Vivimos juntos la amabilidad y la calidez de los canadienses, que, siempre respetuosos, también muy afectuosos, se aproximaron al campeón para pedirle fotos y autógrafos, y para darle ánimo de cara al campeonato, que de momento ganaba con una holgada diferencia de puntos. Creo que no hubo ni uno solo de nuestros paseos que quedase libre de un saludo, de una firma suya en una camiseta de Bravío o incluso de una exclamación alegre de su nombre desde la acera opuesta o desde dentro de un coche que pasase junto a nosotros.

Si bien allí no era como en Mónaco y los fotógrafos estaban a la orden del día a la caza de imágenes de ambos juntos (por desgracia me había topado en la televisión, al poco de llegar al hotel, con una noticia que avisaba de que el campeón de la categoría ya estaba en suelo canadiense, acompañado de su novia —es decir yo—; también, gracias a Agustina, que me envió los *links*, vi que había fotos de Nico a mi lado en un par de *webs* de esas que se ocupan de seguir la vida de los ricos y famosos; Tobías y mis padres también habían visto esas mismas imágenes). De cualquier modo, no les di demasiada importancia. Nico andaba a mi lado sin preocuparse demasiado por eso, sin angustiarse por quién pudiese vernos o fotografiarnos, y, si a él no le molestaba ser visto a mi lado, menos me iba a molestar a mí.

Quien todavía no demostraba demasiada felicidad con la situación era el padre de Nico, que apenas me dirigía la palabra para saludarme y, como mucho, preguntarme cómo me encontraba.

Con quien sí comencé a tener mejor relación fue con Paul. Al menos ya hablaba con Nico frente a mí sin ocultar nada, sin contenerse, y, en los planes que hiciese para Nico, ya me incluía a mí sin que el campeón tuviese que decirle nada. Supongo que no le quedaba más remedio.

De todas formas, el más amable y amistoso de todos era el preparador físico, César, un mexicano que había crecido en Estados Unidos, con un sentido del humor excelente y que desperdigaba positividad a su paso. Los dos prácticamente chocamos en un momento dado; no en sentido literal, sino más bien descubriéndonos, puesto que nunca nos habíamos visto más que de lejos, para saber que teníamos mucho en común además de Nico y de intentar cuidar de su bienestar y su salud.

La ciudad y su gente, y un viernes de pruebas libres absolutamente increíble para Nico y el equipo Bravío, puso a nuestras puertas un fin de semana que dejó a todos boquiabiertos con la actuación de Nico, quien, durante las pruebas libres del sábado, derribó, y por mucha diferencia, el récord de vuelta del circuito que estaba instalado

en sus kilómetros desde hacía más de diez años, enfrentándose con valentía y ferocidad a esa pared oscura que daba comienzo a la recta después de la última curva, esa que siempre me había producido vértigo al ver las carreras por televisión.

Nico se mostró feliz y, además, accesible con los periodistas y los fans después de su *pole position*, y no supe de ninguna otra discusión con el equipo. Incluso se mostró sonriente en las fotografías que le tomaron junto a Haruki y Harper en el *box* de Bravío, la tarde del sábado. Hasta bromeó con ellos y con los fotógrafos, y río... Realmente creo que disfrutó de la experiencia.

No fui la única en notarlo. Durante una ronda de preguntas que se les permitió a los medios de prensa después de las fotografías en la que estuve presente, uno de los periodistas, de un medio británico, le preguntó sobre cuáles eran las razones de su buen humor, pues afirmó que se lo veía distendido. Ni corto ni perezoso, fue directo al grano y quiso saber si era debido sólo a su estupenda marca en el circuito y el gran margen de puntos que llevaba en el campeonato, o si había algo más.

Nico no se guardó la verdad.

—Soy muy entusiasta con respecto a la carrera de mañana y me alegra haber marcado un nuevo récord en el circuito, y realmente la diferencia de puntos en el campeonato es un excelente colchón, pero lo cierto es que estoy feliz y no puedo evitar demostrarlo.

—¿Enamorado? —insistió el periodista, y todos rieron, incluso Nico.

El campeón giró la cabeza, buscándome. Yo había intentado mantenerme algo oculta en un rincón del *box*, detrás de la gente de relaciones públicas y publicidad y de algunos de los ingenieros y mecánicos que continuaban con su trabajo. Nico me sonrió al encontrarme y eso provocó que los flashes nos cegaran a ambos.

—Sí —admitió Siroco, volviendo la vista al frente, y entonces estallaron los murmullos, las preguntas y muchas más fotografías.

Si Nico estuvo ansioso esa noche, ciertamente me hubiese resultado imposible decirlo, porque se recostó y, sin mencionar absolutamente nada sobre la carrera o sobre su clasificación, sólo hablando de la vida, de nosotros y de cualquier otra cosa, cayó rendido para descansar profundamente a mi lado, durante toda la noche. Se despertó la mañana del domingo de un humor excelente y un semblante todavía más estupendo, uno del que creí no haberlo visto dueño nunca antes.

Nico ganó la carrera de Canadá de modo indiscutible y aplastante, demostrando que, independientemente de las diferencias de puesta a punto, motor e ingeniería del equipo Bravío, él continuaba siendo un magnífico piloto capaz de moldear a pulso las curvas, de resolver problemas con su automóvil sin ayuda de los ingenieros (de hecho, ganó la carrera con una de las marchas sin funcionar) y de pasar por encima del cansancio físico, del calor y del estrés de la competición.

Esa noche volvimos a celebrarlo con todo el equipo hasta bien tarde. Nico habló con todos y se mostró más que formalmente cordial; fue amistoso, estuvo relajado, bailó, bromeó y se divirtió. Y yo fui feliz de verlo disfrutar de esa manera.

* * *

Impulsados por el oleaje de la categoría, partimos de Canadá directos hacia Azerbaiyán para el Gran Premio de Bakú, con el circuito más veloz de toda la temporada.

Nico estaba muy entusiasmado de probar por primera vez ese circuito callejero en una ciudad verdaderamente increíble, que nos sedujo a ambos en cuanto pusimos un pie en ella. Allí contrastaba, del modo más armónico imaginable, lo antiguo cargado de siglos de historia y la modernidad más tecnológica y deslumbrante, saltando así de calles empedradas del casco viejo a edificios de cristal de formas exóticas y casi espaciales.

Con el horario adelantado, llegamos a destino la madrugada del martes y yo no tuve la fuerza de voluntad de Nico para, de todas formas, levantarme con la salida del sol a entrenar como hizo él; su sentido de la disciplina y el deber eran únicos. Nico jamás llegaba tarde a ninguna parte, jamás se quejaba del cansancio o de cualquier otra mala condición que tuviese por delante, salvo por la ineficiencia de otros, o la falta de compromiso y dedicación. Nico tenía problemas para comprender que no todo el mundo era así de correcto ni estaba así de comprometido con sus obligaciones. Dudo de que alguna vez en su vida alguien hubiese tenido que ordenarle que hiciese lo que se suponía que debía hacer; nadie mejor que él conocía su agenda y sus compromisos, y, a pesar de que a veces no era muy sociable con todos, si sabía que tenía un evento, una fiesta, una sesión de entrevistas o lo que fuese, Nico le pedía a Paul que le facilitase una lista de invitados o los nombres de aquellas personas a las que debía ver para averiguar cosas sobre ellos y conocerlos de antemano. Su manía por intentar preverlo todo, por estar preparado para lo que viniese, llegaba a ese extremo. Así como jamás, ni porque el mundo se viniese abajo, descuidaba ningún aspecto de su entrenamiento y preparación física, ni ningún otro detalle de su carrera, jamás dejaba al azar absolutamente nada si podía hacer algo para adelantarse un paso al destino; así de maniático del control era él.

Un poco del control lo perdió conmigo cuando nos conocimos. No había terminado todavía de saber de mí, de averiguar de dónde venía o quién era, que ya había pedido que me contratasen en el equipo. Por aquel entonces, a un día de cumplir un mes de estar juntos, aún continuaba siendo, en parte, algo que él no lograba controlar, si bien conocía de memoria mis gustos en comida, ropa, zapatillas, música, cine, bebida y tantas otras cosas; lo que él nunca conseguiría terminar de prever eran mis reacciones y era eso mismo lo que decía que le gustaba de mí.

El martes, para él, se redujo a puro trabajo, entre entrevistas, entrenamiento e interminables reuniones con gente del equipo, mientras que yo me dediqué a disfrutar un poco de la ciudad. Me dio pena que no pudiésemos patearla juntos, pero al menos tuvimos la noche para nosotros. Nico llegó agotado y pedimos comida en la

habitación para ser sólo nosotros dos, al menos por unas horas, ya que al día siguiente ambos teníamos que trabajar.

* * *

—Creo que el otro día me comí una docena entera. Esas cositas son extremadamente dulces y adictivas. Deberías buscar la receta y prepararlos aquí.

—A ti no te interesa que los prepare para el equipo —le contesté riendo a Suri; llevábamos un buen rato terminando de organizar la cocina para el día siguiente y, como estábamos tan acostumbrados a trabajar en equipo, habíamos conseguido adelantar muchísimo trabajo del fin de semana, por lo que, mientras ultimábamos detalles, conversábamos sobre las exquisiteces de la gastronomía autóctona; en ese momento, sobre unos dulces que eran similares a las empanadillas.

A Suri lo delató una sonrisa que no pudo contener.

—Seguro que ya tienes la receta.

—Sí, ya la tengo; ayer, cuando me fui de paseo, las probé en un café; acabé hablando con el encargado y él me la pasó.

—¡Lo sabía! —exclamó apuntándome con sus dos dedos índices—. Pásame los ingredientes, que te conseguiré todo lo que necesites.

—Eres fatal.

—Es por el bien del equipo; los chicos estarán felices de comerlas.

—Lo estarás tú.

—Te ayudaré a prepararlas.

—No mientas —reí—, que no te gusta hacer dulces y después delegas en mí todo el trabajo.

—Por favor, por favor, por favor —lloriqueó colgándose de mis brazos.

—Qué actitud tan lamentable para un adulto, Surinder —bromeé llamándolo por su nombre completo.

—¿Qué tengo que hacer para que me digas que sí?

—Para que te diga que sí, ¿a qué? —inquirió Nico abriendo la puerta para hacer acto de presencia en la cocina, erguido sobre sus largas piernas enfundadas en unos pantalones negros que hacían honor a su entrenamiento atlético, vistiendo además una simple camiseta oscura y una chaqueta de cuero. Estaba recién duchado, tenía el cabello húmedo y olía como un dios del Olimpo o incluso mejor. Yo, en cambio, debía de oler a ajo y frituras.

—Campeón —entonó Suri con voz un tanto ahogada, mientras yo me tiraba a los brazos de Nico para darle la bienvenida.

Nos dimos un rapidísimo beso.

—Suri quiere que le prepare unos dulces típicos de aquí. Intenta negociar conmigo —le expliqué.

—Pues que tengas suerte —le dijo a Suri—; ésa no es tarea sencilla.

Apartando a un lado su chaqueta de cuero, le di un pellizco casi imposible en sus abdominales; casi imposible porque a Nico no le sobraba ni un gramo de grasa en ninguna parte del cuerpo, de modo que resultaba un tanto complicado pellizcarlo como es debido.

Con sus ojos dirigidos hacia mí, con esos párpados entornados por los que apenas asomaba su mirada azul celeste, lanzó en mi dirección ese poderío sexi que tenía la capacidad de hacer que mi cuerpo entero se reblandeciese, que mis tripas sintiesen como si jamás hubiese probado bocado y que mi corazón olvidase que el ritmo normal de los latidos no debía seguir las revoluciones del motor de un Fórmula Uno.

—¿Qué haces tú por aquí? ¿No tenías una entrevista con un canal de televisión local?

Eso había ido a hacer cuando salió de allí a media tarde, después de reunirse con el equipo.

—Sí, ya la hemos grabado; di otra para un canal de Fórmula Uno de Latinoamérica y me tomaron unas fotografías oficiales para el equipo... y aquí estoy, bañado y perfumado, listo para sacarte de aquí —anunció sin perder su enorme y juvenil sonrisa.

—Cuánta eficiencia. Deberías haberme esperado en el hotel. No había necesidad de que vinieses a buscarme.

Nico me apretó contra su cuerpo.

—Sí que la había, porque saldremos a celebrarlo.

Yo sabía muy bien en qué fecha estábamos. Nuestro primer *cumplemes* de estar juntos.

—Bueno, si vamos a salir, será mejor que vaya al hotel a darme una ducha y cambiarme. Huelo a comida y...

Nico se inclinó sobre mí; su aliento me hizo cosquillas en la coronilla, hasta que su nariz entró en mis cortos cabellos. El contacto tan directo con su aliento y su piel hizo que me olvidase de que probablemente olía como a todos los restaurantes de Bakú juntos, porque en ese instante no podía oler otra cosa que su piel y el perfume que tenía impregnado su camiseta y su chaqueta de cuero.

—Eso no será necesario, hueles tremendamente bien.

—Huelo a comida.

—A comida sabrosa.

De refilón, vi a Suri poner los ojos en blanco mientras sonreía ante las palabras de Nico.

—Puedo llevármela ya, ¿no es así? —le preguntó Nico a Suri.

—Sí, aquí ya hemos terminado hasta mañana.

—Entonces, tú y yo estamos fuera —me dijo mirándome fijamente.

—Pero Nico, no puedo salir así, estoy...

—Magnífica, como siempre. Andando. —Me dio una palmada en el muslo—. Tenemos un coche esperándonos fuera.

—¿Un coche?

—¡Que os divirtáis! —nos deseó Suri.

—Lo haremos —afirmó el campeón.

Nico apenas si me dio tiempo a quitarme el delantal y recoger la chaqueta, que no era otra que una del equipo, con el nombre y todos los parches de los patrocinadores. Sin duda mi apariencia no era la mejor para salir por la noche.

Resultó que el coche que nos esperaba fuera del área de trabajo de los equipos, con chófer y todo, no era uno cualquiera, sino uno elegante que gritaba dinero hasta en las manijas de sus puertas, una de las cuales el chófer abrió para nosotros.

—¿Adónde me llevas? —le pregunté cuando todavía no me había acomodado en el asiento, después de que él entrase en el vehículo que el chófer rodeaba por la parte delantera para ir a ubicarse otra vez detrás del volante.

—A celebrar nuestro primer aniversario —me contestó sonriente.

El conductor ocupó su lugar.

—Sí, eso lo tengo claro. Mi pregunta es adónde; es que realmente no tengo muy buena pinta... podríamos pasar antes por el hotel para que me cambie.

—No precisas cambiarte de ropa ni nada, a mí me gustas así. Bueno, me gustas más cuando no llevas nada, pero eso lo dejaremos para después de la cena.

La parte baja de mi abdomen vibró ante sus palabras.

Nico se acercó entreabriendo los labios. Su boca quedó flotando sobre la mía, tentándome, enloqueciéndome y seduciéndome como cada vez que lo tenía en frente.

—No te preocupes, es un lugar sencillo que no requiere de galas.

—Tú te has arreglado y perfumado —protesté.

—Tú no necesitas perfumarte ni nada más.

—Nico...

—Nada de peros. Es una noche en la que seremos nosotros dos; no necesitamos nada más.

—Si hasta llevo la chaqueta del equipo; no puedo andar por la calle así, y aún menos que ir a cenar.

—Ten —dijo, y comenzó a bajar los hombros y estirarse para quitarse su chaqueta de cuero.

—Me perderé dentro de tu chaqueta.

—Mejor, así nadie más que yo podrá encontrarte.

—Tonto... —Una de mis manos llegó a su cuello y mis labios a los suyos. Nico tenía la chaqueta de cuero todavía colgando de los antebrazos—. También me gustas mucho cuando no llevas nada —le susurré al oído después de acariciar la piel de su mejilla con mis labios.

—Eso que haces me provoca saltarme la cena.

—Nada de eso, que ahora quiero ver dónde me llevarás.

Nico atrapó mis labios con los suyos, poseyendo mi boca una y otra vez.

—Es un lugar pequeño e íntimo que me recomendaron; preparan comida típica de aquí y se supone que es tranquilo. No es muy lujoso, pero...

—Tú eres mi mayor lujo; no necesito nada más que tu compañía para sentirme la persona más rica del mundo.

—Cuánto elogio.

—Feliz *cumplemes*, amor.

—No me parece que lleve un mes amándote, sino toda una vida.

—Exageras.

—No —susurró dentro de mi boca—. Es como si toda mi vida hubiese estado enamorado de ti y lo hubiese descubierto cuando te tuve delante por primera vez. De haberlo sabido antes, habría salido en tu búsqueda, así hubiese tenido que perseguirte por todos los países que visitaste antes de llegar a mí.

—No necesitas perseguirme, campeón, ya estoy aquí.

Volvió a besarme y luego me ayudó a ponerme la chaqueta.

El chófer nos guio por las calles de Bakú, enseñándonos su cara más bella a la luz de la noche. De cualquier modo, parecía difícil encontrarle un perfil feo a la ciudad, porque todo allí era un despliegue de luz cargada de misterio.

El conductor nos dejó frente a una plaza, con una fuente estupenda, por la que paseaba gente autóctona y muchos turistas, aprovechando que hacía una noche maravillosa.

Como cualquier otra pareja, dimos un paseo y luego Nico me guio por unas calles peatonales que invitaban a quedarse a vivir en la ciudad.

—Aquí es —anunció Nico deteniéndose frente a una puerta angosta que parecía salida de un cuento, quizá de alguna historia con reminiscencias árabes. El edificio

era una estructura de piedra de esas muy típicas que había en todo el casco antiguo y otras perdidas, salpicadas por el resto de la ciudad—. ¿Te gusta? Me pareció mejor idea comer en un lugar típico que en uno de esos restaurantes que son iguales a los que podemos encontrar en cualquier otra parte del mundo.

—Me encanta —le contesté sonriendo de oreja a oreja. Esa noche de nuestro primer aniversario sería especial, ese lugar era especial, él era especial... y se veía particularmente sexi y radiante esa velada, así tan sencillo, con ese aspecto tan despreocupado y la mirada tan liviana y libre. Nada podía hacerme más feliz que verlo de ese modo. Éramos nosotros dos sin demasiados adornos; lo que éramos y nada más. Nada mejor para celebrar nuestro primer mes juntos que alejarnos del bullicio en el que, sobre todo, se movía. Allí no habría cosas que nos distrajesen de la realidad, allí sucedería todo y nada. Nada, porque no habría actos grandilocuentes ni despilfarros; todo, porque seríamos nosotros dos.

Nico tiró de mi mano hacia la pequeña y pintoresca puerta de madera.

En cuanto abrió la puerta del restaurante, me llegaron los aromas exóticos, la calidez de la intimidad de ese lugar, las conversaciones suaves y una música que invitaba a dejar la realidad de una ciudad en expansión fuera de las paredes de piedra clara.

El restaurante era pequeño y grandiosamente estupendo. De techos abovedados, paredes de piedra con detalles de madera, muebles simples, mesas de manteles blancos de lino y suelos cubiertos por unas alfombras en tonos de marrón y blanco; del mismo color eran los tapices con borlas que adornaban las paredes, situados entre platos pintados a mano colgados por todas partes.

Con mucha amabilidad y respeto, nos dieron la bienvenida. Imaginé que debían de recibir a todo el mundo del mismo modo, pero al recepcionista y al camarero que pasó a unos pasos de nosotros por poco se les salen los ojos de las órbitas cuando Nico dijo quién era al pedir su reserva de una mesa para dos; de cualquier modo, sospeché que ya lo habían reconocido, al igual que un hombre y una mujer que tenían toda la pinta de ser turistas, sentados a tres mesas de distancia, en el lado derecho del local.

A Nico no le molestó que se quedasen mirándolo; cada día llevaba mejor aquello de que la gente lo admirase, y no porque eso alimentase su ego, sino porque, a fuerza de mucho repetírselo, creo que entendió lo que le expliqué... que toda aquella gente, en cierto modo, le tenía mucho cariño y respeto.

Como una pareja cualquiera que sale a celebrar su primer dulce aniversario de un mes, caminamos hasta la mesa que nos habían asignado, para, allí, con ayuda del camarero, que se puso pálido debido a la sorpresa de ser testigo de lo que le sucedía (la ciudad estaba empapada de Fórmula Uno y creo que en todas partes esperaban la presencia de algún piloto; ese joven camarero, sin embargo, no debía de esperar que eso le sucediera a él, en un local tan sencillo) elegir, siguiendo sus recomendaciones, los platos más típicos del país.

Acabamos con un festín sobre la mesa, que incluyó desde cordero hasta vegetales, pasando por mucho arroz, unos panes planos exquisitos, pescado, hortalizas y unas olivas que estaban estupendas.

Nico se abstuvo de beber, pero yo no me privé de una cerveza bien fría y de comer postre.

—Y bien, ¿qué te ha parecido la comida?

Sujetándome la barriga, me recosté en el respaldo de la silla en un gesto muy poco femenino.

—¿Tú qué crees? —le dije poniendo voz de quien ha engullido hasta reventar. Y más o menos así había sido.

Nico rio.

—Me alegra mucho que te haya gustado.

Enderecé la espalda para volver a inclinarme sobre la mesa, aproximándome a él otra vez.

—Gracias por traerme aquí. Este lugar es casi mágico.

—Bueno, es un tanto rústico, pero...

—Es perfecto; además, con estas fachas no podría haber ido a ninguna otra parte y como no me has permitido ir a cambiarme...

—No necesitabas cambiarte.

—¡Lo que te gusta que lleve la camiseta del equipo con el número uno! —canturreé frente a sus labios. Hasta un mes atrás, solía trabajar con una camiseta del equipo que no llevaba número, pero, desde que Nico y yo estábamos juntos, me daba el gusto de llevar en mi uniforme el número del campeón, mi novio. Pensar en ello amplió mi sonrisa; estaba orgullosa de él, feliz por él. Feliz porque no podía sentirme más dichosa o más plena, más en paz y bien con mi vida.

—No puedo negarlo. —Tocó mis labios con los suyos y se quedó sonriente, observándome.

—¿Qué?

—Te amo.

—Y yo a ti.

Nico volvió a quedarse mirándome fijamente, sin perder la sonrisa de labios pegados.

—Ok —soltó apartándose de mí. Sus ojos se movieron rápido de mi persona hacia el camarero que daba vueltas a nuestro alrededor, quien nos atendía desde que llegamos—, es hora del *champagne* —anunció, y le hizo una seña al susodicho, quien se alejó hacia la cocina después de asentir con la cabeza sin ni siquiera venir a preguntar qué necesitábamos de él.

Algo en mis tripas me hizo cosquillas, y no fue la comida. Presentí que maquinaba alguna cosa. ¿Habría organizado lo del *champagne* de antemano? Después de todo, llegamos allí con una reserva.

—¿Tramas algo?

Nico sonrió y apartó sus ojos de mí, para moverlos en la dirección en la que se había alejado el camarero.

—Me pones nerviosa.

—Bueno, se supone que es positivo ponerse nervioso, ¿no? La adrenalina es buena. Este tipo de nervios son los que hacen bien —entonó, y la voz medio le tembló. Él también debía de estar nervioso.

—Nico, no sé qué tipo de nervios son a los que te refieres, y que me digas todo eso me pone más ansiosa, porque creo que tú también estás nervioso y esto...

—Aquí viene el *champagne* —soltó, y yo di un salto sobre mi silla ante su exclamación.

El camarero avanzaba hacia nosotros empujando un carrito con un cubo de hielo que contenía el *champagne*, con la botella aún cerrada, dos copas y una servilleta blanca a un lado, doblada como si fuese una rosa; supuse que era para cubrir la botella al sacarla del recipiente.

El camarero colocó el carrito paralelo a nuestra mesa y, sonriendo, se alejó después de que Nico le diese las gracias.

Nico cogió las dos copas para colocar una frente al plato que había contenido mi postre y otra frente a él.

Sacó la botella del hielo. Reconocí la etiqueta y me sorprendí al verla; nunca hubiese imaginado que allí, en ese restaurante, pudiese conseguirse una marca similar. Esa botella valía muchos más euros de los que habíamos gastado en toda la cena, quizá incluso más de lo que hubiésemos podido gastar durante toda una semana cenando allí.

Sin descorchar la botella, Nico asió la servilleta con forma de flor, con un cuidado extremo, y la depositó frente a mí. Lo miré extrañada y él me sonrió.

—¿Qué...? —Me quedé mirándolo con la cabeza ladeada y el ceño fruncido para que entendiese que olía que se traía algo entre manos—. ¿Qué es todo esto, campeón? ¿Qué significa eso? —apunté con un dedo hacia abajo, hacia la rosa situada a unos centímetros de mí.

Nico carraspeó para aclararse la garganta.

—Te amo.

—Sí, y yo a ti. Mucho, más de lo que pensé que podría amar a nadie; ciertamente mucho más de lo que creí que pudiese amar a ese piloto un tanto desquiciado y maniático que conocí en el Gran Premio de Australia.

Nico sonrió ampliamente.

—Tampoco esperaba encontrar nada semejante al entrar en aquella cocina. — Hizo una pausa para acomodarse sobre la silla. La botella de *champagne* continuaba todavía sin abrir y la rosa, frente a mí—. No lo esperaba ni creí que me tocara vivir nada semejante; no tenía ni idea de que pudiese existir algo así y, sin duda, de saberlo, jamás hubiese imaginado tener tanta suerte, no después de todo lo que la vida me ha dado. Si es que, por momentos, hasta me parece egoísta para con el resto de la humanidad. Pero lo siento, lo vivo, te tengo en mi vida y quiero que así continúe siendo, aunque sea egoísta por mi parte reclamarlo para mí, reclamarte para mí por el resto de mis días, poder decirte que te amo más y más a cada segundo, el resto de mis días.

Eso de que repitiese «el resto de mis días» hizo que el volcán de chocolate que me había comido de postre trepase por mi garganta. Estaba siendo protagonista de una escena que jamás creí que viviría. Me puse todavía más nerviosa; tanto fue así, que mi cerebro se obligó a no pensar en que la botella de *champagne*, al final de la cena romántica, envuelta así, en un halo de misterio, sonaba demasiado a final feliz de película sensiblera.

—Nico... —Se me puso la piel de gallina y poco me faltó para que me echase a temblar.

—Quisiera que amanecieses en cada cama en la que yo duerma —comenzó a decir—. Quisiera poder tener el honor, y sin duda la suerte, de decir que eres mi mujer, la mujer que he estado esperando toda la vida. Yo no...

Lo vi tragar con dificultad y los ojos se me llenaron de lágrimas. Nico tendió su mano derecha para atrapar mi mano izquierda.

—No sé qué hubiese sido de mí si no llegas a aparecer en mi vida. Supongo que habría vivido el resto de mis días sin enterarme de que vivía nada más que media vida, sin saber que hay mucho más allá de lo que pensé que podía ser real.

—Nico... —Su nombre se escapó de mí con un par de lágrimas.

—Te amo y quiero pasar contigo el resto de mi existencia. Creo que lo sé y lo deseo desde el primer día que te vi, y no pienso perder más tiempo para pedírtelo, porque ya he vivido demasiados años sin ti y no deseo desperdiciar ni un solo segundo más sin ti a mi lado. ¿Quieres casarte conmigo? —Al preguntarlo, Nico oprimió mi mano; su mano, en realidad, no sólo apretó mis dedos con suavidad, al mismo tiempo que una necesidad se le escapaba por los ojos en una mirada tierna que hizo que me dieran ganas de comérmelo a besos, sino que, además, con su mano tibia, dulce y al mismo tiempo potente, atrapó mi corazón. Aquello no sólo era bueno, sino estupendo, perfecto... tal como era en las películas románticas, pero que nunca creí que experimentaría en primera persona... así era cómo me sentía cada vez que él posaba su mirada en mí.

No pude contestarle nada, simplemente le di mis lágrimas, unas lágrimas de una felicidad tal que nunca pensé que derramaría.

—¿Y bien? ¿Esa sonrisa y esas lágrimas son un sí?

—Nico... estás loco. —Solté eso último sonriendo y llorando, todo al mismo tiempo. Tenía la impresión de que el pecho iba a estallarme de dicha.

—Bueno, sí, no te lo niego, quizá esté un poco loco... pero ¿crees que podrías pensar en pasar el resto de tus días a mi lado?

—Es probable que sí, que pueda planteármelo —le contesté sin poder parar de llorar a lágrima viva y de reír hasta con la última de mis fibras. Eso era una locura, apenas llevábamos un mes saliendo; sin embargo, todo en mí gritaba «sí»—. Sí, sí quiero, sí podré, sí lo intentaré. Te amo, Nico. Qué más quisiera yo que poder amanecer en cada cama en la que tú duermas; si es que no hay mejor lugar en el mundo que a tu lado.

Nico se alzó de su silla soltando mi mano. Sus dos manos llegaron a mi cuello, sus labios a los míos. Me besó con ferocidad. ¡A la mierda el recato, si el amor no debe ser recatado y, mucho menos, ocultado!

—Te amo, te amo, te amo —repitió infinidad de veces sobre mi boca, con los ojos también llenos de lágrimas. Una vez más, sus labios atraparon los míos para fijar sus ojos azul celeste en mi mirada. Permanecimos así durante un par de segundos y quedé todavía más convencida de que no podía amar a nadie del mismo modo que lo amaba a él.

Nico se apartó un poco de mí.

—Anda, ábrela.

—Que abra, ¿qué?

—La rosa, *petitona*.

—Nico, por Dios —jadeé, suponiendo lo que debía de haber dentro. Yo no necesitaba un anillo, con ese momento me bastaba.

—Anda, ábrela.

—¿Cómo? —lloriqueé nerviosa. Las manos me temblaban y por mi rostro no paraban de rodar lágrimas.

—Tira de los extremos —explicó apuntando con ambas manos hacia las dos puntas que hacían las veces de hojas que rodeaban los pétalos de la rosa.

—Nico...

—Quiero saber si te gusta.

Se me puso la piel de gallina una vez más.

—Me gustas tú, me gusta estar contigo. No necesito nada más.

—Ábrela de una vez, que me estás poniendo aún más nervioso y me dará algo.

—De acuerdo, de acuerdo.

Con manos temblorosas, cogí las puntas y tiré; tuve que hacer un poco de fuerza. Al final los extremos cedieron y, con suavidad, la rosa fue desplegándose para dejar

al descubierto su centro y, en éste, el anillo más bello que yo hubiese visto jamás. Quedé boquiabierta, muerta de amor, llena de un halago e impresión tales que mi pecho se lanzó como loco a la carrera hacia ninguna parte, bombeando sangre con una fuerza tal que en mis oídos no oía otra cosa que la sangre correr por mis venas a la misma velocidad que Nico daba vueltas por las pistas destrozando récords.

El anillo era perfecto. Por el tono del metal plateado y la forma en que relucía ante la luz sobre nuestra cabeza, imaginé que debía de ser platino y no oro blanco, y las piedras —porque sí, no era sólo una, sino tres— eran magníficas. El brillo de la central, de corte cuadrado, era como encerrar todos los arcoíris de los cuales había sido testigo en mi vida dentro de una roca. Los laterales, rectangulares, eran igual de espectaculares.

—¿Te gusta? —me preguntó con voz tímida.

—¿Si me gusta...? —jadeé sonriéndole. Alcé la vista del anillo a sus ojos—. Nico, es tan perfecto, tan bonito, que me da miedo tocarlo y arruinarlo. Es... —Tragué saliva y muchas lágrimas—. Es estupendo. Bellísimo.

Otra gigantesca sonrisa copó todo su rostro.

—Lo vi y pensé en ti. Es justo como tú, absolutamente perfecto.

—Sí, bueno, no exageres; el anillo lo es, yo...

—Es lo que te mereces —soltó interrumpiéndome—. Esto y mucho más. Te lo daré todo, hasta lo que no tengo. Es que nada de lo que tengo o pueda llegar a tener en el futuro es equiparable a lo que tú me das. —Nico movió las manos hacia la servilleta y cogió el anillo del centro de los pliegues que todavía estaban un poco marcados. Sus dedos, delicados, alzaron mi mano izquierda—. Entonces... ¿quieres ser mi *petitona* por el resto de tus días, para que yo sea tu Siroco, tu Nico, tu campeón, tu compañero, tu amigo, tu amante y todo lo que necesites que sea para ti?

Semejante discurso provocó que me arrancase a llorar otra vez.

—Sí, mi Siroco, quiero ser tu *petitona* durante el resto de mis días.

Nico deslizó el anillo por mi dedo corazón y se inclinó sobre la mesa para besarme una vez más; entonces, todo el restaurante estalló en silbidos, aplausos y vítores. Los dos nos echamos a reír, a llorar, y no pudimos parar de besarnos durante un par de minutos.

Con las manos todavía temblando de la emoción, Nico abrió la botella y brindamos.

Esa noche estuvimos más juntos que nunca, porque, entre nosotros dos y a nuestro alrededor, ya no quedaba nada que nos separase, sólo había amor, uniéndonos.

* * *

Con mi anillo de compromiso resplandeciendo bajo el cielo de Bakú, recibí un baño de *champagne* al verlo ganar.

Fue un fin de semana simplemente brillante para Nico, quien se hizo con la victoria otra vez, de modo aplastante, frente a los demás corredores. No lo fue tanto para el equipo, pues Haruki perdió el control después de la recta, tocó con la parte trasera de su vehículo contra las contenciones y, como resultado, uno de sus neumáticos traseros reventó, dejándolo fuera de carrera.

Tampoco fue un buen fin de semana para Thiago. El circuito de Bakú resultó ser demasiado para el motor de su monoplaça, el cual estalló a poco más de veinte vueltas del final de la carrera, en plena recta, en plena aceleración.

De cualquier modo, Thiago no perdió su sonrisa; el brasileño no solía perderla y estuvo más que feliz esa noche con nosotros en la fiesta que Bravío organizó para Nico por la victoria. Esa misma velada, Nico le pidió a Thiago que fuese su padrino de bodas, a lo cual yo no tuve absolutamente nada que objetar, si bien ni siquiera habíamos hablado de una fecha en concreto. A mi modo de ver, mejor les dábamos un poco de tiempo a todos, especialmente al padre de Nico, para procesar que su hijo me había pedido matrimonio a un mes de terminar con Mónica, con quien se suponía que se iba a casar, para empezar a salir conmigo.

Procuré no preocuparme por él; es más, en mi corazón no había espacio para su desagrado, mientras no le causase problemas a Nico... y, hasta donde yo sabía, de momento no había sido así. Si bien no se había mostrado alegre por la noticia, tampoco había dicho nada en contra de la acelerada decisión de Nico.

Así, siendo oficialmente una pareja, encararíamos el próximo gran premio.

22. Family day

Antes de Austria y con un anillo de compromiso en mi dedo, el equipo viajó a España a realizar una semana de pruebas que encabezaron Harper y Haruki. Nico tenía un par de días libres que, en realidad, no fueron libres, pues tuvo que ocuparse de compromisos con sus patrocinadores en Dubái y, luego, en Mónaco.

Como era de esperar, resultó un tanto complicado evitar que todo el mundo se enterase de que Nico y yo estábamos comprometidos, a pesar de que ni siquiera habíamos hablado de una fecha para el enlace. No me apetecía ocultar el anillo que él me había regalado, pero no por hacer ostentación de la pieza, sino porque, para mí, era agradable llevar aquello conmigo como símbolo de lo que nos unía. Con todo, la joya tenía un tamaño difícil de ignorar, de modo que allí estaba en mi dedo, a la vista de todos, incluyendo los fotógrafos y periodistas de dentro y fuera de mundo del motor.

Hubo mucha gente feliz por la noticia y otra tanta a la que no le cayó muy bien.

No me sorprendió que mi madre opinase que ese compromiso entre nosotros era demasiado precipitado. Lo primero que me soltó, en cuanto se lo conté vía FaceTime, fue que ellos ni siquiera conocían a Nico, que jamás habían hablado con él, y en eso tenía razón. Le prometí que organizaría un encuentro de nosotros dos con mi padre y ella para que, al menos, pudiesen hablar; sin embargo, con la agenda de Nico, las diferencias horarias y demás complicaciones, hasta ese momento mis padres seguían sin conocerlo más allá de las fotos de las revistas de corazón o de las transmisiones de la Fórmula Uno.

Tobías también expresó su disconformidad ante lo sorprendente del compromiso. Al menos él conocería a Nico cuando viajásemos a Inglaterra para el gran premio, lo que en parte tranquilizaba a mis padres y al propio Tobías; no así a Nico, quien ni siquiera quería hablar demasiado sobre aquel encuentro. Imaginé que el suceso debía de ponerlo nervioso.

Spielberg, Austria y un nuevo fin de semana de trabajo nos dio a ambos de nuevo una cierta sensación de normalidad. Nico me dijo una y mil veces que los días que pasaba lejos de mí se sentía como perdido, como si flotase sin sentido, y a mí se me hacía demasiado extraño dormir sola, sin su abrazo, sin su perfume ni sus besos.

Recuperar esa normalidad nos ayudó a ambos a tranquilizarnos, a volver a disfrutar de la decisión que habíamos tomado. Juntos, el compromiso ya no nos

parecía una decisión apresurada; juntos soportábamos mejor la presión de los medios, los cuales, para no faltar a lo que eran, comenzaron a especular sobre los motivos que nos habían llevado a tal decisión. Rumorearon a placer: desde que yo estaba embarazada hasta que lo nuestro no era más que una campaña publicitaria para Nico y el equipo para recuperar su imagen después de que rompiese con Mónica, pasando por infinidad de desvaríos varios.

Los días se comieron las especulaciones; que los dos continuásemos dedicándonos con la profesionalidad de siempre a nuestros trabajos y que Nico ganase de nuevo, de manera aplastante y dejándolos a todos boquiabiertos una vez más, devoró todas esas habladurías. Después de Austria, los medios de comunicación que seguían la carrera de Nico no pudieron hacer otra cosa que elogiar su impresionante actuación en el campeonato, remarcar una y otra vez sus logros, el modo en que el campeón pulverizaba un récord tras otro, catapultándose así de camino a su sexto campeonato, a ser el piloto con más títulos ganados a más corta edad.

Así como Nico se lució otra vez, Haruki volvió a no tener un fin de semana muy bueno, cayéndose otra vez del podio por culpa de un toque que tuvo con un piloto de mitad del pelotón para atrás, al salir del *box*. Por suerte llegó a sumar puntos al cruzar la meta en séptimo lugar.

Thiago llegó cuarto, detrás de Klaas, quien batalló hasta último momento con un joven piloto italiano que estaba en su primer año en la categoría y que el domingo había tenido un día absolutamente increíble, convirtiéndose en la sorpresa de la jornada al alcanzar el segundo lugar del podio.

Todo aquello se conjugó para posicionar a Nico como líder del campeonato por una diferencia que, con cada carrera, parecía más difícil de acortar por parte del resto de pilotos.

De Austria volamos directamente a Inglaterra, si bien el resto de los pilotos regresaron a sus hogares; así lo hicimos porque el plan era que pudiésemos pasar unos días con mi hermano y su familia para que conociesen a Nico antes del gran premio al cual estaban invitados a compartir desde el *paddock*.

A pesar de sus nervios ante la proximidad de conocer a mi hermano mayor, Nico también se había encargado de hablar con el equipo para que Tobías y los suyos fuesen invitados a participar del día familiar que Bravío organizaba allí todos los años, en un parque muy próximo al circuito.

El lunes amanecemos en Londres, listos para dar el siguiente paso.

Entré en el baño y lo encontré arreglándose el cuello de la camisa frente al espejo. Tiraba de un extremo y a continuación del otro, la acomodaba por detrás y volvía a tironear.

Abriendo la máscara de pestañas, me situé a su lado. Nico volvió a tirar del lado derecho del cuello de la camisa, que en realidad estaba perfectamente colocado sobre

el ángulo de sus hombros; casi todas sus camisas estaban hechas a medida, por lo que encajaban perfectamente sobre cada curva de su cuerpo.

—Déjalo ya, que estás bien —le dije comenzándome a aplicar el maquillaje.

Nico soltó un suspiro.

—¿Crees que debería cambiármela por la...?

No le permití terminar la frase, ya se había cambiado de camisa tres veces.

—Cálmate, estás estupendo. Es un almuerzo informal y se trata de mi hermano y su familia, no de la reina de Inglaterra.

—Si fuese la reina sabría qué esperar, pero es tu hermano. —Me miró a través del espejo por un segundo y volvió la atención a su propio reflejo; el sol que entraba a raudales por la ventana provocaba que su cabello rubio brillase como el oro y que sus ojos azul celeste se viesan más claros, pero no era el culpable de que de su piel se viese así de pálida; quizá fuesen los nervios o que no se sentía del todo bien, o que, por culpa de su desasosiego debido al inminente encuentro, no se encontrase en óptimas condiciones. Su diabetes se descontrolaba un poco ante ciertos momentos de ansiedad—. No tengo ni idea de con qué me encontraré —continuó diciendo—. ¿Y si no le caigo bien? Eres su hermana pequeña, y me has repetido hasta el cansancio que vosotros dos estáis muy unidos, que él para ti es... —Me miró otra vez y, a continuación, noté que sus ojos se movían hasta el anillo en mi dedo.

Dejé de pintarme las pestañas.

—Escucha, tienes que tranquilizarte, de verdad. Tobías no te comerá. Él sabe que te amo y que ni él ni nadie pueden hacer nada contra eso.

—Está en desacuerdo —resopló interpretando mis palabras del peor modo.

Cerré el rímel y lo coloqué entre los grifos del lavamanos, para luego enganchar mis dedos en las presillas de sus pantalones vaqueros y así atraerlo hacia mí.

—Menciona una persona que no piense que vamos demasiado rápido con el compromiso.

—Thiago —entonó sonriéndome y haciendo a un lado sus nervios al menos por un par de segundos.

Reí.

—Sí, bueno, aparte de él. Vamos, Nico, todos tienen sus dudas respecto a nosotros, incluso tu padre y me atrevería a decir que media humanidad, incluyendo también a los míos y a Tobías. —Estirándome, toqué sus labios con los míos—. Esto es entre tú y yo, campeón. La que lleva el anillo en el dedo soy yo, no todos los demás, y el que es mío eres tú, no todos los demás. Tienes que darles tiempo para que se acostumbren a la idea de vernos juntos, a que entiendan que esto es lo que queremos.

—Lo que necesitamos —acotó él, imitando mi tono suave y sedoso.

Le sonreí.

—Lo que necesitamos.

—De todas formas, es tu hermano. Y además está su familia. Cuando me pongo nervioso, soy un desastre con la gente. ¿Y si no le gusto a tu sobrina? Encima... bueno, tu hermano y su pareja... ¡Mierda, estoy histérico! —Nico se desembarazó de mí y volvió a mirarse al espejo, esta vez para recolocarse el cabello.

—Si sigues arreglándote tanto, acabarás conquistando a Thomas.

Nico puso una cara de pánico tal que se me escapó una enorme carcajada.

—¿Quieres calmarte? Todo saldrá bien. Thomas y Tobías están demasiado enamorados como para reparar en ti, pero, de cualquier modo, sé que les caerás bien, incluso a mi sobrina. Venga, Nico, que yo he visto cómo se te acercan los niños a pedirte fotos y demás, y siempre lo llevas bien.

—Ellos son tu familia.

—Y si seguimos con esto —alcé el anillo hasta que quedó a la altura de sus ojos—, también será la tuya. Relájate, por favor. Te prometo que no te comerán, que no permitiré que te torturen y que te defenderé en caso de que sea necesario.

—No quiero que tengas que defenderme.

—No tendré que hacerlo. Te amarán, lo sé. No tanto como yo, porque eso es imposible, pero te querrán.

Abrí la máscara de pestañas otra vez y, antes de volver al maquillaje, le di un golpe con las caderas.

—Además, comerás como los dioses, porque mi hermano es un excelente chef... y no te preocupes, que habrá preparado algo especial para ti, porque le expliqué qué cosas puedes comer y cuáles no.

—No debiste hacer eso. Seguro que habrá sido toda una molestia tener que...

—¿Molestia?! Tobías lleva una semana pensando el menú. Estaba muy entusiasmado; si es que estuvo investigando y todo para aprender nuevas recetas. Mi hermano quiere conocerte, campeón. Él está feliz de verme feliz, y te aseguro que todas sus preocupaciones se esfumarán en cuanto nos vea juntos.

Nico bajó las manos, dejando en paz su cabello, rendido.

—A veces eres muy cobarde —bromeé.

—¿Qué novedad! Definitivamente no soy tú.

Contuve la risa para no angustiarme más y para no darme con el cepillito de la máscara de pestañas en el ojo.

—Te amo, Siroco. Respira hondo. Todo saldrá bien.

Nico me miró a través del espejo con duda en los ojos.

El teléfono de la habitación empezó a sonar.

—Debe de haber llegado el coche.

—Sí, seguro —le contesté—. En un segundo estoy lista.

—Ok, iré a decirles que en seguida bajamos —comentó saliendo del baño para atender.

Y sí, el automóvil que había alquilado mi novio nos esperaba abajo.

Nico se sentó al volante en el lado derecho del vehículo, para conducir por Londres con una destreza envidiable. Si me hubiera tocado a mí conducir desde esa posición, hubiese chocado, como mucho, a dos calles de salir.

Podía no ser muy buena conduciendo en Londres, pero conocía bien la ciudad porque no era la primera vez que la visitaba y en mis planes había estado, y todavía estaba, el proyecto de abrir una pastelería en esa capital, aunque eso de momento se encontraba en pausa.

Detecté al instante la aguja gris y aguda de la iglesia que quedaba justo al cruzar la calle de la manzana en la que estaba ubicada la casa de Tobías.

Pasamos junto a la pequeña plaza, frente a la floristería de la esquina que tanto me gustaba, por delante de la puerta de la chocolatería que era la perdición de mi sobrina Lila y por el local todavía en alquiler que Tobías me había mencionado en nuestra última conversación, allí, a dos pasos de la plaza y con unas vistas impagables que lo convertían en un lugar ideal para instalar mi pastelería y que, quizá, me permitiría poner algunas mesas para servir allí desayunos y meriendas.

Giré la cabeza y miré a Nico sin decirle nada. En algún momento tendríamos que conversar sobre mis planes, mis metas; sin embargo, ése no era el instante adecuado, no con él y sus nervios por las nubes.

—Es un barrio muy bueno. Las casas se ven estupendas. ¿Son propietarios o alquilan?

—Son dueños desde hace poco; antes tenían alquilada la casa; surgió la oportunidad de comprarla y lo hicieron apenas hace un año. Adoran su hogar; ya lo verás, es estupendo.

—A tu hermano debe de irle muy bien en el restaurante.

—Sí, y así trabaja. Su profesión necesita mucha dedicación, y mi hermano ama lo que hace. Además de eso, Tom es un experto en finanzas; tiene un excelente empleo en una empresa multinacional y Tobías recibió muy buenos consejos de él. —Le guiñé un ojo—. En fin, ya verás lo maravillosa que es la casa. Es que ambos tienen un gusto increíble y la han remodelado al mejor estilo inglés, pero con un toque de modernidad. Nada más entrar tienes la sensación de estar delante de fotografías de una revista de decoración. Bueno, no tan ordenada, porque tienen una niña pequeña y los dos trabajan muchísimo, pero, desde las alfombras hasta los sillones, todo allí es absolutamente perfecto.

Lo vi tragar. Su cuello se ensanchó.

Toqué su hombro.

—Tranquilo.

Nico me sonrió sin enseñar los dientes y sin apartar la mirada de la calzada; el tráfico a esa hora no era excesivo por ser día entre semana al mediodía.

—¿Te gusta más su casa que las mías?

—A mí me gusta donde tú estés, Siroco. Eso que me dijiste de la cama en que amanezcas, pues, bueno, a mí me sucede lo mismo. Ni siquiera me importa qué cama sea.

Nico apartó la mano de la palanca de cambios para envolver la mía.

—Es esa casa de allí —apunté hacia la esquina, en dirección al edificio blanco de tres plantas que no podía ser más encantador.

Siroco espío en la dirección en la que yo señalaba con el dedo.

—Sí que les va bien —comentó.

—Allí —en ese momento apunté al espacio vacío que quedaba entre la Range Rover dorada de Tobías y otro vehículo—. La camioneta de delante es de mi hermano.

Nico comenzó las maniobras para aparcar.

—Por lo que me contaste, ese vehículo cuadra con las proporciones de tu hermano.

Ante su comentario, reí.

—Sí, definitivamente.

Bajamos del coche cargando todo un arsenal de ropa y demás accesorios de Bravío que le había prometido a Tom y a mi sobrina (a Tobías no le entusiasmaba demasiado aquello de hacerle publicidad a su futuro cuñado), más todos los regalos que llevaba acumulando durante lo que llevaba de la temporada para Lila, mi hermano y Tom; a eso había que añadir dos botellas de vino blanco, dos de tinto y dos de *champagne*, que Nico se había emperrado en traer, y los obsequios que él le había comprado a mi sobrina en Austria, en una juguetería que hacía juguetes de madera como se hacían antes, más un vestido de estilo tirolés que no pude evitar comprarle.

Lo nuestro, más que una visita, parecía una mudanza.

—¿Listo, campeón? —le pregunté cuando llegamos al último escalón, frente a la puerta negra con la manija central en forma de ciervo.

Asintió con la cabeza.

Llamé al portero electrónico. Estaba realmente feliz de volver allí después de tantos meses. Me apetecía un abrazo interminable de mi hermano, y ahogar en besos y cosquillas a mi sobrina.

—¡Nat! —estalló la voz de Tom para luego gritar en un exultante inglés con ese acento tan suyo un «ya está aquí, Nat ha llegado». Reí. Por el micrófono se coló un

«ha llegado la tía», en perfecto español, de mi sobrina, y un «yo les abro», en inglés de mi hermano.

Desde el otro lado de la puerta, después de que el portero electrónico enmudeciese, se coló la felicidad de quienes nos recibían.

—Te dije que estaban entusiasmados por vernos.

—Por verte a ti —me corrigió Nico.

—Por vernos a ambos.

La puerta se abrió y entonces, al otro lado del umbral, apareció la enormidad de mi hermano gritando mi nombre; no me dio ni tiempo a inspirar una vez más, porque me vi atrapada en su abrazo, seguro y firme.

Como cargaba tantas cosas, se me complicó abrazarlo.

—No puedo creer que te tenga aquí otra vez.

—¡Tía! —chilló Lila, abalanzándose sobre nosotros.

Tobías se apartó lo suficiente como para permitir que, a pesar de tener demasiadas bolsas colgando de los brazos, pudiese alzarla.

Los bucles rubios de mi sobrina cubrieron mi rostro.

—¡Bienvenidos! —nos dijo Tom, apareciendo por detrás de mi hermano, hablando en su mejor intento de español.

Aproximándome a él sin soltar a Lila, lo saludé con un beso en cada mejilla.

—Qué bien que estés aquí. Te he echado mucho de menos. Cuando te fuiste, dejaste un gran hueco.

—No soy tan grande, Tom —bromeé.

—Sabes a qué me refiero.

Le guiñé un ojo.

—Gracias por recibirnos.

Se hizo silencio. Todos nos miramos. Sonreí. Era hora de hacer las presentaciones.

—Bien, familia, os presento a Nico. Nico, éste es Tom.

Mi cuñado le tendió una mano, que el campeón estrechó con un gesto un tanto nervioso.

—Tobías, mi hermano.

Nico carraspeó.

—Hola. Es un placer conocerte. —Nico le tendió la mano a mi hermano con un poco de temor, como si creyese que pensaba destrozarle los dedos, romperle el brazo o quizá arrojarlo al suelo después de hacerle una llave. Hubiese sido mejor que nunca le contase que Tobías, durante muchos años, había practicado jiu-jitsu.

—Hola. Sí, es bueno tenerte aquí al fin. —Mi hermano le dio un apretón educado—. Hemos oído hablar mucho de ti últimamente.

—Y visto —acotó Tom—. Felicidades, esas últimas carreras han sido increíbles. Hemos estado siguiendo el campeonato.

—Gracias. Sí, el campeonato está siendo increíble para nosotros.

—Será un placer asistir al día de campo del equipo. Lila está muy entusiasmada con la idea de verte correr.

—¿Tú eres el piloto que vemos por la tele? —le preguntó Lila a Nico girando sobre mis brazos.

—Sí, él es el que corre y gana las carreras.

—Mi papá dice que también está bien perder algunas veces.

Inmediatamente Tom y yo miramos a Tobías.

—Bueno, cuando luchas por ganar un campeonato, no puedes perder.

—Pero papi dice que, cuando juegas, está bien perder algunas veces. —Lila entonó el *papi* en español, aclarando con cuál de sus dos padres había mantenido esa conversación.

—Bueno, lo mío no es un juego y no puedo perder.

—Mi *papi* dice que él me quiere igual, aunque pierda.

—Y así es. Yo también quiero a Nico tanto si gana como si pierde —le expliqué a Lila.

—Así es siempre cuando quieres mucho a alguien —intervino Tom, moviendo sus brazos en dirección a Lila—. Ven aquí, monito, que la tía Natalia carga demasiadas cosas.

Lila se pasó a los brazos de su padre.

—Sí, es cierto, pasad. Adelante. —Tobías retrocedió un par de pasos—. Sentíos como en casa.

Nico le dio las gracias y entramos.

Pasado el vestíbulo, aparecimos en la sala de estar, que siempre tenía ese aspecto tan acogedor, con su alfombra azul claro, sus suelos de madera, las lámparas repartidas por todas partes y las paredes blancas cubiertas de obras de arte y de fotografías de la familia. En realidad, la sala estaba dividida en dos partes: una daba a la calle y, la otra, al jardín, por lo que el espacio era muy luminoso y amplio. Además, allí dentro olía de maravilla; mi hermano debía de tener a punto el almuerzo.

La chimenea, el piano cubierto de portarretratos con fotos de mis hermanos, de mis padres y de la familia de Tom, las orquídeas que invadían cada rincón... Así, de pronto, volví a sentirme como en casa.

—Tenéis una casa increíble.

—Gracias. Nat nos comentó que tu apartamento en Mónaco es espectacular.

Nico me miró de refilón.

—Esto es un verdadero hogar.

Sobre el sillón había dos muñecas y una caja rosa de corazones con tiaras, hebillas y gomitas de pelo. Sobre la mesa, el periódico y una libreta con una lista de compra, de víveres quizá.

Una chaqueta sobre una silla, una pila de libros de cocina sobre otra mesa.

Definitivamente, ése era un verdadero hogar, uno en el que se vivía y disfrutaba.

El apartamento de Nico era increíble, pero él apenas pasaba tiempo allí, por lo que le faltaba ese toque de vida que hace, de una propiedad, un verdadero hogar, y no sólo una perfecta fotografía en una revista de decoración.

—Bueno, eso es cierto; de cualquier modo, debo admitir que hoy estás viendo su mejor cara, porque, como teníamos visita, hemos recogido un poco. Tobías y Lila no son las personas más ordenadas de este mundo.

—Eso es de familia —solté defendiendo a mi hermano entre risas—. Nico es terriblemente ordenado; vosotros dos congeniaríais de maravilla —bromeé.

—A veces viene muy bien un poco de disciplina. —Tom me siguió el juego.

—¿De verdad vamos a mantener esta conversación frente a un extraño?

—Tobías, Nico no es un extraño.

Ante mis palabras, mi hermano hizo una mueca.

Toqué a Nico con mi codo y, en cuanto tuve su atención, le guiñé un ojo.

—Hemos traído esto para acompañar la comida.

Mi hermano recibió de las manos de Nico las botellas.

—Al vino blanco y al *champagne* les falta frío, pero...

—Ahora mismo me encargo de eso. —Tom le quitó las bolsas con las botellas a mi hermano de las manos.

—Esto también es para vosotros. Son camisetas, gorras, unas chaquetas y otras cosas del equipo.

—Yo quiero —exclamó Lila.

—Para ti también hemos traído otras cosas. He ido comprándote regalos por todos los países que he visitado, y Nico te ha traído también unos regalos muy especiales del país en el que estuvimos hasta ayer.

—¡Regalos! —gritó feliz mi sobrina, cogiendo las bolsas que Nico y yo le tendíamos.

—¿Qué es todo eso?

—No me cuestiones, hermanito, que para eso soy tía.

—Veremos qué haces cuando tengas los tuyos —apostilló Tom.

A Nico se le deformó el rostro.

Lila se sentó en el suelo sobre la alfombra para comenzar a abrir sus paquetes.

Por un fugaz instante, me di la libertad de imaginar lo que podría ser tener hijos con Nico. Varios pilotos de la categoría eran padres; algunos compartían la mayor parte de la temporada con ellos en el circuito; otros, sobre todo los que tenían niños muy pequeños, los extrañaban horrores durante el fin de semana. Por delante de mis ojos pasó la imagen de un crío muy parecido a Nico, sentado en uno de esos cochecitos eléctricos, dentro de la casa, corriendo carreras con su padre en el apartamento en Montecarlo. La que corriese también podría ser una niña; si Harper corría, muestra hija también podría hacerlo.

Sonreí sola. Estaba lejos de planear un embarazo o de sentir la necesidad urgente de ser madre, pero soñar con aquello resultaba sumamente agradable.

—Todavía ni siquiera tienen fecha para la boda, Tom. —Mi hermano emuló la cara de horror de Nico.

—Sí, lo sé. Esas cosas, a veces, surgen de un día para otro. Mientras no decidan casarse por ahí de sorpresa... Me encantará asistir a ese enlace.

—Ok, muchachos, ¿podrías no hablar de nosotros como si no estuviésemos aquí?

Tom se rio con mi comentario.

—Vengan, vamos a la cocina a poner esto en frío. Os serviré una copa.

—Sí. Además, tengo que ir a vigilar el almuerzo —agregó mi hermano—. Espero que te vaya bien lo que estoy preparando. Consulté con un par de personas que son expertas en preparar platos tanto para diabéticos como para celíacos. Natalia me pasó los menús que siguen en las carreras; me imaginé que querrías cambiar un poco.

—Gracias, Tobías. En verdad no debiste tomarte la molestia.

—Queríamos agasajarte, Nico; eres nuestro invitado especial y queríamos que pudieses disfrutar de la comida sin tener que privarte de nada —le dijo Tom, tan amable y cariñoso como siempre. Thomas tenía un don especial con las personas; a pesar de vivir la mayor parte del tiempo entre números, fórmulas y finanzas, jamás fallaba en ser adorable con la gente. Dudaba de que pudiese caerle mal a alguien—. Natalia nos contó que cuidas mucho tu salud.

Nico me tomó de la mano.

—Sí, no tengo más remedio.

—¿No es muy arriesgado que corras teniendo esos problemas de azúcar? —le preguntó mi hermano, y Tom le puso mala cara.

—No pienso permitir que mi enfermedad me defina. Siempre quise competir en la máxima categoría del automovilismo y no pensaba permitir que la diabetes me lo impidiese.

—Eso es elogiado. Eres un verdadero luchador —le dijo Tom, intentando suavizar el ambiente, porque el tono de voz de Nico se había puesto rígido en exceso y mi hermano no tenía muy buena cara—. ¿No es eso increíble, Tobías? Lo que has conseguido es admirable, Nico. Además, lo has llevado a su máxima expresión. Leí por ahí que eres el campeón más joven con más campeonatos acumulados. Realmente te admiro. No creo que haya muchas personas con tanta dedicación en este mundo.

—Tobías también se vuelca mucho en su trabajo —entoné y el susodicho, desde la puerta del horno, se dio la vuelta para espiarme por encima del hombro—. Mi hermano es muy exigente con su trabajo y sus cocineros saben que, si entran a trabajar en su cocina, deberán dar el máximo de sí. Tobías y tú sois muy parecidos, Nico; ambos estáis un tanto obsesionados con vuestras profesiones.

—Tú también solías estarlo. Tu dedicación y tu manía con la perfección solía ser tan encomiable como mi trabajo y seguramente también como el de Nico.

—Hablas de lo que hacía como si ya no lo hiciese. Todavía trabajo en la cocina.

—Sí, pero yo me refiero a la pastelería, a la verdadera pastelería, no a preparar algo de vez en cuando.

—Ok, Tobías, he captado el mensaje. Déjalo estar, ¿sí? Por ahora estoy feliz con lo que hago.

—¿Por ahora? —me espetó mi hermano cerrando la puerta del horno—. A esto todavía le falta unos minutos. Podríamos empezar por los entremeses.

Nico me miró de lado. Estaba demasiado serio para mi gusto.

Sí, mejor que empezásemos con los entremeses; quizá así mi hermano cerraría un poco la boca.

—Abrimos el tinto mientras el blanco se enfría —propuso Thomas, y a mí me pareció una idea perfecta. Necesitaba una copa con urgencia.

Mi cuñado descorchó una botella y comenzó a servir, mientras nos dedicábamos a comentar las bondades del barrio que nos rodeaba... hablamos sobre su gente, su arquitectura y su vida cultural. Por suerte Tobías tuvo el buen tino de no sacar el tema del local en alquiler en el que quería hacerme instalar mi pastelería.

Thomas me tendió una copa y luego sirvió otra que le pasó a Nico.

—No, gracias. Será mejor que por el momento no beba.

—Nico no puede beber alcohol.

—Yo te he visto beber *champagne* cuando subes al podio —le espetó mi hermano, picándolo. Quizá Nico no lo notase, pero yo le conocía ese tono ácido y no me gustó ni un pelo. Me dieron ganas de arrojarle algo a la cabeza.

—Solamente un sorbo —le contestó Nico—. A veces bebo una copa. Quizá dentro de un rato, con la comida.

—Sí, claro —convino Thomas, sonriéndole—. ¿Un poco de limonada? Es casera y no lleva azúcar. Bajé la receta de Internet; lleva un poco de jengibre, una pizca de

canela y un poco de clavo de olor. No soy ni chef ni pastelero, pero igualmente creo que me ha quedado rica. A Lila le ha gustado.

—Sí, claro; me encantaría probarla.

Deseé que mi hermano se comportase al menos con la mitad de amabilidad de la que Thomas empleaba con mi novio.

Casi sin respirar, bebí la mitad de mi copa de vino tinto.

Lila llegó desde la sala de estar, cargando la percha de la que colgaba la blusa y el resto del atuendo tirolés que le había comprado en Austria.

—¡Un vestido de princesa! —exclamó al entrar en la cocina.

Todos reímos.

La conversación se distendió un poco. Thomas quiso saber cosas sobre la profesión de Nico y se mostró muy interesado en su historia, mientras mi hermano se limitaba a observarlo, procesando cada una de sus palabras. Imaginé a Tobías analizando todo lo que salía de la boca de Nico para soltarme su veredicto en cuanto estuviésemos a solas.

Llegamos a la mesa y allí todos nos soltamos un poco más. Tobías no fue un dechado de amabilidad o carisma, pero supo comportarse e incluso contó con ganas toda su historia y el modo en que había conseguido convertirse en quien era en la actualidad en el ámbito profesional.

Thomas le contó a Nico cosas de su familia y, justo cuando el ambiente parecía más relajado...

Tobías le pasó a Lila su último bocado de verduras. Mi sobrina se había comportado maravillosamente, considerando su edad, en una mesa de adultos que hablaban de cosas que debían de sonar de lo más aburridas a sus oídos.

En cuanto mi hermano le puso la comida en la boca, ella extendió el brazo sobre su sillita de comer para alcanzar su vaso con limonada. El vaso se le tumbó; no se derramó ningún líquido, porque era uno de esos vasos con tapa y boca para niños, uno con la princesa pelirroja de la película *Brave*. Alcé el vaso y se lo pasé, estirándome también por encima de la mesa.

Tom atrapó mi mano antes de que pudiese retirarla, tomando con sus dedos la punta de los míos, para alzar, a la luz de la lámpara sobre nosotros, mi anillo de compromiso.

—Perdona, pero es que tenía que verlo. Es una maravilla.

Me ruboricé.

—Ya decía yo que estabas tardando mucho... —resopló Tobías.

—No seas gruñón, ¿quieres? Simplemente quería admirarlo de cerca; he estado conteniéndome todo lo que he podido. Es que estas cosas me encantan; siempre me han gustado las bodas y todo lo que conllevan, y los anillos de compromiso son una de esas cosas que incluyen estas ceremonias.

Me sonrojé. A pesar de todo, cada vez que alguien decía la palabra *boda*, me ponía nerviosa. Tom movió el anillo para que le diese la luz desde todos los ángulos.

—Es bellissimo, Nat. Felicidades. Te queda perfecto y va muy bien contigo. Una elección excelente, Nico; es una piedra estupenda y qué decir del diseño... es sobrio, elegante, una de esas piezas que son para toda la vida.

—Gracias. Bueno, ésa es la intención, que sea para toda la vida —le contestó.

—¿Es muy impertinente que pregunte dónde lo adquiriste? Si mi hermana Eve lo viese... se moriría allí mismo. Eve es una de mis hermanas menores y es diseñadora de vestidos de novia. Bueno, de alta costura en general. Es otra enamorada de las bodas.

—Por lo visto, el tema ahora será inevitable —refunfuñó Tobías.

—Lo compré en Mónaco, Tom.

—Sé que mi comentario estará muy fuera de lugar, pero... esto vale una fortuna. Esa piedra es maravillosa. Debe de tener una pureza extrema.

—No deberías ir con eso por la calle, Natalia —soltó mi hermano en una especie de densos borbotones.

—Tobías, por favor. Además, raramente estoy «por la calle», como tú dices; cuando estoy trabajando, voy y vengo del hotel al circuito con el microbús que traslada a todo el equipo y, si no, estoy con Nico.

—¿No haces nada sola? —me espoleó mi hermano.

—Yo no he dicho eso. Tobías, no te pongas pesado. No pasa nada con el anillo.

—Si se lo roban, le compraré otro —intervino Nico.

Mi hermano abrió desmesuradamente los ojos.

—Vamos, muchachos, que no va a pasar nada con él; dejad que la pobre disfrute de su anillo de compromiso. —Tom salió en mi defensa.

—Es que puede ser peligroso que vaya por ahí con eso...

—No le pasará nada, estoy con ella para cuidarla —declaró Nico con voz de enfadado, respondiéndole a mi hermano.

—No puedes estar las veinticuatro horas del día con ella y será mejor que no pretendas estarlo, mi hermana necesita hacer su vida también.

—Ya hago mi vida, Tobías.

—Estamos haciendo nuestra vida —le gruñó Nico.

—Corrección: ella está viviendo tu vida, que no es lo mismo.

—Tobías, las cosas no son así como las pintas. Tenía planeado seguir con la Fórmula Uno durante toda esta la temporada incluso antes de que esto con Nico...

—¿Y después? —me espetó Tobías—. ¿Qué harás después? Es que ni siquiera has mencionado una palabra de tus planes desde que has llegado, es como si tu vida ya no existiese.

—Exageras, no es así. Es que todavía no sé qué haré.

—Querías abrir tu propia pastelería.

—Y todavía quiero hacerlo.

—Entonces, ¿por qué aún no me has dicho ni una sola palabra sobre el alquiler del local del que te hablé?

—Porque aún estoy con el equipo.

—No necesitas seguir trabajando para Bravío, Thomas y yo estamos dispuestos a invertir en tu proyecto y te hemos dicho infinidad de veces que puedes venir a vivir con nosotros el tiempo que necesites.

—Natalia ya tiene un hogar conmigo en Montecarlo —lanzó Nico, y los tres nos giramos a mirarlo.

Como los decibelios alrededor de la mesa habían aumentado, Lila tenía cara de preocupación.

—Después de eso, no necesito añadir nada más. —Mi hermano se recostó sobre el respaldo de su silla, cruzándose de brazos.

—Tobías, tú sabes que no es así. Yo aún quiero...

Éste volvió a inclinarse sobre la mesa.

—¿Sabías que Natalia tenía planeado abrir una pastelería aquí en Londres? —lo picó.

Nico lo enfrentó con la mirada.

—Me comentó algo —le respondió, porque sí, se lo había mencionado muy de pasada, sin darle la verdadera importancia que aquel proyecto había tenido para mí hasta antes de conocerlo. En este instante ya no estaba muy segura de nada y mis prioridades habían cambiado; ya no tenía ni idea de cuáles eran las que gritaban más fuerte, pero lo que sí sabía era que quería hacer algo de mi vida aparte de seguir a Nico de aquí para allá después de que acabase mi contrato con el equipo y que, en lo profesional, mi trabajo en la cocina con Suri simplemente no me llenaba, sólo me servía para entretenerme y agotarme. Lo soportaba por los viajes, por el afecto que le había tomado a todo el equipo y, sobre todo, por Nico.

—Bueno, pues ella también tenía sus propias metas profesionales.

—Pues eso me parece muy bien.

—Es más que eso, Nico... es lo que debe hacer.

—Alto, Tobías. ¿Lo que debo hacer? Yo hago lo que me da la real gana. Es cierto que tenía un proyecto en mente, pero a veces las cosas cambian. Todo esto del

compromiso y mi relación con Nico me ha cogido por sorpresa; supongo que necesitaré un poco de tiempo para reajustarme a mi realidad.

—Es precisamente por eso, porque ha ido demasiado rápido, y tú simplemente has decidido renunciar a todo por él.

—¡Eso no es así! Sabes que no es así. Tobías, no digas esas cosas, no he renunciado a nada.

—Me gustaría saber si él sería capaz de hacer por ti lo que tú haces por él.

—Tobías, cierra ya la boca —le gruñí mientras Nico permanecía mudo.

—Tobías, no seas grosero. Éste no es el momento adecuado para que hables con tu hermana de esto.

—Pues yo creo que es el momento ideal, porque dudo de que él tenga intención de renunciar a nada por Nat —apuntó con el mentón en dirección a Nico—. Yo sólo la veo correr tras él, y eso no me gusta. ¿Qué hará si la deja?

—Basta, Tobías, ya has dicho suficiente —exigí poniéndome de pie.

—Y él continúa sin pronunciar una palabra —protestó éste, poniéndose de pie también.

Nico se levantó de su silla.

—Me limito a respetar las decisiones de Natalia.

—¡Qué conveniente! —resopló mi hermano.

—Tobías, todos hacemos sacrificios por amor. ¿Cuántas cosas hemos sacrificado nosotros el uno por el otro?

—Lo nuestro fue distinto, Thomas, e incluso dudo de que él lo comprenda. Fuiste tú la que me comentó que Nico tenía problemas con las parejas homosexuales.

No esperaba que mi hermano soltase aquello frente a mi novio. Sí, le había contado, cuando todavía entre Nico y yo no pasaba nada, que no me habían gustado en absoluto las reacciones que el campeón había tenido frente a Harper y su novia.

Thomas apretó los labios.

—No he venido aquí para ser el objeto de escrutinio de nadie.

—Pues a mí tampoco me gusta que nadie se atreva a decirme a quién puedo amar y a quién no.

—¡No he dicho ni una sola palabra sobre vosotros! —gritó Nico, y de inmediato Thomas alzó a Lila de su sillita.

—Por favor, mejor nos calmamos —pidió Tom.

—Desde que he llegado has estado atacándome —enfrentó Nico a mi hermano.

—Te he recibido en mi casa del mejor modo que he podido, pese a que no estoy de acuerdo con la relación que mi hermana mantiene contigo, y mucho menos desde

que pusiste ese anillo en su dedo. Lo he intentado, he procurado ponerme en el lugar de Natalia, escuchar cuando ella dice lo mucho que te ama, lo bien que está contigo, pero, aun así, no puedo comprenderlo y no me gusta.

—¡Tobías! —chillé.

—Lo siento, Nat. Lo del año con la categoría hubiese podido soportarlo; esto, no. Esto no acaba de cuadrarme. No soy mamá, y sabes que siempre te apoyo en todo, pero no creo que tu relación con él sea buena para ti.

—Tobías... —susurró Thomas.

—Lo lamento, sé que prometí que me comportaría, pero no puedo. Ésta es mi hermana y su relación no es como la nuestra.

—¿Por qué?, ¿porque no somos los dos del mismo sexo y no tenemos que luchar para que nos permitan contraer matrimonio o adoptar niños?

—¡Nico! —le grité, sin poder creer lo que acababa de salir de sus labios.

Tobías se abalanzó sobre la mesa, volcando su copa y haciendo tambalear todas las demás del empujón que le dio al mueble. Entre Thomas y yo conseguimos frenarlo y, por eso, el terrible puño repleto de callos y cortes de mi hermano no golpeó más que el aire.

—¡Lárgate de mi casa en este instante o te juro que no tendrás cuerpo para correr la carrera de Inglaterra!

—¡Tobías! —grité desde lo más profundo de mi pecho.

—¡Amor! —jadeó Tom, estrechando a Lila contra su pecho.

—No tienes que repetírmelo. Estoy fuera —le contestó Nico a mi hermano para dar media vuelta y salir del comedor a paso raudo.

—¡Alto! ¡Nico!

—Deja que se largue. —Tobías ya no forcejeó conmigo ni con la mano de Thomas.

—No tenías que comportarte así.

—No puedo creer que te hayas enamorado de ese sujeto; no puedes estar enamorada de ese sujeto. ¿Acaso no has visto el modo en que nos ha estado mirando a Thomas y a mí todo el rato? ¿La forma en la que ha contestado cuando lo he cuestionado acerca de tus proyectos? Ese tipo no te ama, solamente ama tenerte a su lado como algo más de todo lo otro que tiene.

—Tobías, no digas esas cosas.

—¡No irás a decirme que no has notado cómo nos miraba! Si cada vez que te tocaba, que tú me tocabas, o cuando te acercabas a más de diez centímetros de mí, parecía que iba a darle un ataque. ¡¿Qué hubiese hecho si llegamos a besarnos?!

Thomas permaneció en silencio.

—Es porque no está acostumbrado. No es mala persona, lo pintas como si fuese desagradable, y no lo es —chillé—. Es que estaba muy nervioso por conocerte, Tobías; eres el primer miembro de la familia al que le presento. A Nico le cuesta mucho estar frente a desconocidos, él simplemente quería caerte bien.

—Pues, a mi modo de ver, no se ha esforzado demasiado por conseguirlo.

—¡Lo has tachado de egoísta!

—¡Es egoísta! —ladró mi hermano, gritando tan fuerte como yo.

—¡No lo conoces!

—¡Y él no te conoce a ti! No tiene ni la más remota idea de a quién tiene al lado.

—Terminad con esto los dos, estáis asustando a Lila.

Al girar la cabeza vi que, de hecho, la cría tenía el rostro escondido en el pecho de mi cuñado.

—Es culpa suya. Él es responsable de esto —apuntó en dirección a su hija—. Y de que tú y yo nos peleamos así. Jamás hemos tenido una discusión semejante.

—Quizá nunca tuvimos un motivo para discutir así, ahora lo tenemos. Amo a Nico, Tobías; nunca he dicho que sea perfecto, no he pretendido jamás tener a mi lado a alguien perfecto, porque yo no lo soy ni me interesa serlo.

—No es cuestión de que deba ser perfecto y lo sabes, Natalia. Lo que importa aquí es que ese tipejo no es bueno para ti y probablemente no sea bueno ni para sí mismo. Todas las cosas que me has ido contando de él durante todo este tiempo...

—Sí, no es una persona sencilla, pero tampoco es como tú lo pintas.

Los tres quedamos en silencio.

Retrocedí un paso tras esquivar mi silla.

—Mejor me voy.

—No tienes que irte —susurró Tobías.

Lo miré y di otro paso atrás.

—De verdad que me gustaría mucho teneros allí durante el fin de semana de la carrera... pero si no queréis ir...

Thomas cruzó una mirada con mi hermano y, después, apretando los labios, movió sus ojos hasta mí.

—Os quiero, ya sabéis cuánto; valoro muchísimo todo lo que hacéis por mí, pero lo que haga con mi vida es decisión mía, no vuestra.

—El problema es que ni siquiera parece tu decisión y sí la de él.

Me mordí el labio inferior para evitar contestar a mi hermano.

—Ok —me moví indecisa—, muchísimas gracias por todo. De verdad espero veros allí. Buenas noches.

—Buenas noches, Nat —se despidió Tom.

Mi hermano permaneció en silencio.

Salí de casa de mi hermano y su familia sin mirar atrás, para encontrarme a Nico sentado al volante del automóvil, esperándome.

Me acomodé a su lado y él no dijo nada, ni siquiera reaccionó para arrancar el motor.

Pasó más tiempo del que creí que pudiésemos soportar en silencio; de hecho, no lo soporté más. Ese mutismo suyo, su inmovilidad... Examiné su rostro intentando averiguar si se encontraba mal.

—¿Estás bien? —le pregunté al no poder decidirme.

—Eso supongo. —Movié su mirada azul celeste hasta mí—. No tenía intención de que la velada resultase así.

—Ni yo —le dije después de mordirme los labios. ¿No comentaría nada sobre lo sucedido? ¿Debía sacar yo el tema? ¿Sería mejor que lo dejásemos fluir?

—Mejor regresamos al hotel, ¿no?

—Sí —le contesté, y eso fue lo que hicimos.

Nico pasó el resto de la noche antes de acostarnos, lo que fueron como mucho dos horas, casi en el más completo silencio. Simplemente llegamos al hotel, nos preparamos para acostarnos, él tomó los medicamentos pautados para la noche, contestó un par de mensajes desde su móvil y apagó la luz de su mesita de noche, mientras yo pasaba una hoja del libro que tenía entre manos.

A la mañana siguiente amanecí sola y no se lo adjudiqué a lo sucedido la velada anterior, pues Nico se despertaba todas las mañanas muy temprano para entrenar.

El campeón tuvo un martes repleto de compromisos y, como todavía no tenía que trabajar, aproveché para deambular por Londres antes de encontrarme por la tarde con Thomas y Lila para pasear un poco después de la escuela.

Ni Tom ni yo volvimos a la conversación de la noche anterior. Tampoco Tobías mencionó nada cuando pasamos por su restaurante después de que Nico me avisase de que le había surgido una cena que no tenía prevista y que no podría comer conmigo; entonces Thomas insistió en que fuésemos a visitar a Tobías y me propusieron invitar a Suri a unirse a nosotros. Fue una noche estupenda. Disfruté de mi hermano y su familia como solía hacerlo y, cuando regresé al hotel después de que mi hermano me dejase allí, encontré a Nico ya profundamente dormido.

El miércoles nos pusimos los dos en marcha muy temprano. El jueves Nico se lució otra vez en las pruebas libres. El viernes los dejó a todos boquiabiertos y el sábado, para no romper con su increíble racha de demoler los tiempos de vuelta y récords de la categoría, se quedó con el primer puesto en la parrilla de salida, seguido por Haruki y Thiago.

Para esa noche, Nico y yo volvíamos a ser los mismos de siempre, como si nada hubiese sucedido. Él se mostraba relajado y feliz, tan cariñoso conmigo como siempre, pero aquella normalidad, sin discutir lo que había sucedido, me supo artificial. Me dormí esperando que al día siguiente, cuando volviésemos a reunirnos con Tobías y Thomas, las cosas comenzasen a recolocarse en su sitio otra vez, sobre todo, dentro de mi cabeza. Era imprescindible que intentase volver a poner en orden mis pensamientos, que decidiese qué quería hacer con mi vida y cómo hacer que, aquello que decidiese, funcionase para todos los involucrados.

Regresé a la cocina después de escaparme un par de minutos para ver a mi hermano y a los suyos, quienes, después de desayunar con todas las familias en las carpas que el equipo había dispuesto entre los juegos para niños y actividades para adultos, en un campo justo pegado al circuito, llegaron para acomodarse en sus sitios en la tribuna que Bravío había reservado para las familias de los integrantes del equipo.

Después de la carrera habría más actividades: los pilotos saludarían a las familias, tocarían un par de grupos de música, habría sorteos de viajes y una barbacoa final para cerrar el fin de semana.

Al poner un pie dentro, vi a Suri ultimando detalles. Lo teníamos todo listo y era una suerte que luego todos fuesen a comer y a pasarlo bien el día de campo; eso nos había ahorrado mucho trabajo durante el fin de semana, porque un equipo local se encargó del cáterin durante los tres días de ese gran premio.

—¿Y bien?, ¿cómo está la familia? ¿Se divierten? —me preguntó Suri acabando de secar uno de sus cuchillos japoneses para guardarlo en su funda.

—Se lo están pasando genial. Mi hermano dice que todo está muy bien organizado, Lila ha estado jugando con otros niños y Thomas se ha animado a probar el simulador de Fórmula Uno, y también dice que la comida es muy buena.

—Mejor que la nuestra, lo dudo.

Le sonreí y palmeé su espalda.

—Éste no es nuestro fin de semana, déjalos que brillen —bromeé.

—Sí, es un alivio tener menos trabajo. Podremos ver la carrera tranquilos y lo mejor de todo es que, después, podremos unirnos a la fiesta. Me alegra haber terminado ya.

—Tobías y Thomas te mandan saludos; mi hermano quiere seguir conversando contigo, de chef a chef, ya sabes. —Le guiñé un ojo—. Que no te sorprenda si te dice que quiere contratarte para su restaurante. Ah, además preguntaron si les presentarás a tus padres y a tu hermana. Tobías ha comentado que, viviendo todos en la misma ciudad, deberían conocerse.

—Sí, mis padres ya han llegado; me enviaron un mensaje hace un rato. Luego nos reuniremos todos, ¿te parece bien?

—Me encanta la idea.

—¿Has visto al campeón antes de regresar?

Negué con la cabeza.

—Se me hizo tarde y él ya debe de estar concentrado para correr.

Suri hizo una mueca.

La verdad es que preferí no pasar por el *box* antes de la carrera, no quería tener que adelantar mi encuentro con mi hermano y los suyos, y además estaba demasiado ansiosa por ese nuevo encuentro entre Tobías y Nico; tenía la impresión de que le pasaría mis nervios a Nico, y no me apetecía arruinarle el fin de semana, y aún menos desconcentrarlo, ya que, de por sí, pese a que esa nueva competición estaba siendo tan buena para él como todas las anteriores, lo notaba quizá un poco disperso y más irritable de lo normal; no importaba que repitiese hasta el cansancio que todo iba bien, notaba que no era así desde la comida en casa de Tobías.

El cielo nublado y celeste de Inglaterra acentuó su aspecto en lo primero y, en diez minutos, y justo a la hora que estaba pronosticada, comenzó a caer la lluvia, que pronto convirtió la pista en un tobogán de agua.

Nico ya estaba dentro de su vehículo, con Toto en cuclillas a su lado comentándole algo mientras alguien del equipo sostenía sobre ellos un enorme paraguas para evitar que quedasen empapados.

La lluvia, que fue torrencial al principio, empezó a mezclarse con rayos de sol que se filtraban, atrevidos, entre las nubes.

La carrera se inició con *safety car* y, durante las primeras diez vueltas, Nico corrió ansioso e inquieto detrás del automóvil plateado que lo contenía de darle a fondo al acelerador; si incluso al aire salió un audio de mi novio hablando con Toto claramente indicándole, con palabras poco amables, que «sacasen de una maldita vez ese coche de delante». Según Nico, la pista ya estaba transitable, y así lo único que ganaban era que a todos se les enfriasen los neumáticos.

Un par de curvas después, por poco topa con el *safety car*.

Su «¡ya era hora!» exclamado con exasperación cuando al final le anunciaron que la flecha plateada desaparecería de delante de él en la próxima vuelta, hizo reír a los periodistas que transmitían la carrera. Después de eso, fue simplemente ver a Nico volar sobre la pista. El campeón me había dicho lo mucho que le gustaba conducir en la lluvia y eso se hizo patente unas diez vueltas más tarde, cuando les arrancó a todos una diferencia increíble, que supo sostener incluso cuando salió el sol y el cielo se tornó por completo nítido.

Nico pasó la meta ocho segundos doscientas cincuenta milésimas por delante del segundo, que fue un piloto de la escudería roja, y a casi diecisiete del tercer clasificado, un piloto finlandés con el cual yo apenas había cruzado un par de saludos un tanto secos durante los meses que llevaba en la categoría: el hombre era un tanto parco en palabras.

Haruki cruzó la meta el quinto, después de complicarse la existencia con la lluvia, el espray y un juego de neumáticos que evidentemente no le sentó muy bien.

Thiago tampoco tuvo demasiado buen fin de semana. Su automóvil fue indomable, por lo que tuvo que conformarse con un noveno lugar, a casi una vuelta de Nico, sumando nada más que dos puntos para el campeonato.

Nico saltó feliz desde la carrocería de su automóvil para celebrar con ganas su décima victoria de la temporada.

Después de pasarle el casco y el resto de sus cosas a Toto, el campeón vino a por mí, sonriendo de oreja a oreja.

Allí lo esperaba yo, colgada del vallado que nos separaba a todos de los ídolos del automovilismo.

Los mecánicos y el resto del equipo lo recibieron con vítores y aplausos. Hubo palmadas y bromas por las comunicaciones entre el *box* y él, porque Nico había hablado como si nadie estuviese escuchándolo, como si nadie fuese a oír sus palabras jamás. En fin, que al igual que un niño, algunas veces el campeón no tenía filtro.

—¡Felicidades! Has hecho una carrera estupenda, Siroco.

Sin que mediase una palabra por su parte, llegó a mí para besarme, ante los clamores y gritos de los mecánicos que nos rodeaban.

Sin soltar mi cuello, Nico apartó sus labios de los míos.

—Gracias por estar aquí —me susurró.

—No podría estar en ningún otro sitio.

—Sí, tú tienes otros lugares a los que ir, otras personas con las que estar, tienes una familia.

A pesar de su victoria, noté un deje de tristeza en su mirada.

—Mi lugar es contigo; yo quiero estar aquí, a tu lado.

Nico me regaló una sonrisa dulce de las suyas.

Estirándome, besé rápido sus labios.

—Soy feliz de estar aquí contigo, campeón. Disfruta de tu victoria. Me siento muy orgullosa de ti. Te amo.

Nico me miró con ojos llenos de amor y, a continuación, cogió mi mano izquierda y me dio un beso sobre el anillo de compromiso.

—Te veo luego.

—Claro, ve a celebrarlo, que muy merecido lo tienes.

Esa atractiva boca suya me sonrió una vez más antes de alejarse en dirección al podio.

Otro que no perdió la sonrisa, pese a que el funcionamiento de su monoplaça no fue el mejor, fue Thiago.

Nico se retrasó, debido a sus compromisos con la prensa, por lo que, con Thiago, nos adelantamos hacia el día de campo para tener así oportunidad de presentarle a mi hermano y los suyos. De hecho, estuvimos allí más de dos horas, reunidos también con la familia de Suri, comiendo, conversando y escuchando música, hasta que Nico se unió a nosotros durante un par de minutos, para partir otra vez en dirección a una sesión de autógrafos y fotografías que ya tenía planificada de antemano con las familias del equipo.

Junto a los demás, lo divisamos de lejos mientras seguía con su trabajo hasta que el sol cayó por el horizonte.

Todo el equipo en pleno, y sus familias, se reunió alrededor de las mesas dispuestas para una gran cena. Nico comió conmigo, Thiago, mi hermano y los suyos, pero no participó demasiado en la conversación y tampoco comió excesivamente, porque el menú no era muy apto para él. Tampoco sonrió en exceso y estuvo un tanto distante, pero se lo achaqué a la carrera. La verdad era que, para Nico, esas casi dos horas dentro del vehículo, en condiciones normales, resultaban un tanto agotadoras, y era aún peor cuando a ello se sumaba algún elemento de tensión, como había sido la lluvia al inicio de la carrera.

La fiesta se alargó más de lo que pensaba que duraría y, avanzada la noche, me despedí de Tobías, Thomas y mi sobrina; ésta ya dormía en brazos de Tom. Ellos se iban hacia su casa y nosotros en breve partiríamos hacia España, a la sede del equipo, para trabajar unos días antes de la carrera de Hungría. Nico volaba esa misma noche a Montecarlo, porque debía ocuparse de unos asuntos legales.

Los días lejos de Nico, lejos de mi hermano, con conversaciones inconclusas de por medio, con todas las decisiones por tomar dentro de mi cabeza, se tornaron pesados y eternos y, de no ser por Harper y su predisposición a escuchar a quien necesitase hablar, se me hubiesen hecho todavía más insoportables.

De cualquier modo, debía admitir que la distancia me hizo bien, fue como reservarme una burbuja lejos de todo para trabajar a un ritmo constante pero sin demasiadas prisas, para poder ver al equipo avanzar en mejoras que hicieron que Harper alcanzase velocidades y récords de vuelta que a todos nos recordó demasiado a Nico, y para ser simplemente yo durante unos días, pese a que, cada vez que bajaba la vista hacia mi mano, allí estaba él y lo que podía ser mi vida a su lado si lográbamos que eso funcionase, fusionando mi vida y la suya, no sólo acoplándome yo a la suya... El caso es que era cierto, aunque no quisiese admitirlo en voz alta, que sentía que, al estar junto a Nico, al aceptar estar con él, corría el riesgo de perder una parte de mí; lo que todavía no me quedaba claro era cuánto estaba dispuesta a sacrificar por nosotros y cuánto estaría dispuesto a sacrificar él por mí.

Una semana más tarde, volé con el equipo rumbo a Budapest, Hungría, para allí reencontrarme con Nico para la semana del Gran Premio en Hungaroring, que no fue del todo brillante, pese a que el campeón se sentía muy cómodo en ese circuito. El motivo es que tuvo una fuerte discusión con Paul, Toto y el resto de los ingenieros,

por los cambios en el automóvil que habían probado con Harper y que a él no acabaron de convencerlo.

Después de muchas horas de reunión en la autocaravana de Paul, al final acordaron llevarlas a cabo, pero Nico me dijo, en privado y entre gruñidos de fastidio y disconformidad, que no le gustaba para nada lo que planeaban con el coche y que él y Harper tenían una forma muy distinta de conducir; por ello, lo que estaba bien para ella no tenía por qué estarlo necesariamente para él. Nico estaba cabreado con lo que, según él, le habían hecho al monoplace a sus espaldas, si bien no era para nada así, porque ni los ingenieros ni Paul tomaban decisión alguna sin discutirla antes con su mejor piloto. El problema residía en que Nico no se mostraba ni remotamente dispuesto siquiera a aceptar los comentarios y las recomendaciones de Harper, surgidas de sus días de pruebas en España.

Pese a su disconformidad, Nico realizó muy buenas pruebas el jueves. El viernes se le complicó un poco, pero, de cualquier modo, todo apuntaba a que se quedaría con la *pole position*.

El sábado amaneció oscuro y ventoso. El anuncio de tormenta los puso a todos en alerta. Nadie quería quedarse sin salir a marcar tiempo antes de que empezase a llover y, con los cambios en su automóvil, la salida se retrasó un poco más de la cuenta, por lo que no pudo dar muchas vueltas antes de que cayese la lluvia, convirtiéndose en una verdadera cortina de agua que obligó a suspender, por una hora, las pruebas de clasificación.

Todos entraron en una especie de sopor entre aburrido y tenso.

Por televisión vi a Nico, con cara de perro, sentado sobre una de esas cajas de herramientas altas, contra la pared del fondo del *box*, junto a su padre y a Dave, con los auriculares puestos y la parte de arriba del traje ignífugo desparramado a los lados de sus muslos, mientras que, en el lado opuesto del *box*, Harper, Haruki y un par de mecánicos pasaban el rato haciendo el tonto con un iPhone, en el cual tenían instalado Snapchat; se sacaban fotos con todos los filtros, cambiando sus rostros y riendo despreocupados, mientras en la calle de *boxes* caía un diluvio.

Paul, abrigado hasta las orejas, no dejaba el *pit wall*; allí, con Toto y el ingeniero de pista de Haruki, conversaban con caras serias, manteniendo apartados de sus bocas los micrófonos de los intercomunicadores.

Que el ambiente dentro del equipo estaba enrarecido no eran ideas mías, y mucho menos algo que pudiese pasar desapercibido a cualquiera que fuese medianamente observador. Si incluso los comentaristas lo pusieron de manifiesto. En esa poco más de una hora, hubo demasiado tiempo para comentar cosas que no estuviesen estrictamente relacionadas con el fin de semana de carrera; los comentaristas hasta sacaron a relucir el compromiso de Nico conmigo.

Por suerte la lluvia paró y Nico salió a clasificarse una vez más, para quedarse con la *pole*; esta vez, por una diferencia ínfima frente al tiempo de Haruki, apenas doscientas milésimas de segundo.

Nico hizo su descarga conmigo en cuanto nos reunimos esa noche en el hotel. No estaba ni un poco conforme con el trabajo del equipo y, cuando le pedí que se calmara, que se diese tiempo para acostumbrarse a los cambios, que si Toto y Paul habían insistido en hacerlos en su automóvil debía de ser porque consideraban que resultarían beneficiosos, terminamos discutiendo.

El domingo, cuando nos levantamos temprano, preferí no tocar el tema y limitarme a apoyarlo. Nico estuvo taciturno y, otra vez, hasta los comentaristas lo notaron.

La salida fue desordenada y, en la primera curva, Nico perdió la posición frente a Haruki y por poco se toca con Thiago, provocando que todos contuviésemos el aliento en su lucha por no perder la segunda posición y al abalanzarse sobre Haruki para recuperar el liderazgo.

Cuando los neumáticos de Nico y los de Haruki quedaron enredados, casi se me para el corazón y, del susto, Suri se aferró a mi mano y a punto estuvo de destrozármela del apretón que me pegó.

Ante las cámaras, Paul se puso pálido y, agarrándose la frente, con los ojos muy abiertos y sin parpadear, esperó a ver el desenlace de aquella batalla, que tuvo como fin a Nico liderando la carrera.

El campeón no pudo alejarse demasiado de quienes lo seguían y toda la competición fue eso, una sucesión de conteos de milésimas de segundo, de estrategia y nerviosismo, de juego de muñecas para atacar cada curva al máximo y aprovechar las aceleraciones para sacar un poco de diferencia.

Resultó una carrera tensa al extremo, que Nico ganó con el equipo después de que éstos marcasen el récord del *pit stop* más rápido del año, de tan sólo un segundo con noventa y dos centésimas.

Frente al vallado, esperé a Nico para verlo bajar de su automóvil y ser testigo de su aspecto. El gran premio le había pasado factura. El campeón lucía pálido, en sus ojos se veía el agotamiento. Estaba empapado en sudor y, cuando llegó a mí, jadeaba.

Su beso fue apenas un toque de labios.

Entre dientes, me susurró un apenas audible «he ganado», como si en aquello le fuese la vida.

Cuando le pregunté si se encontraba bien, me contestó que estaba exhausto y eso fue todo. Se despidió de mí con otro beso rápido y se alejó para cumplir con la ceremonia del podio.

Thiago llegó en segundo lugar y Haruki, el tercero.

Nico se mantuvo durante casi toda la ceremonia con los brazos en la cintura y la cabeza medio gacha, sin poder ocultar su cansancio, y a mí el nudo en mi garganta se me apretó todavía más cuando, durante el *champagne*, tras los pocos festejos de Nico, Thiago se le acercó para agarrarlo por debajo del hombro y susurrarle algo al oído.

No fue un simple gesto de compañerismo, ni tampoco tenía nada que ver con la celebración; la cara de preocupación del brasileño lo decía todo.

Mientras Haruki continuaba bañándonos a todos, Nico y Thiago se quedaron a un lado.

Los tres posaron para la foto en lo más alto del podio y, después, el carioca ayudó a Nico a descender.

La rueda de prensa allí arriba fue bastante breve, porque Nico no contestó con otra cosa que no fuesen monosílabos y Thiago parecía demasiado preocupado por Nico como para ponerse a elaborar una evaluación de lo sucedido en la carrera.

Cuando fui a buscarlo al final del podio, la gente de relaciones públicas me avisó de que Nico había dicho que estaba bien, que continuaría cumpliendo con sus obligaciones, si bien comentó que estaba agotado.

Mordiéndome las uñas, esperé a que diese las explicaciones en la sala de prensa y, acto seguido, las entrevistas en la zona habilitada detrás del edificio de *boxes*.

Sólo entonces conseguí reunirme con él, y no fue en su autocaravana, sino en el hospital del circuito, al que Nico había sido trasladado en una de las ambulancias del mismo, acompañado de Alfons, César y Dave. Nico había sufrido una descompensación y, si bien no era nada que revistiese gravedad, por poco me da un ataque cuando lo vi en la camilla del hospital, con una bata azul puesta, los ojos cerrados y la piel de un tono verdoso.

El médico de la carrera le recomendó que pasase la noche en una clínica de la ciudad y, aunque Nico no estuvo de acuerdo, su padre no le permitió negarse a ello. Lo tendrían allí en observación al menos hasta el amanecer.

Pasé la noche con él, mirando cómo dormía profundamente, dando muestras del estado de total agotamiento en el que lo había dejado la carrera.

Con él todavía ojeroso, somnoliento y pálido, abandonamos el hospital pasada la media mañana, para dirigirnos al hotel a por nuestras cosas y, de allí, al aeropuerto.

Después de almorzar en el aeropuerto, partimos en su avión de regreso a Montecarlo, para esperar allí el inicio del Gran Premio de Alemania, circuito en el que Nico había ganado cinco veces a lo largo de su carrera en la categoría.

23. Biplaza

—*Guten morgen*.

Oír su voz, a pesar de que era demasiado temprano y me apetecía dormir media hora más, me alegró, puesto que me dio los buenos días en un tono alegre.

Besó mi cuello y le dio una palmada a mi muslo a través de las sábanas.

—Despierta ya, perezosa. —Me sacudió por el trasero—. Tenemos un nuevo fin de semana de gran premio por delante y me encanta Hockenheim. ¡Quiero ganar aquí! —exclamó lazándose sobre sus rodillas.

Lo miré y me refregué la cara; estaba extenuada. Desde nuestra llegada habíamos tenido mucho trabajo, porque las instalaciones en la cocina no eran lo que se suponía que debían ser y todas las tareas se habían acumulado. La noche anterior, con Suri, trabajamos hasta entrada la madrugada, y en ese momento no podía ni con el peso de mi propio cuerpo.

—¿No quieres ver ganar a tu prometido? —me preguntó con una sonrisa enorme en los labios.

—La carrera es el domingo, ¿no puedo dormir hasta entonces?

Nico se carcajeó.

—¡No! ¡Nada de eso! —negó lleno de entusiasmo, apartando las sábanas de encima de mí.

Me encogí sobre mí misma y dentro de la camiseta de Bravío con el número uno que utilizaba para dormir.

—¡Nico, por favor! —lloriqueé.

—¡Arriba, que tengo el desayuno listo!

—Quiero dormir. —Me tapé la cabeza con la almohada y Nico se me echó encima riendo, colando una de sus manos por dentro de mi camiseta y hundiendo su nariz en mi nuca.

—Despierta, despierta —entonó con voz ronca y sexi detrás de mi oído izquierdo. Atrapó mis piernas entre las suyas, pegando sus caderas a mi trasero—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí? —Mi cuerpo se deshizo de la modorra al instante.

—Así es.

—Bueno, dame un momento, que voy a lavarme la cara y los dientes y...

—Nada de eso.

—Que estoy hecha un asco, Nico. Ni siquiera recuerdo si anoche, al llegar, me cepillé los dientes.

—No, lo que digo es que la sorpresa no es eso; ojalá tuviese tiempo para hacerte el amor, pero llegaremos tarde.

—No quiero trabajar. Quiero dormir.

—¿Y qué hay de mi sorpresa? ¿No te intriga saber de qué se trata?

Giré un poco la cabeza y vi su perfil.

—¿A qué viene esa enorme sonrisa y esa mirada pícara?

—A mi sorpresa, que nos espera en el circuito.

—¿En el circuito?

—Sí.

—¿Y qué es? ¿Qué tramas?

—Sí te lo digo, dejará de ser sorpresa.

—Nico...

El campeón me soltó para salir de la cama con su agilidad de siempre.

—A ducharte. Te quiero en la cocina en menos de cinco minutos, porque en media hora el coche pasará a buscarnos.

—¿Media hora? —Cogí mi reloj de encima de la mesita de noche. Por suerte la esfera era lo suficientemente enorme como para ver los números con mis ojos hinchados por el sueño; aquel reloj era un regalo de Nico, de la marca de relojes deportivos de la cual era el rostro publicitario. Era un modelo masculino igual al que él usaba y que a mí me encantaba; lo que no me gustó tanto fue ver que eran apenas las siete de la mañana.

Dormida, me duché y bebí una taza de café. Dormida, llegué al circuito a su lado mucho antes de que comenzasen las pruebas libres del viernes y, cuando quise separarme de él para ir a trabajar, Nico no me lo permitió.

El sueño retardó mi reacción. Nico me cogió de la mano para tirar de mí en dirección a su autocaravana después de que saludásemos al grupo de mecánicos e ingenieros del equipo que pasó por nuestro lado.

—Nico, tengo que ir a trabajar; es probable que Suri esté esperándome.

—No, Suri no te espera. Hoy tienes el día libre, alguien te reemplazará.

—¿Qué dices?

—Que hoy te quedas conmigo.

—Nico, es mi trabajo. No quiero descuidarlo. Sé que los del equipo te dirán que sí a cualquier cosa... —se me escapó un suspiro—, pero la verdad es que no me gusta que interfieras en lo que hago. A mí me encanta estar contigo, pero no así. Quiero conservar mi trabajo y esto no... no quiero que piensen que...

Nico no me permitió seguir, tapando mis labios con una de sus manos.

—Es sólo por hoy.

—Realmente no me parece correcto. No me gusta dejar a Suri así, somos un equipo. Si ésta es tu sorpresa, la verdad es que no...

—¿Puedes parar? —me cortó sin perder la sonrisa—. Sí, el hecho de que no trabajes hoy tiene que ver con la sorpresa; sin embargo, no es la sorpresa en sí. Más tarde podrás ir a la cocina si quieres, pero, como ya han contratado a alguien para que te sustituya hoy, podrías hacer un esfuerzo y quedarte conmigo en el *box*. Además, Suri ya estaba al tanto de que tú no trabajarías con él hoy.

—¿Sí?

—Sí.

—No me dijo nada.

—Porque se trataba de una sorpresa; si te lo hubiese dicho, hubiera dejado de serlo.

—Entonces ya lo sabe.

—Sí, y le entusiasma la idea, así que relájate y mentalízate para disfrutarlo.

—Disfrutar, ¿de qué?

—De lo que estamos a punto de hacer.

—¿Y qué es lo que estamos a punto de hacer?

—Antes de nada, iremos a mi autocaravana para que te cambies de ropa.

—¿Cambiar de ropa? ¿De qué va todo esto, campeón?

—De que nos divirtamos un rato. Ven. —Tiró de mí en dirección a la entrada de su casa rodante.

—Nico, dime de qué se trata, estoy empezando a ponerme nerviosa.

Nico abrió la puerta y me empujó dentro. Presionando un botón, alzó las persianas, cerró la puerta y, sobre la mesa, lo vi: el traje ignífugo era demasiado pequeño para ser suyo, a pesar de llevar exactamente las mismas publicidades e incluso su número. La única diferencia era que, en vez de tener su nombre, éste llevaba un parche con el mío.

Me llevé ambas manos a la boca al perder el aliento.

—Siroco... ¿para qué es eso? —Apunté en dirección al traje con una temblorosa mano.

Nico sonrió de oreja a oreja.

—Daremos un paseo.

—¿Qué clase de paseo?

—En un Fórmula Uno. Trajeron de la fábrica el biplaza que usan para dar paseos a los periodistas y personajes con los que el equipo quiere quedar bien, y tú —me señaló con un dedo— darás un paseo conmigo antes de las pruebas libres.

Creo que por poco se me salen los ojos de las órbitas y mi corazón debió de detenerse, porque por un instante sentí como si hubiese muerto y vuelto a nacer.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, así que cámbiate. Les daremos un espectáculo a todos los que han venido temprano al circuito.

—Nico... —jadeé su nombre; no podía creer que eso estuviese sucediendo.

—Anda, será divertido. ¿No quieres saber lo que se siente al correr teniendo al volante al campeón que va camino de serlo por sexta vez en su corta carrera? —planteó, y me guiñó un ojo—. ¿No me digas que te da miedo, *petitona*? Prometo que te devolveré sana y salva al *box*; además, despreocúpate, que el biplaza no es tan veloz como mi coche. ¿No te gusta la idea? —insistió ante mi silencio.

¿Si me gustaba? ¡Me encantaba, aunque estuviese entrando en pánico!

Solté un alarido de felicidad y salté sobre él, colgándome de su cuello para besarlo.

Nico me ayudó a vestirme, porque a mí me temblaban las manos. No era solamente el traje ignífugo, también una camiseta con cuello alto, un par de pantis del mismo material, calcetines, zapatillas y guantes, y por encima, el traje ignífugo propiamente dicho. Mi atuendo quedaba completo con una capucha y un casco que me probó antes de que saliésemos de la autocaravana.

—¿Tiene que quedarme así de justo? —le pregunté moviendo la mandíbula con dificultad dentro de la capucha y el casco.

—Sí, no querrás que tu cabeza vaya rebotando dentro del casco.

—¿Cómo aguantas con esto puesto durante casi dos horas? —le pregunté, sintiendo una ligera claustrofobia.

—Soy fuerte, y tú también lo eres.

—Quiero hacer esto, pero estoy muy nerviosa. —Apenas si conseguía oír mi propia voz.

—Tranquila —dijo poniendo sus manos a los lados de mi cabeza sobre el casco. El contacto de su mirada con la mía y sus manos sobre el casco me calmaron como si estuviese haciéndome reiki. Me sonrió.

Bajó las manos, soltándome, y me tambaleé como si de pronto no supiese cómo mantener la verticalidad de mi cuerpo.

—¿Estoy sexi? —pregunté, adquiriendo una pose juguetona con mi cuerpo asustado, ya que insistía en echarse a temblar. Por suerte mi rostro estaba escondido debajo del casco, pues eso le impedía ver la palidez resultante del miedo que tenía.

—No te haces una idea, *petitona* —articuló con voz sexi y profunda, después de morderse el labio inferior—. Ese traje se viene con nosotros a casa; el casco, también.

Reí y me ayudó a quitarme el casco.

—En el *box* hay un HANS para ti. Allí te pondremos audífonos, para que estés todo el tiempo conectada con Toto y conmigo.

El HANS era el protector para cabeza y cuello, y me alivió saber que podría hablarle y escucharlo.

Nos miramos unos segundos en silencio y tuve la certeza de que, a su lado, me animaría a cualquier cosa, pues lo quería demasiado... lo suficiente como para poner mi vida en sus manos.

¿Cómo era posible que amase tanto a un tipo así, que hubiese tenido la suerte de caer en su vida, que él se permitiese meterse en la mía?

Lo nuestro continuaba pareciéndome un sueño.

Desde que había llegado a la Fórmula Uno nada me parecía real y por eso me daba tanto miedo que todo acabase de un momento a otro.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber ante mi silencio.

Me arranqué la capucha sin que me importase un cuerno despeinarme; todos mis pelos debieron de quedar de punta y, aun así, él continuó observándome con el mismo amor de siempre, sin perder esa dulce sonrisa que iluminaba su rostro.

—Sí. Muy bien. Gracias por esto, Nico, sé que será increíble. Creo que una parte de mí, desde que tengo uso de razón, desde que empecé a ver las carreras con mi padre, deseaba esto. No puedo creer que vaya a subirme a un Fórmula Uno y que, además, sea con el campeón, y mejor ni mencionar que sea contigo como mi amor.

—Pues yo nunca creí que compartiría el biplaza con mi prometida.

—Pues aquí estamos, haciendo cosas que ninguno de los dos imaginó antes que pudiese llegar a hacer.

—Por eso me siento más vivo desde que estoy contigo, porque hago cosas, siento cosas y experimento situaciones que no creí que viviría jamás. Nunca pensé tener entre manos todo lo que tengo, lo que siento y lo que pienso, ni el modo en que lo hago. Es muy extraño, porque sé que sigo siendo yo, pero, desde que te conozco, soy yo al completo; tú liberaste lo que llevaba dentro de mí que no se animaba a salir, escondido detrás de la capucha ignífuga y el casco. —Se relamió los labios despacio sin apartar su mirada, cálida y un tanto tímida, de mí—. ¿Entiendes lo que quiero decir? Sé que debe de sonar ridículo.

Cogí su mano con mi mano libre.

—No es ridículo, es adorable. Tú eres adorable. Todo en ti es adorable, desde Siroco hasta el Nico este que eres cuando estamos solos. —Me alcé sobre las puntas de los pies en las zapatillas, que, como las suyas, una era violeta y la otra negra (por superstición, él siempre las usaba así, de modo que yo también iba a hacer lo mismo) y toqué sus labios con los míos—. Te amo, campeón. Eres lo mejor que me ha sucedido en la vida.

Nico sonrió contra mi boca.

—No puedo creer que lo sea, porque tú eres mucho mejor persona que yo, y yo no puedo mejorarte como tú lo has hecho conmigo al estar a mi lado. El que ha salido beneficiado de esto he sido yo.

Levanté el casco y lo amenacé.

—Si vuelves a decir una estupidez semejante, te golpearé con esto.

Nico cerró los ojos e hizo una mueca de dolor cuando apenas toqué su crisma con el casco, que sonó a hueco.

—No quiero que jamás repitas nada semejante.

—Como digas, *petitona*.

—Bien, así debe ser. Ahora, andando: llévame a volar por la pista, Siroco, antes de que entre en pánico y huya del circuito así vestida.

Nico apretó mi mano.

—No pienso permitir que huyas. Ahora soy tuyo, y tú, mía... y recuerda: en cada cama en la que duerma.

—Siempre contigo, campeón —lo besé otra vez—, incluso cuando nos separe la distancia.

—La distancia jamás podrá con nosotros.

—Así se habla. —Reí tras besarlo.

—Salgamos de aquí entonces, que tenemos a todo el equipo esperándonos. Están todos deseosos de oírte gritar cuando tome las curvas a una velocidad de vértigo y cuando acelere a fondo en la recta. Hay apuestas sobre si podrás salir caminando del biplaza. Te lo advierto, hay quienes creen que no resistirás el paseo. —Le dio otro apretón a mi mano—. Yo sé que mi chica es dura.

—Espero poder demostrártelo. ¿Apuestas?

Nico asintió con la cabeza.

—Supongo que apostaste a mi favor.

—Y muy fuerte, de modo que, por favor, no entres en pánico.

Me carcajeé.

Llegamos al *box* de la mano siendo sólo nosotros dos; evidentemente, a la mayoría de los fotógrafos lo que íbamos a hacer les parecía un espectáculo digno de immortalizar.

Al otro lado de la cinta violeta extendida entre pilar y pilar, unos de pie, otros agachados sobre el suelo de la calle de *boxes*, la prensa acreditada se desesperaba por captar la mejor imagen posible de los dos juntos.

Procuré ignorarlos, pero resultó un tanto difícil teniendo en cuenta que los flashes impactaron una y otra vez en mi rostro sin piedad.

Mecánicos e ingenieros nos dieron la bienvenida a medida que nos internábamos en el espacio del *box*.

—¡Siroco... Natalia! —exclamó Toto con su gran sonrisa de siempre. Debajo de la camisa del equipo, su barriga tembló al reír para nosotros.

Paul, Dave y el padre de Nico se dieron la vuelta al vernos llegar. Fue entonces cuando todos se movieron y lo vi: la máquina a sus pies era enorme, tanto más larga que un Fórmula Uno y con un aspecto todavía más impactante.

Un frío, mezcla de pánico y entusiasmo, cargó mis venas, reemplazando mi sangre.

—¡Pero qué bien te sienta el traje ignífugo! —soltó Toto en mi dirección.

Mi mirada se topó con la de Paul, para que a continuación él me sonriese con timidez.

En ese momento experimentaba tantos sentimientos que no sabía cómo controlar que tenía muchas ganas de encajarme el casco en la cabeza para evitar que se me viese la cara; es que tenía la impresión de que no era dueña de los movimientos de los músculos de mi rostro. ¿Tenía cara de pánico o de felicidad?, ¿acaso había quedado como petrificada?

—Le queda espectacular —convino Nico con una gran sonrisa de orgullo y amor, al tiempo que me rodeaba los hombros con su brazo para estrecharme contra su cuerpo, sin soltar mi mano; sus dedos continuaban entrelazados a los míos.

—¿Lista para salir de paseo? —me preguntó Paul.

—¿Te has montado alguna vez en uno?

—Hace un tiempo, pero no conducía Nico. No sé decir si tuve esa suerte o si me perdí el privilegio —bromeó, y todos rieron.

—¿Y qué tal fue?

—Prefiero continuar siendo director del equipo. —Me guiñó un ojo—. Te irá bien.

Nico me soltó y caminó hasta uno de los chicos del equipo que estaba siempre allí para ayudarlo con el casco, el HANS y sus guantes; su padre lo siguió. Desde la distancia, vi que había dos HANS, el segundo era para mí.

Continué avanzando hasta el vehículo.

Paul posó una de sus grandes y pesadas manos sobre mi hombro izquierdo. A pesar de la contundencia de su cuerpo, su tacto siempre era amable, al igual que su mirada.

—Lo disfrutarás, no temas. Verás que es increíble, a pesar del miedo. —Me dedicó una media sonrisa.

—Queremos ver cuánto tardas en comenzar a gritar —acotó Toto, espoleándome.

—No gritará de miedo, sino de entusiasmo, de felicidad —me defendió Paul.

—Ojalá así sea —le dije con una sonrisa y, a continuación, me volví en dirección al ingeniero de pista de Nico—. Y bien, Toto, ¿has apostado a mi favor, imagino?

El alemán abrió los ojos de par en par.

—Qué decepción, Totito, y yo que creía que estabas de mi lado.

—Yo sí he apostado a tu favor —me susurró Paul; no necesitaba decírmelo, ya lo imaginaba.

—Gracias, Paul. Entonces, ¿cuántas vueltas tengo que soportar sin vomitar sobre el campeón? —bromeé.

—Entre cinco y diez vueltas —explicó Paul—. Eso dependerá de ti. Cinco al menos, para que podamos dar un espectáculo que todos puedan fotografiar y grabar.

—Esto quedará para la posteridad —acotó Toto, riendo.

—Eres un cretino, ¿lo sabías? —le dije haciéndome la mala, y el alemán se carcajeó—. Ya verás, tendréis que sacarme de allí dentro a la fuerza. —Apunté con una mano en dirección al interior del coche, que observé por un fugaz segundo; tragué en seco.

—Tan sólo diviértete.

—Eso haré —le contesté a Paul alzando la cabeza para mirarlo a los ojos.

Paul se quedó observándome.

—¿Todo bien? —curioseé ante su silencio y su insistente mirada.

Antes de contestar, Paul comprobó el alejamiento de Toto con la mirada; el alemán se le habían aproximado dos de los mecánicos para enseñarle unos gráficos en una tableta.

—Sí, bien... solamente quería decirte que éste es un evento del equipo y que lo cubre toda la prensa. Tú diviértete igual, ¿de acuerdo? Podríamos haber montado a cualquiera en esa butaca, pero nos pareció que a ti te gustaría la idea.

«¿Nos?», repetí dentro de mi cabeza.

—¿Nico te ha hablado de los papeles que debes firmar? —añadió.

Asentí con la cabeza. Cuestiones sobre el seguro y otros asuntos legales por subirme a aquella bestia.

—Si no quieres participar...

—Claro que quiero. No hago esto a la fuerza, ni mucho menos. No digo que no tenga un poco de pánico —le sonreí—, pero ¿qué más podría pedir? No me cabe duda de que será una experiencia única.

—Ojalá así sea —exclamó, y a continuación carraspeó para aclararse la garganta—. La gente de relaciones públicas iba a hablarte de esto luego, pero considero que es mejor que te lo diga yo ahora. —El director del equipo se puso muy serio—. Después del paseo tendréis que dar algunas entrevistas.

—¿Entrevistas?

—Sí, pero no serán muchas; sólo con los medios más grandes y con los que nos cubren siempre los eventos.

Y de pronto lo comprendí... cuando Paul se me quedó mirando en silencio sin parpadear y la piel de su rostro cobró un tono más pálido de lo normal.

—No te preocupes, ya hemos hablado con esos medios. Ella no hará nada fuera de lugar. El equipo de relaciones públicas ya ha advertido a esos periodistas de las condiciones que ha impuesto Nico para tenerte a ti en la entrevista.

—Nico no me ha mencionado nada...

—Imagino que no quería ponerte nerviosa; no te preocupes. Todos ellos suelen ser muy amables y correctos; además, conocen de sobra a Nico y saben que con él no se juega. Nico no es muy tolerante con los que intentan inmiscuirse en su vida privada; si te pasas de la raya una vez, olvídate de volver a entrevistar al campeón. No es por ellos por quienes te lo decía, sino por ella. Mónica es una de los periodistas acreditados. Dave y la gente de relaciones públicas del equipo ya han hablado con ella. Mónica dijo que se comprometía a hacer su trabajo y nada más.

—Ok. —Moviendo los hombros y la espalda, me sacudí la incomodidad de encima—. No te preocupes.

—No podía evitarlo —añadió con cara de compungido.

—Está bien. —Le sonreí—. Eres un gran tipo, ¿lo sabes?

Paul resopló una sonrisa.

—Lo digo en serio.

—Si intenta pasarse de la raya contigo, yo mismo la mataré, no te preocupes. —Paul se inclinó sobre mí—. Jamás me cayó muy bien que digamos y ésa será mi excusa.

—Eres adorable.

Paul me guiñó un ojo.

—Lo sé, pero no vayas diciéndolo por ahí, que luego todos creerán que soy muy blando y ya no podré dirigir el equipo. Suficiente me cuesta mantenerlos a todos en orden en condiciones normales.

Reí.

—Lo juro; a veces es como un gran grupo de adolescentes en viaje de vacaciones por el mundo.

—Si son todos muy disciplinados.

—Actúan cuando tú estás presente —replicó con una sonrisa.

—No te creo. —Reí.

—Lo juro, me siento el padre de todos ellos. Es agotador.

—Yo no te veo como mi padre.

—¡Qué alivio!

Nos quedamos mirándonos en silencio.

—Gracias por permitirme esta oportunidad.

—De nada, te lo mereces y, además, tu paso por la categoría no estaría completo sin un paseo así. No quería que te perdieras la oportunidad de vivirlo.

—Pues intentaré disfrutarlo al máximo sin vomitar sobre Nico o entrar en pánico.

Paul me regaló un poco más del sonido de su risa y entonces regresó Nico con su ayudante, quien cargaba el HANS para mí. Nico llevaba el suyo.

—¡Todo listo, niños! —soltó Toto, desbordando entusiasmo.

—¡Magnífico!

—¡Eyyyy! Allá vamos —bromeé alzando los brazos, para sentir inmediatamente, sobre mi perfil derecho, una tormenta de flashes.

Nico me ayudó con los auriculares y la capucha ignífuga. Paul, que había estado sosteniendo en sus manos mi casco, me asistió para colocármelo mientras Nico se preparaba. Sosteniendo mi cabeza por el casco, el director del equipo me colocó el HANS y lo fijó al mismo.

El hecho de que iba a dar unas vueltas al circuito en un Fórmula Uno conducido por Nico se volvía cada vez más real, más palpable.

Los fotógrafos, cámaras y periodistas no se perdieron ni uno solo de nuestros movimientos mientras me instalaban a mí en la parte trasera del vehículo, en un espacio que resultaba minúsculo hasta para mi tamaño. Comencé a sudar y a preguntarme cómo hacían los pilotos para soportar eso durante al menos una hora y media.

Nico se acomodó frente a mí mientras los mecánicos e ingenieros pululaban a nuestro alrededor terminando de instalarnos todas las piezas de protección y

conectarnos a todos los cables; el principal, el que me regaló la voz de Nico y la de Toto, ambos preguntándome si los oía alto y claro y si estaba cómoda.

—¿Cómoda? Me siento como una sardina, muchachos.

Toto se carcajeó de mí.

—Tranquila, *petitona*; cuando lo ponga en marcha ya no te sentirás como una sardina.

—Te sentirás como en un cohete espacial —acotó la voz de Paul. Los había visto a él y a Toto alejarse hacia el *pit wall*, pero con la cabeza de Nico por delante de mí, no alcanzaba a verlos allí sentados, hablándome.

—Recuerda no vomitar, Natalia —me dijo Toto.

—Púdrete —le contesté en broma, falsamente enojada.

Fue el turno de Nico de reír.

—Muy bien, campeón; acaban de darme el aviso de que tienes la pista toda para ti. Acaban de anunciarlo, así que la gente os espera allí fuera. Cuando quieras, la pista es toda tuya; repito: pista abierta, podéis salir cuando queráis —informó Paul a Nico, y yo también lo oí en mis auriculares.

—Ok, entendido —contestó—. ¿Estás lista, *petitona*?

—Todo lo que puedo estarlo.

Nico rio suavemente otra vez.

—Muy bien, amor, allá vamos. Toto, estamos listos. Cuando tú me dejes, me voy de paseo con mi novia.

—Ahhh, los dos tortolitos —canturreó Toto, y la comunicación hizo un par de clics y chisporroteó.

De refilón vi a un par de mecánicos alejarse de nosotros, llevándose consigo las fundas que mantenían calientes los neumáticos.

—Listos para partir —anunció la voz de Toto, y entonces, con un gruñido ronco e increíblemente potente, el biplaza comenzó a vibrar. Lo sentí vivo a lo largo de toda mi columna, en mi abdomen, en la parte superior de mis muslos, en los latidos de mi corazón.

Se me escapó un estúpido grito de emoción que no conseguí contener.

—¿Te gusta? —quiso saber Nico, con la voz llena de emoción y orgullo.

—Esto es increíble —jadeé extasiada.

Nico aceleró el motor sin que nos moviésemos de nuestro sitio y los rugidos por poco me lanzan a la estratosfera por la emoción.

—Ok, chicos. Nos vemos luego —entonó Nico.

El mecánico, que estaba situado al lado del morro del vehículo manteniéndolo en alto, lo bajó y se apartó, llevándose consigo el carrito.

—¿Nos vamos, *petitona*?

—Cuando quieras, Siroco.

Vi el pulgar de Nico apenas asomar por el lado derecho del automóvil.

No pude ni parpadear una vez más antes de que Nico avanzara con el coche. Nos movimos despacio hacia fuera del *box*, muy a ras del suelo. Parecía completamente increíble estar viéndolo todo desde ese ángulo, desde esa posición. Mis ojos no daban crédito y mi corazón no se sentía demasiado capaz de soportar tamaña emoción.

Con el controlador de velocidad, el Fórmula Uno avanzó por la calle de *boxes* con un ronroneo contenido de fiera enjaulada que espera a ser liberada a su máxima expresión.

El semáforo de la salida de *boxes* nos daba vía libre allí delante, al final de la calle.

—Recuerda que te amo —me dijo Nico cuando nos acercábamos al final de la línea de edificios.

Entendí que lo decía en broma y para advertirme de que estaba a punto de acelerar.

—Ok, ok —le contesté con voz tímida—. Lo recordaré, tú acelera.

—Te prometo que eso haré. —Rio—. Sostente fuerte.

Contuve el aire justo a tiempo. Cruzamos la línea del final del *box* y Nico aceleró considerablemente para tomar el camino a la pista, pero no fue hasta que dimos de frente con el circuito que no experimenté realmente lo que significaba la velocidad desde allí dentro.

Grité de felicidad, sin importarme a cuántos ingenieros o mecánicos dejara sorda. Nico rio con ganas y pisó el acelerador todavía más al tomar la recta.

Eso era absolutamente increíble.

Una curva a la izquierda y pensé que nos iríamos al pasto y a continuación contra la pared. Otro tramo y una curva hacia el otro lado. Los tirones en mi cuello por la fuerza eran impresionantes, y de las aceleraciones para qué hablar: sentía como si estuviesen aplastándome contra el asiento y, aun así, eso era lo más excitante y estupendo que había hecho en toda mi vida, y no lo olvidaría jamás.

Oí a Nico y a Toto intercambiar información; después Nico volvió a preguntarme si me encontraba bien. Cuando le contesté que perfectamente, que eso me encantaba, me respondió que al empezar la siguiente vuelta aceleraría de verdad, porque la vuelta anterior sólo había servido para acabar de darle temperatura a los neumáticos.

Y eso fue lo que hizo. El mundo a los lados del vehículo dejó de ser algo preciso para pasar a convertirse en pantallazos mezclados con adrenalina y una pizca de temor que no hizo más que volverme todavía más loca de felicidad. Nico iba

hablándome, explicándome lo que hacía al tomar tal o cual curva o el porqué de si se tiraba hacia un lado o al otro de tal o cual recta... El pobre intentó indicarme qué había a cada lado de la pista, como si eso fuese un paseo turístico, pero yo no conseguiría recordar nada de eso, solamente su voz, el calor de nuestros cuerpos allí dentro... la velocidad, el viento dando contra mí, él... Siroco, mi Siroco.

Fueron las diez vueltas más estupendas del universo y, por mí, podrían haber sido muchas más. No grité de miedo, sino para dejar escapar un poco toda la alegría y la energía de la que Nico me proveyó al llevar el automóvil al máximo por cada curva y cada recta, deleitando a los espectadores.

Si es que incluso tuve ganas de bailar y de saltar dentro del biplaza.

—Se terminó, *petitona*. Lo siento. Prometo intentar llevarte de paseo alguna otra vez —me anunció Nico tomando la entrada a *boxes*.

—¡Mil gracias! ¡Gracias! Ha sido estupendo, Nico. Demencial y, a la vez, increíble; he adorado cada segundo. Te amo; gracias por esto, campeón.

—¿Has oído eso, Toto? Nos debes a los dos una cena. Puedes ir diciéndole a Ilse que esta semana vamos a ir los dos a comer a tu casa.

Toto rio.

—Campeón, sabes que mi esposa cocinará para ti cuando tú quieras. De acuerdo, he perdido, no ha devuelto sobre tu espalda —dijo Toto fingiendo voz de desahuciado.

—¡Toto! —chillé a sabiendas de que podía oírme.

—Estamos todos muy orgullosos de ti, Natalia —entonó éste.

—Gracias por esto a todos; de verdad que ha sido una experiencia alucinante.

—Por aquí todos nos sentimos muy felices de que lo hayas disfrutado —sonó la voz de Paul por los auriculares. Una pausa—. Excelentes vueltas, campeón.

Entramos en la calle de *boxes* propiamente dicha y entonces vi a todo el equipo y a los periodistas esperándonos.

—Gracias por esta experiencia, Nico. De verdad que ha sido increíble. —Me estiré todo lo que pude para intentar llegar con mi mano a él; Nico alzó la suya hacia atrás y las puntas de nuestros dedos enfundados en guantes se rozaron.

—Gracias por regalarme este momento, *petitona*. Quién me hubiese dicho que un día llevaría a mi futura esposa en un biplaza de la categoría.

—Pues yo jamás soñé con enamorarme de un cinco veces campeón del mundo de la Fórmula Uno. Te amo, Nico.

—No más de lo que yo te amo a ti, *petitona*.

—Ahh... pero qué tiernos —canturreó Toto, burlándose de nosotros; en respuesta, Nico lo insultó en alemán en tono jocoso. Éste estaba exultante de felicidad y qué más podía pedir yo que verlo así de dichoso.

Los objetivos y los flashes nos rodearon por completo cuando Nico detuvo el automóvil. No entraron el vehículo hacia atrás como solían hacer durante las pruebas libres, sino que lo dejaron delante de la entrada del *box*, imaginé que para que, allí mismo, nos sacaran algunas fotografías y nos entrevistaran.

Un ejército formado por gente del equipo llegó para asistirnos. Lo agradecí porque, por mi cuenta, jamás hubiese sabido cómo salir de allí dentro, si es que no tenía ni la menor idea de cómo soltar los cinturones de seguridad, pese a que me habían explicado cómo hacerlo (lo cual no era muy seguro y responsable por mi parte).

Nico salió del interior del habitáculo antes que yo y, después de que liberasen mi cuerpo, fue él quien me tendió una mano para ayudarme a salir.

La adrenalina en mí era tanta que, al poner los pies fuera del biplaza, sentí que debía correr y saltar pese a que las rodillas me temblaban. Nico tenía su casco todavía puesto, y yo también; lo miré a los ojos y liberé el gran abrazo que quería darle, saltando sobre él para colgarme de su cuello.

No quedó fotógrafo que no aprovecharse para registrar el momento; sin embargo, eso no me importó lo más mínimo; no pensaba guardarme todo lo que sentía.

Después de mantenerme apretada contra su cuerpo riendo de felicidad, por lo que sentí su cuerpo temblar de la manera más agradable contra el mío, Nico me bajó al suelo.

Fotos, flashes y más fotos mientras me ayudaban a quitarme el HANS y el casco, y luego comenzó el circo: los encargados de relaciones públicas del equipo nos acompañaron hacia el vallado para que nos entrevistaran.

Las preguntas fueron diplomáticas y acotadas a las vueltas que habíamos dado en el circuito, a toda la experiencia. Lo más atrevido que nos preguntaron fue dirigido a Nico; un periodista compatriota suyo le planteó cómo se había sentido al llevar a su prometida en el asiento trasero.

—Increíble —fue su respuesta.

Y entonces nos movieron para plantarnos frente a ella.

Sus ojos se lanzaron directos a mí, cargados de una mirada asesina que por poco me hace retroceder. Resistí y, de la mano de Nico, nos acomodamos frente a Mónica. Su mirada pasó del odio a la adoración cuando dirigió el rostro hacia Nico. Sonrió al campeón y fue imposible no notar el amor en sus gestos, si bien hubiese preferido no verlo. Por un instante pensé en lo angustiante que debía de ser estar en su posición. Me dije que, si Nico rompiese conmigo, no tendría la fuerza o la valentía suficientes como para enfrentarme a él y a su prometida, por más que se tratase de una obligación laboral. Me imaginé a mí misma con el corazón partido por él, por saber que él no sentía lo mismo que en ese momento sentía por mí.

Me dio lástima, pero, acto seguido, cuando Mónica lo saludo y él le devolvió el saludo con una inmensa sonrisa y ojos cálidos, me atacaron los celos. En el modo en que la miraba Nico no había amor romántico, pero sí los restos de años de compañía,

lucha y logros juntos. Ellos dos se conocían muy bien y habían sido compañeros mucho tiempo, demasiado, y por más que me amase, nada podía mandar al olvido lo que habían vivido juntos. Entendía que era infantil desear que él no pensase en ella con cariño, respeto y reviviendo todos los esfuerzos y sacrificios compartidos; sin embargo, me molestaba porque, en un parpadeo, comencé a sentirme invisible. La mano de Nico continuaba sobre la mía, pero su atención estaba completamente centrada en ella.

Mónica le había preguntado algo, no tenía ni idea de qué, y él le contestaba con entusiasmo y soltura, del mismo modo en el que se habían hablado siempre, como si nada hubiese sucedido.

Intenté mantener la sonrisa de un momento atrás y no lo conseguí; mis mejillas se aflojaron y percibí que se escurrían hacia abajo por mi rostro, por miedo e inseguridad.

Allí estaba Mónica, la de siempre, esbelta, con la melena al viento e impecablemente vestida, maquillada y con sus uñas cuidadas. Yo continuaba enarbolando la misma simplicidad de siempre, con las uñas sin esmalte, apenas un poco de máscara de pestañas y ese cabello tan corto que ni siquiera necesitaba peinar.

Nico le contestó algo que no llegué a escuchar y entonces Mónica movió su micrófono en mi dirección. El objetivo de la cámara siguió el movimiento de su mano hacia mí.

—De modo que eres muy valiente.

Percibí el sarcasmo en su voz. Imaginé que a los televidentes tampoco les habría pasado por alto la animosidad en el modo en el que se dirigió a mí.

Nico intentó mantener la sonrisa al girarse en mi dirección.

—¿Qué has sentido al correr por el circuito con el campeón?

El campeón, no mi prometido; su elección de palabras no debió de ser al azar.

—La experiencia ha resultado increíble; la velocidad, el automóvil y el circuito ya de por sí son algo impresionante, y saber que tu novio va al volante lo hace todavía más emocionante.

Del rostro de Mónica se esfumó la sonrisa con la que me hacía frente.

—Los dos lo hemos disfrutado mucho —añadí. Era un duelo de miradas.

—Sí, ha sido fantástico. Estoy agradecido de haber tenido la oportunidad de compartir esto con Natalia. Los dos le damos las gracias al equipo por habernos brindado la oportunidad de disfrutar estas vueltas, que han sido apasionantes.

—Entonces... —Mónica movió el micrófono otra vez en mi dirección—. ¿Te han dado permiso para salir de la cocina para este evento o ya no trabajas para el equipo? ¿Tus servicios ya no son requeridos por Bravío?

A Nico por poco se le desmiembra toda la columna por girarse a mirarla con furia en los ojos, la misma con que entonó su nombre.

—Mónica, toda la escudería adora a Natalia... dudo de que alguien en su sano juicio crea que puede prescindir de sus habilidades y, sobre todo, de su presencia. Desde el director de equipo hasta los mecánicos, Natalia ha sabido ganarse el corazón de todos con gestos amables, con buen humor y brindándoles su amistad; por eso, cuando se habló de traer el biplaza para este evento, su nombre surgió de los labios de casi todos en Bravío. No se trata de que le hayan dado permiso para abandonar por un día su trabajo, en el que es realmente buena y por el que todos en el equipo la respetan, sino que se trata de un gesto de cariño, porque todos consideraban que se lo merecía. Ojalá pudieses comprender la diferencia.

Nico me apretó todavía más contra su cuerpo y depositó un dulce beso sobre mi frente, sonriendo otra vez.

—Y sí —comenzó a añadir—, Natalia es valerosa, fuerte, decidida, amable, divertida y espontánea, por eso no se ha privado de disfrutar la experiencia gritando de emoción. Han sido las mejores vueltas de mi vida en un Fórmula Uno. Creo que nunca me había sentido tan bien al volante, tan feliz o tan libre.

Muchos reporteros rieron, extendiendo sus micrófonos hacia mí.

—¿Planeas hacer carrera como piloto en alguna categoría?

—¿Hasta cuándo te quedarás en Bravío?

—¿Cómo es tu relación con el equipo?

—¿Algún otro equipo te ha ofrecido trabajo?

—¿Cuándo contraeréis matrimonio?

Las preguntas comenzaron a caer sobre nosotros por docenas. La rueda de prensa había perdido el orden y la gente de relaciones públicas y publicidad no conseguía reconducir la situación, porque los periodistas estaban muy sonrientes y animados después de las declaraciones del campeón.

Mónica fue literalmente tragada por sus compañeros de profesión, por lo que no pudo preguntarnos nada más o, mejor dicho, fastidiarnos más, y, además, en su rostro vi que no le quedaban ganas de decir ni media palabra.

—¿Volveréis a repetir la experiencia? —soltó alguien en un inglés con un acento muy italiano.

—¡Ojalá! —soltamos Nico y yo a coro.

Mónica desapareció, entonces sí, llevándose a su cámara consigo. El resto de las preguntas de los periodistas fueron diplomáticas; alguno que otro intentó infiltrar cuestiones algo más personales, pero Nico, que tenía sobrada experiencia en eso, lo manejó con mucha maña. Con el correr de los minutos pude relajarme y, al final, terminamos los dos hablando de la experiencia frente a las cámaras como si estuviésemos conversando con amigos, como si compartiésemos con ellos esa vivencia que ninguno de los dos olvidaría jamás.

* * *

Nico marcó el mejor tiempo en las pruebas libres de la mañana y, por la tarde, repitió con la misma confianza de siempre, demostrando que podía ser el mejor, el más veloz.

El sábado, otra vez de regreso en mi puesto de trabajo y después de una noche de viernes de compartir con familiares, amigos y también con el equipo las vivencias del día anterior, vi a Nico quedarse con el primer puesto de la parrilla de salida de la carrera del domingo, que sería la última antes del receso de verano, para el que ya teníamos planes. Queríamos escaparnos a un lugar paradisíaco; cuando me mostró las fotos del sitio esa misma mañana, así dormida como estaba, pensé que eran dibujos, ilusiones de un lugar que no podía existir ni en sueños.

Nico terminó la primera mitad de la temporada de un modo espectacular, ganando de forma aplastante y contundente, demostrando su eficiencia en la pista, por encima de todos los demás. Los dos monoplazas de Bravío tuvieron problemas con la secuencia de marchas; Haruki no pudo controlar su coche y llegó en quinto lugar, mientras que Nico se las arregló no sólo para mantener su puesto conduciendo en esas condiciones, sino que, además, le sacó al segundo clasificado una diferencia de más de cinco segundos.

Así, Nico compartió su podio con los dos jóvenes pilotos de un equipo que desde hacía un par de carreras iban en alza.

Eso no privó al equipo de celebrarlo, puesto que en el aire ya se respiraba aroma a vacaciones.

Mónica no volvió a ser tema de conversación ese fin de semana y, si bien después del suceso del viernes Nico me pidió disculpas por ella, la italiana no volvió a molestarnos o a hacerle preguntas fuera de lugar a Nico, ni a insinuar nada. Nico me dijo que ella ni siquiera había intentado acercársele más allá de lo que los unía en lo laboral, y eso fue un alivio.

Fue así, con Nico liderando el campeonato por una diferencia muy cómoda y con nosotros dos muy unidos, cómo terminamos la primera parte de la temporada.

24. Receso de verano

Agotada y al mismo tiempo llena de energía, planté mis dos pies sobre la arena acariciada por las suaves olas de ese mar azul turquesa que se veía igual que en esas imágenes con las que las agencias de turismo promocionan paraísos en los que pasar las vacaciones.

Ese lugar era de ensueño.

Extensiones de arena clara; un mar suave y muy manso que te abrazaba con su calidez, borrando de tu mente las sensaciones de tiempo y espacio; palmeras y exuberante vegetación; calma y gente que llevaba impregnada en su personalidad la misma aura que la isla desprendía.

Toda la situación no podía resultar más idílica y maravillosa.

—Este lugar es increíble, Nico.

El campeón se colgó el tubo unido a la máscara de *snorkel* del hombro, sonriéndome.

Salté sobre él; no podía estar más sexi, así bronceado, con las mejillas enrojecidas, el cabello despeinado por acabarse de quitar la máscara y los ojos brillantes gracias al descanso y al sol.

Me prendí de su cuello.

—Gracias por traerme aquí —le dije antes de besarlo.

Nuestros labios se enredaron. El tacto de su piel ardiente contra la mía me hizo perder la cabeza una vez más, al igual que la noche anterior, que esa mañana y... cada encuentro entre nosotros dos. Levábamos allí cinco estupendos días y desde el primer momento supe que no querría largarme jamás; quería quedarme así, a solas con él, allí, con él todo para mí; sólo nosotros, sin problemas, sin sombras pululando a nuestro alrededor, amándonos.

Nico le dio un apretón a mi labio inferior con los suyos y se apartó un poco.

—Gracias por acompañarme —sonrió ampliamente—; esos peces de colores no hubiesen sido lo mismo sin ti.

—Qué bien que mi presencia haya ayudado a que disfrutases el avistamiento de esos pececitos de colores. Me alegra haberte sido útil con eso —bromeé.

—Sabes que contigo veo peces de colores donde sea que esté —me regaló a la vez que articulaba una increíble mueca de perdido enamorado en el rostro y me estrechaba todavía más por la cintura.

Comencé a odiar el diminuto bikini que llevaba puesto y su traje de baño, porque nos impedían estar aún más juntos.

—No sabía que te causase alucinaciones.

Nico parpadeó despacio, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Es muy serio, creo que ya no tengo cura. —Aproximó su boca a la mía—. Aunque en realidad no quiero curarme.

—Me alegra, porque compartimos enfermedad. Mientras estemos juntos, continuaremos contagiándonos el uno al otro.

—Anda, contágame un poco más, que quiero ver esos pececillos flotar a mi alrededor incluso fuera del agua.

No le dices que no a quien te pide eso.

Me colgué de su cuello de nuevo y Nico me alzó agarrándome por los muslos.

Agradecí que nuestra cabaña estuviese justo allí, a unos pasos. Ya sólo por eso, valía la pena que Nico hubiese pagado una insana tarifa por la habitación (vi por error el papel de la factura que le habían impreso de lo que costó ese viaje y por poco me da algo, pese a que Nico me aseguró que para él no era nada).

El camino que conducía a nuestro trozo privado de edén nos ocultó entre sus voluminosas palmeras de hojas verdes y flores tan rozagantes y coloridas que parecían de plástico.

Allí no existían las puertas, sólo unas vaporosas cortinas del mismo color que la arena, las cuales habíamos cerrado únicamente el primer día de puro tontos y pudorosos, y que nunca más volvimos a correr porque comprendimos que nadie se inmiscuiría en nuestro trozo privado de playa y que el personal del hotel sólo llegaba al bungalow por la parte frontal, que sí tenía puerta, pero eso era al otro lado; de ese lado, del que daba a la arena y al mar, no tenía una sola pared, ni siquiera el baño.

Las piernas de Nico rozaron mi trasero una y otra vez cuando éste subió los cinco escalones que separaban la edificación del nivel del mar.

Su cuerpo hizo arder el mío como solamente él sabía, como él podía, porque lo nuestro, más que saber, era ser... porque, a pesar de la rapidez con la que se dio todo entre nosotros, simplemente no podría haber sido de otro modo, pues, cuando amas desde el primer parpadeo, es como si hubieses amado siempre, y sería ridículo contener ese amor, un desperdicio y probablemente también un insulto a la fuerza que sea que puso ese amor en ti y también al objeto de tu afecto.

Nico no tardó nada en volver a amarme sobre aquella cama interminable de sábanas blancas, y yo lo amé por igual, prendiéndome de su espalda y de sus hombros bronceados. Su piel, condimentada por la sal, el sudor y el sol, era embriagante.

Cuando quise entonar su nombre, no pude. Allí él no era Siroco, ni el campeón, ni Nico, ni nadie más, al igual que yo; ambos éramos únicamente lo que llevábamos dentro, y eso no se engloba en un nombre, ni con una explicación, quizá sí con un color, el del atardecer entre dorado y naranja que muy despacio comenzó a nuestro alrededor.

De mi vida desde que lo conocí podría haberse escrito un libro, uno de esos cursis que cuentan amores de los que, en ocasiones, la fría realidad te dice que no existen.

Sonreí al pensar que, si alguna vez eso terminara y yo le contara mi historia a alguien, no me creería.

Las manos de Nico treparon por mi cadera, dirigiéndose hacia el centro de mi espalda. Sus dedos, sobre mi columna, me atrajeron en su dirección para besarme una vez más. Todavía se encontraba dentro de mí.

—Te amo —me dijo—, de un modo completamente distinto al que he amado a nadie jamás.

Eso no pudo brindarme más seguridad ni causarme más alegría de la que me causó. Si es que, de pronto, ya no cabía ni en mi cuerpo ni en esa cabaña casi sin paredes.

—Te quiero en mi vida por el resto de mis días. Quiero una familia contigo... lo quiero todo contigo, siempre.

—¿Una familia? —Sonreí sobre sus labios con toda esa felicidad que se me escapaba por los poros, por la mirada—. Pequeños Nicos corriendo por la casa en *kartings* eléctricos como el que usa el hijo de Heikki. —Éste era un piloto finlandés, de los más veteranos de la categoría junto con Thiago; el más pequeño de sus tres hijos de vez en cuando aparecía por los circuitos montado en su *karting* pintado con los mismos colores que el vehículo de su padre. El crío era una cosa preciosa y dulce, de piel muy blanca, ojos de un azul muy claro, cabello rubio y sonrisa fácil, que se relacionaba con los miembros de todos los equipos. Cada vez que su madre lo traía a una carrera, el pequeño se ganaba el cariño de cualquiera.

—Podría ser. ¿Qué te parece la idea?

—¿Lo dices en serio?

—Sí, claro; no propongo que comencemos a intentarlo ahora mismo. —Rio—. Ahora mismo no puedo.

Con un gruñido, amenacé con comerme su boca y, todavía sonriendo, le di un pequeño mordisco.

—Podríamos pensarlo al menos. Me gustaría que tuviésemos para nosotros muchos momentos como éste, así, solos tú y yo, antes de empezar a llevar niños de un circuito a otro, pero la perspectiva me gusta, y mucho.

—Y a mí —susurré. Tenía ganas de ponerme de pie sobre el colchón y comenzar a saltar.

—Todavía no tenemos fecha, pero podríamos comenzar a planear eso también; tendrás la ceremonia que quieras tener. No tengo ni idea de cuánto se tarda en planear una boda; tú dime qué prefieres y buscaremos una fecha para cuando termine la temporada o quizá necesites hasta el receso de verano del año que viene. Hay lugares para celebrar enlaces que tienen una lista de espera de al menos un año, ¿no?

Aparté a un lado esa ínfima pizca de amargura que sentí al comprender que aquello lo sabía porque en algún momento debió de hablar del mismo tema con Mónica.

Le sonreí.

—No necesito una gran boda, Nico. Para mí, con esa sábana blanca alcanzaría como vestido de novia —solté, tirando del extremo de la misma para cubrir mi cuerpo y el suyo—. Mi fiesta es contigo. Dame eso y seré feliz.

Nico apretó mi cuerpo contra el suyo con sus manos por encima de la sábana.

—El más bello vestido de novia. —Besó mi cuello y me abrazó—. Te amo, *petitona*.

—Te amo, Siroco.

—¿Alguna vez te he comentado que me vuelve loco que me llames así? —me dijo con una sonrisa sexi.

—Siroco —susurré en sus labios—. Siroco —jadeé sobre su mejilla—. Siroco, me vuelves loca de amor —le dije a su oído en confidencia.

* * *

No tengo ni idea de qué hora era cuando desperté, tan sólo noté que el cielo de la noche amenazaba con ponerse de un azul más intenso. La bóveda celeste era un mar de estrellas brillantes; nunca había estado en un sitio en el que se viesan tantas y con tal claridad; eso se debía a que allí nos encontrábamos en medio de la mismísima nada y la contaminación lumínica era casi inexistente.

Giré sobre mi cuerpo y vi que Nico dormía; respiraba profundamente. No daba señales de haber notado mi movimiento sobre la cama; su sueño duraría mucho más y, si bien me hubiese encantado compartir eso con él, me dio un no sé qué despertarlo. Él necesitaba descansar, así que lo dejé dormir.

Muy despacio, me levanté de la cama y fui a por algo de ropa que ponerme para poder salir a la playa y admirar el espectáculo allí fuera.

Antes de bajar los cinco escalones que separaban la cabaña del camino, me di la vuelta para mirarlo; continuaba durmiendo plácidamente.

Regresaría antes de que despertase.

Pasé la vegetación, que por unos instantes ocultó el cielo de mi vista, y allí lo descubrí: el cielo mezclándose con el mar, con el susurro de las olas apenas trepando por la arena. Me sentí ínfima, todavía mucho más pequeña de lo que ya era.

Alcé tanto la cabeza para mirar hacia arriba que mi cuello se puso tenso y comencé a marearme; fue entonces cuando me llegó un levísimo susurro de música.

Al final de la playa, donde estaba edificado el hotel propiamente dicho, con sus restaurantes, la recepción y demás comodidades, había luces y, sobre la playa, una fogata. Debía de ser una fiesta o algo así. No recordé si había alguna planeada para esa noche; seguro que sí, pues allí había actividades todo el tiempo.

Mis tripas crujieron porque asocié el fuego con un asado, el asado, con la carne y, a pesar de que no soy muy carnívora, me apeteció un pincho caliente, que allí bien podría ser de mariscos, langostinos... La boca se me llenó de saliva al recordar los langostinos que había comido un par de noches atrás.

No había cenado y en ese hotel básicamente podías comer todo lo que te viniese en gana, a cualquier hora del día.

Volví a repetirme que Nico no notaría mi salida. Comería y regresaría a la habitación; quizá también pudiese llevarle algo de comer, por si despertaba.

Sonreí.

Lo sorprendería con algo rico.

Tan pronto como la palabra *rico* cruzó mi cerebro, mis tripas se quejaron otra vez.

No comprendía cómo todavía no avanzaba rodando por la playa, con todo lo que llevaba comido en esos días; por lo visto, la playa, el mar y toda la actividad física que estaba haciendo lo evitaban.

Mis tripas volvieron a crujir, y no fue una sensación, sino un ruido con todas las de la ley.

Eso no era sexi.

Con mis chancletas fucsia, comencé a caminar por la playa, pasando lo más rápido posible por delante de los caminos de cada bungalow para no molestar a nadie.

La música fue ascendiendo de volumen a medida que me aproximaba a la fogata y a lo que, efectivamente, era una fiesta; una en la que todos iban vestidos de blanco, en la que habían cócteles con muchas frutas y flores, y en la que sonaban conversaciones alegres que se mezclaban con la música.

Vi a una pareja con la que habíamos compartido una excursión hacia la barrera de corales; eran suecos y, a pesar de que llevaban allí la misma cantidad de días que nosotros, en su luna de miel, todavía estaban rojos como gambas por culpa del sol. Nico y yo ya tirábamos a marrón, porque los dos nos bronceábamos con facilidad.

Me sonrieron y dieron la bienvenida.

Alguien puso una copa en mi mano. Crucé saludos con una pareja de chicos que habían llegado al hotel hacía dos días y con los cuales nos cruzábamos desde

entonces, a la hora de desayunar. Otros huéspedes se unieron a nuestra conversación; nos pusimos a hablar de nuestras experiencias en ese paraíso, de lo maravilloso que eran algunas playas, de dónde quedaban los mejores lugares para bucear y sobre qué platos eran los más recomendables. Entre copa y copa, conversaciones y risas, piqué un poco de todas las cosas ricas que había para comer y el tiempo se me fue de las manos.

Hubo un espectáculo de danzas típicas, una representación histórica. Empezaron a correr más cócteles frutales, que contenían más alcohol de lo que evidenciaba el sabor dulce de sus frutas y, un rato más tarde, en la pequeña carpa blanca que había montada a un lado de la playa, apareció detrás de las consolas una joven disyóquey de cabello muy corto y cuerpo muy delgado que le puso música a la noche. Se desató una fiesta increíble, en la que todos bailábamos con todos y, después de un rato de saltar y sudar, mi cabeza comenzó a dar vueltas y la bebida, a trepar por mi garganta.

Alguien me cogió por la mano e intentó hacerme dar vueltas sobre las puntas de mis pies.

—No puedo; para, para... —le dije y luego me tapé la boca con mi mano libre—. No puedo más; he bebido demasiado.

Alguien me preguntó si me encontraba bien. Hubo risas a mi alrededor. Supe que debía regresar a la cabaña; a Nico no le gustaban ese tipo de cosas. Él evitaba las multitudes y lo suyo no era el baile, y tampoco podía beber, por lo que rehuía ese tipo de encuentros. Por el contrario, a mí me encantaba estar con gente, rodeada de personas, y no le tenía miedo al ridículo. Crecer rodeada de mis hermanos me había convertido en una persona a la cual el pudor le quedaba para lo mínimo indispensable; haber vivido en una casa constantemente llena de gente había provocado que muchas veces, desde que salí de ella, extrañase momentos como esos.

—¿Vomitarás?

Al quedarme quieta, todo bajó otra vez hacia donde debía estar.

—No, creo que no. De todos modos, debo regresar con Nico.

Uno de los dos muchachos de la pareja se ofreció a acompañarme a mi cabaña.

—No os preocupéis, estaré bien.

—¿Seguro, preciosa?

—Sí, vosotros seguid divirtiándoos. Os veré mañana. —De lejos, por miedo a devolverles encima, porque las náuseas me atacaban otra vez, les tiré unos besos a modo de despedida y partí en dirección a la cabaña, esta vez por el camino de la parte interior de la isla, no por la playa, porque no me sentía muy bien y no quería acabar tirada por ahí donde nadie pudiese verme.

Atravesé la recepción sin ver a nadie en el mostrador, lo que me llamó la atención. El *hall* estaba vacío y silencioso; ningún empleado a la vista a quien darle las buenas noches.

Salí del edificio y llegué a la calle posterior, cuya acera era de listones de madera, y eché a andar por el asfalto por el que circulaban pocos coches pero muchos cochecitos eléctricos de esos que se utilizan en los campos de golf, con los que llevaban a los huéspedes a sus bungalós. A esa hora no había nadie por aquí y la iluminación no era mucha, tan sólo algunas luces que, desde el ras del suelo, iluminaban las palmeras y el resto de la vegetación. Ni falta que hacía que hubiese más focos, la luna se encargaba de alumbrar mi camino.

Mis sienes se pusieron a latir y una ardiente bilis trepó por mi garganta. Comencé a sentirme muy mal una vez más y, entonces, ya no pude contenerme.

Agradecí que no hubiese nadie por los alrededores, porque terminé abrazada a una palmera, vomitando sobre la tierra todo lo que había comido y bebido.

Mi estómago se revolvió una y otra vez hasta que ya no quedó nada dentro de mí.

Escupí para intentar sacarme aquel sabor agrio de la boca y, todavía con las piernas temblando por la flojera de los vómitos y las arcadas, me incorporé.

Esperaba tener la suerte de que Nico continuase profundamente dormido para que no tuviese que verme llegar en ese estado. No había hecho muy bien en comenzar a beber sin tener nada en el estómago, pues mi última comida en condiciones había sido a mediodía.

Con la cabeza medio baja y los párpados apenas entreabiertos —sentía que la cabeza me iba a explotar de un momento a otro—, continué andando hasta que me pareció notar que mis pies eran iluminados por flashes de luces verdes y blancas; unas luces frías que se movían, parpadeaban.

Un mal presentimiento obstruyó mi garganta y así, en ese estado, alcé la vista para toparme de frente con aquellas hirientes luces que atravesaron mis retinas para clavarse en mi cerebro como agujas al rojo vivo.

Vi la ambulancia allí detenida, frente a la puerta delantera abierta de una cabaña, e intenté convencerme de que no era la que yo ocupaba con Nico. Simplemente no podía ser, no debía ser.

Mis pies se quedaron pegados al asfalto igual que si estuviese caliente. Tuve la sensación de que la goma de mis chancletas se había derretido, enganchándose allí, impidiéndome avanzar hacia él.

Las puertas traseras de la ambulancia estaban abiertas; allí no había nadie y la camilla no estaba.

A pesar del calor, mi piel se congeló.

Era nuestro bungaló.

—¡Nico! —Su nombre desgarró mi garganta al salir de mis entrañas. Eché a correr—. ¡Nico! ¡Nico! —Apreté el paso y medio tropecé, una de mis chancletas se rompió y por poco me caigo de bruces al suelo—. ¡Nico! —grité una vez más, al tiempo que echaba a correr de nuevo, dejando mi calzado allí—. ¡¿Nico?! —¿Por qué nadie me respondía? ¿Por qué no me contestaba él? —¡Nico! ¡Nico! —La isla daba

vueltas a mi alrededor, pero no le permití detenerme, así que continué corriendo hasta toparme con la puerta abierta. Desesperada, me lancé hacia el interior.

La primer persona que vi fue a la recepcionista de la noche y al conserje, los dos en la antesala de la cabaña, con cara de preocupación.

Uno de ellos, no sé cuál de los dos, entonó un «señorita» con voz de angustia. No me entretuve con ellos. Con el corazón dándome bestiales golpes en el pecho, me abalancé dentro de la habitación. Nico no estaba en la cama, lo único que había allí eran sábanas revueltas y a un lado...

Un charco de vómito.

Giré la cabeza hacia la izquierda, porque, al bajar la vista al suelo, noté la luz y oí los ruidos; al fondo del espacio, tras los sillones y la pequeña sala de estar, la luz del cuarto de baño estaba encendida.

Alguien completamente vestido de blanco, moviendo una camilla, apareció en ese recuadro que conformaba la puerta.

—¡Nico!

El enfermero giró su rostro en mi dirección. No tenía buena cara, sino cara de preocupación, y a mí otra vez me entraron ganas de vomitar, pero esta vez no por culpa del alcohol, sino por haberlo dejado allí solo.

—¡Nico!

Me dio la impresión de que me costaba una eternidad llegar al baño.

Al entrar allí, lo vi tendido en el suelo, temblando como una hoja, pálido y con ojeras. Había vómito en el suelo a unos pasos de él y junto al inodoro.

En esa ocasión, su nombre escapó de mí en un débil jadeo.

Mis rodillas se aflojaron.

Nico llevaba una máscara de oxígeno y una vía.

¿Por qué temblaba tanto?

En el suelo estaban los restos de lo apresurada de la intervención médica —jeringas, ampollas, cintas— que le había procurado el doctor, quien, al verme llegar, alzó la vista de Nico a mí.

—¿Qué...? —gemí—. Es diabético —solté primero en español; es que, de los nervios, ni recordaba cómo hablar en inglés—. Diabetes, es diabético —solté a continuación, esforzándome. Tenían que saberlo, tenían que saber cuál era su problema.

—Sí, lo sé, él me lo dijo. ¿Eres Natalia?

Nico paró de temblar por una fracción de segundo y abrió apenas un poco los ojos, que habían permanecido cerrados y con los párpados muy apretados hasta ese instante. Lo vi buscarme con la mirada y me sentí fatal. Me abalancé hacia y, de rodillas, le pedí perdón por haberlo dejado solo.

Al caer a su lado, vi que se había hecho un corte en el labio inferior. Iba a tocarlo, pero me arrepentí; temí hacerle más daño del que ya le había hecho por dejarlo solo, por dejarlo solo y ni siquiera avisarlo de adónde iba, por dejarlo solo e irme de fiesta por ahí.

—Nico, lo siento —conseguí balbucir hecha un mar de lágrimas.

Él intentó acercar su mano en mi dirección, pero los espasmos eran tan fuertes que apenas si podía moverse.

—¿Qué le sucede? —le pregunté al médico mientras los enfermeros alzaban la camilla de Nico, una de esas duras que utilizan para inmovilizar a las personas cuando sufren una caída; también llevaba un collarín.

—Ha sufrido una descompensación. Lo llevaremos al hospital para examinarlo más a fondo.

—El señor Puig llamó a recepción —explicó alguien desde fuera del baño—. Nos dijo que estaba indispuesto, que llamásemos a una ambulancia. Nos explicó que estaba solo y preguntó por usted.

—Yo... —Me quedé sin palabras al enfrentar a la recepcionista.

Los enfermeros desplegaron las patas de la camilla para dejarla a la altura de mi cintura.

—¿Viene con nosotros? —me preguntó el doctor.

—Sí, sí, claro —le contesté, y los seguí mientras el conserje y la recepcionista se hacían a un lado para dejar pasar la camilla.

Todo sucedió de prisa. En un momento dado me vi dentro de la ambulancia, sentada a los pies de Nico, mientras el facultativo comprobaba una vez más sus constantes vitales. Nico ya no temblaba; sin embargo, continuaba igual de pálido.

Al instante siguiente, estaba sentada en el pasillo de un hospital, frente a Urgencias, descalza y con frío, sola y sin tener ni la menor idea de cómo se encontraba el amor de mi vida.

No podía creer que eso estuviese sucediéndole. Me dije a mí misma un millón de veces que era culpa mía, que no debí, en modo alguno, dejarlo solo.

Llorando a mares un vez más, después de tener que correr al baño a vomitar de nuevo, me acurruqué sobre la silla de la sala de espera, haciéndome un ovillo, mientras por el rabillo del ojo veía amanecer en ese idílico lugar.

Me abracé las piernas, cerré los ojos y por mi mente empezaron a desfilar los recuerdos de momentos que habíamos compartido juntos. Su sonrisa, sus enfurruñamientos, la concentración en sus gestos, en su mirada antes de salir a pista, el modo en que su voz sonaba cada vez que me decía que me amaba.

Lloré hasta que no me quedaron fuerzas, hasta que me venció el sueño.

—Señorita.

Oí la voz, pero no conseguí reaccionar.

—Señorita, despierte. Señorita... —Alguien tocó mi hombro con cuidado—. Señorita.

Abrí los ojos. Frente a mí había una doctora con bata blanca, pequeñas gafas de pasta y una gran sonrisa—. ¿Es usted la prometida de Nicolau Puig?

—Sí, soy yo —contesté incorporándome y refregándome la cara para intentar espabilarme.

—Él quiere verla. Está despierto.

El mundo se estremeció bajo mis pies. El miedo debía leerse en mi rostro, porque a continuación la sonrisa en el rostro de ella se ensanchó.

—No se preocupe. Está bien. Mucho sol combinado con que llevaba demasiadas horas sin comer, sumado a un exceso de actividad física.

«Horas sin comer, demasiada actividad física...», pensé, y me sentí fatal. Nunca debí dejarlo solo; debí despertarlo para que comiera porque, al igual que yo, no había ingerido nada desde el mediodía.

«Soy un asco, una pésima novia, una pésima persona», me recriminé mentalmente, rompiendo en llanto. Era incapaz de cuidar de él. ¿Cómo podía amarlo tanto y ser tan descuidada con su salud? Mónica jamás hubiese permitido que le sucediese eso; ella habría estado allí para él, ella le habría recordado que debía comer, que debía cuidarse; ella no se habría ido de fiesta por ahí aprovechando que él dormía, porque probablemente Nico no hubiese aceptado acompañarme a aquella fiesta si se lo hubiese propuesto.

—Tranquila. Se pondrá bien. Ahora está hidratado y en un momento le llevarán el desayuno. Ya le hemos retirado la vía y, si continúa estable, esta tarde le daremos el alta.

—Gracias. —Me limpié las lágrimas de las mejillas y otras nuevas las empaparon una vez más.

—Te conseguiré un par de protectores de zapato de cirugía —me dijo bajando sus ojos hasta mis pies.

—Perdí mis chancletas anoche en la carrera de regreso a la habitación.

—En un segundo te los traeré, para que puedas pasar.

—Gracias.

Menos de dos minutos después, avanzaba por el pasillo de camino a la habitación ciento dieciséis, con los pies enfundados en unos protectores azules.

Llamé a su puerta y entré sin esperar respuesta; estaba demasiado desesperada por verlo, por pedirle perdón, por asegurarme de que se encontraba bien.

Al abrirse la puerta, Nico giró la cabeza en mi dirección. Tenía mucho mejor color y su sonrisa terminó de romper mi corazón.

—¡Nico! —chillé arrancándome a llorar una vez más. En dos zancadas, llegué a su cama y me tiré sobre él, abrazándolo sin poder parar de pedirle perdón—. Lo siento, lo siento, lo lamento tanto... No debí dejarte. Lo siento, perdóname. Lo siento tanto. Debí quedarme allí contigo, debí despertarte para que comieses algo, para que te pusieses la insulina. Debí quedarme allí contigo, porque allí es donde debo estar, contigo. Lo siento, Nico. Soy una pésima persona. Perdón.

—Ey, ¿qué dices...? —Sus brazos me estrecharon.

—Perdóname, estás así por mi culpa. Lo siento.

—¿Tu culpa?

—Debí despertarte cuando desperté; debí ordenar comida para ti. Llevábamos horas sin ingerir nada. Debí quedarme contigo.

—No eres ni mi enfermera ni mi niñera.

—Pero te amo y la idea es que nos cuidemos el uno al otro.

—Por eso me asusté tanto cuando desperté y no te vi a mi lado. Cuando te llamé y no contestaste. Creí que algo malo te había sucedido.

—Debí quedarme contigo. Lo siento. Lo lamento, Mónica jamás hubiese permitido que te sucediese nada semejante; ella sabía cuidar de ti, seguro que con ella nunca te pasó algo así.

—No, la verdad es que no. —Me sonrió y limpió mis lágrimas con sus manos—. Con ella no perdía la noción del tiempo, con ella me importaba únicamente yo mismo, con ella todo giraba a mi alrededor, sobre mi salud. —Nico negó con la cabeza suavemente—. No quiero eso, no necesito eso. Lo de anoche fue una irresponsabilidad mía, no tuya. Sé que debo cuidarme, que tengo que ser constante, y ayer quise hacer ver que podía tener un día como el de cualquier otra persona, que simplemente podía despertar por la mañana con un hambre furibunda y nada más. — Me dedicó una media sonrisa—. Pero no, conmigo no es así. De todas formas, la doctora me ha explicado que casi todo se debió a la insolación; por eso desperté con náuseas y vomité por todas partes.

Toqué con dedos temblorosos su labio inferior, que estaba hinchado.

—Resbalé con mi propio vómito en el suelo del baño y me golpeé con la bañera.

—Debí estar allí contigo; podrías haberte golpeado peor, podrías haber quedado inconsciente o haberte hecho verdadero daño.

—Fue una noche que no debí permitirme, pero no por estar contigo, sino por mi descuido. No puedo descuidarme y lo sé.

—Es culpa mía.

—No vuelvas a decir eso.

—Lo es.

—Chis... ¿Tú estás bien?

—Todo lo bien que puedo estar viéndote aquí en esta cama.

—No ha sido nada.

—Sí lo ha sido.

—¿Dónde estabas anoche?

Me arranqué a llorar una vez más y me costó reunir valor para contarle lo que había hecho. Al final lo hice y él me escuchó sin perder la sonrisa. Debería odiarme, no sonreírme.

—Entonces, ¿te fuiste de juerga sin mí? —entonó sonriente, y yo, muerta de vergüenza, escondí el rostro en su pecho—. Deja de llorar, por favor, o comenzaré a llorar contigo. No pasa nada, *petitona*, todo eso fue una tontería. Querías ver las estrellas y luego te entró hambre...

—Y me quedé allí bebiendo y bailando. Me quedé aprovechando que tú dormías, porque sé que no te gusta...

—No me gusta bailar y no puedo beber, pero me encanta verte a ti bailando y disfruto cuando te diviertes y eres así muy tú. —Nico tomó mi rostro entre sus manos y me obligó a enfrentarlo—. Abre los ojos y deja de llorar.

—No puedo, siento demasiada vergüenza.

—*Petitona*...

—No puedo, Nico.

—Ha sido una tontería; por favor, no te sientas culpable... porque, si lo haces, entonces yo me sentiré culpable por tener esta puta enfermedad, por ser tan débil, por ser incapaz de ser todo lo fuerte y alegre que tú eres y empezaré a pensar como antes: que no estoy a tu altura, que tiro de ti hacia abajo, que impido que seas tú misma, que te diviertas y que tengas una vida normal; la vida que tendrías si no tuvieses que estar preocupándote por la débil salud de tu prometido.

Me quedé de piedra al oír todo aquello.

—Eso no... eso no es así. ¿Vida normal? Nosotros tenemos una vida normal.

—No, eso no es cierto, y por eso siempre estaré en deuda contigo.

—Nico...

—Siempre lo estaré, porque, más allá de lo de anoche, yo sé que siempre será tu peor miedo y eso no es muy agradable. No quiero ser la bomba de relojería con la que tú tengas que cargar.

—Nico...

—Lo de anoche no fue culpa tuya. Mi enfermedad y mis padecimientos no son por tu culpa ni tu responsabilidad, ¿entendido? Como mucho, tú me ayudas si quieres y, por lo demás, debemos ser como cualquier pareja. No está mal que quieras tener tus cinco minutos de vida de soltera. Yo me paso horas montado en mi Fórmula Uno

y tú las soportas sin quejarte, eso sin contar con los entrenamientos, las entrevistas y todos mis otros compromisos.

—Yo jamás te pediría que dejases nada de eso, porque sé que te hace feliz; quiero que sigas haciendo todas esas cosas.

—Y yo quiero que tu bailes y que, si te apetece beber, lo hagas. Bueno, no es que quiera que vayas por la vida borracha —soltó en broma, y yo reí y lloré—. Olvídalo, ¿de acuerdo? Ha sido solamente un recordatorio para mí de que debo cuidarme aunque nadie me recuerde que tengo que hacerlo.

—No volveré a dejarte solo.

—Si quieres hacerlo porque me amas demasiado y no puedes pasar un segundo sin mí, lo aceptaré, pero no porque creas que debes estar allí para cuidar de mí. —Nico tocó mis labios con los suyos. Sentí su labio inferior hinchado y caliente—. Todo irá bien.

Acaricié su rostro.

—Todo irá bien —repetí—. Te amo.

—Y yo a ti, *petitona*.

El resto de los días que permanecimos allí en la isla, los vivimos con más sosiego, para permitirle a Nico reponerse de la insolación y la descompensación. Él quiso hacer más excursiones, pero yo puse mil y una excusas para, simplemente, quedarme con él a la sombra, mirando el océano e impartiéndonos caricias.

Regresamos a una realidad a medias en Mónaco, en la que nos tomamos los días con más calma, si bien se respiraba Fórmula Uno otra vez porque Nico volvió a su entrenamiento físico, a afinar sus reflejos otra vez, porque tuvo consultas médicas y porque se reunió con su padre y Dave para ajustar nuevos contratos con sus patrocinadores y con el equipo para el año siguiente.

Casi un mes más tarde, preparábamos nuestras cosas para partir hacia el Gran Premio de Bélgica.

25. La otra mitad

—Dile a tu otra mitad que muchas felicidades por ganar la carrera. Todos dicen que se lució —entonó Tobías con sarcasmo.

Gracias a Internet, me llegó el vídeo con su mala cara. Mi sobrina continuaba sonriendo y sé bien que mi hermano no me hubiese dedicado esa mueca y esas palabras si Thomas hubiese continuado sentado frente a la cámara del ordenador; éste se había levantado cuando llamaron a la puerta, llegaba su cena. Habían pedido comida fuera, hindú, la preferida de mi hermano. Por ser lunes, el restaurante de Tobías estaba cerrado y mi hermano se había tomado el día sabático de sus habilidades culinarias.

Como él no trabajaba ese día, y al encontrarnos nosotros en Bélgica desde esa misma mañana, habíamos quedado en vernos a través de FaceTime; una especie de reunión familiar en la distancia, ya que era complicado organizar una de carne y hueso.

Tobías estaba un tanto enfadado porque, en el casi mes de vacaciones que habíamos tenido de la categoría, no había pasado siquiera unos días por Inglaterra. El caso es que, después de lo que le sucedió a Nico durante nuestras paradisíacas vacaciones, regresamos directamente a Montecarlo, y allí nos quedamos hasta entonces; cuando un fin de semana le propuse a Nico viajar para poder ver a mi hermano y su familia, me contestó que estaba demasiado cansado de los aviones y que quería dormir al menos una semana seguida en su cama.

Fueron demasiadas semanas seguidas.

Sopesé largarme sola unos días, pero Nico estaba muy demandante de mi presencia y, finalmente, desistí de la idea; todavía me pesaba la culpa de haberlo dejado solo aquella noche en la isla.

De cualquier modo, podía comprender que me quisiese a su lado, lo que no comprendía muy bien era ese súbito ataque de ocuparse de cualquier otra cosa cuando intentaba organizar una reunión vía FaceTime con mi hermano o con mis padres; esa vez, su excusa para no estar presente, pese a que habíamos acordado que lo estaría, había sido salir a correr; dijo que lo necesitaba, que su cuerpo se lo pedía.

Tobías estaba molesto por su ausencia y, a decir verdad, también yo.

—Parece que el sexto campeonato no se le escapará.

—Sí, está haciendo una temporada increíble —le contesté con poco entusiasmo.

Nos quedamos en silencio.

Se oyó a lo lejos la voz de Thomas llamar a Lila para que lo ayudase a poner la mesa.

Nos quedamos solos, uno a cada lado de la conexión.

—¿Te llegó el correo con las fotografías del local?

Claro que me había llegado, y lo había visto esa mañana mientras Nico preparaba el desayuno. El espacio que mi hermano quería comprar para que instalásemos la pastelería era increíble, incluso había enviado planos e ilustraciones confeccionadas por un arquitecto para mostrarme diversas opciones en las que podíamos distribuir el espacio y componer la decoración. En cuanto vi el lugar y las ideas que Tobías y Tom tenían para aquel local, mi corazón se puso a palpar con fuerza de la emoción, porque la propuesta me encantaba, era lo que había soñado, y de nervios, porque no sabía cómo decirle a Nico que quizá el año siguiente no iba a seguirlo por el mundo como ese año, durante todo el campeonato; no tenía ni idea de cómo llevaríamos adelante nuestra relación si yo me instalaba en Londres y él no paraba de viajar de una punta a otra del planeta. Es más, ni siquiera estaba segura de querer poner la pastelería, si bien la idea hacía que me chisporrotease la piel.

—Sí, lo he visto esta mañana.

—¿Y? —preguntó alzando sus cejas castañas. Le conocía el gesto, sabía que estaba a punto de perder la paciencia conmigo. Eso incrementó mi enfado; sentía que no necesitaba pasar por esa situación, no quería pasar por esa situación; el caso es que no tenía ni idea de lo que quería, y me daba la sensación de que, mi hermano y Nico, tiraban cada uno para su lado. Tomar conciencia de eso, en este mismísimo segundo, hizo que se me formase un nudo en la garganta.

«¡Mierda!», exclamé dentro de mi cabeza.

—Bueno... no he podido verlas bien.

—¿Qué?, ¿no te han llegado correctamente? Puedo volver a enviártelas.

—No, es que no he tenido tiempo —mentí—. Para mirarlas con detenimiento, digo, para comprender cómo es el espacio y eso.

—Pues a mí me parece que, con los diseños que hizo el arquitecto, esos que te he mandado, queda más que claro cómo es el espacio por dentro. Además, si no te queda claro, puedes venir un fin de semana y verlo por ti misma.

—No sé cuándo podré hacer eso, tengo trabajo. Si bien la próxima carrera es cerca, en Italia, después debemos viajar a Singapur y, de allí, a Malasia... y con la presión de que son las últimas carreras del campeonato...

Tobías me cortó en seco.

—Justo van por la mitad, todavía falta la otra mitad; no son las últimas carreras y, aunque así fuese, Nico ya tiene el campeonato prácticamente en el bolsillo. Deberías

poder escaparte unos días... ¿Se trata de eso? Lo he dicho sin querer, sin doble intención, pero eso parece... Supongo que no tienes que escaparte, pues en realidad eres libre de apartarte cinco minutos de su lado cuando se te antoje, ¿o no?

—¡Claro que sí! Tobías, no lo entiendes.

—No, la verdad es que no.

—Costaría organizar una cita con la inmobiliaria y avisar aquí, al equipo, para cogermelos unos días y... quizá el local se venda antes, y si voy y ya no está disponible...

—Se me escapó un suspiro.

—No costaría mucho. En realidad, no necesitamos pedir una cita con la inmobiliaria ni organizar nada.

—¿Cómo?

—El viernes compré el local. Ahora soy el propietario. Cuando vengas haremos el papeleo para que esté a nombre de los dos. La única cita que deberíamos concertar es con el arquitecto, pero, como es amigo nuestro, podemos invitarlo cualquier noche a cenar al restaurante y allí discutir las ideas que tú tengas para el diseño.

—Alto. ¿Qué has dicho?

—No precisas entrar en pánico. Lo tengo todo bajo control; conseguí un trato excelente con el banco y sé que podremos devolver el dinero pronto si nos ponemos cuanto antes con las remodelaciones. Me gustaría abrir la pastelería en octubre, a más tardar a finales de ese mes. Espero que sea lo más pronto posible; lo ideal sería tenerlo funcionando para el otoño, para así aprovechar el área de la cafetería.

—Tobías... —jadeé.

—Alguien tenía que tomar la decisión. Alguien tenía que hacer algo drástico, y tú lo único que haces es correr de aquí para allá tras él. ¿Qué excusa tiene hoy para no dar la cara? Mamá me dijo que la última vez que habló contigo él tampoco estaba presente. ¿Le molesta que tengas una familia?

—No es eso, Tobías; es que él no está acostumbrado a tener una, casi toda su vida han estado solos él y su padre, nadie más.

—Pues se supone que contigo formará una. ¿Qué hará, apartarte definitivamente de todos nosotros?

—Eso no... —quise replicar; Tobías no me permitió continuar.

—Es exactamente eso lo que hace. ¿Dónde está?

—Ha salido a correr —contesté después de dudar en si decir la verdad o inventarme una excusa para la cual valiese su ausencia en ese momento. Me mordí el labio inferior.

Oí la puerta. Nico regresaba de su carrera.

—He bajado mi tiempo —lo oí gritar. Estaba encantado, alegre—. No puedo creerlo. —Su voz sonó más cerca, debía de venir de camino a la sala de estar.

En la pantalla, mi hermano volvió a alzar las cejas.

—Bueno, ha bajado su tiempo, debe de estar muy feliz, ¿no?

—Tobías...

—Felicítalo por eso también.

—Por favor —le pedí a mi hermano al percibir los pasos de Nico al entrar en el salón.

—¡Aquí estás! No podrás creer el tiempo que he marcado —soltó con entusiasmo.

Al darme la vuelta, lo vi llegar rojo y empapado en sudor, pero con una sonrisa de oreja a oreja. Todavía sujetaba la botella de la bebida que se llevaba cuando salía a correr, tanto para hidratarse como para mantener sus niveles de azúcar, minerales y demás estables.

Nico se percató de que estaba realizando una videoconferencia con Tobías y se detuvo sobre sus pasos.

—Ah, no me había dado cuenta... —murmuró.

—Hola, Nico —lo saludó mi hermano desde la pantalla del ordenador.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. —El campeón dibujó en sus labios un amago de sonrisa. Se aclaró la garganta—. Aquí, necesitando una ducha. —Río sin demasiada emoción—. ¿Todo en orden? —preguntó, y no supe si se dirigía a mí o a Tobías.

—Sí, por aquí todo bien —respondió éste.

—Ah, bien, me alegro. Bueno, os dejo que sigáis hablando, me voy a la ducha.

Nico no me dio tiempo ni siquiera a pensar en detenerlo allí. Se escapó del salón a toda prisa.

Oí la voz lejana de Thomas llamando a mi hermano para cenar.

—Bien, ahora tengo que irme. Espero que puedas dedicar cinco minutos a echarle un vistazo a las fotografías y los planos del arquitecto. Si no tienes tiempo para viajar, por lo menos podrías darme tu opinión a través de un correo electrónico para que consigamos organizarnos y, así, empezar las obras. Mañana pensaba ir a un par de sitios en busca de muebles antiguos y a otros que se ocupan de equipar a la industria de la restauración. Te pasaré fotos de eso también. Podemos hacer mucho vía FaceTime, pero de verdad me gustaría que te instalases aquí.

—Tobías... —jadeé—. Tengo trabajo aquí. No puedo...

—Allí no tienes futuro —me cortó en tono seco—. Y eso lo sabes bien.

—Por favor, Tobías.

—Ese tipo no me gusta. Es egocéntrico, egoísta y también un poco maleducado. Y hasta diría que un tanto desagradecido.

—Suficiente, Tobías; hace rato que me percaté de que Nico no te cae bien.

—Es un idiota.

—¡Tobías!

—No te merece.

—Sí, me parece que ya te oí decirme eso.

—Y no haces nada al respecto.

Inspiré hondo.

—Después de cenar dedicaré un rato a ver las fotografías y a tomar algunas notas, lo prometo. ¿Podrías pasarme los números? Si seremos socios en esto...

—Eso era lo que quería escuchar, que al menos lo considerarás. Los números no importan ahora, Nat. Tan sólo piénsalo, dime qué opinas. Te quiero entusiasmada con este proyecto; te quiero ver feliz y haciendo lo que te gusta. Quiero que dejes de correr detrás de él.

—No corro detrás de él, corro con la categoría, eso es todo.

—Y hazme un gran favor.

—¿Cuál?

—Mamá me contó que, cuando hablasteis ayer, volviste a mencionar lo sucedido en la isla. No fue culpa tuya, ¿ok? No eres su niñera. Mamá está preocupada por ti y yo también. No quiero que ese sujeto, además, te manipule en base a la culpa o a su enfermedad.

—Él no hace eso.

—Pues algo hace... no sé si eso o qué, pero ésta no eres tú.

La voz de Tom volvió a oírse.

Tobías meneó la cabeza.

—Hablamos mañana, si te parece bien.

—Sí, claro —respondí con un nudo en la garganta.

—Cuídate.

—Y tú.

La pantalla se puso en negro. Me aparté del ordenador y fui a buscarlo. La habitación estaba vacía, en el baño corría el agua de la ducha.

—Nico —lo llamé desde la puerta.

Éste se escurrió el agua de los ojos y me miró sonriendo con los ojos y con la boca.

—¿Vienes a hacerme compañía?

Le sonreí, no pude evitarlo; a pesar de todo, él continuaba provocándome sonrisas.

—¿Qué me dices, *petitona* sexi? ¿Te apetece darte una ducha caliente con el campeón? Quiero celebrar contigo que he bajado mi récord de tiempo. Estoy cada día más veloz, pero aquí, contigo, pienso tomarme todo el tiempo del mundo, sin prisas. —Nico apartó un poco la puerta de cristal de la cabina y me tendió una mano—. ¿No tienes ni un poco de ganas de nosotros?

—Siempre tengo ganas de nosotros, Nico. —Acepté su mano y él, de un tirón y así, en camiseta y *shorts* vaqueros cortados, me metió en la ducha para comenzar a besarme, para desvestirme y para hacerme el amor allí mismo.

Cenamos en la cama una pasta con vegetales que preparamos entre los dos y no pudimos contenernos y volvimos a hacer el amor, esta vez en nuestro lecho.

Mirando el techo, con los reflejos de la terraza y Mónaco allí, esperé a que su respiración se tornase más lenta y pesada, evidencia de que dormía profundamente, para escapar de la cama dirección al ordenador. Estuve hasta bien entrada la madrugada tomando notas, haciendo dibujos, creando menús, buscando recetas y proveedores de los productos que necesitaríamos; también me perdí viendo fotografías de casas de antigüedades en las que busqué objetos para la decoración. Divagué entre proveedores de utensilios para la restauración, mirando vajillas, mobiliarios, neveras con expositores y un millar de cosas más.

Me entretuve tanto que, justo cuando me tendí otra vez sobre la cama, me percaté de que el alba estaba a pocos minutos de distancia.

El despertador de Nico nos levantó a ambos.

Como tenía unas ojeras que me las pisaba, ya que apenas había dormido un par de horas, Nico me preguntó si me sucedía algo y yo no tuve el coraje de decirle que me había desvelado buscando cosas para el negocio, porque no tenía ni idea de cómo encarar la conversación sobre aquel asunto con él.

Aproveché que Nico tenía un almuerzo laboral, un compromiso de trabajo, para volver a hablar con Tobías sobre la pastelería y, después de eso, dormí una buena siesta, pero antes me puse una alarma; no quería que Nico regresara y me encontrara durmiendo. De hecho, cuando me desperté, recibí un mensaje suyo en el que me avisaba de que se retrasaría, por lo que me metí en el gimnasio un par de horas para descargar la tensión.

Esa noche tuvimos una cena.

Al día siguiente, él fue, en compañía de su preparador físico, al hospital para una revisión completa.

Los días hasta la carrera de Italia pasaron entre compromisos y entrenamientos, entre correos a escondidas con mi hermano.

Nico, a pesar de que casi todo el público coreaba los nombres de los pilotos del equipo rojo, ganó una carrera de verdadero lujo en Italia. Su victoria fue tan

espectacular que todos los que estaban allí para apoyar al equipo rojo se pusieron en pie para aplaudir su trabajo cuando la bandera a cuadros cayó frente a él.

Con tanta diferencia de puntos y ganando tantas carreras de un modo tan rotundo, el rostro y el nombre de Nico comenzaron a aparecer por todas partes, no solamente en la prensa especializada en el automovilismo. Todo el mundo hablaba de él, de sus campeonatos, de lo que podía llegar a lograr dada su juventud, de su fortuna, de su fama, de su genio, incluso de sus mujeres: de Mónica, de mí.

Andando por la calle, me topé con mi cara en la portada de varias revistas, así como en programas de esos que siguen la vida y milagro de los famosos.

También comenzó a correr el rumor de que harían una película sobre la vida de Nico; ya se barajaban varios nombres de actores muy conocidos que podrían interpretarlo a él en la gran pantalla. También oí que algunos especulaban con que Nico escribiese su biografía; otros decían que, después de ese año, dejaría la categoría; otros, que se compraría su propio equipo.

En resumen, para bien o para mal, Nico estaba en boca de todos.

Agradecí largarnos rumbo a Singapur para la siguiente carrera; al menos allí no entendería lo que decían los periódicos y la televisión.

Llegamos juntos a aquel país unos cuantos días antes que el equipo, para que él consiguiese aclimatarse mejor al cambio horario.

Aprovechamos esos días para pasear un poco y conocer el lugar.

Nico estaba de muy buen ánimo, de excelente humor y ciento por ciento concentrado en el campeonato. Como nunca había sucedido, se pasó casi todo el tiempo hablando del coche, de las charlas que había mantenido con Toto y los ingenieros, de lo que opinaban todos sobre cómo sería la carrera.

Y lo que fue la carrera...

En aquel circuito teñido de noche con esos reflectores imponentes e impertinentes, que arrancaban la oscuridad de todo rincón, Nico realizó unas magníficas pruebas libres, mientras daba la impresión de que el resto de pilotos luchaban por mantener sus monoplazas sobre la pista.

Hubo choques y riñas al por mayor, incluso una que llegó a las manos cuando, en mitad de la tercera y última sesión de pruebas libres del viernes, dos pilotos chocaron en una curva; terminaron ambos contra el muro y, cuando bajaron de sus vehículos, todavía con los cascos puestos y mientras los auxiliares de pista intentaban apartar los coches del medio, con la prueba detenida, empezaron a darse de trompadas sobre los cascos, y también hubo un par de patadas. Llegaron los oficiales de pista para separarlos y, a continuación, se produjo una escaramuza en el *pit wall* entre los integrantes de ambos equipos.

En mi vida había visto algo semejante. Todos los objetivos se cerraron alrededor de los ingenieros y directores de equipo, así como de un par de mecánicos menos diplomáticos que tenían ganas de decirse, con los puños, los unos a los otros, cuánto

les disgustaba lo que creían que había sido un movimiento de volante incorrecto de su piloto que había dejado fuera al otro, y lo mucho que les costaría reponer los automóviles para tener a punto un buen coche para la clasificación del día siguiente.

El descontrol fue tal que se demoraron media hora en reiniciar la última parte de las pruebas libres.

Todo eso a Nico no le afectó en lo más mínimo. Su bólido estaba a punto para la clasificación de la mañana siguiente, eso lo había dejado muy claro en las marcas obtenidas.

Ése no era el caso de Haruki, quien iba y venía ansioso por el *box*, acompañado de ingenieros y mecánicos, y por momentos de Harper. Lo noté preocupado y me preocupé todavía más, porque Haruki raramente expresaba lo que llevaba dentro; su rostro solía ser un lago en calma incluso en los peores momentos. Últimamente no acertaban con la puesta a punto de su automóvil.

Otro que no estaba muy feliz por el retraso era Thiago. Apenas había dado un par de vueltas y no sé qué pieza se rompió en su vehículo; parecía que habían reparado el problema, pero cómo saberlo hasta que no saliese a pista una vez más. Imaginé que Thiago necesitaba desesperadamente las vueltas que faltaban para asegurarse de tener un buen automóvil para el día siguiente.

Las vueltas que quedaban por dar al circuito no hicieron demasiada diferencia para el resto de los equipos en lo referente a la clasificación para el día siguiente, que dominó Nico de manera implacable, al igual que la carrera del domingo.

Nico celebró su podio con fuegos artificiales por todo lo alto, quedando en sus manos la llave del campeonato, que ya nadie podría arrebatarse; la diferencia de puntos era prácticamente insuperable. De cualquier modo, Nico me dijo que tenía muy claro que, más allá de que el campeonato estuviese casi en su poder, el sexto, deseaba ganar todas las carreras que quedaban de ahí al final de la temporada y, si él así lo quería, imaginé que daría hasta la última gota de su sudor y sangre por conseguirlo.

26. Fuera de mi camino

Si creía que ya nada podría sorprenderme, frente a mí apareció Malasia; especialmente, Kuala Lumpur, con su sofisticado urbanismo y sus alrededores rurales, que todavía mantenían la inocencia de las granjas. El país, con sus playas, sus templos, el mercado de pulgas, sus comidas exóticas y su gente amable y deseosa de que te enamorasas de su país y de su cultura, era increíble. No debían esforzarse demasiado para que eso sucediese.

Incluso, en un parpadeo, amé el circuito de Sepang.

Como en Singapur, los pilotos realizaron pruebas libres a partir del viernes. Nico lideró las dos sesiones de aquel día y las del sábado temprano. En ese momento, con Suri, nos acomodamos frente al monitor a verlas mientras le dábamos unos últimos toques a lo que serviríamos más tarde y al día siguiente.

Estaba más ansiosa de lo normal, pero no por Nico; el campeón estaba confiado de que conseguiría quedarse con la *pole position* y dudaba de que nadie creyese que sería de otra manera. Media hora atrás, durante la escapada que había hecho al *box*, Nico me había comentado que confiaba en su coche y en sus mecánicos e ingenieros, que el vehículo había funcionado de maravilla, que éste se deslizaba por la pista con suavidad y que la pista estaba estupenda.

Cuando volvía hacia la cocina de regreso, me tope con Haruki y Harper, los dos conversado en voz muy baja en el pasillo que daba a la parte posterior de los *boxes*. Harper tenía una de sus manos sobre el hombro de Haruki, mientras éste, con la cabeza gacha, negaba.

Vi a Haruki, roto, pasarse una mano por el rostro y la frente para, a continuación, internar sus dedos en su cabello negro azabache.

En los últimos días, la cara del japonés insistía en ponerse más y más sombría.

Harper fue la primera en notar mi llegada. Al alzar la vista hacia mí, me demostró que no esperaba verme y que quizá no era buen momento para que apareciese por allí, más precisamente frente a Haruki.

Tuve la consistente impresión de que interrumpía un instante que no me pertenecía.

—¿Todo va bien? —pregunté. No me importaba si mi presencia era inoportuna, ver a Haruki así me preocupaba. En ese mundo del motor, dudaba de que existiese

alguien tan zen como el piloto nipón de Bravío y, en este instante, Haruki era dominado por sentimientos o preocupaciones que le daban cierto temblor e inquietud a sus manos y un toque esquivo a su mirada.

—Claro que sí —contestó Harper, dedicándome una sonrisa que contenía cero por ciento de convicción.

—Haruki, ¿estás bien?

—Ahh... sí, sí, claro. —Esa vez sus dos manos arrasaron con su cabello.

—¿Seguro? ¿Te sientes bien? ¿Quieres que te prepare té? —Noté que su frente estaba sudada—. ¿O quizá prefieres algo fresco? Puedo conseguirte una gaseosa; aquí hace mucho calor y vosotros, con esos trajes, sudáis a mares. —Haruki llevaba el mono ignífugo con la parte superior anudada a la cintura por las mangas; aun así, llevaba puesta la camiseta ignífuga, lo que era abrigo de sobra para la temperatura que hacía.

—No, no hace falta, no te preocupes. Solamente estoy preocupado por la puesta a punto del vehículo, pero todo está bien.

Últimamente Haruki y su coche no estaban de buenas. El día anterior se había ido de pista dos veces; de una salida consiguió recuperarse, pero de la siguiente no, y por eso se perdió el resto de las pruebas libres, lo que dejó muchas caras largas en el *box* del equipo. Su día no iba mucho mejor; más temprano había hecho un tiempo excelente, uno que bajó con una notable diferencia el ritmo que por ese entonces llevaba Nico, pero luego Haruki cometió un error y se salió de pista una vez más, para ya no poder regresar durante el resto de la prueba. Tenía entendido que el monoplaza no se había dañado demasiado, pero, por lo visto, el suceso sí había minado la moral del japonés. Nico, al final, había logrado bajar el ritmo de vuelta de su compañero de equipo.

—Ánimo —le dijo sujetándolo del hombro que le quedaba libre—. Verás como todo saldrá bien. Si ayer conseguiste ese tiempo excelente, seguro hoy podrás igualarlo. Confía en el equipo, todo saldrá bien.

En vez de contestarme, Haruki se había quedado mirándome en silencio, al igual que Harper.

No necesité la confirmación de que no eran ideas mías cuando deduje que algo malo sucedía allí.

Al final desistí en mis intentos, por no sentirme fuera de lugar entre ellos dos, y me largué; de cualquier modo, era completamente cierto que tenía trabajo que hacer.

La historia no murió allí. Como en cualquier otro lugar de trabajo, donde corren rumores, la gente habla, a veces sin saber, en otras ocasiones esparciendo por ahí novedades que se supone que nadie debe saber... eso mismo fue lo que sucedió. Justo a la salida del *box* estaban dos chicos, un joven piloto de pruebas norteamericano de uno de los equipos de final del pelotón y un piloto australiano que solía mostrar siempre una enorme sonrisa por todas partes, esparciendo su buen humor.

—Haruki quizá se quedará sin equipo la próxima temporada; todavía no le han renovado el contrato en Bravío —le comentaba el norteamericano al australiano.

Fingiendo que miraba algo en mi móvil, me detuve a mitad de camino a la sombra del atardecer, justo a unos metros de ellos.

—Esperaban más de él esta temporada. Imagino que, si lo comparan con el campeón, no le será fácil alcanzar ese tipo de logros; eso sin contar con que tiene al campeón como compañero de equipo. —El norteamericano se detuvo y resopló—. Bueno, en realidad eso no es un compañero de equipo, es como tener al enemigo en casa.

—Qué más quisiera yo que tener ese enemigo en casa; correr para Bravío le brindaría a cualquiera oportunidades únicas. Ellos son los que lideran el campeonato desde hace siglos, son quienes desarrollan la mejor tecnología, los que tienen los mejores ingenieros y mecánicos, y, en parte, son eso porque tienen a Siroco.

—Sí, pero con Siroco en el equipo jamás podrías ganar; eso es lo que le pasa a Haruki. Siroco lo quiere lo más abajo posible. Debe de estar boicoteándolo y no sólo en lo referente a la puesta a punto y eso, también en lo moral. ¿Le has visto la cara al japonés? Ellos dos ni se hablan ya. Bueno, el campeón no habla con nadie que no sea de su entorno más cercano. Harper no lo admitió en voz alta, pero también tiene problemas con él.

El australiano asintió con una mueca que a mí me provocó que se me agudizase la punzada en el estómago. Nico había renovado su contrato con el equipo antes del fin de la primera mitad de la temporada; normalmente, ésa era la época en que todos los pilotos y equipos planificaban sus integrantes para el próximo año.

Nico había firmado por dos temporadas más con Bravío, con una suma que superaba lo exorbitante. Incluso tenía entendido que Harper también estaba confirmada como integrante de Bravío para el próximo año.

—Si Haruki no consigue buenos resultados en esta carrera, creo que las cosas se pondrán muy feas para él.

Preferí no seguir escuchando. Me largué de allí tan rápido como mis piernas me lo permitieron.

Como era de esperar, Suri se dio cuenta de que algo me sucedía; imaginé que creyó que había discutido con Nico.

La prueba de clasificación dio comienzo.

Suri empezó a morderse las uñas.

Thiago fue el primero en marcar un buen tiempo.

A continuación marcó el récord el joven piloto italiano del cual ya decían por ahí que se convertiría en el próximo Nico; por supuesto al campeón no le gustó ni un poco leer eso en el periódico en mitad de nuestro desayuno, durante uno de los días que pasamos de vacaciones en Montecarlo. Nico en seguida me dijo que, a la edad de ese chico, él ya acumulaba varios podios, con un par de primeros puestos.

Nico salió a pista cuando el tráfico en ésta se calmó y marcó su tiempo.

Haruki, tras él, se quedó con el segundo mejor tiempo.

Nico se quedó con la Q1, con la Q2 y entonces...

A nada del final, cuando todos creíamos que la *pole* era de Nico, los tiempos de Haruki en el monitor comenzaron a ser mejores que los de Nico; ambos iban por su última vuelta después de la caída de la bandera a cuadros.

A mitad de vuelta, Haruki era notoriamente mucho más veloz que Nico y a menos que cometiese un error...

Parecía como si todo el circuito estuviese conteniendo el aliento. Los únicos que quedaban en pista eran Nico y Haruki. Todos en los *boxes* y en las tribunas seguían sin parpadear lo que quedaba de la vuelta.

«Ahí está la presión», me dije. Haruki estaba empujando con todo lo que tenía y lo que no para quedarse con la *pole position*, para demostrarle al equipo que podía estar a la altura del campeón.

Nerviosa, me retorcí los dedos de una mano con los de la otra, mientras pensaba en las consecuencias de eso, porque, conociendo a Nico, sabía que las habría.

No podía no estar contenta por Haruki, pero sabía que eso a Nico no le sentaría bien. Que no se quedase con la *pole* no implicaba que al día siguiente no pudiese alzarse con el primer puesto en la carrera, pero, sin duda, no estaría nada feliz de saber que su compañero de equipo había podido sacar de su coche mucho más que él del suyo, eso sin mencionar que tampoco le haría muy feliz saber que quizá Haruki tuviese un mejor vehículo del que habían podido brindarle sus propios mecánicos e ingenieros.

Giré la cabeza y espí a Suri. Estaba pálido, serio. Olfateaba problemas, igual que yo. Sus ojos se cruzaron con los míos. No comentó nada, ni falta que hizo, pues su mirada lo decía todo.

Volví la vista hacia el frente. Haruki había perdido una ínfima porción de tiempo, no lo suficiente para perder la vuelta con Nico, quien, pese a continuar a buen ritmo, no lograba ponerse a la altura de su compañero de equipo.

Mi pulso se fue al demonio cuando la cámara encuadró el inicio de la recta y el contador de tiempo de la vuelta de Haruki, en comparación con la vuelta de Nico, era mejor; de seguir así, ocuparía el primer lugar en la parrilla de salida.

Quería mirar y no mirar; quería que Haruki hiciese la *pole* y al mismo tiempo esperaba que la primera posición quedase en manos de Nico.

Mis esperanzas, mis ilusiones, nada de eso importó.

El comentarista gritó como desaforado, lleno de energía y felicidad, cuando Haruki pasó por la línea de la meta ciento treinta y siete milésimas por debajo del tiempo de Nico.

Las tribunas se pusieron en pie. Las cámaras, a continuación, mostraron a los mecánicos del japonés saltar de sus sillas para celebrarlo.

Ya nadie parecía recordar que el campeón debía de estar terminando su vuelta.

¿Dónde estaba la transmisión de la cámara a bordo del coche de Nico?, ¿dónde su tiempo? ¿Qué sucedía?, ¿por qué nadie lo mencionaba?

Contuve el aliento.

Se me puso la piel de gallina.

La cámara a bordo que mostraron fue la de Haruki y el audio, el de su ingeniero de pista diciéndole que la *pole position* para la salida de mañana era suya.

—Mierda —jadeé sin querer.

La cámara de la transmisión entonces enfocó a Nico.

—Segundo puesto —anunció la voz de Toto, quien debía de estar avisándolo de que Haruki se había quedado con el primer lugar.

—¿Qué?! —estalló la voz de Nico en el audio, para que el mundo entero la oyese.

—Haruki ha hecho la *pole*, Siroco. Mañana saldremos desde la segunda posición.

—¿Qué mierda dices?! Tienes que estar bromeando.

Nico debía de haber olvidado que su audio podía ser captado por el mundo entero.

—Segundo puesto —se limitó a repetir Toto, y entonces la conversación murió.

Tuve que decirle a mis pulmones que volviesen a tomar aire, porque estaba ahogándome.

—¿Eso realmente acaba de suceder? —me preguntó Suri.

—Eso parece —balbucí.

—Bueno, no importa; incluso con un segundo puesto en carrera... —Suri se detuvo—. El campeón es un luchador empedernido, una *pole* más o menos no cambiará... tiene mucha diferencia en el campeonato.

—Sí, claro —comenté. Eso no impediría que Nico estuviese de un humor de perros. Lo conocía de sobra como para saber que eso no sería para él un detalle menor; solamente me restaba intentar suavizar sus efectos.

Haruki transitó por la calle de *boxes* y se detuvo justo frente a la zona de pesaje para salir de su coche y celebrar su merecido primer puesto. Uno de sus ingenieros se le acercó para felicitarlo y, cuando se quitó el casco, más que felicidad vi alivio en su rostro, al menos una pizca.

Los periodistas se pusieron a gritar su nombre y Haruki se animó con una sonrisa y saludó con la mano al público, que estaba feliz de verlo en el primer lugar.

Cuando el monoplaza de Nico comenzó a aproximarse por la calle de *boxes*, Haruki, acompañado de su ingeniero y de alguien de la FIA, se metió en el edificio para cumplir con los procedimientos establecidos.

Volví a contener el aliento al ver a Nico aminorar la marcha hasta detenerse.

«Y una mierda», musité dentro de mi cabeza al ver salir a Nico de su coche tironeando con fiereza del cinturón de seguridad, de los protectores y del HANS.

Toto se le acercó.

Nico se quitó el casco. Parecía querer comérselo crudo.

El campeón se arrancó los auriculares de las orejas. Su rostro estaba empapado en sudor y rojo; quizá no por el calor, sino más bien por el cabreo y la decepción, que eran evidentes en cada uno de los músculos de su cara.

De oído a oído, cruzaron un par de palabras. Toto hizo amago de sujetarlo por el hombro un par de veces, como si quisiese calmarlo, pero Nico se lo sacó de encima. Llegó un punto en el que el campeón retrocedió un par de pasos y, gesticulando, lo increpó. Las cámaras no llegaron a captar lo que Siroco dijo, pero imaginé que, quienes los rodeaban, sí lo oyeron. Toto se acercó a él y, con un gesto poco elegante, lo agarró por la tela del mono ignífugo justo por encima del hombro. Pegó su rostro al de Nico y le dijo algo. La mala cara de Nico no cambió, pero, al menos, dejó de intentar zafarse del agarre. Toto añadió algo más y quiso llevárselo hacia dentro, rodeándole los hombros con un brazo; Nico se escapó de él, perdiéndose en la oscuridad del interior del edificio.

La transmisión pasó de aquella imagen a la de Paul en el *pit wall*, girado sobre su asiento, observando con cara de preocupación lo que sucedía en la zona de pesaje.

Tuvimos que esperar un rato para tener frente a nosotros la rueda de prensa con los tres primeros clasificados. Haruki, en el centro, con el número uno, y a sus lados, Nico en el segundo lugar y Thiago en el tercero. El brasileño lucía satisfecho; Nico, furioso. Mientras terminaban de acomodarse en sus sillas, Thiago lanzó en dirección a Nico un par de miradas de preocupación.

La primera pregunta, como siempre, fue a Haruki, por tener el primer puesto. Le pidieron que explicase su vuelta y cómo había hecho para lograr superar el tiempo de Siroco.

Cuando el periodista mencionó su apodo, el entrecejo de Nico se tensó, al igual que su frente, y sus labios se convirtieron en una línea dura.

Haruki habló con un poco de ansiedad y no fue capaz de dar demasiadas explicaciones. Fueron poco más que monosílabos y miradas de reojo en dirección a Nico, quien parecía decidido a ignorarlo por completo, como si se negase a aceptar la situación.

Cuando se dirigieron a él, Nico simplemente dijo que no esperaba que sucediese lo que sucedió y que haría lo necesario para ganar la carrera al día siguiente. El periodista insistió, intentando sacarle, quizá, una confesión de decepción, o tal vez de

derrota. Yo sabía que había mucha gente que debía de estar saltando de felicidad porque el campeón no estuviese, al menos por una vez, en primera posición. Nico no dio su brazo a torcer, dijo que no tenía nada que añadir y que se reuniría con sus ingenieros y mecánicos para poner el automóvil a punto para la carrera.

Quien dirigía la rueda de prensa al final se cansó de insistir y se dirigió a Thiago, que intentó, como siempre, con su carisma y su buen humor, remontar la situación. Realizó un gran esfuerzo para ello, pero, cuando las preguntas volvieron a Haruki, el ambiente se tensó de nuevo, porque el japonés no tenía ganas de hablar, y aún menos Nico, quien directamente se cruzó de brazos y repitió que no tenía nada más que añadir.

La rueda de prensa fue incómoda hasta para los que la seguíamos por televisión y terminó mucho antes de lo esperado.

La transmisión volvió a los comentaristas en el estudio y una cámara se ocupó de mostrar a Haruki en el recinto destinado a las entrevistas, hablando de su *pole*.

Nico se presentó allí, seguido de una de las personas de publicidad de Bravío; prácticamente no dijo nada, simplemente le enseñó a los objetivos su peor mala cara. Otra vez, todo acabó muy pronto.

La jornada terminó con todo el énfasis puesto en la carrera del día siguiente. Más de uno no pegaría ojo esa noche, a la espera de lo que pudiese suceder durante las cincuenta y seis vueltas al circuito de Sepang. Una de esas personas sería yo. Yo, que ya estaba preocupada por el estado en que encontraría a Nico cuando pudiese librarme del trabajo en la cocina para ir a verlo a su autocaravana.

* * *

Llamé a la puerta; sabía que estaba allí, pues en la recepción me habían dicho que había llegado un par de horas atrás, solo.

Nico dejó el circuito sin avisarme. Cuando fui a su casa rodante, al finalizar mis obligaciones en la cocina, él ya no estaba allí. Su ausencia me provocó más temor, sobre todo porque no había tenido tiempo de escaparme para ir a verlo antes y, de lo sucedido, no habíamos tenido oportunidad de cruzar ni una palabra.

Al no obtener respuesta cuando fui a su autocaravana, me preocupé; intenté abrirla, y estaba cerrada. Estaba entrando en pánico cuando una de las chicas de relaciones públicas que justo pasaba por allí cargando unas bolsas con el logotipo del equipo me dijo que había visto a Nico irse del circuito horas atrás.

—¿Estaba con su padre o con Dave? —le había preguntado al tiempo que descendía el par de escalones de la entrada.

—No, estaba solo, bueno, su chófer... pero no, iba solo.

Que Nico se hubiese largado solo del circuito, sin Alfons, sin Dave, sin ni siquiera avisarme, no era buena señal.

Llegué al hotel en un minibús del equipo con el resto del personal que se había quedado trabajando hasta tarde en el circuito. Durante todo el camino me mordí mis casi inexistentes uñas.

Llamé a la puerta una vez más.

—¿Nico? Nico, ¿estás ahí? Abre, por favor, necesito saber que estás bien. —Imprimí más fuerza a los siguientes golpes de mi puño—. Nico, soy Natalia. Abre, por favor. —Saqué el móvil y lo llamé al suyo una vez más. De nuevo saltó directamente el buzón de voz.

No llamé a su padre ni a Dave por teléfono, porque si Nico se había ido solo del circuito era porque no los necesitaba rondando a su alrededor. Ya conocía de sobra la simbiosis entre esos tres y el modo en que se potenciaban, el modo en que, con ellos, Nico, por encima de todo, era el campeón, Siroco. Tras lo sucedido, imaginé que Nico necesitaba tomar distancia de todo aquello.

Mis nervios se habían diluido un poco cuando, al llegar a la recepción del hotel, me informaron de que Nico ya estaba en nuestro cuarto y que había pedido la cena hacía dos horas. Me ofrecieron pedir algo de comer, pero en ese instante apenas podía pasar saliva por mi garganta.

Al menos no había descuidado sus comidas y, por ende, su salud.

—Nico, abre la maldita puerta de una vez —solté alzando la voz y aporreando la puerta, todo al mismo tiempo. Si no abría pronto, les diría a los de recepción que interviniesen y me importaba una mierda si se montaba un escándalo—. Nicolau Puig, abre la condenada puerta en este instante o la tiraré abajo. —Esperé pegando la oreja a la superficie de madera, sin conseguir captar absolutamente nada—. ¡Nico! —chillé, dándole a continuación un par de puntapiés a la puerta—. Abre ya o todo el mundo se enterará de lo que sucede. Abre en este instante o haré que llamen a tu padre, que pidan una ambulancia y que avisen a todos los medios de comunicación. ¡Nico! —solté desgañitándome y, al segundo, los ocupantes de la *suite* a mitad de pasillo abrieron la puerta para ver qué ocurría—. Te advierto de que los de la habitación de en frente ya han salido al corredor. Abre la puta puerta, que estoy preocupada por ti. No puedes dejarme aquí fuera. ¡Nico! —exclamé sin bajar el tono de voz.

Oí un ruido, a continuación otro, y al final el cerrojo.

La puerta comenzó a abrirse.

—Mierda, Nico —jadeé al ver su rostro enrojecido, sus ojos opacos y sus facciones sin fuerza—. ¿Estás bien? —le pregunté empujando la puerta para abalanzarme dentro de la habitación—. ¿Qué sucede contigo? ¿No oías cómo te llamaba? ¿Es que quieres matarme de un susto? —Lo enfrenté avanzando hacia él, y él, de espaldas dentro de la habitación en penumbras. La *suite* debía de estar

iluminada solamente por la luz de la luna que entraba por la ventana—. ¿Por qué no me avisaste de que te ibas?, ¿por qué te fuiste solo?

Nico retrocedió un paso para alejarse de mí.

Bajo la cabeza como si estuviese arrepentido o quizá avergonzado, y entonces lo vi cogerse la mano derecha, envuelta en una toalla, con la izquierda. La toalla blanca tenía manchas de sangre.

—¿Qué...? —Alejándome de él, fui hasta la pared para encender la luz. En cuanto le di la espalda a la pared y vi la *suite*, lo comprendí—. Pero ¿qué rayos ha...?

O había habido una pelea, o alguien había llegado aquí bastante furioso.

Nico retrocedió otro paso en la misma pose.

—¿Te encuentras bien?

Los almohadones del sofá habían volado al otro lado de la sala de estar; el florero, que adornaba la mesa de centro justo delante de la entrada, ya no estaba en su sitio, sino en el suelo, hecho añicos, y las flores, de tonos claros, desperdigadas a su alrededor. Un par de las sillas del comedor habían sido volcadas.

Nico había pedido la cena, pero la comida continuaba allí sobre la mesa; un festín de un montón de cosas que él no debía ni podía comer, a menos que quisiese enfermar todavía más. Me dio la impresión de que los platos no habían sido tocados. Lo que sí había sido tocado era el bar: la puerta estaba abierta y, sobre la barra, había varias botellas de distintas clases, abiertas.

—¿Qué has hecho?! ¡¿Te has vuelto loco?! —Acercándome a él, lo olfateé y sí, olía a alcohol; sin embargo, no parecía muy borracho—. ¡Nico!

Ante mi grito, se encogió sobre sí mismo, apretando más su mano herida contra su pecho, escondiendo más su cabeza entre sus hombros, como si quisiese taparse los oídos con éstos.

—Es... tú... —Las palabras no me salían. El corazón me subió a la garganta. Suerte que no había tenido tiempo de cenar, porque en ese caso estaría vomitándolo todo en ese instante.

Corrí hacia la barra; las botellas eran al menos siete, o eso me pareció. Las manos me temblaban cuando las pasé de un lado al otro, revisando si quedaba algo en ellas. Vodka, brandy, whisky, ron y no sé si algo más—. Mierda, mierda, mierda... —Con la mirada, requisé la habitación en pos de la bolsa que contenía sus medicinas—. ¿Te has inyectado? ¿Dónde están tus cosas? ¿Te has medido el azúcar?

Ante mis gritos, Nico permaneció en su sitio con la cabeza gacha; parecía un niño en penitencia.

—¡Joder, Nico! —chillé fuera de mí para lanzarme directa al minibar. Sobre todo, con un clima como el de allí, su insulina debía ser conservada en frío. Tiré de la puerta, las botellitas y la lata de gaseosa se sacudieron y me angustió comprobar que faltaba una de estas últimas. Antes había dos de cada y, de refilón, vi que también faltaba una de Coca-Cola y otra de algo que no tenía ni la menor idea de qué era; una

bebida de allí, en una colorida lata con fondo verde chillón. Eso no podía ser todavía peor.

—¡Si querías matarte, más fácil hubiese sido que te tirases por la ventana! —le espeté incorporándome.

Nico se tapó la cara con ambas manos; mejor dicho, se clavó las palmas de las manos en los ojos, tanto que sus brazos se tensaron, igual que sus hombros y su cuello.

—¿Querías darme esa sorpresa? ¿Que te encontrase muerto o casi muerto aquí, al llegar? ¡¿Es eso lo que me merezco?! —le grité, pero él no reaccionó—. ¿Dónde mierda están tus cosas? Tengo que medirte el azúcar. ¡Nico! ¡Nico, habla de una puta vez! ¿Qué has hecho? ¡¿Dónde están tus cosas?! —Mis manos temblaban tanto que dudaba de que pudiese conseguir pincharlo sin antes sacarme un ojo. Las piernas me tiritaban.

Llamaría a una ambulancia.

—¿Te parece que lo sucedido es para tanto?! ¿Qué es todo esto?, ¿qué planeabas hacer con la comida?

—No me grites —balbució con un hilo de voz.

—¿Que no te grite?! —chillé histérica—. Has bebido alcohol, gaseosa, Coca-Cola y algo más; has pedido un menú potencialmente mortífero para ti; no me abrías la puerta; te has ido del circuito solo y sin avisar, y, además de todo eso, estás herido. ¿Y me pides que no te grite?

—No necesito una niñera, tampoco una madre, es tarde para eso —me soltó, vociferando, en respuesta.

Sus palabras paralizaron mi corazón.

—¡Eres un estúpido! —repliqué procurando cambiar el tono; es que él había soltado aquello último con tanta angustia que me dieron ganas de acunarlo contra mi pecho, de protegerlo, de eliminar de su cuerpo la enfermedad y de devolverle a su madre de la muerte—. ¡Debería matarte yo misma! —lancé, porque él no necesitaba de mí ni una niñera, ni una madre, sino una compañera, a su novia.

Si sus cosas no estaban en el minibar, debían de estar en la habitación. Sopesé la posibilidad de que se hubiese inyectado; después de todo, aún continuaba en pie.

Lo dejé solo en el salón.

En el cuarto había una luz encendida, la de encima de su mesita de noche; ni sobre ésta ni sobre la mía estaba el estuche para su diabetes. La cama estaba completamente deshecha, pero no había destrozos. Su bolsa de medicamentos tampoco estaba entre las sábanas.

Al alzar la cabeza, vi que la luz del baño estaba encendida.

El baño era muy espacioso; desbordaba lujo, pero, en ese instante, tenía un aspecto calamitoso. El estuche con sus medicinas estaba tirado en medio del camino;

los frascos habían rodado en todas direcciones; su medidor de azúcar en sangre se encontraba junto a la bañera, y el inyector de insulina, a unos pocos pasos. Encima del lavamanos y a sus pies, un montón de toallas, muchas de ellas manchadas de sangre. Había también una mancha en el canto de uno de los lavamanos y en la pared de mármol de la cabina en la que estaba el inodoro. La puerta de la cabina también estaba sucia, con la huella de parte de una palma.

Avancé hasta la cabina y empujé la puerta. Allí en el suelo, junto al inodoro, estaba lo que debió de ser un vaso de cristal. Había algo de sangre entre los cristales y un par de gotas sobre el suelo, también sobre la taza del inodoro, como si Nico se hubiese aferrado de ésta.

«Ha debido de vomitarlo todo», pensé y, dando un paso más, comprobé que así había sido.

Lo sentí llegar y me di la vuelta.

Nico se apoyó contra el marco de la puerta del baño.

—Me bebí todo aquello y me asusté —explicó con voz débil—. Pedí toda esa comida... fui un estúpido, no me atreví. Pensé en la bebida y tragué todo aquello casi sin respirar; fue entonces cuando entré en pánico y vine a vomitar. Estaba tan alterado que ni siquiera sabía lo que hacía. Caí allí de rodillas, con el vaso todavía en la mano. —Hizo una pausa—. Me obligué a vomitar hasta la última gota.

—Nico... —Mis hombros cayeron, imitando los suyos.

—Inmediatamente fui a por mis cosas, porque temía sufrir un colapso y no quería que me encontrases muerto o casi muerto. No quería hacerte eso. —Rompió a llorar—. Lo siento. Lo siento. —Su cuerpo se estremeció en un llanto desconsolado. Una vez más, se tapó la cara con ambas manos.

Desesperada, fui hasta él y lo abracé.

—Nico.

Nico se cogió a mí.

Sus piernas no quisieron mantenerlo ya en pie y nos deslizamos los dos juntos, despacio, hasta tocar el suelo.

—Perdóname. Todo es tan... Últimamente no sé lo que hago. No quiero fallar. No quiero fallarle a nadie, y mucho menos a ti.

—Nico, ha sido tan sólo una prueba de clasificación.

—No quiero perder el campeonato —hipó sobre mi hombro.

—Pues lucha por conseguirlo, pero, en el caso de que no lo ganes... —Acuné su rostro entre mis manos y lo alcé para que me mirase a los ojos—. Nico, puedes permitirte fallar de vez en cuando. ¿Sabes eso, no? No tienes que ganar siempre, no tienes que ser perfecto. Tú no eres una máquina, eres una persona, tan susceptible de cometer errores como cualquier otra... y eso está bien.

Apartó sus ojos azul celeste de mí, pero yo no le permití a su rostro escapar.

—Eso está bien, Nico. Está bien, y debes comprender que algún día no ganarás campeonatos, que no siempre serás el mejor. Tienes que aprender a disfrutar lo que tienes, lo que has logrado, aunque no sea lo que esperabas. Tienes que permitirte poder equivocarte. No tiene sentido que vivas presionándote por ser perfecto. Ninguno de nosotros te quiere porque seas perfecto, te queremos porque eres tú.

—No puedo perder —lloró.

Imaginé que no había conseguido vomitar todo el alcohol y como él no bebía jamás...

—Nico, la vida también está hecha de esos momentos en los que las cosas no salen bien; es más, para la mayoría de la gente la vida es más esos momentos en que todo no sale según lo planeado, que de los otros. Tienes que poder ser feliz con esos momentos también. No puedes presionarte del modo en que lo haces, o lo que te exiges acabará contigo. Casi acabas contigo mismo esta noche por no lograr el primer puesto en una clasificación, y eso no es ni lógico ni sano, y no es del modo en que se manejan las cosas, no es el modo en que se vive la vida. Te amo, quiero que lo sepas. Yo siempre te querré, sin importar que...

—También te amo. Lo siento... perdóname.

—¿Has podido inyectarte?

Asintió con la cabeza.

—¿Hace cuánto? ¿No deberías medirte otra vez el azúcar?

—Estoy bien —me contestó con apenas voz.

—¿Y el corte?

—Sangró mucho al principio. Ahora está mejor.

—¿No deberíamos ir al hospital? Quizá necesites puntos. —Evité decirle que tenía que tener cuidado, que lo que podía ser un corte de nada para cualquier persona sana, podía ser potencialmente peligroso para él.

—No te preocupes, ya está mejor.

—No querrás que te moleste mañana durante la carrera —insistí del modo más sutil y menos referente a su enfermedad posible.

—Tranquila, estoy bien.

Se formó un silencio que duró un par de segundos. A Nico le costaba mirarme a los ojos; de cualquier modo, me dio la sensación de que a su mirada le costaba enfocar en un punto.

—Nico. —Al pronunciar su nombre, él dirigió sus ojos hasta mí—. No puedes permitirte hacer nada semejante otra vez, ¿lo entiendes? Es tu salud, tu vida. No es un juego, no puedes arriesgarte de esa manera.

—Lo sé.

—Debes comer algo, ¿no es así? ¿Crees que podrás hacerlo, al menos un poco?

Se encogió de hombros.

—¿Quieres que llame a César?

—No hace falta. De verdad que estoy bien. Sólo necesito acostarme. Dormir. Tengo que descansar para mañana.

—Te llevaré a la cama, pero antes de que te duermas verificaremos tu azúcar. Veré si puedes comer al menos un poco de todo eso que pediste. ¿Te has inyectado insulina rápida?

Asintió con la cabeza.

—¿Recuerdas hace cuanto rato?

—No.

—Bien. Tendremos que estar pendientes durante el siguiente par de horas; no sé cuánto has vomitado de todo lo que has bebido.

—Lo sé.

—Me quedaré despierta y quizá te levante más tarde para que hagamos una medición.

—No es necesario.

—No quiero que tengas una crisis, Nico.

—No me sucederá nada. Sólo ayúdame a llegar a la cama.

Eso fue lo que hice, lo llevé hasta la cama y allí lo senté, en el borde, a los pies, mientras lo ayudaba para que pudiese acostarse.

Nico se acurrucó entre las almohadas y sábanas, cerrando los ojos, aferrando su mano.

Cayó rendido en un parpadeo. Su sueño se tornó profundo muy rápido y, cuando eso sucedió, con cuidado, revisé su mano. La herida no era muy seria: sin embargo, todavía estaba fresca y, en cuanto la toqué un poco, comenzó a sangrar de nuevo. Con nosotros, además de las medicinas de Nico, llevábamos un botiquín apto para sus necesidades. Limpié la herida, le puse un cicatrizante y un apósito y volví a colocar su mano sobre su pecho.

Después de eso, fui al baño a recoger sus cosas y a poner un poco de orden y hacer limpieza. También me ocupé del salón, recolocando el sofá y arrojando a la basura las botellas de alcohol. Si bien tenía el estómago cerrado, puse en el microondas que tenía a disposición la *suite*, en una pequeña cocina, un plato de los tantos que Nico había pedido y fui picoteando un poco mientras terminaba de adecentarlo todo.

En el balcón de la habitación encontré las tres latas de refresco vacías y, en el suelo, un periódico local en el que estaba él en la portada, una foto suya firmando autógrafos para los fans de Malasia; la foto debía de ser del viernes, porque Nico todavía sonreía.

Ya muy entrada la madrugada, regresé a la habitación y lo desperté para que se midiese el azúcar. Fui yo quien pinchó su dedo, él estaba demasiado dormido.

Como estaba dentro de los parámetros normales para él, lo dejé seguir durmiendo y fui a la ducha para, después, meterme en la cama.

Apenas si pude pegar ojo; cada cinco minutos me despertaba sobresaltada, temiendo encontrarlo sudoroso, temblando en medio de alguna crisis o en un estado todavía peor.

Además, estaba nerviosa; sabía que lo sucedido esa noche no le ayudaría en nada para la carrera final. Sentiría la falta de descanso y esa crisis de ansiedad, que casi había sido un cuadro semejante a un ataque de pánico.

¿Debía decírselo a su padre por la mañana?, ¿quizá a Dave o a César? Tal vez al menos a este último, quien seguía muy de cerca el estado físico de Nico y que, además, tenía contacto con Nico y no tanto con su padre o con Dave; él sabría guardar el secreto.

Al final el sueño me venció y, sobresaltada, desperté al sonar el despertador.

Nico fue directo a la ducha después de darme los buenos días con un beso en la frente y pedirme otra vez disculpas por lo de la noche anterior. También me agradeció que le hubiese curado la mano; eso lo hizo al levantarse de la cama, cuando notó que la toalla ya no estaba allí.

No ahondé sobre lo sucedido; lo discutiríamos después de la carrera, porque en ese momento no tenía sentido, y tampoco era demasiado saludable, con todo lo que implicaba la carrera de ese día, que le añadiese todavía más tensión. Me limité a preguntarle cómo se sentía y él me contestó que bien.

Nico pidió el desayuno, algo ligero, y se inyectó. No podía esperar a llegar al circuito para comer, no después de lo sucedido.

Con un nudo de preocupación en el estómago, lo dejé en su autocaravana y, de allí, me fui a trabajar a la cocina.

* * *

—O dejas de hacer eso o sales de mi cocina —entonó Suri entre dientes, haciéndome notar que mi talón no paraba de repiquetear contra el suelo—. Me pones muy nervioso.

—Lo siento. —Detuve el movimiento del pie y comencé a retorcerme los dedos. No podía estarme quieta. Durante toda la mañana y parte de la tarde hasta ese momento, había visto a través de las cámaras lo mismo que todo el público que asistía a la categoría por televisión: todos en Bravío con las facciones tiesas, miradas de preocupación que no conseguían ser ocultadas cuando éstas se fijaban en los monitores para analizar los datos arrojados por los ordenadores. El aire en el *box* del

equipo debía de ser más denso que en otros sitios, porque allí los movimientos eran más pesados.

Tanto los mecánicos de Nico como los de Haruki trabajaban de un modo incansable, pero sin mezclarse, sin mirarse siquiera.

En el *pit wall*, los grandes jefes hablaban con sus subalternos cubriendo sus micrófonos y bocas con una mano; si es que daba la impresión de que tuviesen miedo de que les leyese los labios.

Nico en ningún momento desvió sus ojos en dirección a Haruki cuando ambos coches todavía estaban dentro del *box*. El campeón estuvo siempre rodeado de su padre, su mánager, Toto y Paul; este último se escapó un par de veces para cruzar unas cuantas palabras con Haruki, que continuaba con aquella expresión de haber perdido su centro, de no poder controlar por completo su ansiedad, sus emociones. Harper no se separó de él. La vi intentar darle su apoyo, animarlo con sonrisas, pero la situación parecía como un encuentro entre los Montesco y los Capuleto; la grieta era muy marcada entre ambas partes y ni a los comentaristas se les pasó por alto mencionarla.

Como broche de oro de la situación, el gesto de Nico al cruzarse con Haruki cuando ambos debían regresar a sus monoplazas, ya detenidos en sus lugares de partida. Siroco le dedicó a su compañero una mirada de rencor tal que mi piel se enfrió. De ser yo Haruki, o me hubiese sentido como la partícula de polvo más despreciable del universo o bien le habría lanzado un gancho directo a su mandíbula, con el firme propósito de ponerlo en su sitio. La presión psicológica era parte de la competición, parte de la vida en la categoría; no todos los pilotos se llevaban bien entre ellos y, en ocasiones, se notaba que allí sobraba testosterona.

Me amargó ver altanería en la mirada de Nico.

Antes de esas miradas, antes de que fuese de público conocimiento que el equipo Bravío podía estar en pleno dominio de los avances tecnológicos y tener el mejor coche y los mejores mecánicos de la categoría, ya todos especulaban con que la salida podía traer sorpresas, y no precisamente agradables, para el equipo número uno.

Lo que empezó como un cotilleo detrás de los *boxes* se discutió en televisión para hacer de dominio público que Haruki todavía no había renovado su presencia en Bravío para el año siguiente, según se decía, por la falta de efectividad del piloto.

Mentalmente le pedí a Nico que no cometiese ninguna estupidez. Sí, podía intentar pasar a Haruki en la salida, podía competir con él, para eso ambos estaban sobre la pista... pero rogué que no quedase cegado por su necesidad de ganar. Si perdía el control, si forzaba a Haruki a cometer un error, corrían el riesgo de quedarse ambos fuera de pista, y eso no haría más que empeorar el ambiente que reinaba en el equipo.

Oí a Suri repetirme que todo iría bien.

Vi a Harper, con los auriculares en los oídos y la cabeza alzada, a la espera, igual que el resto de nosotros. Todos seguíamos la transmisión sin parpadear, para no perdernos ni un segundo de la salida.

Mi piel se erizó y se enfrió. El semáforo anunció que el comienzo de la carrera de Malasia estaba a punto de ser dado.

Una luz roja encendida. Una más. La tercera, la cuarta, la quinta. Mi corazón se detuvo. Por un instante mis ojos se distrajeron con el *safety car* en la parte posterior del pelotón y, entonces, la desaparición de los cinco brillos rojos en lo alto de la pantalla trajo de regreso mi cerebro al inicio del pelotón. Haruki salía desde la parte externa de la pista; Nico, del lado de la pared. Sabía que la primera curva era hacia el lado de Nico, lo que en parte lo beneficiaba, pero ese lado de la pista del que él partía siempre estaba más sucio y el *grip* de los neumáticos allí era mucho menor. Haruki salió en cabeza. Thiago se le echó encima a Nico.

Nico pegó un volantazo seco que sacudió su coche y éste coleteó, impidiéndole el paso a Thiago. Los automóviles se apelonaron a medida que aceleraban en dirección a la primera curva. Nico pisó el acelerador, lanzándose hacia Haruki como si fuese una flecha.

La rueda izquierda delantera de Nico quedó medio metida entre las dos del lado derecho de Haruki. Thiago intentó sobrepasarlos a ambos; Haruki se tiró hacia la izquierda en la segunda curva para cerrarle el paso. Eso evitó que Nico y él colisionaran, pero por poco. Haruki, en sus intentos por detener el avance de Thiago, descuidó el ataque de Nico, que se escurrió por la izquierda, pero no logró sobrepasarlo. Acelerando a fondo, Haruki le cortó el paso. En la curva siguiente a la derecha, Nico retrasó la frenada, entrando en la curva primero, sorprendiendo a su compañero de equipo. Por un suspiro, Nico quedó en primero lugar, pero entonces Haruki volvió a meterse delante de él. Nico se pegó a su cola para mostrarle el coche por todos lados, llenando sus espejos de él para destrozar su tranquilidad. Nico era más veloz y se lo demostraba, respirándole en el cuello, fastidiándolo, pero sin pasarlo. Así fue durante once tortuosas largas vueltas, más de lo recomendable tanto para la resistencia de los pilotos como para la de los monoplazas. Estaban exigiéndole mucho a los vehículos, sobre todo a sus neumáticos, más de lo esperado para ese momento de la carrera.

Lo intentó en la recta principal una vez más, y en las siguientes tres curvas. Haruki era puro movimiento de volante; ya no corría para ir hacia delante, sino para retener a Nico detrás, y eso era evidente hasta para el más ignorante de la categoría.

—¿Qué mierda hace?! —le gritó Nico a Toto, y todo el mundo lo oyó—. ¿Qué mierda hace este tío?!

—En la próxima zona de activación del DRS... —quiso empezar a decirle su ingeniero de pista; Nico lo interrumpió con...

—¡Fuera de mi camino! —berreó lanzándose sobre uno de los lados del coche de Haruki para pasarlo, sino directamente sobre él, como si pretendiese llevárselo por delante.

—¡Nico! —le gritó Toto a su protegido, y yo jamás lo había oído gritar antes, mucho menos a Nico—. Sólo tienes que esperar a la zona de...

—Si no sabe conducir el puto coche, que se aparte de mi camino, que se largue del equipo. Si no está a la altura, no es culpa mía.

Suri, sin moverse, me miró; lo supe porque vi sus ojos oscuros sobre mí por el rabillo de mi ojo derecho.

—¡Está tapándome a propósito y, así, todos nos pasarán! —se quejó Nico.

—Mantente firme, pégate a su succión y pásalo.

Por la transmisión se filtró un gruñido de Nico.

La cámara los siguió a ambos al entrar en la curva principal desde una toma aérea. Haruki entró primero, no por mucho. Nico pisó a fondo y se puso a su altura. El realizador de la transmisión pinchó la cámara a bordo del vehículo de Nico, para que todos viésemos al campeón alzar el puño izquierdo en dirección a su compañero de Bravío.

Los dos automóviles estaban rueda con rueda y detrás de ellos, muy cerca, Thiago, atento y a la espera de que alguno de los dos cometiese un error.

El vehículo de Nico se lanzó hacia delante. Aceleró un poco más y entonces la mitad de su coche se colocó por delante del de Haruki. No estoy segura de si Nico se mantuvo así, en esa posición con respecto a Haruki, a propósito o si simplemente sus dos monoplazas eran muy similares en potencia. Pasaron en ese estado por delante del *pit wall* de Bravío y entonces Nico se catapultó a sí mismo, directo a la primera posición, pasando por delante de Haruki, cambiando del lado sucio de la pista al limpio.

La distancia, que era nada, explotó a la más contundente y las tribunas se pusieron en pie para vitorear al campeón.

«Ok —pensé volviendo a respirar—. No es la mejor situación, pero lo ha pasado y ambos siguen en la pista. Nico tiene un coche mejor y...»

Haruki y Thiago entraron en la chicana en la que desembocaba la recta principal. El automóvil de Haruki se movió, denotando los nervios del japonés. Thiago amenazó con pasarlo. Haruki dudó; sin embargo, logró conservar su segundo puesto. Thiago lo intentó una vez más; un poco tarde, Haruki procuró cerrarle el paso al brasileño. Por poco se tocan, pero Thiago, que iba con la cabeza más fresca y probablemente con el cuerpo mucho menos cargado de tensión que Haruki, reaccionó a tiempo para apartarse un poco y no terminar con su automóvil dañado.

A pesar de contenerse, Thiago no era tonto y la competición no había concluido; así fuese él el más bueno entre todos los buenos, ésa era una carrera y, como solía decir Nico, el que no llega en primer puesto es el primero que pierde. El carioca no iba a regalarle la posición a Haruki. Le enseñó su bólido por todas partes, no de un modo tan despiadado como Nico, pero haciéndole saber que estaba dispuesto a luchar por quedarse con la segunda posición.

Perdí la noción de en qué parte del circuito estaban, porque Nico había desaparecido de la transmisión y, según decían los comentaristas, no hacía otra cosa que ganar segundos a su favor.

Sucedió muy rápido y no pensé que finalizaría de ese modo. Thiago le enseñó sus neumáticos delanteros a Haruki y pisó el acelerador. Así, pegados el uno al otro, llegaron a la curva y la pasaron, entraron en un tramo recto y, entonces, el brasileño aceleró todavía más. No sé lo que hizo Haruki, pero sí que Thiago no lo tocó. El japonés salió de la pista para pisar el trozo de asfalto sucio que había a un lado, Thiago se adelantó algo así como un metro, Haruki tocó el pasto intentando regresar al trazado y, en ese instante, la parte trasera de su vehículo coleó y se ladeó. A toda velocidad, el coche se levantó del suelo y, de cola, salió volando contra la pared que daba a la tribuna. Lo vi como en cámara lenta, pero no porque hiciesen algo desde la transmisión, sino porque sabía que mi amigo acabaría estampándose contra el muro. El monoplaza giró un poco más, en el sentido de las agujas del reloj y, rebotando contra el pasto, se rompió, perdiendo un neumático; luego fue directo, sobre su parte frontal derecha, a chocar contra el muro. Voló el alerón delantero, las dos ruedas delanteras, tierra, polvo, miles de trozos. El golpe fue duro, demasiado duro, y en un lugar en el que nadie esperaba que un monoplaza fuese a impactar jamás.

Lo siguiente que mostraron las cámaras fue a todos los componentes del equipo saltar de sus sillas para agarrarse la cabeza. A continuación aparecieron alrededor de Haruki una docena de oficiales de pista. El japonés continuaba en su habitáculo. Todavía flotaba polvo a su alrededor. La gente en la tribuna frente a él estaba toda de pie, y muchos de los espectadores comenzaban a bajar para ver al piloto a través del altísimo enrejado.

Un frío glacial me recorrió la columna de arriba abajo. La cámara se centró en Haruki, en su caso. No se movía y sus manos no estaban sobre el volante.

—¿Suri? —jadeé.

—Estará bien, estará bien —me contestó poniéndose en pie.

Los dos juntos vimos a Paul salir corriendo el *pit wall* hacia el interior del *box*.

En la pista apareció el *safety car*. Tras éste, una ambulancia.

No estaba bien, Haruki no estaba bien.

El automóvil con los médicos de la categoría fue el primero en llegar; vi salir corriendo a sus ocupantes en dirección al nipón, uno de ellos con un maletín de primeros auxilios en la mano.

—Mierda. —Todo mi ser se echó a temblar.

La transmisión captó a Nico pasar por delante de la zona del choque, ya a marcha reducida porque, a unos metros, sobre la recta principal, lo esperaba el *safety car*.

Nadie tocaba a Haruki.

La ambulancia apareció sobre la pista, trepó al pasto y se detuvo a un lado del coche plateado de los médicos.

El tiempo hizo eso raro que hace, eso que se supone que no debe hacer, según dicen todas las leyes de la física, y se deformó para hacernos sufrir a todos los que estábamos pendientes de la salud de Haruki.

Aparecieron las mamparas de la FIA, con las que nos impedirían ver lo que sucedía tras ellas.

Sólo pude divisar muchas cabezas y gestos preocupados alrededor de nuestro amigo.

Toda la escena me recordó a un momento espantoso de mi vida, a cuando mi madre me informó de que un camión había embestido el coche de Tobías... aquel camión que se había incrustado en su automóvil justo por el lado del conductor.

Mi hermano había salido vivo del accidente de puro milagro y, en cuanto llegamos al hospital, nos dijeron que no creían que fuese a sobrevivir esa noche.

Los recuerdos de verlo a través del cristal de cuidados intensivos, conectado a un respirador, con vías por todas partes, enchufado a media docena de máquinas, con la cabeza vendada, con la cara completamente amoratada e hinchada, con brazos y piernas rotas, con su pecho recién operado... aparecieron en mi mente.

Aquel recuerdo y ese momento se fusionaron y sentí que mi cuerpo no sería capaz de resistirlo. Todos mis músculos se aflojaron. Jamás le dije a Nico que dejé de ver Fórmula Uno cuando Tobías se accidentó, y a mí misma me dije, desde mi primer día de trabajo con el equipo, que allí esas cosas no sucedían, que los accidentes graves se daban muy de tanto en tanto, casi nunca... casi.

Apartaron las mamparas y aparecieron los médicos cargando a Haruki en una camilla, sin su casco, con un collarín puesto. Vi que uno de los facultativos tenía los guantes sucios de sangre. Todos se movían con prisas.

El comentarista dijo que tenían listo el helicóptero para hacer el traslado al hospital.

Metieron la camilla en la ambulancia y, marcha atrás, ésta salió del trazado por una vía de escape que habían abierto mientras lo atendían.

El coche de los médicos se fue tras ellos.

Paul no regresó al *pit wall* y, en el *box*, vi a Érica y a Harper, ambas con los ojos cristalinos, hablando la una a la otra. El *box* ahora ya no parecía una escena de los Montesco y los Capuleto, sino un mar de angustia.

—¿Podemos... podemos llamar a alguien para saber cómo está?

—No creo que sepan nada todavía —me contestó Suri.

—El *safety car* se retirará en la próxima vuelta —anunció el comentarista.

Éste se fue de la pista y, en cuanto pasó de la línea de meta, Nico volvió a acelerar a fondo y ya no paró de poner distancia entre él y Thiago.

No pude prestarle más atención a la carrera.

Lo último que supimos de Haruki fue cuando mostraron el helicóptero alzando el vuelo.

Soporté en silencio un par de vueltas y, entonces, busqué mi móvil y llamé al móvil de Érica. Al instante me salió el buzón de voz; le expliqué que quería saber cómo estaba Haruki y colgué.

Cuando mostraron otra vez el *box* de Bravío, ya no las vi ni a ella ni a Harper allí.

Intenté ponerme en contacto con ella dos veces más, también llamé a dos de las personas que trabajaban en relaciones públicas, pero sus móviles también me enviaron directo a los buzones de voz.

Tenía el número privado de Paul, pero no me pareció correcto llamarlo; ya debía de tener suficiente con ocuparse de la situación.

—En seguida regreso. Intentaré averiguar algo.

Al pobre Suri no le di tiempo ni a aceptar mi partida. Salí de la cocina. En el comedor del equipo no quedaba ni un alma.

Dejé atrás aquella zona para internarme en la parte del terreno que estaba dedicada a las autocaravanas y los camiones del equipo. No había nadie, por lo que me dio la impresión de que todos se habían marchado tras Haruki.

Salí a paso ligero en dirección a los *boxes*. Allí, en la parte posterior, sí había gente, mucha gente; estaba lleno de periodistas, de empleados de otros equipos.

Alguien me vio con la camiseta de Bravío y me preguntó por Haruki. Le contesté que no sabía nada.

Por entre un montón de cabezas divisé a Érica, hablando por su móvil. Se movía frenética de un lado a otro de un vallado que contenían tres personas de seguridad del equipo.

—Soy del equipo —les grité a los de seguridad cuando se abalanzaron sobre mí para cortarme el paso. Alcé mi identificación.

—No puede pasar —me gruñó uno de ellos con cara de perro.

—Pero soy del equipo. ¡Érica!

Ésta giró la cabeza en mi dirección, todavía hablaba por teléfono. Con un dedo en alto me indicó que esperase un segundo.

Aguardé detrás de la valla con los tres tipos, enormes como osos, apostados frente a mí.

Los segundos se me hicieron eternos.

—Permítanle que pase, es del equipo —pidió Érica, guardando su móvil en el bolsillo trasero de sus pantalones.

De mala gana, los tres sujetos me dejaron el paso libre.

—¿Sabes algo?

—No mucho. —Su rostro se ensombreció—. Estaba inconsciente. Tiene una fractura muy fea en la pierna derecha, su brazo derecho también está roto. Se golpeó mucho de ese lado. Sus constantes vitales... —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ya está en el hospital; no sé más que eso. —Una primera lágrima rodó por su mejilla—. Estaban muy preocupados, porque, más allá de las fracturas, sospechan que puede tener lesiones internas. Me llamarán en cuanto sepan más.

La abracé. Mis ojos también se aguaron. Sentí miedo y quise largarme directamente al hospital para saber de él. Todavía no podía creer que la carrera continuase pese al accidente.

Regresé a la cocina, porque no podía dejar a Suri solo; además, quería contarle las novedades.

La carrera continuaba como si nada cuando entré en la cocina otra vez, y Nico la ganaba por la misma diferencia aplastante de siempre.

Le conté a Suri lo que sabía de Haruki.

Media hora más tarde, Érica me llamó al móvil para decirme que estaban operando a Haruki, pero no tenía más información.

La carrera siguió. El equipo se lució en las paradas en *boxes*.

Nico ganó la carrera, Thiago llegó en segundo lugar.

Nico lo celebró con *champagne*, sonriendo; Thiago fue más mesurado en su festejo.

Nico cumplió con la rueda de prensa y el resto de sus compromisos.

27. El riesgo

Sin importar qué fuese lo que estuviera haciendo, sin que contase en absoluto que procurase concentrarme en algo distinto, una y otra vez las imágenes del accidente llegaban a mí para terminar siempre en una sala de hospital que no era la de Haruki; el de la cama conectado a todas aquellas máquinas no era el piloto japonés, sino Tobías. De tanto en tanto debía recordarme que mi hermano se encontraba bien, en su casa, acompañado de su familia, y que de su accidente no quedaban más que cicatrices y malos recuerdos.

Las luces en la autocaravana de Nico estaban encendidas. Llevábamos horas sin hablar. Toda la situación poscarrera había sido un total descontrol y, pese a la gravedad del estado de Haruki, la actividad allí en el circuito había continuado siendo frenética. Por más que él estuviese en un hospital cercano, siendo operado por segunda vez desde que llegase allí, la Fórmula Uno no se detenía; debíamos preparar todo el equipo para la siguiente carrera en Japón, en una semana.

Bravío no era el único equipo que a esas horas trabajaba sin parar. Se oían los autoelevadores yendo y viniendo con esa sirena tan particular, las grúas, los camiones.

Veinte minutos atrás había hablado con Harper por teléfono; estaba en el hospital, fue ella la que me informó sobre el estado de salud de Haruki, fue ella la que me contó que habían vuelto a llevarlo al quirófano de urgencia por culpa de una nueva hemorragia. Costillas rotas, hombro y brazo rotos, contusiones cerebrales... la lista de daños parecía interminable.

Los médicos aún no se arriesgaban a decir ninguna otra cosa que no fuera repetir que su estado era muy delicado, que todo dependía, en gran parte, del modo en que evolucionase en las próximas horas.

Harper me contó que Paul estaba en el hospital también y que los padres de Haruki estaban volando desde Japón para verlo.

Tras pedirle los datos del hospital, le comenté a Harper que la vería en unos minutos, después de que pasase a buscar a Nico.

Suri se quedaría supervisando el traslado de todo el equipamiento de la cocina y luego nos veríamos en el hospital.

Muy nerviosa y angustiada por la salud de Haruki, trepé los escalones que ascendían hacia la puerta de la casa rodante del campeón. Oí voces.

Llamé a la puerta.

—Nico, soy yo —avisé llamando con los nudillos. Por norma general, simplemente entraba, pero, como había oído hablar a alguien, no quise interrumpir sin avisar ninguna conversación.

La puerta se abrió; no fue Nico quien apareció ante mí, sino Dave, quien me saludó con un gesto escueto. No tenía buena cara y no era de extrañar, a todos nos había afectado lo sucedido.

Dave se apartó un poco para permitirme pasar y entonces vi a Nico sentado a la mesa, vestido con ropa del equipo. Tenía una botella de agua frente a sus manos. Lo noté ojeroso y demacrado; el cansancio de la carrera, supuse; eso, además de la mala noche anterior, el accidente y todo lo acontecido a lo largo del día.

Alfons se puso en pie. Tenía cara de enojado y, de hecho, se movía como si estuviese de muy mal humor; todos sus movimientos eran bruscos.

—¿Interrumpo algo?

—No, pasa; mi padre ya se iba.

Por lo visto Nico era otro que no estaba de buen humor. Su tono no pudo ser más osco.

El padre de Nico me miró, pero no me dirigió la palabra.

—Bien, me ocuparé de eso cuanto antes. —Agarró su chaqueta del asiento—. Procura descansar; no puedes darte el lujo de llegar en mal estado a la siguiente carrera. Te veré por la mañana. No hables con ningún periodista, con nadie, ¿entendido?

—Sí, papá, no necesitas repetirlo. Oí claramente esa orden cuando me la dio Dave.

—Sólo quiero que comprendas que éste no es buen momento para abrir la boca —insistió Alfons, mirándome a mí de soslayo.

—Todos en el equipo tienen claro que no deben dar ninguna declaración. Ya han pasado un comunicado interno —aclaró su mánager, intentando calmar los ánimos con un tono conciliador y una media sonrisa forzada.

Sí, el comunicado había llegado también a la cocina, impreso y de manos de Érica. Nadie en el equipo tenía autorización para hablar del estado de salud de Haruki o para comentar ni una palabra sobre el accidente. Cualquier declaración sería dada de forma oficial, por el equipo, a través de sus portavoces.

—Sí, claro, como si hubiesen sabido controlar la situación —resopló el padre de Nico, y yo no entendí a qué se refería.

—Están en camino de resolverlo y nosotros ya dimos nuestro comunicado oficial. Son los riesgos de este deporte y Nico no tuvo nada que ver. —Dave desvió la mirada en dirección al campeón.

Con un gesto de agotamiento, mi novio se pasó ambas manos por el rostro y el cabello. Sus manos quedaron ancladas en su nuca. Soltó un suspiro.

—Tranquilo, Nico, todo es muy reciente. No les hagas caso. También han ido contra Thiago.

«¿También han ido contra Thiago? ¿Quién? ¿Por qué?»

No tenía ni la menor idea de a qué se refería Dave. Hasta lo que yo sabía, los comisarios de la carrera habían dictaminado que nadie tenía ninguna responsabilidad en el accidente.

Harper me había explicado que Thiago estaba en el hospital, que había llegado allí temprano, muy temprano. Supuse que por eso llevaba horas sin saber de él. La última vez que lo vi fue cuando dio entrevistas en el recinto habilitado para ello; se lo notaba muy afectado, sin las más mínimas ganas de hablar.

—Pide tu coche y que te saquen de aquí cuanto antes. —Otra orden del padre de Nico dirigida a él.

Nico asintió con la cabeza.

—Te llamaré por la mañana.

—Claro. Buenas noches, papá.

—Buenas noches, campeón. —Alfons puso una mano sobre el hombro de su hijo y le dio un apretón—. Recuerda que el campeonato es casi tuyo; el sexto, Nico. Vas en camino de hacer historia, hijo, no lo olvides. Tú serás el campeón.

Me dieron ganas de gritarle al padre de Nico que su hijo ya era campeón, uno de los más jóvenes de la historia con más campeonatos acumulados en su corta carrera.

—Descansa.

—Sí, papá.

Alfons soltó a su hijo.

—Intenta dormir, Nico. Descansa.

—Gracias, Dave. También tú. Hasta mañana.

Su representante aceptó sus palabras con un movimiento de cabeza.

—Que descanses tú también —me dijo Dave, regalándome una sonrisa con buenas intenciones, pero sin demasiada fuerza.

Éste fue el primero en salir de la autocaravana.

El padre de Nico se limitó a darme las buenas noches al pasar por mi lado.

Los dos desaparecieron, dejándonos a solas en silencio.

—¿Te sientes mal? —le pregunté cuando alzó su mirada hasta la mía, después de un par de segundos de total e incómoda quietud.

—Estoy muy cansado, eso es todo.

—¿Has comido?

—Sí; estoy bien, no te preocupes.

Caminé hasta la mesa.

—Todos estamos muy angustiados por Haruki. —Me acomodé a su lado—. Pensaba ir al hospital ahora. ¿Vamos juntos?

—No sé si es buena idea.

—Entonces, ¿no te encuentras bien?

—No, no es eso.

—¿No quieres saber cómo está Haruki?

—Están operándolo ahora otra vez. Estoy al tanto de lo que sucede.

—Paul y Harper están allí; también Thiago.

—Sí, lo sé; he hablado con Thiago hace quince minutos.

—Ah, bien. Podemos pasar por allí al menos un rato, para ver cómo va todo y hacerles compañía a los demás.

—Dudo de que me necesiten allí.

—Eres parte del equipo, eres su compañero.

—Y, según la prensa, soy el responsable de su accidente.

—Eso es una tontería; cuando Haruki se despistó, competía por el segundo puesto con Thiago. Tú estabas muy lejos de ambos cuando el accidente sucedió. —Pensé en lo dicho por Dave—. Ni tú ni Thiago tenéis la culpa. Ha sido un accidente.

—Pues explícale eso a los medios. Déjame pasar, por favor.

Descolocada, me deslicé por el banco corrido que rodeaba la mesa. Me hice a un lado para dejarlo salir.

—¿Qué es lo que dicen? Tú no tienes la culpa.

—Dicen que lo puse nervioso antes de pasarlo, que lo desestabilicé anímicamente. ¡Ah! —exclamó alzando un dedo mientras se detenía de camino a la miniveera—, también afirman que rompí su concentración y que, por todo eso, se accidentó.

Yo había visto a Nico ser agresivo en la pista, pero... bueno, su intención no había sido hacer que chocase.

—Tú compites de manera agresiva siempre.

—Aparentemente todo el mundo ha oído mis audios durante la carrera, cuando intentaba sobrepasar a Haruki. En resumen, opinan que soy un desgraciado, que vengo desde el comienzo de temporada socavando la posición de Haruki dentro del equipo, que soy el responsable de haberlo desmoralizado, que el equipo trabaja para mí, que lo han dejado en el olvido, que yo lo quería fuera de la carrera, del campeonato y de Bravío. Para sintetizar y adaptarlo al tamaño de los titulares que saldrán mañana: «Siroco, responsable del grave accidente de Haruki Sasaki». Poco menos que un asesino. Les encanta decir que tengo mucha sangre fría, que soy egocéntrico y que no me importa absolutamente nada de nadie. Pues, si se supone que soy así, así seré. No iré al hospital.

—¡Todo, eso, de principio a fin, es una completa ridiculez, Nico!

—Pues acláraselo tú a la prensa.

—Sí quieres ir al hospital...

—No, no quiero ir al hospital.

—¿No quieres? —solté sorprendida.

—A ningún piloto le gusta ir al hospital.

—Thiago está allí.

—Thiago está allí... Está destrozado, cree que todo es culpa suya y no quiere volver a correr. Me comentó que no sabe cómo hará para seguir adelante si algo malo le sucede a Haruki. Si muere, quiero decir, porque ya le ha sucedido algo malo, muy malo.

—Nico...

—No me gusta que me recuerden cuáles son los riesgos.

—Pero tú...

—Yo conozco muy bien los riesgos, los vivo cada segundo que paso dentro de mi automóvil.

—No puedo creer que no quieras ir.

—Sí, me preocupa la salud de Haruki. No deseo que muera o que se vea obligado a dejar de correr. A mí nada de esto me beneficia.

—No puedo creer que alguien piense que esto te beneficia.

—Pues ya leerás mañana los titulares.

—Alto. No digas más tonterías. —Detuve nuestra conversación un segundo, con las manos en alto—. Iremos al hospital, necesitas verlo. Necesitas ver a Haruki.

—Sí, necesito que mañana toda la prensa malinterprete la situación y que digan que fui a regodearme.

—Eso es una solemne gilipollez. Tú no...

—Ni mi padre ni Dave quieren que vaya. Se supone que hay una horda de *paparazzis* fuera del circuito esperando a que salga. Por eso aún estoy aquí; creímos que se cansarían y se largarían, pero allí están, montando guardia, porque es evidente que alguien de dentro les ha avisado de que aún continúo aquí.

—Bueno, pues a la mierda con ellos. Entiendo que a ningún piloto le guste este tipo de situaciones, pero debes ir. ¿No te preocupa Haruki?

—¡Claro que sí! Cómo no habría de importarme. ¡No soy un puto témpano de hielo! No quiero que muera y hubiese preferido que no se estrellase contra ese condenado muro. —Se giró y me miró. Sus facciones quedaron desencajadas.

—Lo sé, lo sé. —Me lancé hacia él—. Nico —lo cogí por sus desesperadas manos; parecía a punto de desmoronarse, de romperse contra el suelo en un millón de trozos—, escucha...

—No quiero que muera —repitió con la voz temblorosa—. Y Thiago... él... Thiago no tiene ninguna culpa. Si alguien puso nervioso a Haruki, ése fui yo. En realidad, Haruki no debería ponerse así, debería poder soportarlo. Jamás ha estado listo para esto... yo lo sabía, la presión era demasiada para él; sabía que algún día le sucedería algo así. Mi compañero siempre comete errores cuando va delante, se pone nervioso, no está acostumbrado, la presión lo desconcentra... él no... no puedes conducir así, no puedes estar a bordo de un Fórmula Uno si no eres capaz... Sé que estaba nervioso por lo del contrato. No es culpa mía que todavía no haya firmado con el equipo para el año que viene —soltó a borbotones, apenas respirando. Su rostro se había puesto rojo y empezaba a sudar. Sus manos, entre las mías, temblaron.

—Nico, Nico. Tranquilo, amor. Yo sé que no es culpa tuya. Respira, por favor. Respira y cálmate o, si no, acabaremos en el hospital por ti.

—Quiero ver a Thiago —musitó—. Él no debería estar allí. Yo debería estar allí. Nada de esto está bien. —Alzó la vista y me miró; había desconsuelo en sus ojos azul celeste.

—Ok, Nico. Escúchame, por favor. Antes que nada tienes que calmarte. Si quieres ir al hospital, iremos.

—Sé que, por más que vaya al hotel, no podré dormir si no voy. Tengo que ir.

—Entonces eso haremos, pediremos tu coche y que nos lleven, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza.

—Tienes que tranquilizarte o te pondrás enfermo. —Le pasé una mano por el rostro.

—Son los riesgos de correr...

—Sí, lo sé.

—Son los riesgos —repitió.

Poniéndome de puntillas, me estiré para abrazarlo. Nico temblaba.

—Tranquilo. Todo saldrá bien.

Nico se agarró de mi cintura, cogiéndome por la camiseta, tironeando de ésta desesperado.

Haruki no era el único que luchaba contra la presión de la categoría. Incluso entonces, todavía me sorprendía lo que todos los pilotos aguantaban allí; aún no era capaz de comprender lo que hacían, su pasión, sus vidas dedicadas a dar vueltas a toda velocidad por el circuito.

Pedimos su coche y, en efecto, al abrirse las puertas del circuito, vimos a los *paparazzi* apostados en la salida, esperándolo.

Los flashes rebotaron contra los cristales tintados; nos quedamos solos, en la oscuridad de la noche, a los trescientos metros.

En el hospital había algunos periodistas; sin embargo, pudimos librarnos de ellos con suma facilidad, porque el guardia de seguridad del hospital nos envió hasta un acceso de automóviles y allí ya nadie nos molestó. De cualquier modo, el viaje en ascensor hasta el noveno piso del hospital fue sumamente angustiante.

En cuanto las puertas se abrieron, vimos a Thiago sentado junto a Harper, con la cabeza entre las manos y los codos en las rodillas. Estaban Paul, el representante de Haruki y algunas otras personas del equipo; en la otra punta de la sala de espera, alguna gente autóctona. Todo allí era silencio, penumbra y asepsia.

Paul fue el primero en percatarse de nuestra llegada. Entonó el nombre de Nico y entonces Thiago alzó la cabeza...

—Nico —soltó el brasileño, quien tenía los ojos rojos de llorar. Su mirada volvió a quedar inundada al ver a su amigo.

Nico apresuró el paso hasta él y Thiago se puso de pie. Los dos amigos compartieron uno de esos abrazos que las personas que se quieren bien, del modo más sincero y profundo, pueden compartir. Uno de esos abrazos cargados de energía y sentimiento que parece que no terminarán jamás.

El saludo que compartió con Harper fue más escueto y el abrazo que le dio a Paul, un tanto más formal. De todos modos, Nico los saludó a todos y preguntó por Haruki.

—Acaban de sacarlo de cirugía. Está bien, estable. Solamente resta esperar —nos explicó Paul.

Eso fue lo que hicimos. Thiago y Nico se acomodaron juntos, mientras Harper y yo fuimos a por café para todos.

Bebimos café. Conversamos. Estuvimos en silencio. Nico dormitó sobre mi hombro mientras mi mano apretaba la de Thiago para darle fuerza.

Harper también se quedó dormida sobre su silla.

Paul caminó de un lado a otro del pasillo, con su móvil pegado a la oreja.

Nico despertó.

Thiago se recostó sobre los sillones.

En algún momento también me quedé dormida y, al despertar, vi que Nico había reemplazado a Paul en su andar por el pasillo, también con el móvil en la oreja; luego supe que hablaba con su padre, para informarlo de que estaba en el hospital.

Al borde del amanecer, un médico apareció para darnos el parte. Haruki estaba estable, despierto, con dolores, pero ya sin necesidad de respirador, y sus constantes vitales estaban controladas.

Paul y su representante entraron a verlo. Luego lo hicieron Thiago y Nico.

El representante de Haruki se fue a por los padres de éste al aeropuerto y Harper volvió al hotel. Paul y yo nos quedamos a solas.

—¿Quieres que vaya a buscarte un café? —le ofrecí. Allí nadie tenía tanta mala cara como él. El cansancio y la preocupación se leían en su rostro.

—No, gracias. Si bebo más café, se me formará un agujero en el estómago. Mi úlcera hoy está peor que nunca.

—Deberías ir al hotel a descansar.

—Esperaré a los padres de Haruki. No puedo irme ahora. —Dicho esto, Paul pegó los labios por unos segundos y luego dejó escapar un largo suspiro—. Todavía no puedo creer lo que ha pasado.

Rodeé sus hombros con uno de mis brazos.

—Tranquilo, Paul. Ya has oído a los doctores; se pondrá bien.

—Sí, lo sé. Estará bien, pero no podrá correr el resto de la temporada. —Se quedó mirándome un momento en silencio.

Alcé las cejas, inquisitiva.

—Harper reemplazará a Haruki al menos hasta el final de esta temporada. —Paul me miró expectante.

—Te preocupa que...

—Sí, me preocupa —convino Paul. Los dos, sin decir demasiado, sabíamos muy bien de qué hablaba el otro. A ambos nos preocupaba lo que sucediese en el equipo, en los *boxes*, en las pistas, con Nico y Harper corriendo juntos—. Hablaré con Nico antes de que os vayáis. El resto del equipo partirá rumbo a Japón en unas horas. Harper ya sabe que correrá —inspiró hondo—; no quiero más escenas como las de ayer. No es bueno para el equipo, no es bueno para la categoría... ni para nadie.

—Estoy al tanto de que Nico y Harper no tienen la mejor relación; sin embargo, no creo que...

—Por favor, ayúdame a suavizar las cosas con él —me interrumpió—. Conozco de sobra a Nico para saber que esto no le gustará. Sé que entenderá que no queda otra salida que tener a Harper corriendo, pero... —Otro suspiro—. Nico es Nico.

Definitivamente: Nico era Nico.

Me pregunté si en algún punto Paul culpaba a Nico por lo sucedido, por poner nervioso a Haruki, por hostigarlo de aquella manera. Me pregunté a mí misma si yo, en parte, lo creía responsable de aquello y de ser capaz de montar un berrinche por tener a Harper corriendo como compañera de equipo. Si había generado semejante alboroto en las últimas pruebas en las que ella sugirió cambios para su automóvil...

Entonces fui yo la que tuvo la impresión de que se le formaría un agujero en el estómago.

—Claro, no te preocupes, Paul. Hablaré con él de ser necesario.

Nico salió de ver a Haruki y Paul se lo llevó para hablar con él a solas en la cafetería. Me tocó hacerle un rato de compañía a Thiago.

—¿Cómo está Haruki?

—Dolorido, pero bien. Ha comentado que desde el inicio de la carrera que no pudo concentrarse.

—No fue culpa tuya, Thiago.

Los ojos de Thiago se llenaron de lágrimas. Se sonrió.

—Me asusté tanto al verlo salir despedido. —Su voz sonó estrangulada—. En un primer instante pensé que lo había tocado, que quizá él se había enganchado con uno de mis neumáticos. —Se agarró la cabeza con una mano—. No hacía más que preguntar al equipo por él y ellos me contestaban que no sabían nada. Cuando pasamos por delante de él en la siguiente vuelta, detrás del *safety car*, y vi la ambulancia y a los paramédicos... —se interrumpió—. Creí que estaba muerto y que había sido culpa mía.

—No fue así.

Thiago hizo un esfuerzo por sonreír para mí.

—Estoy muy viejo para esto ya.

—No estás viejo. —Le devolví la sonrisa y un apretón de manos.

—Sé que las cosas malas pueden sucederte en cualquier parte...

—Chis, Thiago, ya no pienses más en eso.

—Y no estaré aquí el año que viene para cuidar de Nico.

—Thiago, no te preocupes por eso ahora. Has tenido un día y una noche espantosamente largos.

—Desearía que todos volviésemos a casa ahora mismo, que no quedasen más carreras en el campeonato.

—Thiago, sólo estás muy cansado.

Sus facciones estaban ajadas; parecía que de pronto le hubiesen salido arrugas por todas partes a su siempre feliz rostro.

—Quizá. Es que estoy preocupado con Nico; ha estado muy silencioso allí dentro, apenas si miraba en dirección a Haruki.

—Me dijo que, para los pilotos, estas situaciones no son sencillas de sobrellevar.

—Y no lo son, pero no es solamente eso. Cuando hemos salido de la sala, me ha contado lo de la noche del sábado. —Hizo una pausa—. Se supone que él ama lo que hace, que debía disfrutar de las carreras, de todo esto, que es su pasión. Ahora no veo que lo disfrute; más bien lo padece. Creo que se pone bajo una presión innecesaria.

—También yo.

—Creo que debería entender que lo más importante es su felicidad, su salud, independientemente de lo que haga o de dónde esté, de si gana o pierde carreras o, incluso, de si se va de la categoría.

—¿Irse de la categoría? ¿Te ha dicho que quiere abandonar la Fórmula Uno? —solté sorprendida.

—No, sólo me ha dicho que está cansado. Y no ha sido un «estoy cansado porque no he pegado ojo en toda la noche». ¿Lo entiendes? Ha sido un cansado... —otra pausa—; uno de esos que sueltan quienes están un tanto perdidos.

Mi Nico. Me dieron ganas de tenerlo entre mis brazos en ese instante; de hablar con él seriamente, de que comprendiese que no necesitaba correr ni una sola carrera más si no quería, que la cantidad de campeonatos que ganase no lo hacían él. Por encima de todo, tenía ganas de decirle que, seriamente, comenzase a pensar en él, porque ganar campeonatos o ser implacable en la pista quizá no fuese completamente por él.

Me pregunté cuánto de Nico, en realidad, era Nico, el Nico que él quería ser.

Las manos se me enfriaron. Entonces fue el turno de Thiago de darme un apretón.

—Éste no será el mejor momento, pero hablaré con él —me dijo Thiago—. Es que hace un rato tampoco estaba de humor, porque llamó a su padre para avisarlo de que estaba aquí y... ya sabes...

—Sí, lo sé. Su padre.

—Su padre y los *paparazzi*.

Asentí con la cabeza.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Harper correrá las carreras que quedan.

—Ya lo imaginaba —me contestó Thiago en el mismo bajo tono de voz.

—A ver cómo se lo toma. Paul se lo ha llevado para decírselo. Le he prometido a Paul que lo ayudaría con eso, por si Nico reacciona mal.

—No te preocupes, no estás sola en esto, también hablaré con él. No estás sola con él, quiero que lo sepas. Sé como es el padre de Nico y sé como es Nico cuando está con él. —Thiago se detuvo—. Por eso me alegré tanto cuando apareciste en su

vida. Creo que él es mucho más feliz ahora, contigo. Quizá no lo sepa, quizá todavía no se ha dado cuenta... pero está cambiando y creo que el cambio es para mejor. — Una de sus hermosas sonrisas intentó aflorar en sus labios—. Me iré de aquí un poco más tranquilo sabiendo que te tiene a su lado. Es un bastardo con suerte; espero que lo sepa.

—Sí, espero que sepa que tiene al mejor amigo que se pueda pedir.

Oímos pasos y nos dimos la vuelta para ver regresar a Nico. Traía peor cara que cuando se fue siguiendo a Paul.

—Mejor te lo llevas de aquí ahora.

Asentí con la cabeza.

—Nos vemos en Japón, Duendecillo.

Con dos besos y un abrazo, nos despedimos.

Nico y Thiago también compartieron un abrazo.

El camino al hotel fue demasiado silencioso y tenso.

Fuimos directamente a hacer muestras maletas, porque en un par de horas debíamos partir rumbo a Japón.

Ni siquiera de camino al aeropuerto Nico soltó una palabra sobre que Harper reemplazaría a Haruki en su monoplaza.

En el avión, se quedó dormido, y yo pasé un par de horas con los ojos abiertos de par en par, mordiéndome las uñas.

Nuestra llegada a Japón fue un auténtico caos. Ésa era la tierra natal de Haruki y, por lo visto, allí había mucha gente que no tenía la más mínima intención de darle la bienvenida a Nico; personas que creían que su actitud, antes de sobrepasar al japonés, había sido en parte responsable de que se desconcentrara, de que se pusiese nervioso para, finalmente, chocar contra la pared a casi trescientos kilómetros por hora.

Si bien Haruki mejoraba, la noticia de su accidente estaba todavía muy fresca, más todavía la de su reemplazo al volante por Harper.

Al llegar al hotel, nos encontramos con una multitud de personas que le pedían autógrafos y otras que lo abucheaban. Nico pasó por delante de todos ellos sin ni siquiera mirarlos. Podía parecer indiferente a lo que lo rodeaba; sin embargo, yo lo conocía lo suficiente como para saber que, debajo de aquellas capas de hielo y hierro que él pretendía mantener sobre su piel, había una persona al límite, alguien que ya no tenía sangre corriendo por las venas, sino mucha presión. En las facciones ocultas detrás de un rostro tenso había cansancio e incluso un poco de miedo.

La categoría volvió a asaltar todas las conversaciones, invadiendo el circuito de Suzuka.

Todos volvimos al trabajo; eso incluyó a toda la prensa que seguía la categoría y que, en ese momento, tenía sus ojos con la mirada muy fija en el equipo Bravío, y no solamente por lo sucedido con Haruki, sino por la presencia estable de Harper en el

box, en los eventos del equipo, en las ruedas de prensa, en las presentaciones, en las reuniones con los ingenieros, en el comedor, en la autocaravana que hasta entonces había ocupado Haruki.

No era un secreto para nadie que Nico y Harper apenas se dirigían la palabra.

Cuando a Nico le preguntaron por ella en una entrevista que dio en mitad de la calle del *paddock*, contestó que no tenía nada que comentar al respecto, que él estaba allí para ganar el campeonato sin importar a quién tuviese de compañero de equipo, que su trabajo y sus motivaciones no se veían afectadas en lo más mínimo por la persona que estuviese al volante del segundo monoplaza de Bravío.

El mismo periodista también le preguntó por Haruki, y Nico contestó que tampoco tenía comentarios que hacer al respecto.

Así, como esa entrevista, fueron todas las que oí o presencié dentro y fuera del circuito en los días previos a las pruebas libres del viernes. Nico contestaba con palabras distantes, con gestos fríos. Lo único que hacía era repetir que él tenía su mente centrada en el campeonato, en las carreras que le quedaban por correr.

Harper, por su parte, declaró en las entrevistas que, a pesar de que le entusiasmaba correr el resto de las carreras que le quedaban a la temporada, hubiese preferido que fuesen otras las circunstancias y que, si bien su modo de conducir era muy distinto al de Haruki, esperaba poder hacerle honor al espacio vacío que él había dejado durante ese tiempo en el que le costaría recuperarse. También comentó que sus intenciones eran, simplemente, ganar más experiencia para poder continuar utilizándola el año siguiente en su trabajo como piloto de pruebas para el equipo, para lo que ya había firmado un contrato.

Del futuro de Haruki dentro de Bravío nadie decía ni una palabra y, pese a que el equipo confiaba en tener muy buenos resultados también allí, la tensión era palpable en los silencios en el *box*, en las conversaciones de oído a oído y por los rincones, en la cara de preocupación de Paul y en las idas y venidas de los ingenieros, de la gente de relaciones públicas del equipo y en la llegada al circuito del dueño de Bravío, que no hizo más que comentar escuetamente lo mucho que lamentaba el accidente de Haruki, lo entusiasmado que estaba por el campeonato de Nico y lo confiado que estaba respecto a que Bravío se quedaría, otro año más, con el campeonato de constructores.

Mientras trabajábamos a toda máquina, el monitor instalado en nuestra cocina nos permitía seguir de cerca lo que sucedía en el circuito y, sobre todo, en el *box* de Bravío, que por lo visto ese fin de semana parecía ser poseedor de un atractivo especial, pues el realizador de televisión no hacía más que mostrarlo una y otra vez, tanto si Nico y Harper estaban allí como si no.

En la pista parecía que tampoco había más pilotos aparte de ellos dos. Comparaban sus tiempos de vuelta, la forma en que tomaban las curvas, el modo en que movían sus manos sobre el volante o sobrepasaban a otros pilotos más lentos...

Las cámaras también seguían muy de cerca a Paul, demasiado de cerca; si es que casi daba la impresión de que querían adivinar sus pensamientos entre parpadeo y

parpadeo, o leerle los labios cada vez que se llevaba el micrófono, que colgaba de sus auriculares, a la boca.

Todo en Bravío estaba siendo objeto de profundo análisis, de uno casi frenético que, sin duda, no ayudaba a nadie.

Durante la primera sesión de pruebas de la mañana, Nico se quedó con el tiempo más veloz; en la segunda tanda, las cosas cambiaron un poco y se lo atribuí a que Harper estuvo reunida con sus ingenieros una hora en la autocaravana de la piloto. Allí almorzaron y discutieron cambios, que los mecánicos realizaron en su automóvil a toda velocidad, antes de la segunda tanda de pruebas.

Los chicos trabajaron alrededor de ese monoplaza de forma frenética, increíblemente concentrados, mientras los mecánicos de Nico los observaban con curiosidad.

En su tercera vuelta en la pista, Harper destrozó el tiempo anterior de Nico y, entonces, allí el ambiente terminó por caldearse del todo.

Vi las caras de desconcierto entre los mecánicos de Nico, y a Toto correr del *pit wall* al *box*, todavía hablando por radio.

Nico paró en la siguiente vuelta. Sus mecánicos lo recibieron entrando su coche marcha atrás en el *box*. Nico se bajó y llegó Harper, cuyo coche ubicaron en su sitio del mismo modo que el de Nico.

Estaba terminando de lavar unas hierbas aromáticas cuando vi en el monitor a Nico moverse en dirección al coche de Harper, después de quitarse el casco y la capucha, todavía con el HANS sobre sus hombros. Harper aún estaba en su habitáculo.

Nico se coló por el lado derecho del ingeniero de pista de Haruki, que ahora era el de Harper, y con malos modos se metió entre éste y el vehículo para inclinarse y quedar a la altura de la piloto, quien todavía estaba sentada allí, con su casco puesto y el cinturón de seguridad abrochado.

El campeón se reclinó un poco más sobre ella y le dijo algo; fui consciente de que los comentaristas del evento tampoco pudieron adivinar sus palabras, porque la cámara estaba en la calle de *boxes* y Nico, de espaldas a ellos.

Vi a Harper apartar de malas maneras la mano de Nico de delante de su casco.

El campeón regresó a su sitio, pero apuntándola con un dedo amenazador. En escena apareció Toto y mecánicos de las dos partes del equipo. También vi a Amanda, la novia de Harper, dirigirse hacia Nico... y entonces todo terminó de estallar. Hubo gritos, forcejeos, aparecieron periodistas por todas partes. La segunda tanda de pruebas libres dejó de importar. Toto procuró apartar a Nico del monoplaza de Harper. Ésta tironeó de sus anclajes para salir del interior de su vehículo. Paul cruzó la calle de *boxes* sin mirar, lanzándose a lo loco en dirección al *box*.

—¿Qué mierda...? —jadeó Suri a mi lado.

—Nico... —Me cogí la frente.

Dave y su padre lo apartaron del coche de Harper, de Harper y de su novia, con quienes parecía querer pelearse a puñetazos. Hubo empujones también entre los mecánicos de uno y otro piloto. Paul tuvo que ponerse en medio de todos y aparecieron, de no sé donde, personas de seguridad para evitar que acabasen de montar una batalla campal en medio del *box* de Bravío.

El jefe mayor de la Fórmula Uno apareció en escena, dirigiéndose directamente a Nico, con quien todo el mundo sabía que tenía mucha afinidad.

Amanda se llevó a Harper hacia la parte posterior de los *boxes*, mientras Nico continuaba despotricando en su dirección, gesticulando y gritando.

Cuando Harper desapareció de escena, Paul y el dueño del equipo fueron a unirse con Nico, quien, todavía furioso, continuaba vociferando.

—Según nuestras fuentes, el campeón le ha gritado varias veces a Harper que le había robado la configuración a la que él y sus ingenieros habían llegado. La ha acusado de que había una fuga, de que alguien del equipo les había pasado información, que uno de sus mecánicos le había soplado el *setup* que tenían preparado para este gran premio.

En un recuadro en la pantalla continuaban mostrando el *box* de Bravío.

Vi a Dave hacer a un lado a Nico, intentando calmarlo, y a Paul observando a todos con preocupación y enojo. Sus ojos buscaban a alguien en el *box*.

Toto se aproximó a Dave junto con el jefe de mecánicos de Nico. Los tres desaparecieron por la parte posterior del *box*, mientras las pruebas continuaban.

—Cómo si al equipo le faltasen problemas —murmuró Suri.

—¿Crees que es posible... que alguno de los mecánicos de Nico le haya pasado la configuración de su monoplaza a los de Harper?

Suri se quedó mirándome en silencio. Si bien los dos bólidos corrían bajo el mismo nombre y con la misma tecnología, cada piloto tenía su grupo de trabajo, que funcionaba de manera independiente; por tanto, lo que hacía uno no tenía que concernirle al otro. Ambos funcionaban como si fuesen un equipo en sí mismos; el caso es que gran parte del *setup* tenía que ver con lo que sabía el piloto, con lo que vivía éste en cada circuito, y esa información no se compartía entre un lado y el otro del equipo, ni en Bravío ni en ningún otro equipo. Si alguno de los mecánicos de Nico había compartido información con los mecánicos de Harper, entonces Bravío pasaba por una crisis todavía mayor de la que todos suponíamos, no sólo por el mero sople de datos, sino porque eso significaba que en el grupo de trabajo del campeón evidentemente había gente que no estaba muy feliz y filtraba cosas que no debía... y el mismo descontento había en el de Harper, lo que provocaba que estuviesen dispuestos a recibir y aplicar información a la que ellos mismos sabían que no debían tener acceso.

Suri se encogió de hombros sin contestar.

No había necesidad; yo había sentido el malestar entre ambos grupos. Muchos se sentían mal por lo sucedido entre Nico y Haruki en Malasia, y otros estaban todavía más disconformes con las últimas declaraciones de Nico. Supuse que no debería sorprenderme que alguien hubiese decidido traicionar al campeón y que alguien, dentro del grupo de trabajo que hasta una carrera atrás había sido de Haruki, decidiese tomar venganza por lo ocurrido.

Unos minutos después, Nico regresó a pista para quedarse otra vez con el mejor tiempo.

Harper no volvió a salir y sus mecánicos desaparecieron del *box*.

Para el atardecer, Bravío emitía un comunicado oficial anunciando que, en efecto, sí había habido una fuga de información y que el equipo ya había aplicado las sanciones correspondientes.

En esta notificación oficial no constaba que Bravío había despedido a dos integrantes del equipo y que había puesto sobre aviso a otros dos.

Para rematar la jornada, vi una y otra vez por televisión un momento en el que, ante un evidente raptó de furia, después de lo sucedido con Harper, Nico le gritaba a un periodista que ésta no debía correr, que las mujeres no eran buenos pilotos.

Imaginé que aquella declaración fue más producto de su cabreo por el soplo entre un grupo y otro del equipo que porque en realidad creyese que las mujeres no eran buenas para correr; aun así, me molestó que fuese por ahí diciendo ese tipo de estupideces, porque, dadas las circunstancias, era de esperarse que la prensa se agarrase a eso para destrozarlo, cosa que hizo.

Para cuando empezó a oscurecer, el ambiente entre los camiones y autocaravanas de Bravío era desolador y tenso. Éste ya no se parecía en nada al equipo que conocí cuando llegué a la categoría; las caras felices habían desaparecido; de camaradería no quedaba nada; de unión, mucho menos, y hasta daba la impresión de que muchos deseaban largarse sin importarles si ganaban el campeonato de constructores o no.

Completamente desmoralizado, así estaba Bravío y cada uno de sus integrantes.

Nico dejó el circuito antes de que yo terminase de trabajar. Se despidió de mí con un mensaje de texto, diciéndome que nos veríamos en el hotel más tarde.

* * *

Empujé la puerta y suspiré aliviada de estar por fin en lo que, al menos por estos días, llamaba hogar. La habitación era inmensa y muy comfortable; demasiado impersonal, pero quedaba fuera de la vista de ojos curiosos y allí estaba él, todo lo que yo necesitaba para olvidarme del cansancio.

Tenía ganas de abrazarlo, de besarlo, de inspirar profundamente su perfume, de proponerle que nos largásemos los dos muy lejos de allí, a vivir otra vida, a un largo descanso, a ser solamente nosotros y nada más.

Cerré la puerta y me arranqué las zapatillas deportivas nada más dar un paso.

Solté mi bolso y mi abrigo sobre uno de los sillones.

—¿Nico?

Había unas pocas luces encendidas a mi alrededor; sin embargo, lo que más brillaba eran las luces y el paisaje nocturno al otro lado de los cristales de las ventanas.

—¿Nico? —repetí, alzando un poco más la voz.

—En la habitación —contestó.

No necesitaba decir ni una sola palabra más para que yo captase que no estaba de buen humor.

Procuré armarme de valor y paciencia. Él necesitaba compañía, apoyo, aflojar las tensiones y descansar para la clasificación del día siguiente.

Desde la puerta, lo vi en la cama, con su Mac sobre las sábanas; estaba sentado, cruzado de piernas, inclinado hacia delante mirando la pantalla.

A los pies de la cama había una bandeja con los restos de su cena; sobre la mesita de noche, el estuche y el resto de sus medicinas.

Fui hasta él. Desde el borde del lecho, lo abracé y le di un beso en la coronilla. Se había duchado y olía a su champú.

—Hola —susurré—. Hueles muy bien. —Inspiré hondo sobre su cabello una vez más—. Tenía tantas ganas de verte... —Nico no reaccionó a mis palabras lo más mínimo. Me aparté un poco de él—. ¿Qué miras? —le pregunté, apoyándome en su hombro para espiar en dirección a la pantalla del Mac.

—Un foro de discusión sobre los pilotos de Fórmula Uno. —Hizo una pausa—. Alguien entró y preguntó si alguien sabía dónde vivían los pilotos de la categoría. Mira esto. —Con un dedo apuntó la pantalla—. «Nico vive en su fortaleza helada de soledad» —leyó—. «Nico no vive en ninguna parte; al final de cada carrera es empaquetado y enviado a fábrica para su reparación para la próxima carrera. Los comisarios se turnan para llevárselo a su casa, ése es el pago que él les da porque todos se pongan a su favor.» —Dijo esto último con los dientes apretados.

Por lo visto el día iba de mal en peor.

—Nico, no les hagas caso. Esas cosas las escriben personas que no tienen nada que hacer con sus respectivas vidas; es gente que usualmente no tiene el valor de luchar por nada... y no tiene otra cosa que hacer que hablar de los demás. No les hagas caso.

—No tienen ni idea de cómo es mi vida —gruñó cerrando el Mac de un golpe.

—Por eso mismo, porque no tienen idea de cómo es tu vida, de lo que sacrificas a diario, de lo que te ha costado llegar hasta aquí, y, aunque lo supiesen, no lo han vivido, de modo que jamás lo comprenderían. No te amargues por eso.

—Me amargo porque esa gente es parte del público que asiste y ve las carreras por televisión. Yo no les pago nada a los comisarios para que estén de mi lado, nos juzgan a todos por igual. No me dan un trato especial y ¡no hago trampa! En Bravío ni siquiera hay órdenes de equipo. Yo no necesito que nadie me facilite las cosas para ganar, y eso sería lo último que desearía. Odio que piensen que lo que tengo es porque alguien me lo ha regalado. —Se puso en pie saltando de la cama—. Me dejo la vida en cada carrera, literalmente lo hago. Mi carrera no es falsa; he dado cada paso para llegar hasta aquí y no ha sido fácil. Tuve que aprender a golpes todo lo que sé, y jamás he robado información a nadie ni he ido por detrás de nadie para socavar su posición. Si he llegado donde he llegado ha sido a base de esfuerzo, de sacrificio. ¡No ha sido suerte! ¡Tampoco porque yo sea una máquina! ¡No soy una puta máquina!

—Nico, déjalo ya. No tienen ni idea, no saben de lo que hablan; además, es tu trabajo... Ahora estás aquí, no pienses en la carrera hasta mañana. Procura relajarte, pensar en otra cosa.

—¡No lo entiendes! —gritó interrumpiéndome—. Esto es lo que hago, lo que soy.

—Lo sé, por eso mismo. Ellos no tienen ni idea, ya te lo he dicho; es que simplemente hay mucha gente enfadada. Los últimos días...

—¿Enfadada?! —bramó impidiéndome terminar la frase.

—Por lo que ha sucedido con Harper. Déjalo estar, siempre habrá alguien que someta a riguroso escrutinio tu vida, que le dé cientos de vueltas a cada una de tus palabras.

—¡No tienen ningún derecho!

—Nico, no te pongas así.

—Todo esto es culpa de Harper o, peor aún, de su novia. Seguro que les ha faltado tiempo para salir por ahí a hablar de mí.

—Amanda no haría tal cosa y lo sabes, ninguna de las dos. Harper quiere lo mejor para el equipo y todo lo que se ha estado diciendo estos días daña a Bravío, no solamente a ti. No puedo explicar lo de hoy, pero sin duda no ha sido algo que ella quisiera; es más, es probable que Harper sólo aceptase de sus ingenieros la sugerencia de los cambios que les pasaron, ni siquiera debía de saber de dónde provenía la información.

Nico resopló fastidiado.

Intenté acercarme a él, pero se alejó de mí.

—No la defiendas.

—Nico, no defiendes a nadie. Simplemente no les prestes atención, ¿quieres? Olvídate de ello y no vuelvas a entrar en esos foros, no sirve de nada. No leas las

cosas que escriben. No escuches a nadie. Haz lo que te gusta, disfrútalo. Vive tu vida por ti, no por los demás o por lo que puedan decir.

Nico me lanzó una mirada de odio.

—¿Por qué me miras así?

—Estás de acuerdo con toda esa gente. —En un movimiento parecido a un latigazo, su mano me señaló el Mac.

—Yo no estoy de acuerdo con esa gente, Nico. Sé que no eres una máquina y que tampoco eres de hielo.

—Seguro que estás enfadada por lo que he dicho de Harper. Supongo que lo has visto, ¿no? No hacen más que pasarlo una y otra vez por televisión. Incluso han subido el vídeo a YouTube.

—Eso no te lo niego. Tu comentario ha sido ridículo y sexista. Me ha molestado y me molesta que creas que una mujer, por ser mujer, no es suficientemente buena como para correr en la categoría.

—¡Ahí lo tienes!

—¡Oye, deja de gritarme así! No he sido yo la que ha escrito esos comentarios, y no quiero volver a discutir contigo por lo de Harper. Tú tienes tu opinión y yo, la mía. Me fastidia que te asalte esa vena machista; sin embargo, me niego a reñir contigo otra vez, menos aún en este momento, cuando tan alterado estás, cuando tan tensa es la situación.

—Estoy alterado porque ni siquiera tú me apoyas.

—No digas estupideces, claro que te apoyo. No con lo de Harper, pero sí con todo lo demás. Me gustaría partirlle los dientes de un puñetazo a la gente que escribe esas estupideces, pero no valen la pena.

—Todo esto es culpa de Haruki. Debió de tener más cuidado.

—¡¿Culpa de Haruki?! Nico, no digas gilipolleces... Haruki no chocó para complicarte la vida. Fue un accidente.

—Él no estaba lo suficientemente concentrado en su trabajo.

Resoplé fastidiada.

—Sí, Nico, esto es lo que nos sucede a los seres humanos: no somos perfectos y, a veces, cometemos errores.

—¡No puedes cometer errores en la Fórmula Uno, ya te lo expliqué!

—Ok, Nico, creo que es momento de que cortemos la conversación aquí. Tu mal humor es demasiado evidente y no quiero que acabemos teniendo...

—¿Teniendo una discusión sobre algo que obviamente no comprendes?

—Suficiente, no pienso decir una palabra más. Cuando te calmes, si quieres, hablamos. No ahora, no contigo así, buscando a alguien con quien descargar tu mala leche y toda la tensión que llevas dentro.

En vez de contestarme con palabras, Nico me contestó dando un portazo al salir del cuarto.

Fui tras él.

—¡Nico!

Otro portazo suyo, esta vez para salir de la habitación.

—Nico, no te vayas —grité corriendo en dirección a la puerta, de la cual tiré para abrirla y ver que las puertas del ascensor se cerraban a sus espaldas.

Mis hombros cayeron rendidos.

Lo dejé marchar.

En algún momento de la noche, cuando apenas empezaba a conciliar el sueño, él llegó a mi lado y me abrazó; luego besó mi cuello, pidiéndome perdón. Me dijo que me amaba y se acurrucó a mi lado. Así, juntos, nos quedamos dormidos.

28. Tormenta de azúcar

Nico lideró las pruebas libres del sábado y demostró por qué, a pesar de todo, era el líder de la categoría.

Harper fue muy rápida, mucho más que el resto de los pilotos, pero fue Nico el que se despegó por completo del pelotón, demostrando que, si lo empujaban a rendir más, él podía dar más.

Allí estuve con él, cuando regresó de marcar su *pole*, porque Érica me había avisado de que Nico había pedido verme en cuanto se bajase del automóvil.

No pude decirle que no y me alegré de no haberlo hecho, de decidir estar allí para él, pese a que lo primero que pensé cuando Érica me llamó fue que ése era uno de los caprichos del campeón.

Supe que algo no iba como siempre cuando Nico descendió de su coche y su único festejo fue abrazarse con Toto para luego darse la vuelta en dirección a las cámaras para no hacer más que alzar un puño en alto.

El campeón ni siquiera sonrió.

Sus ojos me buscaron y, cuando me encontró, vino hasta mí, para pegar su cuerpo al mío, con el vallado de por medio. No me besó, no hubo pasión, sino un abrazo sentido, uno que demostró una necesidad que yo pensé que ya no tenía, una que creía haber cubierto.

Una espantosa sensación de desasosiego se apoderó de mí.

Nico se aferró a mi camisa y yo, a su traje ignífugo.

Oía los flashes rodearnos, las preguntas de los periodistas caer sobre nosotros... Aparté todo aquello a un lado.

—¿Te encuentras bien? —le susurré al oído.

—Si yo soy el viento, tú eres una tormenta de azúcar. Una tormenta que me atrapó, en la que quedé en medio sin saber hacia dónde huir. No me molesta haber quedado envuelto y perdido en ti, porque te necesito y no me cuesta admitirlo. El problema es que continúo perdido. —Nico me estrujó un poco más contra él y mejor así, porque, en ese instante, sus palabras aflojaron mis rodillas y todo mi cuerpo y no por una buena sensación. Lo miré a los ojos y, en efecto, lo vi perdido. Perdido y

cansado, y por mi parte no supe si estaba viendo a Siroco o a Nico, o quizá a ninguno de los dos.

Jadeé su nombre.

Nico tiro hacia arriba las comisuras de sus labios; sin embargo, su intento de sonrisa no duró ni un parpadeo.

—Te amo —me dijo, y después me soltó—. Ahora debo irme. Te veo luego.

—Sí, claro. —La voz me tembló, porque el resto de mi cuerpo temblaba.

Toto lo llamó una vez más y Nico fue hacia él para cumplir con la rueda de prensa y, previamente, con el pesaje.

Cuando se apartó, vi a Mónica, parada detrás de la valla, siguiendo a Nico con la mirada. Ella tampoco tenía buen aspecto, pese al maquillaje y a que iba impecablemente vestida como siempre. Estaba tan sería y su mirada puesta en Nico, tan opaca, tan...

Mi garganta se cerró.

No tenía ni idea de lo que sucedía allí, pero no era nada bueno. Podía sentirlo en mi piel, en el pulso de mis venas.

Nico tuvo mucho trabajo el resto del día; es que allí, más que en ninguna otra parte, los pilotos tenían contacto con los fans en diversos eventos que se desarrollaban a lo largo de todo el fin de semana.

Otra vez, cuando llegué al hotel, él ya estaba en la cama. En esa ocasión no leía comentarios en Internet, sino que veía una película en blanco y negro en la televisión.

Me acurruqué a su lado y me abrazó. No hablamos de la categoría, no hablamos de trabajo, solamente fuimos nosotros dos, como cualquier otra pareja, metidos en la cama, procurando descansar, dándonos cariño.

A la mañana siguiente fue otra historia; era día de carrera y todos en el circuito tenían un único objetivo: dar lo mejor de sí y partir de Suzuka con el mejor resultado posible. Para eso estábamos todos aquí.

Bueno, yo no estaba en el *box* para eso: técnicamente no tenía nada que hacer allí y, además, estando allí descuidaba mi trabajo, pero Nico me había vuelto a llamar y no pude decirle que no.

Faltaban apenas pocos minutos para que abriesen la calle de *boxes*.

Nico me vio llegar y caminó hasta mí para apartarme de los demás.

Sus labios dieron con mi boca en un beso dulce.

—Puedes quedarte aquí, ya he hablado con Paul. Mandará a alguien a ayudar a Suri.

—¿Qué?

—Quiero que te quedes aquí.

—Nico, es mi trabajo.

—Vamos, si os conozco; sé que para esta hora tenéis todo el trabajo hecho y la cocina bajo control. Alguien le echará una mano con lo que precise. Además, yo te necesito aquí conmigo.

—Tú estarás en la pista corriendo, no aquí.

—Sí, pero necesito saber que estarás aquí.

—Nico, por favor... —La angustia se transformó en una bola que atrancó mi garganta; Nico volvía a tener el mismo aspecto que el día anterior después de la clasificación, y eso no estaba bien, no se sentía bien.

—Solamente quédate aquí. Esto es mejor cuando estás aquí para recibirme.

—Puedo hacer mi trabajo y estar aquí para recibirte, Nico.

No dijo nada; tomó mi mano izquierda y la alzó hasta sus labios para depositar un beso en mi anillo de compromiso.

—Quiero casarme contigo.

Le sonreí.

—Sí, bueno, lo sospechaba. Me diste el anillo, ¿recuerdas? —bromeé.

—Me refiero a que deseo hacerlo pronto. Deberíamos elegir una fecha. Podemos regresar a Mónaco y hacerlo. Pediremos una cita en el ayuntamiento y nos casaremos.

Se me escapó una gran sonrisa.

—Eso suena muy bien.

—Sí, ¿no? Nosotros dos, para que me convierta en tu hombre y tú, en mi mujer. No tiene sentido que esperemos si ya lo somos. No quiero esperar más.

—Está bien. Me encanta la idea; tampoco necesito esperar, tengo muy claro que te quiero a ti y a nadie más.

—¡Qué afortunado soy! —Acercó su rostro al mío—. Te amo, *petitona*.

—Y yo a ti. —Le devolví el beso y después, por el lado de su hombro, vi a Toto con una mueca de no querer interrumpir lo que sucedía entre Nico y yo—. Creo que te necesitan en tu coche, campeón. Anda, ve y diviértete mucho. —Otro beso rápido sobre sus labios—. Disfruta de la carrera.

—Eso haré.

Otro beso de él hacia mí.

—Quédate aquí y no te muevas.

—De acuerdo, no me iré.

—Te amo, Natalia.

—Y yo a ti, Nico.

—Te amo —repitió apenas dando un paso hacia atrás.

—Vete ya o Toto hará que me saquen de aquí si no te metes en tu bólido.

—Te amo.

—Lárgate de una vez —le dije riendo.

—Te amo más de lo que imaginé que podría amar.

—Nico, es en serio, ve a correr.

—Sé que mi madre estaría feliz de saber que tú estás conmigo.

Se me puso la piel de gallina.

—Te amo —me dijo una vez más—. Nos vemos luego.

—Claro. —Parpadeé lentamente para guardarme su sonrisa—. Te amo.

Nico me sonrió de nuevo y luego dio media vuelta para enfrentar la carrera.

Vi a Harper meterse en su vehículo y, en el monitor, a las cámaras siguiendo a Nico de cerca.

Me enfocaron a mí, por lo que pude verme con el rostro alzado hacia el monitor. ¿Por qué tenía tal cara de preocupación?

Los automóviles salieron a la pista para colocarse, uno a uno, en su posición en la parrilla de partida. Los pilotos salieron de sus habitáculos, mientras algunos mecánicos se encargaban de cubrir los neumáticos con las mantas térmicas y otros ultimaban detalles del *setup*.

La grada se llenó de famosos, de los invitados del equipo y del jefe supremo de la categoría; también de fotógrafos y periodistas. Vi a Mónica rondar cerca de los monoplazas de Bravío. Las cámaras de la transmisión oficial de la FIA la mostraron aproximarse a Nico con su micrófono en alto. Éste la recibió con una media sonrisa. Ella le formuló una pregunta que él respondió de manera muy escueta y allí terminó todo; la italiana se alejó en dirección a Harper, a la que también entrevistó brevemente.

Los minutos pasaron, los pilotos regresaron a sus coches. De eso a la vuelta previa y, de allí, a que mi pulso se acelerase.

Me abracé a mí misma, allí quieta, donde me había dejado Nico, mirando cómo su padre y Paul mantenían los ojos fijos en el monitor, esperando a ver la salida, al igual que todos los demás.

Vivir la carrera desde allí me ponía mucho más nerviosa; la adrenalina, en ese lugar, sí, era más alta, al tener los automóviles tan cerca, apenas a unos metros más allá de la calle de *boxes*.

Las cinco luces terminaron de ponerse rojas y entonces el tiempo se detuvo cuando se apagaron.

Vi a Nico quedarse muy relegado en la salida. Había salido muy tarde y Harper lo había hecho bien; Thiago, estupendamente, por lo que, desde su tercera posición, se metió por en medio de los dos coches de Bravío, acelerando a fondo, pasándolos un par de metros hacia delante hasta que Nico reaccionó y se lanzó a su caza.

Thiago y Nico llegaron a la primera curva casi al mismo tiempo. Harper, a nada de distancia.

En una maniobra muy cerrada, Nico logró pasar a Thiago, y Harper, aprovechando el efecto del adelantamiento de Nico sobre el brasileño, también se lanzó a intentar relegarlo otra vez a la tercer posición; no lo logró en la primera curva, pero sí en la segunda, mientras Nico se alejaba cada vez más de ambos.

La carrera, poco a poco, se acomodó. Hubo un par de toques en el fondo del pelotón, pero todos los corredores continuaban en pista, con pocos cambios de posiciones respecto a la parrilla de salida.

A medida que las vueltas comenzaron a sucederse, pude relajarme un poco. Nico parecía estable y seguro en su primera plaza; igual de inamovible, Harper en la suya.

La carrera se tranquilizó; solamente quedó un poco de lucha, no demasiado fiera, por los últimos puestos puntuables. Todavía era demasiado temprano para arriesgarse a quedarse fuera de la competición por intentar ganar un poco más.

Como no sucedía demasiado, los comentaristas de la competición mostraron imágenes del accidente de Haruki; en la parte inferior de la pantalla, informaban textualmente de que la salud del piloto evolucionaba favorablemente.

Los mecánicos del equipo estaban muy tranquilos, acomodados en sus sillas. Nico me había dicho que apostarían a una sola parada y eso no sucedería hasta mitad de carrera, suponía que entre las vueltas veinte y veinticinco, a más tardar, dependiendo de la degradación de los neumáticos.

Un vehículo de uno de los equipos de final de pelotón pasó frente a nosotros: una parada no programada.

Érica se detuvo a mi lado.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó después de que el sonido del coche se alejase.

—Sí, estoy bien —mentí; no lo estaba del todo.

—No te preocupes, el campeón estará bien. Venimos de unos días complicados, pero ya verás como todo volverá a la normalidad. Para la siguiente carrera, todos estaremos más calmados y podremos disfrutar de la competición.

Me obligue a sonreírle.

—Sí, claro. —Podía ser que el campeón volviese a la normalidad, pero ¿y Nico? Había algo raro en él cuando se despidió de mí.

Érica me puso una mano en el brazo y me sonrió.

—Tranquila, ya verás, podremos celebrar juntos el campeonato y, cuando eso suceda, estos días oscuros quedarán olvidados.

«Ojalá sea así», entoné dentro de mi cabeza.

—Prepárate para la fiesta, porque seis campeonatos no se ganan todos los días.

—Claro. —Otra sonrisa forzada por mi parte.

—Disfruta de ver a tu prometido liderar la carrera —soltó, y luego se despidió de mí para continuar con su trabajo.

Las vueltas pasaron y yo permanecí quieta en mi sitio, deseando que la carrera terminase pronto, que pudiésemos regresar cuanto antes a Montecarlo.

Los primeros pilotos fueron llamados a *boxes* y, entonces, en la vuelta veintitrés...

—Nico, al *box*. Nico, al *box*. Nico, al *box* en esta vuelta. Repito, al *box* en esta vuelta.

Los mecánicos de Nico se pusieron de pie, fueron a por los neumáticos que tenían preparados para él y salieron a la calle de *boxes*.

Nico era uno de los últimos pilotos que faltaba ser llamado a cambiar neumáticos. Harper ya había entrado y Thiago también rodaba ya por la pista con un *set* de neumáticos distinto.

En el monitor vi a Nico desviarse de la pista para entrar en la calle de *boxes* aminorando la marcha.

Los mecánicos ya estaban allí para él.

El motor de su coche comenzó a rugir en mis oídos. Sentí el corazón de Nico sobre mi pecho, su mirada iluminando mi sonrisa, el aroma de su cabello en mi nariz, el tacto de sus labios sobre el dedo en el que llevaba mi anillo de compromiso.

Nico frenó delante de sus mecánicos. Quedé sorda mientras veía a estos últimos moverse a toda prisa a su alrededor.

Intenté ver su casco, encontrar la visera, poder tener aunque fuese un pantallazo de su rostro a través de ésta.

No logré ver más que el número uno a un lado de su coche, cuando el sonido de su motor regresó a mis oídos al apartarse los mecánicos y Nico volver a acelerar.

Giré la cabeza para seguir su salida de *boxes*.

Nico llegó al final de la calle de *boxes* y entonces el sonido de su motor dejó de sonar amortiguado para liberarse. Nico pisó la pista una vez más...

Ni siquiera conseguí ver qué vehículo fue el que se cruzó por delante de él a toda velocidad, sólo vi a Nico maniobrar de forma brusca.

Su neumático delantero izquierdo salió volando, también el alerón delantero.

El coche mordió los cordones a toda velocidad, la otra rueda salió de su sitio, pero no llegó a salir volando. Completamente fuera de control, el monoplaza de Nico salió

de la pista sin ni siquiera levantar polvo, y eso se debió a que no tocaba la cama de leca o el pasto, porque volaba. Volaba y su velocidad era alta porque nada lo frenaba.

Mi corazón se estrujó sobre sí mismo. Sentí una punzada en el pecho. Un larguísimo «no» salió de mis labios, mientras veía las protecciones acercándose de manera peligrosa.

El mundo finalmente estalló y se quedó en silencio cuando de frente, y a toda velocidad, Nico quedó incrustado en las protecciones.

De refilón, vi a todo el mundo allí dentro agarrarse la cabeza, y al padre de Nico tambalearse mientras Dave se partía en dos.

Ya no podía respirar, no podía sentir, y creí que no podría vivir si no lo veía, pronto, salir del interior de su automóvil.

Todavía no sé cómo corrí hasta el monitor. Érica llegó a mí y me cogió por los hombros.

La emisión del gran premio nos enseñó una vista aérea. Nico, allí incrustado, y los coches pasando por su lado. Banderas agitadas y, por debajo del recuadro de la pantalla, el aviso de que el *safety car* había salido a pista.

Tuve la más espantosa sensación de *déjà vu*... Haruki, mi hermano, los comisarios de pista corriendo hacia Nico, el automóvil médico de la categoría saliendo de *boxes* para llegar a él en menos de un parpadeo. La ambulancia. Todos corriendo hacia él, que no salía de su vehículo.

En el *pit wall*, Paul se puso de pie sin ser capaz de apartar la vista del monitor frente a él.

—Nico... —exclamó en un graznido Alfons—. Nico... ¡Nico! ¡Nicolau! ¡Hijo! —gritó con desesperación, y entonces yo no fui capaz de contener en mis manos los trozos de ese mundo que había estallado frente a mí.

El padre de Nico quiso salir pitando de los *boxes* hacia la calle para correr a la pista. Lo agarraron entre Dave y dos de los mecánicos.

La ambulancia llegó a Nico. Los doctores saltaron de dentro de ésta y corrieron hacia él. Uno de los facultativos del coche plateado ya estaba sobre Nico, palpándolo o lo que fuese; éste se alzó, me pareció ver que le gritaba algo a los que acababan de bajar de la ambulancia. Uno de ellos continuó corriendo en dirección a Nico, pero el otro se lanzó a toda velocidad de regreso a la ambulancia.

—¿Qué pasa?, ¿qué tiene? —pregunté al aire, y nadie me contestó, porque todos los que me rodeaban estaban tan atónitos como yo.

Sin demasiadas ceremonias, entre los dos médicos del coche médico de la FIA sacaron a Nico del interior de su habitáculo. Ése ciertamente no era el procedimiento habitual.

Tironearon de él. Nico parecía un muñeco de trapo en sus manos. Algunos de los oficiales de pista los ayudaron a sostener su cuerpo para colocarlo sobre el pasto. Había una cámara muy próxima a ellos, por lo que pude ver que la pierna de Nico

colgaba desde la rodilla en cualquier dirección y sin demasiado concierto; esa pernera de su traje ignífugo estaba empapada en sangre.

Lo colocaron sobre el suelo y, entre los dos paramédicos de la FIA, le quitaron el HANS y el casco.

El médico que había corrido hasta la ambulancia llegó a ellos con algo entre las manos, con algo que luego, de un parpadeo, identifiqué como un desfibrilador. Entre dos le abrieron el mono ignífugo mientras uno de los médicos se movía a toda prisa para inyectar algo en el brazo de Nico.

Las prisas fueron tantas que nadie se preocupó de colocar entre ellos y los espectadores, entre ellos y las cámaras, aquellas pantallas azules que hubiesen impedido que viese lo que hacían.

Alguien, con unas tijeras, rasgó la pernera del traje ignífugo empapado en sangre. Juraría haber visto dos trozos de hueso que asomaban de su pierna en cualquier dirección. Había sangre por todas partes, pero eso no era lo más preocupante.

Su rostro, el rostro de Nico, pálido, tan quieto que parecía de goma.

Su pecho quedó al descubierto; sobre éste le pegaron dos rectángulos color piel mientras el paramédico de la FIA, el del automóvil plateado, le aplicaba respiración boca a boca.

Mi cerebro lo comprendió y entonces mis rodillas actuaron en consonancia, dándose por vencidas.

—Nico...

—Tranquila. —Érica me agarró por los brazos—. Tranquila, tranquila —me susurró; ella no lo estaba.

El cuerpo de Nico se estremeció.

Tomaron sus constantes vitales. Volvieron a la respiración boca a boca. Le inyectaron algo más y luego, otra descarga con el desfibrilador. Reanimación por tercera vez, otra carga. Más medicinas en sus venas.

Una carga más.

Ni siquiera me había dado cuenta de en qué momento me había arrancado a llorar, simplemente noté que en ese instante tenía el rostro empapado en lágrimas y que mi corazón no soportaba el miedo y el dolor, que mi cerebro no podía creer que tuviese que experimentar otra vez ese temor tan intenso, esa sensación de desasosiego por la pérdida de una de las personas más amadas. Lo había vivido con Tobías y en ese momento estaba allí, viendo desde la distancia lo que sucedía a unos setecientos metros de mí, sin poder estar con él.

Nico sobre la leca, muy quieto, siendo tratado por todas esas personas, visto por el público de la tribuna, que preocupado, había bajado hasta el nivel de tierra, seguido de cerca por millones de telespectadores alrededor de todo el mundo.

—No puede morir —jadeé—. No puede morir. —Desesperada, me aferré de las manos de Érica por tercera vez.

El padre de Nico se giró en mi dirección y me miró. En su rostro no quedaba ni rencor ni desconfianza, tampoco desprecio; era el rostro de un hombre marcado por el dolor y por su propia pérdida. El hombre que tenía frente a sí, en el monitor, a su hijo, sobre el cual alguien ejercía maniobras de reanimación; su hijo enfermo, con el que había luchado codo con codo para que éste pudiese concretar su sueño.

El paramédico de la FIA tapó la nariz de Nico y volvió a insuflar aire por su boca.

Entrelazó los dedos de sus manos para volver a hacer presión sobre su pecho, mientras preparaban el desfibrilador una vez más y entonces se detuvo, soltando sus manos y, con éstas, frenando la labor de todos. Se inclinó con su oreja derecha sobre la nariz de Nico y sonrió.

¡Sonrió!

¡¡Sonrió!!

Con rápidos gestos y palabras que yo no llegué a captar, pidió algo.

Ese algo era la mascarilla de oxígeno, que colocaron sobre el rostro de Nico mientras alguien terminaba con el torniquete y la inmovilización de su pierna rota. Inmovilizaron también su cuello, le pusieron una vía y pasaron la tabla por debajo de su cuerpo maltrecho para trasladarlo a la ambulancia.

Vi a Paul correr hacia nosotros; sus ojos y los míos se cruzaron. Se quitó los auriculares para dejarlos colgando de su cuello.

Paul, Érica, Alfons, Dave y yo acabamos reunidos.

—Ha sufrido un paro cardiorrespiratorio. Han logrado estabilizarlo. Tiene una pierna rota; por lo demás, no tienen una idea muy clara de su estado. El helicóptero ya está listo, Alfons. Érica te llevará hasta allí para que vueles con él hacia el hospital. No puede ir nadie más en el helicóptero. Natalia, tú, Dave y yo iremos en un coche. Por aquí —me dijo Paul, tendiéndome una mano, la cual tomé para que me guiase, porque sola no podía dar ni un solo paso.

Al girar sobre mis pies para ser arrastrada por Paul, primero vi a Toto, con ambas manos sobre el rostro, inclinado hacia delante sobre los monitores del *pit wall*; después vi en el monitor a Nico, que era introducido en la ambulancia. La imagen cambió a los oficiales de pista, apartando el maltrecho automóvil de Nico de la protección de neumáticos en la que había quedado incrustado. El morro de Bravío ya no existía y lo que quedaba de la parte frontal del coche terminó por romperse y soltarse del resto de la manera más triste y angustiada. Si el choque le había hecho eso al vehículo, el impacto sobre Nico...

Paul tiró de mí.

Salimos del *box*. Los periodistas fueron rodeándonos a medida que avanzábamos por la calle del *paddock*.

Personas de seguridad nos rodearon también, éstos para impedir que se nos aproximasen demasiado. El padre de Nico y Érica se alejaron en dirección opuesta.

Una camioneta plateada, blanca, negra y violeta, con el logo de Bravío, apareció de la nada. En ésta me montaron, seguida de Dave y de Paul. En la puerta, de pronto también apareció el dueño del equipo, uno de los abogados del mismo y la encargada de relaciones públicas.

El chófer debía de creer que también corría una carrera, porque condujo como un loco hacia la salida del circuito y, de allí, por la autopista hasta el hospital.

Mi cerebro se negaba a comprender lo que sucedía a mi alrededor.

Una persona muy educada nos guio hacia un ascensor y se metió con nosotros en éste. La mano de Paul estaba otra vez sobre la mía. Me dio un apretón justo cuando mi espíritu comenzaba a ser vencido por el peso de mi cuerpo.

—Tranquila, todo saldrá bien, Nico es un luchador.

Mi otra mano llegó a la suya.

Mentalmente le agradecí que lo llamase Nico, no campeón, ni Siroco, porque la vida que había en él, la que yo quería y necesitaba que sobreviviese, era la de Nico.

Un mar de lágrimas salió de mis ojos cual catarata.

No importa cómo sean las salas de espera de los hospitales, en realidad, son todas iguales. ¿Qué más da si los sillones son cómodos, si hay ventanas, si tienes cerca una máquina de café, si hace la temperatura apropiada? En lo único que podía pensar mi cerebro en ese instante era en él. Ante mí no podía ver más que sus ojos, no podía necesitar más que su abrazo y su perfume, que escuchar su voz y beberme sus sonrisas para entrar en calor, para sentirme viva.

En cuanto llegamos, nos avisaron de que estaban operándolo, que no estaba bien; de haber sido solamente el accidente... Nico era más que un accidente; él cargaba con su diabetes y con el resto de los males que lo aquejaban por culpa de dicha enfermedad. Con él, una fractura no era una simple fractura... ni un terrible choque, un simple terrible choque.

El padre de Nico se unió a nuestra espera, destrozado y sin fuerzas. Oyó, desde la silla a mi lado, cómo el médico nos explicó que no estaba seguro de que pudiesen salvarle la pierna rota; de cualquier modo, ése no era su mayor problema. Sus pulmones, su corazón... todo su cuerpo era un desastre en ese instante y sólo se limitaban a intentar mantenerlo con vida. Cada segundo contaba para darnos esperanzas, dijo.

No hay nada más desesperante o angustiante que no poder hacer otra cosa que esperar a que las horas pasen, a que los análisis sean realizados, a que salga alguien del quirófano, a que pasen más horas, a que te digan que ha habido otra crisis, pero que han logrado estabilizarlo, y a que te repitan que no puedes hacer más que esperar y esperar. Esperar horas y horas, sin ni siquiera poder verlo.

Horas, horas y más horas.

Si yo era una tormenta de azúcar, él era el viento que me daba fuerza y, sin él, volvía a ser azúcar depositado sobre el suelo, quieto, estable, medio muerto; azúcar que lo necesitaba a él para convertirse otra vez en una nube que pudiese viajar de aquí para allá en sus brazos.

Cortas horas de sueño incómodas, llamar a mis padres, a Tobías. Paul a mi lado, Thiago a mi lado. Pilotos yendo y viniendo para saludarnos, para darnos su apoyo. Mónica también pasó por allí, y le hizo un poco de compañía al padre de Nico, lo que debió de serle de gran apoyo a él, pero, a mí, pese a todo, me hizo sentir fatal; con Alfons, desde el accidente, las cosas estaban un poco más cercanas; sin embargo, la relación que tenían ambos no tenía nada que ver con la que yo mantenía con él, así como la relación que yo tenía con Nico no era nada parecida a la que Nico tuvo con ella.

Cartas de fans, velas en la puerta del hospital, fotografías suyas por todas partes; peluches, flores, personas que rezaban por él en todas las lenguas, en todos los credos. Mensajes de energía. Horas y más horas y, por fin, pude pasar a verlo después de que entrase su padre.

Nico, inconsciente en aquella cama, rodeado de máquinas, la máscara del respirador sobre su rostro... Nunca había visto tanta tecnología médica junta y no sabía si sentirme aliviada, porque todo eso que él necesitaba estuviese a su disposición, o angustiada, porque lo necesitase.

Le eché un vistazo a su pierna rota; habían vuelto a meter los huesos dentro de la carne pero, desafortunadamente, ésta no tenía buen color; estaba muy hinchada y había clavos que sobresalían por todas partes.

El cuerpo de Nico estaba sostenido sobre la cama por unos soportes a los lados, por lo que ni siquiera pude acomodarme a su lado; de todas formas, creo que me hubiese dado demasiado miedo intentarlo, por temor a lastimarlo aún más.

Estaba tan pálido...

Tenía tantas cosas conectadas a sus brazos, incluso a sus dedos, que temía hasta cogerlo de la mano y desconectar algo.

Con cuidado, metí dos dedos por debajo de su palma izquierda. Su mano estaba muy fría.

—Nico, soy yo, amor. Aquí estoy. Nico, vamos, abre los ojos; quiero verte, quiero ver ese hermoso par de ojos azul celeste —le dije llamándolo, procurando que mi voz sonase alegre.

Nico estaba sedado, pero no para mantenerlo dormido; su inconsciencia duraba desde el accidente y los médicos nos habían alentado a que le hablásemos, a que lo estimulásemos para procurar hacer que se despertase.

Cuanto más tardase en abrir los ojos, más oscuro sería su futuro.

—Amor, estoy aquí, abre los ojos. Dime que te recuperarás para ganar el campeonato, para que podamos regresar a Montecarlo a casarnos como querías. —

Me incliné sobre él; no olía a él, sino a hospital, a desinfectante—. Oye, que eso que me dijiste antes de correr sonó a despedida, y tú no puedes despedirte de mí así tan fácilmente. Complicaste mi vida, así que ahora es mi turno de complicar la tuya. — Mis labios se esforzaban por sonreír, pero mis ojos solamente querían llorar y llorar—. No puedes dejarme ahora, campeón; no puedes dejarme, porque tú estás durmiendo en esta cama y yo no puedo dormir aquí contigo, no puedo amanecer aquí contigo. Tienes que ponerte bien para que pueda cumplir mi palabra de estar contigo cada mañana cuando abras los ojos. —Acaricié su frente—. Abre los ojos, Nico. Ábrelos.

Nico no abrió los ojos ni el lunes ni el martes.

Llegué del hotel después de haber ido hasta allí para darme una ducha y cambiarme de ropa, y me acomodé en mi sitio en la sala de espera. En ese momento allí no había nadie del equipo; sin embargo, los fans continuaba en la entrada.

Dejé mi bolso a un lado y me tomé un segundo para asimilar que estaba allí otra vez. Conté tres respiraciones con los ojos cerrados y, al abrirlos, vi a Thiago de pie junto a la entrada.

—Hola, Duendecillo.

Me puse de pie y fui hasta él mientras él se acercaba a mí. Compartimos un abrazo.

—Vengo de verlo. Sigue igual. Todavía continúa con unas décimas de fiebre.

—¿La oxigenación?

Thiago meneó la cabeza.

—Sin cambios.

—¿Su pierna?

Se encogió de hombros.

—¿Y Alfons?

—Cuando llegué lo convencimos con Dave para que fuese al hotel a descansar un poco.

—¿Hay alguien con Nico ahora?

—No, sólo las enfermeras. —Thiago me guio hasta las sillas—. Vino Mónica —comenzó a decirme cuando llegamos a éstas—. Estuvo un par de minutos dentro y se fue.

—Está bien. No soy tan obtusa como para impedir que lo vea.

—¿Pasarás la noche aquí?

Asentí con la cabeza.

—Bien, aquí me quedaré contigo.

—Gracias.

Thiago me sonrió.

—¿Sabes una cosa?, ese idiota no nos merece. Lo que nos hace sufrir con esto...
—bromeó.

Mis ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Cómo podía ser que llorase una y otra vez, sin que se me acabasen las lágrimas.

—Despertará, ya lo verás. Despertará pronto, para fastidiarnos la vida con ese mal genio suyo.

—Adoraría poder padecer su mal humor en este instante.

Thiago rio.

—Sí, claro, te entiendo; no eres la única.

—Necesito que despierte, Thiago. Suena terriblemente egoísta, pero lo necesito conmigo. Lo quiero aquí.

—Todavía está aquí. No pierdas la esperanza.

—No quiero perderla.

—Justo ahora, antes de salir, se lo he advertido; le he dicho que, si no despertaba pronto, le arrebataría el campeonato. —Thiago me guiñó un ojo—. Verás cómo despierta de un momento a otro.

—Entonces, seguro que despierta —le seguí la corriente.

—Sí, el muy jodido haría cualquier cosa con tal de impedir que le quiten el título de campeón.

Los dos nos forzamos en sonreír. Conversamos un poco más. Entré a ver a Nico un rato, en él no había cambios. Su padre me reemplazó, luego Paul, quien vino a despedirse porque ya no podía demorar más su partida; tenía que volar a España para reunirse con el resto del equipo.

Dave le hizo un rato de compañía, luego Thiago otra vez y, como ya era tarde y el padre de Nico se había quedado dormido sobre tres sillones, entré yo. Si no podía acostarme a su lado, al menos me sentaría allí, pegando lo más posible la silla a su cama.

Allí me quedé, sujetando su mano, intentando, con mi respiración, darle fuerza a la suya, hasta que el sueño me venció y me quedé dormida.

29. Cúlpame a mí

—Alguien que yo sé despertará con una terrible contractura en el cuello y la espalda. Si me lo hubieses pedido, te habría hecho sitio en la cama.

Oí las palabras, pero, entre el sueño, la confusión y el dolor, no conseguí identificar aquella débil voz.

Me dieron un par de palmaditas torpes en la cabeza.

—Aquí, conmigo, en cada cama en la que despierte.

Imposible no identificar esas palabras.

De un salto, me enderecé sobre la silla y, sin querer, aparté su mano.

Nico se quejó de dolor. Fui a rescatar su mano mientras lo miraba a los ojos.

—¡Nico, has despertado!

—Bueno, eso espero. —Sonrió por debajo de la máscara—. Hola.

—¡Nico! —No conseguí contener mi emoción y me lancé sobre él para abrazarlo—. Estás despierto. ¡Estás despierto! Has despertado —repetí riendo y llorando.

—Sí, aquí estoy, y me duele absolutamente todo. Tengo la impresión de haberme estrellado contra un muro a más de trescientos kilómetros por hora.

—Bueno, en realidad diste contra los neumáticos de contención... fue más o menos eso lo que te sucedió.

Nico soltó unos quejidos y se movió un poco sobre el colchón; en verdad solamente fue como si intentase reacomodar su espalda; no podía moverse de su sitio, porque su cuerpo seguía sujeto por un montón de almohadones y correas.

—Me duele todo —gimió. Estiró un poco su brazo derecho, como en un intento de tocarse la pierna—. La pierna me está matando.

—Te la rompiste.

—La siento como si me hubiesen pasado por encima todos los coches de la categoría.

—Tienes suerte de estar vivo. Llevas días inconsciente.

—Esta cosa es muy incómoda. —Con la misma mano con la que había intentado tocarse la pierna señaló en dirección a su rostro.

—Es un respirador. Has tenido un par de problemas con los pulmones.

—Me duele el pecho —apretó los párpados y su boca se hizo un nudo de tan fruncida—, y la cabeza. En realidad, me duele todo y tengo sed, mucha sed.

—Llamaré a las enfermeras. —Hice el amago de salir a buscarlas, pero Nico, con sus pocas fuerzas, se prendió de mi mano—. No, no, quédate conmigo. No quiero volver a quedarme solo. —Apretó los párpados una vez más—. Cuando vi que volaba directo hacia las contenciones... no pude hacer otra cosa que pensar en ti; no quería dejarte, no quería irme a ningún lugar en el que tú no estuvieses.

—Estamos aquí juntos. Estaré contigo todo el tiempo que me quieras a tu lado, Nico. —Besé su mejilla y lo abracé.

—Por cierto, ¿dónde estamos?

—En el hospital, todavía en Japón. Hoy es jueves, llevas desde el domingo inconsciente.

—¿Y mi padre?, ¿y los demás?

—Anoche, cuando entré a verte, tu padre dormía en la sala de espera.

—Dios, lo que debe de haber sido esto para él. El pobre tuvo suficiente dosis de hospitales para toda una vida con mi madre. Quiero irme de aquí. —Hizo el amago de incorporarse. Se quejó de dolor; sin embargo, no sé cómo, consiguió despegar la espalda del colchón. Fue un instante, y vi su rostro agriarse por completo.

—Nico... ¿estás bien?

—¿Qué le ha pasado a mi pierna?, ¿por qué está así? —jadeó con un tono de voz que me dio a entender que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico o algo así; varios de los aparatos a los que estaba conectado también acusaron su excitación.

—Te la rompiste.

—He visto piernas rotas con anterioridad... —Se puso pálido. Vi su cuello ensancharse cuando tragó.

Los médicos todavía no estaban del todo seguros de poder salvarla; las heridas no evolucionaban del modo esperado y Nico todavía continuaba con fiebre. La carne tenía un color oscuro y las heridas seguían tan frescas como el domingo.

—Los médicos están haciendo todo lo que pueden, Nico.

—¿¿Qué dices?! —rugió alterado.

—Es por la diabetes, cariño. Hacen todo lo que pueden; lo más importante aquí es tu salud, que puedas recuperarte.

Nico entendió al instante lo que encerraban mis palabras.

—¡Yo no puedo recuperarme sin mi pierna! ¡¿Cómo se supone que voy a volver a correr sin mi pierna?! ¡No puedo perder la pierna! Tengo que ganar el campeonato, debo volver a competir. No puedo perder mi pierna. Tienen que poder curarla. ¡No puedo perder mi pierna! ¡No permitiré que me la corten, es mi pierna! Necesito volver a correr. Ellos no lo entienden, jamás lo entenderán.

—Nico, cálmate; por encima de todo está tu salud y si tu pierna no...

Los aparatos que controlaban sus constantes vitales si dispararon, enloquecidos. El rostro de Nico se empapó de sudor al instante.

—¡Tú no lo entiendes! ¡No puedo perder mi pierna! ¡No puedo, no puedo, no puedo! —gritó intentando levantarse de la cama—. ¡Sácame de aquí!

—Nico, no puedes ir a ninguna parte en este estado.

—¡Ayúdame, no puedes permitir que me corten la pierna! ¡Ayúdame, sácame de aquí! —Empezó a tirar de la máscara del respirador.

—No, Nico, no, no puedes quitártela. —Sus manos y las mías se enredaron en el forcejeo—. Nico, por favor. No puedes quitarte la máscara y no puedes salir de aquí. De milagro no te hemos perdido, y no puedes arriesgarte a perder la vida por no perder tu pierna. Hacen todo lo que pueden, hacen todo lo que pueden —repetí, todavía luchando con él para que dejase la máscara en su sitio.

—Si me dejas aquí, me la cortarán —lloró tirando de mis manos para que las apartase de la máscara.

—No, Nico. —La mirada de terror que me dedicó me partió el alma—. No, amor, hacen todo lo que pueden. Nadie quiere que eso suceda.

—Por favor, ayúdame —me rogó sin dejar de llorar.

—No puedo sacarte de aquí, Nico; lo siento.

—Ayúdame —lloró—. ¿Por qué no quieres ayudarme? Moriré aquí.

—No, Nico —mis brazos temblaron ante su fuerza—, no morirás. Tienes que entender que todos aquí hacen lo posible por ayudarte.

Negó con la cabeza, con aquella mirada azul celeste suya, ahora anegada en pánico, desbordando lágrimas.

—Sé cómo es esto; ellos no entienden que mi vida es correr, que no podré seguir adelante con una sola pierna.

—Nico, te prometo que harán todo lo posible.

—No es cierto —lloró—. Por favor, *petitona*, sácame de aquí, te lo ruego.

—Nico, yo no haré eso. Te quiero vivo.

—No me hagas esto, por favor.

—No estoy haciéndote nada.

—Me abandonas —soltó hiperventilando.

—No, no te abandono.

—Me das la espalda.

—No, Nico... —lloré con él.

—Si no vuelvo a correr, ya no seré nada.

—Claro que sí, continuarás siendo Nico. Seremos nosotros dos con toda una vida por delante.

—¿De qué vida me hablas?! —berreó con el rostro empapado en lágrimas.

—Nico...

—No soy nada sin esto.

—No puedes hablar en serio.

—No soy nada más que esto.

—No puedes pensar eso. Nico eres tú y jamás dejarás de ser Siroco, aunque no corras, y, además, incluso en el peor de los escenarios... podrías correr igual.

—¿Explicame cómo demonios hará un lisiado para correr carreras y ganarlas?! ¡No quiero ser esa persona! ¡Quiero seguir siendo quien era antes del accidente! —Nico apretó los labios; lágrimas, lágrimas y más lágrimas continuaban rodando por su cara, cuesta abajo, al igual que mi corazón—. No puedo creer que esto esté sucediéndome. Esto no puede estar sucediéndome; no puede ser cierto. Este año era un año perfecto. Todo debía salir bien, estaba todo calculado para que saliese bien, para que ganase el campeonato. —Tragó con dificultad—. Todo se descontroló, todo comenzó a ir cada vez peor. No se suponía que debía ser así.

Oír esas palabras emergiendo de sus labios me hizo sentir espantosamente mal. ¿Así de malo había sido su año?

—No puedo creer que esté pasándome esto —lloriqueó tapándose la cara con las manos—. Por Dios, no —hipó—. Ojalá pudiese volver el tiempo atrás. Quiero mi pierna. Quiero mi pierna. No puedo perder la pierna.

—Lo siento, Nico.

Nico apartó las manos de su rostro.

—No lo sientes; no tienes ni la menor idea de cómo es esto, no entiendes nada, no puedes entenderlo.

Cada palabra suya fue un disparo a mi corazón.

—Cúlpame a mí si quieres; sé que en este momento sólo buscas con quién descargar tu rabia, pero no digas que no lo siento, que no te entiendo. Yo te amo, Nico, y verte sufrir me mata.

—Pues no parece que lo entiendas.

Me limpié las lágrimas de las mejillas.

—Si lo hicieras, me sacarías de aquí.

—Nico, no digas tonterías.

—¡Lárgate!

—Nico, por favor.

—Quiero a mi padre; tú no entiendes nada, él sí lo entenderá. Él sabe lo que es esto para mí. Tú no lo comprendes. Quiero mi pierna, necesito mi pierna. No puedo permitir que me la corten. ¡Lárgate! ¡Quiero mi pierna!

Nico perdió el control otra vez, volviendo a intentar levantarse de la cama. En esa ocasión, a tirones, se arrancó de su piel, de su carne, los contactos con las máquinas que vigilaban sus constantes vitales; incluso, pese a mis intentos por evitarlo, se quitó una de las vías y comenzó a sangrar. Nico estaba completamente fuera de sí y, pese al accidente, quizá debido a ese ataque de ansiedad, o lo que fuese que estaba sufriendo, consiguió ser más fuerte que yo al luchar conmigo por levantarse de la cama sin parar de gritar que quería su pierna y que yo estaba dándole la espalda.

Las enfermeras llegaron justo a tiempo para ayudarme a devolver su espalda al colchón. Aparecieron los médicos y llegaron Thiago, Alfons y Dave.

Nico no paraba de gritar que necesitaba su pierna, que no podían quitarle su pierna, que sin su pierna no sería nada, porque no podría volver a correr.

Su diabetes se fue al demonio. Nico se descompensó por completo y no sólo tuvieron que sedarlo, sino que, además, nos echaron a todos de allí porque estaba teniendo una crisis. Su corazón enloqueció y el oxígeno en su sangre bajó en picado.

Los médicos y enfermeras nos sacaron a todos, mientras Nico continuaba gritando.

* * *

Alcé la cabeza al oír a alguien aproximarse.

Era Dave, quien, con cara de cansado, me sonrió. En silencio, vino a sentarse a mi lado.

La noche se extendía allí fuera y yo tenía la impresión de que no habían pasado días, sino años, desde el accidente.

—¿Cómo está? —le pregunté. El padre de Nico y él habían permanecido en su habitación hasta ese momento.

—Ahora duerme. Le dieron unos sedantes. Alfons se ha quedado con él; no quiere separarse de su lado. Le ha subido la fiebre. Creen que tendrán que volverle a operar la pierna; esperarán hasta el amanecer. Necesitan volver a estabilizarlo.

—¿Operarlo?

—Tranquila —Dave puso una de sus manos sobre mi antebrazo en el apoyabrazos del sillón—, todavía no se han rendido; continúan haciendo todo lo posible para salvarle la pierna.

—Solamente lo necesito vivo —balbucí y, para las últimas letras pronunciadas, se me quebró la voz.

—Lo sé.

—Quiero lo mejor para él.

—Sé que él también lo sabe, Natalia. No te preocupes por lo que dijo. Todo saldrá bien.

Nos quedamos en silencio.

—Ojalá hubiese podido evitarle todo este dolor.

—No podías, no estaba en manos de ninguno de nosotros.

—Creo que ni siquiera soy capaz de ayudarlo a reponerse.

—Claro que sí. —Me dio un apretón sostenido en el brazo; inspiró hondo—. Conozco a Nico desde hace mucho y jamás lo he visto tan feliz como desde que está contigo.

—Yo creo que, básicamente, piensa que este año se ha escapado completamente de su control.

—Por eso, ahora es más libre.

—Casi lo paga con su vida.

—No es culpa tuya.

—Si pierde la pierna... —Si le cortaban la pierna, entonces ese año sería una puta mierda para él y todo lo que vivimos, lo que él creyó que era mejor para él, lo que lo alejó del Nico que solía ser, del Siroco que ganaba campeonatos y era implacable, del que estaba destinado a dejar su marca personal en la historia del automovilismo... todo eso pasaría a ser una puta mierda también. Si hasta lo imaginé deseando volver el tiempo atrás... ¿Le hubiese sucedido eso de estar todavía con Mónica, de haberme largado a casa después del Gran Premio de Australia, de haberle hecho caso a Tobías y renunciado a la categoría para, de una buena vez, dedicarme a abrir mi propio negocio y trabajar de lo que de verdad me gustaba?

Era probable que Nico no hablase en serio cuando dijo todo lo que dijo; sin embargo, me sentía muy culpable y no tenía ni idea de cómo reparar lo hecho o cómo hacer para evitarle, al menos, un poco más de sufrimiento.

—No perderá la pierna. —Su apretón volvió a hacerse más firme—. Escucha, ¿por qué mejor no regresas al hotel e intentas descansar un poco? Prometo que te llamaré si surge algo.

—No puedo irme.

—Si no descansas, no podrás ayudarlo. Tienes que estar bien para eso y en este momento no lo estás. Tienes que dormir un poco, comer.

—No tengo hambre.

—Ve a descansar; mañana, después de unas horas de sueño, todo lo verás más claro.

—No sé si debo.

—Sí, debes. Duermes unas horas y regresas. Eres la que más horas ha pasado aquí. ¿Sabes una cosa? —Me sonrió—. Eres muy parecida a él, jamás te rindes. No necesitas agotarte así, no tienes que llegar al punto de romperte; todos hemos visto ya tu esfuerzo y sabemos que eres capaz de dar todavía mucho más. Eres fuerte como él y, al mismo tiempo, también continúas siendo humana y, si no vas a descansar, tú también terminarás ingresada aquí; ninguno de nosotros quiere eso.

—Es que...

—No te preocupes, no le diré a nadie que te has ido a dormir, no desvelaré tu secreto de que eres de carne y hueso y que necesitas unas horas para ti. —Dave rio para darme ánimo—. Anda, vete. Nos veremos por la mañana y verás que, entonces, todo estará mucho mejor.

Dave me convenció.

Un taxi me llevó al hotel.

Con la habitación a oscuras, fui desvestiéndome de camino al baño. Tomé una ducha, me preparé un té, comí un par de galletas de chocolate y me metí en la cama. Pese al cansancio, no fue fácil conciliar el sueño. Las palabras de Nico continuaban sonando en mis oídos, y mi miedo, retumbando en mi corazón. Lloré mucho antes de que el sueño terminase por vencerme.

Cuando desperté era casi mediodía.

Llamé a casa y a Tobías; con mis padres más que nada, fue una conversación podríamos decir que técnica, para hablarles del aspecto médico del estado de Nico. Con Tobías fue distinto; con él desahogue la angustia que llevaba dentro, el miedo de perderlo, de haberlo echado a perder. Le hablé de la sensación que tenía de haberle arruinado la vida, de la desesperación de no saber qué hacer para ayudarlo. Lloré y Tobías me escuchó. Las palabras de mi hermano me llegaban como las de nadie más en este mundo, pero, de cualquier modo, no consiguió levantarme el ánimo ni apartar del todo de mí la culpa y la desesperación que sentía.

Mientras me vestía, pedí de comer con la esperanza de recuperar un poco de energía y que eso reanimase mi humor.

La comida fue de ayuda para que mi cuerpo entrase un poco en calor; sin embargo, el miedo no desaparecía; tenía pánico de que Nico volviese a reaccionar mal ante mí.

El taxista no condujo lo suficientemente rápido, el ascensor no ascendía por los pisos a la velocidad que debía. Tenía la impresión de que el mundo había ralentizado

su avance para que mi reencuentro con él se demorase. Era como si alguien lo empujase lejos de mí a cada paso que daba.

Al abrirse las puertas del ascensor en el piso en el que tenían ingresado a Nico, no lo pude creer. Lo que preferí no creer, cuando vi a Thiago yendo y viniendo por el pasillo, con los brazos cruzados y la cabeza gacha, fue una idea que me ahogó por completo: algo malo debía de haber sucedido con Nico y por eso él estaba allí, montando guardia frente al ascensor, esperándome para darme la horrible noticia. Pensé en Nico, en su vida, en lo que sería para mí perderlo, y, después, en lo que significaba para él perder su pierna.

Thiago alzó la cabeza al oírme llegar.

—Ah, hola, te estaba esperando.

Él fue quien se acercó a mí, porque yo no tenía los medios para llegar a él, no con todo lo que me rondaba en la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Han tenido que volver a operarlo...?

—Bueno, no está mejor; tiene fiebre y les está costando hacer que baje; además, su diabetes está un tanto incontrolable esta mañana. Los últimos análisis no salieron demasiado bien.

—¿Tendrán que operarlo? —solté entrando en pánico.

—Los doctores querían hacerlo hoy mismo. Su vida está en peligro. Las complicaciones son cada vez más notorias.

Sentí como si alguien me diese una patada en el pecho.

Nico... pobre Nico. Eso sería increíblemente duro de afrontar para él. El campeonato, sus sueños, todo para lo que él vivía y era.

—¿Ya se lo han dicho?, ¿cómo ha reaccionado?, ¿qué dice Alfons? —Me llevé ambas manos a la boca; tenía la impresión de que estaba a punto de vomitar todo lo que había desayunado, incluso me parecía que sacaría por la boca todas mis entrañas, que me quedaría vacía. La impotencia hizo que sintiese que mis brazos eran demasiado poca cosa para ayudarlo a mantenerse en pie. ¿Cómo sostendría su espíritu, si en ese instante no era capaz de sostener el mío?, ¿cómo lo mantendría con vida y con ganas de vivir si en ese momento yo no podía respirar?—. Tengo que verlo —jadeé desesperada—. Debo estar con él. —Di un paso para dirigirme hacia su habitación; no fui más lejos que eso, Thiago se interpuso en mi camino—. ¿Qué? —Nos miramos a los ojos—. ¿Qué es lo que no me dices?

—Nico no quiere operarse.

—Pues alguien tiene que hacerlo entrar en razón. —Hice el amago de seguir con mi camino, pero Thiago no me lo permitió—. Thiago, por favor, déjame pasar. Tengo que hablar con Alfons; sé que él no será tan inconsciente como para permitir que Nico ponga en riesgo su vida por seguir corriendo; además, ¿quién dice que no podrá correr? Podrían ponerle una prótesis, podrían...

Como Thiago se había quedado mirándome sin parpadear, muy serio, me detuve. Supe que había algo más. Sus manos llegaron a las mías.

—Habla.

—Alfons tampoco quiere que lo operen. Nico no quiere operarse.

—Es que... se trata de su vida, Thiago. No puede poner en peligro su vida.

—Eso mismo: es su vida, Natalia.

Me llamó la atención que Thiago no me llamase Duendecillo.

—¿Qué es lo que pasa aquí?, ¿qué es lo que no me cuentas?

—Alfons, Dave y Nico hablaron con los médicos; les dijeron que rechazaban la operación. —Hizo una pausa—. Han estado investigando y han encontrado un hospital especializado en Alemania.

—¿Qué dices? ¡Eso es una locura! ¡¿Qué harán, trasladarlo en el estado en el que está de aquí a Alemania?! ¡Son demasiadas horas de vuelo! No pueden permitirles hacer semejante locura. ¡Los médicos no pueden estar de acuerdo con esto!

—No, no lo están; los abogados de Nico ya se han puesto en marcha y han conseguido elaborar un papel en el que Nico se hace completamente responsable de lo que le suceda.

—¿Cómo...? ¿Cuándo ha sucedido todo eso? Sé que es casi media tarde, pero apenas me fui anoche y... ¡Tengo que hablar con Nico! —Del terror, el corazón me dolía a cada palpar.

—Esta madrugada, cuando se puso mejor, Nico le pidió a su padre que llamase a Mónica.

En ese instante sentí como si una de las autocaravanas de Bravío me llevase por delante a toda velocidad; me sentí como debe de sentirse un pequeño insecto al ser aplastado por un camión a toda velocidad en medio de una ruta hacia ninguna parte.

—Mónica está con él, Natalia.

Toda mi carne se heló. Tuve que sostenerme de sus manos para no caer.

—En un par de horas, ella se puso en contacto con los doctores de Nico y éstos le recomendaron una clínica. Mónica se encargó de organizar su llegada allí. Ella tampoco quiere que lo operen.

Las lágrimas se me escaparon todas juntas.

—No es que yo quiera que pierda su pierna, Thiago, es que no quiero perderlo a él, quiero que Nico viva. Él tiene mucho más por lo que vivir aparte de la Fórmula Uno. Me tiene a mí; se suponía que tendríamos una vida juntos. Antes de la carrera me dijo que, en cuanto regresásemos a Montecarlo, podríamos pedir una cita en el... —Las lágrimas inundaron mi garganta; algo dentro de mí me decía que eso ya no tenía oportunidad de suceder—. Es sólo que no quiero perderlo, Thiago; no quiero perder a Nico. Lo amo. Quiero pasar el resto de mi vida a su lado.

—Lo único que puedo decirte es que creo que ellos quieren que Siroco viva y lo intentarán a toda costa.

Entendí a la perfección el significado de sus palabras.

—No quieren perder al campeón y yo no quiero perder a mi amigo. Le dije que todo esto es una locura y me echó de allí. Empezó a decir toda clase de cosas sobre... —Se interrumpió—. Dijo que tú y yo... estupideces. —Apartó la mirada un momento—. Y que ninguno de nosotros entendía lo que significa ser él, lo que le ha costado ser él.

—Tengo que verlo —solté empujando el peso de mi cuerpo hacia delante. No conseguí otra cosa que dar contra Thiago.

—Mónica está con él.

—Me importa una mierda si ella está allí, soy su prometida.

—No creo que sea buena idea. Te acompañaré a tu hotel.

—¿Al hotel?! No pienso ir a ninguna parte, Thiago; él está aquí.

—Dijo que no quería volver a verte. Sé que hoy por hoy no debe de saber lo que dice, está muy turbado... Sólo intento ahorrarte el mal trago. Quizá cuando todo pase...

—¿Quizá cuando todo pase? ¿De qué hablas?

—Mejor nos vamos.

—No pienso ir a ningún lugar sin hablar antes con él. Yo no me largo cuando las cosas se ponen difíciles.

—Pues las cosas pueden ponerse difíciles o ponerse Nico, Natalia, y en este momento Nico está muy Nico, muy Siroco.

—¿Ha terminado conmigo y ahora está con ella? ¿Es eso? ¿Ha hecho eso sin ni siquiera estar yo aquí, sin mirarme a la cara?

La cariñosa mirada castaña de Thiago, siempre tan llena de ánimo, cayó al suelo derrotada.

—Lo siento.

—¡Hablaré con él! —De un tirón, me liberé de las manos de Thiago. De modo alguno permitiría que eso acabase así. Nico podía ser muy Nico, muy Siroco, pero yo era mucha Natalia, mucho más que Duendecillo o su *petitona*.

—No lo hagas, Natalia, por favor.

—Déjame en paz —bramé moviendo los brazos para alejarlo de mí mientras continuábamos camino a su habitación.

—Únicamente conseguirás que te lastime, que diga cosas de las que probablemente, cuando todo esto pase, se arrepentirá. No tiene sentido, Natalia, no entres. Hoy no sabe lo que dice.

Desoyendo a Thiago, empujé la puerta y los vi. Allí estaba ella, sentada en el borde de la cama, con sus manos cubriendo la mano derecha de él. Nico tenía un aspecto espantoso, muy demacrado, sudoroso. Si hasta la debilidad se le escapaba por los poros, amenazando con no dejar nada de él, con vaciarlo por completo.

Ella se veía tan radiante como siempre.

—Nico —jadeé.

Thiago llegó justo detrás de mí.

—¿Qué hace ella aquí? Te dije que le dijeras que no quería verla, que no la quería aquí; ella no entiende nada.

Las palabras de Nico fueron para Thiago, pero fui yo la que contestó.

—Pues si no quieres verme, si crees que no entiendo nada, me lo dices a la cara, no usando a tu mejor amigo para ahorrarte el mal trago, para evitarte el tener que presenciar que te diga que creo que eres un idiota, que todo esto es una locura, que poner en riesgo tu vida por salvar tu pierna no tiene ningún sentido. No es racional que valores un puto campeonato de Fórmula Uno por encima de tu salud, porque, sí, yo no creo que pierdas más que el campeonato de este año, porque sé que, incluso sin una pierna, podrías volver a ganar carreras e incluso campeonatos, porque eres fuerte, un luchador, y seguro que encontrarás un modo de conseguir lo que quieres, porque ya lo hiciste una vez y lo lograrías un centenar de veces más si te lo propusieras. Es tu vida, Nico, no tu pierna ni un campeonato. Es tu salud, la misma salud por la que luchas a diario por mantener. ¿¿Qué hay de toda la disciplina que te has impuesto a ti mismo para mantenerte lo más sano posible?! ¿Tirarás todo eso por la borda por conservar tu pierna? Mejor dicho, por intentarlo, porque imagino que, por más que viajes a Alemania, ellos tampoco podrán darte la seguridad de que no deban amputártela al final. ¿Es así, no? ¿No tienes la seguridad, no es cierto? Te conozco, Nico, a mí no puedes mentirme. —Nico apartó sus ojos de mí—. No lo hagas, por favor, no viajes; al menos espera aquí, a ver qué dicen los médicos.

—Los médicos de aquí dicen que debo operarme hoy mismo.

—Nico, por favor...

—Ellos no lo comprenden, tampoco tú.

—¿Y ella sí porque te sacará de aquí facilitándote esta locura, este gran riesgo que podría acabar con tu vida?

—Ella comprende todo esto. —Hizo una pausa en la que me miró fijamente con sus hermosos ojos. Tragó con dificultad y luego siguió—. Ella me entiende a mí.

Mónica le sonrió y alzó su mano hasta la pierna de ella para darle un apretón.

—Puede ser que Mónica entienda a Siroco... pero no te entiende a ti, Nico. Tú eres más que el campeón y de eso ni ella y ni tu padre comprenden nada. Sé muy bien que tu vida no se resume en la Fórmula Uno. Sé que lo que haces es tu vida, tu pasión; también intuyo que tú quieres mucho más que eso para ti, y si sigues con esto te arriesgas a perder eso, y a perder todo lo demás que también podrías tener.

—Es mi decisión, no la tuya.

Instintivamente, los dedos de mi mano derecha fueron hacia el anillo de compromiso en mi mano izquierda.

—De acuerdo. —Mi voz apenas salió de mi interior—. Es tu decisión, es tu vida, esto siempre es sobre ti, tan sobre ti que no te das cuenta de que pierdes a alguien que te ama como nunca amó a nadie, a alguien que hizo a un lado su vida para apoyarte en la tuya.

—Yo he hecho eso —exclamó Mónica.

—Claro —le contesté dejando que de dentro de mí surgiese una risa seca, torpe y dolorida. Volví mi cabeza en dirección a Nico—. Pues aquí estoy, Nico. Mírame a la cara, dime que ya no me amas, que quieres que me largue y te deje en paz, y eso haré.

Nico se quedó mirándome en silencio y, por un instante, creí que comenzaba a arrepentirse de esa locura.

—Viajaré a Alemania —fueron sus palabras; aunque no eran las que le había pedido que tuviese el coraje de decirme, surtieron el mismo efecto.

—Perfecto, campeón. Esto de aquí es lo que haces de tu vida. —Con las manos temblorosas, con lágrimas rodando por mi rostro, tironeé del anillo para quitármelo.

A duras penas mis piernas consiguieron llevarme hasta su cama. Sobre las sábanas, junto a su codo, dejé el anillo de compromiso.

Alcé por última vez la vista a sus ojos azul celeste. Lo único que conseguí ver fue a un muy débil Siroco; ni rastro de mi Nico.

—Te amo y, de todo corazón, desde el alma, espero que todo salga bien. Cúlpame si quieres, pero yo no me arrepiento de nosotros. Imagino que tú sí, y lo siento. —Nico no se movió—. Te amo. —Mis lágrimas rebotaron contra él, sin tocarlo. No pude decirle adiós. Mi mirada lo intentó, pero sus ojos ya no hablaban el mismo idioma que los míos. Di media vuelta y salí de allí corriendo, directa hacia los ascensores.

Thiago vino tras de mí y me alcanzó justo dentro de la insípida cabina, cuando las puertas comenzaban a cerrarse.

De camino a mi hotel, Thiago me dijo que intentaría hacerlo entrar en razón, que me quedase en Suzuka, que no me fuera a ninguna parte; yo ya no podía estar en esa ciudad con él allí; tenía que alejarme, tenía que correr lo más lejos posible para intentar dejar atrás mi dolor.

En cuestión de horas, recogí mis cosas y me largué al aeropuerto a esperar mi avión para Londres. Thiago me llevó hasta allí y esperó a que cumplierse con todos los trámites.

Cuando nos despedimos, tuve una extraña sensación de *déjà vu* de cuando dejé a Agustina en el aeropuerto en Australia. Quizá ese día debí largarme con ella; tal vez, si lo hubiese hecho, en ese instante mi dedo corazón no se sentiría tan vacío ni mi corazón, tan roto y muerto.

El vuelo fue espantoso, una tortura que parecía no querer terminar jamás.

La llegada a Londres fue todavía peor, porque Tobías vino solo a buscarme al aeropuerto y, al verlo y saber que no tenía que aparentar, ante mi cuñado y sobrina, una fortaleza que no tenía, me arranqué a llorar sin poder parar; lloré todo el camino hasta su restaurante, porque él debía ir a continuar con su trabajo y allí, en la oficina de mi hermano, en la parte posterior de la cocina, continué llorado, y lloré todavía más cuando Tobías se despidió de mí esa madrugada, después de dejarme a solas en la habitación que, desde hacía tanto, tenían reservada para mí.

Lloré a la mañana siguiente en el desayuno, escondida detrás de mi gran taza de café y, cuando Lila se fue al colegio, continué haciéndolo sobre el hombro de mi cuñado.

Con los días, el llanto me fue dejando, pero el dolor no; para mitigar su efecto, para intentar frenar sus ansias de comerme, me dediqué a aquello que había apartado a un lado por estar con Nico.

Renuncié a Bravío y no me quedó más remedio que despedirme de Paul, de Suri y de Érica por teléfono, aunque hubo promesas de que, en algún momento, volveríamos a encontrarnos; después de todo, la categoría regresaría al país en un año.

Thiago llamó para avisarme de que Nico había llegado a Alemania, y añadió que el viaje había hecho mella en él; los días siguientes me telefoneó para contarme que todo seguía igual, que Nico no empeoraba ni mejoraba y, al cabo de una semana, cuando llamó a casa de Tobías una tarde, le pedí que no volviese a hablarme de él; ya no lo soportaba, no quería saber que su vida continuaba en peligro, que Mónica permanecía firme a su lado; aquello no hacía más que ensombrecer mis días.

Necesitaba seguir adelante, necesitaba hacer algo con mi vida para no pensar en él, para olvidarme de esos meses a su lado.

A veces la vida parece que se termina; sin embargo, casi sin que te des cuenta, vuelve a empezar.

Miraba con Tobías un muestrario de colores de pintura de pared para la pastelería que me ayudaría a abrir, mientras Thiago corría y ganaba el Gran Premio de Estados Unidos. Por suerte, durante la carrera no mencionaron demasiado a Nico; se limitaron a decir que el campeón continuaba convaleciente. Imaginé que ni siquiera ellos, que vivían tan de cerca el mundo de la Fórmula Uno, tenían una idea real de cuál era el estado del campeón y eso no me sorprendió; en lo tocante a su salud, tanto Nico como todos en su entorno eran increíblemente herméticos.

Sí hablaron de Haruki y, si bien explicaron que él no estaría en condiciones de volver a correr en lo que restaba de esa temporada, se lo esperaba de regreso para el año próximo (si es que firmaba con algún equipo, porque nada se decía de que volviese a unir fuerzas con Bravío para el siguiente campeonato).

A Harper la acompañaba en el equipo el piloto de reservas de Bravío, un joven francés que no tenía demasiada experiencia, pero que dio todo de sí para seguirle el

ritmo a la australiana, quien a duras penas podía ponerse a la par de la experiencia de Thiago.

Mientras pintaba las paredes de mi pastelería, en compañía de mi hermano y de Tom, vi en el televisor que habíamos puesto en el suelo, en un rincón, a Thiago ganar de forma contundente el Gran Premio de México.

Desde Brasil, y a casi un mes del accidente, Thiago y yo hablamos por Skype unas dos horas; apenas si se mencionó el nombre del campeón, quien seguía en Alemania, acompañado de su padre y de Mónica.

Me alegró saber que Nico no había perdido la pierna. Lo que no me alegró tanto fue saber que su recuperación estaba resultando muy lenta y que sus médicos aún continuaban preocupados por su salud.

Si Nico debía preocuparse por su salud física, yo debía ocuparme de mi salud mental y, para ello, llené mis días saliendo de cacería para comprar muebles antiguos, vajillas y demás objetos de decoración para la pastelería, además de cumplir con todos los trámites para obtener los permisos de la misma, disfrutar con mi hermano y su familia y comenzar a buscar un espacio propio al cual mudarme.

Con tanto trabajo y proyectos por delante, los días comenzaron a hacerse un poco más llevaderos, más normales. Lo que al principio sólo era dolor fue transformándose en la vida diaria, en las mismas tareas que le dan cuerpo a la existencia de cada cual.

Pese a que no estaba en mi mejor momento, fue un orgullo y una enorme satisfacción ponerle una fecha de inauguración a la pastelería y verla casi a punto para abrir sus puertas y comenzar a funcionar. Volví a ponerme manos a la obra, probando recetas y comprobando el resultado con mi hermano, su familia y amigos, e incluso en el restaurante.

Mis padres amenazaron con venir a la apertura y, si bien tal vez en otro momento de mi vida les hubiese dicho que aquel viaje no merecía la pena, en ese instante me alegró el alma la idea de volver a verlos.

Un frío pero muy soleado día de la primera semana de noviembre, mi pastelería abrió sus puertas y el vecindario, que ya nos esperaba ansioso, nos dio la bienvenida llenando sus mesas y arrasando con las existencias.

Recibí elogios por parte de completos desconocidos por mis *cupcakes* y por mis *macaroons*, lo que me hizo recordar a Paul, por mis tartas y por el servicio, incluso por el buen ambiente que flotaba entre las mesas.

Todo salió mucho mejor de lo esperado y, al cabo de unos días, mi vida en la pastelería cobró sentido, y también fuera de ella. La ciudad y el vecindario se hicieron un poco más míos; su gente se tornó más familiar para mí y comencé a sentirme como en casa, intuyendo que regresar allí para abrir mi propio negocio había sido una buena decisión, una decisión de vida, de una vida que echaría raíces allí para crecer.

Días después, un domingo por la tarde, volví a ver a Thiago ganar su tercera carrera desde el accidente de Nico, la carrera en su país, con la que se puso a la par de los puntos de Nico.

Esa noche lo llamé para felicitarlo y Thiago me contó, feliz, que Nico llevaba dos semanas en Montecarlo, reponiéndose, que su pierna estaba mucho mejor y que su salud era casi la de siempre.

—¿No te alegra oír eso? —me preguntó el carioca.

—Claro, pero he llamado para felicitarte, tal parece que cerrarás tu último año en la Fórmula Uno quedándote con el campeonato. Ojalá pudiese ir a Abu Dabi a verte ganar.

—Ven.

Me carcajeé.

—Ahora tengo un negocio que atender. No puedo irme. —Hice una pausa—. Mis clientes me extrañarían —bromeé.

—Yo también te extraño. Todos te echamos mucho de menos en cada circuito. Sin Nico y sin ti, esto no es lo mismo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Tan sólo prométeme que ganarás —le pedí.

—No puedo hacer tal cosa.

—El campeonato es tuyo, Thiago. Te lo mereces. Será el broche de oro a tu carrera.

—Mi broche de oro sería tener a Nico aquí. Odio tener que correr la última carrera del campeonato sin él. Ganar sin él a mi lado no es lo mismo. No tiene emoción, no parece real. La categoría sin él no parece real. —Thiago hizo una pausa—. He hablado con él esta mañana...

Lo corté en seco.

—Perdona, Thiago, pero no quiero hablar de Nico.

—Es que...

—Seguí adelante con mi vida y él está recuperándose y me imagino que seguirá adelante con la suya, y me parece genial. ¿Por qué no vienes a pasar unos días a Londres después de que termine el campeonato? Una vez me dijiste que no veías la hora en que pudieses dejar de tener que cuidarte para correr... pues serás campeón y bien merecido tendrás poder darte un atracón de dulces. Será mi regalo para ti por el título. Ven y te dejaré comer todo lo que quieras, hasta reventar. Y de paso pasaremos un poco y me ayudarás a elegir un piso, que estoy buscando dónde mudarme, y con mi hermano y Tom es imposible; ellos dos deliran con los espacios y su presupuesto no es el mismo que el mío. Esos dos son imposibles, necesito a alguien más centrado para que me eche una mano.

—¿Centrado yo?

—Por favor, me encantaría tenerte aquí.

—Ven tú a Abu Dabi —insistió.

—De verdad que no puedo.

Nos quedamos en silencio.

—Duendecillo.

Thiago llevaba mucho sin llamarme así, más de un mes, aunque, en ese momento, ese mes me pareciese una eternidad.

—¿Qué?

—¿Todavía lo amas?

—Thiago, por favor.

—Si no contestas sabré que así es.

—Así es. ¿Y qué más da si lo amo? Nico no es Nico, es Siroco.

—No, no es solamente eso.

—Pues parece empeinado en negarse a ser nada más.

—No puedo creer que lo que había entre vosotros haya terminado así sin más. Iba a ser su padrino de boda, el padrino de tu primogénito.

Reí suavemente, más por tristeza que por otra cosa. Yo también había soñado con aquello, con que Thiago y aquella vida de Nico se hiciese también mía, con que de los circuitos hiciésemos una familia, una historia que le contaríamos a nuestros nietos, una experiencia que se iría con nosotros a donde fuese que se va la vida cuando se acaba aquí.

—Nico jamás será feliz sin ti —afirmó Thiago.

Y yo no sería igual de feliz sin él, pero, de todas formas, así eran las cosas, Nico había hecho su elección y a mí no me quedó más remedio que elegir seguir adelante.

—Se terminó, Thiago. En más de un mes ha tenido sobradas ocasiones para llamarme y no lo ha hecho; lo nuestro se acabó en Suzuka o quizá antes; es más, tal vez jamás existió en realidad. Fue un hermoso sueño que acompañó mi paso por la Fórmula Uno.

—No digas eso.

—Es la verdad. Fue él quien me echó de su vida y, a pesar de que en cientos de ocasiones me han entrado ganas de llamarlo, he preferido abstenerme antes que volver a darle la oportunidad de apartarme de su vida otra vez. Nico no me necesita, Thiago. Además, tiene a Mónica.

—No es lo mismo.

—No, claro que no; a sus ojos ella encaja mucho mejor en su vida de lo que yo podría hacerlo jamás y, si eso está bien para él, pues deberá estar bien para mí. Me alegra saber que se recupera, en serio, eso me tranquiliza; sin embargo, no puedo hacer nada más por él. Nico tiene su vida y yo tengo la mía ahora.

—No, Duendecillo, no digas eso.

—Es tal cual, Thiago; no pierdas las esperanzas, si quieres te prometo que, si un día tengo hijos, tú serás el padrino de uno.

—Yo quiero ser el padrino de uno de tus hijos con el idiota, cabeza dura e infeliz de mi mejor amigo.

—Lo siento, Thiago.

Éste soltó un suspiro.

—Sé que todavía lo amas mucho, igual o incluso más que antes.

—Eso no cambia nada. —A pesar de todo lo sucedido pesando sobre mi espalda, extrañaba a Nico cada segundo de cada día. Él me hacía falta más que ninguna otra cosa que yo hubiese perdido antes e incluso, el pensar en querer a alguien más, me parecía absolutamente imposible. Quizá algún día volvería a enamorarme, pero no para amar como lo había amado a él, porque ese viento y esa tormenta de azúcar habían sido un evento climático que no volvería a repetirse jamás.

—No podéis... vosotros dos estáis hechos el uno para el otro.

—Ok, Thiago. Ya está, ¿de acuerdo? Te he llamado para felicitarte y para decirte que quiero verte ganar el campeonato, porque ya he comprado una increíble botella de *champagne* para celebrarlo.

—Mientes.

—No, la compré ayer, te lo juro; tengo todas mis fichas apostadas por ti. —Era cierto; la vi y pensé en él y en lo mucho que se merecía irse de la categoría por la puerta grande, porque no sólo era un excelente piloto, sino también un estupendo amigo y un magnífico ser humano; le hice saber lo que pensaba.

—Harás que me ruborice —soltó después de que se lo dijera.

—Anda, prométeme que ganarás y que luego vendrás a festejarlo aquí conmigo.

¡Tantas veces había soñado con lo que Nico y yo haríamos para celebrar su sexto campeonato!

Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi garganta, de todas éstas, pero no las quise derramar. Eso era lo que me causaba pensar en él; por eso, por todos los medios me esforzaba en evitar, incluso, oír su nombre.

—Está bien, Duendecillo, veré qué puedo hacer.

—Lo que puedes hacer es prometerme que te tendré aquí los primeros días de diciembre. ¿Qué me dices, tenemos un trato?

—Bien, allí estaré.

—Te tomo la palabra.

Nos quedamos en silencio otra vez.

—Tengo que irme.

—Sí, claro; anda, ve a celebrar tu triunfo.

—Nos vemos pronto, Duendecillo.

—Más te vale.

Terminamos de despedirnos y, cuando la línea quedó en silencio, ya no le encontré sentido a contener las lágrimas y las dejé correr, porque cada mañana, tal como me sucedería al día siguiente cuando abriese los ojos en mi cama, tal como me había sucedido esa misma mañana al amanecer, recordaba sus palabras... Yo ya no estaba en su cama para él al amanecer, ni él en la mía, y eso me dolía horrores.

Tanto extrañaba su mirada, su perfume, su mal humor, su tenacidad, sus sonrisas, la pasión con la que llevaba adelante cada cosa en su vida...

Me llegó la voz de Lila llamándome y, para no reavivar aún más el dolor, me limpié las lágrimas del rostro y acudí a su encuentro.

30. Amor roto

—Cuando menos te lo esperes, tendremos la Navidad encima.

—Étienne, aún falta más de un mes para la Navidad. No me pongas nerviosa. — Coloqué la bandeja con los *macaroons* recién salidos del horno sobre la encimera de mármol—. En estos días me ocuparé de la decoración, he estado viendo algunas cosas.

—¿No te gusta la Navidad?

Por encima de mi hombro enfundado en la chaqueta blanca de chef, le lancé una mirada a Étienne, un joven pastelero francés que se había convertido en mi mano derecha desde pocos días después de abrir la cafetería-pastelería, cuando él, casi por casualidad, pasó por allí, entró a tomar un café con algo rico, una cosa llevó a la otra, nos pusimos a charlar, él me contó que buscaba trabajo y yo necesitaba a alguien que me ayudase con el trabajo. Étienne tenía experiencia de sobra; había pasado por las manos de los mismos maestros que me enseñaron a mí y, además, había tenido oportunidad de trabajar en grandes pastelerías de Francia, pero estaba buscando algo distinto, una forma innovadora de trabajar, poder disfrutar de su pasión y sin sentirse ahogado por su carrera, y me comentó que tenía la impresión de que podía hallar eso conmigo. Así fue cómo él se convirtió en una gran ayuda, en quien confiaba con los ojos cerrados.

Étienne no tenía familia en Londres, solamente unos pocos amigos, pero mi hermano y yo lo adoptamos y él pasó a formar parte de nuestro pequeño clan, un amigo que había sabido escuchar mi historia con Nico, y que estaba allí para apoyarme cuando me atacaba la tristeza.

En ese momento estaba allí para que me entraran ganas de disfrutar de la Navidad, lo cual no afloraba en mí de forma natural, pese a que mis padres y mis otros hermanos tenían planeado venir a la ciudad para pasar las fiestas con nosotros.

—Necesitamos un árbol de Navidad para casa también.

Resoplé.

—Por favor, Étienne, ni siquiera tengo cama. No tengo ni tiempo para salir a comprar muebles, y tú quieres que vaya a por un árbol que decorar.

—Ayer hablé con Tom y me dijo que organizaría algo para que todos vayamos de compras. No puedes recibir a tus padres en Navidad sin un árbol. Tenemos que poner

un árbol aquí y otro en casa, y eso no es discutible. Alojaremos a tus hermanos, necesitamos un árbol.

—Tobías y Tom tendrán uno en su casa y las celebraciones se harán allí. Con eso es suficiente.

—No permitiré que te pongas en plan aguafiestas.

—No soy aguafiestas, es que...

—Es que nada —soltó Étienne, interrumpiéndome—. Conseguiremos uno de esos árboles gigantescos e iremos a por adornos, y tú prepararás pan dulce y esas galletas que me prometiste y de las cuales no quieres pasarme la receta.

—Cuando quieres, eres insoportable, ¿lo sabías? —entoné intentando hacerme la graciosa; lo único que logré fue recordar a Nico; él también podía ser insoportable del modo más dulce.

—Sí y, aun así, me quieres. No te lo dejaré pasar; iremos a por adornos navideños para el local y para la casa; necesitamos darle un ambiente festivo.

—Para las fiestas todavía falta mucho —insistí yo, bajando la tristeza que causaban los recuerdos con mucha saliva.

Étienne cogió una bandeja con los panes de plátano y canela que estaban listos para colocar en el exhibidor.

—Anda, lárgate de aquí y lleva esto delante, que tengo mucho trabajo que hacer.

—¡Oye! —me quejé falsamente—. Pero ¿quién es la jefa aquí?

—Tú; por eso, ve a gritarle a los camareros o algo por el estilo —me dijo revoleando las manos en un gesto muy suyo, para luego darme la espalda y alejarse en dirección a las neveras.

Sus salidas siempre me hacían reír y esa vez, pese a que no estaba del mejor ánimo, sonreí también.

Todavía no tenía muy claro por qué esa mañana había amanecido tan triste; quizá fuese porque en poco más de una semana se realizaría el último gran premio de la temporada de la Fórmula Uno y se suponía que, esos días, todo debería haber sido muy distinto. Debería encontrarme junto a Nico; estaríamos preparándonos para viajar a Abu Dabi, pensando en cómo celebraríamos su sexto campeonato e incluso podríamos estar pensando en la boda o planificando una luna de miel para el final del campeonato... porque, si el accidente no hubiese ocurrido, quizá ya seríamos marido y mujer.

Quizá no, quizá tarde o temprano lo nuestro hubiese terminado porque estaba destinado a no funcionar. No tenía ni idea de si era así o no, lo que sí sabía era que me dolía no estar con él, no tenerlo conmigo, continuar amándolo en la distancia.

Aferré un poco mejor la gran bandeja de panes para que no se me cayese al suelo de camino al salón de mi pastelería y cafetería, y alcé la cabeza irguiendo la espalda en pos de intentar recuperar la compostura.

Tampoco era tan malo que Thiago ganase el campeonato; de hecho, me sentía inmensamente feliz por él y contaba con que, antes de regresar a Brasil después de la carrera, pasaría unos días por allí.

Con la espalda, empujé la puerta de salida de la cocina y entré a la parte posterior de los mostradores. Era viernes por la tarde después de la salida del trabajo, hora normal de ir al pub; sin embargo, en ese vecindario, desde que habíamos abierto, parecía que más que nada ésa era la hora de ir al café a despedir la semana y recibir los días festivos.

En el salón no quedaban mesas libres y había cola detrás de la caja para comprar bebidas o pedir bocadillos.

Al día ya no le quedaba mucha luz, pero nosotros continuaríamos trabajando fuerte porque las mañanas de sábado solían ser muy movidas.

—Te ayudo con eso —se ofreció uno de los camareros al pasar a mi lado del mostrador para recoger algo de los exhibidores.

—No, está bien, yo puedo, Phil; sigue con lo tuyo, que hay mucho trabajo.

Phil me sonrió.

—Por Dios, qué bien huelen. Amo esta receta tuya, son mi perdición. Tengo que recordar llevarme unos mañana, porque, si voy a casa de mi madre sin un par de éstos, me asesinará; los adora.

Me reí.

—Claro, le prepararemos una buena caja. De mi parte para ella.

—No, nada de eso...

—Silencio, Phil. Más tarde te prepararé una caja, así ya quedan reservados para ella.

—Gracias, Nat. Se pondrá feliz. —Phil me sonrió y cogió del exhibidor dos porciones de *pound cake* de limón con arándanos, una de las especialidades del día, al igual que el pan de plátano y canela.

Además, ese día teníamos en el menú *cupcakes* de dulce de leche, que eran la especialidad de la casa, los clásicos *brownies* y nuestra opción vegana de la jornada: una tarta exquisita, pese a estar elaborada toda ella con cosas naturales; si hasta a mi hermano, que pasaba del veganismo, esa tarta lo perdía; por supuesto, la vez que se la dí a probar, no le dije de qué estaba hecha para no condicionarlo.

Los *macaroons* nunca faltaban y, curiosamente, cada vez que los hacía o veía uno, pensaba en Paul y su obsesión por éstos, y por consiguiente, recordaba la Fórmula Uno.

La máquina de café comenzó a resoplar detrás de mí.

—¿Quieres que te prepare algo? —me ofreció la camarera del bar—. Puedo hacerte una buena taza de té en un momento —me propuso para tentarme, mientras llenaba un vaso de café.

—Eso estaría muy bien, creo que me sentará genial.

—¿El de siempre?

—Sí; gracias, Grace.

—De nada, chef. En seguida te la preparo.

Mientras Grace se apartaba para entregar el pedido, me dediqué a empaquetar una tarta que un cliente había encargado para un cumpleaños.

Igual que yo, todos allí estaban en movimiento.

Por el rabillo del ojo, vi que se vaciaba una mesa y la cola, poco a poco, se acortaba.

Entregué la tarta y me puse a acomodar las bandejas dentro de los exhibidores para hacer espacio a todo lo que estaba en la cocina, listo para el día siguiente.

Preparé un par de cafés y serví porciones de tarta, *cupcakes*, panes y otros bollos; un par de mesas más se vaciaron y, entonces, la música suave que teníamos de fondo se empezó a oír mejor, porque las conversaciones eran menos y más tranquilas.

—Estos *cupcakes* de dulce de leche son un pecado —me comentó el chico delgado y muy alto, con un aspecto muy inglés, tomando el paquete que le entregaba—. No sé si odiarte o amarte por lo que haces. Desde que abriste la cafetería, debo ir al gimnasio no sólo tres veces por semana, sino cinco; es que no puedo dejar de comerlos.

Me reí.

Quien tenía en frente era un diseñador gráfico que vivía a dos manzanas de allí; de hecho, a la vuelta de la casa de Tobías. Su nombre era Albert y, desde que inauguré el local, pasaba todas las tardes, convirtiéndose así en un amigo de la casa.

—Disfrútalos, Albert.

—Sí, claro. Cómo si pudiese evitarlo. —Me guiñó un ojo—. Te veo mañana, Nat.

—Hasta mañana, Albert.

Éste giró sobre sus talones y entonces, entre él y el siguiente cliente en la cola, lo vi tirando de la puerta, todavía desde el otro lado del cristal.

Nico.

Nico de pie, con sus muletas, en la calle, intentando entrar.

Con las muletas y la puerta, se le complicó hacerlo y forcejeó, procurando tirar de ésta sin soltar demasiado las muletas; debía retroceder para abrirla y no podía dar el paso atrás con las muletas si tenía una de las manos ocupada sosteniendo la puerta.

Medio escondida detrás del siguiente cliente, a quien una de las chicas atendió, vi a Albert empujar la puerta y sostenerla para que él pudiese entrar.

Mi corazón se volvió loco cuando vi su rostro sin el cristal de por medio. Era él, definitivamente era él; Nico allí, en mi pastelería, de pie ayudándose de sus muletas,

con un aspecto increíblemente bueno, con su cabello rubio brillando, su imperfecta nariz, tan perfecta, marcando su rumbo. Su media sonrisa.

«Sus ojos, por Dios, sus ojos», jadeé dentro de mi cabeza.

Mis rodillas se aflojaron. Me dieron ganas de saltar la barra y lanzarme sobre él para abrazarlo y besarlo, para decirle que todavía lo amaba, que continuaba tanto o más loca por él que el primer día que lo vi.

Nico iba a terminar de darse la vuelta para entrar en el local después de agradecerle su ayuda a Albert y yo prácticamente me tiré detrás del mostrador, porque no sabía cómo manejar esa situación. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo había conseguido la dirección de mi pastelería? Bueno, no era muy difícil llegar a la respuesta a esa última pregunta: Thiago.

Al instante me arrepentí de mi estupidez; debía hacerle frente, debía impedirle herirme una vez más. Fuera lo que fuese lo que estuviese haciendo aquí, tendría que quedarle claro que no le permitiría volver a jugar conmigo.

Me endrecé y, al verlo avanzar hacia una de las mesas vacías, experimenté un gran alivio al verlo en pie y con buen aspecto, nada parecido a la última vez que estuvimos frente a frente.

Un tanto escondida detrás de mis empleados y de los clientes que comían, con la vista, las tartas expuestas que estaban en la otra mitad del mostrador, caminé siguiendo la dirección que tomaba Nico, quien se acomodó en una mesa para dos, dejando sus muletas apoyadas contra la silla vacía.

Uno de nuestros camareros apareció al instante junto a él, para entregarle la carta con los productos que servíamos. El elegido al que le tocó atender al campeón fue Eddie, un pelirrojo sumamente simpático y conversador que, para ser inglés, era demasiado confiado con todo el mundo. A Eddie le encantaba entablar conversaciones con todos y, no por maldad, sino por demasiada humanidad, tenía la costumbre de invadir demasiado el espacio vital de quienes lo rodeaban.

Nico asió la carta que le tendía Eddie y éste le sonrió para ponerle una mano en el hombro y decirle no sé qué.

El campeón, con su carácter seco de siempre, miró la mano de Eddie sobre su hombro y, a continuación, alzó la vista hasta él. Su rostro estaba tenso.

Eddie ni se dio por aludido por la mala cara de Nico, simplemente le dijo algo más y, con una sonrisa, se alejó de él, supuse que para darle tiempo a elegir lo que quería tomar.

—¿Sucede algo, chef?

La voz de Grace me hizo pegar un salto. Al darme la vuelta, la vi sosteniendo mi taza de té.

—¿Pasa algo malo con las tartas? Son todas frescas, lo he revisado esta mañana.

—No, no, no. Todo está bien —solté tropezándome con mis propias palabras. Giré la cabeza y, todavía escondida detrás del exhibidor, le lancé otra mirada a Nico,

quien en ese exacto momento giró la cabeza en mi dirección. Volví a encogerme detrás del mostrador.

—Chef, ¿sucede algo malo? ¿Quiere que llame a Étienne? ¿A la policía? —le oí preguntarme con cara de preocupación en cuanto alcé la vista hacia ella.

—No, no.

—Pero es que...

Desde mi posición, encogida, la vi estudiar el espacio del salón en busca de lo que pudiese estar causando mi extraño comportamiento.

De espaldas al salón, me puse de pie. Llevaba un pañuelo en la cabeza, lo que me daba la esperanza de que no reconociese mi cabello.

—Gracias por el té.

—Chef, ¿está segura de que no quieres que llame a Étienne?

—No, está bien. —Intentando mostrarme despreocupada, le di un sorbo a mi té y me quemé la boca. Solté una maldición y Grace puso cara de compungida.

—¿Está malo?

—No, Grace, no, el té está rico. Estoy muy torpe, no te preocupes.

Giré un poco la cabeza y vi a Nico con la vista fija en la carta.

—Disculpa que me entrometa, pero... ¿lo conoces?

Grace apuntó con el mentón por encima de mi hombro en dirección a Nico.

—A mí me suena esa cara, lo que no sé es de dónde.

Yo sabía que algunos de los que trabajaban allí sabían que había sido novia del campeón del mundo de automovilismo, pero la mayoría de ellos no eran muy fans de la categoría, por lo que no conocían a Nico ni de vista.

—¿Es un actor?

Tragué en seco y negué con la cabeza.

Ante mi silencio, los ojos de Grace se abrieron de par en par. Ella recordó de qué le sonaba el rostro de Nico. Esa mirada de sorpresa suya me confirmó esa sensación que tenía de que alguno de ellos quizá hubiese podido buscar a Nico en Google para averiguar con quién había salido la jefa, para ver al hombre con el que estuvo a punto de contraer matrimonio.

—Es el campeón —balbució Grace—. Su campeón.

Puse cara de horror, de herida; no me molestó que Grace hubiese estado averiguando cosas sobre mí; lo que me incomodaba sobremanera era mi poca capacidad de mantener la compostura con él allí en el salón.

—¿Quieres que llame a Étienne para que lo saque de aquí? Le diré a los chicos que le pidan que se largue —se apresuró a decir como defendiéndome. Eso me alegró.

—No, está bien.

—¿Por qué ha venido?

—No tengo ni idea, Grace.

—¿Sabías que vendría, chef?

—No, en absoluto.

—Pues le diremos que se vaya.

Grace y muchos otros, más de una vez, me habían pescado llorando por los rincones por culpa de Nico.

—No tiene nada que hacer aquí —hizo una mueca—, a menos que lo quieras aquí, chef.

—No tengo ni idea de si lo quiero aquí o no, Grace.

—Es más guapo en persona de lo que es en las fotografías, y eso es mucho decir.

—Sí, lo es —jadeé con un hilo de voz.

—¿Estás segura de que no quieres que le pida a Étienne...?

—No, tranquila, sigamos con nuestro trabajo. —De sobra sabía que mi mano derecha lo sacaría de allí a patadas si se lo pedía.

—Bien, chef, como quieras.

Grace se alejó para continuar con lo suyo y yo, escondiéndome detrás del estante de vasos de plástico, espí en dirección a Nico.

El salón estaba un poco más vacío y tranquilo.

Eddie se aproximó a Nico, quien hasta hacía un momento había estado revisando el salón. ¿Me estaría buscando? ¿Acaso en su cabeza se preguntaba dónde estaba yo?

Le di un sorbo a mi té y agucé el oído.

—Bien, ¿qué puedo traerte, Nico? ¿Dime qué puedo hacer por ti? —Eddie alzó su libreta y su lápiz y lo contempló expectante—. Creo que no te lo he comentado, pero nuestros especiales de hoy son el pan de plátano y canela, los *cupcakes* de dulce de leche, el *pound cake* de limón y arándanos, y la tarta vegana.

Nico volvió a pasear la vista por todo el local; lo vi estirar el cuello para espiar en dirección a la puerta de la cocina, por la cual acababa de salir Étienne. A mí no me veía porque me tenía a su espalda.

—No puedo... es que no puedo comer dulces —le contestó Nico, y su voz se metió en mis venas para hacerme sentir como si recibiese una descarga eléctrica.

—Ah, bueno, pues entonces tengo para ofrecerte panecillos de queso o sándwich de atún en pan de tres cereales.

Nico puso cara de circunstancias.

—Tampoco como pan. Ahhh... —Nico se quedó dudando una vez más.

—¿Puedo traerte una taza de té? —le ofreció Eddie sin darse por vencido.

—Sí, supongo que sí. Sin azúcar.

—Pues... si no comes azúcar... ¿Puedo preguntare si es porque estás a dieta o porque tienes alguna enfermedad? Te lo digo porque la tarta que tenemos como especialidad del día no lleva azúcar, sino un edulcorante natural que se llama estevia. No estoy seguro, pero le preguntaré a la chef, porque creo que la masa de la tarta es apta para celíacos.

—¿La chef? —lo oí soltar en un jadeo.

—Sí, la chef, es la dueña. Nat es un amor. Le preguntaré si puedo traerte de comer eso si me dices qué tienes; ahora que, si no comes nada porque te cuidas para no subir de peso, has venido al lugar equivocado. —Eddie rio—. Todo aquí es muy bueno y los que vienen una vez acaban viniendo por un bocadito rico cada día. Te lo advierto, este lugar es adictivo.

—Sí, ya he visto que había mucha gente.

Eddie se quedó mirándolo y yo también. Cuando Nico entró ya no había tanta gente. ¿Acaso había estado apostado en la puerta un rato antes, sin decidirse a entrar o espiando?

—Sí, bien. Las mañanas de sábado son todavía más movidas. ¿Eres del vecindario o acabas de llegar? Ya lo verás, todos los que son de por aquí vienen una y otra vez. Poco a poco este local se ha convertido en el centro de reunión para todos en estas calles. Todos somos de por aquí. El vecindario es muy bonito. Mañana, después de pasar por aquí, deberías dar una vuelta por el mercado.

—Sí, bueno, no sé.

—¿No eres de aquí, no? Me refiero a inglés. ¿De dónde eres?

—De España.

—¡Ah, viva España! —entonó Eddie en español—. ¡Ibiza! Un verano fui a Ibiza. Ese lugar es alucinante. ¿Eres de allí?

—De Barcelona.

—¡Uau! Barcelona también es espectacular. ¿Y qué haces en Londres? Tenéis mucho mejor clima allí que aquí. Últimamente no hace más que llover todo el tiempo y la temperatura baja cada día. ¿Acabas de mudarte a la ciudad? —soltó Eddie a toda velocidad, sin darle oportunidad a Nico a decir nada.

—No, solamente estoy de paso.

—¿Y qué te ha pasado? —Eddie apuntó en dirección a las muletas con su lápiz.

—Me rompí una pierna.

Eddie arrugó el rostro en un gesto de dolor. Me hizo gracia ver que estaba volviendo loco a Nico, quien no paraba de mirar a su alrededor.

—Eso debió de doler. Yo, por suerte, nunca me he roto ningún hueso. ¿Cómo sucedió?

—Di contra unos neumáticos de contención a más de trescientos kilómetros por hora.

—¿Y eso? ¿Neumáticos de contención? ¿A trescientos kilómetros por hora? ¿Cómo es que estás vivo?

—Tuve mucha suerte.

—Ya me imagino que sí, compañero. ¿Y qué hacías a trescientos kilómetros por hora?

—Mi trabajo —le contestó Nico.

—¿Tu trabajo? —entonó Eddie, sorprendido.

—Sí —afirmó Nico, para después mover la cabeza otra vez en dirección a la puerta de la cocina, por la cual volvía a irse Étienne, quien, por suerte, no había reparado en mi persona, allí escondida detrás de la estantería de vasos para llevar.

—¿Y se puede saber en qué trabajas? —Eddie rio—. El único riesgo que yo corro trabajando aquí es ganar kilos; de hecho, creo que ya he engordado un par; es que Nat es una excelente pastelera. Es decir, la chef es excelente —se apresuró en corregir lo que debió de pensar que era demasiado informal.

Tobías había insistido en que debía hacer que los chicos me llamasen chef, como lo hacían con él sus cocineros; decía que así impondría más respeto. A mí me costaba más que a ellos acostumbrarme a ser llamada así. El único que no me llamaba chef, y eso se daba solamente cuando nos encontrábamos a solas, era Étienne.

—¿Natalia?, ¿está aquí ahora?

Ante la pregunta de Nico, Eddie se quedó momentáneamente paralizado. Su rostro pecoso enrojeció.

—Soy piloto de Fórmula Uno —anunció Nico ante el silencio de Eddie.

—Sí, lo he imaginado —murmuró Eddie.

—¿Lo has imaginado?

—Eres *el campeón* —Eddie no sonó muy emocionado al articular aquellas palabras. La sonrisa se le había borrado del rostro. Por lo visto, a pesar de que no comentaban mucho el asunto delante de mí, todos allí debían de saber muy bien quién era Nico.

Éste se echó hacia atrás sobre la silla.

—Sí. De modo que has oído hablar de mí.

Eddie asintió con la cabeza.

Me dio la impresión de que Nico no sabía si sentirse aliviado o preocupado porque Eddie supiese de él.

—Entonces... ¿vas a pedir algo o sólo has venido para hacerle pasar un mal rato?

Casi vomito mi corazón al oír a Eddie lanzar aquellas palabras en dirección a Nico, con cara de muy pocos amigos. Ése no era para nada el Eddie que todos conocíamos, y no tenía ni idea de que fuese a reaccionar así si un día se cruzaba con Nico. Bien, ahí, frente a mí, estaba la respuesta.

—Yo... —Nico se quedó dudando.

—No creo que la chef supiera que ibas a venir, ¿o sí?

—No, Natalia no sabe que yo...

—Eso pensaba. Mira, ¿por qué mejor no te largas? Todos aquí queremos mucho a la chef y sabemos que la dejaste.

En ese instante por poco se me salen los ojos de las órbitas.

—¿Lo sabéis?

—Sí, y no nos gustas.

«¿Qué?!», solté dentro de mi cabeza.

Sí, el fin de mi relación con Nico había salido en la prensa escrita y dio vueltas por la Red durante mucho tiempo, incluso hablaron de nosotros en las transmisiones de las carreras, pero nunca imaginé que el personal de mi pastelería estuviese al tanto de que Nico me había dejado con el corazón hecho pedazos para largarse otra vez con su exnovia y exprometida.

—Bueno, tú no tienes derecho a...

—¡Y tú no tienes derecho a estar aquí! —Eddie alzó la voz, guardando su lápiz y su libreta en el bolsillo delantero de su delantal.

—¿Quién te crees que eres? No tienes derecho a hablarme así.

—Sí tengo derecho; la chef es mi jefa y todos la queremos. La hemos visto llorar por los rincones por culpa de lo que le hiciste.

Me agarré la cabeza. Dios santo, eso se ponía cada vez peor. ¿Tan pública había sido mi pena? Me sentí patética y, al mismo tiempo, muy querida. En ese momento adoraba a Eddie más de lo que lo había adorado desde el día en que lo conocí.

—Pues la verdad es que no me importa lo que tú pienses; he venido a verla y no me iré de aquí sin hablar con ella. Llámala, por favor.

Eddie se cruzó de brazos.

—Ni lo sueñes, campeón. Mejor te largas por donde viniste.

—No eres quién para echarme —le contestó Nico alzando la voz.

—¿Diabetes, no es cierto? Escúchame bien: no me importa si vas en muletas o si estás enfermo, ni lo que seas; si no te largas, te sacaré de aquí a patadas.

Un par de clientes se giraron a mirar a Eddie, quien de pronto había cuadrado sus hombros, ensanchando su espalda.

—Escúchame tú a mí, idiota, mejor llamas a Natalia o...

—¿O qué? No te tengo miedo.

—Llámalas, dile que quiero hablar con ella.

—Eres un estúpido petulante y engreído, y a mí no me gusta la Fórmula Uno, me parece que todos los que corren en esa categoría tienen serios problemas con su hombría. El único que me cae bien es Thiago, el amigo de la chef. Espero que gane el campeonato. Porque lo ganará, ¿no es así?

—Voy a partirte todos los dientes, idiota —rugió Nico alzándose de su silla con dificultad.

Aquello fue mi campana de salida; no podía permitir que esos dos se enzarzaran en una pelea a puñetazos.

Empujé la puertecita del mostrador que separaba la trastienda del salón y me lancé en dirección a ellos.

—¡Eh, alto! —grité al notar que se preparaban para golpearse. Los dos se giraron en mi dirección.

—Estaba a punto de sacar a este idiota de aquí, chef —me explicó Eddie todo ofuscado.

—Natalia...

Mi nombre en la voz de Nico hizo temblar el suelo sobre el que andaba.

—Está bien, Eddie, tranquilo. —Miré a Nico a los ojos y por poco sucumbo al efecto mortífero de su color azul celeste, a esa mirada que llevaba extrañando desde el día en que me echó de su vida—. ¿Qué haces aquí, Nico?

—Hola —musitó sujetándose a la mesa.

Me pregunté si su estabilidad fallaba, al igual que la mía, por culpa del reencuentro o si simplemente debía sujetarse porque su pierna todavía no estaba lo suficientemente recuperada como para sostener su cuerpo.

—¿Qué haces aquí?

—Sí quieres a este sujeto fuera, no tienes más que pedirlo, chef. De buena gana lo sacaré de aquí. Igual que a tanta otra gente en el mundo, el campeón no me cae bien.

—Idiota, mejor cierras la boca. ¿Quién demonios eres tú?

—¡Nico, no le hables así! Y no vuelvas a insultar a Eddie o permitiré que se dé el gusto de echarte de aquí.

—¿Me quieres fuera de aquí?

Con esa pregunta perdió toda su prepotencia y su voz quedó reducida al susurro lejano de un viento cálido que creía recordar.

Tragué saliva.

A pesar de todo, a pesar de su estupidez y mal genio, todavía tenía ganas de abrazarlo y de que me abrazara.

—Todavía no me has dicho qué estás haciendo aquí. ¿Para qué has venido, Nico?

—Necesito hablar contigo.

—No creo que tengamos nada de qué hablar.

—Sí... yo... al menos... yo tengo mucho que decir. Por favor, escúchame.

Sacando fuerza de no sé dónde, y dándole forma con mi cuerpo a una postura que aparentaba una seguridad que en realidad no sentía, me crucé de brazos y lo enfrenté.

—Habla.

Nico movió los ojos en dirección a Eddie, quien continuaba inamovible a su lado.

—Natalia, por favor...

—Si tienes algo que decir, dilo.

—¿No podríamos hablar a solas?

—Como verás, estoy trabajando. —Con ambas manos le señalé el salón en toda su amplitud. Todo el mundo nos miraba. Al girar un poco la cabeza, vi a Étienne salir de la cocina, con cara de pocos amigos, limpiándose las manos en un paño de cocina.

—Todo el mundo nos está mirando.

—Sí, y literalmente todo el mundo nos vio besarnos por televisión aquella vez que me besaste antes de subir al podio de la carrera de España. También creo que todo el mundo se enteró de que me dejaste, así que, no te queda otra, ahora tendrás que soportar esta audiencia. Si tienes algo que decir, dilo, sino márchate; tengo mucho trabajo que hacer.

Nico miró de reojo a Eddie, después paseó sus ojos por los alrededores.

—Tienes suerte de que haya pasado la hora punta. Aquí suele haber el triple de gente de la que hay ahora.

Eddie sonrió ante mis palabras.

—Ok. Está bien, entiendo que estés enojada conmigo...

—¿Enojada contigo?! —chillé, y los agudos de mi voz se fueron a la mierda—. ¿Enojada, dices? Me parece que mejor te largas, Nico; tengo la impresión de que continúas siendo el mismo egoísta de mierda que... —gruñí, pero me arrepentí al instante; no quería insultarlo, pero es que me daba rabia que continuase siendo esa persona que era incapaz de ver más allá de lo que veían los ojos de Siroco, del campeón—. ¿Sabes qué? Yo no quiero esto, no quiero hablar en estos términos contigo, pero que resumas lo que sucedió a un «enojada» hace que me den ganas de

matarte. ¿Enojada? —Meneé la cabeza—. No fue enojo, Nico; fue decepción, fue dolor, pena. Fue sentirme utilizada y descartada. Fue verme a mí misma como a la gran idiota que corrió detrás de ti, que estuvo dispuesta de hacerlo todo a un lado por ti y... ¿qué hiciste tú a cambio de eso? Me apartaste de tu lado, me rompiste el corazón, me destrozaste y pisoteaste lo que creí erróneamente que éramos. —Hice una pausa—. Lo que nunca fuimos.

—*Petitona*, por favor... —gimió.

—No vuelvas a llamarme así —bramé, y mi visión se puso turbia debido a las lágrimas.

—Natalia, ¿va todo bien? —Étienne llegó a mi lado para poner una de sus manos en mi espada.

Me tambaleé.

—Así que éste es el campeón —resopló Étienne para luego recorrerlo con la mirada de arriba abajo—. Puede que seas cinco veces campeón de la Fórmula Uno, pero, a mi modo de ver, ni siquiera eres un buen hombre. Escucha, ¿por qué mejor no nos ahorras el mal trago a todos y te largas de aquí? Tienes suerte de que Tobías no esté; sin embargo, no has tenido tanta suerte conmigo y, si Natalia te quiere fuera de aquí, pues ya somos dos, y me encantaría enseñarte dónde está la puerta.

—¿Quién es éste?, ¿tu novio? —El rostro de Nico se puso rojo.

Étienne no contestó y Eddie se sonrió.

—Suficiente, Nico, creo que ya he tenido bastante de ti por una vida. ¿Qué quieres?, ¿a qué has venido? Si tienes algo importante que decir, dilo de una vez; si no es así, vete.

Nico se aclaró la garganta.

—He venido a pedirte perdón por todo lo que te hice.

—No necesitas mi perdón. Lo que hiciste ya sabrás cuánto te pesa a ti. Si sentías todo lo que dijiste, si crees que todo lo que hiciste fue lo mejor para ti, no necesitas mi perdón; jamás te valdría de nada, porque... ¿para qué te sirve que te perdone si se supone que yo no te entiendo, que no sé nada de tu carrera, de tu vida, de lo que podrías necesitar para ser feliz? Recuerda que soy la que no entendía nada, soy aquella que apartaste de tu lado para volver a ser quien eras antes de conocerme. Bien, si te hace feliz, ok, te perdono; puedes irte tranquilo a tu casa con ella, a seguir ganando carreras y campeonatos, a hacer de eso tu vida, porque, por lo visto, es lo único que quieres y puedes ser.

—No, yo... escucha, no... yo... no es así. No necesito que lo digas así.

—¿Cómo quieres que lo diga?

—Mejor te vas —saltó Étienne otra vez, perdiendo la paciencia. Le conocía el tono de cuando en la cocina algo no le salía del todo bien y se fastidiaba.

Todo el salón se había quedado en silencio: los clientes, en sus mesas; los que estaban de pie para comprar; los camareros, parados a medio camino.

—Cierra ya la boca —le gruñó Nico.

—Campeón, te juro que no tendré remordimientos de golpearte a pesar de tus muletas.

—¿Ahora sales con esto? —resopló Nico.

—¿Esto?!

Por el rabillo del ojo, vi a Étienne amagando con lanzarse sobre Nico y me puse en medio.

—¡Alto! Étienne, por favor.

—¡Este desgraciado se lo merece!

—Sí, ya sé que sí, pero no merece la pena que tú te ensucies las manos con él.

—¡Me has cambiado por esto!

Nico me sacó de quicio.

—¡Y tú me cambiaste por Mónica en un parpadeo, en cuanto las cosas se pusieron difíciles! Yo estaba lista para estar allí para ti, contigo, fuera lo que fuese queuviésemos que enfrentar, y tú solamente me alejaste.

—Te amo —susurró en un tono lastimero.

Mis rodillas hicieron acuse de lo que oyeron mis oídos. Mi cuerpo perdió fuerzas. Quise ponerme a llorar y a gritar.

—¿De verdad, Nico? ¿Por qué me cuesta tanto creer que eso pueda ser cierto?, ¿por qué te creo tan incapaz de eso?

—Porque lo hice todo mal contigo. —Se movió hacia un lado de la mesa y tendió una de sus manos en mi dirección, pero me aparté.

—¿Pensabas que viniendo así, apareciendo de la nada después de tanto, después de esfumarte de mi vida sin más, yo te diría que también te amo y que todo está olvidado? ¿Realmente crees que te mereces eso?

—Creo que eres mejor que yo y que eres capaz de creer en un amor roto, en un amor que yo rompí.

—Adularme no te servirá, campeón. Yo no soy tú.

—No, no ha sido eso lo que he querido decir.

—Entonces, ¿qué has querido decir?, porque hasta ahora no has dicho o hecho nada que pueda darme la mínima esperanza de que sí has cambiado, Nico, de que no eres solamente Siroco...

—Soy más que Siroco, pero no sabía que lo era hasta que apareciste tú. —Nico hizo una pausa para tragar; vi su cuello ensancharse—. Hasta que apareciste tú, mi

vida era eso y nada más. Creía que era suficiente para mí, que era lo único que podía tener, para lo único que servía. Pensé que no necesitaba nada más que ganar carreras y campeonatos, que podría ser feliz así. Y luego llegaste tú y me hiciste ver que mi vida no era nada, solamente un montón de cosas que ni siquiera había pensado tener, cosas que pensé que no necesitaría para ser feliz. —Suspiró—. Con el accidente... todo cambió cuando supe que quizá perdería la pierna. Mi mundo se vino abajo. Lo único que había tenido siempre... las carreras, estaba a punto de perderlo. Ése era mi mundo, mi lugar seguro, la posición en la que siempre me sentí fuerte. Creí que estaba intentando ser valiente al arriesgarme a conservar mi pierna; en realidad estaba escondiéndome detrás del peligro, al igual que con las carreras. Entré en pánico porque pensé que, si lo perdía, si ya no podía ser Siroco, no tendría nada que ofrecerte, que ya no sería nadie para ti, que me convertiría en nada, y al mismo tiempo me dio mucho miedo imaginar mi vida sin todo lo demás y solamente contigo. Todavía ni siquiera sé cómo hacer para quererte bien, para darte lo que te mereces, para hacerte feliz. Creí que lo tenía todo y después de que te fuiste...

—Después de que me echases —lo corregí.

—Sí —musitó—, después de que te apartase de mi vida, me di cuenta de que no tenía nada por lo que luchar. ¿Qué valor puede tener ganar carreras o campeonatos si no puedo vivirlos o celebrarlos contigo? Te necesito conmigo para poder ver mi vida con mejores ojos, para que me hagas alguien que puede ser algo más que Siroco y si puedo, y si me dejas, me gustaría darte mi vida. Sería un honor poder estar ahí para ti cuando lo necesites, aunque dudo mucho de que tú me necesites para nada, porque, mírate —alzó ambas manos para señalar a su alrededor. Se tambaleó—, es evidente que no me necesitas ni la mitad de lo que yo te necesito a ti, porque seguiste adelante con tu vida y yo no hago más que arrastrarme por ahí de un modo lastimero y sin sentido. —Nico hizo una pausa en la que me miró fijamente a los ojos—. Te amo y, ante toda esta gente, te pido perdón por todo el daño que te he hecho, por todos los errores que he cometido. Por cada lágrima que te he hecho llorar. Lo siento, *petitona*, te juro que lo lamento y que daría cada uno de mis campeonatos y cada una de las carreras que he ganado si eso pudiese pagar tu perdón. Nada de lo que he conseguido hasta este día tiene valor sin ti, porque es como si todo lo que he hecho hubiese sido parte del camino que me llevaba a ti y, cuando llegué a ti, simplemente te dejé partir. Fue un desperdicio de tiempo, de energía... y lo peor de todo es que te herí. Te herí y ahora estás con alguien y yo no puedo hacer otra cosa que pensar en ti a cada segundo de mi vida, extrañarte y necesitarte cada vez más. Sin ti no soy nada, pero contigo puedo ser cualquier cosa. Te amo, *petitona*, y creo que, tanto si vuelves a mi lado como si no, te amaré por el resto de mis días.

Quedé muda, muerta de miedo, muerta de amor.

—Por favor, di algo.

—Lo único que puedo decirte es que me da miedo darme la oportunidad de creer en ti.

—Yo te amo.

Vi sus ojos empañarse.

—A veces eso no es suficiente. Quizá me amases antes también, y no fue suficiente.

—Ven a Abu Dabi conmigo, por favor.

—¿Qué? A Abu Dabi, ¿para qué?

—Correré la última carrera.

—¿En este estado? —le espetó Eddie.

—¿En serio? —le preguntó Nico enojado—. Por qué no cierras la boca.

—Eh, cuida tu lengua —le gritó Étienne, saliendo en defensa de Eddie.

Nico le lanzó una mirada de odio.

—Por favor, *petitona*.

—Estás loco, Nico, ¿de verdad correrás en este estado? No creas que no sé por qué lo haces. Todavía tienes oportunidad de ganar el campeonato. Estás absolutamente chiflado por exponerte a correr si apenas puedes mantenerte en pie.

—Correr sigue siendo mi pasión.

—Sí, creo que me queda muy claro.

—Quiero intentar hacer que las cosas sean como debieron ser.

—No puedes volver el tiempo atrás.

—Se suponía que llegaríamos al final de la temporada juntos.

—No puedo ir a Abu Dabi, Nico; tengo trabajo.

—Sí, lo sé. Por cierto, esto es espectacular, pero te juro que serán unos días y que, tan pronto como acabe el fin de semana del gran premio, te traeré aquí de regreso en mi avión. Por favor, dame la oportunidad. ¿Es que ya no me amas? Si es así, si estás enamorada de él, dímelo. —Con el mentón, Nico apuntó en dirección a Étienne.

Étienne giró su rostro hacia mí, con las cejas en alto, primero apretando los dientes, y un segundo después, sonriendo.

Nico no podía estar más equivocado. Al final una sonrisa terminó escapándoseme a mí también.

—¿Qué es tan gracioso? —espetó—. Claro, está bien, me lo merezco. Seguro que ya tienes tu vida planeada y resuelta. Thiago me dijo que habías seguido adelante.

—Bueno, eso sí lo ha hecho. Nat es una luchadora nata, no como otros. Deberías ver nuestra casa. Justo hace un rato hablábamos de comprar un árbol de Navidad y de cuándo iríamos a por los adornos —canturreó Étienne.

El rostro de Nico se ensombreció.

—¿Es... es eso cierto?

—Lo del árbol de Navidad y lo de los adornos, lo es. Bueno, lo de la casa también.

—Te he perdido —articuló perdiendo también la voz.

—Sus padres vendrán a celebrar las fiestas de Fin de Año con nosotros.

—Étienne, por favor.

Nico se agarró a la mesa.

—Todavía no tenemos muebles, pero, si logro convencerla de que salgamos de compras, para cuando lleguen todos, la casa lucirá estupenda.

La cabeza de Nico cayó.

—Una vez más he sido un estúpido contigo. ¿Cómo podía creer que continuarías esperándome después de lo que te hice?

—Nico...

—Ok, Nat. Es evidente que este hombre es un idiota y que no te conoce ni un poco —lanzó Étienne.

Nico alzó la cabeza.

—¿Qué?

—¿De verdad crees que esta mujer es tan voluble, tan hueca, tan insensible como tú?

—¿Qué? —entonó Nico una vez más, ahora con la voz todavía más estrangulada.

—Nat: definitivamente, este tipo no te merece. ¿No podías haberte enamorado de alguien más inteligente? Lo he visto correr y es increíble, pero a todas luces se nota que fuera de las pistas... —Étienne posó sus ojos en Nico, negando con la cabeza—. Hombre, de verdad que tú no entiendes nada.

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—Nico, Étienne y yo vivimos juntos, pero no somos novios. Vive en mi casa porque todavía no tiene dónde instalarse y mi casa es nueva... y estoy pagando las remodelaciones y necesito compartir los gastos. El negocio va bien, pero es mucho dinero, de modo que le alquilo una habitación.

Nico quedó petrificado, y Étienne y Eddie comenzaron a reír.

—Y para más datos, campeón —comenzó a decirle Étienne—, soy gay.

Eddie rio con más ganas.

Hubo otras risas perdidas por ahí en el salón.

—¿Entonces...? —Nico no consiguió terminar la frase.

—Dudo de que te merezcas que todavía te quiera.

—No, no creo que me lo merezca, pero me gustaría ganarme ese derecho, si me das la oportunidad.

—¿Y tu idea de que yo te dé una oportunidad es hacerme correr a Abu Dabi detrás de ti? No me parece muy coherente, Nico. La verdad es que lo veo como más de lo mismo.

—No, no, te juro que no es eso. Tan sólo me gustaría que compartiésemos juntos un momento que esperábamos compartir y después vendremos aquí... Me encantaría poder ayudarte a elegir muebles y conocer a tus padres... Sé que encontraríamos un modo de llevar lo nuestro adelante. No quiero que dejes esto, no quiero que lo dejes todo por mí, quiero que compartamos tu vida y la mía, quiero que lo vivamos todo...Te quiero a ti completa, porque así mi vida será más completa, más viva. Quiero poder ayudarte con esto; ya te lo he dicho, entiendo que no me necesitas... Bueno, en poco más de una semana tengo vacaciones y puedo venir a echarte una mano. No sé si seré buen camarero, pero quizá sirva para ayudaros en la hora punta o los sábados por la mañana, cuando hay más gente.

—¿Tu atendiendo mesas? —le espetó Eddie—. ¿Y cómo harás eso con muletas? Y, discúlpame lo que te diré, pero no creo que seas bueno con las personas. Tienes muy mal genio.

Étienne rio y yo también.

—Puedo intentarlo —le contestó Nico.

—Espantarás a la clientela.

—No haré eso, puedo ser amable.

—¿Ah, sí? —bromeó Eddie.

—¡Claro que sí! —Nico dio un respingo.

—*Naaa*, lo dudo. —Eddie hizo un gesto con la mano como desestimando su idea.

—No sé, Eddie, no lo descartemos tan pronto. Quizá a alguien le interese que el cinco veces campeón del mundo atienda su mesa y le sirva su café. ¿Qué dices, Nat? —me preguntó Étienne—. ¿Crees que puede ser rentable para la pastelería? Podrías tenerlo un mes a prueba.

—No sé, chef —intervino Eddie—; yo creo que tendrían que ser nuestros clientes los que decidiesen.

Empecé a reír y a llorar de felicidad.

—¿Qué dicen ustedes?, ¿a alguno le gustaría que lo atendiese el cinco veces campeón de la Fórmula Uno? —preguntó Eddie al aire, alzando la voz.

Hubo un par de abucheos, pero la mayoría de los gritos fueron un «sí», incluso por parte del resto de los camareros y de los empujados detrás del mostrador.

Nico me sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Y bien... ¿podrías darle una oportunidad a este amor roto?

—Que alguien me explique cómo es posible que este hombre sea supuestamente el mejor piloto del mundo y todavía no haya entendido que es probable que lo hayas

perdonado en cuanto lo has visto cruzar la puerta —me dijo Étienne, y yo me carcajeé de la risa, llorando a mares.

—Tiene razón, eres un idiota, Nico. Eres un idiota y, aun así, te amo.

Nico me regaló su sonrisa más hermosa. Rodeé la mesa llevándomelo todo por delante y le tiré los brazos al cuello.

—Te amo, Nico.

—Te amo, *petitona*. Te amo muchísimo, más que a nada en esta vida. Lo siento.

—No digas nada más y bésame, campeón.

—Con gusto.

—¡Al fin! —vitreó Étienne.

Nico me arrasó con su beso y con su abrazo.

A nuestro alrededor hubo gritos y silbidos de felicidad.

—Te amo, te amo, te amo —repitió en mi oído una y otra vez, estrechándome contra su cuerpo cuando dejamos de besarnos.

31. Campeón

Llegar a Abu Dabi fue toda una odisea; con eso no me refiero al viaje, sino a todos los preparativos antes de montarnos en el avión privado de Nico, de camino al último gran premio de la temporada. No fue solamente tener que organizar mi partida para que causara el menor trastorno posible a Étienne, quien se quedaría unos días a cargo de la pastelería, sino explicarle a mi hermano y al resto de mi familia que estaba dispuesta a darle una segunda oportunidad a Nico y a lo que sentía por él.

En cuanto Tobías lo tuvo en frente, quiso arrancarse a darle puñetazos sin ni siquiera saber que yo estaba dispuesta a viajar a Abu Dabi para verlo correr la última carrera de la temporada. Peor fue cuando le conté la verdad; entre Thomas y yo, debimos evitar que mi hermano asesinase al campeón a sangre fría.

El resto de mi familia tampoco se lo tomó demasiado bien; sin embargo, aflojaron un poco su enfado cuando Nico habló con ellos vía FaceTime y les dijo que quería conocerlos y que, si les parecía bien, su padre y él se unirían a nuestras fiestas navideñas y de Fin de Año. Nico les dijo que era hora de que todos nos conociésemos y que debió acordar un encuentro mucho antes. También les pidió disculpas por sus acciones y por lastimarme, y añadió que estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para demostrarme que me amaba y que se merecía pasar el resto de sus días a mi lado.

Todavía no habíamos vuelto a hablar del compromiso y yo no tenía ninguna intención de hacerlo, a pesar de que, ya desde la primera noche después de su llegada a Londres, Nico y yo volvíamos a ser los de siempre, como si nada hubiese sucedido. De cualquier modo, procuré mantenerlo a él y a mi entusiasmo a raya, hasta que me quedase un poco más claro si Nico en verdad había comprendido que no estaba dispuesta a volver con él para que fuese lo mismo de antes.

Por momentos me comportaba con él de forma un tanto distante de puro miedo que sentía porque volviese a romperme el corazón, y eso me dejaba con mal sabor de boca, ya que él daba lo mejor de sí para intentar demostrarme su amor, lo mucho que me había extrañado y lo horrorosamente mal que se sentía por haberme herido.

Nico me confesó que no había podido parar de pensar en mí ni un solo instante después de que me echase de su lado y que siempre supo, incluso cuando Mónica

llegó al hospital para ayudarlo con el traslado a Alemania, que lo suyo con ella jamás volvería a ser nada, nada ciertamente como lo nuestro, desde el inicio.

También me confesó que no se había puesto en contacto conmigo antes por miedo a ser rechazado y que finalmente decidió viajar a Londres porque entendió que, por su amor por mí, valía la pena arriesgarse al rechazo.

Nico también me contó que había hablado seriamente con su padre sobre su carrera; si bien su objetivo era el mismo, intentar ganar más campeonatos, pensaba tomarse las cosas con un poco más de calma, prescindiendo de al menos un cuarto de los compromisos que hasta entonces llenaban su agenda, y que, si yo lo aceptaba otra vez a mi lado, no tenía intención de pedirme que dejase mi carrera para seguirlo en la suya; quizá debiese sopesar la posibilidad de que Nico pasara gran parte del tiempo, entre carrera y carrera, en Londres conmigo.

Así me lo expresó a mí también; haría los sacrificios que fuesen precisos para estar a mi lado, porque todo lo demás no valía sin mí en su vida y, por supuesto, cuando lo oí decir aquello, mi corazón se puso a dar saltos de felicidad dentro de mi pecho.

Durante gran parte del vuelo a Abu Dabi nos contamos el uno al otro lo que habíamos estado haciendo durante ese tiempo en que estuvimos separados. Nico quiso saberlo todo sobre la pastelería, sobre cómo iba el negocio y sobre los empleados. Me pidió que le hablara de la casa que había comprado, cómo la había encontrado y cómo eran mis vecinos, y se preocupó por saber si yo era feliz con todo aquello.

De sus labios oí lo mucho que le había costado recuperarse, lo mal que había estado de salud, lo deprimido que se sintió más que nada por encontrarse tan solo sin mí, entre tanta gente que de un día para otro a él se le antojaron extraños que no lo conocían, que no tenían un idea real de quién era.

Nico me explicó que incluso en la actualidad no estaba del todo repuesto. Que su pierna lo mataba de dolor, que le costaba mucho caminar (ya había sido testigo de eso) y que los músculos de la pierna rota todavía no eran lo suficientemente fuertes, si bien el hueso ya había soldado.

Le repetí una vez más que me parecía una locura que volviese a correr tan pronto y Nico me contestó que era lo mejor que podía hacer, pues, después de tantas estupideces cometidas, de tantos malos tragos que le había hecho pasar al equipo, lo menos que podía hacer era intentar ayudarlos a sumar puntos para que Bravío pudiese conservar un año más el campeonato de constructores.

Yo había visto a Harper dar lo mejor de sí, pero el otro piloto que había reemplazado a Nico simplemente no podía con el automóvil, como si éste fuese demasiado para él.

Nico me explicó que Harper y él debían cubrir al menos la segunda y tercera posición para que Bravío pudiese hacerse con el triunfo.

Y si él quería ganar el campeonato, debía llegar en la primera posición sí o sí, pero eso Nico ni siquiera lo mencionó.

Lo que sí me contó fue que había viajado para ver a Haruki, para pedirle perdón por su estúpido comportamiento en la carrera, y que había tenido también una seria conversación adulta con Harper y su novia, en la que se disculpó con ambas por todo.

La charla que tampoco faltó fue la que mantuvo con Paul. Nico solamente me comentó que habían conversado largo y tendido sobre un montón de cosas y que, desde entonces, se sentía en verdad parte del equipo.

Ahora estábamos allí, en Abu Dabi. Difícil encontrar en todo el campeonato un lugar mejor en el que emplazar un gran premio, pues era espectacular.

Según me explicaron, la ciudad era la más rica del mundo y el dato no me sorprendió: desde el aeropuerto hasta el circuito eran un derroche de modernidad.

La pista estaba al borde de una marina con unas vistas irreales y nuestro hotel, literalmente a dos pasos del *paddock*.

Allí la Fórmula Uno era más Fórmula Uno que en ninguna otra parte del planeta y, con el campeonato terminando en este circuito, la expectativa y la emoción corrían tan fluidas como el dinero entre los espectadores y, por supuesto, entre los integrantes de los equipos.

Todo Bravío me recibió con los brazos abiertos, recordándome lo bueno que había sido trabajar con ellos y lo increíblemente afortunada que me sentía de haber tenido la oportunidad de vestir la camiseta del equipo.

Esa vez, mi paso por la cocina fue de visita para ver a Suri y para conocer a su nuevo ayudante, un chico mexicano que daba sus primeros pasos en la profesión, pero que se moría de ganas de aprender y que, además, era muy fanático de la categoría.

Me llenó de felicidad el poder ver a Thiago y a los demás pilotos, compartir momentos con ellos y con Nico, viendo a un Siroco mucho más relajado y sonriente, pese a que cada dos por tres le daban arranques de campeonísimo y se ponía como un loco y maldecía sus muletas y su pierna, la cual no acababa de sanar...

El primer día fue extraño moverme por el circuito sin llevar el uniforme de Bravío; sin embargo, me gustó la idea de ir de aquí para allá de la mano de Nico, saludando a todos los que ya conocía, pudiendo tomarme el tiempo para disfrutar de las pruebas libres, de los eventos en el circuito y de ver de cerca, y no a través de la pantalla de un televisor, sus entrevistas y sesiones de autógrafos.

Me encantó sentir su felicidad al sacarse fotos con los fans, al contestar cuando le preguntaban por su salud, que poco a poco mejoraba.

Lo que terminó de ponerme una sonrisa tonta en la cara fue que Nico ya no ponía reparos en saludar a los que conocía, que no bajaba la vista al cruzarse con periodistas, con los empleados de la FIA o con los integrantes de otros equipos; fue como si, ya de verdad, estuviese decidido a disfrutar de su experiencia en la Fórmula

Uno al completo, no exclusivamente cuando se encontraba solo dentro de su automóvil, dando vueltas alrededor del circuito.

Al entrar al *box* por delante de mí, sostenido por sus muletas, Nico saludó a todos y fue directo hacia Harper, para conversar con ella sobre unos detalles que había notado en el pavimento del circuito al caminar por éste la noche anterior.

Aquella caminata, como aquella otra vez, nuestra primera vez, la hicimos ambos junto a Toto.

Hablaron de no sé qué cosas técnicas y luego Nico se montó en su coche para hacer las primeras pruebas.

Nico no arrasó en los tiempos como antes del accidente, pero estuvo entre los tres primeros, detrás de Thiago y Harper. Su pierna no se lo ponía fácil y, entre prueba libre y prueba libre, comió y tomo una nueva dosis de calmantes mientras ponía la pierna en alto, envuelta en hielo.

En la segunda tanda de pruebas, ya a la luz de los potentes reflectores que iluminaban el circuito, Nico marcó el mejor tiempo del fin de semana, en su última vuelta.

Lo malo fue que, cuando se bajó del monoplaza, estaba agotado y muerto de dolor; entre Toto y otros dos mecánicos tuvieron que ayudarlo a emerger del vehículo, porque solo no podía.

Esa noche intenté convencerlo de que no corriese, pero me dijo que estaba bien, que sabía que no se exigía a sí mismo más de lo recomendable y que quería hacerlo por el equipo.

Sus pruebas del sábado por la mañana también fueron excelentes.

Cuando llegó la hora de la clasificación, se me hizo un nudo en el estómago porque quedaba claro quiénes peleaban por el campeonato y, si bien sabía que, por encima de todo, esos dos mejores amigos se adoraban y se querían mucho más que un mes atrás, pese a que Thiago tenía muchas opciones de quedarse con el campeonato de pilotos, verlos luchar pulso a pulso no parecía justo. Era ponerme feliz por uno y angustiarme por el otro cada vez que uno de los dos bajaba su tiempo de vuelta.

Al final, en los dos últimos minutos de la clasificación y con todo el equipo Bravío, todo el circuito y todo Abu Dabi conteniendo el aliento, Nico se hizo con la *pole position* entre gritos de algarabía, silbidos de felicidad, saltos de emoción y muchos abrazos que evidenciaban un año de tensiones que se deseaban liberar y la necesidad de buenas noticias.

Las cámaras nos grabaron y fotografiaron mientras saltábamos, gritábamos y lo celebrábamos en el *box*. Por poco me da algo de la sorpresa que me llevé cuando el padre de Nico vino hacia mí todo emocionado y, con lágrimas en los ojos, me dio un abrazo.

Otra vez, después de nuestro festejo, cuando fuimos a recibir a un Nico recién llegado de hacer su *pole position*, lo vi tener que ser ayudado por Toto y uno de los

comisarios de la FIA para salir de su automóvil. Uno de los chicos del equipo llevaba las muletas de Nico, pero al campeón tuvieron que llevarlo a hombros porque estaba realmente agotado.

Su pierna, su salud, lo exigente del circuito de Abu Dabi y la temperatura lo complicaban todo.

Fue un alivio verlo en la rueda de prensa después de la clasificación, mucho más repuesto y sonriente.

Thiago se quedó con el segundo puesto en la parrilla de salida y Harper, con el tercero, por lo que todos en el equipo suspiraron medianamente aliviados, cruzando los dedos para que al día siguiente llegasen así al final de la carrera.

El domingo llegó demasiado pronto para mi gusto, pese a que la carrera comenzaba por la tarde, pasadas las horas de más calor, porque sabía que reclamaría los últimos rastros de energía del cuerpo de Nico.

Me agaché junto a su automóvil; faltaban apenas unos minutos para que abriesen la calle de *boxes* y Nico ya estaba en su vehículo, sin su casco, bebiendo de la botella con el logo de uno de sus patrocinadores.

En cuanto me arrodillé a su lado, sentí los objetivos de las cámaras sobre nosotros, pero los ignoré.

—¿Estás bien?

Nico parpadeó y me sonrió.

—Sí.

—Sabes que el equipo sobrevivirá si no ganan este año el campeonato de constructores y tú no tienes que... El año que viene está a la vuelta de la esquina.

—¿No quieres verme ganar?

—Yo quiero verte feliz. Sé que eres feliz ganando, pero también deberías serlo si no ganas. No digo que no ganes nunca, creo que eres el mejor y que te mereces ganar, pero... —Su sonrisa se ensanchó—. ¿He tocado tu fibra, campeón? —bromeé—. Por supuesto que te admiro, idiota. Creo que eres el mejor piloto que haya tenido la Fórmula Uno, pero yo sólo quiero... ya sabes, quiero que estés bien.

—Lo estaré. —Extendió el cuello para acercar su rostro al mío; tocó con sus labios los míos—. Estaré bien.

—Promete que no volverás a ser el de antes si no ganas y que no maltratarás tu salud en pos de hacerte con la victoria.

—No podría ser el de antes ni aunque me lo propusiera, aunque durante un tiempo continué intentándolo... Tú me cambiaste y al final me venciste. Este que liberaste de no sé donde soy yo realmente y estoy bien con cualquiera que sea el resultado que tenga la carrera. Sólo espero que el equipo gane, los chicos se lo merecen.

—Pero si no ganas...

—Te prometo que no haré locuras. Si no puedo con la carrera... pues eso, que si no puedo con la carrera, no puedo.

—Te conozco; sé que te exigirás hasta que no des más de sí; tan sólo intenta llegar a la bandera a cuadros de una sola pieza, sin tener una crisis ni nada parecido, ¿de acuerdo? ¿Puedes prometerme eso?

—Sí. Te amo.

—Ok, campeón, ve y demuéstrales cómo se hace.

Los mecánicos nos rodearon; llegaron con Toto. Prepararon a Nico para la salida.

Por los monitores vi a Thiago prepararse también. El brasileño estaba sonriente. En confidencia, en unos minutos que estuvimos a solas, me dijo que con Nico allí sabía que no tenía la menor oportunidad de ganar, pero que ya había ganado porque Siroco estaba allí y conmigo, y que eso era todo lo que él necesitaba para retirarse en paz. Eso y que le prometiese que sería padrino de nuestro primogénito, insistió otra vez.

Nunca antes me había puesto tan nerviosa por una carrera, si hasta me costó mantener los ojos abiertos cuando los cinco semáforos de luces rojas se apagaron.

A Nico le costó un poco la salida. Thiago se le acercó, pero Nico, en cuanto debió de verlo en sus espejos, a toda velocidad, se lanzó hacia delante.

Los tres primeros conservaron sus lugares de la parrilla de salida, separándose del resto de manera alevosa, como si estuviesen corriendo en otro mundo.

Por lo que oí en los audios, la carrera de Nico iba según lo planeado; sus neumáticos reaccionaban bien, la parte mecánica estaba respondiendo correctamente y la temperatura, si bien era alta, no estaba causándole más problemas de lo esperado.

Todas las veces que le preguntaron por su pierna, Nico contestó que estaba bien. Si no era así, no se notaba en la velocidad de sus vueltas o en su maestría de siempre al conducir.

Sus dos pasos por los *boxes* fueron completamente normales y según lo planeado, igual que los de Harper y los de Thiago.

Para la vuelta treinta y cinco, los tres, después de entrar rezagados a *boxes* respecto al resto de pilotos, se encontraban otra vez en el respectivo orden de salida, dispuestos a cumplir con las últimas vueltas de la carrera.

En teoría serían veinte vueltas tranquilas.

Y lo fueron.

—Ya falta poco —me susurró al cabo de un rato Alfons, poniéndome una mano en el brazo—. Dos vueltas más y será campeón.

Apreté entre mis dientes el chicle que llevaba toda la carrera mascando.

—Es... No puedo creerlo. Es decir, en realidad sí lo creo; no me sorprende, es Nico; si él no es capaz de algo así, nadie lo es.

—Dudo de que lo hubiese conseguido sin ti. Eres su motivación; has sido su motivación para recuperarse y lo eres para correr.

—No me necesita a mí para motivarse para correr —le dije sonriendo—. Es él, es Siroco, es el campeón.

—Ahora es más que eso y por eso te necesita. Exigimos demasiado del campeón, hasta casi matarlo. No sé si comprendes lo que digo, literalmente creo que lo agotamos y yo tuve la culpa en eso. Después del accidente es mucho más de lo que era, es el campeón, y mucho más; por eso ahora está ganando esta carrera. Es un piloto distinto, un ser humano distinto, y por eso quiero agradecértelo. Y creo que también necesito pedirte disculpas. Lo que era Nico antes de conocerte fue en lo que nos convertimos casi sin darnos cuenta, hacia donde escapamos cuando creímos que nuestro mundo, que mi mundo, se había terminado después de que falleció mi mujer. Hoy estamos otra vez en ese mundo que también tiene lugar para este mundo, el de la Fórmula Uno y Nico ganando otra vez. —Alfons se quedó mirándome a los ojos y me sonrió—. Gracias por estar aquí, Natalia, por darle otra oportunidad. Nico se la merece, de verdad.

Quedé boquiabierta y muy emocionada.

—Quería felicitarte por tu pastelería, pues todavía no lo he hecho. Me alegra mucho por ti. Nico dice que el lugar funciona muy bien.

—Sí, bueno...

—Con Nico hemos estado hablando de que a los dos nos gustaría echarte una mano, quizá haciéndote un poco de publicidad por aquí. Ya hemos pensado en algunas cosas con los patrocinadores que tenemos; si te parece, lo conversamos tranquilos en algún otro momento, porque espero que estés dispuesta a compartir conmigo una taza de café a solas. Me gustaría hablarte de Nico, contarte cosas sobre él, y me gustaría que me hablases de ti. Llevamos meses dando vueltas con la categoría y apenas si nos conocemos, y eso es culpa mía... y quiero pedirte perdón por eso, por el modo en que me he comportado contigo.

—Alfons...

—Además, quería decirte que me apetece mucho conocer a tus padres y a tus hermanos, y que me hará muy feliz poder pasar con vosotros la Navidad y el Año Nuevo. Gracias por eso, llevamos mucho sin disfrutar de una Navidad en familia.

—Bueno, yo... Gracias, no sé qué decir.

—No me agradezcas tú a mí; yo te estaré eternamente agradecido por hacer feliz a mi hijo, por hacerle ver a él y por hacerme ver a mí que puede ser algo más que el campeón, que Siroco. Gracias —repitió ante mi silencio.

—Me encantará tomar ese café contigo, Alfons —dije tuteándolo por primera vez.

El padre de Nico me sonrió.

—Y te agradezco que quieras ayudarme con la pastelería, pero no creo que los patrocinadores de Nico... Lo hablaremos en otro momento; de verdad que no es necesario. —Mi voz tembló de emoción. Exactamente así debió de ser todo sin el accidente de Nico de por medio. O, bueno, quizá eso debió de pasar para que todos entendiésemos qué queríamos para nuestras vidas y cuáles eran nuestras prioridades.

—Los patrocinadores son de mucha ayuda, Natalia.

—Sí, lo sé.

—Por eso Nico está ahí ahora. Conseguimos dos patrocinadores nuevos con los que financiamos una fundación que investiga en avances para el tratamiento de la diabetes.

—Nico no me ha dicho nada.

—Por eso quería hacer el esfuerzo de correr hoy sí o sí. —Volvió a sonreírme—. Ya sabes cómo es. Me dijo que te lo confesaría después de la carrera, conjuntamente con el hecho de que vino para estar en la pista cuando Thiago se convirtiese en campeón. Dijo que no quería perderselo por nada del mundo, que no pensaba mirar por televisión la última carrera de su mejor amigo. Además —rio—, Thiago es bastante culpable de que vosotros hayáis terminado juntos.

Sacudí la cabeza, confundida.

—Bueno, es Nico quien está ganando la carrera y, para ganar el campeonato, Thiago necesita ser el primero sí o sí. Si Nico gana, el campeonato será suyo.

—Si Nico gana... —susurró su padre, y apuntó con uno de sus dedos en dirección al monitor.

Nico entraba en la última vuelta.

Thiago pasó detrás de él por la cámara, Harper siguiéndolo a poco más de dos segundos.

—¿Qué pasa, Nico? —oí que le preguntaba Toto. Su voz me llegó por el auricular que tenía sobre la oreja, el otro lo había apartado para poder hablar con Alfons.

—Nada —contestó.

—¿Nada? ¿Hay algún problema con el motor? Has perdido dos décimas.

—El motor está bien, al menos hasta lo que yo sé. Repito, el motor está bien.

—Pero estás perdiendo tiempo. ¿Son los neumáticos? Aguanta. Podemos llegar —le dijo Toto, y vi a Paul, en su silla frente al *pit wall*, dejarse caer sobre el respaldo para repantigarse muy cómodo.

—Los neumáticos están bien. Muy buen *set*, felicitaciones a los fabricantes.

—Mierda, Nico, ¿te burlas de mí? Has perdido una décima más —soltó Toto con voz estrangulada y vi a los mecánicos tensarse sobre sus sillas al ver por los monitores que la distancia entre Nico y Thiago se acortaba.

—¿Te sientes mal?, ¿es tu pierna? Si no estás bien, debes parar. Repito, si no estás bien, debes parar. —Toto sonaba genuinamente desesperado.

—Estoy genial, Totito, todo va de maravilla y según lo planeado. Relájate, que estamos a punto de ganar el campeonato de constructores.

Ante las palabras de Nico, el padre de Nico me guiñó un ojo.

Vi a Paul girar sobre su silla para volverse en dirección a Toto. Paul le palmeó la espalda, sonreía.

—¿Qué mierda pasa, campeón? —musitó Toto mientras Paul continuaba hablándole al oído.

Ya no faltaba casi nada para que Nico llegase a la bandera a cuadros.

—¿Qué ocurre aquí? —le pregunté a Alfons.

—Que el campeonato está a punto de cambiar de manos. Eso es genial para la categoría, ¿no? La gente se divierte más cuando hay variedad, es lo que esperan ver los espectadores.

—Pero... —El resto de mis palabras no salieron; vi a los tres punteros avanzar hacia el final de la carrera, a Thiago acelerar a fondo para pasar la meta a toda velocidad detrás de Nico y entonces...

Con la bandera a cuadros quizá a tres metros de distancia, Nico de pronto ralentizó al máximo su avance y Thiago, sin ni siquiera poder comprender lo que sucedía, pasó por su lado para llegar a la bandera a cuadros en primer lugar.

El *box* de Bravío, el *box* de Asa, todos los *boxes* y las tribunas estallaron en gritos de algarabía para felicitar a Thiago, el nuevo campeón.

Nico pasó la meta en segundo lugar, con Harper justo detrás de él.

Así Bravío se quedaba con su sexto campeonato de constructores consecutivo.

Alfons me abrazó y todos se pusieron a celebrarlo. Fue la locura y, al comprender lo que Nico acababa de hacer en ésta, la última carrera de la temporada, no me cupo duda de que este Siroco no era el mismo Siroco que yo había conocido.

Lloré y reí a la vez.

Salimos del *box* para celebrarlo y allí nos encontramos con Toto y con Paul.

El circuito era una completa locura festiva, con fuegos artificiales oficiales al lado de la pista y todo alrededor del trazado iluminando la noche y diluyendo el alumbrado que ya de por sí era impresionante.

Paul llegó a mí y me abrazó. Al apartarse, me guiñó un ojo para despejar cualquier duda; Nico y él lo habían arreglado juntos.

—Vosotros dos... —le dije sonriendo.

—No te preocupes, Nico tendrá su oportunidad el año que viene.

—Seguro que sí. ¡Felicidades por el campeonato de constructores, Paul!

—Gracias, Duendecillo. —Me guiñó un ojo—. Anda, vayamos a saludar al campeón.

—Claro.

Nosotros y todos los mecánicos corrimos hasta el área en la que iban a estacionar los tres del podio.

Thiago condujo su monoplaza hasta la posición de primer lugar. A su lado, en menos de un parpadeo, apareció Nico.

Toto y el ingeniero de Thiago aparecieron para ayudarlos a salir de sus coches.

El brasileño salió del interior de su habitáculo a tirones. Sin quitarse el casco o el HANS, se abalanzó sobre Nico para agarrar su cabeza por el casco y sacudirla. Lo abrazó y luego tiró de él, y acto seguido le sacudió la cabeza otra vez, mientras Nico, todavía con las protecciones sobre sus hombros, intentaba abrazarlo.

Creo que fuimos unos cuantos los que, frente a esa escena, le dimos rienda suelta a nuestras lágrimas.

Thiago se apartó un poco y se arrancó el casco, el HANS y la capucha para tendérselo todo a su ingeniero.

—¡Maldito desgraciado, no sabes cuánto te quiero! —lo oímos todos gritarle a Nico—. Ven aquí. —El brasileño quitó de encima de Nico las protecciones. Entre él y Toto lo ayudaron a salir de su coche. Volvieron a abrazarse, a darse palmadas. Thiago lloraba y reía—. Eres un maldito desgraciado —le dijo una y otra vez.

Ayudado por Toto, Nico se quitó el casco y todo lo demás. Lo vi agotado, pero inmensamente feliz. En ese momento, mirándose a los ojos sin nada de por medio, Nico lo felicitó por el campeonato.

—Eres un jodido tramposo, ¿lo sabías?

—Ya, no te quejes. Tú estás con un pie fuera de la categoría, ya no es asunto tuyo.

—Ni siquiera te vi frenar —le comentó Thiago.

—Ésa era la idea, que no me vieses.

—Eres un idiota, Siroco, y ahora todo el mundo lo sabe. Deberías estar celebrando tu sexto campeonato.

—El año que viene, si todo sale bien.

—Y aquí estaré yo para celebrarlo contigo.

—Te tomo la palabra, hermano.

—Eres tan idiota —repitió Thiago, riendo y llorando, tomando a Nico otra vez por la cabeza. Nico se tambaleó porque estaba parado en una sola pierna.

—Gracias, Thiago. Gracias por quedarte a mi lado, por permitirme ser tu hermano.

Thiago le contestó con un abrazo con el que se lo llevó por delante.

Los periodistas y fotógrafos estaban dándose un festín a su costa.

—Anda, ve a celebrarlo con tu equipo —le propuso Nico apartándolo un poco—. Felicidades, campeón.

—Gracias, Nico.

—Felicidades, Thiago —le dijo Toto, tendiéndole una mano.

—Gracias. Felicidades a vosotros por el campeonato de constructores.

—Sí, lo celebraremos esta noche.

Thiago les sonrió a ambos y, después de darle un falso coscorrón a Nico en la cabeza, se alejó para saltar sobre su equipo, que lo esperaba detrás del vallado para felicitarlo.

Nico terminó de quitarse de encima los cables y demás, y entonces giró su cabeza y me vio.

Dando saltos sobre su pierna buena, llegó hasta mí. Sus energías apenas si le alcanzaron y terminó colgado del vallado. Los mecánicos lo felicitaron. En cuanto lo tuve cerca, lo abracé y comencé a besarlo. Ése era mi Nico y me hacía infinitamente feliz verlo.

Nico apartó su boca de mí.

—Le has regalado el campeonato.

—Se lo merecía.

—Así que lo tenías todo arreglado con Paul.

—No ha sido fácil, primero tenía que correr. A veces la categoría es más que correr, pero, bueno, aquí estamos y él tiene su campeonato y yo me siento muy feliz.

—Tu padre acaba de contarme lo de los patrocinadores nuevos.

Nico me sonrió tímido.

—Sí, bien... algo bueno teníamos que sacar de todo esto.

—Y sacaste algo estupendo, campeón.

Nico hizo pucheros con la boca.

—No, ya no soy más el campeón. Tendrás que esperar un año para volver a llamarme así. El campeón está por allí. —Apuntó hacia atrás con la cabeza.

—¡Te amo tanto!

—¿Incluso si no soy más el campeón? —bromeó sosteniendo su falsa mueca de compungido.

Le di un beso rápido.

—Lo que has hecho... —comencé a decirle, embargada por la emoción.

—Tú eres la única carrera que necesito ganar, *petitona*, y esa carrera no se corre aquí. Te amo.

—Y yo a ti, Siroco.

Volvimos a besarnos, con los fuegos artificiales todavía saludando al nuevo campeón.

Agradecimientos

Gracias a Sarah, por comprender el sentido de este libro incluso antes de que estuviese terminado.

11 de junio del 2016

Biografía



Nací en 1977 en la ciudad de Buenos Aires y allí resido en la actualidad. Me licencié en Administración y Organización Hotelera.

Disfruto con las buenas historias, la música y la cocina. Y cuando la inspiración llama, también con la pintura y el dibujo.

Pero mi verdadera pasión es escribir. Cuando lo hago me pierdo, desconecto de todo. Básicamente escribo para mí, porque es mi motor, mi energía y también un modo de intentar entender o asimilar muchas de las cosas que me suceden. No por ello deja de ser increíblemente gratificante poder compartir mis novelas y saber que esas palabras provocan una reacción en quienes las leen. Que amen, rían, lloren y odien con los personajes que he creado me hace increíblemente feliz y acorta a cero la distancia con personas que se encuentran a miles de kilómetros de distancia pero que, en realidad, no son tan distintas a quien puso aquellas palabras allí.

Soy autora de la saga «Todos mis demonios», de la bilogía *Insensible* y *Sensible* y de la novela *Elígeme*.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

<http://verofleitassolich.blogspot.com.es/> y
<https://www.facebook.com/vafleitassolich?fref=ts>

Siroco

Verónica A. Fleitas Solich

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Verónica A. Fleitas Solich, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: julio de 2017

ISBN: 978-84-08-17480-6

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

